LUZ

DE

LA VERDAD

POR

Rafael,

Juan, Cristóbal.

B.°

L47
1072

LUZ
DE
LA VERDAD,

coleccion de ANÉCDOTAS Ó CUENTOS morales y al mismo tiempo recreativos arreglados al contenido de las dos primeras partes de la obra y dirigidos á la educacion de la juventud en la parte mas esencial al hombre.

POR

Rafael, Juan, Cristobal.

TOMO III.

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ Y COMPAÑÍA,

pasaje de Escudillers, núm. 4.

1868.

31-5.
47-1072

LUZ DE LA VERDAD.

3486

LUZ DE LA VERDAD.

LUZ

DE

LA VERDAD,

coleccion de ANÉCDOTAS Ó CUENTOS morales y al mismo tiempo recreativos arreglados al contenido de las dos primeras partes de la obra y dirigidos á la educacion de la juventud en la parte mas esencial al hombre,

POR

Rafael, Juan, Cristobal.

3.ª PARTE.

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ Y COMPAÑÍA,

pasaje de Escudillers, núm. 4.

1868.

ES PROPIEDAD.

LA FÉ

ó

EL SOLITARIO DE LOS MONTES DE ALEMANIA.

1.

La **Fe** es la creencia, la persuasion, ó la íntima conviccion de que se realizará un hecho anunciado, ó de que se nos cumplirá una promesa que se nos tiene hecha.

La **Fe**, tomada en este sentido, se identifica con la esperanza y es hija primogénita del amor, siendo al mismo tiempo caudaloso manantial de virtudes.

La **Fe** es hija del amor, por cuanto si el que nos ha hecho la promesa, no nos habia jamás dado pruebas de amor ó de amarnos sinceramente, no creeremos ó no tendremos **Fe**, ni mucho menos conviccion de que se realice la promesa hecha, y si tenemos alguna **Fe**, será ésta tan débil como si no existiera.

Por el contrario, si el que nos ha hecho la promesa, nos ha dado algunas pruebas de verdadero amor, creeremos ó tendremos Fe en su palabra; y nuestra Fe será grande hasta llegar á la conviccion, si las pruebas que nos ha dado del amor qué nos profesa han sido muchas y evidentes.

Tenemos mas Fe en la promesa de un amigo que en la de un desconocido; y una Fe incomparablemente mayor en la promesa de un padre que en la de un amigo.

Por esto, siendo Dios el mejor de los amigos, ó mas bien el mejor de todos y que todos los padres juntos, debe inspirarnos entera Fe de que nos cumplirá lo prometido.

Y como por otra parte, á mas de ser infalible, nos ha dado y nos está dando las mas brillantes é irrecusables pruebas de amor, con el hecho de habernos dado la existencia, con el de conservárnosla, con el de haber descendido de su trono de Gloria á tomar carne humana y á sufrir la pasion y muerte mas horrible que imaginarse pueda, y todo por el amor que nos profesa; de aquí es que nuestra Fe en Él y en el cumplimiento de sus promesas debe ser completa ó ciega, como suele decirse.

En confirmacion de estas verdades, podriamos recordar la historia de inumerables hechos ó acontecimientos, pero nos concretaremos á la del Solitario de los montes de Alemania:

En la falda de uno de los mas extensos bosques de Alemania, bañada por un caudaloso rio, vivia un hombre de orígen y nombre desconocidos, de aspecto grave, de carácter dulce, de ojos negros y penetrantes, modesto y humilde en sus miradas.

Se mantenia de la caza y de la pesca, de algunos frutos silvestres y del cultivo de un reducido huerto que regaba con las aguas de un pequeño y ruidoso torrente que por entre diversas sinuosidades parecidas á las arrugas de una vieja, iban á perderse en el rio.

Su habitacion era el hueco formado en su mayor parte por la naturaleza, ó mejor, por la mano de Dios, y una pequeña parte por la del Solitario: la superficie total del terreno media unos cinco metros cuadrados, formando un cuadrilongo de unos sesenta y ocho palmos de largo, de unos veinte de ancho y de catorce á diez y seis de alto.

El límite de detrás y el de los dos costados estaba formado por la naturaleza, y el Solitario habia construido una gruesa pared con piedras del rio, sentadas sobre tierra arcillosa, amasada ó mezclada con yerbas: en esta pared, que daba ó oriente, habia dejado tres aberturas; una en el centro que servia de puerta y de ventana, y dos colaterales que servian de ventanas.

La habitacion ó el cuadrilongo estaba dividido en tres aposentos ó estancias: la del centro, que era un poco mas grande,

servia de taller, de laboratorio, de templo y de gabinete para el trabajo, para el estudio, para la plegaria y la meditacion; la del lado derecho servia de cocina, de comedor y de dormitorio, y la del lado izquierdo de despensa.

No solo era difícil penetrar en la morada del Solitario, sino que era imposible el ser vista de cerca ni de lejos; porque en la parte de delante habia el caudaloso rio y á continuacion una montaña muy elevada y cortada verticalmente, y en la de detrás un extenso bosque y grandes é impenetrables escabrosidades en la extremidad inferior bañada por el rio.

En una de las mañanas de otoño, habiéndose el Solitario internado mas de lo acostumbrado en persecucion de un jabalí que creia herido por sus flechas, fué descubierto por unos cazadores en número de doce, que eran los únicos que cazaban por aquel extenso bosque, por ser el uno de ellos señor y propietario del mismo.

Este, al descubrir al Solitario, se enfureció, y sin decir una palabra, se dirigió hácia él con el arco preparado, sin que el Solitario, que le estaba mirando, hiciera el menor ademan de huir, de ocultarse, ni de defenderse, aguardando á pié firme, con toda serenidad y sangre fria la llegada del cazador que iba con el arco preparado.

Así que llegó á unos veinte y cinco pasos del Solitario, le intimó con voz ronca y por señas que se acercara: observando que el Solitario no se meneaba y que estaba como indeciso sobre lo que haria, repitió dos veces la misma intimacion.

A la tercera el Solitario, dejando el arco y las flechas en tierra se acercó al cazador, y deteniéndose á muy corta distancia de él, con la mayor atencion y dulzura le dijo:

—«Quién quiera que seais, y aunque fuerais el señor y propietario del bosque, os hablaré el lenguaje de la franqueza y de la verdad.

»¿Qué quereis de mí, toda vez que me habeis llamado por tres veces y como enfadado?»

—«Soy el señor y propietario de este bosque, y me parece que tengo derecho de saber quién os ha facultado para cazar y para entrar en él.»

Se acercaron los demás cazadores y se colocaron detrás del titulado señor y propietario del bosque.

El Solitario, dirigiendo un saludo cortés á todos, dijo:—«Estoy algo fatigado, vosotros lo estareis tambien; no será descortesía, si me siento, sentándoos tambien vosotros.»

El supuesto señor y dueño del bosque, al ver la sangre fria y la serenidad del Solitario, sus finos modales y que se habia presentado sin arco ni flechas, contestó:—«Aunque en mi palacio no consentiria que os sentarais, el hallarnos en despoblado y con el traje de cazador, me permite prescindir de la costumbre: así pues, podeis sentaros y nos sentaremos.»

2.

Sentado el Solitario y sentados los doce cazadores, éstos con la vista fija en aquel, el supuesto propietario tomó la palabra y dijo:—«Soy Príncipe Soberano de este país y como tal, señor y dueño de este bosque, y me parece que tengo derecho para preguntaros quién sois y quién os ha autorizado para entrar en este bosque y para cazar en él.»

—«Me permitireis, señor Príncipe, que os calle mi nombre, mi naturaleza y mi domicilio: llamadme el Solitario, si os place, porque vivo solo en las escabrosidades de este terreno: no pensé hacer mal ni daño ó nadie entrando á cazar en unos bosques que creí abandonados y sin dueño.

»Toda vez que vos sois el dueño, os pido mil perdones por las faltas pasadas y autorizacion al mismo tiempo para cazar en el bosque: si me otorgais el perdon, os daré muchas gracias; si el perdon y la autorizacion, os las daré dobles: si me negais lo uno y lo otro, que no lo espero, me resignaré gustoso á la suerte que me depareis, sea la que fuere.»

Admirado el Príncipe al oir tan prudente y lacónica, como digna y acertada contestacion, despues de haber cambiado en

voz baja algunas palabras con el cazador mas inmediato, dirigiéndose al Solitario, le dijo:

—«No solo quedais perdonado de las faltas pasadas, sino ámpliamente autorizado para cazar en el bosque vos y los que formen parte de vuestra comitiva: quisiera saber vuestro nombre y los señas de vuestro domicilio para enviaros la autorizacion en forma.»

—«No hay necesidad de lo uno ni de lo otro, porque si alguno de vuestros vasallos me detiene, pediré que me presente á vos, y esta pequeña molestia me proporcionará el placer de veros: os doy miles de gracias por el perdon y por la autorizacion: seguro de que encontraré el jabalí por mí herido, iré con vuestro permiso en busca de él.»

Dirigiendo á todos un atento y afectuoso saludo, se fué en busca del arco y de las flechas, y luego en la del jabalí, perdiéndose de vista en menos de dos minutos.

El Príncipe y los demás cazadores nuevamente admirados por tan repentina é inesperada, como cortés y atenta despedida, le siguieron todos con la vista, sin que ninguno de ellos desplegase los lábios durante aquellos dos minutos.

No sabiendo cómo darse razon del encuentro en aquel dilatado bosque de un hombre tan cortés y tan bien hablado, sin mas compañia que su arco y sus flechas, y que ocultaba con tanto cuidado el nombre y las señas de su domicilio, hicieron mil comentarios y otras tantas conjeturas.

Al fin dijo el mas jóven: «en el extremo derecho del bosque y en las inmediaciones del rio, á unas cuatro leguas del sitio en que estamos, hay una pequeña y miserable aldea donde viven unas diez ó doce familias pobres que se mantienen de la pesca y de la caza, con el producto de un pequeño terreno laborable y con la cria de un centenar de cabras.

»El Solitario, segun quiere que le llamemos, debe vivir, sin que atine la causa, entre aquella pobre gente; porque en esta parte del rio no hay otra poblacion en el rádio de ocho leguas: aunque me cueste la molestia de un viaje, procuraré averiguar de dónde ha salido, cuánto tiempo hace que vive allí, y con qué motivo ha escogido aquel país.

»Por otra parte, repetiremos con mas frecuencia nuestras cacerías por el bosque, nos internaremos y vigilaremos mas; y mucho será que entrando en relaciones amistosas con él, no le hagamos formar parte de nuestra comitiva y no averigüemos lo que deseamos saber.»

Concluyeron la partida de caza sin haber visto otra vez de cerca ni de lejos al Solitario, y se retiraron á la villa ó ciudad inmediata.

A los pocos dias, aguijoneados por la curiosidad, se dirigieron hácia lo interior del bosque, que recorrieron en gran parte y la mayor del dia, sin lograr su intento.

Repitieron dos veces mas este mismo ejercicio, pero sin mas resultado que el de matar algunos venablos y oir el relato de las averiguaciones que hizo el mas jóven.

Este, despues de haber empleado mas de tres dias en averiguar lo que deseaba, dijo á sus compañeros: «á pesar de haber recorrido toda aquella miserable aldea, choza por choza, y á pesar de las señas minuciosas que he dado del Solitario, nadie ha podido darme razon de él, lo que me convence de que no vive ni ha jamás vivido allí.

»Sin embargo, me ha dicho un anciano que, segun ellos, es el que se dedica mas á la pesca, que una vez subiendo por el rio hasta donde pudo, le pareció descubrir de muy lejos á un hombre que tambien pescaba, y creyó que si la vista no le habia engañado, aquel hombre debia vivir en la parte inferior del bosque.»

Pensando el Príncipe que el Solitario no querria revelar el secreto de su retiro en aquellos montes, y creciendo cada dia su curiosidad, envió á dos de sus vasallos, á los que consideró mas prácticos del terreno, con órden de cruzar el bosque en todas direcciones y no parar hasta descubrir la vivienda del Solitario, cuyas señas les manifestó con toda precision; y que una vez descubierta, se lo comunicaran sin molestar en nada al Solitario.

Mas de veinte dias pasaron en recorrer el bosque en todas direcciones: cuando desconfiaban de averiguar cosa alguna, el uno de ellos, que no habia olvidado los informes del viejo pescador, tenia la tendencia á dirigirse hácia la parte inferior ba-

ñada por el rio y le pareció ver de lejos y por entre las ramas de los árboles un pequeño terreno cultivado.

Convencido de que no se habia equivocado, trató de acercarse á él, pero no le fué posible la primera vez: volvió el dia siguiente, y á fuerza de buscar, dió con el único paso practicable, y dejando allí á su compañero, para saber por dónde habia bajado, descendió con tino y con gran pena, y se acercó al pequeño terreno cultivado, sin ver por de pronto edificio ni choza alguna:

Al fin, descubrió debajo de la roca la pared con tres aberturas y un hombre en el interior: siguiendo las órdenes del Príncipe, de no molestar en nada al Solitario y de no dejarse ver por él; se retiró poco á poco, fué á reunirse con el compañero, y los dos colocaron varias señales desde aquel punto á la extremidad superior del bosque; y aquella misma noche dieron cuenta al Príncipe de lo que acababan de descubrir.

3.

A las veinte y cuatro horas el Príncipe, acompañado de los dos vasallos provistos de sogas con nudos, y quedando estos escondidos, descendia con el auxilio de las sogas por el único punto practicable, y se acercaba á la habitacion del Solitario, sin ser visto por él, hasta que se halló á su mismo lado, por cuanto el Solitario estaba absorto en la lectura de un abultado manuscrito y nada observaba de lo de afuera.

El Solitario al ver al Príncipe tan cerca, sin inmutarse en lo mas mínimo, se levantó, y con el tono de la franqueza le dijo: —«Sentaos, Príncipe, sobre este tronco, como si os sentarais en una de vuestras sillas doradas.»

Habiendo el Príncipe tomado asiento, prosiguió el Solitario: «tiempo os habrá costado el descubrimiento del único paso practicable, y no poco trabajo el descender hasta este pequeño llano: y cuando habeis empleado tanto tiempo y os habeis tomado

tanta molestia, debo creer que teneis mucho interés en ver y en hablar á este pobre Solitario.»

—«Efectivamente, lo tengo y lo he tenido desde el dia que nos encontramos en el bosque, porque creí ver ó descubrir en vos algo de muy misterioso, raro ó extraordinario que debió interesarme y realmente me interesó.»

—«La única cosa rara y singular que hay en mí, y dista mucho de merecer el nombre de misteriosa y de extraordinaria, es el cambio de genio, inclinaciones y de hábitos, por manera que no me reconoceria ninguno de los que me habian tratado en mi juventud, ni aun mis padres.

»Vais, Príncipe, á saber mi pobre historia, porque la edad, la experiencia que he adquirido, el firme propósito de acabar mis dias en este sitio y sobre todo la ayuda de Dios que no ceso de implorar diariamente, y sin la cual es imposible hacer cosa buena, me ponen á cubierto de los graves riesgos que corrí y que temí tanto en mi juventud.

»Dos condiciones os impongo: primera, que no revelareis á nadie mi residencia en este sitio, ni cosa alguna de las que oigais de mi boca; y segunda, que pueda acabar mis dias aquí: las dos condiciones son fáciles de cumplir, la primera es un secreto que os será fácil guardar, porque estareis acostumbrado á guardar otros mas importantes; y la segunda, depende exclusivamente de vos, siendo señor y dueño del bosque.»

El Príncipe, levantándose y poniendo la mano sobre una cruz de madera que el Solitario tenia colocada en la pared, juró guardar y cumplir exactamente las condiciones impuestas por el Solitario.

Este, enseñándole el manuscrito que conservaba en la mano, le dijo: —«Las verdades que aquí están escritas, sacadas todas de los Sagrados Libros, y los comentarios puestos á continuacion, contienen el orígen, la base y el fin de mi historia.

»Veis, amigo, que empieza este escrito por lo que dijo el Eterno á Moisés:—«*Mis mandamientos se encierran en dos*, **amar á Dios y al prójimo**,»—«lo demás que se sigue son comentarios, observaciones ó variaciones sobre este tema.

»Leed aquí: —*«amadme y amaos los unos á los otros: un mandamiento os doy, que os ameis los unos á los otros.»*

»Esta ley, única dictada por el Eterno Padre y reproducida por el Eterno Hijo, hecho hombre, nos traza claramente el camino que debemos seguir los que creemos en Dios, esto es, amar á Dios ante todas cosas, y por lo mismo no mirarle con indiferencia, menos olvidarle y mucho menos agraviarle ú ofenderle; sin embargo, yo le miraba con indiferencia, me olvidaba fácilmente de Él y le ofendia con frecuencia.

»Esta misma ley nos dice, que hemos de amar al prójimo como á nosotros mismos, esto es, que no debemos mirarle con indiferencia, menos con desprecio y mucho menos con ódio; que no debemos envidiar, menos ambicionar y mucho menos usurpar lo suyo á la fuerza, por engaño ó astucia; sin embargo, yo lo hacia todo al revés.

»Solo amaba á mi persona, miraba con indiferencia á mis semejantes, no solo les miraba con indiferencia, sino que les trataba con desprecio y hasta les tenia ódio; y no solamente esto, sino que envidiaba y ambicionaba lo suyo y hasta se lo quitaba por fuerza ó con engaño, si podia.

»Estando á solas lloraba, me desesperaba y me reconvenia á mí mismo tratándome á veces de débil, pequeño ó ignorante, y á veces de imbécil, loco ó mentecato al ver que, teniendo un camino tan expedito ó tan bien trazado, no sabia, no queria, ó no podia seguirlo, ó lo abandonaba para seguir el opuesto.

»Tenia entera Fe en la ley del Amor, en que procedia de Dios y era muy digna de Dios; la tenia asimismo en Dios y en su infalibilidad, por ser infinitamente sabio, y en que habia dictado y publicado la ley del Amor para bien y provecho nuestro; y creia firmemente que esta ley era la única capaz de darme la tranquilidad y el bienestar posible en este mundo transitorio y de prueba.

»Sin embargo, yo no vivia tranquilo, yo no conocia el bienestar, y yo no experimentaba mas que adversidades, disgustos y amarguras.

»Como hijo de un soberano poderoso, desde que vine al mundo, fuí servido, mimado y adulado, y esto hizo que se des-

arrollara en mí el amor propio y la vanidad, en términos que no veia mas que á mi persona, miraba con indiferencia ó con desprecio á los demás, creyendo que todos estaban destinados para servirme y para complacerme.

»La menor oposicion á mi voluntad ó á mis deseos racionales ó caprichosos, me disgustaba, me causaba pena y me quitaba por lo mismo el bienestar.

»Como hijo primogénito del soberano y heredero presunto de la corona, estaba al frente y mandaba el ejército de mar y de tierra, era como si dijéramos generalísimo y tenia por lo mismo bajo mis órdenes mas de cien mil hombres.

»Aquella elevada y brillante posicion, la obediencia ciega de mas de cien mil hombres y la adulacion continua, hicieron que aumentase mi vanidad y el amor propio, que se desarrollase en mí el gérmen del orgullo, y que fuese altivo con todos, creyéndome superior á todos.

»La vanidad, la altivez y el orgullo hacian que mis súbditos me fuesen poco adictos y que muchos se convirtieran en enemigos y me despreciaran ó aborrecieran; esto me ocasionaba oposiciones y contrariedades, no pocos disgustos, penas y amarguras; y me sucedia que rodeado al parecer de satisfacciones, de goces y de placeres, no experimentaba placer, gozo ni satisfaccion alguna.

»Como hijo primogénito del soberano, como generalísimo de los ejércitos y como heredero presunto de la corona, asistia á los consejos ordinarios y á los extraordinarios y secretos de mi padre y en todo daba y apoyaba con mas ó menos calor mi parecer.

»El pensar que mi opinion era pedida, escuchada y á veces seguida por el soberano y por sus consejeros, el ver que junto con mi padre daba la ley á millones de súbditos, la esperanza de dársela un dia por mí solo y las continuas adulaciones hicieron que me dejase dominar completamente por la vanidad, por el orgullo y la soberbia.

»De aquí la enemistad de unos, el odio de otros, la indiferencia ó el menosprecio de los demás; de aquí la resistencia pasiva de unos y la oposicion directa de otros; de aquí el frenesí, la

exasperacion y un continuo malestar, sin un momento de tranquilidad interior.

»En medio de este continuo malestar me vino afortunadamente un pensamiento, enviado sin duda por Dios, de que era preciso que meditase sériamente sobre mi desgraciada situacion, que investigase la causa de ella, que tomase como base y punto de partida de mis meditaciones la Fe en Dios y en la ley de Amor, y con la ayuda de Dios lograria lo que tanto deseaba.

4.

»Retirado en uno de los sitios de recreo de mi padre y soberano, me encerré en el pabellon mas quieto y mas apartado, sin dejarme ver mas que en las horas precisas de comer, dejando entrever á mi secretario, para que lo divulgase, que queria estar solo, á fin de dedicarme á un trabajo importante y delicado.

»Despues de haber dirigido al Todopoderoso mis súplicas con el fervor que supe, lo que repetia todos los dias y hasta tres veces al dia, permanecí seis ó siete solo y encerrado en aquel pabellon.

»Lo primero que hice despues de la plegaria, fué, tomando el indicado punto de partida, preguntarme: ¿Tienes verdadera Fe en Dios, en un Dios Omnipotente, infinitamente bueno, justo y sabio? ¿La tienes en la ley de Amor, ó en que siendo esta la única dictada por Dios, debe ser la única que ha de darnos el mayor bienestar posible en este mundo y la felicidad eterna en el otro?

»En seguida, dando una mirada al rededor de mí, me pregunté: ¿acaso todo lo que ves y has visto desde la niñez así en la tierra como en los espacios infinitos, no te revela claramente el poder y la sabiduría del Ser Supremo?

»Luego, discurriendo sobre la ley de Amor, me di razon y me convencí, como las demás veces que habia meditado sobre ella,

que su sencillez, su universalidad, su índole y el estar al alcance de todos, revelaba su orígen divino, y que no debiamos buscar fuera de ella el bienestar, toda vez que Dios no nos habia dado otra ley.

»Firme en estas creencias y teniendo entera Fe en ellas, me pregunté: ¿Cómo es que no amas á Dios, que le miras con indiferencia, que le olvidas, que le desprecias y le ofendes?

»¿Cómo es que no amas al prójimo ó á tus semejantes, que les miras con indiferencia, que les odias, que envidias y ambicionas lo que ellos poseen, hasta quitárselo, si puedes?

»¿No es esto un error grave, una contradiccion manifiesta, un grosero contrasentido y un absurdo digno de la mas severa censura, que te empequeñece y te envilece, rebajándote al nivel de los hombres mas débiles, mas pequeños y mas ignorantes?

»Viniendo al fin de mis meditaciones á parar siempre á lo mismo, dije interiormente, pero con resolucion y firmeza: «*Dejaré de ser lo que soy, ó triunfará en mí la Fe en Dios y la Fe en la bondad de la ley de Dios.*

»Con esta resolucion y creyéndome bastante fuerte en ella, salí de mi encierro, abandoné el pabellon y el sitio de recreo; me trasladé al palacio del soberano, volví al ejercicio del cargo de generalísimo, á asistir y á dar mi voto en los consejos ordinarios y en los reservados, con ánimo de cambiar enteramente de conducta ó de arreglarla y ponerla de acuerdo con la Fe en Dios y con la ley de Amor, la única dictada por él mismo.

»Me pareció que por mi parte hacia cuanto podia, y que iba ganando terreno en el buen camino; pero al cabo de poco tiempo observé y me convencí que mi proceder era el mismo que el de antes, que estaba en contradiccion con la Fe en Dios y que infringia cada dia y muchas veces al dia la ley de Amor.

»Otra vez experimenté las mismas contrariedades, las mismas penas y amarguras, la misma intranquilidad, y el mismo malestar, ó mayor aun, si cabia.

»Volví por segunda vez al pabellon, á encerrarme y á meditar, y por segunda vez, siguiendo el mismo camino, llegué á hacer las mismas observaciones y á tomar la misma resolucion: «*Dejaré de ser lo que soy, ó triunfará en mí la Fe en Dios y la*

Fe en la bondad de la ley de Dios, que es la raiz de todas las demás.»

»Con esta resolucion, á la que me pareció que no habia de faltar, volví á palacio y á ejercer, como antes, mis elevados cargos.

»Esforzándome cuanto pude para obtener el triunfo tan apetecido, me pareció que iba cambiando de conducta y hasta de genio; que desterraba los hábitos antiguos, que sentia momentos de bienestar, y que si no era enteramente feliz, experimentaba de vez en cuando una tranquilidad de espíritu que antes no conocia.

»Al cabo de algun tiempo desapareció la tranquilidad y desapareció el bienestar, siendo substituidos por las mismas penas, aflicciones y amarguras qne antes, por la misma intranquilidad y malestar peor que antes.

»Por tercera vez volví al pabellon, al encierro y á la meditacion; ocupé en ello doble tiempo: por tercera vez saqué iguales deducciones y formé la misma resolucion: «*Dejaré de ser lo que soy, ó triunfará en mí la Fe en Dios, etc.*»

»Como al cabo de algun tiempo observarse que volvia á mis antiguos hábitos é inclinaciones, á seguir igual conducta si no peor, y que mi intranquilidad era igual si no peor que antes, ya no pensé en volver al pabellon.

»No pudiendo dudar que mi nacimiento, los magníficos salones de palacio, los elevados cargos que ejercia y las adulaciones que llovian de todas partes, me hacian vano y altivo, orgulloso y soberbio;

»Que la vanidad, el orgullo y la sorberbia engendraban la indiferencia, el desprecio y el ódio con que miraba á los demás, no menos que la indiferencia, el olvido y las ofensas al Criador; que detrás ó al lado mismo de estos vicios, venian otros como la envidia, la ambicion y la usurpacion de lo ageno;

»Que todos estos vicios ó errores me ofuscaban y me obcecaban, hasta ocultarme la verdad y hasta presentarme el error en lugar de la verdad, haciéndome obrar en contra la Fe en Dios y haciéndome infringir su ley única; resolví llevar á cabo la resolucion, por tres veces tomada, y dejar de ser lo que era, antes que

imposibilitar el triunfo de la Fe en Dios y el cumplimiento de su ley.

5.

»No cesando los espresados vicios ó errores de luchar contra la Fe en Dios y contra la Fe en la sabiduría y en la bondad de la ley única de Dios, y observando que con la mayor facilidad y contra mis deseos, infringia la ley de Amor, me presenté al soberano, mi padre, y le pedí una audiencia.

»Concedida esta, le manifesté de la mejor manera que supe, que no me era posible continuar desempeñando con utilidad y provecho el cargo de generalísimo, porque me habia convencido que este cargo requeria cualidades que yo no poseia:

»Que requeria mucha experiencia y por lo mismo alguna edad, y yo no contaba mas que veinte y cinco años; que exigia valor y saber, mucho tino y gran prudencia y sobre todo resolucion y fuerza de voluntad para llevar á cabo lo resuelto; y á mí me faltaban estas cualidades:

»Que requeria modestia, humildad y sencillez, vigilias, privaciones y fatigas, y estas cualidades era difícil, si no imposible, que las poseyera el que habia saboreado las comodidades y los goces de los palacios, el que habia nacido y educádose en palacios y el que habia sido rodeado de aduladores:

»Que la falta de estas cualidades me hacia incurrir en errores, que me enajenaban el afecto y las simpatías de los soldados y mas aun las de los jefes, y que esto podria producir un dia tristes consecuencias.

»Mi padre, que deseaba vivamente que yo desempeñara aquel importante cargo, porque desempeñándolo yo, era lo mismo que si estuviera en sus manos, en un principio miró de mal ojo mi súplica;

»Pero dotado de mayor experiencia y dominado sobre todo por el deseo de conservar las simpatías y la lealtad del ejército que lo consideraba como el apoyo principal ó único de su soberanía, se hizo cargo de mis observaciones y accedió á mi súplica, admitiendo mi renuncia del cargo de generalísimo.

»Pretextando mi padre lo delicado de mi complexion, y la salud algo deteriorada por los continuos trabajos y por las incesantes vigilias, anunció mi dimision y el nombramiento de mi sucesor.

»La misma Fe en Dios y en su única ley, y el deseo por lo mismo de agradar á Dios y de cumplir su ley, que era lo que me habia inducido y dado fuerza para separarme del elevado cargo de generalísimo, me infundió la necesidad y la fuerza de voluntad bastante para que bajo pretesto de atender á mi salud dejase de tomar parte en los consejos ordinarios y extraordinarios y en los reservados de mi padre y soberano.

»Por último; la misma Fe y el mismo deseo me infundieron el valor necesario para que abandonase las comodidades, las grandezas, las suntuosidades y las adulaciones de palacio, tomando por pretexto la necesidad de viajar para instruirme y para fortalecer mi delicada y quebrantada salud.

»Hice diferentes viajes de incógnito siempre, unos que duraron mas de dos años y otros que no pasaron de medio: mientras vivia lejos de la atmósfera de los palacios, las luchas contra la Fe eran menos frecuentes y menos temibles, y la tranquilidad de espíritu ó el bienestar era mayor y mas duradero.

»Así que volvia á respirar dicha atmósfera las luchas eran mas fuertes y casi continuas, por lo mismo mas temibles; cuanto mayor y mas duradero era el alejamiento de los palacios, la Fe triunfaba, practicaba mas la ley de Dios, y la infringia menos, y experimentaba un bienestar y una tranquilidad interior de espíritu que me llenaba de contento y de satisfaccion.

»Pasé mas de veinte años con estas luchas y con estos viajes: mi Fe en Dios fué creciendo y fortaleciéndose, y al fin, su poder ó fuerza fué tal que, además de alejarme de la seductora atmósfera de los palacios y de transformar por completo mi espíritu, me obligó á tomar y á ejecutar la resolucion de vivir enteramente apartado de la sociedad.

»Aproveché algunas voces que corrieron sobre si habria acabado mis dias en manos de una cuadrilla de foragidos, y el deseo de mi padre de tener por sucesor en el trono al segundo de los hijos, en vista de mi, al parecer, extraño comportamiento; me alejé cuanto pude de mi país; recorrí varios, en busca de un asilo donde viviera enteramente desconocido y hasta ignorado y me vine aquí, provisto de lo mas necesario.

»Hace muchos años que vivo en este sitio, que me mantengo con mi trabajo, ignorado de la sociedad y no sabiendo lo que pasa en ella, sin mas compañía que la de este mi mejor amigo (el manuscrito que estaba leyendo); pero gozando de una tranquilidad de espíritu ó de un bienestar que jamás experimenté durante mis viajes, y mucho menos respirando la atmósfera palaciega.

»Es probable y casi cierto, á causa del mucho tiempo que ha transcurrido y de la edad de mi padre y soberano, que á estas horas me sentaria en uno de los tronos mas importantes y reinaria sobre millones de súbditos valientes y adictos á mi casa; pero es mas que cierto que habria huido de mí el bienestar y la tranquilidad interior de que estoy gozando.»

El Príncipe, sorprendido y admirado con este relato, estuvo algunos momentos sin desplegar los labios y sin apartar la vista del Solitario, al que miraba fijamente y con cierta admiracion.

Pasados aquellos momentos, le dió mil escusas por el atrevimiento de haberse acercado á aquel lugar, ocupado por la mas acrisolada virtud; le ofreció cuanto necesitase, mientras dependiese de él; le dió la mano y se despidió diciendo:

—«Respeto en vos vuestra elevada alcurnia; respeto y admiro vuestra Fe sin igual entre los mortales; respeto, admiro y me extasío al observar vuestra incomparable fuerza de voluntad ó mas bien el poder ó fuerza omnipotente de la Fe, capaz, no solo de trasladar las montañas, sino de levantar los pesos abrumadores que gravitan sobre el corazon humano.

»No será esta, si os place, la vez última en que nos veamos: quedaos con Dios, gozando del bienestar que os ha concedido, y reconocedme por vuestro leal servidor y síncero amigo.»

Repitió el Príncipe sus visitas al Solitario, durante un año y un poco mas: las lecciones y sobre todo el ejemplo de éste produjeron en él un cambio tan notable que, aconsejado por la Fe en Dios y fortalecido por ella, se hizo superior á sus hábitos y pasiones y á todos los Príncipes de Alemania, siendo su reinado citado como el mayor de los modelos.

Habiendo el Solitario acabado sus dias en aquel mismo sitio, el Príncipe hizo levantar allí una magnífica capilla que sirvió de panteon al Solitario, abriendo en el centro la sepultura, donde se depositaron sus restos y mas adelante los del Príncipe, y sobre cuya sepultura se elevó un altar, sin mas emblema que una magnífica estátua de la Fe con una cruz en la mano.

LA ESPERANZA

ó

CUANDO SE NOS CIERRA UNA PUERTA, DIOS ABRE OTRA.

1.

La **Esperanza**, segun Chateaubriand, es la nodriza de los desvalidos, colocada al lado del hombre, como una madre cariñosa al de su hijo enfermo, que le mece en sus brazos, le aplica á sus pechos inagotables y brinda con una leche que le aplaca sus dolores, que vela á su cabecera solitaria y le adormece con sus cantos mágicos.

La **Esperanza** es el áncora de salvacion en este mar tempestuoso. ¡Desgraciada la nave que pierde el áncora, é incomparablemente mas desgraciado el mortal que llega á perder la **Esperanza!**

¡Dichoso y mil veces dichoso el que sabe esperar y que jamas pierde la **Esperanza!**

Esto nos lo demuestra la siguiente relacion histórica de lo acaecido recientemente cerca del Istmo de Panamá, además de otros infinitos sucesos que podrian citarse.

No léjos del Istmo de Panamá, vivia un gran capitalista y rico hacendado, llamado Santiago, poseedor de varias haciendas calculadas en un millon de pesos ó dos millones de escudos y dueño de un capital de mas de cuatro millones de escudos.

Tenia cinco hijos á los cuales habia procurado dar la mas es-

merada educacion y la mejor instruccion posible: el menor de ellos, llamado Joaquin María, la principió en España y la continuó en Bélgica: en una y otra parte, además de instruirle en los principales ramos del saber humano, le educaron y ejercitaron en los mas importantes principios ó máximas de la Religion Cristiana.

Los demás fueron educados é instruidos en países distintos, los dos mayores en los Estados-Unidos y los otros dos en Inglaterra, Alemania y Francia.

Santiago no perdonó gasto ni medio alguno para la educacion de sus hijos y para su instruccion en los ramos mas provechosos del saber humano.

Los cuatro primeros, concluidos los estudios, abrazaron la misma profesion de su padre, estableciéndose el primogénito al lado de su padre, para ayudarle en el cúmulo de empresas y negocios que tenia siempre pendientes; de los demás el uno se estableció en la Habana, otro en Baltimore y otro en Filadelfia.

Joaquin María, si bien reunia los elementos necesarios para dedicarse al comercio, miraba con marcada predileccion las ciencias naturales y con indiferencia el tráfico mercantil.

Luego de haber concluido sus estudios, se retiró en el seno de su familia, vivió una temporada al lado de sus padres, haciendo sus escursiones científicas por el campo en busca de objetos de historia natural, fuesen de mineralogía, de botánica ó de zoología, que luego los clasificaba en casa.

Al propio tiempo, accediendo á la invitacion de sus hermanos, pasó una temporada al lado de cada uno de ellos, lo que le proporcionaba nuevas zonas para dar mayor latitud á sus estudios.

El principal objeto que tuvieron los hermanos al invitar á Joaquin María fué inclinarle á que se dedicase al comercio, haciéndole ver y tocar las ventajas materiales que ofrecian la profesion del padre, ya por las estensas relaciones que éste tenia, ya por el capital que les facilitaba y por el mucho crédito de que gozaba.

No solo le manifestaron estas ventajas, si no tambien los beneficios particulares que cada uno de ellos habia obtenido y el

halagüeño porvenir que les aguardaba, no omitiendo medio ni razonamiento capaz de inclinar á Joaquin María á que abandonase los estudios para dedicarse al comercio.

Otro tanto habia hecho primero é hizo despues el hermano primogénito ayudado por su padre; pero todo fué inútil por la grande aficion que tenia Joaquin María al estudio de la naturaleza, que cada dia le atraia y le embelesaba mas.

Deseando frecuentar los principales centros científicos, así de América como de Europa, lo hizo presente á su padre, el cual le abrió crédito en distintos puntos, encargándole muy especialmente que siempre que le ocurriese el pensamiento de dedicarse al comercio, contase con un capital igual ó mayor que el que facilitó á los demás hermanos.

Despues de haber Joaquin María frecuentado los principales centros científicos del continente americano, empleando en ello cerca de tres años, trasladóse á Europa y pasó largas temporadas en Alemania, Bélgica y Francia; haciendo algunas escursiones por España, por Italia y otros países.

Cuando estaba en lo mejor de sus estudios, porque con lo que le suministraba su padre, tenia para viajar y para detenerse en todos los puntos que le acomodaba, se estableció en uno de los estados del Norte de Alemania, cerca de dos eminentes profesores, logrando al fin cohabitar con ellos.

Estaba como suele decirse en sus glorias, porque vivia en uno de los mejores centros científicos, porque estaba al lado y cohabitaba con dos de los mas distinguidos profesores, y porque disponia de medios ó recursos bastantes para seguir á estos en todas sus escursiones.

2.

Con motivo del génio ó carácter especial y poco simpático de uno de los dos profesores, tuvo Joaquin María un choque con él y los dos profesores se separaron y cortaron toda relacion con él.

Escusado es decir el disgusto que experimentó en los primeros momentos, viéndose privado, y no por culpa suya, del roce con aquellos profesores que le habian dado muchas y muy útiles lecciones; pero pasados los primeros momentos, acudiendo á la máxima en él muy arraigada: **cuando se cierra una puerta, Dios abre otra,** se tranquilizó repitiendo y comentando aquella máxima.

Estuvo una larga temporada buscando relaciones con otras personas que reemplazaran la pérdida ó el rompimiento con los dos profesores; pero todas las personas con las que se relacionaba le parecian inferiores; y Joaquin María no se cansaba de recordar y de repetir interiormente su máxima favorita: **cuando se cierra una puerta, Dios abre otra.**

No olvidaba jamás esta máxima, porque en los dos colegios donde recibió su primera educacion fuera de la familia, sus profesores habian sabido ó tenido la dicha de inculcar y de hacer arraigar en el espíritu de su jóven alumno una firme **Esperanza** en Dios, demostrándole de mil maneras ó con mil ejemplos que Dios jamás nos abandona ni pierde de vista:

Que por grandes que sean las adversidades ó contratiempos que esperimentamos, jamás debemos perder la **Esperanza** de que Dios vendrá al fin en ayuda nuestra, y que siempre que se nos cierra una puerta, Dios nos abre otra ú otras.

Esta y otras máximas análogas habian arraigado de tal manera en el espíritu de Joaquin María la virtud de la **Espe-**

ranza, que en cualquier contrariedad, grande ó pequeña, que esperimentase, acudia á su máxima favorita: **cuando se cierra una puerta, Dios abre otra.**

Esta máxima la vió claramente realizada con motivo del rompimiento con los dos profesores, puesto que, cuando menos lo pensaba, en una de sus frecuentes escursiones por el monte, encontró á un respetable anciano ocupado en mirar con suma atencion como entraban y salian las hormigas de un grande hormiguero, y lo que hacian en el interior del mismo, levantando y volviendo á colocar una piedra que lo cubria.

Habiéndole observado muy de cerca por espacio de una hora y viendo que no reparaba en él, porque jamás apartaba la vista de su hormiguero, le saludó una, dos y tres veces, y como el anciano no contestaba, le tocó por la espalda.

El anciano, levantando la cabeza, dijo con acento precipitado, pero dulce y cariñoso al mismo tiempo: —«Por Dios, buen jóven, no me prives de la investigacion que hace dos dias estoy haciendo,» y volvió á fijar la vista en su hormiguero, levantando y volviendo á colocar la piedra.

Joaquin María que deseaba saber el objeto de la investigacion á que se dedicaba con tanto ahinco ó con tanta pasion el anciano, se sentó á su lado, sin distraerle para nada, pareciendo los dos un grupo de figuras de piedra á causa de su posicion y de su inmovilidad.

Como la **Esperanza** sea inseparable de la paciencia y que sin esta virtud no hay que contar con la primera, Joaquin María tuvo la paciencia de mantenerse en aquella posicion cerca de dos horas, dispuesto á no moverse hasta que se levantase y que hablase la otra mitad del grupo.

El anciano, meneando de vez en cuando la cabeza y tapando el hormiguero, sin pensar que nadie le oyera, decia en voz baja, pero clara é inteligible: «no... no, no es posible saber las principales bases de la constitucion de esta sociedad... no... no... dos dias con sus noches y nada adelanto... sigo un rato el hilo y luego se me corta...» enmudeció y volvió á descubrir el hormiguero.

Al tratar de cambiar de posicion observó que el jóven per-

manecia á su lado, y sin manifestar la menor sorpresa, entró en conversacion con él, como si hubiese estado siempre á su lado.

Joaquin María comprendió al momento que trataba con un naturalista, y para darle á entender que él miraba con predileccion la lectura y el estudio del gran libro de la creacion, le habló de varias escursiones por los montes que habia hecho en compañía de los dos profesores, designándoles por sus nombres.

Apenas los hubo nombrado cuando el anciano esclamó con cierto sentimiento: —«¡ Ah! ¡ingratos!... ¡Me abandonasteis en mi vejez!...¡ Mas habeis perdido vosotros que yo!

»Fueron mis dos alumnos y amigos predilectos; me seguian en todas partes; no tenia secreto alguno con ellos; sabian lo poco que yo sabia; mas, el brillo de la sociedad les fascinó y me abandonaron; ellos, fuera de mi lado, no sé que hayan avanzado un paso mas; yo creo que he dado algunos.»

Conoció Joaquin María que el anciano necesitaba y deseaba tener á alguno que le acompañase en sus excursiones y en sus estudios; le ofreció con sinceridad sus servicios que fueron aceptados por el anciano y los dos empezaron sus escursiones: Joaquin María se convenció á los pocos dias que esta era la otra puerta que Dios le abria;

Porque habiéndose visto privado de las relaciones con los dos profesores, adquiria la del maestro de estos, el cual le enseñaba cosas ignoradas por los dos profesores, y dijo y repitió interiormente: **cuando se cierra una puerta, Dios abre otra**, como acaba de sucederme y me ha sucedido otras veces.

Prosiguiendo Joaquin María con el mayor placer sus estudios al lado de tan aventajado director, esperimentó dos adversidades al mismo tiempo: perdió al nuevo director que murió bajo el peso de los años y de las muchas fatigas, y por otra parte la casa encargada de entregarle el dinero que necesitase, le manifestó que tenia órden de no hacerle ulteriores entregas.

Estos dos contratiempos á la vez y en particular el primero le causaron un vivo sentimiento en los primeros momentos.

Pero arraigada como estaba en él la virtud de la **Esperanza**, apeló al recurso ordinario, á su máxima favorita: **cuando**

se cierra una puerta, Dios abre otra: dos se han cerrado á la vez, es de esperar que se abrirán dos otras mas.

3.

Mientras aguarda con admirable paciencia un nuevo suceso que corrobore aquella máxima, veamos lo que hace Santiago su padre y lo que hacen sus hermanos.

El padre que, contando con él de los cuatro hijos, podia disponer de un respetable capital de mas de ocho millones de escudos ó sean ochenta millones de reales, tomó por cuenta suya y por la de sus hijos la construccion de parte de una importante via férrea en los Estados-Unidos.

Se hizo representar en aquella empresa por el que creia su mas íntimo y mejor amigo, llamado Jorge.

Invirtió en esta especulacion todo el capital de que podia disponer, el suyo y el de los hijos y tomó una fuerte cantidad sobre sus bienes ó haciendas, cediendo los réditos para el pago de los intereses de la cantidad prestada.

Cuando hacia algun tiempo que él y sus hijos vivian á crédito y esperaban de un momento á otro ceder una parte del interés que representaban en aquella importante empresa, descubrió la deslealtad y las siniestras intenciones del supuesto amigo íntimo Jorge.

Los contratos celebrados, las compras hechas y los pagos verificados todo figuraba á nombre de Jorge, mediante que éste de palabra, en la correspondencia y en otros escritos reconocia y confesaba que todo lo hacia y habia hecho con dinero y á utilidad de Santiago.

Aprovechando Jorge el desgraciado y funestísimo accidente de haber quedado reducida á cenizas en pocas horas la casa que habitaba Santiago, á causa del voraz incendio que, sin saberse

cómo ni de qué manera, se manifestó en ella sobre las doce de la noche, se dirigió al Istmo, aparentando hacerlo movido tan solo por la amistad;

Pero con la intencion aviesa de averiguar por sí mismo, si sus agentes habian cumplido sus disposiciones y si las llamas habian devorado todos los papeles.

Al verse con Santiago y su familia supo el gran riesgo que todos habian corrido, que se habian salvado milagrosamente y que todo lo de la casa habia quedado reducido á cenizas.

El falso amigo se esforzó durante tres dias en aparentar gran sentimiento y en dar consuelo á la familia y entregó á Santiago la suma de doce mil escudos, con promesa de enviar lo demas que necesitase, tan luego como hubiese regresado á Boston.

Poco antes de partir hizo presente á Santiago que convenia firmar un resguardo para acreditar á su debido tiempo la entrega de los doce mil escudos, ofreciéndo redactarlo él mismo.

Habiendo accedido Santiago, el falso amigo Jorge redactó dos escritos, de una misma letra, en papel de un mismo color y tamaño.

Leyó á Santiago el uno en que éste reconocia haber recibido los doce mil escudos de Jorge, y mientras Santiago tomaba la pluma y acercaba silla para sentarse y para firmar, Jorge retiró el escrito que Santiago acababa de leer, y puso otro en su lugar, que fué firmado por éste, sin leer una sola línea.

Se despidieron dándose repetidas pruebas de amistad, verdaderas las de Santiago, pero fingidas las de Jorge; y no faltó quien sospechara que el amigo fingido era cómplice en el incendio en vista de la conducta que observó durante aquellos tres dias.

Habiendo éste regresado á Boston escribió á Santiago, repitiendo las promesas hechas y pidiendo un nuevo reconocimiento por medio de una carta, de la entrega de los doce mil escudos, suponiendo haber perdido el que se le dió estando él en el Istmo.

Una vez recibida esta carta, cesó enteramente de escribir á Santiago; quejándose éste de tan estraño silencio, y deseando salir de dudas, encargó á uno de sus hijos que se avistasen con Jorge, pero éste no quiso recibirle.

Presentóse el mismo Santiago, pero Jorge tampoco quiso recibirle, sin dar otra razon, sino que no queria mas tratos con él y que no tardaria en hacerle sentir todo el peso de su justa indignacion.

Mientras Santiago reconvenia ante el tribunal á Jorge, para que dejase á su libre disposicion la administracion de la empresa y le hiciera entrega de todos los papeles, dinero y demás perteneciente á la misma, el falso amigo demandaba á Santiago para la devolucion de los doce mil escudos, y le acusaba de calumniador.

En vano Santiago imploró la intervencion de amigos, en vano escribió diversas cartas al falso amigo, recordándole las antiguas relaciones y pidiéndole una entrevista; á todo se hizo sordo el supuesto amigo, manifestando á cuantos le hablaban sobre el particular, que solo los tribunales podian decidir tan graves cuestiones.

Iniciáronse dos pleitos, el uno por Santiago y el otro por el falso amigo, y éste además acusó formalmente á Santiago de calumniador y de estafa, y pidió la prision del mismo.

Como el vulgo fácilmente se declara á favor del poderoso y contra el débil, acogió los rumores propalados por el falso amigo y por los asalariados de éste, porque se le reputó hombre de gran fortuna, y á Santiago se le consideró como á un hombre arruinado que pegó fuego á su casa para burlar á sus acreedores.

Abrumado Santiago bajo el peso de dos pleitos y de una causa criminal, reducido á la miseria, sin un escudo de que disponer, próximo á ser condenado y ejecutado para la devolucion de los doce mil escudos, perdido el crédito y la reputacion y abandonado por sus amigos y conocidos, llegó á un estado de desesperacion capaz de inducirle á poner fin á sus dias.

En semejante estado, un antiguo criado de la casa llamado Domingo, que poseia un pequeño capital, que habia visto nacer á todos los hijos de Santiago, que profesaba un verdadero cariño al padre y á los hijos, y que era uno de los pocos que no les habian abandonado en la desgracia, escribió á Joaquin María, haciéndole una minuciosa relacion de todo y de ciertas sospechas que habia contra Jorge.

Y le suplicaba que reuniendo la mayor cantidad posible pasase á Boston sin pérdida de tiempo para unir sus esfuerzos á los que él estaba haciendo, por cuanto tenia confianza de poder arrancar la máscara al falso amigo, acreditando su complicidad en el incendio y la usurpacion de los capitales destinados á la construccion de la via férrea.

4.

Mientras Joaquin María, pasando un mes y otro mes, aguardaba con paciencia que se le abriese la nueva puerta, despues de las dos que se habian cerrado á un tiempo, recibió una carta del Director general y de los profesores de una de las principales escuelas de Alemania en que le brindaban con una cátedra de historia natural dotada en tres mil escudos.

Al acabar de leer por segunda vez la carta, levantó los ojos al cielo y con la carta en la mano esclamó:—«¡Aquí está confirmado que **cuando se cierra una puerta, Dios abre otra!**» y en seguida contestó la carta, pensando ó diciendo interiormente: «dos puertas se me abren á la vez, un buen centro científico y la seguridad para el porvenir.»

Encaminada la carta á su direccion, preparóse para el viaje que emprendió al tercer dia: solo habrian pasado unos dos meses desde que se hallaba en posesion de la cátedra, cuando se le habló del casamiento con una linda y rica señorita.

Asistiendo Joaquin María á las reuniones que tres veces en la semana se celebraban en casa del Director, la señorita Consuelo, hija única de este, tuvo ocasion de ver, de hablar y de enamorarse de Joaquin María, y como á éste no le disgustaban las bellas calidades físicas y morales de Consuelo, no tardaron en declararse el amor.

Joaquin María por lo mucho que creia deber al Director, y no poseyendo bienes algunos de fortuna, no se atrevia á pedir

la mano de Consuelo; pero esta que, como se ha dicho, estaba enamorada de Joaquin María, supo persuadir á su padre que hiciera hablar á Joaquin María.

Pronto quedó ajustado el enlace; hiciéronse los preparativos, y señalóse dia para la realizacion del mismo: Joaquin María decia para sus adentros: «Esta es una gran puerta que Dios me abre, sin habérseme cerrado otra: será sin duda una puerta abierta con anticipacion, por lo que pueda suceder.

»Tus hermanos poseerán algunos, millones y heredarán muchos mas á la muerte del padre que se halla en edad avanzada; pero yo prefiero esta escuela, mi profesorado y mi futura y linda esposa á todos los millones de mis hermanos.»

Ocupado Joaquin María en estas y en otras reflexiones análogas, y cuando solo faltaban tres dias para llegar el prefijado para la celebracion del deseado enlace; recibió la carta de Domingo escrita desde Boston: la primera lectura le afectó de tal manera que quedó sin movimiento y sin sentidos, cayéndosele la carta de la mano.

El criado que afortunadamente se hallaba en el mismo aposento, le sostuvo del mejor modo que supo y pudo, le sentó en un sillon y viendo que tardaba á volver en sí, sonó la campanilla y al momento compareció la sirvienta, que por encargo del criado fué á llamar al facultativo, y á dar aviso al Director general.

Compareció éste antes que el facultativo, cuando Joaquin María aun no habia vuelto en sí, informado por el criado, y presentándole éste la carta recogida del suelo, y á cuyo contenido atribuia con razon aquel funesto accidente, el Director general se la devolvió, sin leer una línea, diciendo:—«cuando sea necesario, ya se leerá.»

Mientras aguardaban ál facultativo y propinaban al paciente remedios caseros, empezó éste á dar algunos señales de que iba á cesar el accidente, y así fué, pues en pocos minutos se vió libre de él, como si nada hubiese tenido y dijo en voz baja, sin reparar en los que le rodeaban.—«¡Hé aquí la puerta abierta con anticipacion..... paciencia!...»

Luego observando que estaba allí el Director y futuro sue-

gro, le saludó afectuosamente, dió las gracias á todos y entregó al primero la carta de Domingo, para que conociese la causa del accidente.

Leia el director, haciendo sus esclamaciones y comentarios, mientras Joaquin María pensaba y meditaba, ¿qué era lo que pensaba? Lo que siempre: **cuando se cierra una puerta, Dios abre otra....** Toda la familia está oprimida bajo el peso de tantos y tan graves infortunios..... ¡resignacion y paciencia!

Dios nos dará alivio, si tenemos fé en Él y si esperamos en Él: por de pronto les ha dado un criado leal, luego tendrán á su lado, con la ayuda de Dios, al hijo y al hermano que no les abandonará, que unirá sus esfuerzos á los de Domingo para arrancar la máscara al falso amigo, y que á todo mal evento él y su futura esposa les abrirán de par en par las puertas de su casa.

Al acabar el Director de leer la cárta, llevando á Joaquin María al cuarto inmediato, exclamó: —«un gran pesar.... estoy enterado..... ¿y qué piensas hacer en vista de tan horrible cúmulo de infamias é infortunios?»

—«¿Puedo dudar ni titubear un momento sobre lo que debo hacer? Haré lo mismo que hariais vos, si estuvierais en mi lugar, volar allí desde luego para dar consuelo y ayuda á mis padres y hermanos, dando antes de partir la mano de esposo á vuestra hija á fin de llevarla conmigo, para consuelo de mis padres, si es vuestra voluntad.»

—«Esto mismo haria yo en tu lugar: no dudaba de la bondad de tu corazon, ni de los hermosos sentimientos que te animan: yo perderé por algun tiempo, acaso para siempre, tu compañía y la de mi única é idolatrada hija; lo siento y lo sentireis vosotros, especialmente mi hija, pero el deber es antes que todo.

»Si Dios dispone de mí antes que regreseis, mis amigos se encargarán de lo que posea y lo guardarán para vosotros: yo no cesaré de rogar á Dios para que os permita llevar el consuelo y la ayuda mayor posible á los padres y á los hermanos.»

El director se encargó de comunicar á Consuelo los grandes infortunios de la familia de Joaquin María, la inmediata celebracion del enlace, y la pronta salida de los dos para Boston á fin de dar alivio y consuelo á aquella familia.

La hija del Director afligida y contristada en los primeros momentos á causa de los infortunios de la familia de Joaquin, del pesar de éste, y de la necesidad de separarse por algun tiempo de la compañía de su padre; se tranquilizó al fin con el pensamiento de que iba á hacer un bien y recordando la máxima favorita de su esposo, **cuando se cierra una puerta**, etc.

Celebróse el dia siguiente el proyectado enlace, y á los dos dias los nuevamente desposados partian para Ultramar, dando esta repentina salida ocasion á varias conjeturas y comentarios hasta que se supo la verdadera causa.

Las últimas palabras de Joaquin María y de Consuelo al despedirse del padre de este fueron: «**Esperanza en Dios**, que si se cierra una puerta se abre otra.»

5.

Habiendo Joaquin María formado la resolucion de dirigirse primero al Istmo de Panamá para adquirir sobre el incendio mayores datos que los comunicados por Domingo, contestó á éste, anunciándole su salida para el Istmo, y escribió á sus padres dándoles toda clase de consuelos, inculcándoles sobre todo la **Esperanza** en Dios y la máxima para él favorita, y comunicándoles su próxima salida para América.

Durante la travesía, Joaquin María, al paso que con sus esmerados y continuos cuidados prodigados á Consuelo, le acreditó el amor sincero que le profesaba, la puso al corriente de sus proyectos y de la esperanza en Dios, de que le permitiria poner en claro la verdad y devolver la tranquilidad á sus apesadumbrados padres, y á sus afligidos hermanos.

Antes que los nuevos esposos llegasen al Istmo, sus padres recibieron la carta y Domingo recibió tambien la contestacion; pero llegaron á tiempo en que ya no era posible remediar algunos de los males que la perversa conducta de Jorge causó á la familia de Santiago.

Los dos hermanos mayores que habian escuchado siempre con indiferencia y hasta con desprecio los sentimientos religiosos de Joaquin María, fueron las primeras víctimas del infortunio: el primogénito en uno de los momentos de desesperacion se precipitó al mar;

Y el segundo creyendo perdida para siempre y sin remedio la reputacion y la fortuna de la familia, enfurecido por las infamias y vilezas del falso amigo, y obcecado por el deseo de venganza, intentó acabar con Jorge, y quiso su mala suerte que él muriese á manos del que habia de ser su víctima.

Estos nuevos golpes unidos á la pérdida de la fortuna y de la reputacion, afectaron de tal modo á los padres que cayeron gravemente enfermos, y estaban por lo mismo en cama cuando recibieron la carta de Joaquin María, que si bien les hizo llorar de alegría y de ternura, no pudo curar las profundas llagas causadas con tantos y tan terribles golpes á la vez.

Solo el tercero y cuarto de los hijos tuvieron valor y fuerza para resistir á tanto infortunio, y fueron por lo mismo los únicos que pudieron sacar provecho del viaje y de los sacrificios del hermano menor y de la esposa del mismo.

Mientras los dos hermanos sobrevientes, auxiliados por Domingo, cuidan de los padres y hacen lo que pueden para arrancar la máscara al falso amigo, y para reivindicar al mismo tiempo la reputacion y los intereses de la familia; veamos lo que hace Joaquin en el Istmo de Panamá.

Al ver éste consumida por las llamas la casa paterna y al comparar la antigua prosperidad de sus padres con su desgraciada situacion, se le escaparon muchas lágrimas, no de rabia ni de desesperacion, sino de ternura y de tristeza.

Consuelo no hizo mas que recordarle la máxima favorita para que Joaquin, enjugando las lágrimas, elevase los ojos al cielo, diciendo:—«sí, sí, querida esposa, Dios vendrá en nuestra ayuda: nunca he visto que cuando se ha cerrado una puerta, no se haya abierto otra, si ha habido confianza plena en Dios.»

Al apartar la vista de la destruccion y de las ruinas causadas por el incendio, dijo con tono resuelto:— «mi Fe y mi Esperanza en Dios me dicen que será reedificada.»

Púsose al momento á practicar en compañía de Consuelo cuantas diligencias le sugirió su espíritu iluminado por Dios, cuyo auxilio no cesaba de implorar.

Antes de concluir el dia, dijo secretamente á Consuelo:—«Dios empieza á abrirnos la nueva puerta,» por cuanto acababa de adquirir algunos datos en confirmacion de los de Domingo sobre el autor y cómplices del incendio.

La mayor parte de aquella noche la pasó leyendo la carta de Domingo, repasando los nuevos datos adquiridos y esclamando en voz baja, para no despertar á Consuelo que la creia dormida: «esto es ya algo..... falta lo principal..... si Pedro quisiere hablar.....»

Poco antes de amanecer dobló la carta y sus apuntes, diciendo: «Dios ayudará» y se desnudó, se acostó con todo el tino y quietud posible para no dispertar á Consuelo y evitarle la pena que le causaria el saber que no habia dormido en toda la noche.

Consuelo que habia estado tan dispierta como él, que habia oido sus esclamaciones y que se habia fijado mucho en las palabras, **si Pedro quisiera hablar;** así que vió á Joaquin profundamente dormido, se levantó, se vistió con el mayor silencio, hizo una corta plegaria delante la imágen de la Vírgen y salió á la calle.

Hacia poco que acababa de amanecer, cuando Consuelo estaba hablando con uno de los pocos amigos de la familia, el cual despues de enterado de las esclamaciones de Joaquin María, dijo á Consuelo: «el Pedro á quien aludiria Joaquin no puede ser otro que uno de los antiguos criados de la casa y que aun lo era en la noche del incendio.

Contra éste hay algunas sospechas de haber sido el instrumento de Jorge: á los pocos dias del incendio se separó del servicio de Santiago pretestando que tenia otro amo, y al cabo de poco tiempo compró la casa que ocupa, suponiendo que lo habia hecho con dinero de su hermano.

Consuelo se fué inmediatamente en busca de Pedro y le halló que acababa de levantarse.

Quedó Pedro sorprendido al ver en su casa y en hora tan

intempestiva á una bella y linda señorita que jamás habia visto, manifestándole que tenia que hablar muy reservadamente con él; la hizo entrar en el aposento que ocupaba y entornando la puerta le dijo:—«Estamos solos y podeis esplicaros.»

Consuelo apurando todo su talento, y valiéndose de los datos recogidos por Joaquin María y de los pocos alcances de Pedro, haciéndole todo género de protestas y dándole las seguridades imaginables, no solo logró que hablase, sino que confesase que excitado y seducido por Jorge fué el que pegó fuego á la casa y el que preparó y distribuyó los líquidos enviados por Jorge:

Y no pararon aqui sus revelaciones, sino que, abriendo un cajon le enseñó primero una hermosa cartera de terciopelo azul, de la que se apoderó en los primeros momentos de confusion, pensando que contenia billetes de Banco, cuando eran papeles y correspondencia sobre la empresa de la via férrea; y luego enseñó dos cartas escritas por Jorge que revelaban claramente que el autor principal del incendio fué el falso amigo.

Consuelo iba á arrebatar de las manos de Jorge aquellos papeles, pero temiendo que se destrozasen con la lucha que tendria que sostener y pareciéndole que una voz interior le decia que los obtendria sin violencia, volvió á valerse y á esforzar los medios que habia empleado primero, y al fin logró lo que tanto deseaba.

Poseedora de los secretos revelados por Pedro, y dueña de la cartera y de las dos cartas, repitió las promesas y seguridades á Pedro, se despidio con grande, pero aparente afectuosidad y cariño, empeñando al despedirse su palabra de que antes de poco tiempo le veria ó le escribiria.

Enagenada de gozo volvió al lado de Joaquin qne aun dormia y dispertándole con voz conmovida y agitada le dijo:—«no perdamos tiempo.... preparémonos para salir ahora mismo para Boston, si es posible.»

Joaquin María, presumiendo que habia recibido de Boston alguna mala noticia, iba á pedirle esplicaciones, cuando esta recordándole las exclamaciones de la noche y refiriéndole suscintamente los pasos que acababa de dar, y las revelaciones de Pedro, concluyó con presentarle la cartera y las dos cartas.

Pusose Joaquin María á leer, y sin saber lo que le pasaba, leia y cesaba de leer, creia y dudaba al mismo tiempo, creia que estaba despierto y dudaba que lo estuviese: pasados los momentos de agitacion y de perturbacion, se echó en brazos de Consuelo, diciéndole:—«Si, partamos luego: tú eres el angel salvador de los intereses, de la reputacion y de la vida de mis padres y de mis hermanos.»

Hicieron los preparativos de marcha á toda prisa; Consuelo envió un bolsillo con monedas á Pedro y una esquela en que le decia que iba salir, que, Dios mediante, volverian á verse antes de poco ó le escribiria: antes del medio dia estaban en marcha para Boston.

6.

Durante la travesía hizo Consuelo una minuciosa relacion de todo, manifestado que el origen y el móvil de todo habian sido las palabras muchas veces repetidas: *si Pedro quisiere hablar.*

Joaquin no pudo menos de admirar la actividad, el tino y el talento de Consuelo, el vivo deseo de complacerle, hijo del ardiente y síncero amor que le profesaba, reconociendo y admirando sobre todo la bondad inagotable del Criador, con abrirles tan pronto la nueva puerta.

Llegaron á Boston sin novedad y rebosando de satisfaccion y de alegria; pero esta se convirtió en aflixion al comunicarle Domingo el trágico fin de los dos hermanos mayores, la postracion de los padres en cama y los temores del mal resultado de los procesos, á causa de la falta de pruebas.

Joaquin María y Consuelo despues de haber dado algunas seguridades á Domingo, se fueron á abrazar á los padres y luego á los hermanos, inculcando á los unos y á los otros que tuviesen entera confianza en Dios, que el que la tiene viva, nunca queda defraudado en ella.

Les presentó su esposa, calificándola de angel enviado por Dios para salvar los intereses y la reputacion de la familia, y al mismo tiempo les indicó que venia del Istmo, provisto de abundantes pruebas debidas á la actividad, al tino y al talento de su idolatrada esposa, manifestando gran sentimiento de que la falta de esperanza hubiese conducido á los dos hermanos mayores á un fin tan desgraciado.

Informado de la casa y calle donde vivia el falso amigo, y despues de haberse puesto de acuerdo con su esposa y con Domingo para el acierto del plan que llevaba, se fué en busca de Jorge, tomando otro apellido para evitar que este le negase la entrada en su casa.

Obtenida la audiencia solicitada, disimulando quien era y el objeto que le habia conducido allí, le dijo con aparente aire de interés y de confianza:—«Acabo de hacer un largo viaje para prestaros un gran servicio: un íntimo amigo mio, que lo es tambien de Pedro él del Istmo, ha tenido con él una larga conversacion.

»Pedro le ha hecho varias é importantes revelaciones utilísimas para Santiago y sus hijos y funestísimas para vos, bastantes en mi concepto para asegurar á aquellos un triunfo el mas completo:

»Le ha manifestado que todos los cuantiosos intereses que vos manejais, precedian esclusivamente de Santiago y de sus hijos, y que esto constaba en muchos documentos y en una larga correspondencia epistolar:

»Que á fin de que desapareciesen estos documentos y esta correspondencia, se pegó fuego á la casa habitada por Santiago y su familia, que quien lo pegó fué el mismo Pedro, valiéndose de unos líquidos enviados de Boston:

»Que el que le hizo perpetrar este gran crímen bajo la promesa, cumplida tan solo en una pequeñísima parte, de darle la mitad de los intereses de Santiago, y el que le envió los líquidos desde Boston, fuisteis vos:

»Que en una de las botellas se conservó la etiqueta que descubre el fabricante de Boston que os las vendió, y esto lo declarará siempre que sea requirido;

»Que si bien se habia creido que las llamas consumieron to-

dos los papeles de la casa, la verdad del hecho es que se salvó una cartera de terciopelo azul que fué sustraida en los momentos de confusion, bajo el concepto ó creencia de que contenia billetes de banco, y precisamente contiene los papeles mas importantes concernientes á la empresa de la via férrea:

»Que cuando vos, á pretesto de consolar y de ofrecer vuestros servicios á Santiago y á la familia, fuisteis al Istmo, Pedro que aun estaba en la creencia equivocada de que la cartera contenia billetes de banco, porque aun no se habia atrevido á romper la cerradura, os la ocultó y os aseguró que el incendio habia devorado todos los papeles:

»Que además de la cartera, cuyos escritos leyó el amigo en parte, conservaba Pedro dos cartas escritas por vos, de cuyo contenido Pedro enteró al amigo, siendo bastantes por sí solas para descubrir todo el misterio:

»Que en la una de ellas le ofreciais una suma de consideracion, si hacia el debido uso de unos líquidos que recibiria antes de poco, y en la otra, escrita poco despues del incendio, le invitabais á pasar á Boston para recibir una partida á cuenta de la mitad de lo prometido verbalmente:

»Y por fin que estas y otras cosas las oiría, si quisiera, de boca del mismo amigo que habia hablado con Pedro, cuyo amigo en aquellos mismos instantes se hallaba en Boston, tal vez para negociar con los hijos de Santiago ó con éste y por cuenta de Pedro aquellos secretos con la entrega de los documentos.»

Jorge que, al principiar Joaquin María la relacion, pareció encendido de cólera interrumpiendo repetidas veces la relacion, cuando oyó que los papeles relativos á la empresa se habian conservado, y sobre todo que Pedro guardaba aquellas dos cartas, reprimió del mejor modo que supo los encontrados efectos de la cólera y de miedo que á pesar suyo se traslucian en su semblante.

Despues de haber una y repetidas veces protestado contra la verdad de las supuestas revelaciones de Pedro, dijo que á pesar de todo agradecia el servicio que con buena intencion acababa de prestársele, y que no tenia inconveniente en verse con el que se titulaba amigo de Pedro, para patentizar mas la falsedad de las supuestas revelaciones de Pedro.

7.

Trasladados los dos á la supuesta habitacion del amigo de Pedro, les recibió una jóven y linda señorita que Jorge jamás habia visto, y preguntándole Joaquin María donde estaba su esposo, porque deseaba que esplicase á aquel caballero (señalando á Jorge) lo que le habia referido Pedro en el Istmo, contestó la señorita:

—«Para esto no necesitamos á mi marido, porque quien oyó las revelaciones de boca de Pedro, fuí yo, y mi marido las ha oido de mí: por lo demás, no creo que mi esposo esté lejos de aquí: voy á mandar al criado en su busca.»

Sonó la campanilla y sin aguardar á que entrase el criado, salió ella misma, como si lo hiciera para darle la órden, volvió á entrar luego, diciendo: «mientras el criado va en busca de mi esposo, yo empezaré á enterar á este caballero de lo que me dijo Pedro en el Istmo de Panamá.»

La señorita volvió á referir á Jorge, pero con mas minuciosidad cuanto Joaquin María le habia revelado, y en el acto mismo de concluir la relacion, así que Jorge empezaba sus protestas contra lo dicho por Pedro y contra la legitimidad de las cartas, entró Domingo, aparentando no saber ni reparar que estuviese Jorge allí, y dijo á la señorita que no habia encontrado al amo.

Así que Jorge vió á Domingo, quedó altamente sorprendido, pero disimulando la sorpresa dijo:—«Tú, (señalando con el dedo á Domingo) que has sido, y no sé si eres aun mi mayor enemigo y el mas apasionado servidor de Santiago, dinos si se salvaron algunos papeles de la casa de tu amo, y si merecen crédito las habladurías de Pedro, señalado por el público como autor del incendio.»

Domingo, al volver la cabeza para contestar á Jorge, distin-

guió á Joaquin María que estaba detrás de éste y dijo á la señorita: — «me haceis buscar á vuestro esposo, y lo teneis aquí;» esto sorprendió nuevamente á Jorge que no comprendió aquel embrollo, é iba á quejarse de la farsa que en su concepto se estaba urdiendo, cuando Joaquin María se levantó repentinamente y dijo:

— «Sí, Jorge, sí, yo soy el esposo legítimo de esta señorita, no te admires: éste (señalando á Domingo) es el criado leal de mi padre y yo soy el hijo menor, Joaquin María, que sabedor de los graves infortunios de la familia y lleno de **esperanza en Dios**, apresuré mi proyectado enlace con esta señorita, hija única del Director de la escuela en la que doy lecciones como profesor.

» Luego de verificado el enlace, nos trasladamos al Istmo á fin de recoger los datos necesarios para aclarar la verdad: yo recogí algunos pero insuficientes, los suministré á mi esposa y ésta se dirigió á Pedro para alcanzar algunos mas:

» Y no solo consiguió aclarar todo el fatal misterio del incendio, si no que le entregase la cartera sustraida en los momentos de confusion, y las dos cartas de cuyo contenido voy á enteraros: Dad gracias á Dios de que vuestra suerte no esté en manos de personas vengativas.»

Sacó Joaquin María la cartera de un cajon, la abrió, puso delante de los ojos de Jorge los documentos y correspondencia que contenia, y luego las dos cartas originales; leyó alguno de los documentos mas importantes é hizo otro tanto con las dos cartas.

El falso amigo Jorge que al oir que su suerte estaba en manos de personas no vengativas, parecia haberse tranquilizado, cayó repentinamente de la silla, cual si hubiese sido herido de lleno por el rayo.

Joaquin María, Consuelo y Domingo, sin llamar á nadie ni hacer el menor ruido para no frustrar ni interrumpir el plan que los tres habian formado y que empezaba á producir tan buenos efectos, recogieron del suelo á Jorge, le colocaron en la cama y le prodigaron todos sus cuidados y cuanto necesitó para volver en sí.

Así que habia principiado á volver en sí, le sobrevino un fuerte desvarío, durante el cual reconoció la verdad de todo cuanto habia descubierto Pedro é hizo nuevas revelaciones.

Libre de aquel accidente, viéndose rodeado y cuidado con tanto esmero por los que debian ser sus mayores enemigos, que poseian armas sobradas para llevarle á un patíbulo, y que con mucha sangre fria le recordaban lo que habia revelado durante el desvarío, descendió del lecho y postrándose de rodillas delante de Joaquin María y de Consuelo dijo:

—«Soy un miserable, soy el hombre mas infame y el mas criminal del mundo, no merezco perdon de Dios ni de los hombres: en vuestras manos está mi reputacion y mi vida: haced de mi lo que querais: el mal inmenso que he causado á vuestra familia es irreparable.»

—«Os ha dicho mi esposo, contestó Consuelo con mucha dulzura, que vuestra suerte estaba en manos no vengativas: con haceros morir en un patíbulo, no devolveríamos la vida á los dos hermanos, ni la salud á los padres.

»Antes que estas tristes escenas sean conocidas del público, apresuraos á cumplir con vuestro deber: devolved los intereses y la reputacion al que tuvo la desgracia de ponerlo todo en vuestras manos: él os perdonará, nosotros os perdonaremos y Dios os perdonará tambien, si hay arrepentimiento.»

Jorge, besando la mano á Consuelo, á Joaquin María y á Domingo,—«llamad, les dijo, á un escribano sin pérdida de momento, y dictad vosotros, porque mi cabeza está demasiado abrumada, los escritos que mejor os parezcan; yo los firmaré todos sin leer: me entrego á vosotros y haced de mi lo que querais.»

Voló Domingo en busca de un escribano, Joaquin María dictó las declaraciones, las cesiones y las renuncias que Jorge habia de firmar y las dictó de manera que, recobrando Santiago sus intereses y su reputacion, quedase á salvo, en cuanto cabia, la del falso amigo, y éste lo firmó todo sin la menor repugnancia.

En seguida fué, junto con el escribano, á dar posesion á Domingo como apoderado de Santiago, de todos los papeles, dinero y demás concerniente á la empresa de la via férrea.

Concluido este acto, en el de despedirse puso Domingo por encargo de Joaquin María, un bolsillo en manos de Jorge, el cual desapareció, sin haberse posteriormente tenido de él la mas mínima noticia.

Cinco horas bastaron para llevar á cabo con tan feliz éxito una empresa tan delicada y de tanta importancia.

Joaquin María, Consuelo y Domingo regresaron al lado de Santiago y demás familia en ocasion en que empezaba á extrañarse el retardo de los tres y especialmente el de Joaquin María.

Este enteró primero á los dos hermanos de todo lo acaecido, hasta darles á leer las escrituras firmadas por el falso amigo Jorge.

No es posible describir la escena que pasó entre los cinco: tan pronto reian como lloraban, tan pronto cogian la mano de Consuelo, besándosela, como abrazaban á Joaquin y á Domingo.

En medio de estos transportes ó de tan repentinas y encontradas afecciones de ánimo, Joaquin María, recordando su máxima favorita: **cuando se cierra una puerta, se abre otra**, dijo:—«Basta hermanos, vamos á dar juntos y de la manera que pueda impresionar menos tan importante y agradable nueva á nuestros buenos padres.»

Así lo hicieron, y apesar de haber procedido con el mayor tino, preparacion y prudencia, revelando tan solo una parte de lo acaecido, fué tal la alegría de los padres que cayeron en un completo delirio que duró cerca de tres dias y que les dejó tan rendidos y postrados que no pudieron sobrevivir quince dias á tan extraordinario acontecimiento.

Los dos hermanos, obrando contra la disposicion del padre, el cual tenia firmado un documento pùblico para que todos sus intereses, seguida su muerte, fuesen repartidos entre los cuatro hermanos mayores ó aquellos de los cuatro que le sobreviviesen, quisieron con todo empeño y sinceramente que Joaquin y Consuelo, á quienes lo debian todo, se quedasen por lo menos con la mitad de todos los intereses.

Joaquin María dijo:—«Hagamos tres partes, una para cada

uno de vosotros dos, y la tercera á partir entre Domingo, Consuelo y vuestro hermano; para nosotros dos habrá de sobras.»

Todo se hizo como habia propuesto Joaquin María: Consuelo secretamente y de acuerdo con su esposo cedió su parte á Pedro.

Joaquin María y Consuelo, al despedirse de sus hermanos y de Domingo, les dijeron: —«Suceda lo que sucediere, no perdais jamás la confianza en Dios. ¡Desgraciado el mortal que pierde la **Esperanza**!... No olvideis jamás lo que acabais de ver confirmado con tanta evidencia:

Cuando se cierra una puerta, Dios abre otra.»

LA CARIDAD

ó

CÁRMEN LA PASTORA,

CONOCIDA DESPUES POR

LA MADRE DE LOS POBRES.

1.

La Caridad verdadera ó ejercida como corresponde es la esencia del amor, así como el amor es la esencia del cristianismo; es el amor purificado y elevado á su mayor grado de potencia, es el amor de padre á hijo que no reconoce superior ni igual, es un amor análogo ó semejante al del Criador hácia la criatura.

Es un amor desinteresado que no tiene esperanza alguna de lucro, como el de padre á hijo, ó mejor, como el que Dios profesa á la criatura de la cual nada espera, porque para nada la necesita.

Cuando practicamos la Caridad, pagamos en la persona de nuestros semejantes, hijos como nosotros de Dios, una muy pequeña parte de lo muchísimo que debemos al Padre comun ó al Padre Celestial.

El Padre Celestial, como si nada le debiéramos, nos recompensa con usura en bienes materiales ó espirituales y á veces de ambas maneras lo que hacemos en bien de sus hijos, nuestros semejantes: ejercemos otro acto de Caridad y otra vez el Padre Celestial nos recompensa tambien con usura.

Por lo mismo, Dios nos dá y nosotros damos tambien; Dios

vuelve á darnos mas de lo que nosotros hemos dado: de este modo se forma una cadena no interrumpida de relaciones entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre.

Dios está contento y satisfecho de lo que nosotros hacemos, y nosotros estamos alegres y contentos con lo que Dios hace por nosotros, sea que nos colme de bienes materiales, ó sea que derrame sobre nosotros los espirituales que son los que nos dan el bienestar interior ó la tranquilidad del espíritu.

En demostracion de lo dicho recordaremos brevemente la historia de **Cármen la Pastora**, últimamente conocida por la MADRE DE LOS POBRES.

Casi en la falda de una de las elevadas montañas de los Pirineos y no lejos del camino de herradura que dirige desde la Cerdaña á Ripoll habia una casita de triste aspecto, con frecuencia inhabitada á causa de que el viento, la lluvia y la nieve penetraban en ella por las puertas, por las ventanas y por varias rendijas.

En el pueblo inmediato que estaba á hora y media de dicha casita y en uno de los dias de la octava del **Corpús** un jóven bracero llamado Bartolomé que en años anteriores habia sido pastor acababa de contraer esponsales con la hija de otro, á la que habia conocido y amado, cuando se dedicaba al mismo oficio.

Llamábase Cármen (la pastora, conocida al fin por la madre de los pobres), de genio vivo y muy trabajadora.

A los pocos dias de haberse unido en matrimonio Cármen y Bartolomé, alquilaron la espresada casa, sin contar con otros recursos que un saco de legumbres, mitad guisantes, mitad lentejas, un saco de centeno, dos sábanas y una manta, dos ollas de barro, seis platos de lo mismo, media docena de cucharas viejas de box y otros tantos tenedores, un cuchillo sin mango, y unos pocos aperos de labranza y un capital de cien reales ó diez escudos.

Convertido el centeno en harina y esta en pan, menos dos ó tres puñados, é invertida la mayor parte del capital en la compra de los principales condimentos, como sal, aceite, pimienta y algunas libras de manteca rancia de tocino, pasaron á establecerse en aquella pobre casita.

Al cabo de poco tiempo se sintieron rodeados de privaciones y de necesidades, y á pesar de hacer cuanto estaba en su mano para mantenerse en aquella mísera habitacion, las necesidades y las privaciones iban cada dia en aumento.

Sin embargo Cármen partia las pequeñas porciones de pan y algunas veces las de legumbre necesarias para su alimento con el primer pobre que se acercaba á aquella habitacion.

Aun no habia transcurrido medio año, cuando llegaron á tan estremo de pobreza que para alimentarse durante el invierno que les venia encima no tenian mas que una pequeña cantidad de patatas, que no llegaba á dos libras, algunos dos ó tres puñados de lentejas, un poco de manteca rancia de tocino y unas tres libras escasas de pan duro y negruzco como las piedras de que estaba fabricada la casa.

Cármen procuraba ocultar á Bartolomé la triste situacion en que se hallaban para no darle mas pena, y porque confiaba en Dios y pensaba que haciendo ellos cuanto pudieran por su parte, Dios no les dejaria morir de hambre; pero al ver que no tenia víveres mas que para unos tres dias, determinó revelarle la escasez en que se hallaban.

Anochecia y acababa de llegar Bartolomé con un enorme haz de leña para ir á venderlo el dia siguiente en el pueblo vecino, y Cármen iba á revelarle la deplorable situacion en que se hallaban, cuando en el acto oyen una voz lástimera que pedia hospedaje.

Cármen asomando la cabeza á la ventana vió á una pobre mujer con tres criaturas de cuatro á ocho años y oyendo la misma lástimera voz de una mujer que pedia hospedaje porque estaba fatigada ella y sus hijos y no podian andar mas, sin titubear un momento la invitó á que entrase con sus hijos.

En lugar de revelar á Bartolomé la triste situacion en que se hallaban, como iba á hacerlo poco antes de oir aquella voz lastimera; no pensó en otra cosa que en echar mano de las pocas provisiones que habia en casa para dar de comer á los pobres huéspedes, en el caso de necesitarlo.

A este fin preguntó á aquella pobre mujer si traian algo, aun cuando no fueran mas que algunos mendrugos para hacerles una

sopa; como oyera que nada traian, que no habian comido en todo el dia, y que estaban rendidos por el cansancio y por el hambre, cogiéndole y estrechándole la mano le dijo:

—«No os espanteis; **cuando Dios dá, para todos dá:** cenaremos juntos, Dios bendecirá nuestra pobre cena, y alcanzará para todos.»

Bartolomé no ignoraba que estaban bastante escasos de todo y por esto queria ir á vender leña para hacer provision de algunos víveres; pero no pensaba que en aquella noche iban á comer lo poco que tenian; por esto y por tener un corazon tierno, nada dijo al oir el caritativo ofrecimiento de Cármen.

Esta preparó á toda prisa la cena, y luego de estarlo, se sentaron los seis cerca de la chimenea y en media hora comieron lo que hubiera bastado para alimentar dos ó tres dias á Bartolomé y á Cármen.

Concluida la cena, y despues de haber Cármen dirigido en voz baja algunas palabras al oido de Bartolomé, invitó á aquella pobre mujer á que pasase en union con sus hijos á acostarse en la única cama que habia en casa, dándole á entender que ya tenian ellos donde dormir en otra parte.

Antes de un cuarto de hora todos dormian, menos Cármen que queria rezar y no sabia porqué estaba su pensamiento preocupado con el efecto que produciria en Bartolomé el saber que todo se habia consumido en aquella noche, y que no habia, siquiera un bocado de pan para desayunarse antes de salir para el pueblo, segun acostumbraba.

Estos y otros tristes pensamientos no permitieron á Cármen rezar ni conciliar el sueño hasta poco antes de amanecer y precisamente en los momentos en que debia dispertar á Bartolomé para ir á vender la leña.

Como este dispertara un poco mas tarde de lo acostumbrado, se levantó á toda prisa y para no perder tiempo, cargó el haz de leña sin acordarse de tomar un poco de pan para desayunarse.

Hacia mas de una hora que Bartolomé habia salido, cerrando la puerta y echando por debajo de ella la llave con que la habia cerrado, cuando Cármen dispertó al ruido de dos fuertes

golpes dados á la puerta con un palo ó con una piedra, el uno tras del otro, sin el menor intervalo.

Era ya de dia, y Cármen mirando por la ventana vió á tres caballeros montados, sin llevar consigo criado ni guia alguno, y que el uno de ellos apeándose le hacia seña para que abriese la puerta.

Cármen bajó mas que aprisa, y abrió la puerta: el que se habia apeado se acercó á Cármen y como si temiera el ser oido, le dijo en voz baja:—«Buena mujer, ¿tendreis inconveniente vos ó vuestro esposo, si lo teneis y está en casa, en acompañarnos hasta dejarnos en territorio francés?»

Cármen, mirándo con atencion á él y á sus dos compañeros, despues de un rato de silencio, le dijo tambien en voz baja: —«Hermano, mi esposo no está en casa; tengo en ella cuatro huéspedes, y me es imposible acompañaros en estos momentos.

»Faltan cerca de cuatro horas para llegar al territorio francés, y mas de dos pasando por el atajo: Bartolomé al volver del pueblo no me hallaria en casa y no habria quien le arreglase algo para almorzar: y viendo por otra parte que tardaba en regresar y que habia dejado á los huéspedes solos en casa, pensaria que habia tenido alguna desgracia; y esto le causaria gran sentimiento.

»Siento, buen hombre, el no poderos acompañar; pero ya lo veis, no me es posible en estos momentos abandonar la casa.»

Acercándose otro de los tres y sin apearse, dijo precipitadamente y como sobresaltado: —«Vámonos, vámonos; no hay que perder tiempo: un cuarto de hora puede costarnos la vida..... ¿qué dice esa mujer?»

Enterado de las dificultades que oponia Cármen, puso en manos de la misma una moneda de ochenta reales y le dijo:—«Tomad esto entre tanto: todo puede arreglarse: aquí teneis dos panes y dos pollos (que tambien puso en sus manos), para el almuerzo del esposo:

»En cuanto á vuestra ausencia, ahora mismo comunicais á vuestros huéspedes el motivo de ella y que tardareis dos, cuatro ó seis horas en regresar: así todo queda remediado: salvais la

vida á tres hombres honrados que no han hecho mal ni daño á nadie, y no os arrepentireis.»

Cármen, mirándole un rato fijamente y luego elevando el pensamiento y los ojos al Cielo, les dijo: —«No temais, iré con vosotros y os pondré á salvo: dejad que comunique á mis huéspedes el motivo y la duracion de mi ausencia que será de unas cuatro horas, y que al mismo tiempo les suplique que aguarden á mi esposo y que almuercen juntos.»

Decir estas palabras, subir á avisar á la pobre mujer que aun dormia, dejar á su lado los dos panes y los dos pollos, decir algunas palabras á aquella mujer, bajar, tomar el palo que usaba Bartolomé, cerrar la puerta, echar por debajo de ella la llave y ponerse en marcha, todo fué hecho en tres minutos.

2.

Puestos los cuatro en marcha, observó Cármen que con frecuencia se paraba alguno de ellos, mirando hácia atrás, como si temiera que alguien les siguiese ó persiguiese, se detuvo un momento, y esforzando la voz, —«no temais, les dijo, Dios nos ayudará, y Cármen os pondrá á salvo.

»Al doblar esta pequeña colina, entraremos en el bosque y en él hallaremos un sendero muy practicable, conocido solamente de Bartolomé y de mí: por este sendero y sin tener que apearos, os conduciré en un par de horas hasta el territorio francés y un poco mas allá de la frontera.»

Al ver aquellos tres caballeros, que en sus trajes y en sus finos modales manifestaban claramente que debian pertenecer á familias distinguidas y acomodadas, la alegría y el tono de seguridad con que les hablaba Cármen, se dieron prisa en doblar la pequeña colina, sin decir una palabra; una vez doblada y entrando en el bosque, el primero de los tres le dijo:

—«La prisa que os habeis dado de poneros en marcha, vuestra

sencillez y las palabras que acabamos de oir, nos tranquilizan completamente: por lo demás, no debeis extrañar el sobresalto, la prisa y los temores que habeis observado en nosotros.

»Al deciros, buena mujer, que salvariais la vida á tres hombres, habeis podido comprender que nuestra vida corria peligro y realmente era así: cuando hemos llegado á vuestra casa, aun no hacia media hora que acabamos de perder de vista á nuestros perseguidores, que nos seguian de dia y de noche, haciendo tres que no nos dejan descansar.

»No creais, Cármen, que seamos criminales: no hemos hecho mal ni daño á nadie, hemos por el contrario hecho bien á muchos: todo nuestro delito consiste en haber sido los primeros defensores de un don ó dádiva que Dios nos ha hecho á todos, el libre albedrío ó la libertad.»

»Habeis empezado una obra de Caridad: creemos y esperamos que con la ayuda de Dios la llevareis á cabo: Dios os lo pagará, nosotros os lo agradeceremos eternamente, y si Dios nos dá vida, conocereis hasta donde llega nuestro agradecimiento.»

Con estas y otras conversaciones análogas llegaron á un ameno fondo, poblado de árboles seculares y regado por las cristalinas aguas de una fuente abundante que, serpenteando por entre los árboles, producia un suave murmullo que unido al canto de los pajarillos hacia mas ameno aquel sitio y brindaba para descansar en él.

A instancia de Cármen y creyéndose, en vista de las palabras de ésta, enteramente á salvo, se apearon para descansar despues de tres dias de temores, vigilias y fatigas, para tomar algun alimento y para probar aquellas frias y cristalinas aguas.

Mientras estos descansan junto á la fuente, veamos lo que acontece en la casa de Cármen, al regresar Bartolomé.

Al entrar éste en su casa, que serian las nueve de la mañana, encontró en los bajos y al pié de la escalera á sus huéspedes que le estaban aguardando para cumplir con los encargos de Cármen.

Aquella pobre mujer, antes que Bartolomé le preguntase por la esposa y deseando causarle una sorpresa, le dijo:—«Cár-

men está fuera: subamos á la cocina y almorcemos, porque ya es hora, y mientras almorzaremos os diré á donde ha ido Cármen y con que objeto.»

Subieron los cinco á la cocina y Bartolomé quedó sorprendido al ver encima de un ancho tronco de roble que servia de asiento y de mesa al mismo tiempo, dos panes blancos como la nieve y dos pollos asados.

Dando á aquella pobre mujer una mirada significativa como en demanda de que le esplicara de donde procedia todo aquello, la pobre mujer, sin decir una palabra, partió en varios pedazos uno de los dos panes y uno de los dos pollos, presentó á Bartolomé la mejor porcion de lo uno y de lo otro, dió parte á cada uno de los hijos y tomó tambien la suya.

Bartolomé antes de comer bocado alguno y sin pensar en preguntar por la procedencia de aquellas viandas, esclamó:—«¡Y Cármen!..... ¿no valdria mas que la aguardásemos?..... yo no sabria comer estos manjares tan buenos, sin hacer partícipe á Cármen y. . . . . »

La pobre huésped, interrumpiendo á Bartolomé le dijo: —«¿Habeis podido pensar que me olvidaba de mi bienhechora, de la que tanto ha hecho por mí y por estos desgraciados? ¿No veis que hay otro pan y otro pollo?

»Comed, Bartolomé, que lo vuestro comeis, y no dudeis que con lo que estoy practicando, no hago mas que seguir las instrucciones de vuestra caritativa y bondadosa esposa: comed y luego hablaremos.»

Bartolomé maquinal ó instintivamente y sin darse razon de lo que en su casa pasaba, comió la porcion de pan y de pollo que habia recibido de manos de aquella pobre mujer, é hizo lo mismo con otra porcion que le alargó, esperando con impaciencia que le esplicara algo de lo que estaba viendo y en particular del motivo de la ausencia de Cármen.

Concluido el almuerzo dijo aquella pobre mujer, dirigiéndose á Bartolomé: —«Vos pensareis ¿de dónde ha salido todo esto? ¿á dónde habrá ido Cármen? ¿tardará mucho en volver? ¿cuál habrá sido el motivo de ausentarse?

»Vais á saberlo todo, buen hermano, digno esposo de mi

mejor bienhechora que no contenta con hospedarnos y con darnos de comer, nos cedió su cama y nos ha regalado un almuerzo propio de la mesa del mejor príncipe.

»A la media hora de haberos marchado, han llamado unos hombres y han suplicado á Cármen que les condujera ó guiase hasta el territorio francés y le han entregado lo que veis y lo que hemos comido.

»Yo no he visto ni oido nada: lo que acabo de deciros, me lo ha contado á toda prisa Cármen, cuando yo estaba aun en cama, ha dejado todo esto junto á la misma y me ha encargado que hiciéramos lo que hemos hecho: aquí teneis todo lo que puedo deciros y todo lo que sé.»

Bartolomé que estaba impaciente para saber lo demás y que por otra parte queria mucho á Cármen y acostumbraba salirle al encuentro, cuando se ausentaba, suplicó á aquella pobre mujer que se quedase en casa, mientras él iba á recibir á Cármen la que no podia estar lejos porque él ya sabia por donde debia regresar.

Bajó con dos ó tres saltos la escalera y despues de haber buscado inútilmente el palo de viaje, porque se lo habia llevado su esposa, salió corriendo en busca de ella.

3.

Habia Bartolomé andado unos tres cuartos de hora, cuando descubrió entre los árboles del bosque el pañuelo blanco de percal que Cármen solia ponerse en la cabeza, cuando iba al pueblo y en los dias festivos.

Verla y echarse á correr, fué todo uno: Cármen que no habia reparado en él, así que lo vió estendió los brazos para detenerle y para abrazarle.

Despues de haberse saludado y abrazado, se pusieron en marcha, queriendo Bartolomé apoderarse de las alforgas que llevaba Cármen para descansarla, lo que ésta no permitió.

Despues de haber andado algunos pasos, Cármen mirando con su acostumbrada ternura y cariño á Bartolomé le dijo:—«hoy habrás salido á recibirme mas aprisa y con mayores deseos de encontrarme ¿no es verdad? otro tanto y tal vez mas hubiera hecho yo, porque las mujeres somos mas curiosas.»

Cármen refirió cuanto le habia acontecido con los tres caballeros desde que el uno de ellos llamó á la puerta sin omitir el menor detalle, ni callar la conversacion que tuvieron en el fondo del bosque, diciendo:—«Hemos descansado cerca de una hora sin miedo ni sobresalto, junto á la fuente que llamamos del Lobo:—Allí sentados me han hecho contar nuestros amores, nuestro casamiento y la historia del tiempo que hemos vivido en estos desiertos; todo se lo he contado, y hasta ciertas cosas que tú ignoras y que les han hecho derramar algunas lágrimas.»

—«Y ¿cuáles son, Cármen, esas cosas que yo ignoro y que les han hecho llorar? jamás hubiera pensado que tuvieras secretos para tu esposo.»

—«Sí, Bartolomé, uno tenia, iba á revelártelo ayer cuando llegó aquella pobre mujer, por mas pena que me causara y te causara el revelártelo: vas á saberlo ahora, que á Dios gracias, su revelacion no ha de causar pena á ninguno de los dos.

»Hacia tiempo que para no entristecer tu corazon, bastante afligido ya, te ocultaba que nuestras provisiones siempre escasas, lo eran mas de lo que tú pensabas, en términos de que cuando vino ayer aquella pobre mujer, teníamos dos libras escasas de patatas, dos ó tres puñados de guisantes y unas tres libras de pan.

»Es decir, que á lo mas y aun mediante mis economías teníamos para dos dias y debiendo preparar algo para cenar nosotros y nuestros pobres huéspedes, eché mano de cuanto habia en casa y nos quedamos sin una patata, sin un guisante y sin un pequeño mendrugo de pan para tu desayuno.

»Este era mi secreto que no me ha dejado dormir en toda la noche ó hasta cerca del amanecer, y por esto no te he despertado como me encargaste: tú habrás dispertado mas tarde y has tenido, pobre Bartolomé, que marcharte sin un bocado de pan.

»Gracias á Dios he podido revelarte el secreto sin causarte

pena, porque al mismo tiempo puedo revelarte muchas cosas buenas, capaces de disipar todas nuestras penas y de hacernos saltar de alegria, como lo haciamos, cuando vinimos á habitar esta casa.»

—«Has de saber, Cármen, que siempre he sabido como tú lo poco que habia en casa: no te hablaba de nuestra escasez ó pobreza para no entristecerte, procurando hacer cuanto permitian mis fuerzas para que no tuviesemos que pasar un dia sin comer.

»¡Cuánto he sentido, Cármen, el no poderte procurar lo mas necesario! ¡Cuántas lágrimas he derramado á solas! ¡Ah! Cármen; ¡solo Dios sabe lo que he padecido y lo que he llorado!

»Al pensar que nada te faltaba al lado de tu padre y que pidiéndote para esposa, te sumí en la miseria, no podia dejar de entristecerme y de llorar y á veces hasta. . . . . »

—«Déjate, Bartolomé, de recordar las penas pasadas: nos casamos porque los dos lo quisimos, y lo quisimos, porque nos amábamos: yo no me arrepiento, y ¿para qué afligirnos, cuando tenemos tantos motivos para alegrarnos y para dar gracias á Dios por el bien que nos ha hecho, y sobre todo por el que nos ha permitido hacer, librando de un grave peligro á aquellos tres caballeros, y tal vez de que pereciese de hambre alguno ó algunos de nuestros pobres huéspedes?

»Ya sabes, porque habrás comido de ellos, que los tres caballeros nos han dejado dos panes y dos pollos, ahora has de saber que además de los panes y de los pollos me entregaron estos cuatro duros, (le enseña la pieza de ochenta reales).

»Has de saber que además me han entregado estas alforjas que están bien provistas de pan, de chuletas, de algun pollo y de alguna langoniza, y estas cuatro piezas de cuatro duros, de modo que ya tenemos ochenta pesetas para pasar el invierno, cuando esta mañana no teniamos ni una patata, ni un guisante, ni un ochavo, ni. . . . . »

—«Te equivocas, Cármen, bien teníamos los seis reales que he sacado de la leña, los que he invertido en pan y patatas, porque ya sabia que sin esto no hubiéramos tenido hoy de qué comer.»

—«Calla, calla, Bartolomé, deja que acabe de explicártelo todo: no solo me han entregado estas alforjas y este dinero, si no otra cosa, que acaso valga muchísimo mas: sacando el uno de ellos un papel, y un palito negro, los tres han escrito en él, luego lo han doblado y me ha dicho el mas jóven:

»Mirad, Cármen, vos ó vuestro marido ó los dos juntos vais á los pueblos que aquí se designan, y presentándoos en las casas señaladas, les referireis todo lo que ha pasado hasta dejarnos en Francia, sin el menor tropiezo; y este pequeño viaje os sacará de la penuria en que estais, y tal vez para siempre: el papelito lo tengo escondido en la faltriquera, en casa ya lo verás.»

Cogiendo repentinamente y con grande emocion la mano de Bartolomé, exclamó: «¿quieres mas? ¿podiamos pensar que de la noche á la mañana cambiase, como ha cambiado nuestra, triste situacion?»

Y elevando los ojos al Cielo, sin dejar la mano de Bartolomé, prosiguió: «¡Ah! ¡Dios mio!..... ¡hemos entregado uno y nos dais mas de ciento!..... ¡hemos partido con aquella pobre mujer y sus hijos, lo poco que habia en casa, y vamos á quedar provistos para todo el invierno!..... ¡Hemos cedido para una noche nuestra pobre cama, y vamos á tener otra mejor para años!

»¡Ah! ¡Señor! ¡tan cierto es que dais no solo ciento, si no mil por uno! ¡Gracias, Señor, os damos por tantos y tan singulares favores y gracias!»

Luego bajando los ojos y fijándolos en Bartolomé, añadió: «¿No ves cuán pronto y cuán generosamente recompensado queda todo lo que se hace para los pobres?

»Lo mas que valdria lo que comieron nuestros pobres huéspedes, seria un real, y hemos recibido cuatrocientos, sin contar con los delicados manjares que habrá para mas de tres dias, y sin contar con el papelito que no sabemos lo que valdrá.

»Dios es caritativo con nosotros, seámoslo nosotros con los pobres: partamos con ellos lo que Dios nos ha dado por mano de aquellos caballeros: que coman el dia de hoy con nosotros la madre y sus tres hijos y entreguémosle la mitad de lo que quede.»

4.

Era cerca de medio dia, cuando llegaron á su casa: la pobre mujer les aguardaba en el dintel de la puerta para darles las gracias y despedirse; pero Bartolomé, rebosando de alegría, les saludó cordialmente, y dijo á la madre:—«Vos me habeis dado con que almorzar, permitid que yo os dé de comer,» y precisó á los cuatro á que subieran para comer con ellos.

La pobre mujer, aunque deseaba dar algo de comer á sus hijos, rehusaba aceptar el ofrecimiento de Bartolomé; pero la insistencia de éste y de Cármen les obligaron á subir.

Cármen, á toda prisa y cantando de alegría, hizo una abundante sopa y calentó el pollo que habia quedado del almuerzo y algo mas de lo de las alforjas.

Comieron los seis con el mayor contento y con el mejor apetito, y cuando aquella pobre mujer daba nuevamente las gracias é iba á despedirse, Carmen le dijo:—«Bartolomé os ha convidado á comer y yo os doy para cenar,» y cogiendo una buena parte de lo que habia en la alforja, lo metió en el cesto de la pobre huésped, diciendo: «demos gracias á Dios y roguemos para los bienhechores.»

La pobre madre, no sabiendo como darles las gracias, tomó á los hijos de la mano y les dijo:—«Acordaos siempre, hijos mios, de esta casa; pedid á Dios todos los dias que les bendiga y les pague lo mucho que por nosotros han hecho.»

Enjugándose las lágrimas de ternura y de gratitud que manaban de sus ojos, bajó pausadamente la escalera, como sino pudiera separarse de aquella casa, y emprendió el camino hácia el pueblo.

Solos en casa Carmen y Bartolomé, pasaron aquel dia y parte del siguiente hablando de lo acaecido, y sobre todo de la oportunidad con que acudieron á su casa los tres caballeros,

atribuyéndola Carmen al acto de Caridad ejercido con la pobre madre y sus tres hijos.

Ocupados en estas conversaciones habian olvidado uno y otro el papelito, y acordándose Carmen de él, dijo á su esposo en tono de reconvencion:—«¡Cuán poco caso has hecho de la entrega del papel, cuando no me pides que te lo enseñe!»

—«No me acordaba, pero tú eres la que debias hablarme de él, segun me lo prometiste en el bosque.»

Sacándolo Carmen de la faltriquera, estuvieron mirándolo largo rato, sin saber lo que decia, porque ninguno de ellos sabia leer: convinieron al fin que lo harian leer al hermano de Bartolomé, sin revelarle como habia llegado á sus manos.

Con este motivo trataron y acordaron pasar el dia siguiente en el pueblo para hacerse leer el papel, y resolver lo que harian, inclinándose Carmen á que ante todas cosas debian llevar el papel á su destino y esplicar, si era menester, todo lo ocurrido.

Al dia siguiente por la tarde metiendo en los dos sacos las sábanas, la manta y algunas otras cosas de poco valor, pero que era lo mejor de casa, se trasladaron al pueblo vecino, dieron á leer el papel al hermano de Bartolomé, y enterados de su contenido y del camino que habian de seguir para llevar el papel á su destino, determinaron ejecutarlo desde luego sin regresar á casa.

5.

Habiendo depositado en poder de su hermano las llaves de la casa y lo que habian sacado de ella, emprendieron el viaje.

Acostumbrados como estaban á viajar por caminos escabrosos, lo mismo en verano que en invierno, y así de dia como de noche, llegaron en cinco dias al campo de Tarragona, en cuyo

territorio se hallaban, aunque en diversos puntos del mismo, las familias de los tres perseguidos.

Presentándose ante la que les vino primero á mano, que era precisamente la de mas nombradía y la mas acomodada, Carmen sacó el papelito y lo manifestó á un jóven de veinte años, el cual no pudiendo formar concepto en vista de lo escrito con lápiz en aquel papel, hizo varias preguntas á Carmen.

En seguida con el papel en la mano se fué corriendo de una á otra parte, y al cabo de un buen rato condujo á Carmen y á Bartolomé al último de los aposentos donde habia un anciano tendido en un sofá.

Acto continuo comparecieron tres personas mas, y estando los ocho en el cuarto, el jóven al cual daban el nombre de Julian cerró la puerta, y acercándose al anciano, le dijo á media voz:—«Abuelito, vamos á oir noticias frescas y satisfactorias del padre, y nos las dará esta buena mujer, (señalando á Carmen con el dedo), la cual ha hecho con su esposo cinco dias de camino para cumplir con el encargo del padre.»

¡Figurémonos cuál seria la alegría de aquella familia que no habiendo recibido las dos cartas que habia escrito el hijo, esposo y padre respective de las seis personas allí reunidas, hacia mas de veinte dias que nada sabian de él, ó que solo sabian que tuvo que escaparse de noche con dos compañeros, estando los tres en Tarragona; que sufria una persecucion la mas activa, y que su vida estaba tal vez en peligro!

¡Figurémonos, repito, cuál seria el contento de aquella familia al saber que los tres habian llegado á Francia sin haber experimentado tropiezo alguno en su peligrosa fuga!

Carmen hizo una relacion detallada y la mas minuciosa de todo, desde que llamaron á su casa hasta que los dejó en territorio francés, no omitiendo conversacion ni incidente alguno.

Todos con la vista fija en Carmen y con el mas profundo silencio, levantando de vez en cuando los ojos al cielo, oyeron el minucioso relato de Carmen, advirtiéndola por señas que no levantase la voz.

Al concluir ésta la relacion, todos, menos el anciano que se hallaba imposibilitado, corrieron hácia Carmen, y mientras el

uno le estrechaba la mano, los otros la abrazaban, y todos le daban y repetian las gracias: despues de estos transportes de alegría y de agradecimiento, el anciano, que era el abuelo de Julian, medio tendido y medio sentado hizo seña para que Carmen se acercase á él.

Así que estuvo inmediata al sofá, el abuelo haciendo un esfuerzo para sentarse, le cogió la mano, se la besó repetidas veces, y con voz trémula y medio apagada y con las lágrimas en los ojos, esclamó: —«¡Dios os lo pague!... Habeis salvado la vida á tres inocentes y acabais de llenar de contento á esta familia... ¡Dios os lo pague!...»

Mientras vuelven á repetirse las escenas de ternura, de cariño y de agradecimiento, el abuelo encarga á Julian que vaya corriendo á llevar tan plausible noticia á las otras dos familias, y á la nuera que dé de comer á Carmen y á su esposo, y que se trate á los dos como si fuesen de la misma familia.

Hallándose Carmen y Bartolomé solos, despues de haber comido, Carmen cogiendo la mano de Bartolomé y dándole un fuerte y prolongado apreton le dijo:

—¿No ves cuán á tiempo hemos llegado y cuánta satisfaccion y alegría hemos causado á esta buena familia? ¿podíamos imaginar un recibimiento como este? ¡La esposa, el hijo, las hijas, el abuelo, todos, todos, con que atencion me escuchaban! ¡Cuántos abrazos me han dado, cuántas lágrimas han derramado y nos han hecho derramar!

»El solo placer que todo esto nos ha causado, vale mil veces mas que lo poco que hicimos por aquella pobre mujer y sus hijos y que la pequeña molestia abundantemente recompensada de hacer cuatro ó cinco horas de camino para acompañar á los perseguidos é introducirlos en territorio francés.

»¡Cuán agradable debe ser á Dios la caridad, cuando la recompensa tanto y de tantas maneras!... y esto que aun no se ha acabado... veremos lo que va á hacer con nosotros esta buena gente.

»¿Has visto Bartolomé?.. ¡Y qué comida tan abundante! apostaria que no hemos comido ni la mitad de la mitad... valia algo mas que las cuatro patatas, el puñado de guisantes y el pan

moreno y duro de que hicimos partícipes á nuestros pobres huéspedes.»

6.

Despues de haber Cármen y Bartolomé descansado tres dias, durante los cuales tuvo aquella que repetir varias veces lo que habia referido y en particular cuando se presentaba algun individuo de las otras dos familias; Julian, les condujo á la hacienda, porque deseaban ocuparse en faenas del campo y les encargó que nada revelaran de cuanto habian referido.

Mientras aquellos permanecian en el campo, Julian recibió una carta de su padre, siendo portador de ella un francés.

Le decia el padre en aquella carta que, al ver que no recibian contestacion á ninguna delas que habia escrito desde que estaban en Francia, é ignorando tambien si habia llegado á sus manos un papelito escrito con lápiz, habian determinado enviar á aquel francés para enterarles de todo.

Este repitió substancialmente lo que Cármen les habia referido, y añadió: que á no haber encontrado al internarse en los Pírineos á una pobre mujer muy honrada y muy práctica de aquel país, iban á caer en manos de sus perseguidores y á ser tal vez fusilados en el acto, segun habian sabido desde que estaban en Francia.

Y que era necesario que por de pronto se valieran, como ellos, de una persona de confianza para escribirles y enviarles el dinero que necesitasen.

Como el francés hubiese manifestado, que queria ir á Valencia y á otros puntos, y que no regresaria á su país hasta pasados quince ó veinte dias, aprovecharon esta coyuntura para valerse de Cármen ó de Bartolomé.

Así es, que luego de quedar gratificado y despedido el francés, la familia envió á buscar á Cármen y á su esposo para que

el uno ó el otro se encargase de llevar la contestacion y algun dinero al padre de Julian y á sus compañeros.

Era tan grande el deseo que tenian ambos de complacer á aquella familia, que no pudieron ponerse de acuerdo sobre cual de ellos prestaria este servicio: Bartolomé daba sus razones y Cármen daba tambien las suyas para ser la preferida.

Al fin creyó la familia que era menos arriesgado el que fuese una mujer, porque llamaria menos la atencion que un hombre, y que mientras Cármen prestaria este servicio, Bartolomé se ejercitaria en el cultivo de la hacienda para encargarse de ella luego que estuviese al corriente.

Así se acordó, y en tanto que Bartolomé regresaba á la hacienda, Cármen con las cartas y una cantidad que escondió en el forro del jubon y provista del palo de viaje y de todo lo necesario, con facultad de gastar cuanto le pareciese y de viajar con la mayor comodidad posible, tomó el camino para Francia.

En menos de diez dias regresé con cartas y otros papeles, y devolvió á la madre de Julian la mitad de la suma que habia destinado para los gastos de viaje: al ver esta el dinero sobrante pareció quedar algo sorprendida y Cármen pensando que habria gastado demasiado trató de disculparse y dijo:

—«No estrañeis que haya gastado algo mas de lo que debia, la causa de ello ha sido el que á los tres dias de haber salido de aquí, compadecida de una pobre familia que iba cerca de la frontera de Francia, y al mismo tiempo para tener compañía, me asocié con ella y les pagué tres comidas.

»Es tan agradable socorrer al necesitado, que en aquellos momentos no me acordé que gastaba de lo vuestro y no de lo mio; pero será la última vez, y procuraré economizar en el primer viaje lo que gasté para aquella familia.»

—«No es esto, Cármen; lo que he admirado ha sido lo poco que habeis gastado: ¿no recordais que se os dijo que gastases lo que os pareciera y que viajaseis con la comodidad mayor posible? Habeis hecho lo que debiais, al asociaros con aquella familia: al paso que habeis practicado la Caridad, habeis tenido compañía para el viage.

»De aquí en adelante no repareis en el gasto, mayormente si

se ofrecen casos como el que habeis referido: habeis de saber que tambien me agrada socorrer al necesitado, dando una pequeña cantidad de lo mucho que Dios nos ha dado á nosotros.»

Cármen prosiguió haciendo ados viajes al mes, siempre á pié y economizando cuanto podia para socorrer á los pobres que encontraba por el camino, absteniéndose de comer y de dormir en las posadas ó mesones, y verificándolo en la casa de alguna familia pobre.

Todo con el fin de destinar á los pobres lo que habia de gastar de más en las posadas públicas ó en los mesones, y de tener el gusto de comer entre los pobres.

Durante estos viajes casí jamás iba sola, porque solia acompañarla alguno de los de la familia en cuyas casas se hospedaba.

Habia hecho nueve viajes sin el menor tropiezo y á entera satisfaccion de los tres fugitivos y de sus familias; pero al regresar del décimo viaje fué detenida apenas puso los piés en el territorio español, y habiéndosela registrado de piés á cabeza, se le encontraron varios papeles instructivos de mucha importancia.

En ellos se hablaba entre otras cosas del envío de armas, del alistamiento de jóvenes y de la aproximacion del dia en que se verian cosas no pensadas ni presumibles: Cármen fué reducida á prision y rigurosamente incomunicada.

No habiendo en aquellos papeles firma ni nombre alguno, ni las señas de la persona ó personas á las que iban dirigidos, pues debian todos ser entregados á Julian ó á su madre; se hicieron á Cármen mil preguntas para saber su nombre y el de su domicilio, de donde procedian aquellos papeles y á quién se dirigian.

Todo fué inútil: ni el encierro, ni la incomunicacion á pan y agua, ni los molestos y pesados grilletes, ni el obscuro y húmedo calabozo, fueron bastantes para hacerla salir del estrecho círculo en que se encerró desde un principio.

—«No creo, dijo y repitió á cada pregunta que se le hizo, haber hecho mal ni daño á nadie; he hecho todo el bien que he

podido: Dios me lo manda y no permita que me separe de este camino que es el del cielo.»

La aspereza y el ceño del juez y de los que la rodeaban, los continuos malos tratos y amenazas de muerte, siendo impotentes para hacerla salir de aquel círculo, fué entregada á una comision militar y el fiscal pidió la aplicacion de la última pena, la de ser pasada por las armas.

Las familias primero y los tres fugitivos despues se vieron privados de las acostumbradas comunicaciones, sin atinar ninguno de ellos en la verdadera causa.

Mientras Bartolomé se disponia á salir para averiguar el paradero de Cármen, leyóse en los diarios una noticia segun la cual habia sido detenida una mujer cerca la frontera de Francia, á la que se habian ocupado papeles interesantes y que era probable fuese pasada por las armas á causa de su terquedad y de la gravedad del caso.

Julian y su madre, sospechando con sobrado fundamento que seria Cármen, hicieron, bajo estudiados pretextos, suspender á Bartolomé la salida, para evitarle el fuerte disgusto que debia causarle aquel triste anuncio si llegaba á su noticia.

Llenos todos de afliccion y de pena, menos Cármen que conservó siempre la mayor serenidad y la mayor tranquilidad de espíritu, se perdian en el laberinto sin salida de presunciones, conjeturas, sospechas y temores.

Pasaron dias de la mayor amargura por el temor de que la pobre Cármen intimidada y falta de experiencia lo descubriera todo y que sus revelaciones arruinasen á varias familias y costasen tal vez la vida á algunos.

En medio de estos sobresaltos, temores y amarguras que duraron cerca de tres meses, corrió la voz de un cambio importante en las esferas superiores gubernamentales, y luego se dijo haber sido llamados los amigos ó correligionarios de los tres emigrados, y realmente fué así.

A los pocos dias, y sin presumirlo, apareció en casa el padre de Julian y los dos compañeros de aquel, causando en los primeros dias la mayor satisfaccion, contento y alegría á las tres afligidas fámilias, á sus amigos y parientes, estando como estaban todos en el convencimiento de que pronto regresaria Cármen.

7.

Pasados los seis primeros dias empezaron á inquietarse por la tardanza de Cármen en unirse con ellos: empezaron á desplegar mucha actividad para averiguar el paradero de aquella pobre, honrada, caritativa y apreciable mujer; pero no dió resultado alguno.

Se supo donde habia estado encerrada, se supo la heróica constancia con que habia resistido á los malos tratamientos y á las continuas amenazas, se supo el dia que habia sido puesta en libertad; pero nadie sabia dar razon de su paradero, ni siquiera de la dirección que habia tomado al salir de la cárcel.

Pensando todos que era muy natural, que al verse libre fuese en busca de su querido Bartolomé, que no habiéndolo verificado así, debia mediar algun impedimento insuperable y esto empezaba á hacerles sospechar que habria muerto en la cárcel ó fuera de ella.

En este estado de incertidumbre de y sospechas que sembraba la mayor amargura en el corazon de aquellas familias agradecidas y tan alegres con la llegada de los tres perseguidos; el padre de Julian á las diez de la noche oyó llamar á la puerta con fuertes y repetidos golpes.

Dada al momento y cumplida la órden de abrir la puerta, se presentó un jóven carbonero cuyas fisonomías era imposible distinguir: el padre de Julian, pensando que iba á traerles ó á hablarles de carbon, le dijo con mucha formalidad y hasta con enfado,—«¿á qué viene el incomodar á estas horas? ¿no podias, atolondrado, aguardar hasta mañana?»

—«Veo que no me conoceis, dijo el fingido carbonero con voz baja. Llamad á Julian, á vuestra esposa é hijos, y á Bartolomé y me reconocerán. ¡Cuán pronto desconoceis á la pobre Cármen!»

Con estas últimas palabras y recordando el metal de la voz, se levantó el padre de Julian, rebosando de alegría, y mientras llamaba precipitadamente á su esposa y á sus hijos cogió la mano y hasta abrazó repetidas veces á Cármen, sin saber lo que se hacia.

Comparecieron uno tras otro todos los de la familia, menos el abuelo que se hallaba imposibilitado, como se ha dicho, y enterados de que el jóven carbonero era Cármen, formaron los seis un grupo confuso, abrazando todos al carbonero, no obstante lo andrajoso del vestido y lo tiznado que estaba de cara y manos.

Mientras la madre de Julian ordenaba al criado que al amanecer fuese en busca de Bartolomé y le comunicase la llegada de Cármen y mientras el padre la comunicaba al abuelo, Julian y sus hermanos rebentaban de risa al mirar á Cármen disfrazada con aquel traje y ardian en deseos de saber la causa de tan extraño disfraz.

Reunidos todos, como la vez primera, en el cuarto del abuelo, é instada Cármen por éste para que les dijera cuanto le habia sucedido desde que emprendió el último viaje, dijo Cármen:

—«Así que entramos en el territorio español, por la parte de Cerdaña, fuí detenida por los carabineros y un paisano que dijo ser de policía, me hicieron entrar en los bajos de una casa de campo, me registraron, y aunque muy ocultas me encontraron las cartas y varios papeles.

»Me encerraron sola, sin dejarme ver ni hablar á persona alguna: el dia siguiente y en los sucesivos, me hicieron muchas preguntas para saber mi nombre, de dónde era, quién y en dónde se me habian confiado aquellos papeles y á dónde debia llevarlos, y á qué personas debian hacer entrega de ellos.

»Mi respuesta entonces y siempre, como si alguno me la dijera al oido fué: «no creo haber hecho mal ni daño á nadie: he hecho todo el bien que he podido: Dios me lo manda y no permita que me separe de este camino que es el del Cielo.

»A todas las preguntas que se me hicieron y en las muchas veces que me preguntaron, nunca dí otra contestacion.

»Me hicieron promesas de mucho dinero, y al mismo tiempo grandes amenazas, hasta la de matarme; me dieron toda clase de malos tratos: siempre estuve á pan y agua, y á veces pasé casi todo el dia sin comer; me cargaron de grilletes y cadenas, me encerraron en un aposento pequeño, obscuro y húmedo.

»Estuve tres ó cuatro veces encerrada con otras mujeres, que no cesaban de manifestar que tenian grande interés por mí y al mismo tiempo me hacian muchas preguntas y una de ellas me dijo en voz muy baja que ella tambien estaba detenida en otra parte y que le habian prometido dinero y sacarla de la cárcel, si lograba el que yo le descubriera quién me habia entregado los papeles y á dónde debia llevarlos.

»Fué tanto el interés que manifestaron y tantos los medios que emplearon para saber lo que yo callaba, que cuando me dijeron que iban á sacarme de la cárcel, pensé que tal vez lo hacian para seguir mis pasos y averiguar á dónde me dirigia.

»Así que me pusieron en libertad, devolviéndome una parte del dinero que me encontraron cuando fuí detenida; pensé y me figuré que las personas que veia, fuese que estuviesen paradas, ó que siguiesen el mismo camino que yo ú otro diferente, todas me vigilaban.

»No pudiendo desvanecer estos pensamientos ó sospechas antes que dirigirme hácia aquí ó hácia los Pirineos, preferí ir á pedir limosna de pueblo en pueblo, cambiando cada dia de direccion, hasta que me ocurrió el pensamiento de cambiar de traje para burlar á todos.

»Concebido este pensamiento, me vino el otro pasando por cerca de una barraca de carboneros de preguntarles, si alguno de ellos queria venderme un vestido viejo para mi pobre marido: al momento dijo uno de ellos, que me venderia el suyo si le daba doce pesetas.

»Haciéndole seña que sí, entró en la barraca y al momento volvió á salir envuelto en una manta y con el vestido en la mano: tomé el vestido y le entregué las doce pesetas, y recogí algunos carbones esparcidos por el suelo, al tiempo de doblar el vestido y de atarle con un cordel.

»Me despedí, y aun no hube hecho media hora de camino,

entré en un bosque, y cuando creí que nadie me observaba, me quité el vestido de mujer y me puse el de carbonero, me tizné cuanto pude las manos, la cara y el cuello, y escondiendo mi vestido, cogí un palo y eché á andar.

»Con este traje, pidiendo limosna, cuando me convenia y dando largos rodeos, he podido llegar hasta aquí, dándome aliento para todo el ardiente deseo de unirme con mi esposo y de saber si habia acontecido algo en esta casa.

»Al veros reunidos sin sobresaltos ni temores, es tal el contento y la alegría que siento, que olvido todo lo pasado y doy gracias á Dios por haber escuchado las súplicas que le dirigí desde los primeros momentos de mi detencion, para que ni esta ni mis palabras, ni el hallazgo de los papeles perjudicase á persona alguna.»

Mientras toda la familia hacia preguntas á Cármen, el padre de Julian no cesaba de mirarla y admirarla, pensando lo mucho que le debia y la manera como podria pagárselo: despidiéronse al fin del abuelo: Cármen cenó ligeramente, y todos fueron á acostarse.

8.

Lo blando de la cama, el cansancio y la alegría con que Cármen se acostó, todo contribuyó á que pasase la noche entregada al mas profundo sueño hasta dadas las nueve de la mañana, en que la despertaron los gritos de Bartolomé que entró rebosando de contento y con los brazos estendidos para abrazar á su querida esposa.

Estando el cuarto obscuro, Cármen saltó de la cama y se encerró en el gabinete que daba á la alcoba y en donde habia dejado el vestido de carbonero; porque queria ponérselo otra vez para dar una sorpresa y hacer reir á Bartolomé y á los de la familia.

Pero quedó frustrado este proyecto, por cuanto en lugar del vestido de carbonero, halló uno nuevo de mujer, enteramente igual á los de las hijas de la casa.

Estuvo unos momentos pensativa é indecisa acerca lo que debia hacer, pero al fin se acomodó del mejor modo que supo aquel nuevo traje, pensando que seria interino ó hasta que de la hacienda le trajeran los suyos propios.

Habiendo Julian llamado á Bartolomé y conducídole á otro cuarto, le hizo cambiar su traje de labrador por otro enteramente igual al del mismo Julian.

Salió al fin Cármen de su aposento, y salió Bartolomé del suyo, ambos vestidos al igual que los de la familia, y sin darles tiempo para hablarse y para hacer comentarios en vista de los nuevos trajes, Julian les condujo al cuarto del abuelo, donde habia una mesa preparada y arrimada al sofá del abuelo para el desayuno.

El padre de Julian cogió de la mano á Cármen y luego á Bartolomé y les hizo tomar el asiento destinado para ellos; luego se sentaron él, su esposa, Julian y las hermanas, vistiendo todos el traje de fiesta, y acto contínuo se sirvió un abundante desayuno.

Concluido este, el padre de Julian, dirigiéndose á Cármen y á Bartolomé, con voz algo conmovida, les dijo:—«El traje que vestís igual al de mis hijos y el haberos hecho tomar asiento en la mesa entre nosotros, quiere decir, que desde hoy en adelante sois considerados como individuos de la familia ó mas bien como hijos mios:

»He pensado sériamente sobre la recompensa que mereciais ó sobre la manera como debia acreditaros mi agradecimiento, y creo que no podia hacer mas, ni debia hacer menos que consideraros y trataros como hijos mios.

»Mi estimado padre, mi querida esposa y mis tres hijos, todos presentes aquí, no solo lo consienten con la mayor espontaneidad y placer, si no que mi padre quiere abrazaros como á nietos, mi esposa y yo como á hijos, y mis hijos como á hermanos.»

Retirada la mesa y dados los abrazos con el mayor cariño, Cármen y Bartolomé elevan al cielo los ojos arrasados en lá-

grimas de enternecimiento, de gratitud y de cariño, y luego postrados de rodillas besan la mano al abuelo y á los padres, y dan un abrazo á los hermanos.

Pasadas estas emociones y transportes de cariño y de mútuo agradecimiento, dice el padre de Julian á Cármen y á Bartolomé:—«Pensad ahora, hijos mios, que es lo que quereis de vuestro padre, ó cual sea la ocupacion ó el género de vida que mas os convenga, seguros de que os complacerá vuestro padre.»

Cármen con su vivacidad acostumbrada, contestó:—«No tenemos que pensar: si es de vuestro agrado, nos ocuparemos en el cultivo de la hacienda, porque es lo único que sabemos hacer un poco, y porque la vida del campo es la que mas nos gusta.»

—«Lo teneis concedido, hijos mios: desde hoy podeis consideraros como los únicos encargados del cultivo ó cuidado de aquella hacienda, que despues de mi muerte ó antes os pertenecerá en plena propiedad: si no os pido parte de los productos, debeis considerarlos como propios y disponer de ellos, segun vuestro buen juicio.

»Antes de trasladaros allí os entregaré un documento que acredite ser esta mi voluntad y la de toda la familia.»

A los quince dias quedaron Cármen y Bartolomé instalados en la hacienda, con los dependientes ó trabajadores necesarios para el cultivo de las tierras y demás faenas necesarias.

Les parecia imposible, y que estaban soñando, al ver que en tan corto período hubiesen experimentado un cambio tan extraordinario en todo y bajo todos conceptos: no sabian hablar de otra cosa, siempre que estaban solos ó que nadie les escuchaba, exclamando con frecuencia:

—«¡Hijos de la casa y de una casa tan rica, vestidos como los verdaderos hijos, y casi dueños de una grande y fértil hacienda que no tiene igual en todo el alrededor!..... ¿podia esto caber en nuestra imaginacion?..... ¿No es esto recibir miles y miles por el uno que dimos al pobre?»

Desde el momento en que Cármen oyó que serian administradores y casi dueños de la hacienda, ya no pensó en otra cosa que en dedicarse enteramente á la **Caridad** que tanto le agradaba, mayormente estando en la firme creencia de que todo lo de-

bia al acto de **Caridad** que estaban ejerciendo en los momentos precisos de llamar á la puerta de su casa el padre de Julian.

Así es, que lo primero que hizo al verse instalada en la hacienda, fué recorrer varias veces la casa y todas sus dependencias, para determinar la parte que destinaria para los pobres.

Luego de haber hecho sus cálculos y de haber formado su plan, dijo á Bartolomé:—«Dios no nos dá hijos, porque querrá que seamos padres de los pobres: como todo lo que tenemos, lo debemos á aquella pobre mujer ó á la **Caridad** ejercida con ella y con sus hijos, partiendo con ellos nuestra pobreza; es preciso que jamás olvidemos á los pobres, ni el haberlo sido nosotros.

»La mitad de los bajos de la casa que nos sobra y que puede aislarse de la otra mitad, y el pabellon unido á ella, queda desde ahora reservado para los pobres: yo cuidaré de ellos mirándolos, sino como hijos, como hermanos en Dios, y tú cuidarás de la hacienda.»

Estando Bartolomé conforme en todo, porque amaba á Cármen y porque tenia iguales creencias, esta arregló la mitad de los bajos y todo el pabellon del mejor modo que supo.

Destinó parte para los hombres, parte para las mujeres, parte para los niños y lo necesario para enfermería, todo con sus correspondientes camas; destinando los bajos del pabellon para reunir dos veces al dia á todos los que hubiese en la casa para hacerles rezar y para enseñarles el camino de la virtud.

Como á pesar de la reserva que procuraba guardar, corrió la voz de que allí se recogeria á los pobres, se les cuidaria y alimentaria, durante algunos dias, aun no estaba la mitad de los bajos y el pabellon del todo arreglados, cuando empezaron á acudir pobres de todas partes.

Cármen, saltando de alegría y dando gracias á Dios, iba colocándoles del mejor modo que podia y que permitia el local que en poco tiempo fué ocupado, albergándose en él hasta veinte, sin poder contener mas.

Cármen, no solo les daba de comer durante tres dias consecutivos, sino que los limpiaba ó hacia limpiar y remendar el vestido, y hasta les entregaba alguna pieza de ropa nueva: al mismo tiempo les acariciaba como á hijos ó hermanos, les ense-

ñaba á rezar, á conocer y á seguir el verdadero camino de la virtud; demostrándoles de palabra y sobre todo con el ejemplo que la **Caridad** era lo mas agradable á Dios y lo que Dios recompensaba con usura, como le habia sucedido á ella.

9.

Fué Cármen tomando poco á poco todos los bajos de la casa en términos que á los siete años de haber dado principio á la obra de **Caridad**, podia recoger y recogia hasta cuarenta pobres, y entre ellos diez ancianos, entre hombres y mujeres, imposibilitados de trabajar y sin amparo alguno, los cuales vivian perennemente en aquel asilo.

Estos bien ejercitados y ejercitándoles cada dia mas en la práctica de la resignacion, de la paciencia y otras virtudes y sobre todo en la del Amor, servian para presentarlos como modelo á los demás.

Para no olvidar su orígen, se hacia llamar **Cármen la Pastora**; pero empezando algunas criaturas á darle el nombre de madre, hicieron otro tanto los mayores, y cuando apenas contaba cuarenta años, todos los que allí se albergaban, le daban el dulce nombre de madre y los de fuera la designaban generalmente con el de *Madre de los pobres*.

Cármen no se limitaba á ejercer la **Caridad** solamente con los que acudian á aquel asilo, sino que alguno que otro dia de la semana y en particular los domingos los destinaba para visitar casas pobres, casas medianas y acomodadas que no distaban mucho de la suya, y á todas alcanzaban los actos de **Caridad**.

A las unas les procuraba el alimento corporal que les faltaba, á las otras el espiritual, enseñándoles de palabra y sobre todo con el ejemplo el camino de la virtud ó la práctica del Amor: secundada por su esposo iba progresando en la **Caridad**, y en el Amor, así como adelantaba en edad.

Cármen y Bartolomé eran estimados, respetados y admirados en todo aquel territorio y por cuantos les conocian; la hacienda que cultivaban era considerada y llamada el asilo de los pobres, y Cármen, la Madre de ellos.

No eran solamente las virtudes y en especial la **Caridad** lo que atraia la admiracion del país; lo que llamaba la atencion y excitaba mas la admiracion de muchos, era que en lugar de ir aquella hacienda en decadencia, como habian pronosticado varios en vista del crecido número de pobres que se alimentaban en ella, iba progresando de una manera extraordinaria é incomprensible.

Cármen y su esposo no debian nada á nadie, antes prestaban pequeñas cantidades sin interés; los graneros estaban siempre, sino llenos, muy bien provistos de trigo y de todo género de legumbres; la bodega, de vino; la despensa, de tocino y otros comestibles; la parte superior del pabellon, de toda clase de frutas secas y frescas.

En una palabra, en aquella casa jamás se conocia la escasez: todo era abundancia y cuanto mayores eran los gastos, mayores eran los productos y la provision de todo.

Nadie sabia explicarse este enigma ó misterio, mas que Cármen que en todo veia claramente el dedo de la Providencia ó la mano de Dios, que dá ciento y hasta mil y mas por uno.

Tenian Cármen y Bartolomé cerca de cincuenta años, cuando por fallecimiento de sus bienhechores ó padres adoptivos quedaron dueños absolutos de la hacienda: movida Cármen por el deseo de ejercer la **Caridad** del mejor modo y en la mayor escala posible, cambió el plan que hasta entonces habia seguido.

Limitó la admision en el asilo á los pobres huérfanos y á los ancianos desamparados é imposibilitados de ganar la subsistencia: en cuanto á los demás que se presentaban se les daba una sopa y un pedazo de pan.

De este modo llegó á hospedar, mantener y cuidar perennemente á veinte ancianos, entre hombres y mujeres, y á cuarenta huérfanos desde la infancia hasta la edad de catorce años.

Bartolomé falleció un año antes que Cármen y nombró á ésta su heredera universal y Cármen dispuso que todo lo suyo se

aplicase á la manutencion, al cuidado y educacion de los pobres, admitiéndose en aquel local el mayor número posible, y eligió las tres personas mas caritativas que habia en aquel territorio para la direccion de aquel asilo.

Al acercarse el fin de su peregrinacion por la tierra, despues de haberse preparado cristianamente, encargó que nadie la cuidase mas que los pobres y que en su aposento hubiese dia y noche el mayor número de ellos, elevando súplicas á Dios para los mas necesitados: hubo varios momentos en que todos ellos estaban allí, porque todos la querian como madre.

Dispuso Dios que en uno de los momentos en que la rodeaban todos los pobres de la casa, sintiese Cármen que sonaba para ella la última hora: habia enseñado á los pobres un pequeño himno en alabanza del Criador, les suplicó que le dispensaran el favor de cantarlo.

Al momento principiaron los mas jóvenes, luego siguieron los demás, y cual si aquellas voces humanas hubiesen sido sustituidas por voces angelicales, se oyó durante un cuarto de hora el canto mas dulce y mas armonioso que salir pudiera de una garganta humana.

Cármen arrebatada y extasiada por tan melodioso y suave canto, se incorporó, se arrodilló en la cama, elevó los ojos y las manos al Cielo, hizo una corta plegaria, extendió las manos y en medio de un silencio sepulcral y dando á sus pobres la mas solemne bendicion y el mas tierno adios, espiró.

LA MODESTIA

Y EL TALENTO

ó

EL REY CAZADOR Y EL LABRADOR ALBERTO.

1.

No hay cosa que enaltezca y eleve al hombre sobre el nivel de los demás como el talento y el saber, cuando van unidos con la modestia y la sencillez; ni cosa que rebaje mas que el orgullo y la soberbia.

El talento y el saber unidos con la modestia y la sencillez, nos atraen las simpatías, la admiracion y la estimacion de las personas sensatas y de buen criterio; mientras que si van acompañados de la vanidad, del orgullo y de la soberbia exitan contra nosotros la indiferencia, el menosprecio, las enemistades y hasta el ódio.

En el primer caso, es grande el bien que el hombre puede hacer á sus semejantes; en el segundo, serán grandes los males que causará.

El resúmen de lo acontecido con el labrador Alberto, confirma y corrobora las verdades que acabamos de consignar.

Refieren de cierto Rey, que habiendo salido con algunos de sus consejeros á una partida de caza, despues de haber recorrido los extensos bosques que habia en el interior del reino hácia el Nordeste, entró á descansar en la modesta casa de un labrador,

porque el esmerado cultivo de las tierras mas inmediatas á dicha casa le llamó la atencion, dándole á conocer que el propietario ó colono que cuidaba de ellas, seria persona entendida en agricultura.

El llano, que era poco extenso, estaba cultivado con un esmero tal que parecia un jardin; servíanle de cerca unos arbustos tan frondosos, tan bien entrelazados y cortados con tanta igualdad, que formaban una verdadera pared, que no solo hermoseaba con su verdor y sus flores aquellas tierras, sino que impedia que el ganado pudiese entrar en ellas.

Los caminos adornados por uno y otro costado con árboles frutales de todas clases, dividian el terreno en doce suertes ó cuadrilongos de unos cien metros de largo y sesenta de ancho cada uno de ellos.

Así como los frutales que servian de cerca á los cuadrilongos y al propio tiempo hermoseaban y regularizaban los caminos eran muy variados, igualmente lo eran las plantas que crecian en lo interior de los cuadrilongos; el uno, contenia forraje y nada mas que forraje; el otro, fresas y nada mas que fresas; y así los demás: habia uno subdividido en doce pequeños cuadrados donde crecia toda clase de flores, desde la humilde y odorífera violeta hasta el rosal de Bengala; y habia otro donde crecian con singular órden varias plantas ó yerbas medicinales.

El Rey, sin dar á conocer su elevada dignidad, se presentó con la franqueza y con el traje de un simple cazador, no por causa de la fatiga ó cansancio, pues los cazadores tienen el privilegio ó la gracia de no fatigarse nunca, sino con el designio de adquirir noticias acerca la principal especie de venablos que albergaban aquellos alrededores.

Saludó á la única persona que habia dentro de aquella modesta y pintoresca habitacion, que era un anciano de unos sesenta y ocho á setenta años, de estatura mediana, aspecto sano y robusto, color tostado, ojos centellantes, pero de mirada dulce y agradable, capaz de atraerse las simpatías de cualquiera.

Así que el anciano vió entrar en la habitacion á los cazadores, dirigióse á ellos con paso mesurado, pero sin afectacion: en lugar de preguntarles por el motivo de su visita, señalán-

doles con la mano un banco que habia en el comedor.—«Os suplico, les dijo, que tomeis asiento y descanseis como si estuvierais en vuestra propia casa, mientras con vuestro permiso voy á practicar una diligencia precisa:» y desapareció, sin darles tiempo para contestarle.

Habiendo quedado solos en el comedor el Rey y sus consejeros, uno de ellos, que era el que trataba con mas franqueza al Monarca, porque era su principal adulador, se le acercó y le dijo á media voz:—«En todas partes os conocen, porque en todas os aman y os temen; el único que no os conoce, es este pobre diablo; no os hubiera hablado ni dejado tan á secas, si creyera que sois el Soberano de estas tierras.»

Los demás aplaudieron con una sonrisa las palabras de Alejandro, que así se llamaba el favorito del Rey; pero éste que tenia buen ojo y sobre todo buen fondo, pero bastante viciado por la adulacion, como sucede generalmente con las testas coronadas, por no enseñárseles la esencia de la verdadera Religion, como si estuviese preocupado con una idea contestó sériamente:—«No podia hacer ni decir mas que lo que ha hecho; no juzgueis, Alejandro, tan aprisa á los hombres.»

Esta contestacion del Soberano, que fué una verdadera reprension, disgustó sobre manera á Alejandro y le armó de piés á cabeza contra el anciano que ninguna culpa tenia, deseando vengarse de él, luego que se presentara ocasion: los demás de la comitiva guardaron silencio al ver lo mal parado que habia quedado Alejandro. A poco rato compareció el anciano, y el Rey y demás de la comitiva se levantaron para saludarle.

El anciano, sin darles tiempo de desplegar los labios, les dijo:—«Perdonad, amigos, si os he dejado solos apenas habeis entrado en esta vuestra casa; tenia necesidad de hacer un encargo á mi hijo y no debia demorarlo: ejecutada esta diligencia, aquí me teneis para cuanto se os ofrezca mandarme, seguros de que sereis complacidos en todo lo que pueda.»

El Soberano, dando una rápida mirada, á Alejandro, la que fué una segunda reconvencion como si le dijera: ¿Veis como cumple el buen anciano? contestó á éste con toda la cortesanía posible:

—«No hay que perdonaros, cuando habeis cumplido como un hombre de la mejor educacion; nos habeis saludado efectuosamente, sin saber quienes éramos ni á qué veniamos; nos habeis ofrecido asiento y vuestra casa, y nos habeis, por fin, indicado el motivo que os obligaba á dejarnos por unos breves momentos. ¿Qué podiais hacer mas, ni qué podiamos nosotros desear mas? Gracias, buen hombre; solo os diré que Dios os dé salud y alegría para disfrutar de este delicioso sitio y á mí me dé ocasion para corresponder á vuestro fino proceder y. . . . . »

Iba á proseguir el Príncipe, cuando el anciano interrumpiéndole le dijo:—«Dejémonos de cumplidos: estaréis algo fatigados; mi hijo menor desea que probeis el dulce moscatel de su cosecha y que tomeis unos bizcochitos, mientras llega la hora de la comida que partiremos con sumo placer con nuestros huéspedes, como con los mejores amigos.»

Llega el hijo llamado Andrés, de unos diez y ocho á veinte años de edad, y saludando cortesmente á los cazadores y respetuosamente á su padre, deja una botella de barro y un cestito sobre la mesa, y dirigiéndose á éste le dice con una afectuosidad y modestia poco comun en aquella edad:— «¿Puedo ser útil en algo mas á estos caballeros y á tí? sino con tu permiso me retiraré é iré á mis quehaceres.»—«Gracias, querido Andrés, en cuanto á mí, no: respecto á estos señores, ellos dirán.» Y como los cazadores no hicieran mas que darle las gracias, Andrés, saludándoles atentamente se retiró.

El anciano sacó los vasos necesarios del armario que habia en el comedor, presentó á todos el cestito de los bizcochos, y á poco rato les sirvió un poco de moscatel, tomando tambien su porcioncita; mas así que iba á beber el Príncipe, el anciano levantó el vaso y la vista hácia el cielo y dijo:—«Bendecidnos, Dios mio, á nosotros y á los dones que vamos á recibir de vuestra infinita liberalidad, y dadnos á todos, y en particular á nuestro Soberano, la luz y el don de gracia; á él para que nos mire y nos trate como hijos, y á nosotros para que lo respetemos, amemos y obedezcamos como á un padre,» y bebió su medio vasito de moscatel, y los cazadores hicieron otro tanto.

El Príncipe que, al empezar el anciano la plegaria, habia

levantado el vaso como los demás para repetirla, así que oyó las últimas palabras, cambió repentinamente de color, y medio turbado, pronunció en voz baja algunas que solo oyeron los mas inmediatos; creyendo que el anciano le habia conocido, y recobrando al momento su serenidad, se dirigió al mismo y le dijo:—«¿Es que vos conoceis al Monarca, ó habeis recibido de él alguna gracia, cuando le deseais tanto bien? ¿Seria ofenderos, si os preguntara por vuestro nombre?»

El anciano al momento y sin titubear contestó:—«¡Cómo habia de ofenderme una pregunta tan sencilla y tan natural! Creí que cuando habeis entrado en esta vuestra casa, sabiais el nombre de ella, y si hubiese sido así, sabriais tambien el mio; esta casita es conocida con el nombre de casa Alberto, que es el de este vuestro servidor y amigo, y no me pregunteis por el apellido, porque no podria satisfacer vuestros deseos.

» En cuanto á conocer á nuestro Soberano, solo sé que no puede ser viejo; no le conozco y creo no haberle visto en mi vida: á quien conocí fué al abuelo del actual Soberano; pero aunque á éste no le conozco, hago siempre la plegaria que habeis oido, porque sé por experiencia propia que si su abuelo hubiera tenido la luz y el don de gracia, no hubiera hecho cosas que le perjudicaron mucho á él, y mucho mas á sus súbditos, y desde entonces acostumbro á hacer aquella plegaria.»

Así como el Rey hallaba un placer en conversar con Alberto, la dulzura de cuya palabra y cierta sospecha, le iban cautivando insensiblemente; Alejandro, por el contrario, estaba impaciente para salir de aquella casa y estar á solas con el Rey, aunque disimulaba su impaciencia para no incurrir en el desagrado del Soberano.

Este, sin fijarse ni pensar en los de la comitiva, miraba con mucha atencion á Alberto, y escuchaba con placer las palabras que salian de su boca, levantando de vez en cuando la vista hácia el techo, como si tratara de evocar algun recuerdo y no pudiera conseguirlo.

Despues de un corto silencio dijo:—«No conocí al abuelo del actual Monarca, á éste le conoce todo el mundo, á causa de sus continuos viajes: sin pretender hacer el elogio ni la crítica del

mismo; muchos dicen que aunque no tiene gran talento, ni ha recibido una educacion esmerada, posee con todo un buen fondo, ¿cuál es el concepto que vos teneis formado de él?»

Alejandro, que sin motivo alguno miraba con antipatía y hasta con ódio á Alberto, al oir la pregunta del Soberano, hizo una sonrisa de adulacion, y como que se alegrara del compromiso en que la tal pregunta ponia á Alberto. Esperaba sin embargo tomar pié de su contestacion para indisponerle con el Rey y vengarse de lo que él calificaba de reconvenciones que por causa de Alberto habia recibido de su Soberano.

Mas Alberto que era muy circunspecto en todas sus cosas y muy cristiano, y que jamás obraba de ligero, burlando al ministro vengativo y adulador, dijo:—«No tengo formada opinion alguna favorable ni contraria al actual Monarca, y si la tuviera contraria la callaria y rogaria á Dios con mas fervor que le iluminase: es fácil hablar mal del Soberano, así como lo es el adularle; pero formar una opinion exacta y fundada en los hechos, es muy difícil.

»Si los que viven cerca del Monarca y hasta los que comen en su mesa, pueden equivocarse y se equivocan con frecuencia, y esto que son los mas interesados en conocerle y que tienen las mejores ocasiones para ello, ¿cómo quereis que yo, que vivo en el bosque y bastante alejado de la corte, forme juicio de él? No haria mas que formar un juicio temerario: no teniendo dato alguno que le sea contrario, la caridad me obliga á pensar bien de él.»

Alejandro quedó enteramente desconcertado en sus proyectos, al oir tan inesperada como discreta respuesta, en la que no se traslucia sombra de ofensa ni de adulacion, y hubiera con gusto abandonado luego aquella casa, porque su permanencia en ella no hacia mas que mortificarle rebajándole en el concepto del Rey; pero volvió á alegrarse interiormente cuando oyó la nueva pregunta ú observacion que hacia el Rey, reducida á lo siguiente:

—«Pero, buen Alberto, siendo como sois otro de los súbditos y un súbdito muy capaz de juzgar al Rey por sus actos, me parece que no podeis menos de tener formada vuestra opinion fa-

vorable ó contraria, con las repetidas disposiciones del mismo Soberano, con sus impuestos y sus guerras, sus tratados de paz, sus alianzas y demás actos peculiares del Monarca que no pueden dejar de haber llegado á vuestro conocimiento: creo que realmente teneis formada vuestra opinion, y la callais porque tratais con unos desconocidos que no pueden inspiraros confianza alguna.

Alberto sin turbarse replicó:—«No sé, ni tengo curiosidad en saber quienes sois; Dios me libre de pensar mal de vosotros ni de nadie sin fundamento; os he dicho la pura verdad: tendré, si quereis, mil otros defectos, pero, á Dios gracias, no tengo el de faltar á la verdad, no recuerdo haber jamás faltado á ella: cuando os he manifestado que no tenia opinion formada acerca del actual Soberano, os he dicho la verdad; ahora contestaré á vuestra observacion, referente á los actos y disposiciones de nuestro Soberano.

»Tengo conocimiento de las leyes, de los tratados de paz y de comercio, de las alianzas y otros actos y disposiciones del actual Soberano, porque estoy suscrito al diario del Gobierno; me entero con alguna detencion, cuando lo recibo, porque no siempre llega á mis manos; pienso y medito sobre el mismo y las mas de las veces, cuando vale la pena, lo comentamos con mis hijos y algunos amigos; pero, ¿creeis que con esto solo puede formarse juicio exacto acerca del Soberano?

»Si yo tuviese una certeza de que el Rey lo hace todo ó lo mas importante, por sí mismo; que no solo no consulta á sus consejeros, sino que si estos le proponen alguna medida, ley ó disposicion, no hace caso y tiene el orgullo de pensar que nadie lo entiende como él, y que los consejeros son tan imbéciles ó tienen tan poca dignidad que les importan poco ó nada los desprecios del Soberano, mientras que el público les tenga y les respete como consejeros ó ministros; entonces, y solo entonces podria formar juicio del Soberano por medio de sus actos públicos.

»Así es que con mis hijos y con los amigos que me hacen el obsequio de visitarme; cuando hay alguna ley, disposicion ó medida soberana que nos gusta porque la vemos fundada en ra-

zon y que es provechosa al país, la aplaudimos y bendecimos al que la ha dictado; y cuando la consideramos perjudicial, lo decimos francamente y rogamos á Dios que ilumine á su autor ó autores, para que se derogue ó modifique semejante disposicion ó medida.

»Despues de haber estudiado y meditado sobre el contenido de las leyes y demás disposiciones soberanas, me permito ó nos permitimos censurar á sus consejeros, pero de ningun modo al Rey: si me hubieseis preguntado acerca el juicio que tengo formado del ente moral Gobierno ó sea de los ministros, en vista de las disposiciones que han aconsejado al Rey, os hubiera contestado fácilmente, sin titubear y sin el menor miedo de que me perjudicarais; y en prueba de ello os lo diré, sin aguardar á que me lo pregunteis.»

Alejandro, como si se resintiera de una herida que aun no habia recibido, pero que la temia, cuando no fuera mas que por rebajarle el Soberano hasta el punto de someter sus actos al juicio de un mero labrador ó de un hombre vulgar, hizo cierto movimiento propio de un hombre altivo y orgulloso y sin respetar á su Soberano que era el que habia promovido y sostenia aquel diálogo, dijo con cierta aspereza y resolucion:

—»Esto, esto es lo que deseamos saber; con lo que direis veremos si vuestro juicio es acertado, ó no; y tened presente, ya que os preciais de buen cristiano, que con frecuencia vemos una paja en el ojo del vecino y no vemos una viga en el propio; yo no intento defender á los consejeros, ni creo que lo necesiten.»

Semejante interrupcion disgustó sobremanera al Soberano, por el tono, por las palabras y por la extemporaneidad, y sobre todo por haber tenido valor Alejandro de mezclarse en aquella conversacion, como si tratara de imponer á Alberto para que guardase silencio en lo que iba á decir.

Se contentó el Rey con darle una mirada de desagrado, y luego dirigiéndose á Alberto, para alentarlo, si era menester, le dijo:—«Podeis manifestar francamente el juicio que tengais formado con respecto al Gobierno, convencido de que estais entre caballeros y amigos que os escuchan con placer y que no creen que falteis á la verdad, ni que exagereis las cosas.»

—«Lo diré con la misma franqueza que lo diria, si estuviese delante del mismo Soberano y de sus consejeros; aun delante de estos y del Soberano seria mas explícito, porque podria oir su defensa ó sus disculpas, y tal vez me convencerian y me harian variar de concepto, y porque ningun hombre honrado ó buen cristiano, que para mí es lo mismo, puede ofenderse de que otro diga lo que piensa ó lo que siente.

»Algunas veces me he quejado delante de mis amigos de que sean tan crecidos los impuestos, de que no haya quien sepa y aconseje la nivelacion de las entradas con las salidas, como en una casa particular.

»Si todos pagasen como pago yo por esta pequeña propiedad, computada la renta líquida por un quinquenio, pagariamos mas de la cuarta parte de las rentas líquidas; aun me callaria, si viese que se gasta bien la enorme suma que se recauda, si viese que todo el país está cruzado de buenas carreteras y de buenos canales, y sobre todo que la instruccion estuviese generalizada, bien retribuida, y tal como debe ser.

»Me he quejado asimismo de la facilidad con que se induce al Soberano á enemistarse con otros Soberanos por cosas que no valen la pena, cuando seria fácil obtener alguna explicacion y una amistosa reconciliacion, sin necesidad de acudir á la fuerza material que á nadie convence y que causa tantos y tan incalculables males; al paso que me alegro, y doy gracias á Dios, y bendigo al consejero que supo aconsejar un buen tratado de paz, y bendigo al Monarca que supo aprovechar consejo tan saludable y tan cristiano.

»Las mas de las veces el orgullo y la vanidad, que suelen ir acompañados de la ignorancia, es lo que ocasiona los conflictos: y no se entiende, ó se entiende é interpreta mal una expresion, se contesta de una manera áspera é inconveniente; se disgusta á la persona á la que va dirigida la contestacion, y ésta se queja con motivo: el consejero no obstante para no confesar que la culpa es suya, por haber interpretado mal las expresiones, insiste en sostener el paso dado, y de aquí vienen los conflictos, como aconteció en la última guerra que se aconsejó á nuestro Monarca y que afortunadamente terminó pronto.»

Alejandro, sintiéndose aludido de una manera tan directa, por haber sido quien aconsejó aquella guerra y por haberse opuesto á su terminacion, iba á cometer otra imprudencia, cuando se lo impidió el Soberano diciendo—«Otros pensaron como vos, y por esto terminó pronto la guerra: proseguid, buen Alberto, pues me gusta oir como un hombre que vive retirado en el campo está tan al corriente de los negocios públicos y sobre todo como los juzga discretamente y sin pasion.»

—«Seria nunca acabar, si recorriera todos los actos del Gobierno, y seria perder inútilmente el tiempo que debemos aprovechar lo mejor posible, porque nada de lo que aquí dijera, llegaria á oidos de quien corresponde, ni por lo tanto daria resultado alguno; solo añadiré que la maldita vanidad y orgullo del hombre, en particular del que se ve elevado á las mas altas dignidades ó cargos, causa daños inmensos, y me atreveria á decir que es el verdadero orígen de todos los que sufre el género humano; porque nos ciega y nos ofusca de tal modo, que no nos deja ver nada de lo que conviene que veamos, ó nos hace ver las cosas al revés de lo que son en sí.

» Por esto lo primero que aconsejaria al Jefe del Estado, seria que con preferencia diese entrada en sus consejos á los hombres de mediana capacidad, pero sencillos, humildes ó de una sencillez y humildad bien probada, que á los hombres de gran talento y á los llamados sabios que se distinguen por su presuncion, su altivez y su orgullo; porque el hombre de medianos conocimientos, pero sencillo, humilde y buen religioso no se desdeña de pedir consejo á otro en las cosas que son superiores á sus alcances, y sobre todo sabria pedir que Dios le iluminase; y Dios escucha al que de veras le invoca.

» Mientras que el hombre presuntuoso, orgulloso y altivo se cree humillado, si ha de pedir consejo ó ayuda á otro, y jamás se acuerda de pedirla á Dios, porque no cree ni piensa en Dios; se figura que se basta para todo y que donde él no llega, tampoco llegará otro: el presuntuoso, altivo y orgulloso para mí no conoce la verdadera religion, y este es el peor defecto que puede tener un consejero.»

—«Bastante, dijo el Monarca, hemos abusado, buen Al-

berto, de vuestra bondad: si estuviéramos en una posada ó fonda, os pagaríamos el gasto y la molestia; pero los sentimientos ó rasgos que salen de un corazon noble como el vuestro, se pagan con un abrazo; quisiera, Alberto, daróslo por mi y por mis compañeros en agradecimiento á tanta bondad y en prueba del grato recuerdo que dejareis en el ánimo de todos.»

Al abrazarle el Rey con efusion, le dijo en voz baja:—«No creo que sea esta la última vez que nos veamos,» á lo que contestó Alberto:—«Como gusteis; esta casa está abierta siempre para todo hombre honrado, y creo que todos lo son, no constándome lo contrario.»

2.

Apenas salieron los cazadores, volvió Alberto á sus habituales ocupaciones, como si ya no se acordara de la conversacion con aquellos: no sucedió así al Rey ni á sus consejeros, pues aquel y estos, despues de haber hablado el Rey un corto rato del buen corazon, de la discrecion y franqueza de Alberto, aplaudiendo todos cuanto salia de la boca del Soberano, éste enmudeció y enmudecieron tambien los demás; aquel pareció estar absorto en un pensamiento y estos respetando el silencio del Monarca.

Llegados al fin á palacio, el Rey despidió á sus consejeros, advirtiéndoles que queria descansar y que no perdieran el tiempo en ir á verle, sin ser llamados, cuya advertencia puso de mal humor á Alejandro, pero tuvo buen cuidado de disimularlo, esperando reconquistar el ánimo y la confianza de su Soberano en la primera ocasion que se le presentara.

Apenas el Rey se vió solo, llamó á un oficial de su confianza y le encargó que fuera á la casa de Alberto, á la que le acompañaria uno de los de la servidumbre que habia estado en

ella, que entregase á su dueño el pliego cerrado que en aquel momento puso en sus manos y que le guardase todas las consideraciones debidas al mas alto dignatario.

Púsose el oficial en camino el dia siguiente; apresuró cuanto pudo el viaje y habiendo llegado á la casa de Alberto, cumplió con las órdenes é instrucciones de su Soberano, sin que pudiese adivinar el secreto de aquella comision y menos la consideracion y el respeto que Alberto merecia al Monarca.

Alberto, despues de haber saludado cortesmente al oficial y ofrecídole un asiento, leyó para sí el escrito que decia: *Luego de recibido este pliego, tendreis la bondad de seguir al oficial para facilitar ciertos é importantísimos informes reservados y que solo vos podeis dar; la ausencia de vuestra casa no os perjudicará y hareis un bien incalculable.* Al pié del escrito habia una firma que no podia leerse y á continuacion el sello con las armas Reales.

Alberto sin inmutarse en lo mas mínimo, llamó á uno de sus tres hijos para que éste avisara á los demás, y mientras se preparó la cena para la familia y para los dos huéspedes, dió varias instrucciones á sus hijos sobre lo que debian hacer durante su corta ausencia, á no ocurrir otra cosa mas importante, lo que dejaba Alberto al prudente arbitrio de sus hijos.

Despues de haber cenado y de haber tomado algunas horas de descanso, partieron los tres al rayar el dia: el oficial sondeó diferentes veces el ánimo de Alberto para ver si traslucia algo acerca del objeto de aquella comision; pero todo fué inútil, porque á todo contestó que no atinaba con el objeto de aquel llamamiento y que aunque lo adivinara, guardaria reserva para no causar perjuicio alguno.

Habiendo llegado á la córte, el oficial, no separándose de las órdenes é instrucciones que habia recibido del Rey, introdujo ocultamente á Alberto en el palacio, y observando que éste estaba algo conmovido, le dijo: — «No temais, no se trata de causar el menor daño á vuestra persona, ni á vuestra familia, ni á vuestros intereses.» Alberto enjugando una lágrima y serenando el rostro, contestó: — «No es efecto del miedo que nunca conocí, sino de ciertos y muy lejanos recuerdos.» El oficial dejó

á Alberto en un pequeño aposento y le dijo que iba á dar parte de su llegada.

A los pocos minutos entró el cazador que Alberto habia recibido en su casa tres dias atrás: como iba vestido con el mismo traje, no era fácil equivocarse. Sentóse al lado de Alberto y despues de cambiadas algunas expresiones de afecto y de buena educacion, dijo el cazador: —«No perdamos tiempo, los momentos son preciosos; ¿tendreis el suficiente valor para hablar al Rey con la misma franqueza y serenidad que á nosotros, y para repetir y ampliar, si es menester, lo mismo que dijisteis delante de nosotros? Estoy autorizado para presentaros á él si lo juzgo conveniente.»

Alberto contestó: —«Me parece que he de hablar con la misma franqueza y serenidad con que en otro tiempo hablé á su abuelo y algunas veces en este mismo sitio ó en la cámara inmediata, y lo haria aunque supiera que habia de oir de boca del Rey el apodo de *bastardo* y la órden de destierro, como lo oí de boca de su abuelo, engañado sin duda por falsos aduladores, por malos informes y peores consejeros.»

Esto fué un rayo de luz que aclaró ciertas dudas que habian asaltado el ánimo del Soberano, el cual dijo á Alberto: —«Comprendo vuestra alusion, dejémosla para otro dia, aguardad un momento y se os llamará.»

Como todo estaba preparado de antemano, solo faltaba que el Soberano se despojara del trage de cazador para vestir la púrpura Real. Alberto fué, dentro de un cuarto de hora ó poco mas, introducido en el gran salon del trono y vió, sin la menor admiracion, sentado en él al que pocos minutos antes habia visto y saludado vistiendo el trage de cazador, rodeado ahora de todo el aparato régio y de los súbditos mas notables.

Alberto con paso firme y mesurado se acercó hasta las gradas del trono y apesar de reconocer al momento que el que allí estaba sentado y era acatado como Rey, era él mismo que poco antes habia visto en trage de cazador y el mismo que habia hospedado en su casa, no se inmutó para nada, y esperó tranquilo que el Rey hablara.

Dijo éste en alta voz:—«Bien venido seais, Alberto; aun

cuando la sencillez y la modestia, la discrecion y el talento, y sobre todo la veracidad y la religiosidad que he descubierto en vos, no me decidieran á nombraros mi primer consejero, como lo fuísteis de mi abuelo, si ahora, como entónces, haceis el obsequio á vuestro Soberano de prestarle este importante servicio, me decidiría, y hasta me obligaría á ello el deseo de reparar una gran injusticia que se cometió en vos por uno de mis antecesores, engañado por malos consejeros y peores informes.

»Decidme, Alberto; ¿aceptais este cargo junto con la mas ámplia facultad de elegir vos mismo vuestros colegas? De la contestacion que deis, del sí ó del no que pronuncien vuestros lábios, pende acaso el bien ó el malestar de mis súbditos.»

Alberto, despues de haber contestado con el mas dulce tono cuanto le dictó su talento, su modestia y su humildad, en manifestacion de su agradecimiento y de lo delicado y árduo del cargo, dijo al Monarca: — «No puedo dar contestacion en este momento; necesito tres dias para ir á consultar con mis hijos, con algunos amigos, y con mis débiles fuerzas; pasado este plazo os daré una contestacion terminante, pero irrevocable; espero me concedereis este corto plazo; si me mandais que conteste ahora mismo, obedeceré como siempre he obedecido á mi Soberano, pero nos exponemos los dos á dar un paso en falso.»

Habiendo el Rey cazador accedido á la justa súplica de Alberto, quedó terminado aquel acto público y solemne; que dejó admirados á cuantos lo presenciaron. Alberto se despidió del Monarca y sin pérdida de tiempo, se dirigió á su casa de labranza para consultar con sus hijos y con los amigos.

Instruidos estos por Alberto de cuanto habia pasado en su propia casa con los cazadores; del llamamiento por medio del escrito que les leyó; de la conversacion á su llegada á la corte con uno de los cazadores; de su presentacion al Soberano, que resultó ser el mismo cazador con quien habia hablado; de la proposicion que éste le hizo y de la contestacion que él dió, concluyó diciendo á sus hijos y á sus amigos:— «Pensemos ahora todos y veamos qué es lo que convenga mas.

»Sabeis ya todo lo que ha pasado; ahora comamos juntos, como hemos hecho otras veces: tal vez esta sea la última en que

nos veamos todos reunidos; no se hable por hoy mas del asunto; mañana á primera hora volveremos á reunirnos y cada uno emitirá su parecer. Roguemos á Dios que nos ilumine á todos para acertar en nuestras deliberaciones, sobre un cargo tan espinoso y de tanta trascendencia que solo puede aceptarse contando con la ayuda del Todopoderoso.»

Comieron, sin hablar una palabra de aquel asunto, recayendo la conversacion sobre cosas de agricultura, y reinando entre ellos, como siempre, la alegria y el contento que es la mejor prueba de una conciencia limpia de remordimientos; y al dia siguiente, á la hora convenida, se reunieron otra vez, despues de haber rogado á Dios con todo fervor que los iluminase para acertar en la resolucion que debian tomar.

Alberto hizo brevemente, pero con toda claridad, una relacion del bien y del mal que podia producir el buen ó mal desempeño del delicado cargo de consejero; habló de los conocimientos y de las virtudes que debian adornar á los consejeros; dió marcada preferencia á la virtud sobre el saber, calificando á este de vano y perjudicial, si el hombre llegaba á olvidar que la verdadera sabiduría venia de Dios; y sin dar á conocer directa ni indirectamente su opinion para no prevenir el ánimo de los demás, en particular el de sus hijos, les encareció que cada uno manifestara francamente su parecer, lo mismo que hacian cuando trataban de acordar alguna mejora en la agricultura.

Despues de unos momentos de silencio, siguiendo la costumbre entre ellos establecida, principió á emitir y fundar su opinion el mas jóven de los presentes, que era el hijo menor de Alberto; siguieron los demás, segun sus respectivas edades, hasta que tocó el turno á Alberto que fué el penúltimo y detrás de él el vecino mas anciano: todos hablaron poco, sin dejar por esto de explicar y razonar lo bastante el voto emitido.

Lo que principalmente les ocupó, fué el estado ó la situacion del reino, que todos convinieron en que era mala y muy mala; si podia mejorarse y de qué manera; si podria contarse con el apoyo del Soberano para ciertas medidas radicales que era preciso adoptar; si el Monarca y los que le rodeaban eran buenos cristianos, sin hipocresía ni fanatismo.

Convinieron todos que podria mejorar la situacion del país y merecer las bendiciones del pueblo el Gobierno que tomase por base de su conducta, la ley de amor ó sea la doctrina enseñada y practicada por el Divino Maestro.

Se habló con mucha moderacion y templanza de los hombres que regian y habian regido los destinos del reino desde que este iba en tan marcada decadencia: al paso que se citaron algunos nombres, fué mas bien para disculparles, si sus actos tenian disculpa, ó para compadecer su obcecacion, porque en todos los de aquella reunion resplandecia el espíritu de caridad, y porque todos, desde el mas jóven al mas anciano, se persuadian que la crítica que podian hacer de las personas ó de los que habian sido consejeros no ilustraria la cuestion, ni mejoraria en lo mas mínimo la situacion del país.

Se partió constantemente del principio que no habian de influir para nada en la resolucion que se tomara las ventajas ó desventajas personales de los que hubiesen de ser consejeros, conviniendo todos en que cuando se trata del bien de muchos, ha de enmudecer siempre el egoismo, que es uno de los peores consejeros del hombre.

Alberto procuró inculcar en el ánimo de todos, que para ser un buen consejero, era necesario á la par que una gran virtud, mucho saber; pero observó el mayor de sus hijos, que tenia ya treinta años, y despues de él el mas anciano de la reunion, que la virtud, como lo habia inculcado Alberto en esta y en otras cosas, era preferible á todo; porque sin virtud nada bueno podia hacerse y la virtud debia ser cosa personal, no pudiendo en falta de ella acudirse á otros, mientras que la falta de saber podia suplirse con el parecer de los demás; y el hombre virtuoso sabe en sus necesidades acudir á Dios.

Sin embargo de que Alberto calló cuidadosamente, como lo habia hecho siempre, que en su juventud hubiese desempeñado este espinoso y delicado cargo; todos convinieron en que Alberto por sus conocimientos y virtudes era el que debia hacer este gran sacrificio.

Alberto no pudo conformarse, y bastó que dijera que lo haria de buena gana, pero que ciertos antecedentes que en aque-

llos momentos no podia revelar, le impedian el desempeñar con provecho semejante cargo; que habian de tomarse algunas medidas radicales que lastimarian los intereses y el amor propio de algunos que habian sido sus amigos y se habian convertido en enemigos; estos interpretarian mal las medidas que se tomaran, y no podria hacerse el bien que él descaba.

Alberto propuso para el cargo á uno de sus amigos conocido por Pablo, de unos cincuenta y cuatro años de edad: en pocas palabras hizo su elogio, sin la menor adulacion, procurando sobretodo ensalzar el amor que tenia á la familia, los afanes y cuidados en educar bien á sus hijos y el particular esmero con que cuidaba las cosas de su casa, desde que su anciano padre le encargó la administracion de todo; y recordó su incomparable actividad, su modestia, sencillez y otras buenas cualidades que todos le reconocian.

Prometió tambien que todos los amigos y él el primero, si era menester, tomarian á su cargo el cuidado del anciano padre de Pablo, y que ayudarian á su hijo de la edad de veinte y cuatro años, no solo con sus consejos, sino tambien en todo lo demás que pudieran, para que la hacienda no se resintiese en lo mas mínimo durante la ausencia de Pablo.

En vano trató éste de escusarse por varias y no desatendibles razones, sobre todo por tener que cuidar de su padre y por su insuficiencia para tan importante cargo; pero todos insistieron en que, fuera de Alberto, era la mejor eleccion, y Pablo no tuvo mas remedio que conformarse al acuerdo de los demás, á pesar de que no se creia con fuerzas para llevar tan pesada carga.

Declinó sobre los que le elegian la responsabilidad de las faltas que cometiera, y manifestó que aceptaria con dos condiciones, la de que le ayudaran á buscar y elegir sus compañeros y que le auxiliaran con sus consejos, siempre que les llamara.

Albertó manifestó que en cuanto á lo último, no creia que hubiese el menor inconveniente, y que en cuanto á lo primero, le parecia que fácilmente podria salirse del paso con lo que él iba á proponer y era, que bastaria elegir una sola persona; pues que le parecia que con dos que entrasen á formar parte del Ministerio los actuales consejeros podrian continuar y añadió:

—«Para que jamás pueda decirse ni pensarse siquiera que yo he declinado esta pesada carga por egoismo ó por miras especiales de familia, propongo para compañero de Pablo á mi hijo mayor Marcelino y que se conserven los actuales consejeros, mientras haya perfecto acuerdo, mientras no se vea mas que un solo pensamiento y una sola voluntad; si por desgracia llegara á descubrirse la menor desidencia ó desacuerdo con respecto á las medidas que tendrán que proponerse, el Rey decidirá, y será preciso que los disidentes resignen el cargo.»

La proposicion de Alberto fué por todos aprobada; los dos elegidos despues de haber pedido y recibido consejo é instrucciones sobre lo principal y lo mas urgente que debian proponer, se retiraron á hacer sus preparativos de viaje para emprenderlo, como realmente lo emprendieron el dia siguiente, acompañados por Alberto, quien debia presentarles al Soberano y darle las explicaciones necesarias para la debida aceptacion.

3.

Comunicada al Soberano la llegada de Alberto, reunióse lo mas principal del reino para asistir á la nueva sesion régia que debia presidir el Monarca y que queria que fuese celebrada con la mayor solemnidad y brillantez posible, asistiendo tambien los actuales consejeros, menos Alejandro que se fingió enfermo para no verse rebajado, segun él creia, en un acto tan solemne.

Llamado Alberto, junto con sus dos compañeros, despues de los mas respetuosos acatamientos y saludos, expuso breve y sencillamente cuanto habia ocurrido en la sesion con sus hijos y con sus amigos, y presentó en seguida á Pablo y á Marcelino, como consejeros encargados de elegir y proponer á los demas colegas, añadiendo que á solas con el Rey revelaria los poderosos y fundados motivos que le impedian aceptar aquel cargo.

Suspendióse aquel acto, y el Monarca oyó separadamente las

explicaciones ó revelaciones de Alberto, quien le manifestó lo ocurrido cuando salió del Ministerio durante el reinado de Guillermo, abuelo del Rey, las personas y los motivos que habian ocasionado su caida; que debian tomarse algunas medidas desagradables á los que entonces fueron sus enemigos, y se creeria que la pasion de la venganza dominaba en los consejos del Rey, lo que aumentaria el número de los descontentos que necesariamente habia de haber, tratándose de reformas radicales.

Satisfecho el Rey con las explicaciones de Alberto y sobre todo al decirle que Marcelino era su primogénito, cuya circunstancia obligaba al padre á auxiliarle con sus luces y su práctica, se dió por satisfecho, y continuando otra vez la sesion régia que habia sido suspendida, manifestó el Soberano que elegia para consejeros á Pablo y á Marcelino y les encargaba que no tardaran en proponerle á sus compañeros.

Pablo contestó al momento que ya los tenia elegidos, que serian los mismos que componian el actual consejo del Rey, agregándose ellos dos porque creian que para todos habria trabajo.

Todos los asistentes á aquella sesion, y en particular los consejeros del Soberano, no sabian que admirar mas, si la indiferencia con que Alberto, su amigo, y su hijo miraban un destino tan brillante y tan codiciado, ó la franqueza con que hablaban al Soberano y con que trataban y resolvian los asuntos mas importantes, ó la abnegacion y el desinteres con que procedian en todo.

Los consejeros que estaban presentes en aquella sesion que se habían creido destituidos porque hacia algunos dias que para nada les llamaba el Rey, rebozaron de alegría al oir que aun se contaba con ellos para la formacion del consejo de la Corona y se encargaron de comunicar á Alejandro lo ocurrido para saber si continuaria formando parte del consejo.

Habiéndose denegado Alejandro bajo diversos y especiosos pretextos, trás de los cuales ocultaba, su amor propio, su altivez y su orgullo que consideraba profundamente lastimado, sus colegas no solo continuaron formando parte del Gabinete modificado, sino que manifestaron el mayor agradecimiento y las mejores simpatías hácia los nuevos consejeros Pablo y Marcelino.

Alberto, á los pocos dias, regresó á su casa de labranza para continuar sus acostumbradas tareas, como si nunca las hubiese interrumpido.

La actividad de Pablo y de Marcelino fué tal que pocos dias les bastaron para proponer algunas importantísimas y radicales reformas muy provechosas al país, por cuyo motivo y por el ascendiente que tenian sobre los demás compañeros, y con el Rey, tanto aquellos, como éste, aprobaron las primeras medidas, que sin perder tiempo se pusieron en ejecucion durante el primer año; relativas la primera, á la reduccion en mas de la mitad de la fuerza armada y á la rebaja por entonces de una parte de los sueldos; y la segunda á la supresion de algunas gabelas muy onerosas, y á la manera de recaudar los principales impuestos.

Con estas solas medidas, las enormes cargas que bajo diversos pretextos pesaban sobre la parte mas numerosa de la nacion, quedaron algun tanto aligeradas, y se establecieron dos escuelas en cada provincia con el carácter interino de normales, para formar lo mas pronto posible un plantel de profesores; todo lo cual empezó á atraer al Soberano las bendiciones del pueblo.

Durante el segundo año y con motivo de haber reducido algo mas la fuerza de mar y de tierra, y hecho algunas otras reformas menos importantes, pudieron establecerse algunas escuelas primarias en cada provincia y se principiaron los trabajos de las dos carreteras mas importantes que habian de atravesar el reino en forma de cruz.

Apenas habian transcurrido cinco años, no habia pueblo que no tuviese su escuela primaria gratuita para niños y niñas, y pasados dos años mas, estando esta clase de enseñanza al alcance de todos los súbditos, discurrieron medios indirectos para hacerla obligatoria, como el no permitir los casamientos hasta que los contrayentes supieran leer y escribir, el rebajar algun año del servicio de las armas á los que, siendo llamados á él supieran leer, escribir y contar, con otras medidas que obligaban indirectamente á los padres á enviar á sus hijos á la escuela.

Habian transcurrido unos diez años desde que Pablo y Marcelino estaban al frente del Gobierno, cuando no solo estaba generalizada por todo el reino la enseñanza primaria, sino que

esta abrazaba muchos ramos, como los elementos de aritmética, de música, dibujo y las principales nociones de las ciencias naturales; y no habia provincia que no tuviera sus vias de comunicacion con las principales ciudades del reino y algunas de ellas sus canales.

El dia del cumpleaños de la Reina y cuando hacia diez que Pablo y Marcelino formaban parte del Gobierno, se colocó por la misma Reina la primera piedra del grande edificio que debia construirse y se construyó en las cercanías de la capital para recoger en él á todas las personas imposibilitadas de ganarse el sustento, y que no tuvieran quien se encargase de ellas, sin distincion de sexo ni edades, proponiéndose establecer varios, segun lo exigieran las necesidades.

Para dar Pablo y Marcelino el mayor impulso posible á esta clase de establecimientos, y contando con los hermosos y caritativos sentimientos de la Reina, se valieron de ella auxiliada por las señoras mas distinguidas, no por su nacimiento, sino por su espíritu de caridad, y procuraron que tomasen bajo su direccion y proteccion estos grandes establecimientos de beneficencia; y por este medio consiguieron el que en pocos años se levantara el número suficiente para que en todo el reino no se viera una sola persona desvalida, sin el amparo y el cuidado que pudiera necesitar.

Todas estas y otras medidas concurrieron á que aumentara hasta tal grado el amor y el entusiasmo por el Soberano y sus ministros, que no habia poblacion de alguna importancia que no enviase sus comisionados á la Córte para felicitarles y para proponer cuantas medidas creian convenientes al bien y á la prosperidad del reino; y no habia poblacion grande ni pequeña que no tratase de perpetuar la memoria de ellos, ya dando el nombre del Monarca ó de alguno de los dos citados consejeros á alguna de las plazas, calles ó paseos, ya levantándole algun monumento, ya poseyendo todas las familias sus retratos.

Con mucha frecuencia se celebraban en los domingos, que eran los únicos dias de descanso, funciones religiosas y cívicas en accion de gracias al Sér Supremo, en agradecimiento á tan buen gobierno y en demostracion del contento y de la alegría

que reinaba en todas partes y de la que participaban todos, hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos; y como no se ignoraba que esta gran dicha era debida principalmente á Alberto y á la coincidencia de la visita del Rey en traje de cazador, este hecho era simbolizado de mil maneras por todos los escritores y por todos los artistas.

El poeta, componia himnos en alabanza del labrador Alberto y del Rey cazador, á cuyos himnos el músico se encargaba de darles el tono mas festivo y mas agradable al oido y sobre todo al corazon : el pintor, trasladaba al lienzo las principales escenas entre el Rey y Alberto; y el escultor se esforzaba en perpetuarlas por medio del mármol y del bronce; en una palabra, en la mayor parte de las composiciones de las bellas artes se veia figurar al Rey y á Alberto; aquel, en traje de cazador; y éste, en el de labrador.

La capital era visitada por nacionales y extranjeros con el solo fin de conocer á tan buen Rey, y eran muy pocos los que, visitando la capital, no hicieran lo mismo con la casa de labranza de Alberto para conocer y admirar al hombre sencillo, modesto é inteligente, al hombre verdaderamente religioso: mientras vivió no hubo dia que no se viera algun forastero dentro de su casa ó por las cercanías de ella.

A la edad de ochenta y cinco años bajó al sepulcro admirado, alabado y bendecido en todo el reino y aun en el extranjero, y Dios le concedió la gracia de morir rodeado de sus hijos, de sus nietos y de los amigos, dando á todos la bendicion, en medio de un inmenso gentío que acudió de todas partes, deseando mucho conocer, á lo menos muerto, al gran bienhechor que habian admirado en vida, sin haber tenido el placer de conocerle.

Mas de dos mil personas presididas por un delegado especial del Soberano y en representacion del mismo, acompañaron el cadáver y depositaron otras tantas coronas en el panteon interino que se levantó á la entrada del bosque de su propiedad, préviamente bendecido por un virtuoso sacerdote amigo de Alberto.

Como en vida no habia querido aceptar ninguna de las gracias, títulos y condecoraciones que le otorgaba el Monarca agra-

decido, contestando siempre que todo esto no servia mas que para enorgullecer ó para exitar la vanidad, y que el que obra con conciencia y hace algun bien á sus semejantes, no necesita recompensa alguna, porque queda sobradamente compensado con la tranquilidad y satisfaccion interior de que goza; el Monarca que no podia olvidar el bien que le habia hecho, acordó el levantamiento de un gran panteon destinando para ello cincuenta mil duros que hizo entregar á la familia de Alberto, prometiendo facilitar los demás fondos que acaso se necesitaran.

Los hijos de Alberto pidieron una gracia al Soberano, y fué que les permitiera arreglar ellos mismos el plan de aquel suntuoso mausoleo y que no pudiese exigírseles explicaciones hasta quedar concluido, asegurándole que una vez terminado, seria un verdadero floron de la corona y el mejor recuerdo de la filantropía de su padre; á todo lo cual accedió gustoso el Monarca.

No hubo poblacion grande ni pequeña que no hiciera sus rogativas para el descanso del alma de Alberto y no hubo corazon que no elevara al Eterno sus mas fervientes votos en pro de tan gran bienhechor.

El dia mismo que cumplia los dos años desde que Alberto dejó de pertenecer á este mundo visible, sus hijos invitaron al Soberano á visitar el gran mausoleo que se acababa de construir y que segun la fama pública, no tenia ninguna de las condiciones de verdadero panteon.

El Rey que anhelaba ver terminada aquella obra, se trasladó inmediatamente allí y quedó muy sorprendido al ver confirmado lo que decia la voz pública, al ver un grande edificio de una forma singular, levantado en la parte interior y mas elevada del bosque, con un templete en el centro de la mayor de las tres plazas; y, sin proferir una palabra de aprobacion ó desaprobacion, iba observando la forma particular y agradable de aquel edificio, esperando oir las explicaciones de los hijos de Alberto para manifestar su opinion.

Los hijos de Alberto, despues de haber enseñado lo mas principal al Rey, le condujeron á un aposento donde tenian preparadas dos mesas, una para servir un sencillo desayuno, y otra ocupada por los planos que se habian levantado para la cons-

truccion de aquel singular edificio: como al Rey le llamase mas la atencion esta última, porque deseaba oir las explicaciones acerca la forma del edificio, fué preciso que los hijos de Alberto invirtieran el órden que se habian propuesto y que dieran al Rey las explicaciones que tanto deseaba.

Con los planos á la vista, el hijo menor de Alberto que era gran matemático y excelente artista, empezó por llamar la atencion del Soberano sobre el pequeño templete donde debian depositarse los restos de Alberto, con dos zócalos destinados para la colocacion de dos estátuas, manifestando que el de la izquierda serviria para colocar la de su padre que estaba ya construida en mármol; como guardase silencio con respecto al destino que debia darse al de la derecha, dijo el Rey: — «¿Seria faltar á la palabra que os dí, si os pidiera el nombre del personaje cuyo busto pensais colocar en el zócalo de la derecha?»

Cárlos, hijo de Alberto, contestó con viveza, — «¿Para quién quereis que esté destinado sino para el que dé evidentes pruebas de superar á mi padre en amor al país?» El Rey haciendo un movimiento negativo con la cabeza, dijo: — «¡Ah! como no sea para vuestro hermano Marcelino, no sé quien podria ocuparlo mejor.»

— «Os equivocais, señor, hay otro actualmente que podria ocuparlo con mejores títulos, pero.....» en lugar de indicar nombre alguno, iba á continuar las explicaciones acerca el plan del edificio, cuando el Rey le interrumpió diciendo: — «¿Y no puede saberse la persona que considerais mas digna en la actualidad de ocupar con su busto el otro pedestal?»

Cárlos contestó: — «Entre mis hermanos y los amigos de mi padre, habíamos convenido no revelar este secreto á menos de exigirlo el único que tiene derecho á ello.» El Rey, á pe-sar de haber comprendido que se aludia á su persona por haber iniciado el pensamiento del panteon y facilitado los fondos, disimuló y dijo á Cárlos, — «No creo que tenga derecho nadie para exigiros la revelacion del secreto, habiéndoos el Soberano dado palabra de dejaros obrar con libertad y no exigiros explicacion alguna.»

— «Vuestras graves y continuas ocupaciones, replicó Cárlos, no os permiten recordar que la condicion impuesta consistió

en que nadie pudiese exigir explicaciones sobre el plan de la obra hasta quedar esta terminada, y como lo esté ya, solo vos teneis derecho para que se os revele el secreto; no es necesario que lo mandeis, basta que manifesteis de cualquier modo el deseo de saberlo.» —«Si no es mas que esto, dijo el Rey, creo haberlo manifestado ya con el hecho de haceros la pregunta.»

Cárlos que solo esperaba una ocasion oportuna, dijo medio turbado, —«¿Podria en la actualidad hallarse otra persona mas digna ó que supere á mi padre en amor al país que el que ha mandado ejecutar tantas y tantas mejoras en todas partes y que ha realizado de una manera tan admirable el pensamiento de mi padre? Pero.... ¿quién habia de tener valor para proponerlo ni menos para ejecutarlo? Dos personas que se habian comprendido tan perfectamente en vida, deben considerarse unidas, aunque la una haya dejado este mundo de la materia.»

El Rey, que para bien de sus pueblos habia aprendido mucho en la escuela práctica de la humildad, al lado de Alberto y de los consejeros designados por éste, dijo á Cárlos:—«Os lo perdono á causa de vuestra edad y del amor á vuestro padre: mal me juzgasteis al pensar que me habia de considerar rebajado figurando al lado de vuestro incomparable padre, ¿por ventura no hace tiempo que van juntos nuestros retratos? ¿Me he quejado jamás? Cada vez que lo veo, tengo la mayor satisfaccion y doy gracias á Dios por haberme permitido conocer á un hombre tan singular; quedais en completa libertad de hacer lo que os plazca.»

Apenas hubo él pronunciado estas últimas palabras, dijo Cárlos: —«Os he dado todas las explicaciones que podiais apetecer sobre el panteon circunscrito al pequeño templete, lo demás lo comprendereis fácilmente y en muy pocas palabras.

»Nosotros que, á Dios gracias, hemos sido educados por nuestro padre en la escuela de la humildad y de la sencillez, y que por lo mismo miramos con horror la vanidad y el orgullo, ¿habíamos de gastar el millon de reales y algo mas en objetos de vanidad? Al momento de recibirlos, nos pusimos de acuerdo, los hijos y los amigos del que lo fué sinceramente vuestro, y determinamos perpetuar la memoria del padre empleando aquella

cantidad y otras en levantar el edificio que consideramos mas de su agrado y del ejecutor de sus pensamientos.

»La mayor de todas las satisfacciones que experimentaba en este mundo, era el dar un paso hácia la instruccion, enseñando á los hermanos ignorantes; y por lo mismo, no podiamos hacer una cosa mas de su gusto como el levantar este edificio, ó Escuela-modelo.

»El dinero que nos ha quedado de los cincuenta mil duros, junto con otras cantidades que reunimos, formarán una renta bastante para costear la gratificacion de los profesores y la manutencion de los alumnos; nos proponemos hacer un cambio radical en la enseñanza pública, y por esto llamamos á este edificio Escuela-modelo.

»En ella, segun lo permitan las rentas, se mantendrán uno, dos, tres ó mas jóvenes de cada provincia, y mas adelante, de cada nacion; se les educará é instruirá gratuitamente, desde la edad de cuatro años hasta la de veinte ó mas: la enseñanza estará necesariamente basada sobre el **Amor** ó sea sobre la ley dada, enseñada y practicada por el Divino Maestro, y sobre esta base se enseñará á todos, las bellas artes y los demás lenguajes que necesita nuestro espíritu para comunicar con los otros, como las matemáticas, el arte de hablar y de persuadir; y se les enseñará las ciencias naturales bajo métodos sencillos y enteramente nuevos.

»Un establecimiento como este, si no puede producir por de pronto todo el bien que es de desear, no dejará de ser útil al país este era el bello ideal de mi padre puesto que deseaba simplificar y generalizar la enseñanza de la verdadera ciencia, y cambiar radicalmente los métodos hasta ahora empleados, dando á todos las principales nociones de los diversos ramos de la ciencia y enlazando á esta con la verdadera Religion.»

El Rey aplaudió sínceramente el proyecto y pidió que se le contase por lo menos como uno de los sócios fundadores y que se le permitiera contribuir con la parte correspondiente, cuya peticion aceptó Cárlos con júbilo; y mientras se sirvió un sencillo desayuno, pareció preocupado con una idea, entrando y saliendo y comunicando algunas disposiciones.

Acabado el desayuno y estando el Rey y su comitiva dispuestos para regresar á la Corte, Cárlos le suplicó que se dignase ver una pequeña innovacion hecha durante el desayuno, y le condujo al templete y allí se descubrieron dos estátuas; la una era la de Alberto con el mismo traje que solia usar, y la otra el Rey en traje de cazador; aquella, en ademan de inspirar á esta, como si desde el mundo invisible siguiese prestando sus buenos oficios al Soberano.

Esta llamada innovacion causó la mas agradable sorpresa al Monarca, el cual levantando la vista al cielo, dijo enternecido: —«¡Quiera Dios que así sea, que continúe asistiéndome con sus buenos consejos! ¡Amigos antes, amigos despues y amigos siempre! ¡Dios te dé, querido Alberto, el premio que mereces!»

Alberto el labrador inmortalizando al Rey cazador, se inmortalizó á sí mismo, y el Rey inmortalizando á Alberto se inmortalizó tambien á sí, y todo fué efecto de la humildad, de la sencillez y de otras virtudes, hijas del **Amor** al país.

LA HUMILDAD

Y EL SABER,

ó

EL PRIMER MAGISTRADO JORGE JUAN.

1.

Es una de las cosas mas hermosas, mas grandes y mas sublimes el estar reunidas en una misma persona la humildad y el saber ó la ciencia: son como dos espejos puestos de frente que se reflejan uno á otro indefinidamente.

La humildad, al lado de la ciencia hace resaltar incomparablemente la ciencia y vice-versa; así como el color blanco es lo que hace resaltar mas al negro y el negro al blanco; por manera que cuanto mas pronunciado está el negro, mas resalta el blanco ó vice-versa.

No hay cosa que llame mas la atencion, que atraiga mas las simpatías de nuestros semejantes, ni que exite mas la admiracion, como el ver que el hombre científico, de un gran saber ó que pasa por uno de los mas distinguidos en la ciencia, sea verdaderamente humilde ó humilde sin afectacion.

¿No os llama particularmente la atencion el ver que un hombre distinguido por la ciencia ó por las bellas artes, como un eminente naturalista, un célebre matemático, físico ó químico, un pintor ó músico de gran nombradia, se detiene en medio de la calle para hablar con el obrero ó con el jornalero?

¿No os admira y no se atrae vuestras simpatías ese mismo artista ó ciencista eminente, cuando alarga su limpia y blanca

mano para cojer y estrechar la sucia y tostada del obrero ó del bracero?

Mientras que mil lenguas pregonan y se complacen en enumerar las bellas cualidades del hombre distinguido por su saber, pero humilde y sencillo de corazon; todo el mundo, menos los tontos, mira con compasion, con indiferencia y hasta con desprecio y habla mal del vanidoso, altivo ú orgulloso, por mas elevado que se le suponga en la ciencia ó en alguna de las bellas artes.

La historia de todos los países y de todas las épocas nos está confirmando estas verdades: bastará para ello dar una ojeada á la del célebre artista y ciencista Jorge Juan.

Hijo éste de padres de elevada alcurnia, como descendientes de duques y marqueses, se habia criado entre el lujo y la ostentacion, entre la vanidad y el orgullo.

Además de poseer un regular talento y muy buena disposicion, dominado por la pasion de distinguirse ó de elevarse sobre los demás, se dedicó con toda la fuerza de voluntad á las bellas artes y á la ciencia, y como sus padres eran de elevada alcurnia y nadaban en la abundancia, pudo Jorge Juan instruirse al lado de los hombres mas descollantes por sus conocimientos científicos y artísticos.

Apenas habia cumplido los veinte y cinco años, cuando entre los artistas se le tenia por uno de los primeros músicos y por uno de los primeros pintores, y entre los ciencistas era reputado como á eminente físico y gran matemático.

Habia dado á luz algunos trabajos científicos y algunas obras de arte de un mérito singular que le habian valido el título de socio de las primeras Academias de Europa: no habia Academia, Universidad ni otro centro científico y artístico que no deseara poseer alguna memoria de Jorge Juan.

Distinguido como se hallaba por el nacimiento, por la riqueza y por el saber, se habia figurado que debia mantenerse á mucha distancia del pueblo bajo y de los ignorantes, para no perder una línea ni un ápice de la elevacion en que creia haberle colocado el arte y la ciencia.

Así es que ni los artesanos ni los ignorantes tenian entrada

en su casa, ni podian acercarse á él: hubiera creido que le rebajaba, si en la calle ú en otro paraje público, le hubiese saludado un jornalero y hasta alguno de los criados de sus padres.

Hubiera mirado como un insulto si en una de las contínuas visitas que recibia de los llamados sabios ó artistas, ó en algunas de las presentaciones que se le hacian en casa ó en la calle de personas que deseaban conocerle y hablarle, se le hubiese presentado ó se hubiese acercado á hablarle algun hombre vulgar.

Es indudable que era reputado por una de las notabilidades artísticas y científicas de la época: pocos pretendian igualarle y ninguno superarle, porque realmente no tenia superior en vista de las diversas cualidades que reunia, á saber: talento, buena disposicion, fuerza de voluntad, nacimiento y riqueza.

Vivia á mediados del siglo pasado; no hay necesidad de expresar dónde, porque el solo nombre de Jorge Juan basta para que todo el mundo sepa de quién se trata.

Por otra parte: los hombres eminentes por el saber, deben considerarse cosmopolitas ó sin patria determinada, porque la ciencia no la tiene, por ser de todo el mundo, ¿y qué importa el saber la patria? El hombre es el que ennoblece al país y no el país al hombre: lo mismo brilla el eminente artista ó cientista nacido en la nacion mas pobre y mas pequeña, que el nacido en el mas poderoso y dilatado Imperio.

2.

Los años transcurridos desde que cumplió los veinte y cinco hasta que llegó á los treinta, pudieron ser y se cree fuesen para Jorge Juan, años de placer, de contento y de satisfaccion cumplida: la noble alcurnia, la riqueza y el saber son como tres llaves que, reunidas, forman una verdadera ganzúa ó una llave á propósito para abrir todas las puertas.

Jorge Juan lo mismo era deseado, buscado y admitido en los salones de los nobles, de los magnates y de los príncipes, que en las casas y reuniones de los primeros artistas y de los mas eminentes ciencistas.

Sí deseaba honores y distinciones, las recibia de todas partes; los Reyes y los Príncipes le enviaban títulos, cruces y otras condecoraciones; las Academias, Sociedades y demás centros artísticos ó científicos, le inscribian como socio, le remitian diplomas, hacian grabar medallas en memoria de él y colocaban su retrato en los salones al lado de los hombres eminentes.

Si hubiese ambicionado ó tenido necesidad de riquezas, hubiera podido expender á cualquier precio los escritos ú obras que publicaba y á peso de oro las lecciones que hubiese dado ó los discursos que hubiese pronunciado.

Llegó época en que, segun él mismo lo manifestó á su amigo, se preguntaba á sí mismo «¿Deseas ó te falta algo?... Si te dijeran pide algo, ¿sabrias que pedir?... No pido ni deseo cosa alguna, porque todo lo tengo,» y sin embargo, le faltaba lo mas importante.

¡Instabilidad de las cosas humanas! Esta época fué de corta duracion: fué parecida á un sueño ó mas bien fué obra de un momento, parecida á la celeridad del rayo; aparecer y desaparecer casi instantáneamente.

Nunca se habia Jorge Juan detenido un momento siquiera en pensar sobre su verdadera situacion: el primer dia que lo hizo, recibió un cruel desengaño y pudo comprender el error en que vivia.

Dios quiso darle una leccion para separarle del camino de la vanidad y del orgullo y precipitarle en el de la humildad y de la sencillez, que era separarle del error para hacerle abrazar la verdad.

Acababa Jorge Juan de hacerse las preguntas: «¿Deseas ó te falta algo?—¿Tienes algo que pedir, etc.?» cuando saliendo á la calle pasó por delante de él un caballero vestido muy decentemente y hasta con cierto lujo, pero algo descortés y sin saludarle, le preguntó bruscamente—«¿Sabeis si un tal Jorge Juan vive aquí y si está actualmente en la ciudad?»

Estuvo Jorge Juan tentado para pagarle con la misma moneda, pasar de largo, sin contestarle ni saludarle, á fin de darle una leccion de buena crianza; pero pensó, ó dijo interiormente: «veamos... aunque al parecer es hombre de baja ralea, portero, ó criado y de los pocos que no te conocen, traerá alguna esquela ó recado.»

—«¿No conoceis, le dijo, á Jorge Juan? Sereis forastero, cuando no sabeis que vive y ha vivido siempre aquí y cuando lo sabe el último criado... ¿qué es lo que se os ofrece?»

—«No conozco al tal Jorge Juan ni sabia por lo mismo donde vivia, no obstante de estar domiciliado y ser natural de esta misma ciudad, y sin embargo de ser algo mas que criado, puesto que soy uno de los primeros mercaderes de granos y uno de los principales propietarios.

»No tengo necesidad, utilidad, ni interés alguno, ni curiosidad siquiera en conocer al tal Jorge Juan: es un encargo que me ha hecho un vecino.»

Semejante contestacion mortificó sobremanera á Jorge Juan, que se figuraba eran muy raros los que no le conocian y pocos los que ignoraban su domicilio.

Sin embargo, disimuló la fuerte herida causada á su corazon, henchido de vanidad, y dijo á aquel mercader:—«Jorge Juan vive y ha vivido siempre en esta casa de enfrente y se halla actualmente en la poblacion para lo que convenga al que os envia,» y se fué sin despedirse.

Dando algunos pasos mas, entró en la tienda ó almacen de un librero para comprar un calendario que acababa de publicarse, y pensó al entrar, «este no será como aquel mercader mal educado, este no puede dejar de conocerte, porque dedicándose á la venta de libros, es regular que haya llegado á sus manos alguna de mis obras.»

Viendo que el librero, sin distinguirle de los demás que habia en el almacen, le preguntó secamente, sin mirarle la cara y cuando le tocó el turno:—«¿Qué se os ofrece, caballero?» Jorge Juan, sin pedir el calendario, le dijo:—«Es regular que tendreis las obras de Jorge Juan ó alguna de ellas.»

—«Ninguna de ellas tengo, contestó el librero, y cuando no

las hay en este almacen, es prueba que no tendrán gran circulacion, ó que no merecerán la aceptacion de la gran mayoría de los aficionados á la lectura.»

Nuevamente mortificado Jorge Juan con tan inesperada respuesta, se marchó sin proferir otra palabra y sin acordarse de pedir el calendario.

Otro lance le aguardaba que habia de mortificar mas su espíritu: los anteriores los disimuló ó excusó en parte, atribuyéndolos á gente ignorante y mal educada; el que iba á experimentar, no pudiéndolo atribuir á gente de esta clase, debia herir doblemente su amor propio.

Pasaba la primera Autoridad de la provincia, el Prefecto ó Gobernador, é iba en carretela descubierta: Jorge Juan dijo interiormente: «éste bien te conocerá y te distinguirá con el saludo, habiendo tenido tanto empeño en verme, en hablarme y en que le regalara alguno de mis escritos ó trabajos para memoria.»

Diciendo interiormente esto, llega la carretela; Jorge Juan se aparta y se dispone á saludar para ser saludado y distinguido; el Gobernador ó Prefecto, haciendo parar el coche, alarga la mano por encima de Jorge Juan, y sin mirar á éste, la dá á un mercader que le provee de los mejores vinos extranjeros:

Y da la coincidencia que este mercader tambien provee de vino á la casa ó familia de Jorge Juan, aumentando esta circunstancia la mortificacion que le causó la preferencia dada á un simple mercader.

3.

Jorge Juan pensativo y cabizbajo se dirigió instintivamente á su casa, cuando apenas hacia media hora que habia salido; se halló, sin pensarlo frente de la misma, entró en ella, subió y se metió en su cuarto.

Sentado en el sofá y recordando, cual si tratara de reproducir ó de prolongar las mortificaciones, todo lo que le habia acontecido en la última media hora, dijo para sí ó en voz baja:

«El uno te habla descortesmente ó sin saludarte, no te conoce, no sabe en dónde vives, no ha oido hablar de tí, no tiene interés ni curiosidad siquiera en conocerte, no obstante de ser uno de los primeros tratantes en granos y uno de los principales contribuyentes:

» El otro dedicándose á la expendicion ó venta de libros, no te conoce, no tiene en su almacen una sola de tus obras y cree que valdrán poca cosa, cuando no las hay para vender en su almacen ó librería:

» Y la primera Autoridad de la provincia, que tuvo tanto empeño en verme y en hablarme, y que hace tan poco tiempo que obtuvo lo que deseaba, el que le regalase una de mis obras, hace parar la carretela al frente de mí, no para saludarme ó darme la mano, sino para darla á un obscuro proveedor de vinos, pasándola por encima de mi cabeza.»

Luego, añadió en voz baja tambien y como murmurando: «Aunque debo considerar á los tres, incluso el Prefecto, como gente ignorante, incapaz de comprender mis obras, parece increible que los dos primeros no me conozcan ni hayan oido hablar de mis obras, y todavía lo parece mas el desprecio que acabo de recibir de la primera Autoridad de la provincia.

» Ha dejado de saludarme, no pudiendo dejar de verme, y ha parado junto á mí la carretela para alargar y dar la mano á un simple proveedor de vino, cometiendo la grosería de pasarla por encima de mi cabeza.»

Ocupado y mortificado Jorge Juan con estos soliloquios, entró en el cuarto uno de sus mejores amigos, Nicolás, pintor distinguido y eminente físico, y saludándole, le dijo:—«Ya estarás metido en tus inolvidables estudios y en tus sérias meditaciones.»

—«Estaba, amigo, entregado á unos pensamientos ó soliloquios de un género particular; estaba recordando lo que acaba de sucederme en el corto tiempo de media hora» Y en seguida le contó todo lo que le habia acontecido, hasta la mortificacion que habia experimentado.

Nicolás, al paso que reconocia y admiraba el talento, la gran fuerza de voluntad y el saber de Jorge Juan, no le pasaba desapercibida, antes le disgustaba sobre manera la altivez y el orgullo del mismo, la indiferencia y el desprecio con que miraba y trataba á los que creia inferiores suyos.

Deseaba Nicolás y lo deseaba vivamente, que Jorge Juan corrigiera ó desterrase semejante vicio, sin el cual hubiera sido el primer hombre, el hombre mas apreciado de propios y extraños:

Pero no se atrevia á aconsejárselo ni hablarle de ello, porque no hallaba frases ni palabras á propósito para no lastimar su amor propio: pensando tomar pié de aquellos lances para corregirle ó ayudarle á dejar aquel vicio, le dijo:—«Ya hablaremos de esto con algun detenimiento, porque creo explicarte la verdadera causa de estos incidentes que te han sorprendido y mortificado.»

Estuvieron hablando de otras cosas, hasta que llegó el momento de separarse, y al despedirse, le dijo Nicolás que por la tarde darian un paseo por la ciudad, toda vez que el tiempo no les permitia salir de ella.

Jorge Juan se quedó solo, pensando en lo mismo que habia referido á Nicolás, y éste se fué discurriendo acerca los medios de cumplir con el deber que se habia impuesto, á fin de lastimar lo menos posible la delicadeza y el amor propio del amigo.

Llegada la hora compareció Nicolás y de bracero con Jorge Juan salieron á dar un paseo por la ciudad; Nicolás, sin apercibirse éste, fué llevándole precisamente á las partes donde tenia amigos y conocidos.

Recorrió ó mas bien recorrieron almacenes, escritorios, tiendas y talleres, se detuvieronó fueron muchas veces detenidos en la calle por algun amigo ó conocido de Nicolás.

En casi todas partes era Nicolás designado por su nombre, saludado con grande afecto; en la mas de ellas se le estrechaba la mano; en algunas se le abrazaba; en todas se le distinguia y se le obsequiaba, y Nicolás correspondia á todos con la misma galantería y con el mismo afecto.

Tanta franqueza y tanta cordialidad le disgustaron á Jorge

Juan: pero luego pensó, y dijo para sí:—«Esto es al revés de lo que á tí te ha sucedido: seguiré hasta donde quiera llevarme, despues hablaremos: le echaré en cara el permitir á todos igual franqueza, cuande él trate de explicarme la causa de sucederme á mí lo contrario.»

Durante unas tres horas recorrieron la ciudad juntos Nicolás y Jorge Juan: éste solo encontró un socio académico que le pagó con un simple saludo, sin detenerse un momento y sin hacer la menor demostracion de amistad y de afecto.

Mientras que Nicolás á cada paso y en todas partes hallaba personas de todas clases y condiciones que no solo le saludaban, sino que las mas de ellas le daban y estrechaban la mano, demostrándole de una manera ú otra el afecto ó estimacion que le profesaban.

4.

Terminado el paseo, entraron en la casa de Nicolás para descansar, y como Jorge Juan deseaba con ánsia oir á Nicolás y hacerle al mismo tiempo algunas reconvenciones, tomó la iniciativa y se suscitó el siguiente diálogo:

—«Prefiero, amigo Nicolás, que el vulgo, ó los ignorantes, no me conozcan y que me traten con la indiferencia ó con el desprecio que me han tratado esta mañana los tres que te he dicho, antes que verme, como tú, detenido en todas partes, en las calles, en los almacenes, en las tiendas y talleres: quisiera saber qué provecho sacas de ello ó qué placer te dá.

»Un hombre de mérito y de posicion, como tú, en mi concepto desmerece y se rebaja permitiendo tanta ó igual franqueza á todos, como si el grado de amistad fuera igual para todos: obrando así, parece que te confundes y te pierdes entre las oleadas del vulgo, cuando debieras distinguirte de él en un todo.»

—«Creo, Jorge Juan, que estás en un error ó que padeces una grave equivocacion: dices que prefieres no ser conocido y verte tratado con indiferencia y hasta con desprecio, y sin embargo, me has confesado que te habia causado disgusto, pena ó mortificacion la manera con que se te habia tratado esta mañana, mientras que á mí me causan un verdadero placer la franqueza y los obsequios de los amigos y conocidos.

»Deseas saber qué provecho saco de permitir tanta franqueza y tanto obsequio: te diré que además del placer que me dá y que para mí es lo principal y seria lo bastante, saco mis ventajas.

»¿Me negarás que los que me hacen tales obsequios y tales demostraciones están mas dispuestos á prestarme los servicios que de ellos necesito, que los que no me conocen ó me miran con indiferencia ó con desprecio?

»¿No recuerdas la costumbre de los Romanos? Estos que eran el egoismo personificado, tenian su **nomenclator** (1) se dice que el célebre orador Ciceron tenia tambien el suyo.

»Yo, sin aprobar esta costumbre, aun cuando la siguiera el mismo Ciceron, porque la consideró como una de las muchas ficciones ó fórmulas que usaban aquellos egoistas, y porque soy enemigo de ficciones y fórmulas, que comunmente se separan de la verdad y encubren la mentira; te diré que es mil veces mas satisfactorio y ventajoso tener abundantes relaciones amistosas, que limitarlas á un corto número de personas.

»Porque así como no hay hombre en el mundo, cuya existencia sea necesaria, tampoco hay uno, por desgraciado y miserable que sea, que no pueda en ciertos casos dados sernos útil y hasta indispensable.

---

(1) El nomenclator, que era ó solia ser uno de los esclavos, se dedicaba exclusivamente á saber ó á averiguar el nombre de todos los ciudadanos romanos de alguna importancia poca ó mucha, para poderlo indicar ó apuntar á su amo y señor cuando éste iba por las calles y plazas, templos ó paseos: el nomenclator iba cerca del amo ó Señor y así que llegaba alguno de los expresados ciudadanos, decia en voz baja á su amo «Este que viene de frente se llama Léntulo, el que viene por la derecha Fabio, el de la izquierda Lúculo etc. etc.;» y el amo así que el tal ciudadano llegaba ó pasaba por su lado, le saludaba designándole con su propio nombre, para darle á entender que no le olvidaba ó que le apreciaba, aun cuando aquella fuese la primera vez de verle ó de pronunciar su nombre.

»Tú crees, Jorge, que un hombre de mérito ó de posicion se rebaja, permitiendo la misma franqueza á todos los conocidos, como si fuera igual en todos el grado de amistad: yo te diré que si el grado de amistad no es igual con todos los conocidos, deseo que lo sea, y los que me dan y estrechan la mano, tambien lo desearán, los mas de ellos; de este modo se satisfacen los deseos de ambos, se crean y se estrechan las amistades.

»¿Dime, Jorge, desde ayer he quedado rebajado ó he desmerecido en tu concepto? Estoy seguro que no: luego si no he perdido en el concepto del que sabe apreciar las cosas en su justo valor, tampoco habré perdido en el de los demás hombres de razon ó de una razon ilustrada, y seré para todos lo mismo que era antes de salir á recorrer la ciudad.

»Si limitamos nuestras relaciones y demostraciones amistosas á aquellas personas que consideramos de nuestra clase ó posicion, nos sucederá, como te ha sucedido á tí esta mañana, que fuera del estrechísimo círculo que nos habremos formado, no encontraremos quien nos salude, ni quien nos demuestre estimacion, ni quien nos conozca siquiera, y habrá muchos que nos mirarán con indiferencia ó con desprecio, pagándonos con la misma moneda.

»Yo creo que es bueno, útil y provechoso tener amigos y conocidos en todas partes, y enemigos en ninguna.

»¿Por ventura todos los hombres importantes están en las Universidades, en las Academias y en los demás centros artísticos ó científicos? ¿Acaso no hay muchos que no quieren darse á conocer y que valen tanto como el primer académico? ¿Acaso hay hombre alguno en el mundo que en momentos dados no pueda sernos útil y hasta necesario, segun te decia hace poco, y tú no puedes dudarlo?

»Has caido en un rio: un pordiosero cojo ó tullido ha sido el único que lo ha visto; no pudiendo andar, ha dado fuertes gritos, ha silbado, y ha hecho que acudiera gente y que te salvará: si el pobre pordiosero se hubiese cruzado de brazos y no hubiese desplegado los labios, ¿te habrian salvado?

»Una pobre y andrajosa mujer ciega y tullida ha oido la conversacion de unos malechores que se concertaban para asesinar-

te ó robarte al regresar por la noche á tu casa; esta pobre mujer que parece inútil bajo todos conceptos, te avisa; tú tomas tus precauciones y te libras de los malhechores, sin quedarte la menor duda de que ibas á ser su víctima; ¿quién te ha valido mas, esta pobre mujer, ó los académicos?

»¿Acaso desecharias el auxilio de aquel pobre pordiosero tullido, ó el de esta pobre ciega, porque no son académicos ó por que no pertenecen á tu limitado círculo?

»Lo he dicho y no me cansaré de repetirlo, por mas que tú lo sepas lo mismo que yo: así como no hay hombre alguno necesario en el mundo, tampoco hay quien no pueda ser útil.

»El Criador lo ha dispuesto así: Él solo es el necesario, fuera de Él, ninguno, absolutamente ninguno; y Dios quiere que todos podamos sernos útiles y en ciertos momentos necesarios, para que de este modo nos amemos los unos á los otros, por ser el amor la base única del bienestar posible en este mundo material y la de la felicidad eterna en el espiritual.

»Cuanto mayor sea el círculo de nuestras relaciones amistosas, mayor será nuestro bienestar en este mundo, porque será mayor la ayuda que nos prestaremos, mayor el bien que nos hagamos y menor por lo mismo el mal ó daño que nos causaremos.

»Si los unos poseemos bienes ó calidades de que carece la mayor parte, demos gracias á Dios por la que nos ha dispensado; pero que esto nos dé motivo de creernos de una condicion ó naturaleza superior á los demas, ni menos de creernos autorizados para despreciar, para mirar con indiferencia, y mucho menos para hacer sentir á nadie el peso de nuestra superioridad.

»El que sin ser de condicion superior, se vé colocado mas alto ó en esfera superior, debe considerar que ocupa un puesto mas elevado para servir de modelo, para ser visto de todos y desde todas partes; por lo tanto debe tener gran cuidado en no dar mal ejemplo.

»El error ó la equivocacion en que has estado hasta ahora, en el que están muchos, y en el que estuve yo tambien algunos años atrás, ha hecho que limitases tus relaciones amistosas á

aquellas personas que considerabas tus iguales bajo uno ú otro concepto, y despreciases ó mirases con indiferencia á los demás.

»Esto es lo que debe explicarte el fenómeno de los acontecimientos de la mañana que no comprendiste y que yo prometí explicártelo.

»El Gobernador en tu misma presencia, dió preferencia ó mas bien demostró amistad y buena voluntad al mercader de vinos, y no hizo caso de tí, no obstante de haber solicitado con empeño el conocerte y hablarte y el tener algun recuerdo tuyo, porque posteriormente á todo esto, tú le miraste con indiferencia.

»Estando en el salon grande de la Academia, rodeado de artistas y de ciencistas, hicistes á todos estos varias demostraciones de afecto, dándoles y estrechándoles la mano, y no hicistes el menor caso del Gobernador ó no reparaste en él, y el Gobernador ha aprovechado la primera ocasion que se le ha presentado para darte un desaire, creyendo pagarte con la misma moneda.

»El librero, que tambien te conoce, deseaba vender tus obras, te hizo hablar y parece que tú le contestaste que no querias mezclar tus obras con historias, viajes y novelas: resentido el librero de este desaire, ha creido que debia aprovechar tu visita de esta mañana para vengarse.

»Y no seria extraño que el que ha sido tan descortés contigo al salir de tu casa, se hallase en el mismo caso que el Gobernador y el librero.»

Habiendo Nicolás observado la atencion con que Jorge Juan le habia escuchado, y creyendo que por la primera vez le habia dicho lo bastante, sin lastimar su amor propio, se despidió con ánimo de volver á la carga, si pasado algun tiempo observase que Jorge Juan seguia en el mismo vicio ó error.

5.

Apenas estuvo Jorge Juan solo en su cuarto, empezó á meditar sobre las lecciones importantes que de hecho y de palabra le habia dado su verdadero amigo Nicolás, durante aquel dia.

Despues de haber estado largo rato silencioso y pensativo, con la frente apoyada en la palma de la mano, sin menear piés ni cabeza, se levantó de repente y paseando de un lado á otro del mismo aposento, entabló consigo mismo el siguiente diálogo:

«Vamos á ver: el que saludes cordialmente á todos los conocidos, como hace Nicolás, el que les dés y estreches la mano y el que les abraces, como hace tambien Nicolás, ¿te quitará por ventura uno solo de los conocimientos artísticos ó científicos que tienes adquiridos, ni te hará bajar una línea de la posicion social que ocupas?»

«No y mil veces no.»

«El que hagas lo mismo con el sastre ó carpintero que con el académico, lo mismo con el zapatero ó cerrajero que con el físico consumado, con el artista ó el escritor de nota, con el memorialista ó con el librero, ¿influirá un ápice en el concepto que el público tenga de tí formado?»

«No y mil veces no.»

«El que hagas todo lo que en tu presencia ha hecho Nicolás esta tarde, ¿puedes acaso merecer la censura, ni la crítica, ni mucho menos el desprecio de los hombres sensatos ó de recto juicio?»

«No, y mil veces no.»

«Si al principiar con Nicolás el paseo esta tarde, he censurado interiormente su franqueza con todo el mundo, ¿le he por ventura despreciado, ni le desprecio ahora, y me atreveria, despues de haberle oido, á censurar su conducta?»

«No, y mil veces no.»

«Ahora que he pensado y meditado un poco, me guardaría bien de censurar el comportamiento de Nicolás, y mucho mas de considerarle rebajado en el concepto de los demás, cuando no lo es en el mio, y cuando lejos de serlo, me parece mas grande y mas digno de mi estimacion.

»Imposible parece que con mis sentimientos y principios religiosos, y con la claridad de ideas que Dios me ha dado, haya podido incurrir en el error y en el absurdo de creer que limitando á una clase poco numerosa el círculo de mis relaciones amistosas, me elevaba á mayor esfera en el concepto de los hombres sensatos y de una razon ilustrada.

»La vanidad y el orgullo son los peores consejeros: este y aquella han ofuscado de tal manera mi razon y mi espíritu que me han hecho ver lo blanco negro, y el error en lugar de la verdad.

»Estoy plenamente convencido que el hombre distinguido ó elevado por su talento, por sus conocimientos, por su riqueza ó por su posicion social, se eleva y se distingue incomparablemente mas, presentándose humilde y sencillo con todo el mundo, y tratando con franqueza y amistad á todos, hasta á aquellos que él saluda ó que le saludan á él por vez primera.

»Porque si los que le saludan, lo hacen de corazon y con sinceridad, verán con satisfaccion que son correspondidos y lo serán como merecen; si lo hacen de pura fórmula, sin que el corazon tome en ello la menor parte, nada se habrá perdido en pagarles con buena moneda ó en demostrarles verdadera estimacion.»

Despues de haber guardado silencio un buen rato, como si consultara la fuerza de su voluntad, continuó con voz clara y esforzada, diciendo:

«Resuelto estoy á cambiar enteramente de conducta: aprovecharé la ausencia de Nicolás y haré que éste á su regreso vea que no han sido perdidas sus lecciones: mañana mismo haré el primer ensayo: tengo por lo menos que ver al relojero y al impresor; les trataré como debo y como merecen.»

Acababan de dar las ocho de la mañana del siguiente dia,

cuando Jorge Juan, obrando contra su costumbre, estaba saludando y alargando la mano á su relojero y recibiendo de éste las mayores demostraciones de afecto y de buena voluntad.

Despues de haber permanecido medio cuarto de hora sentado en la tienda del relojero, hablando con él y esforzándose en demostrarle humildad, sencillez y franqueza, se despidió dándole otra vez la mano, y se marchó muy satisfecho á ver al impresor, en cuyo taller repitió lo que habia hecho en la tienda del relojero.

El impresor, que no estaba acostumbrado á ver en Jorge Juan semejantes demostraciones, hizo como el relojero cuanto pudo para corresponder á la franqueza de Jorge Juan, no sabiendo soltarle la mano, ni hallando palabras bastante á propósito para manifestarle los deseos que tenia de servirle bien y con puntualidad.

No ocurriéndole de momento hacer otra visita ú ensayo, al salir de la imprenta, tomó la direccion para su casa, cuando parándose de repente á los pocos pasos, dijo para sus adentros: «¿Puedes dudar que el nuevo proceder te dá un contento y una satisfaccion interior que jamás habias experimentado? Hagamos algunos ensayos mas:» y tomando la direccion opuesta fué á verse con el peluquero, y despues con el sastre, sin tener necesidad de hablar al uno ni al otro.

A los dos les trató con humildad y franqueza; ambos quedaron sorprendidos de las pruebas de estimacion de Jorge Juan, y ambos tambien se esmeraron en corresponderle del modo mejor que supieron.

Iba á retirarse dándose por satisfecho con estos últimos ensayos, cuando le ocurrió el pensamiento de hacer algunos mas, pero con personas desconocidas.

Visitó algunos establecimientos ó talleres de industria, con el pretexto de comprar algun objeto ó de mandarlo elaborar.

Como se anticipara á saludar, á hablar y á tratar á todos, así al dueño, como á los dependientes y á los obreros, con sencillez, con franqueza y humildad, todos correspondian con iguales demostraciones, y Jorge Juan no sabia despedirse de ninguno de ellos, sin alargarles y estrecharles la mano.

Fué tanta la satisfaccion y el contento que experimentó con estos ensayos, especialmente con los practicados en personas desconocidas, que los repitió algunos dias mas para saborear el placer que experimentaba.

Desde entonces no se relacionó ni habló con persona alguna á la que no demostrase amistad ó estimacion y que no la tratase con humildad, sencillez y franqueza; y de aquí el que no hubiera persona que tratando ó hablando una sola vez con él, no le mirase con cierto cariño ó como la persona mas simpática.

Antes no era elogiado ni conocido mas que por un reducido número de pretendidos artistas, ciencistas ú hombres de posicion, porque él solo deseaba amistad y roce con estos, y miraba con indiferencia á los demás; pero despues de haber cambiado de conducta, todo el mundo le conocia ó deseaba conocerle, y en todas partes se oian elogios de él.

Se hablaba de alguna persona y de sus buenas cualidades, al momento se oian mil comentarios y mil elogios del talento, de los conocimientos y sobre todo de la humildad, de la franqueza y de la sencillez de Jorge Juan.

6.

Duró mas de lo que habia creido la ausencia de Nicolás; habia creido que seria cosa de algunos meses y duró mas de dos años.

En todo este período, Jorge Juan hizo cuanto supo y pudo para extender sus relaciones amistosas y para ejercitarse en las virtudes de la humildad, de la sencillez y de la franqueza, sin dejar de dedicarse como antes al estudio y de frecuentar los centros artísticos y científicos, aunque mirándolos con cierta prevencion.

Así como antes no hallaba otros placeres que los de la inteligencia ó lo que sacaba del estudio y del descubrimiento de

nuevas verdades; desde que se acostumbró al trato humilde, sencillo y franco, que es el de la amistad, se convenció que habia otra clase de goces que no emanaban del entendimiento, sino del corazon, que á veces le parecian muy superiores á los primeros.

En toda la ciudad y fuera de ella el nombre de Jorge Juan era pronunciado ó citado con placer, con respeto y con estimacion; el que lo pronunciaba, lo acompañaba de toda clase de elogios, y especialmente de su sencillez y humildad, y del hermoso y admirable contraste que hacia al lado del reconocido mérito científico y artístico.

El nombre de Jorge Juan, iba asociado á todas las empresas grandes ó pequeñas, científicas, industriales ó humanitarias; porque á los fundadores ó protectores de ellas les parecia que no darian buen resultado, si no contaban con el apoyo material ó moral de Jorge Juan.

Terminó al fin la ausencia de Nicolás, y regresó éste al lado de su amigo Jorge Juan: deseoso de informarse por sí mismo de si le habian aprovechado las lecciones que le dió poco antes de ausentarse, la primera casa que visitó fué la de Jorge Juan.

Durante la ausencia se escribieron muchísimas veces, pero en ninguna de ellas trataron de lo acaecido y de lo hablado en la vigilia de la marcha de Nicolás.

Jorge Juan que deseaba acreditar, mas con las obras que con las palabras, el provecho que habia sacado de las lecciones y consejos de Nicolás, no le habló una palabra sobre estos ni sobre aquellas; pero al despedirse le prometió que luego de haber descansado de las fatigas del viaje, le devolveria la visita y hablarian.

En la mañana del segundo dia Jorge Juan pasó á la casa de Nicolás y bajo diversos pretextos le obligó á salir de casa y á dar una vuelta por la ciudad, cosa que no le fué difícil, porque Nicolás deseaba cerciorarse por los hechos acerca del fruto que habian producido sus lecciones.

No puede explicarse ni concebirse la satisfaccion y la agradable sorpresa que experimentó al observar que casi todas las personas que encontraban por la calle, miraban con grande inte-

rés á Jorge Juan; que muchas le saludaban afectuosamente y que no pocas le alargaban la mano, si Jorge Juan no se anticipaba á hacerlo con ellas.

Siguieron una buena parte de la ciudad y Jorge Juan no cesó de saludar y de ser saludado afectuosamente, de recibir y dar con frecuencia apretones de mano á conocidos y á amigos, sin distincion de clases ni condiciones.

Nicolás, rebozando de contento y sin decir apenas una palabra, observaba lo que hacia Jorge Juan y éste por su parte guardaba el mismo silencio: al cabo de unas dos horas se separaron, sin poder hablar antes de despedirse por habérselo impedido unos conocidos de Jorge Juan que le llamaron.

Nicolás que deseaba cumplir con los otros amigos, fué á visitar á varios de ellos antes de verse segunda vez con Jorge Juan: quedó nuevamente sorprendido al ver que en todas partes se hablaba expresa ó incidentalmente de las bellas cualidades de Jorge Juan, de su carácter simpático, de la humildad, sencillez y franqueza con que trataba á todo el mundo.

Ardia Nicolás en deseos de entrar en explicaciones con Jorge Juan, y éste lo deseaba con igual ardor; el primero para manifestar la satisfaccion y el placer que experimentaba al ver el cambio del amigo y las simpatías y la estimacion que habia sabido granjearse, y el segundo para dar las gracias á aquel y para hacerle partícipe del contento y del gozo que inundaban su corazon.

No les fué posible hablar, ni verse á solas, porque á excepcion de las horas de estudio, durante las cuales Jorge Juan no se dejaba ver de nadie, nunca podia encontrársele solo, y mucho menos en aquellos dias en que se trataba de una eleccion la mas importante, la mas honorífica y la mas ambicionada.

Se trataba de la eleccion popular del primer Magistrado de la ciudad, del protector y defensor de los derechos de los ciudadanos y especialmente de los desvalidos ó desamparados.

Aunque este cargo era gratuito, era con todo el mas ambicionado, porque se elegia siempre al ciudadano mas probo, mas honrado y mas instruido de la poblacion, y generalmente recaia en ancianos que habian dado repetidas y evidentes prue-

bas de probidad, de honradez y de instruccion, y que merecian por lo mismo la estimacion de todos sus conciudadanos.

Con este motivo la casa de Jorge Juan muy frecuentada ya en los dias ordinarios, lo era mucho mas en aquellos que podian considerarse los mas extraordinarios.

Lo era, porque desde el momento de estar enfermo de alguna gravedad el primer Magistrado, empezó á hablarse de la eleccion de Jorge Juan, y acaecida la muerte de aquel, Jorge Juan era objeto de todas las conversaciones; todos deseaban verle y hablarle una y repetidas veces:

Haciéndolo los mas de ellos con el objeto de cerciorarse por sí mismo de las cualidades que le adornaban, á fin de acertar en una eleccion tan importante bajo todos conceptos:

Por ser el cargo mas honorífico á la par que el mas delicado, el mas grave y el que debia estar rodeado de mayor prestigio ó de la mayor estimacion, si no de todos, á lo menos de la gran mayoría de los ciudadanos:

Por considerarse vitalicio, porque si bien se elegia cada cinco años, era costumbre reelegir al que habia sido nombrado una vez, y el no reelegirle, hubiera impreso sobre él una mancha indeleble:

Por ser la primera vez que se designaba un jóven de treinta y dos años, mientras que todas las demás veces habia recaido en alguno de los ancianos que tenian mas acreditada su probidad y su instruccion ó sus conocimientos.

Así es que Nicolás no pudo satisfacer sus deseos de hablar con Jorge Juan á solas, hasta quedar realizada la importantísima eleccion para el cargo de primer Magistrado.

Se generalizó al fin de tal manera la opinion en favor de la eleccion de Jorge Juan para primer Magistrado, que no obstante la corta edad del mismo, el separarse un gran pueblo de la costumbre de elegir ancianos, y el riesgo de no acertar en la eleccion de un jóven; fué sin embargo por unanimidad, de modo que no le faltó voto alguno, como no fuera el suyo propio.

Cosa que no habia sucedido en ninguna de las demás elecciones que habian tenido lugar desde la institucion de aquel importante cargo.

Fué preciso que Nicolás y Jorge Juan dejaran pasar algunos dias despues de la eleccion, para satisfacer sus deseos; porque casi todos los ciudadanos, desde los mas ancianos á los mas jóvenes fueran á felicitar á Jorge Juan y á presentar al primer Magistrado sus sentimientos de sumision, de respeto y sobre todo de cariño y de estimacion.

7.

Apenas se vió Jorge Juan libre de las visitas, hizo la que anhelaba su amigo Nicolás, no tanto por el deseo de verle y hablarle á solas, como por la necesidad de procurar una salida ó un desahogo á la satisfaccion y al contento de que estaba repleto su espíritu.

Así que se vieron, sin decirse cosa alguna y sin saludarse siquiera, corrieron ambos con los brazos abiertos el uno hácia al otro, y se abrazaron, permaneciendo en aquel estado un buen rato, sin que saliera palabra alguna de su boca, pero sí algunas lágrimas de ternura y de cariño, de sus ojos.

Pasados los momentos de desahogo, Jorge Juan desprendiéndose de los brazos de Nicolás y retrocediendo unos dos pasos, levantó los ojos y las manos al Cielo, dando repetidas gracias á Dios; luego con ambas manos estrechó la derecha de Nicolás, dándole tambien muchas gracias por las provechosas é inolvidables lecciones y consejos que le habia dado.

Le manifestó la alegría, el contento y la satisfaccion que habia experimentado apenas principió á seguir sus consejos ó á imitar su ejemplo, la manera como el contento y la satisfaccion habian ido progresando á proporcion que habia dado mayores y mas repetidas pruebas de humildad, de sencillez y de franqueza.

Quiso y no supo explicarle la manera como en medio de estas pruebas y de aquellas satisfacciones habia nacido y se habia desarrollado en él la ternura, el cariño y el amor, y como estos

mismos sentimientos habian ido arraigando en él la humildad y la sencillez y dádole un bienestar que no habia conocido antes.

Quiso y no supo explicar lo que gozaba interiormente cuando estrechaba la mano á alguno de sus semejantes y cuando recibia iguales demostraciones de cariño y de estimacion.

Quiso por fin; y no supo explicar lo que pasó en su interior al recibir la primera noticia de que se habia pensado en él para primer Magistrado, y los encontrados sentimientos que experimentó al comunicársele que habia sido elegido por unanimidad.

Nicolás que comprendió el embarazo en que se hallaba Jorge Juan y que sabia por experiencia propia la insuficiencia ó la incapacidad de la palabra para explicar las afecciones del corazon, le interrumpió diciéndole:—«No te canses, amigo, ya sabes que las afecciones del espíritu, sean goces ó penas, se sienten y no se explican.

»Mi espíritu, al abrazarnos, ha sentido ó ha participado de tu contento, como el tuyo debe haber participado de mi satisfaccion: no te canses, nos hemos comprendido, esto basta: obra como lo estás haciendo y la ciudad no habrá tenido otro primer Magistrado con quien compararte.»

Y así fué: cada cinco años fué reelegido, en cada reeleccion concurrieron todos los ciudadanos: cada eleccion se hizo por unanimidad, y cada vez recibió Jorge Juan las felicitaciones de los electores.

Ocho veces fué elegido; cuarenta años duró su Magistratura y cuarenta años mereció las simpatías, el cariñoso respeto, la síncera estimacion y el verdadero amor de sus conciudadanos.

Con una experiencia de cuarenta años pudieron convencerse él y toda la poblacion, y puede convencerse el mundo entero de que el saber por sí solo no nos atrae las simpatías y la estimacion, ni da el bienestar; y de que es absolutamente necesario que el saber ó la ciencia vayan acompañados de la práctica de las virtudes y especialmente de la humildad, de la sencillez y del amor, que es el padre y el generador de todas las demás virtudes.

LA ABNEGACION

ó

ANDRÉS EL EXPÓSITO.

1.

Sabido es que la **Abnegacion** es una virtud en fuerza de la cual posponemos y hasta sacrificamos nuestras comodidades y nuestros goces á las comodidades y á los goces de nuestros semejantes:

Lo hacemos porque amamos y deseamos ser amados, aunque no nos demos razon de ello; por lo mismo la **Abnegacion** es, al igual que las demás virtudes, hija legítima y natural del Amor.

El Divino Redentor nos dió las mas grandes pruebas de abnegacion, á causa del amor inagotable que profesa al género humano, llegando al extremo de derramar hasta la última gota de su sangre en utilidad y provecho del mismo.

¡Dichoso el mortal que sabe imitar el ejemplo de tan digno Maestro!

Sabido es tambien que la **Abnegacion** es la virtud contraria al egoismo; que así como la abnegacion nos inclina á posponer y hasta á sacrificar nuestros goces y comodidades en bien del prójimo, el egoismo por el contrario todo lo quiere para si y nada para los demás.

Fué sacado de la casa de expósitos de Palermo, en Sicilia, provincia de Italia, un muchacho llamado Andrés que acababa de cumplir los ocho años, y fué puesto á disposicion de un tendero de la misma capital, conocido por Genaro el rico, para distinguirle de otro Genaro menos acomodado.

Como Genaro, á pesar de sus veinte años de matrimonio, no tenia ni habia tenido hijo alguno, sacó á Andrés de la casa de expósitos con el objeto de darle la instruccion conveniente, para que al llegar á la edad de quince ó diez y seis años pudiese ayudarle en el despacho de la tienda, ahorrándole uno de los tres dependientes.

Tuvo Genaro la buena suerte de confiarle á uno de los profesores mas acreditados por sus virtudes y su espíritu verdaderamente religioso, el cual no cesaba de inculcar todos los dias á sus discípulos que se amasen los unos á los otros y á Dios sobre todo.

Por otra parte, Andrés era un muchacho que se distinguia de los demás y se hacia estimar por todos á causa de su docilidad y de la dulzura de su carácter.

Desde un principio dió evidentes y repetidas pruebas de saber prescindir fácilmente de sus diversiones infantiles siempre que Genaro ó el profesor lo necesitaban ó tenian que ocuparle en algo, fuera lo que fuese.

No habia aun cumplido la edad de diez años y se le veia abandonar, sin la menor repugnancia, el juego y cualquiera diversion en el momento de recibir aviso de que el profesor ó Genaro lo necesitaban ó lo llamaban.

Creíase primero que lo hacia por respeto ó por miedo de algun castigo; pero no tardó en dar pruebas evidentes de ser otro el móvil de su conducta.

Se observó que con la misma docilidad y prontitud se prestaba á los mandatos, avisos ó indicaciones del profesor y de Genaro que á los de sus mismos condiscípulos, de modo que cuando estos tenian necesidad de algo, al momento llamaban á Andrés, el cual jamás rehusaba prestarles sus pequeños servicios.

Era tanta la confianza que los compañeros tenian en Andrés, que no pocas veces y cuando éste parecia mas entregado al jue-

go, le pedian algun servicio, sin tener necesidad de él; y Andrés se prestaba con admirable prontitud y docilidad, sin que le repugnara abandonar el juego ó la diversion.

Al paso que iba creciendo en edad, crecia tambien en dulzura y abnegacion; con igual placer servia á sus iguales que á sus mayores.

En la corta edad de doce á trece años era justamente citado como modelo de dulzura, de docilidad y sobre todo de abnegacion; y no podia dejar de ser así, porque era admirable el gusto con que Andrés procuraba complacer y agradar á sus compañeros y especialmente á Genaro y al profesor.

Aunque no parecia ser de los mas aventajados en la escuela, era sin disputa el mas querido de todos: el profesor le amaba y le trataba con el mayor cariño, como si fuera un hijo suyo.

Los compañeros y los condiscípulos le consideraban como el mejor de los amigos, y le brindaban siempre para que tomara parte en sus diversiones.

En cuanto á Genaro y á la esposa de éste, escusado es decir que admiraban y aplaudian interiormente las cualidades y el carácter de Andrés, estimable bajo todos conceptos.

2.

Al llegar Andrés á los diez y seis años, Genaro manifestó su intencion de ocuparle en la tienda; pero el profesor supo persuadir á Genaro de la utilidad que reportaria, si permitiera que Andrés continuase algun tiempo mas sus estudios.

Continuó Andrés en frecuentar la escuela, perfeccionándose en la teneduría de libros, aprendiendo el aleman y el inglés, además del español y del francés que sabia ya, y por otra parte se encargó de la contabilidad de la tienda y de parte de la correspondencia extranjera, aligerando á Genaro casi en una mitad de su trabajo ordinario.

Del mismo modo que los compañeros y los condiscípulos disponian de Andrés, como se dispone de un criado, los dependientes de Genaro hacian otro tanto en todo lo concerniente á la tienda:

Y les servia á todos mejor que un criado, porque el criado aguarda á que su amo le mande, mientras que Andrés se anticipaba á prestar sus servicios, si advertia que podian aprovechar á otro; suspendiendo y hasta renunciando, si era menester, sus comodidades, sus diversiones y sus goces, porque amaba y deseaba ser amado.

Genaro observando que Andrés sabia conciliarlo todo, que al paso que asistia al colegio, prestaba con todo celo sus servicios en la tienda, le dejó continuar los estudios uno, dos y tres años mas.

De este modo se ejercitó en el aleman y en el inglés, sin descuidar el francés y el español, perfeccionándose en la teneduría de libros, hasta ser uno de los primeros tenedores.

El director del colegio que conocia y apreciaba mejor que nadie las bellas cualidades de su alumno, sobre todo su docilidad y abnegacion, exploró repetidas veces el ánimo del mismo, aunque indirectamente, para ver si le gustaba la carrera del profesorado y si podria retenerlo en el colegio.

Fueron inútiles estas tentativas, porque, cuanto mas se desarrollaba la razon en Andrés, tanto mas crecia el agradecimiento y el amor que profesaba á Genaro y á la esposa del mismo que le trataban poco menos que como á un verdadero hijo.

Convencido el director de la inutilidad de las expresadas tentativas, dijo á Genaro que podia disponer de Andrés cuando gustase, porque reunia todos los conocimientos necesarios para ser empleado en cualquiera establecimiento mercantil.

Hizo grandes elogios de las buenas cualidades de Andrés, hasta llegar á decir que no habia otro alumno como él y que no dudaba que eclipsaria el brillo de los mejores dependientes de comercio.

Genaro que tenia formado de él muy buen concepto, escuchó con gran placer los justos elogios del director, dióle las gracias de cuanto por él habia hecho y cesó de enviarle al colegio.

Mientras Andrés prosiguió sus estudios, fué muy limitado el círculo de sus relaciones; pero una vez concluidos estos y conquistadas las simpatías y la estimacion de Genaro y de la esposa de éste, se amplió notablemente aquel círculo;

Porque Genaro no solo continuaba ocupándole en la teneduría de libros y en la correspondencia extranjera, sino en lo de más importancia que él no podia hacer por sí mismo.

Así fué, que se puso en relacion y en contacto con las personas notables, tanto de Palermo como de lo restante de la isla, y que su nombre y sus cualidades fueron muy conocidas y admiradas en todas partes.

3.

Todas las personas que trataban con Andrés, le admiraban y simpatizaban al momento con él, porque descubrian sus bellas cualidades y especialmente su abnegacion, por ser la virtud que poseia en mayor grado, siendo la que satisfacia mas sus aspiraciones dirigidas á amar y á ser amado por sus semejantes.

Si Genaro le enviaba á alguna parte, lo que sucedia varias veces al dia, para el ajuste de algun trato, para dar ó pedir explicaciones ó aclaraciones sobre alguna duda ó dificultad, jamás se disgustaba, aunque debiera ir dos y tres veces;

Porque pensaba que aunque necesitase el tiempo para otras cosas no menos importantes, en su mano estaba el remediarlo todo, sacrificando alguno de los goces ó comodidades. Otro tanto le sucedia si se veia precisado á aguardarse algun tiempo; nunca se le veia impacientarse ni menos quejarse.

Con la misma facilidad y buen humor se levantaba de la mesa y de la cama, que del escritorio, si se le llamaba ó si le ocurria el poder prestar algun servicio un poco importante.

Era moralmente imposible que con sus continuos actos de

abnegacion chocara con nadie, ni disgustara á nadie; antes al contrario, se atraia las simpatías y la estimacion de todo el mundo, que era precisamente lo que él deseaba.

Todos los dias oia ó recibia Genaro elogios de Andrés, porque no habia conocido, amigo ni corresponsal de Genaro que al entrar en relaciones con Andrés no tuviera ocasion de observar y admirar su delicadeza, su docilidad y especialmente su abnegacion, y que no quedase cautivado por tan excelentes cualidades.

Todo esto aumentaba, como era natural, las relaciones mercantiles de la casa y estrechaba mas las antiguas, de una manera tan notable, que en pocos años la casa de Genaro, que antes era de las medianas de Palermo, pasó á ser otra de las mas importantes y de mayor crédito.

Aun le faltaba un empuje mas para ser la primera y sin rival en toda la isla, y Genaro aspiraba á ello: por esto aunque no tenia hijos y todo le sobraba, no queria retirarse del comercio, antes al contrario empleaba en él casi el dia entero y parte de la noche.

Si bien contaba con el auxilio de los dependientes que habia aumentado hasta el número de seis y con la ayuda de Andrés, que era muy importante, con todo el considerable aumento de relaciones y de transacciones mercantiles y el deseo de que su casa fuese la primera de las de la isla, le obligaban á emplear en el comercio todo el tiempo de que podia disponer.

Y siempre parecia que le faltaba tiempo, por cuanto además de las compras y ventas al por mayor y al por menor de los principales géneros extranjeros y del país, hacia tres ó cuatro años que se dedicaba al giro del dinero, de modo que su casa era considerada en la isla y fuera de ella como una casa de banca.

4.

La esposa de Genaro, llamada Matilde, no se mezclaba para nada en las cosas ú operaciones mercantiles del marido, á menos de ser consultada por éste.

Mientras que Genaro ocupaba casi todo el tiempo en el comercio, poco en los actos religiosos y ninguno en las diversiones, Matilde lo invertia en rogar á Dios por la prosperidad de la casa y en practicar actos de caridad de la manera mas oculta y mas disimulada que sabia y podia.

En las primeras horas de la mañana y al anochecer, para evitar el ser conocida, visitaba y llevaba palabras de consuelo á familias pobres y necesitadas, ó á familias que gemian bajo el peso de una gran tribulacion ó infortunio.

Aunque podia disponer de cantidades no despreciables, que recibia de su esposo para sus gastos particulares, rara vez distribuia cantidad alguna por su propia mano.

Tenia dos ó tres personas de confianza y entre ellas una pobre mujer llamada María, que se mantenia de los restos de la casa de Genaro.

Las mas de las veces se valia de esta, haciéndola cambiar con frecuencia de traje para producir en las personas socorridas el efecto que se proponia, que era, infundir en el ánimo de los pobres la creencia de que todo lo bueno procede y es obra de Dios, y que los mortales no somos mas que unos instrumentos, ó mejor, unos servidores de Dios enviados por el mismo Dios.

Enterada Matilde por sí misma del verdadero estado de las familias que visitaba, el mismo dia ó al siguiente enviaba á alguno de sus confidentes para socorrer las principales necesidades de la familia ó familias que habia visitado.

Cuando descubria una fé débil en las personas que habia vi-

sitado, encargaba á María que fuese á socorrerles con la cantidad en dinero ó especie que le entregaba, y con el traje que le prescribia.

El traje solia ser el humilde de la pobreza, para que la familia socorrida, conociendo que la limosma no procedia de aquella pobre mujer, elevase el pensamiento á Dios y le diese gracias por la que acababa de hacerles.

A veces la hacia vestir un traje algo decente, para visitar á las personas dotadas de fé, pero pobres de espíritu ó de un espíritu abatido á causa de su miseria para que al verse visitados y tratados como hermanos por una persona tan decente, cobrasen ánimo y vieran que su pobreza no les rebajaba á los ojos de aquella mujer.

En una palabra, Matilde se valia de todos los ardides imaginables, para disimular ú ocultar que procedian de ella las muchas limosnas que distribuia; no teniendo otra mira que la de que en todos los actos caritativos no se viese mas que el dedo de la Divina Providencia ó la mano de Dios:

Con el objeto de que las personas socorridas no hicieran mas que elevar el pensamiento á Dios, y le dieran gracias, creciendo de este modo su fé síncera en Él.

Habiendo Andrés cumplido ya los veinte y cinco años é inspirando entera confianza á su bienhechor Genaro, éste se hallaba casi resuelto á entregarle el manejo y la direccion de la casa, confiriéndole los mas ámplios poderes, sin limitacion alguna:

Pero, creyendo que su casa no llegaria á ser la primera de la isla, que era su bello ideal, si él se retiraba del comercio, estaba vacilante y no acababa de resolverse.

Llamó á Matilde, y despues de haberle manifestado el estado de la casa, la mucha confianza que le inspiraba Andrés y las dudas sobre continuar ó no en el comercio, le pidió consejo, segun acostumbraba hacerlo en todos los casos en que no podia ó no sabia determinar por sí solo.

Matilde que hacia tiempo observaba la prosperidad de la casa; que lejos de participar las ideas de pura vanidad que descubria en Genaro, deseaba que éste se retirase del comercio,

aprovechó esta ocasion para inclinarle á que se separase enteramente del tráfico mercantil.

Empezó por combatir de una manera la mas suave, el pensamiento de amor propio ó de vanidad, sobre que aquella casa fuese la primera de Palermo y aun de toda la isla; hizo el merecido elogio de Andrés, de su actividad y de su inteligencia, de su docilidad y sobre todo de su abnegacion;

Y acabó por aconsejar á Genaro que no reparase en confiar á Andrés la direccion y la gestion de todos los negocios de la casa, apoyando este consejo en muchas y muy sólidas razones:

Entre ellas, la de que no teniendo hijos, todo les sobraba para vivir con desahogo; que la edad de ambos y especialmente la de Genaro, necesitaba descanso; que éste podria sin cansancio dedicarse á cosas mas importantes, á las concernientes al espíritu; que á Andrés podia confiársele sin el menor escrúpulo el manejo de la casa;

Que Genaro debia reconocer y confesar que el considerable aumento de relaciones que habia tenido la casa en los últimos años, se debia principalmente á Andrés; y que no dudaba que poniéndose Andrés al frente de los negocios, la casa seguiria prosperando, hasta ser la primera de la isla.

Esta última observacion acabó de llevar la conviccion en el ánimo de Genaro, el cual estrechando la mano de su esposa, dijo:—«Mi resolucion está tomada: llama á Andrés y déjanos un momento solos.»

5.

Media hora escasa permanecieron solos Genaro y Andrés en el aposento principal de la casa, porque no necesitaron mas tiempo para ponerse de acuerdo en todo.

Salieron estrechándose las manos y enjugándose algunas lágrimas de ternura que corrian por las mejillas de ambos, especialmente por las del agradecido Andrés.

Procedió éste á la formacion del mas escrupuloso y detallado inventario-balance: dirigiéronse las oportunas cartas circulares á todos los conocidos y á todos los corresponsales y la casa principió á funcionar bajo la razon de Genaro, Andrés y compañía, interesando cada uno de los dos en una tercera parte, en el capital y en los beneficios, y Matilde en la otra tercera parte restante.

Apenas se hizo pública la generosidad de Genaro y su asociacion con Andrés, se apresuraron los amigos y los corresponsales á felicitar cordialmente al uno y al otro, ó mejor á los tres; á Genaro, á Matilde y Andrés.

Este en lugar de envanecerse con tan brillante posicion improvisada, al paso que no cesó de dar gracias á Dios y á su bienhechor, se distinguió mas y mas con sus repetidos actos de sencillez, de humildad y de abnegacion.

En todas partes se le veia ocupar el puesto mas humilde: con la misma facilidad y con el mismo placer sacrificaba sus goces y sus comodidades, para servir al primer potentado, como para ser útil al último jornalero.

Escusado es decir que la repiticion de todos estos actos de abnegacion y de humildad, debia aumentar el aprecio y la consideracion de Andrés, y atraerle las simpatías de cuantos llegaban á relacionarse con él.

A proporcion que aumentaban las simpatías y el aprecio de Andrés, aumentaba tambien el brillo, el crédito y el tráfico de la casa.

Pocos años bastaron para que la antigua casa de Genaro fuese no solo la mas importante y de mayor crédito entre las de la isla, sino la que estaba mas bien relacionada dentro y fuera del reino.

Llegó á tal grado de engrandecimiento que no habia negocio, empresa ú operacion de alguna importancia en Italia, en la que no tuviese participacion la razon de Genaro, Andrés y compañía.

Lo mas singular era que cuanto mayor era la sencillez y la abnegacion de Andrés, mayor era la consideracion y el brillo de la casa; y cuanto mas se engrandecia y brillaba la casa, mas se distinguia Andrés con su abnegacion.

Por manera que no parecia sino que lo uno engendraba lo otro, la abnegacion de Andrés fomentaba el crédito y la grandeza de la casa, y el mayor crédito de esta provocaba y hacia resaltar á su vez los actos de abnegacion de Andrés.

Hablábase de las casas de comercio mas acreditadas, y al momento se citaba la de Genaro y Andrés, hablábase de la conducta ó de las cualidades de algun comerciante, y no se podia prescindir de citar á Andrés.

Así como se hizo proverbial en toda Italia el crédito de la razon Genaro, Andrés y compañía, lo fué tambien la sencillez y la humildad de Andrés.

Estando la casa en su mayor apogeo, falleció ó dejó de pertenecer á este mundo material el bienhechor Genaro y á los dos meses su virtuosa esposa Matilde: uno y otro dispusieron de la tercera parte de su capital á beneficio de los pobres y de lo restante á favor de Andrés;

Y ordenaron que éste distribuyese por su propia mano, cómo y cuándo mejor le pareciese, la parte destinada á los pobres.

Hecha sin pérdida de tiempo la liquidacion con toda escrupulosidad, para no perjudicar en un centavo la parte de los pobres, arrojó el balance la considerable cifra de seis millones de escudos correspondientes á Andrés.

Y Andrés, el pobre **expósito** fué, si no la persona mas rica de Italia, la de mayor crédito y consideracion, la mas simpática y la mas estimada por efecto de su sencillez, de su humildad y especialmente por su **abnegacion** á toda prueba.

LA CONSTANCIA

ó

PODER MARAVILLOSO

DE UNA VOLUNTAD FIRME Y CONSTANTE.

1.

Dice el adágio **que hace mas el que quiere que el que puede**; es tal el poder ó la fuerza de una voluntad constante, que vence dificultades y allana obstáculos que parecen invencibles.

Para formarnos una idea del poder de la **Constancia**, recordemos lo que se ha dicho al hablar de la **Fé** y de la **Esperanza**, y hagámonos cargo de que la **Constancia** viene á ser la misma **Fé** y la misma **Esperanza** puestas en ejercicio.

En Portugal y en el pueblo N., situado no lejos de Oporto, vivia una familia poco acomodada, poseedora de una casita medio arruinada y de un huertecito contiguo á ella.

Componíase esta familia de cinco personas; de marido y de mujer, de la madre del primero y de dos hijos llamados Agustin y Juana, constituidos ambos en infantil edad.

Así que Agustin llegó á la de siete años, su abuela llamada Francisca, determinó emplear en bien y provecho del mismo una parte de la módica pension de seis escudos mensuales que disfrutaba como viuda de un maestro de primera educacion, muerto durante el primer cólera, en cumplimiento de su deber.

Llevada de este pensamiento, propuso á los padres de Agustin que si permitian frecuentase la escuela en lugar de inclinarle al oficio de bracero que ejercia el padre, ella cederia gustosa la mitad de su pension y mas aun, si convenia.

Aceptado el ofrecimiento de la abuela, ésta se encargó de hablar al maestro y de acompañar al nieto á la escuela, suplicando encarecidamente á aquel, que lo tomase bajo su proteccion é hiciese por él cuanto pudiera.

No olvidándose de poner en conocimiento del mismo que el abuelo del niño habia desempeñado tambien el magisterio durante una larga série de años, habiendo sido otra de las víctimas del cólera para no faltar un dia al cumplimiento de sus deberes.

A los dos meses de frecuentar Agustin la escuela, Francisca hizo su segunda visita al preceptor para informarse de los adelantos de su nieto y sobre todo de la disposicion del mismo para el estudio.

Y tuvo el disgusto de oir de boca del preceptor que Agustin vivia muy distraido, que manifestaba poca inclinacion al estudio, y lo mas sensible de todo que, segun habia podido observar durante los dos meses, tenia ó parecia tener poca disposicion para las letras.

La abuela sin desconcertarse dijo al profesor:—«Haga V. por su parte cuanto pueda que Dios se lo pagará con usura y se lo agradecerá eternamente esta pobre mujer.

»No es extraño que en una edad como la del nieto haya distraccion, poca ó ninguna aficion al estudio y mucha lentitud en aprender lo que se le enseñe: siga V. hasta donde pueda y Dios hará lo demás.»

Repitió la abuela sus visitas una y dos veces cada mes, y aunque oia siempre los mismos informes poco favorables á Agustin, nunca desistia de su propósito, antes al contrario procuraba alentar al maestro, atribuyendo cuanto éste decia á la corta edad del nieto.

No habia pasado un año, cuando cayó gravemente enfermo el padre de Agustin, y pocos dias bastaron para que éste quedase huérfano de padre.

La pobre y desconsolada madre, habiendo gastado lo poco que tenia y careciendo de medios con que atender á los gastos de manutencion de la familia, aceptó el ofrecimiento que le hizo uno de los vecinos mas acomodados del pueblo, de tomarla á su servicio, mediante el salario mensual de tres escudos.

Consultada la abuela acerca de esta proposicion, se limitó á suplicar á la nuera que en caso de aceptarla, la ayudase con el salario hasta donde pudiera, siendo tan módica la pension que ella disfrutaba.

Corrió de cuenta de Francisca, durante unos tres años, la manutencion de sus nietos, sin contar con mas recursos que el escaso producto del huertecito, cultivado por ella misma, la módica pension de los seis escudos, y la mitad del salario que ganaba la nuera.

Pasados los tres años, cuando Agustin no contaba mas que diez, quedó la abuela privada de los quince reales mensuales que le entregaba su nuera, porque esta contrajo segundo matrimonio, y dejó á los hijos del primero enteramente abandonados al cuidado de la abuela paterna.

Esta, continuando con igual constancia en su primer propósito de procurar á Agustin los medios para frecuentar la escuela, despues de haber dirigido sus plegarias acostumbradas al Todopoderoso, llamó á sus nietos y les dijo:

—«Hace tres años que murió vuestro padre, y ahora perdeis á vuestra madre, que á causa de su pobreza y por seguir los designios del Criador, ha contraido segundo matrimonio y os ha dejado enteramente á mi cuidado.

»En mí tendreis un segundo padre y una segunda madre: confiad en mí y sobre todo en Dios que no nos ha abandonado hasta ahora y no nos abandonará de aquí en adelante.

»Vosotros me dareis el hermoso y dulce nombre de madre, y yo os daré á vosotros el tierno y cariñoso nombre de hijos: me ayudareis en lo que podais, y Dios nos amparará á todos: tened confianza en vuestra madre y especialmente en Dios á quien os dirigireis todos los dias para que no nos deje de su santa mano.»

2.

Francisca, al paso que no descuidaba la educacion y la instruccion de Juana, la de Agustin era la que llamaba especialmente su atencion.

Juana que rayaba á los nueve años, ayudaba á la abuela en lo que le permitia su corta edad, y la abuela además de ejercitar á la nieta en los quehaceres domésticos, le enseñaba á leer y á escribir y la instruia en lo mas importante de la Religion Cristiana.

Agustin iba á cumplir los doce años, y á pesar de su aplicacion, de los cuidados de la abuela y de no faltar un dia á la escuela, era muy poco lo que adelantaba; sabia leer y escribir medianamente y nada mas.

Como los informes del maestro continuasen siendo poco favorables á Agustin, la abuela persistiendo con la misma constancia de siempre en el propósito de procurarle la mayor instruccion posible, concibió el proyecto de trasladarse á Oporto; Con el doble objeto de procurarse mayores recursos con que atender á la manutencion y á la instruccion de sus nietos y de poner á Agustin bajo la direccion de un buen profesor.

Un sábado por la noche, poco antes de cenar, llamó á sus nietos y les dijo:—«Hijos mios, sintiéndome con fuerzas bastantes para hacer algo mas de lo que hago, viendo por otra parte que las necesidades crecen y que nuestros escasos recursos no bastan para cubrirlas, he formado el proyecto que voy á revelaros.

»He pensado trasladarnos á Oporto, donde tengo algunas relaciones antiguas, por haber vivido mucho tiempo allí: en la juventud me habia dedicado con provecho á la venta de comestibles al por menor, y me parece que con el producto de esta industria y con los dos reales podremos atender á las principales necesidades.

»Por otra parte, vuestra edad exige mayor instruccion de la que puedo procuraros en este pueblo; y no dudo que tambien me ayudareis en algo, del mismo modo que lo haceis aquí, tanto en el cultivo del huerto como en las cosas de casa.

»Para llevar á cabo este proyecto, mañana domingo iré sola á Oporto para buscar un local á propósito y para renovar las antiguas amistades: vosotros, hijos mios, os quedareis aquí durante el dia, y antes que anochezca estaré ya de vuelta.»

Agustin y Juana aprobaron á su manera el proyecto de la abuela, dando evidentes señales de alegría y pidiéndole que les dijera á qué hora marcharia, porque querian acompañarla hasta donde pudiesen.

Francisca no pudo consentirlo, porque pensaba emprender la marcha antes del amanecer, y así se lo manifestó á sus nietos, los cuales se conformaron sin la menor réplica.

A las tres de la madrugada púsose la abuela en marcha para Oporto á donde llegó en menos de cuatro horas, causando una sorpresa agradable á sus amigas que le ofrecieron cordialmente hospedaje y sus servicios personales.

Una de ellas y la hija de otra la acompañaron, y recorrieron con ella las principales calles y plazas en busca de local: aun no habian pasado tres horas, cuando Francisca tenia alquilados ya los bajos de una casa situada en las inmediaciones de la plaza mercado.

Comió en casa de una de las amigas, se despidió de todas, y poco antes de anochecer se hallaba ya en compañía de sus nietos, y con la alegría marcada en el semblante daba á entender que el viaje habia dado buen resultado.

Sin aguardar á que lo explicara, Juana, dando un salto de alegría, le preguntó:—«¿Madre, que dia iremos á Oporto? ¿Hay huerto en la casa donde iremos? ¿Es tan grande como la nuestra?»

—«Calla, hija mia, contestó Francisca, todo lo sabreis luego;» y efectivamente, antes de cenar Juana y Agustin, sabian la hora en que la abuela llegó á Oporto, la sorpresa agradable que causó á las amigas, el ajuste de la casa, la situacion y todas las circunstancias de la misma, y especialmente la capaci-

dad del huertecito ó pequeño jardin unido á los bajos alquilados.

Impacientes los nietos é impaciente la abuela, ó mas bien acosada esta por la necesidad, cuatro dias bastaron para hacer los preparativos de viaje y para trasladarse á Oporto, dejando al cuidado de un vecino el arrendar la casa y el huertecito por el precio que pudiera.

3.

Con la pequeña cantidad de cincuenta escudos que Francisca tomó á préstamo, garantizándolos con su pension, compró algunos comestibles que pagó de contado, recibiendo al fiado los demás que necesitó para abrir la tienda al público.

La compra de comestibles y el arreglo de la tienda fué obra de una semana; pero aun no habia pasado la mitad de ella que Agustin frecuentaba una de las mas acreditadas escuelas de la ciudad, mientras que Juana permanecia en casa para ayudar á la abuela, hasta que ésta encontrase una muchacha que reemplazara á aquella.

Era tal la constancia de Francisca y su fuerza de voluntad, que no sosegaba un instante, procurando sacar el mayor provecho posible de la venta de comestibles, sin perder jamás de vista la educacion y la instruccion de los nietos, particularmente la de Agustin.

Al cabo de un mes, Juana frecuentaba ya una escuela de niñas que habia en la misma calle, porque Francisca se habia procurado otra auxiliar para el despacho de la tienda y para los quehaceres de la casa.

Pero, triste es el decirlo, los informes que sobre los progresos y sobre la aptitud de Agustin recibió la abuela al fin del mes fueron desventajosos á aquel.

Pasaron tres y cuatro meses: el negocio de la tienda marchaba á pedir de boca, pero los informes acerca los adelantos de Agustin, no solo continuaban siendo desfavorables, sino que el Director de la nueva escuela indicó á la abuela que Agustin hacia por su parte cuanto podia y sin embargo todo parecia inútil;

Que su incapacidad era notoria, que podria ocupársele en otra cosa, y que de lo contrario no haria mas que perder el tiempo y hacerlo perder á él y á sus ayudantes.

Francisca suplicó al Director que tomase paciencia algunos dias mas, interin ella pensaba y determinaba lo que debia hacer.

Observando el Director que habian pasado mas de quince dias sin que Francisca tomase resolucion alguna, le pasó recado para que no enviara á su nieto á la escuela, pues de lo contrario se veria precisado á negarle la entrada.

La abuela contristada con este recado, empero sin desconcertarse, retuvo á su nieto en casa durante aquel dia, ocultándole la verdadera causa para no afligirle ni desalentarle con la relacion de lo ocurrido.

Al dia siguiente le acompañó á otra escuela, dándole á entender que era mejor que la anterior, y advirtió que su nieto era algo tardío en aprender, pero que era bastante aplicado, y parecia que estudiaba con gusto.

Suplicó al Director que fijase su atencion en sondear las disposiciones de Agustin para poderla aconsejar, si seria conveniente que éste continuase los estudios, ó si seria mas acertado que se dedicara á algun ramo de industria.

Al mismo tiempo exploró el ánimo de Agustin para saber si le gustaba continuar los estudios ó si preferia dedicarse á otra cosa.

Habiendo este manifestado que deseaba continuar los estudios, si ella no tenia inconveniente, Francisca se alegró, estimuló cuanto pudo el amor propio del nieto, para que redoblase sus esfuerzos, encareciéndole como otras veces y como ella lo hacia, que pidiese á Dios que le iluminase para aprender lo que mas le conviniera.

Transcurrido el primer semestre, el nuevo Director llamó á

Francisca, y le dijo que su hijo ó nieto no tenia disposicion ó aptitud para las letras, que en los últimos seis meses habia adelantado poquísimo ó casi nada;

Que por lo mismo no podia menos de aconsejarle con toda franqueza que haria bien en hacerle dedicar á algun ramo de industria, y que antes de realizarlo, podria, si le pareciese bien, para acabar de convencerse, buscar quien se ocupara exclusivamente en la instruccion del mismo.

Francisca, firme en su primer propósito y con una fuerza de voluntad sin igual, no descuidando un momento el negocio de la tienda, buscó con afan y sin pérdida de tiempo quien quisiera encargarse de la instruccion de Agustin.

Siendo como era muy económica en el gasto de la casa, y empezando la tienda á darle beneficios mas que regulares, destinó la mayor parte de ellos para retribuir al maestro que deseaba dar á Agustin;

Y así no le fué difícil hallar un antiguo profesor que no pudiendo, á causa de su edad y de sus achaques dedicarse á la enseñanza pública, aceptó la proposicion que le hizo Francisca de mantenerle en su casa y compañía y gratificarle con veinte escudos mensuales, á condicion de no ocuparse mas que en la instruccion de Agustin.

Informado Nicolás, que así se llamaba el nuevo profesor, de las escuelas que habia frecuentado su discípulo, de la aplicacion del mismo y de su poca aptitud, porque nada le ocultó la abuela, é informado por el propio Agustin de lo que se le habia enseñado y de los métodos que se habian seguido; concibió su plan con ánimo de seguirlo hasta convencerse de la utilidad ó inutilidad del mismo.

La experiencia de mas de treinta años de enseñanza, su amor propio interesado, el deseo de corresponder al esmero con que se le cuidaba en aquella casa, y sobre todo el ejemplo de singular constancia en una mujer sin instruccion, obligaron á Nicolás á pensar sériamente sobre lo que convendria hacer.

Ensayó por espacio de mas de tres años, distintos sistemas ó métodos y ninguno de ellos le daba resultados favorables á los que él se prometia, no dejando de ponerlo en conocimiento

de la abuela, la cual lejos de desistir de su propósito, alentaba al maestro, excitándole á que apurase cuantos medios le sugiriese la razon y su larga experiencia.

Le recordaba frecuentemente que la paciencia y la constancia todo lo alcanzan, que con una fé viva y con la fuerza de voluntad pueden removerse las montañas y hasta cambiar los hábitos ó inclinaciones inveteradas del espíritu.

4.

Empezaba á decaer el ánimo del maestro Nicolás, y la duda acerca el buen éxito de su empresa iba en aumento á proporcion que veia frustrados sus esfuerzos y que fracasaban los sistemas empleados.

De vez en cuando le asaltaba la idea de que, visto el cariño y la generosidad de la abuela, faltaba él á su deber cada dia que dejaba pasar, sin advertirla de la inutilidad de los gastos que estaba haciendo.

Este pensamiento, reproduciéndose con frecuencia, llegó por fin á fijarse de tal modo en el ánimo de Nicolás que no le era posible apartarle de él para pensar en otra cosa.

Mientras estaba discurriendo de que manera lo comunicaria á Francisca para causarle la menor pena posible, ésta le preguntó acerca los adelantos de Agustin, y Nicolás iba á aprovechar esta ocasion para desengañar á la abuela, pero la comparecencia de Agustin le obligó á suspender la resolucion que acababa de tomar.

Siguió Nicolás algunos dias sin revelar su desconfianza, pero no pudiendo resistir al pensamiento de que faltaba á su deber, entró en explicaciones con la abuela, y valiéndose de los términos y frases mas á propósito le dió á entender que era preciso desistir de la empresa.

Para atenuar el mal efecto de sus revelaciones, le manifesto, pero con bastante frialdad, que le quedaba para ensayar un solo método, el mas sencillo de todos, y que si con este no se lograba el objeto, seria preciso no perder mas tiempo en combatir contra ó en busca de imposibles.

Francisca, sin demostrar la menor inmutacion, antes bien dando pruebas evidentes de su constancia y de su acostumbrada firmeza de voluntad, dijo á Nicolás:—«Dios es justo y no dudo que al fin premiará nuestra constancia: yo así lo espero.

»¿Quién sabe si lo que ha guardado V. para la última prueba, dará buenos resultados? ¿Y quién sabe si le ocurrirá á V. otra cosa? Siga V., y no desconfiemos jamás de Él que todo lo sabe y todo lo puede, y nos otorga lo que apetecemos cuando menos lo pensamos.

»Si no nos ha hecho hasta ahora, sin duda porque no conviene, la gracia que tanto apetecemos, nos ha hecho y nos está haciendo otra tal vez mas importante, por ser la que asegura el porvenir de todos.

»Nos está haciendo la gracia de que mi pequeña industría se vaya engrandeciendo y me produzca beneficios fabulosos que me permiten sostener todos los gastos de la casa, costear la instruccion de mis nietos, especialmente la de Agustin, y dejarles un establecimiento muy acreditado y capaz de darles con que vivir desahogadamente.»

Alentado Nicolás con lo expresado por Francisca, y sobre todo por la constancia y la fuerza de voluntad que en en ella observaba, empezó el ensayo del nuevo sistema, cuando Agustin iba á cumplir los diez y siete años.

Abandonó el maestro Nicolás por completo el campo árido de las abstracciones, ó sea el de las definiciones, de las reglas generales y de los principios abstractos con sus excepciones, para colocarse en el terreno práctico de los hechos ó sea en el de la observacion exacta y repetida de las cosas materiales, visibles y tangibles.

No le dió libro alguno para estudiar, sino unos cuadernos en blanco, para ir notando lo que veria ó le haria ver, tocar y observar en el gran libro de la naturaleza ó de la creacion que todo lo abraza.

Habíase dedicado Nicolás al estudio de las ciencias naturales, habiendo empleado mucho mas tiempo en la observacion material de los séres y objetos de la naturaleza que en la lectura de los libros:

Tenia además nociones generales, pero exactas de Física y de Química, siéndole bastante familiar el lenguaje matemático por haberlo enseñado algunos años en su juventud.

Trasladóse Nicolás junto con su alumno, desde el aposento destinado para la lectura de los libros, para el estudio y explicacion de los mismos, al huertecito ó jardin que habia en la misma casa, y allí sentados dió á Agustin la primera leccion, segun el sistema que iba á ensayar.

Consistió esta primera leccion en escoger y arrancar el maestro la planta que le pareció mas á propósito, y poniéndola en manos de Agustin, le hizo observar primero la parte que habia estado metida en la tierra y le dió el nombre de **raiz**, luego hizo lo propio con la parte salida de la tierra ó que estaba sobre la tierra dándole el nombre de **tallo.**

Luego, volviendo á la raíz le hizo observar las partes de que se componia, haciendo otro tanto con el tallo, é iba notando en uno de los cuadernos, la forma y el nombre de cada una de dichas partes.

Esta operacion ó primera leccion se repitió muchas veces con el cuaderno á la vista, pero cada vez llamaba el maestro la atencion del discípulo sobre una nueva circunstancia de la planta, hasta que en menos de quince dias y con repetir el mismo ejercicio logró lo que deseaba;

El que quedase muy grabada no solo la imágen, forma ó idea de la planta y de cada una de sus partes, sino tambien el nombre de estas y de aquella, de modo que la pronunciacion del nombre, excitaba la idea ó imágen de la cosa, así como la vista ó representacion de la cosa hacia recordar el nombre.

Estando Agustin bien ejercitado en el conocimiento y designacion por sus propios nombres de la planta ó del vegetal y de cada una de sus partes, puso Nicolás en manos del mismo, y le hizo observar otras partes ú órganos asi exteriores como interiores que Agustin no habia distinguido con la vista natural.

No es posible describir las continuas y agradables sorpresas que causaba á Agustin el descubrimiento de las cosas maravillosas, partes ú órganos del vegetal, llamando todas y cada una de ellas su atencion de una manera especial.

Unas veces le sorprendia y admiraba la complicada nervacion de las hojas, comparable á la no menos complicada multitud de raíces y raícillas; otras veces el maravilloso y delicado aparato floral con sus estambres y su pistilo, con su polvo fecundante y su ovario.

Un dia las celdillas con sus formas continuamente variadas y con la materia en ellas contenidas, era lo que llamaba especialmente su atencion, otro dia se fijaba esta en los vasos ó traqueas con sus puntos ó rayas espirales.

Ofreciendo este estudio continuas ocasiones á Nicolás para hablar á Agustin del poder y de la sabiduría infinita del Criador; no menos que del amor inagotable del mismo, y para fortificar de esta manera su espíritu en los sentimientos religiosos.

Cuando Agustin tuvo ideas claras y distintas de todas las partes ú órganos del vegetal, y supo perfectamente los nombres científicos con que se las designaba, le explicó lo poco que sabia ó que se sabe relativamente á las funciones de cada uno de los diversos órganos, dándole al propio tiempo las nociones necesarias sobre la clasificacion en grupos, familias, géneros y especies.

Nicolás, empleando igual procedimiento, procuró que Agustin adquiriese iguales conocimientos con respecto á los demás ramos de las ciencias naturales ó sea con respecto á la mineralogía y á la zoología.

La necesidad de agrupar y generalizar, ó de armonizar y regularizar las ideas sueltas y aisladas, adquiridas por Agustin, le condujo natural y oportunamente al terreno antes árido y enojoso de las reglas y principios, de las abstracciones y definiciones, en cuyo terreno penetró fácilmente y con gusto, una vez sentida la indicada necesidad.

Semejante método no solo les condujo natural, oportunamente y con provecho á este terreno, sino que les obligó á hacer frecuentes excursiones por el campo de la física, de la quí-

mica y de las matemáticas, dispertando en Agustin, por medio de estas excursiones, la necesidad ó un deseo vehemente de estudiar ó de dedicarse á las expresadas ciencias tan poderosamente enlazadas con las naturales, y tan provechosas las unas como las otras para comprender el gran libro de la Creacion, y para hacer de su contenido las debidas aplicaciones á las necesidades prácticas de la vida.

Nicolás, al paso que observaba y se alegraba de los progresos de su discípulo y del placer con que éste se dedicaba á los nuevos estudios, no sabia darse razon de las causas que podian haber contribuido en el admirable cambio de la aptitud de Agustin.

5.

La abuela, durante el tiempo empleado en estos estudios ó ejercicios, se limitaba á preguntar si el nuevo método daba buenos resultados, y como se le contestase que así lo parecia, se abstenia de entrar en otras explicaciones y de hacer ulteriores preguntas.

Y Nicolás no queria, mientras tuviese algo que enseñar á Agustin de lo que él sabia, revelar á la abuela ciertos pensamientos que le vinieron al observar los adelantos de aquel, y evitaba cuidadosamente el entrar en explicaciones con la abuela á fin de que fuera mayor la sorpresa que esperaba causarle.

Cuando le pareció que á Agustin le quedaba poco que aprender bajo su direccion, llamó á la abuela, y con el placer y la satisfaccion pintadas en el rostro le dijo:—«Dios ha premiado la constancia de la abuela y del nieto. Agustin no parece el mismo: en poco tiempo ha aprendido lo que no era creible.

»Lo estoy viendo y tocando por mí mismo y me parece que estoy soñando: no solo ha aprendido cuanto he sabido ense-

ñarle, sino que manifiesta una aptitud y una disposicion tal para las ciencias, especialmente las naturales, que me obligan á no diferir por mas tiempo la revelacion de cierto plan ó pensamiento.

»Toda vez que V. me ha manifestado los beneficios mas que regulares que saca de su industria, creo que estará V. en disposicion de añadir otro sacrificio á los muchos que tiene hechos en provecho de su hijo ó nieto.»

—«Haré con gusto, contestó la abuela, cuanto pueda y convenga en provecho de Agustin: si lo hacia antes que se creia tiempo perdido y dinero tirado el que se empleaba en la instruccion de mi nieto, ¿cómo quiere V. que no lo haga ahora que Dios ha oido nuestras súplicas y premiado con usura nuestra constancia?

»Explique V., amigo, su pensamiento, que no dudo será beneficioso á mi Agustin, y cuente V. desde ahora que será por mí aprobado y aceptado en todas sus partes.»

—«Creo, añadió el maestro, en vista de la aptitud, de la buena disposicion de Agustin y del singular placer y provecho con que se dedica al estudio de la naturaleza ó de las ciencias naturales, y de lo poco que de aquí en adelante aprenderia bajo mi direccion, que conviene enviarle algunos años á continuar sus estudios en el extranjero ó en la principal universidad del reino.

»Me atrevo no solo á aconsejar, sino á suplicar á V. que lo haga, y creo que no tendremos motivo de arrepentirnos de ello.»

—«Aunque me será muy dolorosa, replicó la abuela, la separacion de Agustin, consiento en que vaya á continuar sus estudios en la universidad principal del reino, y mas adelante veremos si conviene que pase al extranjero.

»Pero voy á pedirle un favor, y es que V. acompañe á Agustin y viva en su compañía, durante uno ó dos meses y mas si conviene, y que al regresar se encargue V. de la instruccion de Juana.»

Nicolás accedió gustoso á la súplica de Francisca, dándole las gracias por la confianza que en él tenia: en seguida enteró á Agustin del proyecto acordado con la abuela; pero Agustin, aun-

que pareció dar su asentimiento, quiso hablar antes con la abuela.

Avistóse en efecto con ella, observando que la abuela consentia gustosa en todo, la abrazó tiernamente y sin decir una palabra, pero derramando algunas lágrimas de ternura y de alegria, salió en busca de Nicolás y le manifestó que estaba dispuesto á emprender el viaje cuando lo considerase oportuno.

Hechos en pocos dias los preparativos del viaje, trasladáronse Nicolás y Agustin á la mas acreditada universidad del reino, no sin haber mediado, al despedirse, algunas escenas de cariño entre Agustin y Juana, entre éstos y la abuela.

A los dos meses de emprendido el viaje, regresó Nicolás, tranquilizando á su abuela y á Juana acerca la buena salud de Agustin y el ningun riesgo de dejarle solo, en vista del placer y de la asiduidad con que se aplicaba al estudio.

6.

Mientras Nicolás se ocupaba en instruir á Juana, y mientras la abuela ayudada por ésta y por otra muchacha, no cesaba de ensanchar el ya dilatado círculo de su industria, pues era dueña del primero y mas importante almacen de comestibles y de líquidos de Oporto; Agustin seguia con el mayor placer y provecho sus estudios en la universidad.

Casi todos los dias y especialmente en los feriados se trasladaba al campo para estudiar en el gran libro de la naturaleza, si el tiempo se lo permitia; de lo contrario pasaba la mayor parte del dia recorriendo los museos y frecuentando las clases extraordinarias de matemáticas, de física y de química.

Lo hacia todo con tal placer y con una fuerza de voluntad tan grande que en todas las clases que frecuentaba aventajaba á los demás alumnos y admiraba á los profesores.

¡Tan cierto es que la paciencia todo lo alcanza y que con la

constancia y con la fuerza de voluntad se superan todos los obstáculos, hasta los que se creen y parecen invencibles!

Siguió Agustin en la universidad los expresados estudios uno, dos y tres años, durante los cuales su aplicacion, en lugar de menguar, iba cada dia en aumento.

Muy antes de concluir los tres primeros años ya no necesitaba la pension mensual que le enviaba su abuela, porque con las lecciones que daba tenia lo suficiente para atender á su manutencion y al coste de sus frecuentes excursiones al campo, que eran sus únicas necesidades.

Concluidos los tres primeros años, la universidad le asignó la retribucion ó gratificacion de cincuenta escudos mensuales, como colector de los objetos de historia natural y como auxiliar del director del museo de este nombre.

A pesar de todo, Agustin no dejaba de percibir las mensualidades qne se le entregaban por órden y cuenta de la abuela, la cual se las enviaba con gusto y con toda puntualidad, sabiendo por Nicolás la aplicacion y parte de los progresos de su nieto.

Continuaba percibiendo dichas mensualidades, no obstante de lo que ganaba con su trabajo, porque iba formando su biblioteca y su pequeño museo, y porque, no olvidando los consejos de Nicolás y deseando ponerlos en práctica era preciso reunir algunos fondos.

La abuela y en particular la hermana deseaban ver y abrazar á Agustin, y hablaban todos los dias de él; pero las observaciones de Nicolás moderaban el ardor de los deseos de Francisca y de Juana: y así fué que Agustin pudo continuar sus estudios en la universidad por espacio de cinco años, sin interrupcion alguna.

Al cabo de ellos fué á pasar la temporada de las vacaciones al lado de la abuela, de la hermana y de Nicolás; pero como sus estudios de campo absorbian su principal atencion, solo podian verle y hablarle en las horas de comer, y aun pasaban dias enteros sin verle siquiera.

La abuela que no pensaba mas que en el bienestar de sus nietos, no solo dejó de manifestar pena ni disgusto de que

Agustin volviera á la universidad, luego de terminadas las vacaciones, sino que con la debida anticipacion preparó el equipaje para no retardar la marcha un solo dia.

Con el dinero que Agustin recibió de la abuela, con el que habia economizado en los años anteriores y con la retribucion de los cincuenta escudos, tuvo lo bastante para sostener los gastos de la comision honorífica, pero muy útil, que le confirió el Gobierno á propuesta de la universidad, consistente en recorrer los principales centros literarios y los museos ó gabinetes de Historia natural.

Agustin humilde y modesto en todo, viajó cerca de dos años, frecuentó los principales museos y centros literarios, conferenció con los primeros naturalistas, matemáticos, físicos y químicos; enriqueció el museo de la universidad y el suyo particular, sin que su familia ni el público supieran otra cosa, sino que Agustin habia pasado al extranjero para continuar sus estudios.

Deseaba vivamente, al regresar de su largo viaje, pasar una temporada al lado de la familia, tanto por el sincero amor que les profesaba, como por lo agradecido que estaba á los singulares favores recibidos de la abuela y de Nicolás, especialmente de la primera, y para asistir al propio tiempo al ventajoso enlace de la hermana que estaba en vísperas de dar la mano de esposa á uno de los ricos comerciantes de Oporto.

Sin embargo, no le fué posible satisfacer estos deseos, porque apenas regresó del viaje, le fué conferida interinamente la direccion del museo y una de las cátedras de Historia natural.

Sin dar la menor publicidad á esta nueva é importante distincion y sin comunicarla siquiera á su familia, procuró disculparse con ella del mejor modo que supo, prometiéndole que aprovecharia la primera ocasion para visitarles.

La abuela y la hermana, de acuerdo con su futuro y por consejo de Nicolás, aplazaron el proyectado casamiento hasta que Agustin se hallara entre ellos, quienes creyeron que se verificaria antes de algunos meses.

Habia cumplido Agustin los veinte y cinco años y Juana los veinte y tres, cuando aquel recibió dos nombramientos á la vez,

el de profesor en Zoología y el de director del museo, ambos en propiedad; y Juana recibió de su futuro esposo una carta muy afectuosa en la que le manifestaba la conveniencia de apresurar el enlace.

Deseoso Agustin de causar mayor sorpresa á su abuela, á Juana y á Nicolás y de asistir al casamiento de la segunda, pidió y obtuvo licencia para ausentarse con el objeto de visitar á la familia; y logró al mismo tiempo que se suspendiera la publicacion de aquellos nombramientos hasta el dia de su salida para Oporto.

El dia mismo en que emprendió su marcha, se publicaron en el diario del Gobierno no solo los dos nombramientos, sino el de Inspector y Visitador general de museos y escuelas de Historia natural del reino, con encargo especial de proponer al Gobierno las mejoras que considerase oportunas.

Lo mismo fué llegar Agustin á Oporto, sin tiempo siquiera de comunicar los dos expresados nombramientos á las tres personas para él las mas queridas, se vió la casa inundada de amigos de la familia y de profesores que acababan de enterarse del diario é iban á felicitar al agraciado.

¡Júzguese de la sorpresa que debió causar la lectura de semejante comunicacion á todos los que conocian á Agustin y mas á los que tenian alguna noticia de su falta de aptitud para las letras!

¡Júzguese de la que causó á la abuela, á Juana y á Nicolás y hasta al mismo Agustin, que nada sabia del nombramiento de Inspector y Visitador general, hasta que uno de los amigos leyó el diario!

Nicolás abraza á Agustin, Juana le abraza casi al propio tiempo, los amigos le abrazan y le estrechan la mano cordialmente, los profesores le dan con sus repetidas cortesías evidentes pruebas de respeto y de veneracion.

Solo la abuela, sin observarlo los demás, permanece inmóvil, con la vista elevada al cielo, sin dar señal alguna de alegría ni satisfaccion, cuando esta debia inundar y [realmente inundaba su corazon.

Pasados los momentos de desahogo y de confusion, la abue-

la se acercó á Agustin con paso mesurado, y abrazándole tiernamente, le besó tres veces en la frente; con la misma calma que se habia acercado, se arrodilló y en medio del mas profundo silencio exclamó:

—«¡Escuchasteis, Dios mio, mis súplicas y acabais de premiar con grande usura nuestra constancia y nuestra fuerza de voluntad, la de Agustin, la de Nicolás y la mia!

»El que en sus primeros años, parecia distraido y nada apto para las letras, mientras frecuentó la escuela del pueblo N.;

»El que á la edad de doce años no sabia mas que leer y escribir imperfectamente y presentaba poca ó ninguna disposicion para el estudio;

»El que fué juzgado incapaz para los estudios por el director de uno de los primeros colegios de Oporto, en términos de amenazarme con cerrarle las puertas del colegio, si se presentaba otra vez á él;

»El que fué despedido de otro colegio de Oporto, tambien á causa de su ineptitud, incapacidad ó falta notoria de disposicion;

»El que llegó casi á fatigar y á hacer desconfiar al antiguo y paciente maestro Nicolás; gracias á éste mismo, á la fuerza de voluntad y constancia de tres personas y á mis pobres súplicas, y gracias sobre todo á El que todo lo puede, ha llegado á la altura mayor á que llegar podia.»

Sirva esto de ejemplo para ser constantes en nuestras cosas y para no desconfiar jamás de El que todo lo puede, todo lo sabe y que nos ama con un amor inagotable; que si puede convertir las piedras en pan y el agua en vino, puede tambien con un rayo de su Divina Luz aclarar el entendimiento mas oscuro, y hacer un sabio del hombre mas ignorante.

Sea pues nuestro lema y especialmente el de los padres, maestros y alumnos:

Constancia, Fuerza de voluntad y Fé en Dios.

LA RESIGNACION

ó

GABRIEL Y BEATRIZ.

1.

En una de las tardes mas frias del mes de Enero, cuando el sol declinaba al ocaso, un lujoso coche tirado por dos briosas yeguas normandas, que corrian á todo escape, hacia crugir la helada nieve que cubria la carretera de Limoges á Tulle, capital del departamento de la Corresa en Francia.

De repente suena la campanilla de aviso, el cochero detiene el coche y recibe la órden de bajar á abrir la portezuela: cumplida esta órden, salen y se apean los dos únicos viajeros, un anciano y una señorita de unos diez y ocho años, cubiertos ambos con ricas pieles para resguardarse del frio extraordinario que se hacia sentir en aquellos dias.

Sin pronunciar una palabra, dan algunos pasos hácia la derecha y tocan por la espalda á un hombre cubierto con un viejo y andrajoso gaban, que recostado al tronco de un castaño estaba durmiendo, como si descansara sobre un blando lecho.

Al levantar este la cabeza, que la tenia medio hundida en un viejo y mugriento sombrero, descubre la bella figura de un jóven de veintiseis años, que con la sonrisa en los labios les dice:— «¿Qué se os ofrece, hermanos, puedo serviros en algo?»

Aquellos viajeros que eran Alejandro, el rico hacendado de Cahors y su única y graciosa hija Beatriz, quedaron asombrados al observar la sonrisa en los labios de un hombre que habian creido muerto de frio ó próximo á morir.

Pasados los momentos de sorpresa, dijo el anciano precipitadamente y tiritando de frio:—«No hemos venido, buen hombre, á implorar servicio alguno, sino á ofreceros los nuestros: no deseamos saber quién sois, ni lo qué haceis aquí, ni á dónde vais; venimos tan solo para libraros de una muerte segura, porque si no quedais helado en este sitio, á causa de la intensidad del frio, vais á ser devorado por los lobos.

»Allá tenemos el coche, sobra un asiento en la delantera: en menos de una hora haremos las dos que nos faltan para llegar á Tulle, en donde os dejaremos, si no gustais continuar el viaje: solo así podeis conservar la vida que á nadie puede ser desagradable en semejante edad.»

—«¡Cómo no habia de aceptar, contestó el jóven con la misma sonrisa en los labios, el generoso y espontáneo ofrecimiento que acabais de hacerme, cuando me es imposible dar un paso mas, cuando precisamente me conducireis á Tulle, donde debo ir y cuando es claramente providencial este feliz encuentro!»

Sin decir otra palabra, sino levantando dos ó tres veces lo ojos al Cielo en accion de gracias, siguió á los dos viajeros y se colocó en la delantera, al lado del cochero.

Durante la hora escasa que se necesitaba para llegar á la capital del departamento, mientras el padre y la hija hablaban del feliz encuentro de aquel gallardo jóven, del riesgo que habia corrido de morir en pocas horas transido de frio ó comido por los lobos, y del contraste que este inminente riesgo hacia con la calma y la jovialidad de aquel hombre; el cochero no cesaba de hacerle preguntas y de exigirle explicaciones.

De este modo la hora que faltaba para llegar á Tulle pasó sin apercibirse ninguno de ellos, menos Beatriz que ardia en deseos de saber algo de aquel jóven, en el cual creia ver algo de incomprensible ó maravilloso.

Paróse el coche en la posada que hay luego de pasado el último puente: al momento se apearon el jóven y el cochero y

en seguida los dos viajeros, el padre con la intencion de que se diera un pequeño pienso y un corto descanso á las yeguas, y la hija para saber algo del jóven.

Mientras comian y descansaban las yeguas, Alejandro con su hija, seguidos del jóven que iba á despedirse y á darles las gracias, pasaron al comedor, donde ardia un buen calorífero.

El jóven, sin darles tiempo para sentarse, se presentó delante de ellos con el sombrero en la mano, les dió gracias por el acto de caridad que acababan de practicar con él, é hizo los mas fervientes votos á Dios para que se lo tuviera en cuenta y se lo recompensara, como lo habia hecho con todos lo que hasta entonces le habian favorecido en sus infortunios.

El padre le ofreció conducirle, si le convenia, á otra cualquiera de las poblaciones por las que debian ellos pasar, y que si se quedaba y necesitaba algo, no tenia mas que pedírselo; pero el jóven, siempre con la sonrisa en los labios, repitió las gracias por todo y se retiró, sin que Beatriz hubiese podido dirigirle una sola pregunta.

No habiendo esta podido satisfacer sus deseos, activó la continuacion del viaje con el objeto de llegar al punto de descanso, y saber algo de lo que hubiese averiguado el cochero relativamente al jóven.

Necesitaban de dos á tres horas para llegar á Bribes, donde pensaban pasar aquella noche, y como se suscitase entre el padre y la hija la conversacion sobre el jóven, llegaron á Bribes, sin apercibirse, y pernoctaron allí con ánimo de continuar el viaje el dia siguiente.

Estando para llegar á Cahors, lugar de su domicilio, pues solo faltaban unos dos kilómetros lo mas, resbalaron las yeguas al pasar por un riachuelo helado; ambas vinieron al suelo, y el coche dió como medio vuelco, sin que los viajeros ni el cochero sufriesen daño alguno.

Iban el padre y la hija á apearse para facilitar el levantamiento de las yeguas y el del coche, cuando aparecieron dando agudos y prolongados ahullidos cuatro hambrientos lobos, tomando la actitud de embestir á las yeguas.

Al cochero, para evitar el ser víctima de aquellas fieras, no

se le ocurrió otro medio que el de subir encima del coche y desde allí dar fuertes y prolongados gritos, á fin de que siendo oidos por los vecinos, recibieran el auxilio de que tanto necesitaban.

Beatriz, en medio del terror que le causaban aquellas hambrientas fieras, no cesaba de llorar y abrazarse con su padre; ocurriéndosele á éste que en el cajon que servia de asiento tenia un par de pistolas, á duras penas pudo abrirle y sacar aquellas dos armas de fuego que estaban bien cargadas.

Sin pérdida de tiempo y con toda serenidad las disparó una tras otra, hiriendo gravemente á uno de aquellos fieros animales, que cayó tendido á unos dos metros de distancia del coche, dando los mas agudos y horribles ahullidos.

Esto motivó el que los otros tres, en lugar de huir, embistieran con mas furia al cochero, saltando por encima de los caballos: de la manera como lo habian cogido con sus afilados dientes, el uno por la pierna y el otro por el brazo, iba en pocos minutos á ser víctima de la fiereza de aquellos animales salvajes.

Cuando los tres se creian perdidos, porque de resultas de los tiros y de los prolongados ahullidos, habian llegado cuatro ó cinco lobos mas, sin tener el cochero la menor parte en ello, se levantaron de repente las yeguas y quedó tambien levantado el coche, cayendo el cochero medio sentado encima de las yeguas.

Espantados momentáneamente los lobos con estos movimientos repentinos, se apartaron como unos dos ó tres metros, pero en actitud de embestir de nuevo: esta corta retirada dió lugar á que el cochero, para no caer entre los pies de las yeguas, se subiera de un salto á su asiento y diese rienda suelta á las yeguas aplicando á entrambas fuertes latigazos.

Burlados aquellos hambrientos lobos, que no bajaban de ocho, y viendo que se les escapaba la presa, corrieron tras el coche, dando horribles ahullidos; pero como la poblacion de Cahors estaba tan cercana, pronto llegaron á ella, escapándose hácia todas direcciones aquellas temibles fieras.

2.

Apenas llegaron el padre y la hija á su casa, hicieron avisar al facultativo para que les propinara algun medicamento y para curar las mordeduras, las contusiones y los rasguños del cochero.

Mientras aguardaban al facultativo, y recordaban la caida de las yeguas, el vuelco del coche, la aparicion de los lobos y la defensa que hicieron, el cochero exclamó:

—«¡Ah! Señores, estábamos perdidos: no habia remedio para nosotros como no viniera del cielo.... ¡Vino de arriba y vino á tiempo!... ¡qué hermosa figura!...»

—«¿De qué figura hablas? Yo no ví figura alguna, y creo que á mi hija le sucedió otro tanto.»

—«Hablo de aquella figura radiante de luz que se colocó en los momentos de apuro al lado derecho de las yeguas, hizo ademan de coger las riendas, é instantáneamente se levantaron las yeguas, se retiraron un poco los lobos, yo pude colocarme en mi puesto, y entonces aquella hermosa figura desapareció sin saber cómo ni de qué manera ó qué direccion habia tomado.»

Mientras el padre y la hija estaban haciendo preguntas acerca el hecho providencial de la aparicion de aquella figura, llegó el facultativo, se enteró de todo lo acaecido y extendió su receta: en tanto que uno de los criados fué en busca del medicamento, el facultativo curó las heridas y las contusiones del cochero.

Medio repuestos del espanto, cada uno se retiró á su aposento para cambiar el traje de viaje por el de casa.

La señorita Beatriz que ardia en deseos de interrogar al cochero sobre la conversacion que habia tenido con el jóven y sobre cuanto habia podido averiguar relativamente á sus antecedentes, empleó la mitad menos de tiempo del que acostumbraba para cambiar el vestido, y al momento salió en busca del cochero.

Aun no habia llegado la hora de ver satisfechos sus deseos, por cuanto no le fué posible ver al cochero, que pasó la mayor parte de aquella noche refiriendo los accidentes del viaje, y en especial el hallazgo del jóven, la caida de las yeguas, la aparicion y lucha de la manada de lobos, y la aparicion de la figura luminosa que les libró del grave riesgo que corrian.

Despues de haber Alejandro y Beatriz tomado un ligero alimento y de haber pasado un largo rato conversando sobre el suceso de la caida de las yeguas, se retiraron á descansar de las fatigas del viaje.

Con dificultad pudo la señorita conciliar el sueño, porque se lo impedia su exaltada imaginacion, ocupada en formar mil conjeturas y otros tantos comentarios.

3.

Divulgóse rápidamente por la poblacion el riesgo que habian corrido Alejandro y su hija, porque el médico y el farmacéutico lo comunicaron á algunos de sus amigos y estos se encargaron de publicarlo por toda la poblacion.

Así fué que durante los tres dias que siguieron al de la llegada, la casa de Alejandro se vió invadida por parientes, por amigos y por curiosos, deseando unos pocos felicitar cordialmente á este y á su hija y los demás satisfacer tan solo su curiosidad.

Tampoco pudo Beatriz, durante estos tres dias, satisfacer sus deseos que se avivaban con la tardanza; pero pasados estos le ocurrió el pensamiento de visitar á una prima que vivia al extremo de la poblacion, sirviéndose del coche para tener ocasion de hablar con el cochero.

Obtenido el permiso del padre y acompañada de su camarera, se dirigió á la casa de su prima; tuvo la suerte de que esta hubiese salido y que tardara mas de media hora en regresar.

Aprovechando Beatriz esta ocasion, hizo colocar el coche

en el zaguan ó patio de la casa y seguida de su camarera se trasladó á un pequeño salon que habia en los bajos y que daba al jardin.

Hizo llamar al cochero; una vez comparecido le dijo:—«Mientras aguardamos á la prima, dime algo de la conversacion que tuviste con aquel jóven recogido en el bosque, porque habiéndole salvado, como le salvamos la vida, hay un interés en saber algo de sus antecedentes, y creo además ver algo de misterioso en él.»

—«Efectivamente hay algo ó mucho de misterioso: yo no sé, señorita, lo que pasó cuando apeándoos los dos del coche fuisteis en busca del jóven Gabriel, segun dijo llamarse cuando se despidió.

»Apenas estuvo sentado á mi lado, envuelto en su viejo gaban y con la alegría pintada en su rostro, le manifesté la sorpresa agradable que nos habia causado su hallazgo, al ver que le habíamos librado del inminente riesgo de perder la vida, y que no atinábamos como se habia dormido allí, en lugar de buscar casa donde hospedarse.

»Gabriel siempre con la sonrisa en los labios y con una dulzura incomparable me dijo: «buen hermano, yo tengo la costumbre de resignarme con mi situacion y de entregarme á la voluntad de Dios, despues que por mi parte he hecho cuanto he podido: Dios nunca me abandona y siempre hace por mí mas de lo que merezco.

»Llevaba andadas unas siete leguas á pié y una buena parte, si no todas, por encima de la nieve ó del hielo; al llegar frente al bosque me he sentido rendido por la fatiga, sin fuerzas para dar un paso mas.

»He dirigido la vista á derecha y á izquierda, me he acercado al tronco de aquel castaño, y elevando los ojos al cielo he hecho una corta plegaria, me he resignado con mi suerte, y me he puesto bajo el amparo y proteccion de María: faltándome enteramente las fuerzas me he dejado caer en aquel sitio y arrimándome al tronco del castaño, he quedado dormido hasta que vuestro amo me ha dispertado.

»Os parecerá tal vez que he cometido una imprudencia al

emprender este viaje á pié y en una estacion tan mala; pero no he obrado con imprudencia ni con ligereza: tenia por una parte bien probadas mis fuerzas, y por otra parte la amistad, y mas que la amistad la caridad me obligaba á hacer lo que he hecho.»

«Le pregunté, si habia meditado el grave riesgo que corria de morir helado ó de ser pasto de los hambrientos lobos que tanto abundan en aquel país.»

«Efectivamente, dijo el jóven, se me ha ocurrido lo que dices; pero, ¿qué hacer, si no podia dar un paso? Arrimado á aquel árbol, aun podia subirme hasta la copa y sentarme en ella.

»Además como sé, y no puedo dudar que no se mueve una hoja del árbol, sin la voluntad del Todopoderoso, y que con la ayuda de Dios salimos de todos los apuros, si no ha llegado la hora de nuestra peregrinacion por este mundo; me resigné con mi suerte y me abandoné con entera confianza á la voluntad de Dios.

»En aquellos momentos, en aquel paraje y atendida la imposibilidad de dar diez pasos mas, no me quedaba otro arbitrio que el de hacer lo que he hecho, ó bien tenderme en medio de la carretera, que indudablemente hubiera sido mucho peor.

»Cuando he emprendido el viaje, para cumplir con los deberes de la amistad, ó mas bien para ejercer un acto de caridad, pues me llamaba con urgencia un amigo necesitado y gravemente enfermo;

»Cuando no he obrado de ligero ó con imprudencia temeraria, emprendiendo un viaje de ocho leguas, y en el tiempo mas frio del año, supuesto que lo habia hecho repetidas veces á pié y en iguales circunstancias;

»Cuando he hecho por mi parte cuanto podia para llegar á tiempo á Tulle, y cuando ha sobrevenido el accidente imprevisto de sentirme repentinamente sin fuerzas, accidente que Dios habrá permitido para probar mi fé ó mi confianza en él:

»Decidme, buen hombre, ¿me quedaba otro arbitrio que el de la **resignacion** conformándome á la voluntad de Dios y poniéndome bajo el amparo y proteccion de María, como lo he hecho otras veces y siempre que me he encontrado en algun apuro?

»Es verdad que habiéndome dormido, sin advertirlo, al pié del castaño, era muy posible, que no pasando vosotros por allí, aquel sueño hubiese sido el último de mi vida; pero, ¿pensais, buen hombre, que no habia quien vigilase sobre mí, y quien me librara si no habia llegado mi hora postrera?

»Si esta hora no habia llegado, y si vosotros ú otro no hubieseis pasado á tiempo por allí, de seguro que el ángel custodio, por disposicion de Dios, me hubiera dispertado antes de llegar el peligro, y me hubiera ayudado á salvarlo, como me ha sucedido mas de una vez, que si no he visto, he sentido la mano invisible que me salvaba.»

«Me explicó además Gabriel algunas de las muchas adversidades que habia tenido que atravesar, habiendo quedado huérfano á la edad de diez y seis años y sumido en la miseria á la de diez y ocho.

»Yo, señorita, no me hubiera cansado de oirle y sentí que concluyera tan pronto el viaje en compañía de Gabriel; pero lo mas admirable y lo que ha ocupado mas mi pensamiento, ha sido el que la figura luminosa que nos libró del peligro fuese tan parecida á la de Gabriel.

»Cuanto mas pienso en ello, mas me admira y mas me hace pensar aquella gran semejanza, y al fin digo para mí: ó Gabriel era un ángel, ó Dios permitió que la persona ó el espíritu que nos libró del peligro se pareciese á Gabriel para recordarnos el acto de caridad, y para darnos una prueba de que Él recompensa con usura nuestras obras ó acciones buenas.»

En este momento llegó la prima y terminó la relacion del cochero, que Beatriz escuchó con mucha atencion, y que hubiera querido se prolongase hasta la hora de almorzar.

4.

Despues de haber conversado con su prima y de haber almorzado, regresó al lado de su padre con vivos deseos de recordarle el feliz encuentro de Gabriel, el riesgo de que le libraron y el de que Dios les libró á ellos, en recompensa de lo poco que hicieron por Gabriel;

Proponiéndose, al excitar estos recuerdos, inclinar á su padre á que tomase bajo su proteccion á Gabriel, cuyo nombre no podia llegar á sus oidos, sin causarle una agradable emocion interior.

Aprovechó Beatriz la primera ocasion que se le presentó en una de las conversaciones de sobremesa, provocada por el mismo padre, referente al grave riesgo que corrieron con el vuelco: con este motivo le preguntó qué era lo que pensaba sobre la aparicion de la figura luminosa que, segun dijo el cochero, les libró del peligro.

—«Hija mia, dijo el padre; á Dios nada le es imposible; para mí es indudable que fué providencial el levantamiento de las yeguas y el librarnos del peligro; pero en cuanto á la aparicion de la figura misteriosa que nosotros no vimos, no sé qué decirte: pudo ser una ilusion del cochero.»

—«Pero, ¿no destruiria esa suposicion el asegurar que la vió coger las riendas de las yeguas y alentarlas para que se levantasen, y sobre todo la circunstancia de parecerse aquella figura al jóven Gabriel?»

—«Hija mia, no recuerdo que Juan el cochero nos dijera que aquella figura se pareciese á Gabriel; creo que en esto te equivocas: si yo hubiese oido de boca de Juan semejante cosa, no creo la hubiese olvidado en tan corto tiempo.»

—«No creo, querido padre, que lo dijera en tu presencia; lo refirió en casa de la prima, mientras aguardábamos á que este regresase á casa: ¿quieres que ahora mismo llame á Juan y lo oirás de su boca?»

Observando Beatriz la aquiescencia del padre, hizo llamar á Juan y le pidió que repitiese todo lo que habia referido en casa de la prima.

Juan relató minuciosamente todo lo acaecido, no olvidando el hecho de la perfecta semejanza entre Gabriel y la figura luminosa que les libró del peligro, atribuyéndolo á una gracia que Dios les hizo por el favor dispensado á Gabriel.

Hecho el relato, Juan se retiró y el padre quedó largo rato silencioso y pensativo, y volviéndose repentinamente hácia su hija, le dijo:—«Mira, Beatriz, me ocurre un pensamiento: voy á enviar á Juan en busca de Gabriel, y una vez hallado manifestarle que nosotros deseamos verle.

»Será regular que acceda, recordando lo que por él hicimos: veremos que nos explique su situacion, y si esta es mala, como lo temo, le ofreceré mi casa y mi proteccion: pequeño será el sacrificio que haremos con la fortuna que Dios nos ha dado.»

La alegría que al oir las palabras del padre, inundó el corazon de Beatriz fué tal, que no encontrando palabras con que aplaudir aquel pensamiento, cogió las dos manos del padre y estrechándolas entre las suyas, exclamó:—«¡Dios te lo pague!»

Aceptando Juan con sumo placer el encargo que le hizo su amo, se marchó sin pérdida de tiempo, tomando uno de los mejores caballos de casa.

En aquel mismo dia y acabando de dar las doce en el reloj de la ciudad, cuando Beatriz empezaba á entregarse al sueño, oyó en el mismo aposento un pequeño ruido de sillas, sin sobresaltarse por ello, creyendo que seria la camarera que dormia en el mismo cuarto y solia acostarse un poco mas tarde.

Al cesar este ruido, oyó como algo lejano, un canto el mas suave y melodioso, acompañado y á veces alternado de una dulce y armoniosa música, que en nada se parecia á la de la tierra, causando en ella tal fruicion que no se atrevia á respirar para no perder un solo sonido.

Apenas amaneció, vistiéndose á toda prisa, se dirigió al cuarto de su padre que estaba ya dispierto, y sin acordarse de saludarle le contó lo que habia oido, y exclamó:—«¡Ah! padre si hubieses estado allí! ¡qué canto y qué música!»

—«Dios, hija mia, no me ha hecho semejante gracia, pero me ha dispensado otra que ha disipado todas mis dudas con respeto á lo visto y referido por Juan, al mismo tiempo me ha causado la satisfaccion mayor que he experimentado en mi vida.

»Daban las doce y acababa de acostarme cuando veo á lo lejos una luz que sin darme tiempo de pensar lo que podia ser, ha ido acercándose hasta la mitad del cuarto, y entonces he podido observar que aquella luz salia de una figura angelical muy parecida á Gabriel.

»Temiendo que me deslumbrase á causa de su gran brillantez, cerre los ojos, y apreté ó constreñí los párpados cuanto pude, y cuanto mas los apretaba, ¡cosa admirable! mas clara, si cabe, veia aquella hermosa figura.

»¡Qué luz tan brillante y tan suave! ¡qué figura tan bella y tan parecida á Gabriel! ¡Qué gracia, Dios mio, me habeis hecho! ¡Y cuán miserable soy que no me haya acordado de dároslas en aquellos momentos! ¡Gracias os doy, aunque tarde, por la singular que acabais de dispensar á los dos!»

Despues de haber estado hablando mas de una hora, salió Beatriz del cuarto de su padre, y este queriendo vestirse, enajenado de gozo no sabia lo que se hacia.

Durante aquel dia no podian estar separados; apenas se alejaban un poco cuando el uno iba en busca del otro para referirse, aunque fuese por centésima vez, lo acaecido durante la noche, haciendo al propio tiempo mil comentarios acerca Gabriel y particularmente sobre la bondad inagotable de Dios.

Compareció al fin Juan, causando una sorpresa desagradable á sus amos al ver que volvia sin acompañarle Gabriel; pero se tranquilizaron al oir que antes de tres dias tendrian el placer de verle.

5.

Aun no habian pasado dos dias, cuando al regresar de un corto paseo, encontraron en casa y en compañía de Juan al joven Gabriel, no pudiendo disimular el vivo placer que les causaba el verle en su casa.

Gabriel se excusó por el pequeño retardo, manifestando que su presencia en casa del amigo habia sido necesaria, pero que se hallaba ya libre para satisfacer los deseos de sus bienechores.

Al oir Alejandro esta última palabra, meneando la cabeza en señal de negacion, interrumpió á Gabriel diciéndole:—«No admito esta calificacion, tú eres por el contrario nuestro bienhechor: dejemos por ahora esto: la mesa nos aguarda, acerquémonos á ella.»

Durante la comida se habló de cosas varias y de poca importancia; pero al fin Alejandro para descubrir terreno, hizo recaer la conversacion sobre la desigualdad de condiciones entre los hombres, aparentando cierta admiracion de que Dios bueno, justo y sabio, y el mejor de todos los padres, la permitiese.

«¿Cómo se explican, decia, las notables diferencias que estamos viendo de ricos y de pobres, de sabios y de ignorantes, de sanos y de enfermos, que unos nacen ricos y otros pobres, unos sanos y robustos y otros débiles y enfermizos? Esto podria inducirnos á negar el poder, el amor ó la sabiduría infinita del Criador.»

Despues de haber hecho estas y otras observaciones con respecto á las desigualdades de nacimiento, se dirigió á Gabriel preguntándole que era lo que opinaba sobre el particular.

Gabriel que escuchaba con toda atencion á Alejandro, provocado por este, dijo:—«Carezco de conocimientos para apreciar el valor y la justicia de vuestras observaciones: solo os diré lo que oí de boca del sabio y virtuoso sacerdote que dirigió mi educacion hasta la edad de diez y seis años.

»Decia aquel sacerdote que, al venir las almas ó los espíritus á tomar carne humana, Dios les destina á diferentes géneros de pruebas por las que han de pasar; que al uno le hace rico para hacer bien á los demás y ejercitarse en la caridad y en otras virtudes, no obstante el riesgo que corre de abusar de la riqueza y de salir mal de la prueba;

»Que al otro le dá padres pobres para no correr el expresado riesgo, y al mismo tiempo para ejercitarse en las virtudes de la humildad, de la resignacion y de la paciencia, corriendo el riesgo de no salir bien de la prueba, si no sabe resignarse con su suerte, ni tener paciencia.

»Que á otros les hace pasar por pruebas mas árduas y mas difíciles, tanto para ejercitarse en ciertas y determinadas virtudes, como para dar un testimonio del amor que profesan al Criador, toda vez que para corresponder al que el Criador profesa á la criatura y gozar eternamente de su presencia, se sujetan á pruebas árduas ó difíciles;

»Y nos decia aquel venerable ministro del altar, que esto era una legítima consecuencia de la sabiduría infinita, del poder sin límites, de la bondad y del amor inagotable del Criador.

»Yo no hago mas que referir lo que oí de boca de mi anciano y venerable maestro, pudiendo aseguraros que esto me ha valido mucho para sufrir con paciencia y con resignacion las adversidades, contratiempos y tribulaciones.

»¿Cómo no llevar con resignacion y con paciencia lo que nosotros mismos hemos escogido y pedido? ¿A quién daremos la culpa de lo que nos acontece, respecto á las amarguras de la vida, si en lo principal han sido solicitadas por nosotros?»

Alejandro, despues de manifestar que no eran indignas de Dios estas creencias, suplicó á Gabriel que, si no era molestarle, les explicase algo de sus adversidades y contratiempos, cuando bien le pareciera.

Beatriz, que hasta entonces no habia hecho mas que escuchar con atencion y con mucho placer, unió sus ruegos á los del padre, proponiendo que podria escogerse una de aquellas largas é interminables veladas de invierno: así se acordó, señalando la del dia siguiente.

6.

Presumiendo Alejandro que al referir Gabriel la historia de la vida pasada, descubriria su situacion actual, y que de aquí podria tomar ocasion para hablarle de la proteccion que pensaba darle; no le dijo una palabra durante aquella noche ni en

todo el dia siguiente del motivo que habia tenido para invitarle á que se dejara ver.

Llegada la noche, que con impaciencia esperaban Alejandro y Beatriz, esta luego de concluida la comida salió unos breves momentos y volvió á advertir á su padre y á Gabriel que la chimenea del saloncito ardia ya, y que cuando gustasen podrian trasladarse á él.

Levantáronse ambos de la mesa, y alumbrados por uno de los criados se trasladaron los tres al saloncito, y tomando asiento en un sofá que estaba al lado de la chimenea, dijo Gabriel:

—«No creais que vaya á referiros cosas extraordinarias: si dije que habia tenido que atravesar adversidades y contratiempos, no os figureis que fuesen extraordinarios; á mí me lo parecieron á causa de los cambios repentinos y de mi delicada constitucion.

»Hijo de una familia distinguida, nadaba en la abundancia: desde que salí del seno materno hasta la edad de diez y seis años nada me faltó de cuanto podia halagar mis sentidos y mi espíritu: no me faltaba el aprecio y cariño de los propios y de los extraños; tampoco me faltaban juguetes de todas clases y precios, y menos el celo, los cuidados y los afanes de todos los de casa para divertirme, alegrarme y mantenerme sano y robusto.

»Al llegar á la edad de siete años, fuí confiado á un condiscípulo y amigo íntimo de mi padre, que se encargó con gusto de mi educacion y de mi instruccion hasta que entré en la de doce años.

»Entonces su tarea quedó circunscrita á instruirme en los principales ramos del saber humano, y el venerable sacerdote, del que os he hablado, se encargó de mi educacion, de ilustrar y de fortalecer mi espíritu en las cosas ó creencias religiosas.

»Uno y otro llenaron bien su cometido, segun le oí decir á mi padre, y he podido juzgarlo yo mismo al entrar en la edad de razon y en la época del desarrollo de las pasiones, que para mí ha sido la época de las adversidades, de los infortunios y de los desengaños.

»Al cumplir los diez y ocho años, en menos de medio, quedé

huérfano de padre y de madre: mi persona y la administracion de mis bienes, que eran de bastante cuantía, fueron confiados á dos primos paternos.

»Este primer golpe, ó estos dos golpes casi á un mismo tiempo me llenaron de tristeza y de tédio: me faltaba el amor y cariño de mis padres; no comia ni dormia, ni tenia humor de pasear ni de hablar con persona alguna.

»Pero el virtuoso sacerdote, en lugar de abandonarme, redobló sus cuidados y sus desvelos, y como me habia ejercitado ya en pequeños actos de **resignacion**, me hizo comprender y tocar la conveniencia, la necesidad y los efectos de ella, y sobre todo el deber de conformarme á la sabia y omnipotente voluntad del Criador.

»Al fin logró convencerme y me resigné, ó mas bien empezaba á entregarme á la **resignacion** por la pérdida de mis padres, cuando por disposicion de los curadores me ví repentinamente separado de aquel sabio y virtuoso sacerdote, no menos que del discípulo y amigo íntimo de mi padre, y pasé á vivir en la casa de uno de mis curadores, á pretexto de economías ó supresion de gastos supérfluos.

»Con las recientes lecciones que me habia dado el sabio y virtuoso maestro, encargado de mi educacion, no me fué difícil resignarme á este segundo golpe.

»Separado del lado de unos maestros que habian dirigido mi instruccion por espacio de tantos años, separado asimismo de la casa heredada de mi padre y en la que ví por primera vez la luz, solo y aislado en medio de la numerosa familia del curador que no me profesaba el menor cariño, ni me hablaba siquiera, pasé dias de afliccion y de amargura: Dios al fin oyó mis súplicas y me infundió **resignacion** y paciencia.

»Habia trascurrido un año desde la muerte de mi padre, cuando oí hablar vagamente entre los individuos que componian la familia del curador, del hallazgo de un documento que podia privarme de la mayor parte ó de todos los bienes heredados de mi padre.

»No sé por qué esas voces vagas no llamaron mi atencion: fuese que no creyese en la realizacion de ellas ó fuese que Dios

no me dejara ver las consecuencias de la pérdida de los bienes, lo cierto es que semejantes rumores ó habladurías no me inquietaron.

»Al verme separado de la casa del primo y trasladado á la del otro que vivia, si no en la miseria á lo menos con grande escasez, y al decírseme que esto se habia hecho en razon á que el primero pretendia que le pertenecian los bienes que yo habia heredado de mi padre; confieso que este nuevo accidente alteró sobremanera mi tranquilidad.

»Al hacerse públicos estos nuevos hechos, se dijo que los dos primos iban de acuerdo para despojarme de los bienes y para repartírselos: el virtuoso y venerable maestro, tomando ocasion de estos rumores que justificó ser una verdad, logró separarme de la casa del otro primo y llevarme á la suya.

»La satisfaccion y el contento que me causó el volver al lado de mi antiguo y venerable maestro, me devolvió la tranquilidad de espíritu, é hizo que me resignase y me conformase á la voluntad de Dios, en vista de la nueva adversidad que podia reducirme á la pobreza.

»Pensé que conservaria los bienes, si realmente me pertenecian, y en el caso de que pasaran á mi á primo por ser suyos, Dios, cerrándome una puerta, me abriria otra.

»El venerable maestro tomó con grande empeño mi defensa, de manera que no sosegaba un momento: de dia practicaba cuantas diligencias creia necesarias ó útiles, y de noche escribia ó examinaba documentos; yo le ayudaba en lo que podia.

»Despues de largos y reñidos debates sobre la validez de un documento que mi primo y ex-curador debia haber hallado entre los papeles de casa, el Juez declaró que los bienes pertenecian al primo, y en breve tiempo se le dió posesion de ellos.

»Mi respetable maestro, que estaba en la mas firme conviccion de que se me devolverian los bienes, al ver que su actividad y sus esfuerzos eran inútiles y que se dejaba al primo en la posesion de los bienes, cayó gravemente enfermo y murió á los pocos dias.

»Así fué, que no solo me ví privado de mi herencia, sino tambien de la proteccion de mi mejor amigo y defensor.»

7.

Despues de una breve pausa y de haber enjugado Gabriel algunas lágrimas que le hizo derramar el recuerdo de la pérdida, no de los bienes, sino del mejor amigo y del mas desinteresado bienhechor, prosiguió la relacion de sus infortunios diciendo:

«Pasé dias de amargura, y dias de la mas extremada miseria, no tenia que comer, ni sabia donde dormir; me veia precisado á mendigar al anochecer un pedazo de pan, y á esconderme luego en un rincon del templo para no dormir al descubierto.

»Mi ánimo estaba abatido y me sentia próximo á sucumbir á las tentaciones del espíritu del mal, que me aconsejaba á veces el robo y otros crímenes y á veces el suicidio; pero Dios que jamás nos abandona, si de veras le imploramos, me infundió fortaleza y me hizo la gracia de que me resignara á su voluntad.

»Detrás de estos rudos y repetidos golpes cicatrizados ya con el bálsamo de la **resignacion**, vinieron otros y otros capaces de abatir el espíritu mas fuerte, pues fuí víctima de una serie de calumnias cuyo orígen ignoraba, pero que, segun se me dijo, eran todas urdidas por mis primos.

»Unas veces se me hacia pasar por un jóven entregado al vicio del juego, y que á este detestable vicio debia atribuirse el estado de miseria en que me hallaba: otras veces se me calificaba de hombre ruin y codicioso de lo ajeno:

»Un dia se hacia correr la voz de que habia sido echado de la casa del comerciante que me daba de comer, por haber vendido algunos secretos importantes; otro dia que habia sido echado de otra casa á causa de mi poca honradez y de la ninguna confianza que inspiraba á mis amos.

»El perder una tras otra distintas colocaciones, me ponia cada

vez, durante los primeros momentos, en una triste y amarga situacion; pero elevando al Cielo mis súplicas y entregándome con entera confianza á la voluntad de Dios, sentia, á no tardar, los efectos de su bondad y de su misericordia inagotable y me resignaba á la adversidad, fuera la que fuese.

»Educado pues durante algunos años en la escuela de los contratiempos, de las adversidades y de los infortunios, y convencido del poder y de la bondad inagotable del Criador, cuyo auxilio jamás me ha faltado en los dias de amargura, fácilmente comprendereis la confianza con que me entregué á mi Padre y Señor en la tarde que me encontrasteis dormido al pié del castaño.

»Y no debe caberos la menor duda que tanto mi sueño, como el verme y al compadeceros vosotros de mi situacion, todo fué obra de la bondad del Criador.

»Aquí teneis explicados mis antecedentes, que si algo ofrecen de notable, es la prontitud y la benevolencia con que han sido escuchadas mis súplicas, y el abundante bálsamo de la **resignacion** que Dios ha derramado sobre mí para atravesar las adversidades y las tribulaciones.

»Si en algo mas puedo complaceros, dispuesto estoy y estaré siempre á hacerlo, porque recuerdo, y Dios no permitirá que olvide, todo cuanto os debo.»

Alejandro pudo convencerse y se convenció en realidad de que la situacion de Gabriel no solo era muy precaria, sino que Gabriel era víctima de la codicia y del miedo de los primos ó ó ex-curadores, y tomó ocasion de las infamias de estos para ofrecerle toda su proteccion, diciéndole:

—«Veo claramente que primero has sido el blanco de la codicia de los ex-curadores y que despues lo has sido del miedo de los mismos: si sucumbiste á los tiros de la codicia, y si los del miedo te han causado dias de amargura, Dios que hace salir el sol despues de la tempestad, hará que no sea duradero el triunfo del primo ó de los primos.

»No intento saber cuál sea hoy dia tu situacion; las infamias de los curadores que te dió tu padre, han sublevado mi espíritu, y si estimas en algo lo poco que por tí hice, te suplico

que me permitas valerme de tu nombre para salir en defensa de tu reputacion y de tus derechos.

»Tengo personas honradas y de alguna valía, que me secundarán, y confio arrancar con la ayuda de Dios la máscara al primo ó á los primos y devolverte los bienes heredados de tu padre al igual que la reputacion.

»Para disimular el verdadero objeto de las primeras diligencias que me propongo practicar, llevaré conmigo á mi hija y tú nos dispensarás el obsequio de quedarte en esta casa y ayudar á mi mayordomo en la administracion de los bienes.»

Gabriel accedió á la súplica de Alejandro, le entregó los pocos papeles que conservaba, le comunicó algunos datos y le dió la mas amplia autorizacion para representarle ó para obrar en su nombre.

Dispuesto Alejandro á emprender el viaje con su hija, manifestó á sus criados la hora en que deseaba realizarlo, que era poco antes de amanecer.

Colocados ya Alejandro y Beatriz en el coche y estando éste á punto de ponerse en marcha, Gabriel se acercó á ellos y les dijo en voz baja, siendo verdaderamente inspirado en aquellos momentos: — «Vais á tener serios disgustos y á correr graves riesgos: tened confianza en Dios y no temais, Dios os protegerá.»

8.

En el momento mismo de haber dejado la ciudad, Beatriz sobresaltada tocó con el codo á su padre, haciéndole observar que les seguia un jóven, no sabiendo de donde habia salido.

Aun no habrian dado diez vueltas las ruedas del coche, cuando observaron ambos que aquel jóven se parecia á Gabriel, que marchaba al mismo paso que las yeguas del coche, que de vez en cuando desaparecia para reaparecer de nuevo.

Pasada una media hora desapareció, y no volvió á dejarse ver en todo el viaje; pero terminado este en Orleans, apareció otra vez y les sirvió como de guia para ir á hospedarse en la fonda mas céntrica y mas bien servida.

Practicadas por Alejandro las diligencias, pocos dias le bastaron para adquirir una plena conviccion de que el testamento del abuelo de Gabriel, que habia sido la única arma de que se habia valido el primo para apoderarse de los bienes, era notoriamente falso.

Desde luego emprendió la lucha, impugnando la validez del testamento y tratando de falsario al primo: éste puso en juego todas las intrigas de que es capaz el hombre mas ruin: Alejandro hizo frente á todo, y todo lo desbarató.

Cuando el temor de perder los bienes, y de verse perseguido como criminal, se apoderó del ánimo del primo que jamás habia gozado de tranquilidad, entró en un estado de desesperacion y frenesí, y no omitió medio alguno de cuantos le sugirió el espíritu del mal, para sacar de enmedio á Alejandro, al cual miraba como á su peor enemigo.

Trató de emplear y empleó primero el veneno, valiéndose de alguno de los criados de la fonda para que lo mezclara con los líquidos ó con las viandas que debian presentarse á Alejandro.

Como esta primera tentativa no diese resultado alguno, y como no hubiese tiempo que perder, buscó el primo dentro y fuera de la poblacion, personas habituadas al crímen: además de gratificarlas anticipadamente, les hizo la promesa de una mayor recompensa, hasta poner á su disposicion la mitad de los bienes, con tal de desembarazarse de Alejandro.

Estos criminales asalariados por el primo, seguian todos los pasos de Alejandro, así de dia como de noche, acechando la ocasion oportuna para acabar con él.

Apenas salia de la fonda, fuese solo ó acompañado, y cualquiera que fuese la direccion que tomara, aquellos criminales le seguian por todas partes.

Como la ocasion no se presentase tan pronto como deseaba el primo, lo atribuia á cobardía ó á torpeza de los criminales que

tenia asalariados, y por esto cambiaba á unos y aumentaba la gratificacion á otros.

Una noche, al doblar Alejandro una esquina, iba á acabar sus dias en manos de los asesinos, cuando de repente salió, sin saberse de donde, un agente de policía, y pasando por delante de ellos, se detuvo á cuatro pasos, con lo cual quedaron estos desconcertados y se apresuraron á retirarse de allí.

Otra vez, así que Alejandro tomó asiento en uno de los puntos mas apartados del paseo público, se acercaron á él dos de los asesinos, y así que iban á echarse sobre él, apareció sin saberse de donde venia, otro agente de policía que se sentó á poca distancia de Alejandro; y los dos criminales, temiendo ser descubiertos, se marcharon á toda prisa.

El primo, viendo que se acercaba el momento de ponerse en claro la falsificacion del testamento y la usurpacion de los bienes, por cuanto dentro de seis dias debia dictarse la sentencia, previno á los asesinos que era menester acabar de un modo ú otro con Alejandro dentro de dos ó tres dias á mas tardar; que si cumplian por su parte, contasen con la mitad de los bienes y con algo mas y que de lo contrario cesaria el salario que recibian.

Tampoco se presentó ocasion: el primo redobló las intrigas, derramó el oro y concibió mil proyectos para salir con la suya: todo fué inútil, recayó sentencia: segun ella los bienes debian devolverse á Gabriel y al mismo tiempo debia procederse á la prision del primo.

Este, al tener noticia de la primera parte de la sentencia, se puso loco de furor, y mientras los alguaciles del tribunal le buscaban para prenderle; él se dirigia á la fonda resuelto á asesinar á Alejandro donde quiera que le encontrase.

Bajaba éste de su cuarto dando el brazo á su hija y encaminándose hácia el comedor: al llegar á la puerta del salon donde iba á servirse la comida, presentóse repentinamente el primo y sacando una afilada navaja que llevaba escondida en la manga, levantó el brazo para descargar el golpe sobre Alejandro, pero una mano invisible desvió la navaja, la que fué á clavarse en la puerta.

A los gritos de *al asesino, al asesino*, corrieron los mozos de la fonda y todos los que acababan de sentarse en la mesa y que vieron la accion del primo; se echaron sobre él, el cual ciego de cólera y viéndose perdido, sacó otra navaja y la hundió en su propio pecho.

9.

Mientras la Autoridad instruia la causa contra el primo, Alejandro tomaba tranquilamente posesion de los cuantiosos bienes usurpados, y colocaba encima de la puerta de la casa principal el blason ó el escudo de armas que habia usado el padre con el título de conde.

Hecho todo esto y habiendo nombrado para administrar provisionalmente los bienes al antiguo procurador de la casa, se apresuró á hacer los preparativos para el viaje de regreso, á fin de poner lo mas pronto posible en manos de Gabriel, que nada sabia del resultado definitivo del pleito, la copia de la sentencia y la de la toma de posesion en nombre del mismo.

La noche anterior al dia señalado para emprender el viaje, así que Alejandro y Beatriz acababan de acostarse, estando el aposento en completa oscuridad, apareció enfrente de las dos alcobas una lejana y pequeña pero brillantísima luz que fué acercándose y engrandeciéndose hasta ocupar y alumbrar todo el aposento.

En el centro, con gran sorpresa y admiracion de Alejandro y de Beatriz dejóse ver una hermosa figura enteramente parecida á Gabriel, y mirándoles á ambos con la mayor ternura y con el mayor cariño, les dijo:

«No os sobresalteis: soy el mismo que hizo levantar las yeguas y el coche y os libró del riesgo en que estabais; el que dirigió el suave y armonioso concierto que oyó Beatriz, y el mismo que vió Alejandro durante la noche del concierto;

»El mismo que visteis al emprender este viaje, el que os enseñó el camino de esta casa, el que libró á Alejandro de las acechanzas del primo de Gabriel, el que bajo el traje de agente de la autoridad le libró dos veces de una muerte segura, y el mismo, por fin, que en la puerta del comedor desvió el brazo del asesino.

»Fuí por disposicion de Dios el Angel custodio de Gabriel, mientras este estuvo rodeado de adversidades, de contratiempos y de tribulaciones, para ayudarle á salir bien de todos: el dia en que le hallasteis dormido al pié del árbol y que empezasteis á dispensarle vuestra proteccion, Dios, escuchando las fervientes súplicas de Gabriel, dispuso que fuera vuestro Angel custodio.

»Y nos ha hecho además la gracia especial de permitirme el libraros de todos los contratiempos y peligros que se presentaran, mientras ejerciais la obra de caridad en bien y provecho de Gabriel, y la otra gracia no menos importante de hacerme visible siempre que conviniera.

»Tu obra, Alejandro, va á terminar, pero no ha terminado aun: tú deseas con ardor comunicar á Gabriel el próspero resultado de tus trabajos y poner en sus manos el testimonio de la sentencia y de la toma de posesion junto con el título de conde.

»Harás lo que debes y lo que Dios manda; pero prepárate para corresponder dignamente al grande acto de generosidad de Gabriel: mientras tú pondrás en su mano derecha la sentencia y la toma de posesion, Gabriel te entregará con la izquierda otro papel.

»El papel que Gabriel te entregará contendrá la cesion pérpétua y absoluta de sus bienes y hasta del título á favor tuyo, suplicándote que le admitas en tu casa y le trates como el último de tus criados ó servidores.

»Tú aceptarás esta cesion, y á los tres dias se lo devolverás todo, y además le ofrecerás la mano de tu hija, la cual ama sinceramente á Gabriel y á la que este profesa un verdadero cariño.

»Dios, nuestro Padre y Señor así lo dispone para recompen-

sar la **resignacion** de Gabriel y la caridad de Alejandro y de su hija.»

Dicho esto desapareció la vision y con ella la brillante luz que la acompañaba, quedando el aposento en oscuras como antes: Alejandro y su hija dieron á Dios las gracias por todas las que les habia dispensado, y dentro de pocos momentos quedaron entregados al sueño.

Apenas amaneció, Alejandro y su hija se levantaron, y emprendieron el viaje de regreso.

Llegados á su casa, Alejandro hizo lo que debia y aconteció literalmente cuanto el Angel custodio habia pronosticado: Gabriel y Beatriz se dieron la mano de esposos y el Angel, haciéndose visible por la última vez, bendijo por disposicion y en el nombre de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo y en el de la Vírgen María á los nuevos desposados, á Alejandro y á los demás que asistieron á aquel acto.

PODER DEL AMOR

ó

LOS DOS AMIGOS.

1.

No es posible formarse una idea, ni por sombra, de la fuerza ó del poder del Amor.

Habiéndose propuesto Dios gobernarlo ó dirigirlo todo por medio del Amor, comunicó á esta Virtud un poder tan grande que no se conoce otro igual: el Amor todo lo vence: dos corazones que se aman son capaces de hacer lo que parece imposible.

En la ciudad de Varsovia, capital de Polonia, vivian dos familias, la una de mediana condicion y la otra muy opulenta: cada una de ella tenia tres hijos, el menor de la primera se llamaba Eduardo y Manuel el de la segunda.

Contaban estos una misma edad, pues el primero nació el ocho de setiembre de....., dia en que la iglesia celebra la festividad del nacimiento de la Vírgen, y el segundo el once del propio mes y año.

Con motivo de vivir aquellas dos familias en casas casi contiguas, pues solo habia una calle estrecha y un pequeño jardin que las separase, Eduardo y Manuel empezaron á conocerse y á juguetear en la tierna edad de cuatro años.

Apenas llegaron á la de cinco, los dos fueron enviados á

una misma escuela y hasta la de diez años fué igual la educacion y la instruccion que recibieron.

Sin que lo observaran ninguna de las dos familias, Manuel y Eduardo se profesaban desde la mas tierna edad una estimacion tal, que no sabian vivir un momento separados el uno del otro, creciendo esta estimacion á proporcion que ellos crecian en edad.

Con motivo de frecuentar una misma escuela, iban y volvian siempre juntos, acompañados por Cristóbal, criado de la casa de Manuel, y no se separaban mas que en las horas precisas de comer y de dormir.

A excepcion de estas horas estaban siempre juntos en la casa de Eduardo, en la de Manuel ó en la escuela: sus diversiones eran alegres y tranquilas, sin causar la menor molestia á la una ni á la otra de dichas casas.

Por lo comun escogian en cada una de ellas el aposento menos frecuentado ó el jardin, y allí pasaban horas enteras ocupados en sus diversiones infantiles, no pensando en comer hasta que se les llamaba.

Sus pasatiempos ordinarios consistian en levantar casitas, en construir puentecitos y cercados con cartones, con pedacitos de madera, piedrecitas y otros materiales análogos.

Cuando tenian mas tiempo y mas espacio, que era en los dias de vacaciones que solian bajar al jardin, entonces fabricaban pueblecitos enteros con sus calles, plazas y fuentes, con sus huertecitos, campos y bosquecillos, con sus vias de comunicacion y con sus conductos de agua.

Eduardo era de carácter laborioso, activo y estaba dotado de mucha vivacidad; concebia fácilmente una idea ó un proyecto, y al instante hubiera querido verlo realizado; mientras que Manuel era algo tardío en sus concepciones y bastante calmoso en llevarlas á cabo.

Estos dos caracteres opuestos, en lugar de producir entre ellos el menor choque ni disgusto, eran por el contrario el contrapeso el uno del otro y la causa de que se dieran continuas pruebas de la estimacion que se profesaban.

Cuando Eduardo observaba que Manuel estaba pensando lar-

go rato sin hacer cosa alguna, ó que ejecutaba algun proyecto muy despacio, al momento buscaba un pretexto cualquiera para suspender los trabajos propios y para ir á prestar ayuda á Manuel.

Unas veces decia: «Ya que no puedo continuar mis trabajos, porque me faltan materiales:» otras veces: «Mientras tengo que aguardar que la pared que acabo de hacer esté seca, dime si puedo ayudarte en algo;» y Manuel aceptaba con placer el ofrecimiento, y con su ayuda combinaba y ejecutaba con mas prontitud sus proyectos.

Cuando Manuel notaba que á Eduardo, á causa de su vivacidad y de su actividad no le salian las cosas como él deseaba, y que tan pronto hacia una cosa como la deshacia, para volverla á hacer y deshacer, suspendia tambien los trabajos propios bajo cualquier pretexto y ofrecia sus servicios á Eduardo.

Así es que éste daba aliento y promovia la actividad de Manuel, y Manuel á su vez hacia que Eduardo reprimiera ó moderase su excesiva vivacidad y acertase mejor en la realizacion de sus proyectos: al fin parecia que tanto trabajaba el uno como el otro:

No era posible distinguir quién habia trabajado mas ó mejor, ni quién habia trabajado menos ó peor, porque el uno auxiliaba ó compartia los trabajos del otro, y porque éste elogiaba los de aquel y nunca los propios.

Obrando de este modo no era posible que hubiera choques, riñas ni disgustos entre ellos. ¿Y cómo podia haberlos, si Eduardo no deseaba mas que hacer la voluntad de Manuel y éste no tenia placer mayor que el de agradar á Eduardo?

2.

Los maestros que dirigian la educacion y la instruccion de los dos niños, tenian un cuidado especial en enseñar á sus discípulos las principales y mas importantes verdades y máximas religiosas, y en habituarles á la práctica de las mismas.

Lo primero que les enseñaban, valiéndose de ejemplos y de comparaciones ingeniosas, pero sencillas y al alcance de aquellas inteligencias poco desarrolladas, era la existencia de un Dios infinito, eterno y omnipotente, Autor y Criador de todo.

Un dia les hablaba del Amor de Dios, comparándolo con el que nos profesan los padres en la tierra, recordándoles todo cuanto los padres terrenales hacen á favor de los hijos, por efecto del amor que les profesan, y presentando á Dios como el mejor de todos y que todos los padres juntos.

Otro dia les decian algo acerca el poder de Dios, y buscaban mil ejemplos y otras tantas comparaciones para darles una idea de este gran poder, sacándo los unos y las otras así del continuo y majestuoso movimiento del sol y demás astros, como de las nubes, de los rayos y truenos, ó de las tempestades y aguaceros.

Por la mañana les explicaban algo de la sabiduría del Criador, valiéndose para ponerla al alcance de aquellas limitadas inteligencias, de cualquiera de los objetos ó séres materiales, lo mismo de una hoja ó de una flor, que de un insecto ó de un pájaro, y lo mismo de los hermosos y variados colores, que de las diversas y graciosas formas:

Por la tarde les decian ó repetian algo de la bondad inagotable de Dios, sacando ejemplos, pruebas y demostraciones de lo que hace un buen padre ó madre que siempre están dispuestos á mirar por el bien de sus hijos;

Unas veces dándole lo que piden ó lo que necesitan y mas de lo que piden, y otras veces disimulándoles y hasta perdonándoles las faltas, sacrificándose á todas horas para bien y provecho de ellos.

Estas lecciones no eran pesadas ni molestas á los alumnos, porque, además de no ser de larga duracion, procuraban los maestros que fuesen las mas amenas y recreativas, para que las escuchasen con mas placer, como realmente sucedia.

Las de la mañana eran sencillas y generales para todos los alumnos reunidos, aunque fueran de distintas clases y edades, al paso que servian á los de menor edad para aprender lo que ignoraban, aprovechando á los mayores para recordar y penetrar bien lo que se les habia enseñado ya.

Las de la tarde estaban destinadas para los de mayor edad; aunque se les hablaba como en la mañana de la existencia de Dios, de su poder, amor y sabiduría, de su bondad y de su clemencia, no menos que del amor que debemos profesarle todos, como Padre de todos; se daban además otras pruebas y se hacian otras demostraciones mas extensas y mas completas que por la mañana.

Los preceptores, partiendo del principio indudable de ser estas lecciones la base del saber humano y del bienestar, les daban toda la importancia que sabian, y se esmeraban cuanto podian en infiltrarlas en el ánimo de los alumnos.

Partiendo de otra verdad no menos importante, á saber, que el hombre no hace cosa alguna buena sin la ayuda de Dios; les acostumbraban á implorarla para todo, lo mismo para vestirse y lavarse, que para rezar y para aprender las lecciones, y lo mismo tambien para divertirse que para ir á descansar.

Manuel y Eduardo enseñados por tan buenos maestros y no olvidando las lecciones de ellos recibidas, no emprendian cosa alguna, sin implorar antes la ayuda de Dios:

Esta costumbre llegó á arraigarse de tal manera en su ánimo que les parecia que todo cuanto se proponian hacer les habia de salir mal, si antes no imploraban la ayuda de Dios:

Implorada esta, creian que todo cuanto harian, les saldria mejor y con mas facilidad, y era realmente así.

3.

Hasta la edad de doce años cumplidos Eduardo y Manuel tuvieron unos mismos maestros, y por consiguiente recibieron una misma educacion é igual instruccion; pero al llegar á esta edad, los padres de Manuel le enviaron á otra escuela.

La amistad ó el amor que se profesaban Manuel y Eduardo no se entibió en lo mas mínimo: fuera de las horas de clase y sobre todo en los dias feriados, continuaban sus diversiones juntos y siempre con la misma buena armonía.

Pasados tres años dispusieron los padres de Manuel que éste pasase á continuar sus estudios en Alemania, en un acreditado colegio que habia en la ciudad de Praga.

Grande fué la pena que esta disposicion causó á Manuel, al ver que tenia que estar algunos años separado de su amigo; pero el amor y el respeto que profesaba á los padres, le obligó á disimular la dolorosa impresion producida por tan inesperada noticia.

Antes que las lágrimas que asomaban ya por sus ojos, descubrieran la pena de que estaba poseido, se retiró disimuladamente de la presencia de los padres, y se fué en busca de Eduardo que iba á salir de casa.

Verse, abrazarse y correr las lágrimas por el rostro de los dos amigos, todo fué obra de un momento: Manuel lloraba al pensar en la separacion y Eduardo lloraba solo por ver llorar á su amigo.

Permanecieron algunos segundos abrazados y llorando, sin decirse una palabra: despues de este desahogo, Eduardo, desprendiéndose de los brazos de Manuel y mirándole con grande atencion y ternura, le preguntó por la causa de aquel accidente.

Manuel que habia pensado ya sobre la manera de causarle la menor pena posible, al comunicarle tan desagradable nueva, añadió: — «No te dé cuidado: nuestra separacion. . . . . »

Eduardo, cual si se sintiese herido por el rayo, quedó petrificado y su actitud desconcertó de tal modo á Manuel, que no acertaba siquiera á continuar la frase que habia empezado.

Despues de unos momentos de silencio, enjugando Manuel las lágrimas, dijo: — «Tranquilízate, Eduardo, nuestra separacion no será eterna y puede decirse que no la habrá. . . . .»

— «Explícate, por Dios, interrumpió Eduardo, no te comprendo.»

Manuel comunicó á Eduardo la disposicion de sus padres de enviarle á Alemania á continuar los estudios y luego añadió: — «Aunque estemos separados, será lo mismo que si estuviéramos juntos, porque nos escribiremos con frecuencia.

» Yo te contaré lo que pase en el colegio y todo lo que sepa,

y será como si te hablase; tú lo leerás una, dos y mas veces y será como si conversares conmigo: me escribirás tambien lo que ocurra por aquí y yo me recrearé con la lectura de tus cartas.»

—«Es verdad, dijo Eduardo, y á mas de escribirnos, pensaremos continuamente el uno en el otro, esperando que concluya el tiempo de nuestra separacion.»

Los dos se esforzaban en ocultar ó en disimular la herida que á ambos habia causado la noticia de la separacion.

Durante los pocos dias que aun permanecieron juntos, no se acordaron de sus pasatiempos y de sus diversiones acostumbradas; no sabian hablar mas que de su separacion, del tiempo que esta duraria, de lo que harian estando separados y de lo que se comunicarian.

Excusado es recordar los abrazos que se dieron en los últimos momentos de despedirse, los encargos que se hicieron, lo mucho que se inculcaron la frecuencia en escribir, procurando al propio tiempo ocultarse lo que en su interior pasaba.

4.

Hacia quince dias, que para Eduardo eran quince años, desde que habia partido Manuel, cuando Cristóbal trajo á Eduardo una carta que este besó levantando los ojos al cielo, como en accion de gracias; y realmente las dió á Dios por el recibo de la tan suspirada carta, que decia:

«*Praga* 15 *de Setiembre.*

«Mi querido Eduardo: Deseaba con toda mi alma terminar el viaje para poderte escribir. Anteayer por la noche llegamos con el buen Cristóbal á esta ciudad, sin haber experimentado novedad alguna.

»Ayer me trasladé á este colegio, despues de haber hablado con este venerable Director; fuí por órden suya acompañado al cuarto que se me tenia destinado: hoy he arreglado de cual-

quier modo mis cosas y me he puesto á escribir, primero á mis padres, como era natural, y luego á tí.

»Tú desearás saber algo, así del viaje como de este colegio; pero de seguro que no quedarán satisfechos tus deseos, porque en cuanto al viaje no hice mas que rezar un poco, pensar mucho en tí, comer y dormir; y respeto al colegio he visto muy poco; no me he fijado en cosa alguna, dominado por el pensamiento de escribir á los de casa y á tí.

»Por hoy solo te diré que no hay cosa alguna que pueda distraerme de pensar en tí y en nuestras diversiones ó conversaciones: me figuro que á tí te sucederá lo mismo ¿no es verdad, Eduardo?

»Piensa mucho en mí que yo no ceso de pensar en tí: estímame, como me has estimado hasta ahora, y mas aun, si puedes: á mí me parece que cada dia te amo mas.

»Recibe tres abrazos de tu amigo

Manuel.»

«P. S. Dime como has pasado el tiempo desde que me ausenté.»

«*Varsovia* 1.° *de Octubre.*

«Mi siempre querido Manuel: No puedes figurarte el placer que sentí al ver el sobre de tu carta.

»Despues de haber hecho á Cristóbal mil preguntas sobre el viaje y la llegada á esa ciudad, me retiré á mi cuarto para recrearme á solas con la lectura de tu carta.

»He pasado, sin advertirlo, mas de una hora, leyéndola y releyéndola, y pensando en tí, y hubiera continuado dos horas mas con tu carta en la mano, si no me hubieran llamado para comer.

»Tú, sin decirme nada de lo mucho que has debido ver en tu largo viaje, quieres que te refiera la manera como he empleado el tiempo desde que nos separamos; voy á complacerte y me costará muy poco el ejecutarlo.

»Lo único que he hecho ha sido seguirte con el pensamiento en todo el viaje, pensar dia y noche en tí, como si no hubiera otro sér en el mundo.

»Con decirte que en los primeros dias hasta me olvidé de rezar, comprenderás lo mucho que en tí pienso.

»Desde que nos separamos, he cambiado de conducta, sin apercibirme; ni voy al cuarto de detrás, ni bajo al jardin, ni me acuerdo de nuestros pueblecitos, de nuestros campos y bosquecillos; no hago mas que pensar ó escribir cartas que, despues de leidas dos ó tres veces, las rasgo.

»En lo que pienso ya puedes figurártelo, y otro dia te diré lo que escribo.

»Es inútil que me encargues que piense en tí y mas inútil todavía el que me digas que te estime, cuando me parece, y creo que no puedo estimarte mas.

»Ruego á Dios que me ayude y me dé fuerzas para suportar tan larga y penosa ausencia.

»Te estimo y te estimaré hasta la muerte y aun mas allá, y pido á Dios que me haga la gracia de que me correspondas.

»Recibe mil abrazos de tu verdadero amigo,

Eduardo.»

«*Praga* 15 *de Octubre.*

«Mi siempre estimado Eduardo: Hoy mismo se me ha entregado por el Director tu carta de 1.° del actual..

»No esperes que te hable mucho de este colegio, porque mas prefiero hablarte de nuestra amistad que de otra cosa.

»Te diré que en este colegio se educan y se instruyen sobre quinientos internos y mas de mil externos: hay local para todo, grandes edificios, anchos corredores, mas de trescientos dormitorios en cada uno de los dos pisos; un bonito templo y un hermoso teatro.

»Tres grandes plazas con sus árboles, tres comedores espaciosos y muy cómodos; unas quince piezas regulares para clases, tres piezas destinadas para biblioteca y para lectura, y junto á ellas un magnífico museo de historia natural, de aparatos físicos, mecánicos y químicos.

»Hay tambien, y es lo que mas me gusta, un extensísimo terreno, de mas de doce hectáreas, todo poblado de árboles, arbustos y plantas, con varios edificios al rededor, destinados

al estudio práctico de diversos ramos de la ciencia ó de las artes.

»No quiero hablarte de la enseñanza que se nos dá, porque no me quedaria tiempo para hablarte de nuestra amistad, lo reservo para otro dia:

»Cada uno que pasa parece que aviva en mí los deseos de ver terminados los cinco años, para regresar á mi casa, y sobre todo para verte, abrazarte y contarte, sentados en uno ó en otro de los jardines, todo cuanto desees saber.

»Entre tanto, Dios oiga, mi querido Eduardo, tus súplicas y haga que sea duradera nuestra amistad; que venga primero la muerte antes que apagarse la llama de nuestro amor.

»Piensa mucho en mí, ámame mucho y no me olvides jamás, y por premio recibe cien besos y otros tantos abrazos del que te ama y te amará siempre,

Manuel.»

«*Varsovia* 1.° *de Diciembre.*

«Mi muy estimado Manuel: Será efecto del mal tiempo, de los malos caminos ó de algun descuido el haber tardado mas de un mes en recibir tu carta del 15 de Octubre, que me apresuro á contestar.

»Me ha gustado que me hayas hecho la descripcion de ese gran colegio; pero me hubiera gustado mas que hubieses suprimido algo de ella para hablarme mas de la estimacion que me profesas.

»La relacion que me haces, me ha puesto un largo rato de mal humor, pensando si alguno de esos quinientos ó mil quinientos jóvenes cautivará tu corazon y hará que se enfrie nuestra amistad.

»No permita Dios que llegué jamás este caso: puedes amar á otros, sin dejar de amarme á mí.

»Deseo amarte y que me ames ó que nos amemos eternamente: venga antes el término de nuestra vida que el de nuestra amistad: ni tú ni yo sabríamos vivir sin amarnos.

»Te abrazo de corazon y deseo ser correspondido siempre.

Eduardo.»

«*Praga* 10 *de Enero.*

«Mi siempre querido Eduardo: Atribuye el retardo de que te quejas al tiempo, á los caminos, ó á lo que quieras, menos á á mí, porque no lo merezco.

»Seria dejar incompleta la explicacion empezada, si no te dijera algo de la instruccion que se da en este colegio.

»En él se enseña lo principal y mas provechoso, y con preferencia la religion, en lo mas esencial; el Director es el que está encargado de esta enseñanza, y lo hace de una manera que no te cansarias de oirle.

»Se aprenden las principales lenguas vivas, y en cuanto á las muertas las aprende el que quiere.

»Hay excelentes profesores para matemáticas, para geografía y astronomía, para física, química é historia natural: todas estas ciencias se estudian teórica y prácticamente.

»Además de las artes liberales se enseñan las principales artes mecánicas, y sobre todo la agricultura, para lo cual hay destinadas las doce hectáreas de tierra, con varios edificios inmediatos á ellas.

»Se emplean en todo los métodos mas sencillos y mas recreativos al propio tiempo.

»No es posible explicarte la amabilidad de todos los profesores y su dulzura; son unos ángeles vestidos de hombre; nos quieren y nos tratan á veces como á hijos y á veces como á hermanos; nunca se cansan de darnos explicaciones sobre lo que no comprendemos, y siempre lo hacen con el mismo agrado; juegan y se divierten con nosotros.

»Sea que estudiemos, sea que nos paseemos ó que conversemos, cualquiera duda ó dificultad que nos ocurra, la exponemos al primer profesor que encontramos y este nos la explica del mejor modo que sabe; si conoce que no quedamos satisfechos, nos dá mas aclaraciones ó nos indica el profesor que podrá dárnoslas mas cumplidas.

»La amabilidad y la dulzura de estos profesores y de la mayor parte de los alumnos, es lo que ha mitigado la gran pena que me causó nuestra separacion; pero en lugar de entibiar en lo mas mínimo la estimacion que te profeso, parece que la au-

mentan porque me recuerdan á cada paso tus buenas calidades.

»Deseo, mi querido Eduardo, que me ames, como yo te amo, y si así lo haces, no hay que temer que tenga término nuestro amor ó amistad.

»Otro dia te diré hasta donde vá el amor que te profesa tu amigo que te abraza de corazon

Manuel.»

«*Varsovia* 30 *de Enero.*

«Mi siempre estimado Manuel: Enterado de tu última carta iba á contestarte y á comunicarte cierto secreto que, aunque desagradable, quiero que lo sepas por mí. Para podértelo comunicar me he informado por medio del buen Cristóbal sobre la manera de escribirte directamente.

»Contéstame luego y dime como podré comunicarte el secreto, sin que llegue á noticia de otro.

»Te amo mas que nunca y quisiera en estos momentos estar á tu lado.

»Te saluda y te abraza tu amigo hasta la muerte

Eduardo.»

5.

A los dos dias de escrita esta carta, los padres de Manuel desaparecieron de Varsovia, sin saberse á donde se habian trasladado: lo único que se supo fué que sus cuantiosos bienes estaban en poder de un encargado del Gobierno.

Eduardo, mientras aguardaba con grande impaciencia la respuesta de Manuel, no cesaba de investigar la causa de la desaparicion de los padres de éste y sobre todo si seria para largo tiempo.

Pasaron semanas y meses sin poder averiguar cosa alguna y sin recibir contestacion á las varias cartas que escribió á Manuel.

Si bien dejó de escribirle, no dejó por esto de pensar en él y en los medios para verle y abrazarle.

Al fin le ocurrió la idea de trasladarse á Praga y acarició esta idea por mas de dos años, sin que le arredrara ni la absoluta falta de medios para el viaje, ni lo largo y costoso del mismo, ni la oposicion de sus padres: el amor todo lo vence.

Disimulando la tristeza que le devoraba, procuró, antes que transcurrieran los cinco años que Manuel debia permanecer en el colegio de Praga, dar á entender que, deseando dedicarse al comercio, habia pensado trasladarse á Francfort, toda vez que conocia el aleman y que en aquella ciudad habia un íntimo amigo de la familia, que le buscaria colocacion.

Los padres, despues de muchas instancias, consintieron, y Eduardo que apenas contaria diez y ocho años dejó la casa paterna, para ir en busca del amigo.

Apurados los escasos recursos recibidos de sus padres, atravesando mil obstáculos y penalidades, y no cesando de implorar todos los dias la ayuda de Dios, segun la costumbre que habia contraido desde niño, llegó por fin á Praga.

El mismo dia de la llegada se presentó al colegio para adquirir noticias del paradero del amigo: el primero con quien habló fué uno de los profesores el cual le acompañó á la habitacion del Director.

Este informado del objeto de la visita, del largo y penoso viaje de Eduardo, de las bellas calidades del mismo, y sobre todo del puro y acendrado amor de que estaba poseido, quedó como extasiado á la vista de aquel jóven:

No se cansaba de mirarle, pareciéndole imposible ver reunidas en una misma persona tantas y tan estimables dotes, que no acertaba á distinguir qué era lo que en él sobresalia mas, ó lo que era mas digno de admiracion.

Acostumbrado, como estaba, á alentar á los alumnos en el camino de la virtud y de la ciencia, sin adularles jamás, por recomendables que fueran sus calidades; temió faltar á esta costumbre, y diciendo á Eduardo que le aguardase allí unos momentos, porque tenia que hablar con un profesor, se salió á toda prisa.

El mismo, sin saber lo que se hacia, fué á tocar la campana para reunir á los profesores: la hora y la manera como la tocó dió á entender que ocurria alguna novedad en el colegio, y así fué que todos se apresuraron á acudir al llamamiento, sin faltar uno siquiera.

En medio del mas profundo silencio, dijo el anciano y venerable Director:—«Os he llamado porque no sé lo que me pasa, no sé si es hombre ó ángel el que me ha presentado el profesor Guillermo.

»Cuanto os dijera de él, no os daria una idea de la realidad: he tratado, como sabeis, con miles de alumnos, pero no he conocido otro que se parezca á este jóven de unos diez y ocho años.

»Vais á verle y á oirle:» Al momento se fué en busca de él y lo presentó á la asamblea de profesores diciendo: «Quiero que oigais por vosotros mismos á este jóven, que vá en busca de un amigo, que fué alumno de este colegio y uno de los mas exactos en el cumplimiento de su deber.»

Dicho esto, suplicó á Eduardo que tuviera la bondad de repetir ante aquella reunion de amigos, todo lo que delante de él habia referido.

Eduardo con una dulzura, con una modestia y sencillez angelical refirió la amistad que le unia con Manuel, el pesar de haber sido interrumpidas sus relaciones y el objeto de su largo viaje, al través de países desconocidos, rodeado de mil necesidades y venciendo todo género de obstáculos.

Concluyó pidiendo mil perdones, si les habia molestado con el relato que les habia hecho, y suplicándoles que se dignasen darle todos los datos y noticias que pudieran, para descubrir el paradero de su amigo.

El Director, para que Eduardo no se apercibiera de la grande emocion que aquel relato habia producido en todos ellos, sin contestarle una palabra, dijo al profesor Guillermo:

—«Vos que habeis sido el primero en ver y en hablar á Eduardo, dispensadnos el favor de acompañarle al comedor con encargo de que le sirvan el desayuno y. . . . . »

Eduardo, interrumpiendo al respetable anciano contestó:

—«¿Cómo quereis que piense en comer antes de saber lo que tanto me conviene? Si tal cosa hiciere, seria el mas egoista de los hombres y sobre todo seria indigno de la amistad de Manuel, que para mí vale mas que todo cuanto puede ofrecerme el mundo entero.»

El Director, acercándose á Eduardo, le suplicó que les dispensase el obsequio de aceptar el desayuno, mientras que cada uno de ellos se ocuparia en reunir cuantos datos pudiera pare complacerle.

Eduardo, sin replicar y haciendo el mas respetuoso saludo, salió acompañado de Guillermo, quien le condujo al comedor, y dadas las instrucciones convenientes, volvió á reunirse á toda prisa con los compañeros que impacientes y guardando el mayor silencio, le estaban esperando.

6.

Apenas entró Guillermo, el Director conmovido rompió aquel silencio sepulcral diciendo:—«Os suplico á todos que cada uno manifieste francamente el concepto que hubiere formado con respecto á este jóven ó ángel, y qué es lo que podríamos hacer para que no se vaya, toda vez que no podemos satisfacer sus deseos.»

Todos guardaron silencio, hasta que repetida por el Director la misma súplica, empezó, segun costumbre á hablar el mas moderno, é hizo una pintura la mas exacta y la mas conmovedora de las virtudes ó buenas calidades, y sobre todo del amor puro de que estaba dotado Eduardo.

Despues de haber elogiado cuanto elogiarse podia la sencillez, la modestia y la humildad de Eduardo, su dulzura, su prudencia y su discrecion, su amabilidad, su carácter simpático y su despejado talento, exclamó:

—«¡Ah! señores, ¡admiraremos el que sea tan sencillo, modesto y humilde quien ama tanto! ¡Admiraremos que sea pru-

dente, discreto, simpático y de talento despejado, quien está poseido de un amor que acaso no se haya visto jamás en hombre alguno!

»¿No es acaso el amor el padre y el generador de todas las virtudes? ¿Puede existir el amor sin estar acompañado de todas las buenas calidades que reune este jóven?

»¿No decimos, y con mucha verdad, que el amor hace sabio al ignorante, discreto al imprudente, valiente al cobarde, diligente al perezoso, etc., etc.? ¿No equivale esto á decir que el verdadero amor no puede existir sin estar acompañado de todas las virtudes ó buenas calidades?

»Yo no puedo menos que participar de la misma emocion y de la misma duda que nuestro respetable Director. ¿Seria acaso un ángel que Dios nos habria enviado para enseñarnos las virtudes que deben poseer los profesores para transmitirlas á los alumnos?

»¡Qué rica adquisicion si pudiéramos retenerle entre nosotros! ¡Qué bello modelo para los alumnos y para nosotros mismos!»

Despues de haber conferenciado largo rato, mas por la necesidad de expresar sus sentimientos, que por la de tomar un acuerdo, que no podia ser dudoso, dijo el anciano Director:

—«Todos recordamos la época y la manera precipitada como fué Manuel sacado del colegio, pero todos ignoramos donde lo llevó su familia: yo conservo las cartas que Eduardo le ha escrito posteriormente á su salida.

»Recordaréis tambien que el dia siguiente al de su salida, se presentó el dueño de la fonda de la plaza, y de parte de los padres de Manuel nos dió miles de gracias y todo género de satisfacciones: no sé si aquel caballero podrá dar alguna luz á este apreciable jóven.»

Se llamó á Eduardo que estaba aguardando en el corredor, se le enteró de lo poquísimo que sabian y dejósele en libertad de obrar, suplicándole empero, que cuando hubiese perdido toda esperanza de reunirse con su amigo, se acordase que dejaba muchos en aquel colegio, porque lo eran todos los presentes en aquella reunion y lo serian la mayor parte de los alumnos.

Que estuviese cierto que las puertas del colegio estarian siempre abiertas para él y que todos tendrian una gran satisfaccion y recibirian como una gracia particular el tenerle en su compañía.

Eduardo conmovido y llorando de placer y de ternura, lo que hizo que todos le imitaran, fué á arrojarse á los piés del Director, y cogiéndole y besándole ambas manos, quiso por dos veces hablar y no pudo: las fuertes emociones del corazon tenian paralizada su lengua.

Al cabo de un rato, levantando los ojos al cielo, sin soltar las manos del Director, exclamó:

—«¡Dios mio, que nunca me habeis abandonado, os suplico que me ilumineis y me traceis el camino que debo seguir y que deis vuestra santa y benéfica bendicion y con ella toda suerte de prosperidades materiales y espirituales á todos los que moran en esta casa del saber, de la virtud y de la amistad!» y levantándose, pidió permiso para besar la mano y abrazarles á todos.

Consintieron todos con gran placer en abrazarle, sin permitir que les besara la mano, y concluido este acto, el mas tierno y conmovedor, levantando Eduardo la vista y las manos al cielo, exclamó:

—«¡Voy, Dios mio, á cumplir con los deberes de la amistad, en seguida con los del amor y del respeto filial, y espero que me hareis, si conviene, la gracia de que pueda acabar mis dias en este asilo rodeado de tantos y tan sínceros amigos!» Y sin decir otra palabra, se marchó á toda prisa.

7.

Habian pasado cinco años desde la desaparicion de Eduardo, sin que se hubiese adquirido noticia alguna de él, no obstante que no pasaba dia que en el colegio no se hablase de él: poco antes de la Natividad del Señor, siendo de noche y en hora

muy avanzada se oyeron unos tímidos sonidos de la campanilla colocada en la portería.

El portero, obrando segun las instrucciones del Director, que estaban perfectamente de acuerdo con su corazon, se levantó á toda prisa, corrió hácia la puerta y asomando la cabeza á la rejilla, descubrió una figura macilenta que en el tono mas lastimero pedia hospitalidad: abrió al momento la puerta y le dió entrada en el establecimiento.

Despues de algunas preguntas sobre su procedencia y sobre el motivo de haber acudido allí en hora tan avanzada de la noche, acompañó á su huésped á la habitacion que él ocupaba, le dió pan y algunas frutas secas, que era lo único de que podia disponer, y le cedió su cama.

A los pocos momentos quedó Eduardo profundamente dormido y no dispertó hasta que sonó la campana interior del colegio, que serian como las cinco y media de la madrugada.

Al oir la campana Eduardo se levantó sin hacer el menor ruido: luego de haberse vestido, se arrodilló al lado de la cama é hizo sus plegarias acostumbradas: acabadas estas se sentó aguardando que amaneciera ó que el portero se presentara á su habitacion.

No habia aun trascurrido media hora, cuando apareció el portero, el cual, descubriendo á beneficio de una lamparilla que su huésped estaba sentado junto á la cama, le saludó afectuosamente y le preguntó si deseaba salir, á lo que contestó Eduardo que pensaba hablar con el Director y con algunos de los profesores.

El portero le prometió acompañarle á la habitacion del Director, tan luego como dieran las ocho, á menos que tuviese necesidad de verle antes, en cuyo caso le acompañaria al momento.

Dadas las ocho, el portero Pedro condujo á Eduardo á la habitacion del Director: éste al verle, le dijo con mucha amabilidad: —«¿Qué traes, Pedro, de bueno?» Pedro refirió en pocas palabras lo que habia pasado con aquel jóven, manifestando al propio tiempo los deseos que tenia de hablarle.

A una señal del Director se marchó Pedro, y apenas hubo

este salido, el Director hizo sentar al jóven huésped, preguntándole en qué podia servirle. Eduardo, poniéndose en pié y echándose al momento á los piés del Director, dijo conmovido:

—«Dios ha querido que no encontrara al amigo y que viniera á aceptar el generoso ofrecimiento que me hicisteis hace unos cinco años y que . . . . . »

El Director sin dejarle continuar, le cogió con una mano y levantando la otra al cielo, exclamó:—¡Gracias, Dios mio, os sean dadas por la que acabais de hacernos!.... Ven, hijo mio, abrázame..... ¡oh! eres Eduardo..... no hay que dudarlo..... gustoso cumpliré el ofrecimiento y moriré gustoso. . . . . »

Salió á toda prisa de la habitacion, enjugándose los ojos y dirigiéndose hácia la escalera con la intencion de convocar inmediatamente á los profesores; mas habiendo advertido que estaba Pedro por allí cerca, medio turbado, le encargó que hiciera la señal de reunion y que cada minuto repitiera la misma señal.

Pedro cumplió exactamente, pensando que el pobre huésped traeria alguna nueva de importancia, sin poder sospechar cual seria.

Llamados los profesores en hora tan impropia y hasta con insistencia, se apresuraron á comparecer y encontraron en el salon al anciano y respetable Director dando la mano á un jóven de sencillo y humilde aspecto que no se atrevia á levantar la vista del suelo.

Mil pensamientos asaltaron á los profesores, sin que ninguno de allos diera al blanco, hasta que el Director, cogiendo con ambas manos las del jóven, con voz muy afectada, les dijo.

—«¿Acaso no adivinais quién sea este jóven?....» A esta pregunta las miradas de todos se fijaron en Eduardo, sin que nadie desplegara los labios; en medio de aquel silencio el Director dando dos pasos hácia el centro del salon, sin soltar las manos del jóven, añadió:

«¿No recordais?..... ¿No conoceis al prodigio de amor del que tanto hemos hablado y al que hace cinco años ofrecimos una habitacion en este colegio? pues viene á reclamar el cumplimiento de nuestra palabra.....»

Todos los profesores presentes y Guillermo el primero se

precipitaron en los brazos de Eduardo en señal del placer y de la alegría de que estaba inundado el corazon de todos al verle entre ellos.

Guillermo, por disposicion del Director, salió á advertir al criado, que estaba á la puerta del salon, que diera la señal para la reunion de todos los alumnos en el salon grande destinado para las lecciones religiosas.

8.

Mientras se reunieron los alumnos, Eduardo, cediendo á las instancias del Director y de los profesores, explicó en pocas palabras lo que habia hecho durante los últimos cinco años.

—«Seré, dijo, lo menos molesto que pueda: pocas cosas oireis dignas de esta respetable reunion:» despues de una breve pausa, levantando los ojos al Cielo, exclamó: «¡Qué vale, Dios mio, lo poco que he hecho por el amigo, en comparacion de lo mucho que Vos habeis hecho por mí!

»El recibimiento que acabais de hacerme, vale é interesa mas que mi pobre historia, si esta no estuviese acompañada de ciertos incidentes que marcan claramente el dedo de la Providencia ó la bondad inagotable del Todopoderoso.

»Salí de este asilo de la virtud y del saber, bendecido por Dios, y me dirigí á la fonda del Comercio á preguntar á su dueño, si recordaba algo de aquella familia que hacia unos dos años que le envió á dar gracias y satisfactorios recuerdos al Director de este colegio.

»Aunque recordó al momento de que familia hablaba, no pudo decirme una palabra respecto al camino que siguieron al salir de Praga: yo tomé el primero que me ocurrió, despues de haber implorado la ayuda de Dios y la proteccion de María.

»A los pocos minutos me hallé fuera de Praga y frente á la carretera del Norte, sin saber á donde me dirigia ni lo que me

hacia, y sin contar con mas recursos que con los que recibiria de Dios y de María en los cuales tenia puesta toda mi confianza.

»Despues de haber andado como unas dos horas abrumado y combatido por mil pensamientos, sin poder fijarme en ninguno, me sentí un poco desfallecido, me separé de la carretera, y sentado al pié de un árbol muy frondoso, quedé dormido.

»No sé lo que pasó en mí; sin haber comido quedaron reparadas mis fuerzas; solo recuerdo que en sueños ví trazado el camino que habia de seguir y las poblaciones principales que atravesar debia: disperté en hora avanzada de la tarde y en seguida, como si álguien me lo mandara, emprendí con toda resolucion el camino que habia visto en sueños que nunca se borró de mi mente.

»Nunca me abandonó la Providencia y la bondadosa María: siempre que tuve necesidad de comer, hallé una mano caritativa que me dió un pedazo de pan, ó dinero para comprarlo, ó que me ofreció su mesa, y en ninguna de las cuarenta noches que duró el viaje, me faltó albergue y hasta una buena cama, las mas de ellas.

»Atravesé la Alemania por la parte de Leipsig, deteniéndome el tiempo necesario en las poblaciones donde habia diligencias, para ver si podia adquirir alguna noticia por medio de los libros de asientos de los pasajeros; pasé por Berlin y me hallé, sin pensarlo, en las cercanías de Francfort.

»Apenas oí pronunciar el nombre de esta ciudad, determiné aprovechar la ocasion para presentarme al amigo de mis padres, sin ánimo de permanecer allí mas que el tiempo necesario, para que estos supieran que realmente habia estado en Francfort.

»Al llegar á esta ciudad me informé del paradero de Jorge Wannorbeg, que era el amigo de mi familia, y no me fué difícil el dar con él, á causa de ser persona de bastante nombradía.

»Wannorbeg, luego de nombrarme, sin haber leido aun la carta de mi padre, me trató con toda la franqueza y el cariño con que puede un padre tratar á sus hijos y prometió hacer para mí todo cuanto de él dependiera.

»La primera noche de mi llegada á Francfort tuve otro sueño, durante el cual ví distintamente marcada una nueva ruta

que terminaba en Varsovia, y al dispertar me pareció oir una voz que me mandaba seguir aquel camino sin titubear.

»Como Wannorbeg me dijera que tendria una buena colocacion, pero que tardaria sobre seis meses á marcharse el que la ocupaba, pudiendo durante aquel tiempo quedarme en su casa y ejercitarme en la lengua del país, tomé de aquí pretexto despues de tributarle las mas expresivas gracias, para regresar á Varsovia.

»Hice entender al amigo de mis padres que tenia que volver á Varsovia, y realmente lo ejecuté á los dos dias, en la creencia de que allí encontraria mejor que en otra parte algunos datos para venir en conocimiento del paradero de Manuel.

»Con este pensamiento, que no me abandonó jamás y que parecia me daba alas para doblar el camino, emprendí el de mi país natal á donde llegué en muy poco tiempo: oculté á mis padres el viaje á esta ciudad de Praga y referí únicamente el recibimiento que me hizo, y lo que me prometió su amigo Wannorbeg.

»Formada la resolucion de aceptar vuestro generoso ofrecimiento y acabar mis dias en este colegio, en el caso de no descubrir el paradero del amigo; permanecí unos cinco años al lado de mis padres, durante los primeros dias practiqué toda clase de investigaciones para saber algo de Manuel:

»Al propio tiempo me dediqué á la enseñanza con el doble objeto de no ser gravoso á mis padres y de poder prestar algun servicio en este establecimiento, verificado el caso de retirarme en él.

»Convencido de la inutilidad de mis investigaciones, viendo que mis padres no me necesitaban y que me hallaba algo ejercitado en la enseñanza, manifesté á la familia que estaba seguro de hallar una buena colocacion en este colegio de Praga.

»Con el beneplácito de mis padres, y despues de recibida su bendicion, emprendí el viaje, tomando la direccion de Berlin en cuya ciudad caí enfermo, gastando en pocos dias el dinero que habia reunido para todo el viaje.

»Tuve que ponerme en marcha por falta de medios, cuando aun no habia recobrado las fuerzas: Dios y María vinieron en

mi ayuda y concluí el viaje convaleciente y sin fuerzas, llegando á este colegio en hora avanzada de la noche.

»Esta es, señores, la relacion, en verdad poco interesante, de lo poco que he hecho para mi amigo, pudiendo aseguraros que á no mediar vuestro generoso ofrecimiento, no es probable hubiese resistido á la pérdida de tan buen amigo.

»Aquí me teneis pues: vuestro soy para toda mi vida, si mis padres no me necesitan ó si Dios no dispone lo contrario: soy y seré vuestro obediente y humilde servidor y no cesaré de dar gracias á Dios al verme rodeado de tantos amigos, despues de haber perdido al que tenia desde la infancia.

»¡Ah, señores!, tan cierto es que si se cierra una puerta, Dios abre, no otra, sino ciento, si conviene. . . . . .»

9.

El venerable Director y los profesores, despues de haber abrazado una, dos y tres veces á Eduardo, se trasladaron junto con él al gran salon, donde hacia ya algun tiempo que aguardaban los alumnos internos y todos los empleados de la casa, á excepcion del portero Pedro.

El profesor Guillermo pasó á ocupar la tribuna destinada para las lecciones religiosas, é hizo la historia del puro y acendrado amor de Eduardo á Manuel y de todo cuanto aquel habia hecho impulsado por la fuerza del amor.

Aunque se abstuvo, para no ofender la modestia de Eduardo, de ensalzar sus bellas cualidades, con todo, al través de la simple relacion de la amistad pura y desinteresada de Eduardo, vieron todos las virtudes que este poseia en alto grado.

Al concluir, dijo que Eduardo deseaba la amistad de todos para reparar la sensible pérdida de Manuel, y todos los alumnos, con un entusiasmo indescriptible, no solo le ofrecieron su

amistad, sino que le suplicaron que les estimase, como estimó á Manuel.

Durante algunos dias no se oyó en el colegio conversacion alguna que no recayera en Eduardo: quien elogiaba una de sus virtudes, quien comentaba otra; este ensalzaba su modestia, aquel su discrecion; el uno su talento, el otro su sencillez y su humildad:

Y todos iban á parar en el puro y acendrado amor hácia Manuel; y al hablar de este amor ó amistad sin ejemplar, no hallaban frases ni términos á propósito para ensalzarla ni para describirla como correspondia.

El Director, interpretando los deseos de los profesores y de los alumnos llamó á Eduardo, y le dijo que en el colegio habia la costumbre de explicar la significacion y el objeto de la celebracion de las principales festividades y que debiendo celebrarse dentro de dos dias la de la Natividad del Señor, á ninguno podia encargarse mejor que á él la peroracion en aquel dia;

Por recordar el hecho mas grande que registrar puede la historia, como es, la venida de Jesucristo, hija del amor inagotable del Criador á la criatura.

Eduardo, despues de una terrible lucha interior, combatiendo unas virtudes contra otras, dijo al Director:—«Siendo esta la festividad mas grande que celebrarse puede, no podiais hacer una eleccion mas desacertada..... ¿quién soy yo á vuestro lado y al de tantos y tan distinguidos profesores?..... Meditadlo un poco, señor Director. . . . . .»

Levantando, despues de una larga pausa, la cabeza hácia el cielo; dijo interiormente: «Reconozco, Dios mio, mi pequeñez, mi insuficiencia, mi incapacidad, mi nada..... por Vos aceptaré, si es vuestra voluntad.....» y estrechando la mano del Director, le dijo: «Dentro media hora os contestaré:» y se retiró á su habitacion.

Despues de haber hecho su plegaria con todo el fervor posible, volvió y dijo al Director que quedaba aceptado el honroso y sublime encargo, y que iba á prepararse.

Al momento corrió la voz por el colegio, y desde el Direc-

tor hasta el portero todos anhelaban oir á Eduardo.

Llegado el dia y la hora, comparecieron en el gran salon todos los que vivian en el colegio, sin faltar uno, ni el portero Pedro, el cual, no hallando en la casa quien le reemplazara, buscó, con permiso del Director, á uno de afuera.

Y no solo asistió, sino que fué de los primeros en acudir al salon, escogiendo un rincon detrás de los profesores, casi debajo de la escalera de la tribuna.

Las primeras palabras salidas de la boca de Eduardo y la dulzura con que fueron pronunciadas cautivaron de tal modo la atencion de los oyentes, que no obstante su considerable número, no se oia el mas mínimo ruido ni siquiera la respiracion de ninguno de los presentes.

Habló Eduardo de una manera tan admirable del hecho extraordinario, sobrenatural y asombroso de la Encarnacion y Nacimiento del divino Jesus, y del Amor inagotable del mismo, que no parecia hombre sino un ángel que cantaba las glorias del Omnipotente y Eterno.

No cupo duda alguna de que fué inspirado desde la primera á la última palabra: á todos causó gran pena al oir que iba á terminar tan elocuente, dulce y sublime peroracion.

Concluida esta, suplicó á los oyentes con la mayor ternura que rogasen á Dios para que concediera á Manuel, si vivia aun, lo que mas le conviniese, y la celestial morada, si habia dejado de existir.

Así que hubo pronunciado estas palabras, se oyó una voz tan suave como la de Eduardo que pareció salir de la misma tribuna, y sin que se viese desplegar los labios á Eduardo, cuya voz dijo:

—«Dios aplicará estos ruegos al mas necesitado... Manuel vive... Está entre vosotros... Manuel es el portero llamado Pedro.»

Cual si dos corrientes electro-magnéticas hubiesen pasado desde el portero Pedro á Eduardo, y desde este á aquel, los dos se sintieron arrastrados con tanta vehemencia, el uno hácia el otro, que en un abrir y cerrar de ojos se les vió estrechamente abrazados en la escalera de la tribuna.

Despues de un buen rato de mirarse sin decirse una palabra, y mientras todos los concurrentes estaban como extasiados, con la vista fija á la tribuna, Eduardo y Manuel levantaron los ojos al Cielo, como en accion de gracias.

Dios sabe cuanto tiempo habrian permanecido en aquel estado, si el anciano y venerable Director no hubiese suplicado á Manuel que explicase á la reunion las vicisitudes por las que habia pasado desde que salió del colegio.

Manuel, no pudiendo dejar de complacer al Director, manifestó:— «Que acusado injustamente su padre de estar complicado en una vasta conspiracion, fué objeto de la persecucion mas horrible, confiscados todos sus bienes y amenazado de muerte, sin hallar seguridad en parte alguna, porque en todas le alcanzaba el poder y el deseo de venganza de sus perseguidores.

»Pensando retirarse en Suiza, á su paso por Bohemia, escribió al Sr. Director, y facilitándome este la salida, me reuní con la familia.

»En lugar de proseguir el viaje hácia Suiza, despidieron mis padres á los criados, cambiaron el nombre de todos los de la familia, y siguiendo precisamente el mismo camino que vió Eduardo en sueños, fueron á establecerse en Francfort, para retirar unos capitales invertidos en el comercio y refugiarse en seguida á los Estados-Unidos.

»Burlados mis padres por la mala fé de los hombres, pérdidos los únicos capitales con que contaban, y llenos de disgustos y pesares, cayeron enfermos el uno tras otro, y en menos de seis meses, quedé huérfano de padre y de madre.

»Los tres hermanos resolvimos pasar á los Estados-Unidos, siguiendo el consejo de nuestros padres; pero cuando estábamos para abandonar á Francfort, no pude sobreponerme al pensamiento de ver á mi Eduardo, de abrazarle y de despedirme de él, acaso para no vernos mas en este mundo.

»Este pensamiento, que me habia seguido en todas partes, jamás me habia atrevido á realizarlo, ni á escribir siquiera al amigo por miedo de comprometer á él y á mis padres.

»Habiendo fallecido estos, y habiendo cambiado todos de nombre, el miedo que antes tenia, disminuyó por mitad, y así

fué que el deseo de ver á Eduardo pudo mas que el de seguir á mis hermanos.

»Solo en Francfort formé varios proyectos, emprendí algunos viajes hácia la frontera de Polonia, pero todo en vano á causa del miedo de comprometer á Eduardo.

»Cansado de luchar un año y otro año entre este miedo y el deseo de ver al amigo, volví afortunadamente á seguir la buena costumbre que habia olvidado enteramente de implorar el auxilio de Dios y el amparo de María antes de emprender cosa alguna.

»A los tres dias de dirigirme al Cielo en demanda de ayuda y de amparo, me vino el pensamiento feliz de retirarme á este colegio y acabar en él mis dias, y no solo me vino este pensamiento, sino que arrastrado por una fuerza invisible, tuve que ejecutarlo, sin pensar siquiera en si seria admitido.

»Al llegar á la ciudad y no creyendo conveniente darme á conocer, me presenté bajo el nombre de Pedro B. á ofrecer mis servicios como criado, y fuí admitido primero entre los encargados de la limpieza de la casa, y habrá como medio año que se me confió la portería.

»Todo esto y lo que acaba de acontecer ¿seria acaso obra de la casualidad, ó mas bien de la bondad y del poder de Dios?»

El anciano y venerable Director levantándose de repente, y como si en aquellos instantes se sintiera penetrado del espíritu profético, interrumpió á Manuel y dijo:

—«No solo veo en todo esto la mano del Todopoderoso, sino que Eduardo y Manuel deben ser y serán mis sucesores antes de poco..... Una voz misteriosa que no sé de donde sale me lo dice..... Demos gracias á Dios. . . . . .»

No pudo continuar, cayó en tierra como herido por el rayo; fué trasladado á su habitacion, y á los pocos dias dejó de existir, siendo justamente bendecido y llorado por todos: Manuel y Eduardo fueron proclamados directores del colegio, siguiendo las disposiciones terminantes del que acababa de existir.

LA RIQUEZA Y LA HUMILDAD,

ó

LOS DOS DUQUES.

1.

Raras veces vemos la humildad y la sencillez asociadas con la riqueza ó con la opulencia, porque estas ofuscan y obcecan de tal manera al espíritu del hombre, que le hacen reñir y enemistarse con aquellas virtudes.

Lo comun, ó lo mas frecuente, es ver á la riqueza y á la opulencia servir de pedestal á la vanidad, al orgullo y á la soberbia, y rodearse de los demás vicios, hijos de estos tres que son los capitales.

Cuando la riqueza y la opulencia van asociadas con la humildad, lo que sucede rara vez, están acompañadas de la sencillez y de la franqueza, ó mas bien del amor que encierra todas las virtudes.

En el primer caso, el rico ó el opulento miran con indiferencia ó desprecian á sus semejantes; pero á su vez son por estos mal vistos, despreciados y hasta aborrecidos: en el segundo caso, miran y tratan con interés, con amor y con cariño á sus semejantes, y se hacen dignos del aprecio, de las simpatías y de la estimacion de los demás;

Y sobre todo de las bendiciones de Dios, y con ellas de la tranquilidad interior ó del bienestar mayor posible en este mundo material y de prueba, y de la suprema y eterna dicha en el espíritual.

En la ciudad de Amsterdam y á principios de este siglo vivia un jóven llamado Alexis que en la edad de veinte y seis años era huérfano de padres y heredero de una regular fortuna, heredada de sus mayores.

Tenia lo bastante para vivir con decencia, como lo habian hecho sus padres; pero dominado por la pasion de la riqueza y de la gloria, le pareció poco lo que habia heredado de sus mayores, y no le agradó la oscuridad en que habian vivido.

Todos sus pensamientos y todos sus deseos se dirigian á aumentar su fortuna, hasta ser el primer propietario y el primer capitalista de Amsterdam, y crearse al propio tiempo un nombre que fuese conocido en todas partes.

Determinó pues no descansar ni perdonar medio alguno hasta llegar al apogeo de la fortuna, y hasta haberse eclipsado á sus mas distinguidos contemporáneos.

Con este objeto, abandonó su país natal para ir en busca de grandes empresas y de arriesgadas especulaciones, y visitó las capitales de mas importancia, como Lóndres, París, Viena y otras.

Como no pensaba ni deseaba otra cosa que la riqueza y la gloria, fué natural que en aquella época de grandes y continuas guerras le ocurriera la idea de tomar parte en las empresas de abastecer á los ejércitos.

Comprendió que semejantes empresas le exponian á graves riesgos, á perder toda su fortuna y hasta ser víctima de algun golpe *ab irato* de algun Gobierno ó de algun Jefe de la fuerza armada; pero nada de esto le arredró, pensando que donde hay riesgos, hay tambien beneficios y gloria.

La primera resolucion que tomó fué la de reducir á metálico cuanto poseia: llevada á cabo esta determinacion, pudo reunir un capital de unos cuarenta mil escudos.

Siendo este capital insuficiente para la primera empresa que proyectó, se asoció con dos capitalistas de Viena, y principió abasteciendo parte del ejército austriaco, no descansando un momento para lucrar la mayor suma posible y cumplir al propio tiempo con sus compromisos.

Al través de continuas vigilias é insomnios, de incesantes

viajes desde la capital á los campamentos y de estos á la capital, de mil temores y riesgos y de toda clase de amenazas é insultos, logró triplicar su capital en menos de tres años.

No gustando á los socios una vida tan agitada y tan rodeada de riesgos y temores, manifestaron á Alexis su propósito de abandonar á todo trance este género de especulaciones.

Alexis, que sentia el tener que partir los beneficios debidos principalmente á su actividad y á su arrojo, no se hizo sordo á las manifestaciones y proposiciones de los socios y adquirió con grande ventaja las partes que estos tenian en la empresa.

Aun no habian transcurrido dos años desde la separacion, cuando habia devuelto á los ex-socios su capital, corriendo la empresa de exclusiva cuenta del mismo, y con capitales exclusivamente suyos.

Libre de disponer de ellos como mejor le pareciera, tan pronto tomaba á su cargo el abastecer al ejército austriaco del mediodia, como al del norte ó del centro; ya al austriaco, como al prusiano, y así al francés como al ruso.

Terminaron por fin, para bien de la humanidad, aquellas desastrosas guerras con la rendicion, prision y cautiverio de Napoleon Bonaparte, y Alexis liquidó y reunió sus capitales, llegando en menos de doce años á disponer de un capital de cincuenta millones de escudos, mas de ciento veinte y cinco millones de francos.

2.

Viéndose Alexis dueño de tan respetable capital, mucho mayor del que podia haberse figurado y pudiendo al propio tiempo adornar su pecho con varias condecoraciones, obtenidas de todas las naciones con las que habia contratado, estuvo pensando largo tiempo dónde se estableceria y en qué se ocuparia.

Por una parte queria elegir una capital, donde no hubiera

quien le igualase en riqueza; por otra, le atraian los grandes centros mercantiles, donde le fuera fácil continuar sus especulaciones y duplicar el capital.

Por la mañana le parecia que tenia lo bastante para retirarse del comercio é ir á confundirse con la nobleza; y por la tarde los cincuenta millones con las cruces, los escudos y demás condecoraciones le parecian poco para el objeto que se habia propuesto.

Luchaban en Alexis las dos pasiones, la de ser rico y la de figurar, porque desde un principio se habia propuesto las dos cosas, á saber, exceder á los demás en riqueza y eclipsarles en gloria.

En medio de esta lucha que hacia tiempo que no le dejaba vivir tranquilo, se encontró en una de las primeras fondas de Viena con el hijo del mejor amigo de su padre, el cual habiendo quedado huérfano á la edad de veinte años y hallándose en Berlin, se alistó en las filas del ejército prusiano, con ánimo resuelto de morir ó de hacer carrera.

Alexis creyó elevarse notablemente sobre Gerardo, que así se llamaba el hijo del amigo de su padre, diciéndole algo de su actividad, de sus travesuras y riesgos, al mismo tiempo que de sus riquezas, honores y condecoraciones.

Pero quedó burlado con lo poco que manifestó Gerardo:—«Yo disfruto, dijo, el empleo y el sueldo de General, mas el título de Duque con una pension anexa al mismo y estoy casado con la hija única y heredera del primer banquero de Venecia, fallecido hace cosa de un año.»

Al oir Alexis tan breve, pero tan importante relato, llegó á pensar que Gerardo tal vez le superaba en riqueza, y que indudablemente le excedia en gloria y honores; y este pensamiento le mortificó sobre manera, habiéndose creido muy superior á Gerardo.

Para ver si este le ayudaba á salir de sus dudas, que no dejaban de molestarle, le preguntó qué era lo qué pensaba hacer de allí en adelante.

—«Pienso, Alexis, hacer lo mismo que tú harás ó que estás haciendo ya.»

—«¿Por ventura, siendo esta la primera vez que nos vemos, sabes lo que hago y lo que haré, cuando yo mismo no lo sé, ni sé donde fijaré mi residencia?»

—«Me figuraba que habiendo adquirido una posicion tan brillante al través de todo género de privaciones, fatigas, riesgos y penalidades, gozarias ó tratarias de gozar tranquilamente de tus riquezas, sin ocuparte de otra cosa, como pienso yo hacerlo y como lo hago ya.»

—«Te equivocas, amigo, pues que en el mismo acto de verte, estaba pensando en lo que haria de aquí en adelante, esto es, si continuaria mis especulaciones mercantiles ó si me retiraria absolutamente y para siempre del comercio.»

—«Me parece, Alexis, que me has hablado de un capital de cincuenta millones de escudos: ¿á qué exponerte á nuevos azares, disgustos y penas para aumentar un capital que te basta y te sobra para hacer vida de príncipe en cualquiera parte, para viajar y cambiar de residencia y para tratarte como y mejor que el primer potentado?»

—«Te diré: tú eres rico y probablemente mas que yo, y eres al mismo tiempo general y duque, mientras que yo soy rico, si se quiere, pero no soy general ni duque.»

—«¿Cómo quieres ser general si jamás has servido en el ejército? ¿Y cómo has de ser duque, si no has heredado el título de tus antepasados, ó no te lo has ganado arriesgando la vida para salvar la del príncipe, heredero del trono, ó bien por otro hecho de importancia? Por otra parte, ¿qué te dará mas el título de duque? ¿quieres obtenerlo? fácil te será.»

—«No me disgustaria: tal vez entonces tomaria la determinacion que tú has tomado.»

—«Mira, Alexis, con estas guerras se han empobrecido todas las naciones: sus arcas estarán vacías en estos momentos: con regalar la mitad ó menos del capital que posees, si no es la una será la otra que te concederá el título de conde, duque ó príncipe, sin estados ni renta, se entiende, en recompensa de los servicios prestados, aunque te hubiesen sido bien pagados.

»Duques y marqueses he conocido, á los cuales se dió el título, solo por haber en momentos dados hecho el anticipo de

algunos millones, reembolsables y reembolsados con sus intereses.»

—«¿Quieres encargarte de alcanzármelo, gastando hasta veinte millones de escudos? Si lo consigues es muy posible que acabe mis dias á tu lado, y que tú ó tus hijos, si yo no los tengo, como no creo tenerlos, seais herederos de mi fortuna y del título.»

—«Con la mitad y mucho menos puedes ser duque, si te es indiferente serlo de Francia ó de Nápoles, de España ó de Roma, de Inglaterra ó de Portugal, de Austria, Rusia ó Prusia: me parece que con tres ó cuatro millones y menos tal vez, lo serás de una de las potencias de primer órden.»

—«Tienes facultad para gastar lo que te parezca, no excediendo de los veinte millones, para alcanzarme el título de duque; ya sé que gastarás lo menos que podrás; quiero ser duque como tú y de una de las potencias de primer órden si puede ser.»

3.

Seis años habian pasado desde que Alexis y Gerardo tuvieron la expresada conversacion en la fonda de Viena, cuando paseándose por una de las plazas de Venecia decia Gerardo á Alexis:

—«¿No es verdad, que á pesar de nuestros millones, de nuestro gran título de duque y de todas nuestras condecoraciones y distinciones, de nuestros continuos viajes y cambios de residencia, de recorrer los mejores países y de frecuentar las mas populosas capitales, envejecemos mas que de prisa, y que no llegando aun á los cuarenta años, parecemos haber cumplido los sesenta?»

—«No me hables de esto, Gerardo; cuando recuerdo la conversacion que tuvimos en la fonda de Viena, y sobre todo las ilusiones que me hice cuando me entregaste el título de *Duque*

del Milagro, y observo lo que acabas de decir, me mortifica y me da tanta pena que hasta aumenta el número de mis canas.»

—«¿No es verdad que mientras recorremos las mejoras capitales de Europa, mientras frecuentamos los mejores paseos, teatros, fondas y museos, parece que vivimos solos en el mundo, que nadie se acerca á nosotros, que se nos mira con indiferencia, que todo es ilusion para nosotros, que lo que pensamos que ha de recrearnos, nos mortifica, y donde creemos gozar, padecemos, donde alegrarnos, nos entristecemos?»

—«Es muy cierto: cuando recuerdo las primeras noches de invierno que pasamos juntos, aguardando la llegada de la primavera, para empezar nuestros viajes y nuestras correrías, y cuando recuerdo las ilusiones en que nos mecíamos, y observo lo que acabas de decir, me mortifica y me entristece hasta hacerme llorar.»

—«¿No es es verdad que á proporcion que desaparecen ó son mas raras las ilusiones de recrearnos, de alegrarnos y de gozar, nos sucede que el aislamiento, las contrariedades, las mortificaciones y la tristeza aumentan y se hacen mas sensibles?»

—«Creeme, Gerardo: te aseguro que ya no tengo ilusiones, porque desengañado con tantas y tan repetidas experiencias de ver convertidos en indiferencia y desprecio los soñados obsequios, en mortificacion los recreos, en penas, amarguras y tristeza las satisfaciones y los goces imaginarios y que todo son castillos en el aire; no tengo la menor ilusion, y no pocas veces me ha venido la tentacion de..... no quiero concluir.»

—«¡Qué!... de pegarte un tiro, de asfixiarte ó de arrojarte al mar? ya podias haberlo dicho: si no fuese por esa maldita duda de la nada, creo que ya lo hubiera ejecutado; pero el miedo de la nada ó de la posibilidad de la nada me espanta mas que cien bocas vomitando plomo é hierro contra mí, como me sucedió tantas veces en mi juventud.»

—«Tampoco temia la muerte en mi juventud, cuando soñaba en la riqueza y en la gloria, en los goces y en los placeres, que esta y aquella me habian de dar; muchas veces la miré de frente y poco menos que como inevitable, y no hice caso; pero el pensar que todo lo que poseo, que tanto me ha costado adqui-

rirlo, lo he de dejar para siempre, perdiéndome tal vez en la tenebrosa noche de la nada, me espanta y detiene mi mano ó mis pasos.»

—«Confesemos, Alexis, que con nuestros millones, con nuestras condecoraciones, con nuestro pomposo título de duque, con nuestros viajes y demás, somos dos seres desgraciados que no tenemos un momento de bienestar, sino muchos de sufrir y padecer, de amargura y de tristeza.»

Un respetable anciano que habia estado escuchando esta triste y desconsoladora conversacion, cuando observó que Gerardo y Alexis ó los dos duques iban á dejar aquel sitio, les llamó y les suplicó que escuchasen algunas palabras.

Habiéndose estos acercado, les dijo:—«Si mañana en la misma hora compareceis en este sitio y respondeis á las pocas preguntas que pienso haceros, tal vez os facilite el camino para salir de la triste situacion en que os hallais y para hallar el bienestar á que nos es dado aspirar en este mundo.»

Alexis y Gerardo, fijando la vista sobre el anciano, y luego mirándose el uno al otro, estuvieron algunos segundos sin desplegar los labios: al fin Gerardo dijo al anciano:—«Por mi parte queda aceptado el ofrecimiento:» «Por la mia tambien,» añadió Alexis: se saludaron y el anciano se marchó, tomando la direccion opuesta á la que iban á seguir Alexis y Gerardo.

4.

Llegó el anciano al lugar de la cita en el que Gerardo y Alexis le estaban aguardando ya, paseándose á lo largo de unos jardines cercados de una verja de hierro: juntóse el anciano con ellos, y despues del mas afectuoso saludo, les dijo:

—«Espero que respondereis con laconismo y con exactitud á las preguntas que voy á dirigiros.

» ¿No es verdad que así que entrasteis en la edad que lla-

man de razon, olvidasteis lo que se os habia enseñado en los primeros años, que no os acordasteis mas de dirigir súplica alguna al Criador, aunque creyerais en Él, y que mas adelante dejasteis de creer en Dios y en la vida futura ó que lo mirasteis todo con indiferencia?

»¿No es verdad que no creisteis mas que en las cosas visibles ó de este mundo, como la riqueza, la gloria y los goces que de esta y de aquella pensabais sacar, y que todo lo demás lo despreciabais ó mirabais con indiferencia?

»¿No es verdad que limitadas vuestras creencias ó pensamientos á la riqueza y á la gloria, habeis sido egoistas, no habeis visto mas que vuestra persona en todo, no habeis procurado mas que para vosotros, mirando á los demás con indiferencia en cuanto no les necesitabais, con desprecio y hasta con odio, cuando no se prestaban á fomentar vuestros goces?

»¿No es verdad que la riqueza, el título, los honores y las condecoraciones os han hecho formar la idea de ser superiores á los que no os igualan en honores y en riquezas?

»Espero que me respondais con franqueza: si he acertado en mis apreciaciones ó juicios, no me será difícil indicaros el camino que debereis seguir, si deseais de veras salir del triste estado en que os hallais.»

Alexis y Gerardo, mirándose un buen rato el uno al otro, sin decir una palabra, instados por el anciano, manifestaron ser cierto el juicio que habia él formado, y que en nada se habia equivocado.

Entonces el anciano, de la manera mas insinuante que supo, les dijo:—«Dios nos creó para amarle y para amarnos, y vosotros no habeis amado mas que la riqueza, la gloria y los goces materiales.

»Solo el amor á Dios y á nuestros semejantes es lo que nos da el mayor bienestar posible, fuera de este amor no hay mas que penas y disgustos, ilusiones y amarguras.

»Si amarais á Dios, hariais lo que puede agradar ó agrada mas á Dios, y como no hay cosa que pueda agradar mas á Dios que el hacer su voluntad, procurariais hacerla en todo, y Dios corresponderia á vuestro amor; haria tambien lo que podria agra-

daros mas, que seria daros el mayor bienestar posible en este mundo y la suprema dicha en el otro.

»Si amarais á Dios, amariais al prójimo ó á vuestros semejantes, por ser esta la voluntad de Dios, porque Dios lo manda; y vuestros semejantes os corresponderian, os amarian y harian por lo mismo vuestra voluntad ó lo que podria agradaros mas.

»Si amarais al prójimo le tratariais con interés, con afecto, con cariño, con franqueza y con humildad, esto es, como á un igual ó como á vosotros mismos, y vuestros semejantes correspondiendo á vuestro amor harian otro tanto con vosotros.

»Hasta ahora no habeis amado mas que á vosotros mismos, á la materia, á la gloria y á los goces que os imaginabais que habian de daros el bienestar; y habeis de saber que el egoismo, el amor de sí mismo, el amor á la materia y á los goces materiales no dan, ni pueden dar el bienestar ó la tranquilidad interior que deseais; porque no pueden corresponderos, ni hacer vuestra voluntad.

»Apresuráos á cambiar de conducta: en lugar de ser egoistas ó de no amar mas que á vosotros mismos, y en lugar de amar la riqueza, la gloria y los goces que emanan de la una y de la otra; amad á Dios y haced su voluntad; amad á vuestros semejantes, haciendo su voluntad en todo lo que podais y creais serles conveniente.

»Dios os corresponderá y hará vuestra voluntad en lo que os convenga, y vuestros semejantes os corresponderán tambien haciendo vuestra voluntad en lo que puedan y crean seros conveniente: y de este modo, ó por este camino, encontrareis la dicha que buscais.

»Pensad y meditad: no tengo mas que deciros: en lo dicho está el remedio para vuestros males: á Dios y que Dios os bendiga.»

Proferidas estas palabras desapareció para no dejarse ver mas, sin darles tiempo de dirigirle pregunta alguna, ni de devolverle siquiera el saludo.

Gerardo y Alexis permanecieron algun tiempo inmóviles en el sitio donde les dejó el anciano, y mirando como este se ausentaba; así que le hubieron perdido de vista, dieron algunos

pasos por delante de aquella verja con los ojos fijos en tierra y sin dirigirse la palabra.

Al fin Gerardo, dando á Alexis una mirada la mas expresiva ó significativa, le dijo:—«Y bien, ¿que médices, amigo, de la aparicion, de las observaciones, del lenguaje y de los avisos ó consejos de este anciano desconocido?»

—«Lo que me parece es que debemos pensar y meditar mucho sobre lo que nos ha dicho.»

—«A mí, Alexis, me parece que ha dicho grandes verdades, y que nosotros debemos mas bien obrar que pensar: mientras él hablaba, iba yo formando el plan que debemos seguir, ó mejor dicho, que yo me proponia seguir; acabaré de formarlo, y mañana podremos vernos en tu casa, en la mia ó donde quieras.»

—«Será en tu casa: yo iré á ella á las ocho de la mañana: completa entre tanto el plan, yo formaré tambien el mio.»

5.

Daban las ocho, cuando Alexis, que habia dormido muy poco durante aquella noche, subia pensativo la escalera de la casa de Gerardo, y hacia mas de media hora que éste, sentado junto á la mesa, estaba pensando y meditando, ínterin llegaba el momento de la cita.

Apenas se vieron y hubieron cambiado un corto saludo, dijo Alexis:—«En vano me hubieras aguardado, si el criado no me hubiese dispertado: he pasado toda la noche sin dormir y al amanecer el sueño me ha rendido.»

—«Yo, amigo, he dormido bien toda la noche, y puedo asegurarte que de algunos años á esta parte no habia pasado una noche mejor ni igual, porque convencido como estoy de la verdad de cuanto ha salido de la boca del anciano, entreveo otro porvenir mas halagüeño y esto me ha dado un sueño tranquilo.»

—«No nos precipitemos, Gerardo: sin embargo de que las observaciones del anciano parece que han derramado alguna luz sobre mi espíritu, no han dejado de suscitar algunas dudas que hubiera deseado aclarar, si no me lo hubiese impedido la precipitacion con que se marchó, y siento no haberle llamado.»

—«No sé qué dudas pueden haberte quedado en vista de unas observaciones tan justas y tan claras; no obstante, yo tambien tengo una, si quieres, pero no tengo mas que una.»

—«Quisiera que empezases manifestándome tu duda, toda vez que no tienes mas que una, y luego yo iré exponiéndote las mias.»

—«La duda que tengo, amigo Alexis, consiste en si tendré ó en si Dios me dará fuerza de voluntad bastante para cambiar unos hábitos tan inveterados, ó para abandonar vicios tan arraigados; pero estoy resuelto á luchar hasta conseguirlo: quisiera que tus dudas se disipasen, para que pudiéramos ayudarnos en la obra algo costosa que debemos emprender.»

—«Quisiera no tener dudas, porque en cuanto á la fuerza de voluntad me parece que tendria la suficiente.»

—«No creo que puedas tener duda alguna sobre la indiferencia ó el desprecio con que mirábamos á los demás y con que éramos nosotros mirados, sobre el aislamiento en que viviamos, sobre el tédio, la tristeza y el malestar que continuamente experimentábamos:

»No creo que dudes que los viajes y los cambios continuos de residencia, el visitar museos, el recorrer paseos, el asistir á partidas de caza, á banquetes, á bailes y teatros y el participar de otras diversiones ó pasatiempos, no ahuyentaban ni disminuian el tédio, la tristeza y el malestar que como sabes nos seguian en todas partes:

»No creo dudes que nuestro malestar aumentaba, cuando recordábamos nuestras riquezas, nuestros títulos y nuestros honores, y cuando pensábamos lo poco ó nada que valian para procurarnos un dia, ó una hora de verdadero placer ó gozo:

»En una palabra, no creo que dudes que á pesar de nuestra opulencia, de nuestros títulos y honores, sentiamos siempre un vacío en el corazon que nada del mundo podia llenar, que éra-

mos unos verdaderos desgraciados y que continuamente nos quejábamos de nuestra triste situacion.»

—«No repitas esto, Gerardo, porque me mortifica y me entristece el recordarlo.»

—«Pues bien, Alexis, si esto es cierto, ¿hemos de pensar en obrar como hasta ahora? Si continuamos obrando como hemos hecho hasta el presente, nuestro tédio, nuestra tristeza y nuestro malestar será el mismo; luego nuestro interés está en cambiar enteramente de conducta, en buscar el bienestar en otra parte y por otros medios.

»No podemos negar que en el fondo hemos creido siempre en un Sér Supremo, Autor de tantas maravillas como las que vemos y nos confunden, así en la tierra como en los espacios infinitos; y hemos de confesar que hemos sido poco lógicos en olvidarle, en mirarle con indiferencia, en no dirigirle una súplica, ni una accion de gracias;

»Que hemos sido poco lógicos en buscar el bienestar, no acudiendo para nada al que lo tiene todo en su mano omnipotente, á Dios Autor, Creador y Ordenador de todo;

»Que hemos sido poco lógicos pretendiendo que los demás nos admirasen ó nos mirasen como personajes importantes, que hablasen bien de nosotros, que inclinasen su frente delante de nosotros y que hasta nos sirviesen con gusto y con agrado; mientras que nosotros les mirabámos con la mas soberana indiferencia, con desprecio y hasta con odio.

»Debiamos haber pensado que los demás son hombres como nosotros, que si deseábamos una cosa, los demás la deseaban tambien, que si queriamos que nos admirasen ó nos mirasen por lo que éramos, los otros aspiraban á lo mismo;

»Que si deseábamos que hablasen bien de nosotros y que nos sirviesen con placer y con agrado, los demás deseaban lo mismo, y que lo mas acertado hubiera sido anticiparnos á hacer para los demás lo que queriamos que ellos hiciesen para nosotros.»

—«Yo, Gerardo, veo las cosas de distinta manera que tú: me parece que nuestra riqueza y nuestro título nos colocan en una esfera mas elevada que la que ocupa la generalidad, y de-

beria por lo mismo mirársenos con algun respeto y tenérsenos las consideraciones necesarias.»

—«Entendámonos, amigo: aun cuando las riquezas, los títulos y honores, representando nuestra actividad y laboriosidad, los servicios prestados en bien de nuestros semejantes y el buen uso de nuestras facultades físicas, morales ó intelectuales, nos coloque, si quieres, en esfera mas elevada para servir de ejemplo á los demás; nunca nos autorizarian para mirarles con indiferencia, ó para tratarles como séres inferiores al hombre;

»Mucho menos para exigir de ellos cuanto á nosotros nos plazca ó nos convenga, sin pensar en si á ellos les place ó les conviene y sin considerarnos nosotros obligados á hacer para los otros mas de lo que nos parezca ó queramos.

»Las riquezas, los títulos y honores, colocan al hombre en esfera distinta ó mas elevada para que sea visto de todos y desde todas partes, para ser imitado como modelo ó ejemplo de laboriosidad, de actividad y de moralidad al mismo tiempo: de aquí es que los que tengan la dicha de ocupar una esfera mas elevada, deberian dar contínuas y evidentes pruebas de sus buenas cualidades y especialmente de su moralidad.

»Medítalo bien, Alexis: yo desde hoy en adelante voy á cambiar de conducta: pensaré cada dia en Dios, como Criador y Autor de todo, le dirigiré mis súplicas y le daré gracias por las que Él me ha dispensado y me dispense; y procuraré tratar á los demás como deseo que ellos me traten á mí.

»Cuando me venga el pensamiento de que á causa de mi riqueza y de mi título debo ocupar un puesto mas elevado, recordaré que esta mayor elevacion me pone á la vista de todos y me obliga á dar buen ejemplo á los demás.

»Me propongo seguir por este camino que creo es el verdadero: me alegraré que me acompañes en él para podernos ayudar y alentar mútuamente.»

6.

Despues de celebrada la entrevista en casa de Gerardo, Alexis se dejó ver algunas veces durante los dos primeros meses; pero sin hablar una palabra sobre el cambio de conducta : pasados los dos meses aprovechó la ocasion de acompañar á Berlin á uno de los antiguos socios, para alejarse de Venecia y cortar toda relacion con Gerardo;

Porque no participaba de sus creencias, y porque se figuraba que cambiando Gerardo de conducta descenderia de la elevada esfera en que se habia colocado, y que su roce le rebajaría en el concepto público.

Mientras Alexis continúa sus viajes de placer y va como antes en busca de goces imaginarios, haciendo ostentacion de su riqueza y de su ducado; veamos el cambio que se opera en Gerardo con gran contento y satisfaccion suya.

El dia mismo de la entrevista con el anciano, principió Gerardo á pensar en Dios, y en dirigirle algunas súplicas, dándole gracias por el encuentro del anciano, y desde aquel dia no pasó uno en que no se dirigiera al Sér Supremo, y en los mas de ellos lo hacia al levantarse, al medio dia y al acostarse.

En cuanto á sus semejantes empezó á mirarles como á hombres ó como á séres de la misma naturaleza, luego como á hermanos, tratándoles al fin como tratarse debe un hermano, con sencillez y con franqueza, con humildad y con amor, dando la mano al desvalido y socorriendo al necesitado.

Cuanto mayor era el fervor con que se dirigia á Dios, mas aumentaba el deseo de amar y de hacer bien á sus semejantes y de tratarles por lo mismo con sencillez, con cariño y con humildad; y cuanto mayor era el bien que hacia á sus semejantes, mayor era la tranquilidad y el bienestar de que gozaba.

Por este camino llegó Gerardo en menos de un año á gozar

de una tranquilidad de espíritu, ó de un bienestar que hasta entonces no habia conocido y que en vano habia buscado en la riqueza y en los honores.

Se acostaba alegre y contento despues de hecha la plegaria, y se lavantaba con el mismo contento y satisfaccion para dirigir á Dios sus preces, y para repetir los actos de benevolencia, de cariño, de caridad y de otras virtudes.

Él mismo admiraba y no cesaba de admirar que en tan corto tiempo se hubiese operado en él un cambio tan notable, que el orgullo, la altivez y la vanidad se hubiesen convertido en sencillez y en humildad; que la indiferencia y el desprecio hubiesen sido reemplazados por la estimacion y el cariño;

Y sobre todo, que el olvido, la indiferencia y la ingratitud para con Dios, se hubiese convertido en amor á la plegaria, y en no saber pasar un dia sin dirigirse una ó mas veces al Criador, ya en accion de gracias, ya implorando su ayuda y su amparo.

Cuanto menos se acordaba de su riqueza y de sus títulos, y cuanto menos pensaba en su imaginaria superioridad á los demás, mayor era el respeto, la estimacion y el cariño que todos le demostraban, y esto le llenaba de admiracion.

Al comparar la triste y desgraciada situacion en que se hallaban Alexis y él la primera vez que les habló el anciano, con el contento y la satisfaccion que ahora inundaba su espíritu, no sabia como agradecer el feliz encuentro del anciano y el favor que Dios le habia dispensado.

Mientras que Gerardo con este cambio radical alcanzó el bienestar mayor que experimentarse puede; Alexis, siguiendo la misma conducta de antes, llegó á hacerse insufrible á todo el mundo y hasta á sí mismo.

Se encerró en el aposento mas apartado de su espacioso palacio, no queriendo recibir mas visita que la del médico; pero hasta el médico tuvo que abandonarle por no poder suportar sus preguntas y sus importunidades, sus reconvenciones y su mal humor.

Murió abandonado de todos, á la edad de cincuenta y dos años en un estado de inquietud, de frenesí y de desesperacion que daba lástima verle.

Gerardo por el contrario, vivió hasta los ochenta años, á pesar de sus heridas; fué querido y estimado de todos y su casa estaba siempre llena de amigos y de conocidos. El bienestar de que gozó despues del expresado cambio, era envidiable, acabó sus dias con la tranquilidad del justo, con la vista fija en el Cielo y dirigiendo sus plegarias al Criador.

AMOR Á MARÍA

ó

GERÓNIMO EL ALFARERO.

1.

María desea y merece nuestro amor por muchos títulos y respetos, cada uno de los cuales es bastante por sí solo para que la amemos de todo corazon y con todo nuestro espíritu:

Lo desea y lo merece, porque es Madre del eterno Dios Hijo, Redentor y Salvador nuestro; lo desea y lo merece porque es nuestra Madre y co-Redentora misericordiosísima, Clementísima y Caritativa sin igual;

Lo desea y lo merece por ser la Reina de Cielos y Tierra, por ser la Intercesora y Medianera entre Dios y el hombre, y por ser la Dispensadora de las Divinas gracias;

Lo desea y lo merece porque, siendo nuestra Madre y la mejor de todas y que todas las madres juntas, nos ama á todos con un amor sin igual, y desea ser correspondida como y mas que nuestras madres naturales ó carnales, y lo merece mas que estas;

Lo desea y lo merece porque, queriendo, como quiere, tenernos todos á su lado, incesantemente vigila y ruega por nosotros y nos hace partícipes de las Divinas gracias, y porque no perdona medio alguno para reconciliarnos con el Padre Celestial, para alcanzarnos su Gracia y para conservarnos en ella;

Lo desea y lo merece, porque nuestras débiles plegarias, nuestras pequeñas obras y demás escasos méritos los eleva junto con los suyos y los de su Corte Celestial al Eterno Padre, para alcanzarnos la gracia que pedimos al Omnipotente.

Lo desea y lo merece, porque no hacemos súplica alguna, que no sea acogida por María, que no sea elevada y recomendada al Eterno Padre, y que en el caso de no poder ser atendida por no convenirnos, no sea recompensada por María con alguno de los beneficios ó gracias de que puede disponer;

Lo desea y lo merece por ser la Protectora del desvalido y del desamparado, el Consuelo del afligido y atribulado, la Luna que nos alumbra á la par que el Sol Divino, la Estrella que nos guia y nos enseña el buen camino, el Iris que serena las tempestades del corazon y nuestra mejor Amiga;

Lo desea y lo merece, en fin, porque seria nunca acabar si quisiéramos expresar todos los títulos ó conceptos, por los cuales debemos amar á María, porque el amor á María nos da el mayor bienestar posible en este mundo, y es el camino mas seguro y mas recto para la eterna Gloria.

De entre la infinidad de personas que podrian citarse por haber tocado los sorprendentes y maravillosos resultados del amor á María, recordaremos tan solo la historia de Gerónimo, el alfarero, y la de sus hijas, Encarnacion y Candelaria.

A mediados del siglo diez y siete se estableció en las posesiones españolas de Ultramar el huérfano Gerónimo, conocido por el virtuoso alfarero, nacido en una de las provincias de España, ignorándose cual de ellas, dedicado al oficio de alfarero y al cual su buena madre habia inculcado, desde sus primeros años y con provecho, el amor á María.

Huérfano de padre en la edad de diez años, al cumplir los quince lo quedó tambien de madre: esta sepultada en el lecho y próxima á morir llamó á su hijo que lo era único, y cogiéndole de la mano exclamó:

—«¡Hijo mio, hace cinco años que perdiste á tu padre y antes de poco vas á perder á tu madre; pero otra madre te quedará que vale muchísimo mas que yo!»

En seguida, sin soltar la mano del hijo, levantó los ojos y

los fijó en una imágen de la Vírgen que estaba colocada en la pared de enfrente, é imitando la recomendacion del Divino Jesus dirigida á María y á Juan desde lo alto del Sagrado Leño, dijo: —«**Madre mia, aquí tienes á tu hijo,**» y luego, estrechàndole la mano, añadió: «**Hijo mio, aquí tienes á tu Madre.**»

Sin poder articular otra palabra soltó la mano del hijo y cerró los ojos para no abrirlos mas.

Gerónimo, despues de haber besado una, dos, tres y mas veces la mano de la que fué su madre, y despues de haber pronunciado otras tantas veces las palabras, «**Dios te tenga en su gloria,**» volviéndose hacia la Imágen de la Vírgen, le elevó con todo fervor la siguiente súplica:

—«Habeis oido, Vírgen Santísima, la recomendacion de la que fué mi madre en la Tierra. . . . . de aquí en adelante Vos sereis mi Madre..... tomadme bajo vuestro amparo y proteccion..... soy vuestro hijo y procuraré amaros como debe un hijo amar á su madre.»

2.

Nueve dias habian pasado desde la muerte de la madre de Gerónimo, sin dejar este de dirigirse en uno solo de ellos á María con sincero amor y con fé de que seria escuchado, y de suplicarle que le protegiese y amparase, que no le dejara de su mano y que le señalara el camino que debia seguir.

En el postrero de los nueve dias y en el acto mismo de acabar la plegaria, cayó en un sueño el mas profundo, que podria muy bien haber sido un verdadero éxtasis, y durante él oyó una música la mas dulce y armoniosa que hubiese llegado á sus oidos en toda su vida, y al fin una voz tan dulce y suave como la música que le dijo: «**Imitala y este es el camino que debes seguir.**»

Dispertó Gerónimo del sueño ó éxtasis rebosando de contento, como si hubiera oido la voz y la música estando realmente despierto ó dudando si lo estaba:

Para él fué lo mismo que si lo hubiese estado, porque le parecia que aun estaba oyendo una y otra cosa; así fué que el aviso ó consejo que recibió durante el sueño ó éxtasis lo consideró como aviso y consejo enviado por María, y se propuso seguirlo en todo cuanto pudiera y supiera;

Porque además de creer que venia de María, decia para sí: «¿puede por ventura trazárseme mejor camino que el seguido por la mas pura y la mas perfecta de todas las criaturas?»

Gerónimo, no olvidando el consejo, procuró enterarse bien de la vida de María ó de lo que hizo mientras estuvo en este mundo, especialmente de las principales virtudes que practicó, que en último resultado fueron todas.

Así fué que, implorando siempre la ayuda y el amparo de María, hizo cuanto pudo para ejercitarse principalmente en la fé en Dios y en la humildad, en la abnegacion y en la resignacion, en la paciencia y en la conformidad á la voluntad del Eterno.

Pasados los primeros dias de la muerte de su madre, se colocó Gerónimo de aprendiz alfarero, y durante los cuatro años de aprendizaje se esmeró en practicar las expresadas virtudes y en cumplir con su deber.

Al paso que dirigia, sin olvidarlo un solo dia, sus plegarias á Dios y á María, era sumiso y obediente á cuanto se le mandaba, en particular á la voz del amo; siempre el primero en el trabajo y en encargarse de lo que mas repugnaba á los otros, y siempre el último en la mesa, recibiendo con agrado lo que se le daba, que era por lo comun lo que los otros no querian.

Sufria con resignacion y paciencia las reconvenciones y hasta los denuestos, por inmerecidos que fueren, no solo los del amo, sino tambien los de los demás, y sufria tambien con paciencia las contrariedades ó contratiempos, que nunca faltan en este mundo de prueba, sin que de su boca salieran otras palabras que la de **sea todo por Dios y por María.**

Acabado el aprendizaje, continuó de mancebo con el mismo

amo, y pareciéndole que aun no habia salido del aprendizaje, no obstante de ser el mejor mancebo del obrador, procuraba como antes ser el primero en el trabajo y cargar con los mas penosos y repugnantes.

Sufria con toda paciencia y resignacion, lo mismo que durante el aprendizaje, las reprensiones y dicterios así del amo, como de los otros mancebos y todo género de contrariedades, no saliendo de su boca mas que **todo sea por Dios y por María.**

El tercer año cayó enfermo, viéndose privado de dedicarse al trabajo y por lo mismo de ganar salario alguno por espacio de unos dos meses: como durante la enfermedad gastaba el doble que antes, en dos semanas consumió las escasas economías que habia hecho.

No sabiendo como mantenerse ni como hacer frente á los gastos de la enfermedad, sin desconcertarse ni impacientarse, dirigió á Dios, y especialmente á María, sus plegarias acostumbradas y la de que le librasen de aquella tribulacion y le diesen paciencia para sobrellevarla.

Le vino, sin tardar, el pensamiento de hacerse trasladar al hospital: supo el amo que Gerónimo iba á realizar este pensamiento y le ofreció costear la manutencion y los gastos de la enfermedad; y así pudo continuar siendo cuidado por las mismas personas.

Habiendo entrado en el estado de convalecencia, quiso volver al obrador, pero quedó tan débil que á pesar de sus buenos deseos y de asistir cada dia al taller, no le fué posible dedicarse al trabajo.

Viendo que iban pasando dias y mas dias, que no podia trabajar y que su amo tenia que costear la manutencion, para no serle gravoso, le dió á entender que queria cambiar de aires, pasando á otro punto; así lo hizo, trasladándose á otra poblacion distante cerca de tres horas, y allí, dándole hospedaje con ciertos fines, una familia, al parecer pobre, se mantuvo pidiendo limosna en la puerta de la iglesia y en otros parajes públicos.

A los pocos dias se practicó por la justicia un reconocimiento en la casa donde estaba hospedado, y debajo del jergon donde

dormia Gerónimo, se encontraron escondidas dos toallas grandes con blondas y bien dobladas y varias alhajas de plata, perteneciente todo al Culto divino: la justicia se apoderó de estos objetos y de los habitantes de la casa, menos de un muchacho de unos ochos años que quedó libre, pero bajo el cargo del alguacil.

Gerónimo que sin saber, ni poder presumir el motivo, porque no presenció el hallazgo de los objetos debajo de su cama, se vió preso y rigurosamente incomunicado, tuvo gran pena y amargura: despues de luchar de dia y de noche con esta tribulacion, acudió al recurso ordinario de la plegaria, pronunciando al fin las referidas palabras, **sea todo por Dios y por María:**

Apenas acabó de pronunciarlas, se le ocurrió que debia dar sus explicaciones; que por ellas se conoceria su inocencia y se le pondria en libertad; con este pensamiento pudo conciliar el sueño y quedó profundamente dormido, no dispertando hasta que le llamó el carcelero y le intimó que se levantase y le siguiese, porque debia presentarse al tribunal.

Gerónimo se presentó al juez, pensando que daria sus explicaciones y se le pondria en libertad; pero el juez se limitó en preguntarle lo siguiente: «Si pedia limosna, si la habia pedido en la puerta de la iglesia parroquial, si solia pasar todos los dias algunos momentos dentro de la iglesia, si lo hacia especialmente al amanecer y al anochecer, si dormia en el jergon de la casa de los consortes N., colocado en el cuartito obscuro, si él mismo se arreglaba la cama.»

Gerónimo, no solo contestó afirmativamente á todas estas preguntas, sino que añadió que algunas veces habia sido el primero de entrar en la iglesia al amanecer y el último de salir por la noche.

Sin que se le permitiera dar mas pormenores, se le condujo otra vez á la cárcel y se le encerró en un obscuro calabozo con doble puerta: si bien al verse tratado de este modo, se entristeció hasta derramar algunas lágrimas, se tranquilizó al fin, pensando que era inocente, y acudiendo al recurso ordinario de la plegaria y á la inolvidable frase, **sea todo por Dios y por María.**

3.

Pasados tres dias, que para el pobre Gerónimo fueron tres años, se le puso en comunicacion, que fué peor que haber permanecido incomunicado, porque se le dijo que los consortes que le habian dado albergue estaban en libertad, que él tardaria en salir de la cárcel, y que era probable que saliera para sufrir la pena grave que se aplicaba á los ladrones de cosas sagradas, que era la de muerte.

¡Figurémonos cuál seria la pena, el dolor y la amargura de Gerónimo al verse tratado de ladron, y de ladron de cosas sagradas, cuando poseia en tan alto grado los sentimientos religiosos y cuando los practicaba con tanta sinceridad!

Todo coincidia para aumentar la gravedad de la gran tribulacion que pesaba sobre Gerónimo. Recapacitaba que tendria que sufrir una larga prision, cuando habia pensado salir pronto de ella; sabia que los consortes que le habian albergado, estaban ya en libertad, y recordaba por fin que se le trataba de ladron y de ladron de cosas sagradas.

Consideraba que imponiéndosele la pena de muerte, se le privaba para siempre de acreditar su inocencia y que moriria como un gran criminal, mirado con desprecio y con horror, é indigno de compasion: todo, todo contribuia á agravar su terrible y penosísima situacion.

No era posible que un jóven enfermizo, inocente y virtuoso como Gerónimo, hubiese podido resistir un dia á tantos, tan terribles y tan injustos golpes á la vez, á no darle fuerzas sus mismas virtudes, su misma inocencia, y sobre todo su poderosa Protectora.

Es verdad que Gerónimo, acudiendo al remedio acostumbrado, resistió á ellos; pero no podia ó no sabia recobrar, como otras veces, la tranquilidad y el sosiego interior: pasó dos dias

con sus noches sin poder conciliar el sueño, y hubiera pasado mas, hasta perder la vida, si su Divina Protectora no le hubiese alentado.

La noche del tercer dia, dirigiendo Gerónimo sus preces al Cielo, é implorando el amparo y la proteccion de María con todo el fervor de su espíritu, vió el calabozo iluminado por una luz tan clara, tan sutil y tan penetrante que, cuanto mas cerraba los ojos mas clara la veia; pero al mismo tiempo tan dulce y tan suave que cuanto mas la miraba, mas le agradaba mirarla.

Desapareciendo esta luz, que solo podia bajar del cielo, Gerónimo quedó dormido hasta que el carcelero le entró un poco de pan y agua y le dijo que si no se defendia del grave cargo de ladron de cosas sagradas, podia prepararse para morir cristianamente.

Gerónimo, en lugar de entristecerse, se alegró y dió gracias á Dios y á María, pensando y no dudando que á ellos debia el que se le permitiera defenderse, sin poder presumir ni imaginar que aun le esperaban mayores penas y tribulaciones que las pasadas.

Serian las doce de la mañana siguiente, cuando fué por segunda vez presentado al tribunal: el juez le hizo jurar que diria la verdad: hecho el juramento, le intimó que confesara que quedando alguna noche escondido en la iglesia parroquial habia robado toallas y varias alhajas destinadas al Culto:

Que los objetos robados los escondia, hasta que tenia ocasion para ir á venderlos fuera de la poblacion, debajo del jergon donde dormia, dando á entender á los consortes N. que lo que metia debajo del jergon era lo que recogia de limosna:

Que parte de los objetos robados, los mismos que tenia á la vista, habian sido encontrados debajo de dicho jergon la tarde que fué registrada la casa por sospechas que tenia el tribunal.

Géronimo alentado por su inocencia, quedó tranquilo, pensando que con negar los cargos y con dar algunas explicaciones, saldria victorioso; pero apenas hubo negado los cargos, apelando al testimonio de los consortes N, se presentaron estos á desmentirle, afirmando lo contrario con juramento, cuya afir-

mativa le dejó asombrado y sin sentido, cual si junto á él hubiese caido un rayo:

Hízosele salir inmediatamente de la presencia del tribunal, llevando trás si las miradas de indignacion y de desprecio de todos, por considerarle ladron de cosas sagradas y ladron habituado al crímen, en vista de la serenidad y sangre fria con que habia negado unos cargos tan justificados.

Encerrado otra vez en el mismo calabozo, no sabia lo que le pasaba: estaba como fuera de sí, sin acertar á coordinar idea alguna, ni á rezar siquiera, olvidando el recurso ordinario, como si hubiese perdido la fé en Dios y en María, y no sabiendo hacer otra cosa que repetir varias veces estas frases;

—«¡Yo quedarme noches enteras á dormir en la iglesia, cuando ni una me quedé fuera de casa!..... ¡Yo esconder cosas debajo del jergon, cuando no tenia mas que lo que llevaba encima!.... ¡Yo compremeter y engañar á los que me daban hospitalidad!... ¡Yo!.....¡yo robar en el templo..... en la casa del Señor..... y una corona de la Vírgen!..... ¡yo!..... ¡yo!.... » y volvia á repetir lo mismo.

Despues de haber repetido muchas veces las antecedentes exclamaciones, como si se sintiera obligado por una fuerza invisible cayó de rodillas y derramando abundantes lágrimas, prorumpió en estas quejas dulces y amorosas:

—«¡Qué he hecho, Dios mio, que dejais pesar sobre mí tan grande infortunio! ¡Tened compasion de mí!..... ¿Vos que sabeis mi inocencia, me abandonareis?..... y tú, Madre mia, que lo sabes tambien; ¿tambien me abandonarás?..... ¡Oh!..... no.... no...»

Despues de un largo rato de silencio iba á pronunciar la acostumbrada frase, **sea todo por Dios y por María**, cuando quedó sentado sobre los talones de sus piés y dormido al momento, teniendo un sueño que mas adelante hubo de librarle de la gran tribulacion que sobre él pesaba.

Consistió el sueño en ver á un muchacho como de unos seis á siete años, que siendo de dia sacaba varios objetos del cajon de una mesa y los colocaba debajo de un jergon, y que al anochecer los volvia á poner otra vez en el mismo cajon y que estas operaciones y viajes los repitia varias veces.

En aquel momento no atinó que aquel sueño pudiese servir para algo y mucho menos para su defensa: mientras estaba pensando en su desgraciada situacion fué otra vez sacado de la cárcel y conducido á una sala algo espaciosa.

En medio de ella habia un brasero encendido, cerca del mismo un banco parecido á los de desollar las reses, con unas cuerdas de esparto al pié, y con otras pendientes de un anillo ó aro de hierro suspendido en el techo con varias pesas de quintal, medio quintal y arroba en el suelo: era la sala donde se daba tormento á los tratados como reos para hacerles confesar los cargos que se les hacian (1).

El notario leyó á Gerónimo la sentencia que le condenaba á sufrir el tormento por haber negado la verdad, y el juez le advirtió que si no confesaba ser verdad lo que habia negado, sufriria el tormento (2); y como Gerónimo insistiera en la negativa, dispuso el juez que se le colocara en el banco.

Tendido Gerónimo en el banco antes descrito y estando casi desnudo, sufrió el tormento de la compresion del cuerpo con las cuerdas de esparto, ceñidas al mismo, y apretadas por medio de unos palos que servian de torniquete; é insistiendo en negar, se le suspendió en el aire atado por el dedo pulgar de la mano derecha al extremo de la cuerda pendiente del techo, y sosteniendo hasta siete arrobas atadas al dedo mayor del pié izquierdo (3).

---

(1) Así realmente estaban en Cataluña las salas llamadas de la prueba por el tormento, en muchas de las villas señoriales aun en los años de 1660 y siguientes.

(2) La fórmula, copiada de tres distintos procesos, que usaba el juez cuando el supuesto reo estaba en el tormento era lo siguiente: **y porque no ha dicho la verdad, apliquesele el tormento**, esto es, porque el supuesto reo habia negado el cargo, tal vez, con sobrada razon, como en nuestro caso.

(3) Estos dos tormentos fueron aplicados en los años de 1657 al de 1662 en dos villas señoriales de la provincia de Barcelona, en la una de ellas á unas pobres mujeres acusadas de brujas, de volar por los aires, de causar daño á animales y á personas, de bailar y de tener comunicacion con el diablo vestido de negro y de señor, con otras extravagancias que la decencia no permite copiar aquí; habiéndose nombrado un perito que se decia práctico en el convencimiento de las reputadas por brujas, el cual declaró que por la pericie que tenia en la materia y por las señales observadas y pruebas hechas, relacionaba que las encausadas eran realmente brujas y comunicaban con el demonio.

Gerónimo sufrió con resignacion ambos tormentos, sin dar una sola queja, ni proferir un *ay*, no obstante que todos los demás sometidos á la prueba del tormento proferian mil ayes y todo género de exclamaciones (1) en fuerza de los agudísimos y atroces dolores de la dislocacion y quebrantamiento de huesos.

A Gerónimo no se le oyó mas que la exclamacion, **¡sea todo por Dios y por María!** proferida tres ó cuatro veces y con voz dulce y resignada, lo que llenó de admiracion á las ocho ó diez personas que presenciaban aquellos actos de horrible barbarie; á pesar de que solian presenciarlo con serenidad y sangre fria, la heróica resignacion y dulzura de Gerónimo, parecida á la de los primitivos mártires, les dejó estupefactos y asombrados.

Dispuso el juez, siguiendo el dictámen de los facultativos, que Gerónimo fuese sacado del tormento, metido en cama y asistido con todo lo necesario; y que luego de estar curado se diese aviso.

Dado el aviso dentro de algunos dias, se leyó á Gerónimo la sentencia de muerte en alta horca, y que antes de ser ejecutado, sufriese otra vez el tormento para obligarle á revelar los cómplices que se suponia haber tenido en los robos de las cosas sagradas (2).

Gerónimo, falto enteramente de salud, por cuyo motivo tenia que pedir limosna, debió haber sucumbido apenas se le aplicó el primer tormento; sin embargo, resistió los dos aplicados con todo rigor, y no solo los resistió sino que repuesto del quebrantamiento y dislocacion de huesos, se encontró sano y robusto, como jamás lo hubiese estado.

Esto que admiró y asombró á todos y que les daba á cono-

---

(1) En el proceso escribia el actuario cuantas palabras salian de la boca del torturado, hasta los **ayes** y las demás exclamaciones, por manera que, habiendo procesado que proferia los ayes y las exclamaciones á docenas ay, ay, ay, ay, ay, etc. ¡Jesus, Jesus, Jesus, Jesus, Jesus!... Jesus María, Jésus María! etc. que reviento, que muero, que no puedo mas etc., todo se escribia: siendo á veces indispensable sacarles del tormento ó suspender la continuacion de este, á causa de opinarlo así los dos facultativos, médico y cirujano que presenciaban el acto.

(2) Esto mismo se acordó en uno de los citados procesos: el supuesto reo fué condenado á muerte y á sufrir el tormento antes de ser ejecutado; sufrió realmente el tormento y luego la pena de muerte.

cer la mano de Dios que protegia y amparaba al inocente, pasados los primeros momentos, aumentó la indignacion y el desprecio con que se miraba á Gerónimo, considerándosele como un gran criminal, como un criminal sin ejemplar, habituado al crímen, á las cárceles y hasta al tormento.

4.

Iba á aplicársele á Gerónimo otra vez el tormento para obligarle á descubrir los cómplices, y acto continuo la pena de muerte en alta horca delante toda la poblacion que lo aguardaba indignada y que deseaba presenciarlo, cuando le vino el pensamiento de referir el sueño relativo al muchacho de seis á siete años y á la traslacion de los objetos, extraidos del cajon de la mesa y colocados debajo del jergon, y advirtió al carcelero que deseaba hablar con el juez.

Avisado este, pensando que Gerónimo para evitar la prueba del tormento y probar si se libraria de la pena de muerte á que estaba condenado, iba á confesarlo todo y á descubrir á sus cómplices, se trasladó á toda prisa á la cárcel, lleno de contento por figurarse que la confesion del reo justificaria el acierto con que él habia procedido.

Quedó enteramente burlado al ver la serenidad con que Gerónimo negó de nuevo todo lo que falsamente se le imputaba, y refirió al propio tiempo el sueño que hacia algunos dias habia tenido, diciendo que tal vez el muchacho, hijo de los consortes que le habian dado acogida en su casa, podria dar alguna explicacion.

El juez habiendo oido con desprecio y con indignacion el expresado relato, y considerándolo como un ardid ó pensamiento del supuesto reo, dirigido á diferir así la prueba del tormento como la aplicacion de la pena de muerte, iba á retirarse y á dar las órdenes para la ejecucion de una y otra cosa;

Pero habiéndole advertido el actuario que el procedimiento se consideraria defectuoso, si no se evacuase la cita del muchacho, y que por otra parte apareceria mas patente la maldad del reo, añadiendo á sus crímenes la burla hecha al tribunal; el juez despues de algunos momentos de perplejidad accedió á la práctica de aquella diligencia.

Trasladóse el tribunal á la casa expresada, en la cual precisamente encontraron solo al muchacho de ocho años, por haber salido sus padres: observando el alguacil que en un rincon del cuarto donde estos dormian, habia una mesa vieja con cajon, lo hizo notar al juez y al mismo tiempo se adelantó y lo abrió.

¡Cuál fué la sorpresa del tribunal al ver que habia diversos objetos nuevos que habian desaparecido ó sido robados de una tienda, y sobre cuya desaparicion imputada á la criada se procedia criminalmente, é iba el juez à sujetar á aquella á la bárbara prueba del tormento!

Empezó el juez por examinar al muchacho sobre la procedencia de aquellos objetos, sobre el dia y la hora que los habia visto por primera vez, y sobre quien los trajo: el muchacho que además de no tener la edad para fingir no estaba prevenido para semejante lance, dijo la verdad de cuanto sabia, y se convenció el tribunal de que aquellos objetos eran los mismos que habian sido extraidos de la tienda.

Luego hizo al muchacho algunas preguntas alusivas al sueño referido por Géronimo y con las explicaciones sencillas del muchacho se convenció tambien que los autores del robo de las cosas sagradas eran igualmente los padres del mismo, quienes por via de precaucion, por lo sospechosa que era su conducta, de dia hacian colocar aquellos objetos debajo del jergon y por la noche los hacian trasladar al cajon de la mesa, para que no fuesen vistos por Géronimo al tiempo de acostarse.

En este estado llegaron los padres que, siendo reconocidos en el acto, se les encontró en sus bolsillos varias llaves, dos limas, y un escoplo, cuyos útiles confirmaban la verdad de lo que acababa de averiguar el tribunal.

Mientras que á aquellos consortes se les encerraba en los dos calabozos mas obscuros, habiéndose sacado de uno de ellos

á Gerónimo, el juez participaba á este que podria estar tranquilo, que no habria tormento ni horca, y que al dia siguiente seria puesto en libertad; que lo del sueño le salvaba, poniendo en claro la verdad de las cosas: dió orden para colocar á Gerónimo en el mejor aposento.

En seguida se marchó cabizbajo meneando la cabeza y levantándola de vez en cuando al Cielo, mordiendo el pañuelo que tenia en la mano y haciendo otros gestos que indicaban claramente la gran pena que le daba la ligereza y el poco tino con que habia obrado, dando libertad á los consortes N., y sujetando al pobre Gerónimo á la prueba del tormento.

Aquella noche ni cenó ni pudo conciliar el sueño, el remordimiento se lo impidió: luego de amanecer, hizo prepararlo todo para aplicar la prueba del tormento á los consortes presos, al momento de negar uno solo de los hechos que tenia averiguados el tribunal.

Conducidos estos á la presencia del juez fueron interrogados separadamente el uno del otro; incurrieron en diferentes contradicciones acerca la procedencia de los objetos hallados en el cajon de la mesa, y sobre el tiempo de su adquisicion, y ambos negaron todo cuanto habia relacionado el muchacho tanto sobre estos objetos, como acerca de los hallados debajo del jergon.

Dada la sentencia para la prueba del tormento, y principiando por la mujer, que como mas débil era regular que fuera menos tenaz en negar la verdad, fué esta, despues de las advertencias de costumbre, colocada sobre el banco, é insistiendo en negar los cargos, se empezó á darse vueltas con el palo y á estrechar la cuerda de esparto; no pudiendo tolerar los dolores que la causaba la compresion, pidió á gritos que la sacaran que diria la verdad de todo.

Desligada y sacada del banco, confesó que los objetos hallados en el cajon de la mesa, habian sido robados al tendero, introduciéndose ella y su esposo en la tienda, con el auxilio de las llaves que se les encontraron.

Confesó tambien ser cierto cuanto habia revelado su hijo, manifestando la causa que les obligaba á trasladar ó hacer trasladar los objetos por el muchacho, desde un punto á otro que

era la misma que habia sospechado el tribunal; y dió tales detalles que no dejó la menor duda en el ánimo del juez.

El marido lo negó todo como anteriormente y se mantuvo en la negativa, sin arredrarle la vista de los instrumentos del tormento: sufrió el del banco ó de la compresion, dando fuertes y descompasados gritos; y cuando iba á aplicársele el de la suspension, pidió que no se le sujetara á él y confesó como su esposa la certeza de los cargos.

El juez lleno de confusion, de vergüenza y de remordimientos, no sabia como reparar el mal que habia causado á Gerónimo; creyó al fin conseguirlo en parte disponiendo que fuese puesto inmediatamente en libertad, conducido á la mejor posada y mantenido á costas del mismo juez hasta nueva disposicion ó todo el tiempo que fuese necesario.

Gerónimo lleno de contento y de gratitud, quiso antes de ir á la posada presentarse, como lo efectuó, ante el juez, y arrodillándose á sus piés y besándolos, le dió las gracias por haber aclarado tan pronto la verdad, manifestándole que perdonaba de veras á todos los que le habian hecho algun mal; lo que aumentó en un principio la confusion, la pena y los remordimientos del juez, pero al fin le tranquilizó.

Al salir de la presencia del juez, se fué al templo á dar gracias á Dios y especialmente á María por la eficaz proteccion que reconocia haber recibido de Ella con la gracia singular del sueño, que puso á salvo su inocencia, y sin el cual no tenia mas remedio que morir como un criminal, que era lo que le causaba mayor pena.

Sintiéndose algo desfallecido, porque nada habia comido desde el dia anterior, se dirigió á la posada que se le habia designado, con ánimo de tomar algun alimento, y abandonar desde luego aquella poblacion; pero no pudo realizar su pensamiento, por habérsele dicho que luego de haber comido iria el juez á verle.

Apenas hubo comido, para evitar toda molestia al juez, se fué en busca de él, y encontrándole en su casa, le manifestó que iba para saber lo que se le ofrecia, pues no podia consentir que él pasara á la posada.

El juez, haciéndole entrar en su despacho, le leyó la sentencia que acababa de firmar, con la cual condenaba á los consortes N. á morir en alta horca, y á él, le absolvia de la manera mas completa y mas satisfactoria.

Pensaba el juez que Gerónimo se alegraria de ver cómo y con cuánta prontitud caia el castigo sobre los verdaderos culpables del robo, y al mismo tiempo causantes de los malos tratamientos que él habia experimentado.

¡Cuánta no fué su sorpresa y admiracion al ver á Gerónimo que, sin fijar atencion alguna en la parte de la sentencia en la que se le absolvia, se arrodillaba á los piés del mismo, y con las lágrimas en los ojos le pedia el perdon de aquellos desgraciados!

Con dificultad pudo el juez hacer levantar á Gerónimo, que se obstinaba en no hacerlo, sin obtener antes el perdon que solicitaba; pero al oir que ni él ni nadie podia sobreponerse á la ley, se cubrió el rostro con ambas manos, no cesando de llorar y prorumpiendo en varias exclamaciones, como si se arrepintiera de haber revelado el sueño.

El juez hizo cuanto pudo para tranquilizar á Gerónimo: así que este iba á salir para ausentarse de la poblacion, sin volver siquiera á la posada, el alguacil preguntó que haria del muchacho despues de la muerte de sus padres.

Al momento de oir Gerónimo hablar del muchacho, cayó otra vez de rodillas á los piés del juez, y en nombre de Dios y de María, y sobre todo en descargo de su conciencia, pidió que se le entregase el muchacho, porque él debia ser su padre, por mas indigno que fuere de este cargo.

Al ver el juez este nuevo rasgo de generosidad y de caridad al propio tiempo, no pudo contener las lágrimas, y levantando á Gerónimo exclamó:—«¡Cuánto siento buen hombre, hombre singular, el mal que os he hecho!... ¡Ah! ¡perdonadme y abrazadme, aunque sea indigno de ello!»

Gerónimo, abrazando al juez, le dijo:—«¿No es verdad que me entregais al muchacho?...» El juez, desprendiéndose de los brazos de Gerónimo y corriendo hácia el aposento inmediato, sin decir una palabra, volvió luego con un bolsillo en la mano y lo puso en la de Gerónimo diciéndole:

—«Aquí tienes esto para mantener algun tiempo al muchacho, encárgate de él y procurad ambos salir luego de la poblacion, para no presenciar el desgraciado, pero merecido fin de los padres.»

5.

Al cabo de un cuarto de hora de estas conmovedoras escenas, Gerónimo, dando la mano al muchacho, se dirigia al templo á dar gracias y á rogar los dos para los padres de este, arrancando lágrimas de ternura á toda la poblacion.

Luego de haber cumplido con este deber religioso, salieron de la poblacion, para no poner mas los piés en ella, sin saber ni el uno ni el otro á donde se dirigian.

Habiendo andado un largo trecho sin proferir una palabra, Gerónimo, para distraer al muchacho y empezar á atraerse su estimacion, sacó el bolsillo que el juez habia puesto en sus manos y sin mirar lo que contenia, se lo entregó, diciendo: —«Mira, tambien soy rico: veamos si sabes decirme que cantidad hay en él.»

Mientras el muchacho sacaba del bolsillo, reconocia y contaba las monedas, en lo que ocupó bastante tiempo, porque no conocia el valor de varias de ellas; Gerónimo elevó el pensamiento á Dios, pidiéndole perdon del mal que podia haber hecho á los padres de aquella criatura y rogando con fervor para ellos.

En seguida imitando lo que hizo con él su madre poco antes de morir, puso al muchacho bajo la proteccion y el amparo de María, y le suplicó que dirigiera los pasos de ambos, para que jamás, si así convenia, se vieran ni el uno ni el otro en la necesidad de volver á la poblacion que acababan de abandonar.

Sin advertirlo, mientras el muchacho le iba enseñando algunas monedas y le preguntaba por su valor, abandonaron el camino principal que seguian y tomaron el mas angosto, que conducia precisamente á la poblacion donde Gerónimo habia hecho el aprendizaje de alfarero.

Así que este reconoció el terreno y descubrió la poblacion, determinó ir á visitar á su antiguo amo y maestro, no para pedirle trabajo, sino informes y consejos acerca el punto donde podria dirigirse para alejarse cuanto pudiera de la poblacion de la cual venia.

Precisamente en aquellos dias el maestro estaba buscando á un jóven de buena conducta para enviarle á Ultramar, con dos objetos, esto es, para servir á un amigo que se lo pedia y para tener en el continente Americano á una persona de su confianza que recibiera y expendiera los artefactos de alfarería que él le remitiese.

Desde luego hubiera aceptado la proposicion que le hizo el maestro, pero no acordándose en aquellos momentos del bolsillo, dijo que si bien le gustaria ir, no podia verificarlo, no teniendo con que pagar el viaje: el amo, pensando que solamente se trataba del viaje de Gerónimo, le contestó que él se lo anticiparia; mas como comprendiera que tambien deberia anticipar el del muchacho, titubeó en hacerlo.

Entonces, dándose Gerónimo una palmada en la frente, como recordando afortunadamente algo, metió con disimulo la mano en la faltriquera del muchacho y sacó el bolsillo; se enteró de la cantidad que contenia, y viendo que habia para el viaje de los dos, dijo á su amo que contase con él, que ya se arreglaria para el viaje.

Hospedóse en la misma casa donde habia estado enfermo; pasó quince dias en la poblacion: púsose en todo de acuerdo con el maestro y fué á embarcarse en el puerto mas cercano, haciendo pasar al muchacho como hijo suyo, al cual dió el nombre de Joaquin.

Desde el primer dia que se encargó de Joaquin, le enseñó las pricipales plegarias, y durante la travesía no cesó de rogar á Dios y á la Vírgen, y de acostumbrarle á que hiciera lo mismo, enseñándole lo mas importante y encargándole muy especialmente que al levantarse y al acostarse no olvidase de encomendarse á María.

La navegacion fué larga y penosa; pero nunca profirió Gerónimo la menor queja, solo se le oia repetir la exclamacion: **¡todo sea por Dios y por María!**

Al llegar al punto donde debia dirigirse, el amigo de su maestro no quiso tomar á su cargo á Joaquin: Gerónimo sin apurarse, determinó con el poco dinero que le habia quedado, fabricar un pequeño horno y poner una alfarería.

Llevó á cabo este pensamiento, y como en todo el país no hubiese quien se dedicara á aquel oficio, ganó desde los primeros dias mas de lo que necesitaba para su manutencion y la de Joaquin, continuando cerca de un año con su pequeño horno.

Cumplia Joaquin los diez años, y le encargó parte del trabajo que él hacia, considerándole como un aprendiz: á fuerza de trabajo y de economía reunió en menos de dos años un pequeño capital, que empleado en la compra de comestibles, tuvo lo necesario para abrir una tienda, que no tardó en ser de las mas bien provistas.

Así que Joaquin llegó á los diez y seis años, le casó como hijo suyo con la hija única de una viuda, que tambien se dedicaba á la venta de comestibles, y él casó con la madre, que poseia un pequeño capital y una tienda medianamente provista.

La viuda cedió su tienda y la mitad del capital á los recien casados y para ayudar á Gerónimo en la suya, le aportó en dote la otra mitad de su capital, considerándose la tienda de la propiedad de ambos.

Los dos establecimientos prosperaron de una manera tan rápida y tan extraordinaria que Joaquin al llegar á los veinte y cinco años podia, en union con su esposa, disponer de un capital de veinte mil pesos ó sea cuarenta mil escudos, y el de Gerónimo con la suya podia calcularse en casi el doble; siguiendo ambos matrimonios con entera independencia por no necesitar el uno del otro.

Joaquin no tuvo hijos, pero Gerónimo en los primeros diez años de matrimonio tuvo dos hijas; á entrambas las puso ya antes de nacer bajo la proteccion y el amparo de María, y dió á la mayor el nombre de María de la Encarnacion y á la segunda el de María Candelaria.

Desde la mas tierna edad empezó á educarlas cristianamente, y sobre todo á inclinarlas á la devocion ó al amor á María, lo mismo que habia hecho con Joaquin.

Instado por unos y otros á causa de su grande honradez y buena fé y á causa del capital que poseia, interesó en varias especulaciones ó negociaciones de importancia, y á beneficio de ellas llegó su casa á ser una de las mas notables de aquella localidad.

A pesar de esto, su sencillez y su humildad eran tan grandes que quiso conservar siempre, como el mejor de sus títulos, el calificativo de **alfarero**, no siendo conocido en todo el país y entre los primeros capitalistas mas que con el nombre de **Gerónimo el alferero.**

No cesó un solo dia de elevar su pensamiento y sus súplicas á Dios y á María, esmerándose en practicar las virtudes que con mas especialidad habia practicado María, como la humildad y la abnegacion, la resignacion y la conformidad en todo á la voluntad de Dios, la fé, la esperanza y la caridad.

Fué tan grande y tan manifiesta la proteccion que obtuvo de la Reina de Cielos y Tierra, que despues de haberse visto precisado á pedir limosna en la puerta del templo, despues de haberse visto preso y acusado de ladron de cosas sagradas, despues de haber sufrido la horrible prueba del tormento y despues de haber sido condenado á la pena de muerte en alta horca y de haber estado á punto de sufrir una pena tan ignominiosa;

Que despues de tantas, tan repetidas y tan grandes tribulaciones, casi sin ejemplar, además de los varios consuelos que recibió, se le revelase en sueño la manera única de salvar la vida y sobre todo su reputacion tan atrozmente vulnerada;

Que libre de tan grandes tribulaciones, pudiese proteger á Joaquin de una manera tan singular, é instruir á sus dos hijas Encarnacion y Candelaria, y casarlas á su entera satisfaccion y en su concepto, con la mayor ventaja posible.

Toda su fortuna á excepcion de la cuarta parte destinada para Joaquin y las casas de beneficencia, pasó ya en vida, á sus dos hijas Encarnacion y Candelaria por partes iguales.

Murió rodeado de lo mas distinguido de la poblacion, bendiciéndolos á todos, é inculcando á todos el amor ó la devocion á María y la imitacion de tan singular modelo: y en el acto de espirar dejose ver una brillante luz, que reveló la que iba á gozar **Gerónimo el alfarero.**

AMOR Á MARÍA

ó

ENCARNACION LA BELLA Y LA VIRTUOSA.

1.

Encarnacion, la mayor de la hijas de Gerónimo el alfarero, educada por su padre en los principios de la verdadera religion y especialmente en el amor ó devocion á María, recibió como Gerónimo las mas evidentes pruebas de la manera como le correspondia y de la proteccion que le dispensaba nuestra Madre Celestial.

Era Encarnacion á la edad de quince años una de las mas bellas y graciosas criaturas que se conocian en el continente americano, porque su delicada, esbelta y hermosa figura, capaz por sí sola de atraerse las simpatías y la estimacion de los que la vieran, resaltaba extraordinariamente con la modestia, sencillez y humildad de que estaba dotada y sobre todo con la incomparable dulzura de su carácter.

Mientras vivió en compañía de su padre, fué la criatura mas dichosa que se conocia: si posible fuera la suprema felicidad en la tierra, se hubiera creido que Encarnacion la gozaba en toda su plenitud.

Alegre y festiva siempre, tierna y cariñosa con todos, modesta, sencilla y humilde como ella sola, dulce y suave como un ángel, era el contento, el encanto y la admiracion de sus padres y de cuantos la veian y la trataban.

Lo mismo se la veia alegre y festiva en los dias de labor que en los de descanso, lo mismo sola que acompañada, en casa como en la calle, en la escuela como en el paseo y en el baile, al levantarse como al acostarse, aun durmiendo parecia que sonreia á todos.

Con la misma ternura y cariño miraba y trataba á sus padres y á su hermana que á las amigas y conocidas, y que al pordiosero que se acercaba á pedirle una limosna.

La modestia, la sencillez y la humildad resaltaban extraordinariamente en una criatura de tan corta edad, de las bellísimas circunstancias y de la brillante posicion social de Encarnacion.

La dulzura por fin y la suavidad de su carácter solo era comparable con la de los ángeles.

Extrañar no debemos el ver á una criatura humana dotada de tantas y tan bellas cualidades como las que distinguian á Encarnacion, y que la hacian comparable á los ángeles, si recordamos las gracias de que puede disponer la dispensadora de ellas, María, y si nos hacemos cargo de las que debió derramar sobre Encarnacion;

Porque siendo esta el primer fruto del matrimonio de Gerónimo, aun no dió señales de vida en el seno materno, los padres la ofrecieron á María, la pusieron bajo su amparo y proteccion y se concertaron, si era niña en darla el nombre de María de la Encarnacion, en justo obsequio á la Reina de Cielos y Tierra;

Porque no cesaron un dia de ofrecérsela y de ponerla bajo su amparo y proteccion; porque al momento de ver la luz por primera vez y en el acto del bautismo los padres ratificaron el ofrecimiento, é imploraron á su favor la proteccion de María; y porque la primera palabra cuya pronunciacion le enseñaron fué la de **Ma ría**;

Porque apenas cumplió la edad de dos años los padres le inculcaron el amor á María, por medio de los halagos y de las amenazas que le hacian, diciéndole: María te quiere y te ama, y tú debes quererla y amarla; María enviará una cosita, si la amas; si la amas has de ser buena; si no eres buena, María no te amará; María te estima, si no lloras, ó no te estima porque lloras, etc., etc.;

Y sobre todo porque desde que fué ofrecida á María y puesto bajo su amparo, dió á conocer la generosa Madre de Dios que habia aceptado el ofrecimiento y que como Dispensadora de las Divinas gracias, se habia propuesto enriquecer con ellas á Encarnacion.

Y en efecto, mientras estuvo en el seno materno no causó á la madre la menor pena ni dolor, sino una satisfaccion y una alegría tan grande que con frecuencia rebosaba de su corazon para ir á inundar el de Gerónimo que no sabia ni hallaba palabras con que agradecer la gracia que le habia hecho la Dispensadora de ellas:

Fueron tan ligeros y de tan poca duracion los indispensables dolores del alumbramiento, que á la madre le pareció haber apenas sentido dolor alguno: la niña nació sana y robusta y la madre fué muy bien provista de leche para tener, como tuvo, la inestimable satisfaccion de amamantar ella misma al tierno fruto de sus entrañas:

En el acto mismo del bautismo, en lugar de llorar, asomó en sus labios la sonrisa para continuarla con frecuencia desde la época de la lactancia en toda su vida, y aun mientras dormia.

En una palabra, en Encarnacion todas las gracias de la niñez en lugar de disminuir ó de ir desapareciendo con la edad, parecia que iban creciendo con ella.

Y si la buena y generosa Reina de Cielos y Tierra derramó tantas gracias sobre Encarnacion, solamente por lo que hicieron sus padres, sin haber podido ella contribuir en lo mas mínimo, ¿habia por ventura de limitar su generosidad, cuando á los ofrecimientos, súplicas y ruegos de los padres se unieron los de la hija?

Sí: porque Encarnacion desde que empezó á tener algun discernimiento acreditó su amor ó devocion á María: al levantarse su primer saludo y su primera súplica iban dirigidas á María; sus exclamaciones y su admiracion iban á Ella; el primer altar que visitaba al entrar en cualquiera iglesia era el de la Vírgen:

Durante el dia, le dirigia de palabra y con el pensamiento muchas súplicas y muchas acciones de gracias, y al acostarse, su plegaria postrera y su último saludo eran para María:

Al salir de casa, fuese para ir al templo ó á la escuela, al baile ó á alguna otra diversion, jamás se descuidaba de encomendarse á María, ni de darla las gracias por su proteccion, al regresar á casa; siendo digna de notarse la alegría y el contento que en ella reinaba en los dias de la celebracion de alguna de las festividades de la Madre de Dios, y el placer con que miraba cualquier obsequio que á Ella se tributase.

¿Se extrañará en vista de lo dicho que Encarnacion fuese dotada de tantas gracias, y que no habiendo criatura humana con la cual compararla, se la comparase con los ángeles?

2.

Aun no habia Encarnacion cumplido catorce años, cuando eran ya varios los que solicitaban su mano; pero el padre se negó constantemente á escuchar proposicion alguna, hasta que tuviera mayor edad:

Ya porque deseaba darle mayor instruccion, ya porque no queria imponerle su voluntad en cosa de tanta importancia, deseando que ella misma escogiera esposo, para lo cual era preciso tener mas desarrollada la razon, ya porque sentia que pudiese venir el caso de separarse Encarnacion de su compañía, pensando que en ninguna parte estaba mejor que al lado de su padre.

Procuró que Encarnacion recibiese la mejor instruccion posible, especialmente en todo lo concerniente á Religion y en lo tocante á los quehaceres domésticos.

Al llegar á la edad de diez y ocho años, siendo Gerónimo viva y continuamente instado por varios que solicitaban la mano de su hija, y temiendo perjudicar á esta, si lo diferia por mas tiempo, la llamó á solas y la enteró de lo que estaba pasando:

Le manifestó el nombre de los qué aspiraban á su mano, las calidades personales de cada uno de ellos y la posicion social

que ocupaban, para que su hija, despues de haber implorado la ayuda de Dios y el auxilio de María, y de haberlo meditado mucho se decidiera por el que fuese de su gusto.

Gerónimo, sin hacer á su hija la mas mínima coaccion, la inclinaba á que en igualdad de circunstancias escogiera el que pudiese vivir con ellos para no tener que separarse de su lado, y sobre todo le encarecia que prefiriese las calidades morales á las físicas, la moralidad y la virtud á la riqueza y á las buenas formas.

Encarnacion, no obstante que en todo deseaba complacer á su padre y que queria que él escogiera el esposo, al fin no pudo complacerle en todo lo que él deseaba; porque se inclinó y se decidió por un jóven que vivia algo distante del lugar del domicilio de Gerónimo y que no podia abandonar la compañía de sus padres por ser hijo único.

El padre que no habia hecho ni pensaba hacer coaccion alguna, la vió decidida por aquel jóven llamado Fernando, hijo único y heredero presunto de unos padres muy honrados y poseedores de una buena fortuna, que con la educacion y el buen ejemplo recibido de sus padres y con el que le darian en lo sucesivo no podria dejar de ser un buen esposo.

A entera satisfaccion de las dos familias y especialmente de los futuros esposos, y recibiendo Encarnacion un dote considerable, con esperanza de triplicarlo á la muerte del padre, se realizó el enlace entre Fernando y Encarnacion, enlace que en concepto de los padres, parientes, amigos y conocidos, debia ser el mas dichoso á causa de las brillantes calidades de Encarnacion y del grande amor que parecia se profesaban los desposados.

Estando todos y especialmente los padres de Encarnacion en esta creencia, pasó á vivir en la casa y compañía de los padres de Fernando, dejando un vacío que nada pudo llenar en la de los suyos.

La Reina Celestial que habia tomado bajo su especial proteccion á tan buena hija, por habérsela ofrecido sus padres ya antes de nacer, la dotó de las muchas gracias que hemos visto al principio, porque leyendo, como lee en el pensamiento del

Eterno, conoció que las necesitaria para hacer frente y para sobrellevar las adversidades, contratiempos y tribulaciones que habian de pesar sobre ella.

Encarnacion se consideraba la criatura mas dichosa de la tierra, porque Fernando la amaba sinceramente y no sabia como demostrarle su amor, y porque los padres de este la trataban con una ternura y un cariño casi igual á los suyos propios.

La amaba entrañablemente Fernando y la amaban sinceramente los padres de este, porque Encarnacion, además de la singular belleza física de que estaba dotada, habia desplegado sus muchas gracias y habia conquistado muchos corazones, especialmente los de los padres de Fernando y en particular al de este.

¿Qué corazon era capaz de resistir al de una criatura amante y tierna, cariñosa y bella, alegre y festiva, humilde y candorosa, modesta y sencilla?

El contento, la alegría y una satisfaccion completa reinaban en aquella familia, excitando la admiracion de las almas grandes ó virtuosas, y la envidia de las almas pequeñas, dominadas por el vicio ó por viles, bajas y rastreras pasiones.

Aquella satisfaccion, alegría y contento irradiaban, por decirlo así, hasta llegar y penetrar sus destellos en la casa de Gerónimo, llenando si no en todo, en gran parte el vacío que en ella dejó la salida del ángel vestido de carne humana.

De todas partes llegaban á los padres y á la hermana de Encarnacion felicitaciones y plácemes por la gran dicha que debia caberles en la de su hija y hermana, en el contento y satisfaccion que reinaba en la casa de los padres de Fernando, y en el amor que todos profesaban á Encarnacion: solo estos plácemes y felicitaciones eran lo que llenaba en parte el expresado vacío.

Hubieran acabado por llenarlo todo, si las cosas de este mundo de prueba fuesen estables; pero como nada de este mundo limitado tiene estabilidad, de aquí es que el vacío lejos de acabar de llenarse, se hubiera hecho mayor á no estar aquella casa bajo el amparo y proteccion de María y á no haber María dotado á Encarnacion de tan singulares virtudes.

3.

Pocos meses, aun no llegaron á tres, duró la admirada y envidiada dicha de Encarnacion y de Fernando, seis la de los padres, y un poco mas la de los padres de Encarnacion; porque primero desapareció del todo la de Encarnacion y de Fernando, en seguida la de los padres de este, y por último disminuyó notablemente la de Gerónimo y su familia.

Cuanto mas resplandece la virtud, mayores son los esfuerzos que hace el espíritu tentador ó el espíritu del mal, para empañarla y obscurecerla del todo: y conviene que así sea, para que resplandezca y brille mas: por esto Dios permite que la virtud sea combatida, perseguida y oprimida.

Desde el dia mismo en que se realizó el enlace de Encarnacion con Fernando, y aun antes, concertó su plan el espíritu del mal, sembrando rivalidades y enemistades por una parte, celos y envidias por otra, odios y deseos de venganza por acá y por acullá.

Desgraciadamente halló un corazon preparado por el mal, y para que germinaran en él todas las pasiones sembradas por el espíritu tentador, esto es, el corazon de un jóven de veinte y cinco años, llamado Pablo, que desde la pubertad habia con su orgullo, con su excesivo lujo y con otros vicios casi arruinado á sus padres.

Pensó Pablo que con el cuantioso dote que se decia que Encarnacion recibiria al desposarse, podria él levantar el patrimonio y el crédito de su casa, y tener con que sostener el lujo inmoderado con los demás vicios; y atraido por otra parte por la rara belleza de Encarnacion, fué el primero en solicitar su mano, sin contar ni tener en consideracion para nada el amor.

A pesar de las reiteradas negativas de Gerónimo, no desistia Pablo de su empeño, antes redoblaba sus esfuerzos y no dejaba

resorte que mover, valiéndose de todos los medios, hasta de los mas ruines como la lisonja y la seduccion, la mentira y la hipocresía, la injuria y la calumnia:

Y no desistió hasta que vió realizado el enlace, al cual asistió, como muchísimos otros, pues no se habia visto enlacemas concurrido; y asistió con el corazon henchido de celos y de envidia, de odio y de venganza, de rabia y de desesperacion.

En el momento de acabar de darse Encarnacion y Fernando la mano de esposos, ó en los de acercarse los padres, hermana y demás parientes confundidos con los amigos y conocidos á felicitar á los desposados, el espíritu tentador sugirió á Pablo el plan para destruir la dicha de estos, y la de sus padres y especialmente para empañar el brillo de las virtudes de Encarnacion.

En aquellos mismos momentos empezó Pablo á poner en ejecucion el horrible plan sugerido por el espíritu del mal: salió repentinamente del obscuro rincon en que se habia colocado para ocultar su rabia y su desesperacion, se apresuró á acercarse á los desposados y cogiendo la mano de Fernando, se la estrechó en señal de amistad, le felicitó y desapareció luego por miedo de que se descubrieran las viles pasiones que ardian en su corazon.

Este primer paso demuestra que el plan sugerido á Pablo consistia en fingirse el mejor amigo de Fernando para mejor satisfacer las malas pasiones de que estaba henchido su corazon.

Tan pronto como los nuevamente desposados se hubieron trasladado á la casa de los padres de Fernando, Pablo desarrolló su plan: mientras por una parte buscaba ocasiones y aprovechaba las que se le presentaban, de ver y de hablar á Fernando, por otra, siendo conocidos los sentimientos religiosos de Encarnacion, procuraba asistir y dejarse ver en las funciones religiosas y en las iglesias en que esta asistia.

Cada vez que veia á Fernando, sino podia hablarle, le saludaba con mucha, pero aparente cordialidad, y si podia hablarle le adulaba y le felicitaba por la dicha de poseer una esposa tan virtuosa, refiriendo con entusiasmo las virtudes y las bellas cualidades de Encarnacion; porque sabia que esta era la conversacion que mas le agradaba.

Cuando veia á Encarnacion en la calle, se limitaba á saludarla con mucha atencion y respeto, sin acercarse á ella, pero siguiéndola de lejos para averiguar sus relaciones: cuando la veia en el templo, se apresuraba sin apercibirse Encarnacion á colocarse en paraje donde ella pudiera verle, y cuando creia que le habia visto, procuraba aparentar toda la atencion y todo el fervor imaginables.

Al mismo tiempo vestia con toda la elegancia posible, y asistia á los bailes y á otras diversiones frecuentadas por Encarnacion ó por sus amigas, para atraerse las simpatías de estas y de aquella con su estudiada é hipócrita conducta.

Tardó poco en adquirir, si no una verdadera amistad, bastante familiaridad y franqueza con Fernando, y á llamar la atencion y á atraerse las simpatías de su esposa.

Aquella familiaridad y esta simpatía no pudieron dejar de convertirse pronto en verdadera amistad, porque Fernando comunicaba á Encarnacion la manera como la elogiaba Pablo, y Encarnacion por su parte referia á Fernando el respeto y la fina atencion con que Pablo la saludaba en la calle y sobre todo, los sentimientos religiosos con que se distinguia de los demás jóvenes;

Sin que por esto dejara de asistir á las diversiones, no excediéndose empero en lo mas mínimo, ni faltando al respeto y á las consideraciones á nadie y en particular á las señoritas.

Pablo, hipócrita en la calle, hipócrita en el templo, y hasta hipócrita en los bailes, llegó con su hipocresía á hacerse un hermoso lugar en los corazones de Fernando y de Encarnacion; así fué que aquel lo presentó á esta como uno de sus mejores amigos y que Encarnacion no solo le recibió con agrado, sino que le significó que le gustaba su trato con Fernando.

Habiendo Fernando ofrecido su casa á Pablo, este les hizo segunda, tercera y cuarta visita, y en la cuarta, interpretando mal el agrado con que le recibia Encarnacion, aprovechó la ocasion de hallarla sola, para arrancarse y tirar la máscara de la hipocresía, y para hacerle una declaracion formal de amor, hasta arrodillarse á sus piés y cogerle la mano para imprimir en ella sus impuros labios.

¡Cuán terrible y penetrante fué la herida abierta en el tierno y delicado corazon de aquella angelical criatura, al ver repentinamente convertido en libertino corruptor al que tenia por un hombre eminentemente religioso!

Imposible es describir el soberano desprecio con que oyó Encarnacion la declaracion del falso amigo, el tono compasivo con que le echó en cara su hipocresía, su pequeñez, su ignorancia y su miseria, y la justa indignacion con que le rechazó y le abandonó dejándole arrodillado y confundido.

Es igualmente imposible describir el rubor y la vergüenza, la confusion y el desórden, la mortificacion y la pena, la rabia, la desesperacion y el deseo de venganza que en aquellos breves momentos y casi simultáneamente se descubrieron en el rostro y en los gestos de aquel obcecado y miserable hipócrita.

4.

Así que Pablo se vió libre de las aterradoras y compasivas miradas de Encarnacion que le confundian, empequeñecian y anonadaban, se reaccionó, y levantándose encendido en cólera se marchó precipitadamente con ánimo resuelto de hacer sentir á Encarnacion todo el peso de su venganza.

Esta criatura angelical, cual si otro ángel bajado del Cielo la condujera, sin saber ella lo que se hacia, se fué en derechura al oratorio, encerróse en el, y postrada delante de la imágen de la Virgen le dió las mas sinceras gracias por la que le acababa de hacer dándole fuerzas para evitar y huir del grave peligro en que se habia visto.

Pidió á Dios y á María que la iluminasen acerca la conducta que debiera seguir en lo sucesivo con Pablo si volvia á presentarse, y si deberia callar ó revelar á Fernando lo que acababa de sucederle; que asimismo iluminasen á Pablo y apartasen de él el espíritu del mal, para que abandonase al camino de la hi-

pocresía, que era el de la perdicion, y entrase en el de la verdad que es el de la virtud.

Y pidió encarecidamente á María que le hiciera la gracia de poder olvidar lo que le habia sucedido con Pablo, porque de lo contrario era imposible que se cicatrizara la profunda herida abierta en su corazon, al recordar aquel suceso que no podria dejar de comparar con la hipocresía, con las aparentes virtudes ó con la fingida religiosidad de Pablo.

Hasta el momento en que este reveló su impura pasion, Encarnacion habia sido la criatura mas inocente y por lo mismo la mas cándida y la mas dichosa de la tierra; pero habiendo permitido Dios, porque así convenia para mayor bien de Encarnacion, que empezara para ella el tiempo de las contrariedades, de las tribulaciones y de las luchas, María lejos de negarle la gracia que pedia, le otorgó otras mayores.

Cumplianse los tres meses del tan celebrado, como admirado y envidiado enlace de Encarnacion, y la dicha casi suprema de que esta habia gozado, desapareció para no volver mas mientras permaneciera en este mundo transitorio.

Determinó ocultar á todo el mundo lo que le sucediera con Pablo, por dos razones, ambas hijas de la virtud ó de la caridad, que es la virtud suprema ó la esencia de la principal virtud, el amor; primera, para no abrir en el corazon de los demás la misma herida que Pablo habia abierto en el suyo, y segunda para, no publicar las faltas del prójimo.

¡Siempre la virtud dominando en el espíritu de Encarnacion por gracia especial de María, mientras la hipocresía y las malas pasiones obcecaban y subyugaban el de Pablo, por sugestiones del espíritu tentador!

Pablo estuvo indeciso en los primeros momentos sobre la conducta que debia observar con Fernando; pero al fin, resolvió estar en observacion, para ver si este le hablaria ó le daria á entender algo de lo acaecido, para en caso afirmativo disculparse con que fué una tentativa inocente de la que se arrepentia, dirigida á probar la virtud de Encarnacion, y en caso negativo seguir guardando el mas profundo silencio.

Como observase que Fernando le dispensaba la misma amis-

tad, en lugar de agradecer la generosa conducta de Encarnacion, pensó en la manera de hacerle sentir mas los efectos de su venganza;

Y el espíritu del mal le sugirió al momento la idea de conducir á Fernando por el camino del amor propio, de la vanidad y del orgullo; y Pablo la aceptó desde luego, porque creyó que no habiendo vicios que contrastasen mas con la humildad, la sencillez y la franqueza de Encarnacion, serian los que producirian mayores desavenencias y mayores choques con Fernando;

Y porque pensó al mismo tiempo que por medio de la vanidad y del orgullo le conduciria fácilmente á los demás vicios, que enervándole y envileciéndole le precipitarian en la mas completa ruina.

Así como antes se deshacia en elogiar las buenas cualidades y las virtudes de Encarnacion, de allí en adelante, solo hablaba á Fernando y á sus amigos de las cualidades personales de este y de su opulencia.

Un dia le presentaba como uno de los jóvenes mas elegantes, llevando la adulacion hasta suponerle que no tenia rival; otro dia como un jóven simpático, el mas simpático que conocia; hoy como un hombre de talento y de los mas instruidos, y mañana como un rico hacendado y un poderoso capitalista, llevando la exageracion hasta suponer que no hallaba con quien compararle.

Todas estas adulaciones que al principio las escuchaba Fernando con cierta indiferencia, en lugar de combatirlas y de huir del adulador, fueron poco á poco penetrando en su espíritu, hasta echar en él largas y profundas raíces.

Encarnacion, á mas de la herida abierta por Pablo en su corazon, empezaba á sentir el funesto efecto de los vicios de Fernando, y atribuyéndolos á aquel, porque habia llegado á su noticia que la vanidad, el orgullo y el desmedido lujo de Pablo habian causado grandes disgustos y casi la ruina de sus padres; trató con mucha delicadeza de ir apartando á Fernando de la amistad y de todo roce con Pablo.

Pero entregado Fernando á los vicios de la vanidad y del orgullo, del lujo inmoderado, de las orgías, borracheras y otros

excesos, cuanto mas hacia Encarnacion para volverle al buen camino, mas le hacia sentir Fernando los amargos frutos de la perniciosa amistad con Pablo.

Una vez bajo un pretexto, otra bajo otro, nunca le faltaba alguno, por frívolo que fuese, para separarse del lado de Encarnacion, para dejarla sola en casa, para no acompañarla al templo, al paseo ó á alguna diversion: si Encarnacion se quejaba, por mas dulce y suave que fuese la queja, la trataba con aspereza, hasta con desprecio y hasta la insultaba.

Encarnacion sufria y callaba, disimulaba y rogaba, y rogaba mas por Fernando que por ella: cuanto mas disimulaba, sufria y rogaba, mayores eran sus penas y tribulaciones; pero mayores y mas numerosas eran las gracias que sobre ella derramaba María, y por lo mismo mayor era su paciencia, su resignacion y su conformidad á la voluntad de Dios; mayor su fé, su esperanza y su caridad, aunque pareciese que en ciertas ocasiones le faltaban estas virtudes.

Esforzándose en parecer y pareciendo siempre alegre y festiva, como antes, así en casa como fuera de ella, nadie hubiera adivinado sus tribulaciones, sus penas y sufrimientos; solo el que la hubiese sorprendido en el oratorio, hubiera podido adivinar sus grandes penas; porque allí era donde se desahogaba, como se desahoga una hija á solas con su madre; allí se lamentaba, allí lloraba y allí pedia el alivio de sus penalidades.

5.

Mostrándose Encarnacion alegre y festiva siempre, pudo alargar un poco mas en los padres de Fernando la dicha ó la tranquilidad que para ella habia acabado ya en la tierra; pero no pasaron seis meses, sin que les alcanzara á los padres los efectos de la extraviada conducta del hijo, y sin que este les arrebatara por completo la alegría y el contento de que inudaba aquella casa la festiva y virtuosa Encarnacion.

Se apercibió el padre de que una gran parte del dote de esta que guardaba para adquirir una fértil y pintoresca hacienda, habia desaparecido, sin poder atinar cómo y cuál habia sido el sustractor, porque lo tenia encerrado en el escritorio, y este estaba colocado en su gabinete, al cual no podia entrarse sin pasar por el aposento donde dormian él y su esposa.

Esta desaparicion causó, como era natural, un grave disgusto al padre que fué el primero en apercibirse de ella, y luego á la madre á la que se vió precisado á comunicarle lo acaecido para que le ayudase á vigilar é investigar.

Procuraron ambos disimular la gran pena que les causó la substraccion de tan considerable suma, y lo disimularon para averiguar mejor quién habia sido el criminal que habia osado penetrar ocultamente en el gabinete y abrir con llave falsa el escritorio donde estaba custodiado el dinero;

Y porque se propusieron ocultarlo á todo trance á Encarnacion, la cual, sabiendo, como sabia que su dote se guardaba para adquirir una hacienda que á ella le gustaba mucho, y hallándose por otra parte bastante adelantada en su embarazo, podria tener un disgusto que le ocasionara la pérdida de la salud y tal vez la muerte.

En vano el padre como la madre estuvieron observando uno, dos y tres dias, cuando el uno, cuando el otro; empero en altas horas de la noche del tercer dia no pudiendo conciliar el sueño á causa de la tribulacion que atravesaban, percibieron un ligero ruido como de pisadas dentro de su mismo cuarto.

Levantóse al momento el esposo y pareciéndole oir ruido dentro del gabinete donde estaba el escritorio, muy despacio y con gran tino se acercó á la puerta medio entornada del gabinete y no dudando que habia alguna persona dentro, se apresuró á cerrar dicha puerta.

Corrió á encender luz en la lámpara del oratorio que ardia de dia y de noche, y encontróle cerrado (Encarnacion estaba dentro); dirigióse al cuarto del mayordomo que estaba cerca de la escalera y le dispertó: este encendió luz, y acompañados del criado de mayor confianza que dormia en el mismo cuarto del mayordomo, se encaminaron al gabinete bien armados los tres y con mucho sigilo.

Abierta la puerta de par en par, el padre se adelantó, dejando al mayordomo y al criado dos ó tres pasos detrás de él; pero apenas asomó la cabeza por la puerta, se apresuró á cerrarla otra vez y dijo á estos, que nada habian podido ver, que se retirasen y que guardasen el mayor sigilo.

Así que estuvo solo se fué cabizbajo hácia su esposa que le aguardaba sobresaltada é impaciente al pié de la cama, y abrazándola con las lágrimas en los ojos le dijo:—«¡Ah! querida esposa, ¡hasta á tí, si posible fuera, quisiera ocultarlo!... Haz como si nada supieras y... déjame hacer..... ¡es nuestro hijo!»

Al oir la madre estas últimas palabras, cual si hubiera sido herida de lleno por el rayo, cayó en los brazos de su esposo, quedando inmóvil, sin sentido y casi sin respiracion: este procuró subirla á la cama, llamó otra vez al mayordomo, para que avisara á toda prisa á la camarera á fin de que viniera á auxiliar á su ama que se hallaba indispuesta.

La madre con los cuidados que se le prodigaron volvió en sí, sin tener conciencia de lo ocurrido en aquella noche y se dormió: el padre quedando otra vez solo y aprovechando los momentos, se dirigió al gabinete y encontró á Fernando sentado al lado del escritorio con una llave en la mano, y mirándole con la mayor sangre fria y hasta con cierta sonrisa sardónica.

Sin aguardar á que su padre le dirigiese la palabra, se anticipó á reconvenirle, diciendo:—«¿A qué intentar promover escándalos?... puedo hacer lo que hago... dispongo de un dinero que es mio, porque es de mi mujer... ¿dónde habeis escondido lo que falta?»

Cuando el padre que ni la mas remota sospecha habia tenido de su hijo, acababa de descubrir que era el único criminal, cuando aun distaba mucho de haberse repuesto del gran trastorno que le causó semejante descubrimiento, cuando se unia esta nueva pena á la que pesaba hacia algunos dias sobre él; ¡cuál no debió ser el efecto que hubo de producir en el afligido y comprimido corazon del padre la serenidad y la osadía del hijo!

No hay imaginacion capaz de concebirlo, ni lengua que pudiera expresarlo: luchando á la vez con mil encontrados pensamientos, deseos y temores, predominó el de no causar mayores

males, si tratara á su hijo como merecia: le cogió la mano y, como si nada hubiese acontecido, acercándola al pecho le suplicó que se retirase, para que Encarnacion nada trasluciera, y que en la mañana siguiente todo se arreglaria.

6.

Volviendo á reproducirse en el espíritu del padre, luego de haberse acostado, la expresada lucha, no le permitió conciliar el sueño ni un minuto: mientras estaba preocupado con la duda y con el temor de si Encarnacion habria traslucido algo, compareció esta, para saludarles, como acostumbraba, y dar un beso á la madre.

Tanto él como su esposa pudieron convencerse que nada sabia Encarnacion, de lo que se alegraron, ratificando el propósito de ocultárselo á todo trance y haciendo cualquier sacrificio.

Llegó la hora de verse y de hablar á solas el padre y el hijo: mientras estos dos se encierran en el gabinete, la madre distrae á Encarnacion, llevándola al extremo opuesto de la casa, para que no pueda oir las fuertes reconvenciones que hiciese el padre al hijo, y las contestaciones altaneras y atrevidas de este.

Quedó la madre sorprendida y se alegró interiormente al ver que, no habiendo aun pasado media hora, los dos se acercaban á ellas juntos y con el semblante risueño; porque presumió que la entrevista habia terminado satisfactoriamente.

Luego de verse á solas con su esposo, le estrechó la mano, felicitándole por el pronto y amistoso resultado de la entrevista: el padre que deseaba evitar nuevos disgustos á su afligida esposa, fingió que realmente habia terminado á satisfaccion de los dos.

Solo le comunicó que habia condonado ó perdonado á Fernando la sustraccion de la cantidad que se habia echado de menos en el escritorio, toda vez que no habia posibilidad de re-

cobrarla y que era necesario hacer algun sacrificio para no dar el mas leve disgusto á Encarnacion:

Le ocultó las amenazas de Fernando de revelar lo acaecido á Encarnacion, y que intimidado con ellas habia cedido á todo, le habia dispensado el dinero sustraido, le habia entregado lo que faltaba para completar la dote y se habia comprometido á pagar sus deudas.

La madre quedó tranquila, aunque le dolia la pérdida de la suma condonada y desde aquel momento el padre tuvo que devorar solo los graves pesares ocasionados por la mala conducta de Fernando, del mismo modo que Encarnacion devoraba sola los que continuamente le inferia á ella.

¡Dos personas poco tiempo hacia, las mas dichosas, y ahora las mas desgraciadas, teniendo cada una que llorar á solas sus infortunios, hijos de la misma causa!

Encarnacion acudiendo al recurso ordinario y eficacísimo, de implorar la proteccion y el amparo de María, recibia oportunamente el consuelo necesario y la fuerza indispensable para resistir tan grandes sufrimientos y tan inesperadas tribulaciones.

El padre de Fernando que no sabia emplear este recurso como Encarnacion, sufria incomparablemente mas que esta, y sus amargos pesares aumentaron con el nacimiento del hermoso y robusto niño que Encarnacion dió á luz: este acontecimiento que antes hubiera inundado de gozo toda la casa, puede decirse que causó verdadera pena al afligido abuelo por el temor demasiado fundado de que seria un desgraciado.

Encarnacion se alegró, porque, además del placer natural é indefinible que nace de la maternidad, pensó que ya que le faltaba el amor del esposo, tendria á lo menos el del hijo: lo puso, ó mas bien volvió á ponerlo, luego de nacido, bajo el amparo de María y fué bautizado con el nombre de Gabriel.

La madre de Fernando se alegró tambien como se alegraron los padres de Encarnacion: Fernando y el abuelo aparentaron alegrarse, cuando aquel lo miraba con fria indiferencia, y á este le causó pena y afliccion.

Habiéndose visto el padre de Fernando precisado á vender una de las mejores haciendas para cubrir deudas del hijo, des-

pues de haber sido malversada la crecida dote de Encarnacion, y preveyendo que los vicios del hijo y la resolucion tomada de no causar directa ni indirectamente el menor disgusto á aquella causarian la entera ruina de la familia; todo contribuyó á que se resintiera notablemente su salud:

Primero experimentó continuos insomnios, luego perdió enteramente el apetito y tras de estó las pocas fuerzas que tenia, y por último cayó gravemente enfermo para no levantarse mas.

Hubieran sido terribles sus últimos momentos, porque no pasaba dia que no experimentase un nuevo disgusto, si los consuelos de su esposa y de Encarnacion y especialmente los continuos y fervorosos ruegos de esta, no le hubiesen procurado alivio en sus penas y amarguras.

Al fin descendió al sepulcro con el secreto de las penas y aflicciones causadas por la detestable conducta del hijo, y al mismo tiempo con la mas completa ignorancia de las que por el mismo motivo experimentaba Encarnacion.

Llegó á noticia de Gerónimo que la casa de Fernando, con la muerte del padre, y á causa de la mala conducta del hijo iba en notable decadencia; se fué volando á enterarse de lo que pasaba, no dudando que su hija le diria la verdad y le informaria de todo.

Encarnacion que todo lo hubiera sacrificado antes que dar un ligero disgusto á su idolatrado padre, se manifestó con él tan alegre y festiva, y mas, si cabia, de lo que lo estaba cuando vivia en su compañía y no se dió por entendida de las indirectas sobre la decadencia de la casa.

Esto y el ver Gerónimo que su hija recibia y hablaba á Fernando con la mayor dulzura y amabilidad y lo satisfecha que parecia estar, teniéndole á su lado, y á Gabriel en su regazo, le hizo creer que Encarnacion era feliz como antes, y bastó para que tomara la determinacion de no hacer investigacion alguna.

Prefirió antes que turbar la dicha de su querida é idolatrada hija, dejar que se perdiera la casa de Fernando, y llevarse á Encarnacion á la suya, sola ó acompañada, si llegaba aquel desgraciado caso.

Tomada esta determinacion, y pasando algunos dias mas al lado de su hija para gozarse en su dicha y por el placer que te-

nia en contemplar á ella y á Gabriel, se despidió de todos, dando innumerables besos y abrazos á su hija y á su nieto, y previniendo á aquella que en cualquier tiempo y por cualquiera causa que viese turbado su bienestar, se acordase que tenia un padre dispuesto á sacrificarlo todo por ella, no dejando enfriar jamás el amor á María.

Para completar la ruina de la casa de Fernando y para alejar al mismo tiempo á este del lado de Encarnacion, le sugirió á Pablo el plan de tomar prestada una fuerte cantidad á condicion de que si no la devolvia dentro de un año, quedaria vendido todo el patrimonio, dándole á entender que con la cantidad prestada, pagaria algunas deudas que tenia y le sobraria para dedicarse con gran ventaja al comercio, mediante, trasladarse un poco lejos, para obrar con mas libertad.

Respecto de que desde la muerte del padre, Fernando, valiéndose de las mismas amenazas empleadas contra aquel, se habia hecho otorgar amplios poderes por su madre, pudo realizar con el mayor sigilo el ruinoso plan sugerido por Pablo, y concertar con este el dia de la marcha.

El dia en que debia esta emprenderse, buscó Pablo diversos pretextos para faltar á la palabra que habia dado á Fernando de acompañarle, y poder quedarse algunos dias mas en la poblacion, y así lo hizo, precisando á Fernando á ausentarse luego, bajo formal promesa de que antes de tres dias se reuniria con él.

7.

El dia mismo en que se ausentó Fernando, Pablo, sabiendo que Encarnacion al anochecer visitaba la capilla que habia en la misma calle, llamada de la Soledad, se puso en acecho para verla, cuando saldria.

Apenas salió, Pablo se acercó á ella, aparentando timidez, y le suplicó en voz baja que por Dios y la Vírgen escuchase dos palabras, que no se arrepentiria: viendo que Encarnacion apre-

suraba el paso sin escucharle y que estaba para llegar á su casa, le dijo con el tono mas sentimental posible:—«De estas dos palabras depende vuestro porvenir, el de vuestro hijo y la vida de la madre de Fernando.»

Observando que Encarnacion detenia un poco el paso, añadió: «voy á dejaros, y os suplico que esta misma noche ó mañana á primera hora sin falta paseis al despacho del notario N. que vive en la plaza Mayor para impedir la otorgacion del contrato que va á celebrar Fernando, y que si llega á realizarlo, os arruina á todos y abre la tumba á su madre: jurad no descubrirme, y mañana podremos vernos aquí mismo y en la misma hora.»

Encarnacion que ardia en deseos de evitar el mal, dijo á Pablo:—«No hay necesidad de jurar, basta mi palabra, os prometo guardar el secreto y Dios os lo pague:» y sin decir otra cosa se metió en casa á toda prisa, para volver á salir luego.

Retrocedió y asomando la cabeza á la puerta, y viendo que Pablo se habia marchado á toda prisa, sin volver la vista atrás, se dirigió con paso acelerado á la plaza Mayor en busca del notario, no cesando, durante el tránsito, de implorar la ayuda y el amparo de María.

Así que vió al notario, iba á arrodillarse á sus piés, pero este no lo permitió, y observando que era la esposa de Fernando, quedó sorprendido por de pronto, pensando que habria traslucido algo del contrato ruinoso celebrado por su esposo, y que iba para informarse.

Pasados los cortos momentos de la sorpresa, se propuso engañar á Encarnacion, negándole que Fernando hubiese firmado contrato alguno, ó asegurándole que habia firmado un arriendo de poca importancia;

Pero al ver que Encarnacion con las lágrimas en los ojos y sin aguardar á que él le preguntase por el motivo de una visita tan intempestiva, le suplicaba que impidiese el contrato ruinoso que iba á firmar Fernando, que se lo pedia por la salud y por la vida del hijo y por la madre de Fernando, se vió precisado á cambiar de propósito:

Enternecido por las lágrimas de Encarnacion, no tuvo valor

para engañarla y se limitó á decirle:—«Tranquilizaos: nada se hará esta noche: no os molesteis: mañana á primera hora estaré en vuestra casa, si no he de ser visto por Fernando, y os enteraré de todo.»

Encarnacion le aseguró que podia ir, porque Fernando se levantaba tarde y ella tomaria sus precauciones: le dió las gracias de todo corazon y se despidió.

Apenas estuvo en la calle, creyendo que habia llegado á tiempo, elevó el pensamiento al Cielo, y dió gracias con todo el fervor posible, y hubiera querido darlas tambien á Pablo, si hubiese tenido valor para poner los piés en la casa del mismo.

Pasó la mayor parte de la noche, repitiendo las gracias á Dios y á María, pidiéndoles ayuda y amparo, y suplicándoles por el bien, por la salud y por la vida de su tierno é inocente hijo, por la de la desgraciada madre de Fernando y por la de este mismo, que nunca le olvidaba en sus plegarias.

El notario no se hizo esperar, compareció en el mismo instante en que Encarnacion iba á ponerse de observacion, para verle llegar: asegurado este de que nadie les oia, le dijo:—«No hay, señora, tiempo que perder: os diré la verdad de todo, de ocultárosla podria seguirse gran mal.

»El contrato fué celebrado anteayer, os lo leeré: tranquilizaos, aun puede evitarse el mal: prometo ayudaros en todo lo que de mí dependa: vuestras lágrimas de ayer cautivaron mi corazon y mi voluntad.»

Encarnacion, despues de haber pedido favor y ayuda con el pensamiento, contestó al notario:—«Estoy tranquila, ya lo veis: podeis leer: tendré el valor necesario con la ayuda de Dios y de la Vírgen, que á nadie la niegan y que jamás me han desamparado.»

El notario leyó el ruinoso y fatal contrato, firmado ya por Fernando, enseñó á Encarnacion la firma de su esposo, y luego para disminuir la dolorosa impresion que debió causarle la lectura del contrato y la vista de la firma, añadió:

—«El medio que os queda para evitar el mal, es procurar á toda prisa que Fernando no distraiga ó no malgaste la fuerte cantidad que ha recibido: yo os prometo que se rescindirá el

contrato, aunque esté consumado, devolviendo Fernando todo el dinero que recibió: si faltare algo, yo lo supliré: daos prisa y hablad á Fernando: Pablo su amigo puede ayudaros, todo depende de él: callad sobre todo el que yo os haya aconsejado.»

Encarnacion, viéndose precisada á esperar que anocheciera para hablar á Pablo, trató entre tanto de ver y de hablar á Fernando, lo que consideraba algo difícil, porque muchos dias no dormia en casa y los dias en que lo hacia se marchaba sin dejarse ver: se informó por medio de los criados, si habia salido ó si estaba en casa su amo, y todos le contestaron que no estaba y que hacia dos dias que no se le veia.

Temiendo que su esposo no estuviese malversando la suma recibida, y habiéndosele dicho que no habia tiempo que perder, en lugar de aguardar la hora de la entrevista con Pablo cerca de la Soledad, encomendándose á María y confiando en su amparo y proteccion, se revistió de valor y se dirigió á toda prisa á la casa de Pablo.

Aunque le temblaban los piés así que iba acercándose á ella y al pensar que iba á verse sola con Pablo y en la casa del mismo; no obstante el ardiente deseo de evitar un mal de tan desastrosas consecuencias, le dió el valor necesario para presentarse á Pablo en su misma casa.

Este sorprendido con una visita que no podia presumir ni imaginar, procuró disimular la sorpresa, y haciéndole seña de que callara, le dijo en voz baja, mientras iba conduciéndola al aposento mas apartado de la casa, que sentia verla allí porque podia comprometerle y echarlo todo á perder: usaba este lenguaje para inspirarle mayor confianza y para llevarla á donde él deseaba.

Viéndose á solas con ella y en lo mas apartado de la casa, le dijo:—«Os he hecho la seña de que callaseis y os he dicho que sentia que hubieseis puesto los piés en mi casa, porque temo el que se descubra que yo he sido el que ha revelado el secreto, y entonces acabaria de perder la amistad con Fernando; ¿no podiais aguardar la hora de la cita?»

—«Urge el que hablemos... el contrato está firmado ya desde ante ayer, el notario.....»

—«No puede ser, porque. . . . . »

—«Es cierto: se me ha leido el contrato, y he visto la firma de Fernando, y por esto me teneis aquí.»

—«¡Fernando me ha engañado!... ¿qué podremos hacer si el contrato está firmado?»

—«Yo nada: vos mucho ó todo: Fernando no ha podido gastar la crecida suma que ha recibido: haced que la devuelva y el contrato se rescindirá: si faltare algo, tengo quien lo suplirá: solo vos podeis lograrlo: hacedlo por Dios y por María:

»Os lo pido, no por mí, sino por el hijo y por la madre de vuestro amigo: librareis al hijo de la miseria y salvareis la vida á la madre, sereis el ángel tutelar de esta casa y quedará todo olvidado.»

Pablo, al paso que en pocas palabras, le dió á entender que haria cuanto pudiera y que esperaba salir con la suya, se ocupó principalmente en afear la conducta de Fernando para hacerle odioso, compadeciendo al mismo tiempo la situacion de ella y elogiando sus bellas calidades.

Por mas que le disgustase sobremanera el lenguaje de Pablo, porque tanto la mortificaba lo uno como lo otro; no se atrevió á contradecirle por miedo de que se negase á hacer lo que acababa de prometerle, y porque no presumia la mala intencion que llevaba.

Pablo, pensando que este silencio forzado, y la creencia de que todo dependia de él, le autorizaban para dar un paso mas: lo dió, empujado por las viles pasiones que le dominaban y obcecaban.

Volvió, primero de una manera algo indirecta y luego directamente, á hacerle una declaracion de amor que fué rechazada con indignacion, como la primera vez: viendo la actitud que tomaba Encarnacion, tuvo la osadía de decirle que no siendo correspondido, no contara con su ayuda; que Fernando iba á ausentarse y que él le seguiria; que era inevitable la ruina de toda la familia y que solo ella podia evitarlo y que realmente se evitaria.

Encarnacion despues de haberle contestado con toda la entereza y la dignidad imaginables, que no contase jamás con venderle su ayuda por el precio de la reputacion, se valió de la dul-

zura, de la ternura y de las demás gracias de que estaba dotada para inclinar el ánimo de Pablo á reparar en un dia los graves é innumerables males que tiempo hacia venia causando á toda la familia.

Convencida al fin de que todo era inútil, si no cedia á la brutal pasion de Pablo, y observando sus gestos y sus miradas, elevó los ojos al Cielo en demanda de auxilio, é iba á escaparse de la presencia y de la casa de Pablo, cuando este que jamás la perdia de vista, corrió á interponerse entre ella y la puerta:

Se disponia á cerrarla: Encarnacion quiso impedírselo: promovióse un verdadero combate entre los dos, luchando Encarnacion con las manos, los brazos, dientes y piés para desprenderse de él, ganar la puerta y escaparse, y Pablo con todas sus fuerzas para impedírselo.

Habiendo Encarnacion agotado las suyas y haciéndole Pablo la amenaza de ceder ó de morir allí mismo, retrocedió algunos pasos y con lenguaje enérgico y resuelto le dijo:—«Prefiero mil veces mas el que me saquen muerta, que salir deshonrada» y al acabar de proferir estas palabras, puso en ejecucion el medio único de defensa que no habia querido emplear antes, para no hacer público lo que deseaba tener secreto; empezó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

Al primer grito que dió, temeroso Pablo de que iba á llenarse la casa de gente y que todo el mundo daria razon á la desgraciada esposa de Fernando, se apresuró á dejarle el paso libre y, acompañándola lleno de rabia y de desesperacion, la amenazó con que no veria mas á su esposo, que se habia ausentado ya, que él publicaria por todas partes la ruina de la familia, y que finido el año la veria con gusto pedir limosna por las calles.

8.

Encarnacion luego que respiró el aire libre de la calle, dió gracias á María por la singular que le habia hecho de librarla del poder de Pablo, que habia sido como librarla del espíritu del mal, y recordando la frase ó máxima del padre, exclamó: «sea todo por Dios y por María..... Dios me ayudará y María no me desamparará.»

Dicho esto, y recobrando el carácter alegre y festivo que siempre habia manifestado, se apresuró á regresar á casa para tomar las precauciones necesarias y evitar que llegase á conocimiento de la afligida madre de Fernando tanto la ausencia del hijo, como el contrato ruinoso que habia firmado.

Antes de llegar á casa Dios y María le enviaron el acertado pensamiento de trasladarse á una hermosa hacienda que poseian á cuatro leguas de distancia y casi en despoblado.

Así que lo propuso á la madre de Fernando, pretextando que convenia para la salud del nieto, la abuela lo aprobó sin titubear, añadiendo que cuanto mas pronto, mejor; porque pensó que el separarse de la ciudad era el medio mas seguro de evitar á Encarnacion el grave disgusto que habia de causarle el descubrimiento de la mala conducta de Fernando.

Y figurándose que este no querria abandonar la ciudad, dijo á Encarnacion que podrian trasladarse las dos con Gabriel y parte de la servidumbre, y que Fernando cuidaria del arreglo de algunos intereses pendientes en la ciudad, terminados los cuales, pasaria tambien á unirse con ellas.

Encarnacion, viendo casi con placer la manera ingeniosa como se engañaban la una á la otra, manifestó entera conformidad; y cuando Pablo estaba divulgando en todas partes la ausencia de Fernando y el contrato que habia firmado antes de partir, la madre y la esposa habian abandonado ya la ciudad.

A los dos dias lo hizo el perverso Pablo, para unirse con Fernando y ayudarle á malversar en poco tiempo la suma crecida que se habia llevado, pareciéndole en medio de los arrebatos de despecho, de rabia y de desesperacion que se recreaba pensando en la próxima é inevitable ruina de Fernando y de toda la amilia.

La esposa y la madre, siguiendo el plan de engañarse la una á la otra, parecian vivir alegres y contentas y se deshacian en acariciar á Gabriel, mientras cada una por su parte atravesaba las mayores tribulaciones; la madre pensando en la viciosa conducta del hijo que acabaria por arruinarles, y sobresaltada por el temor de no poderlo disimular por mas tiempo á Encarnacion; y esta pensando en lo mismo, y en lo que sucederia al finir el año:

Que entonces no podria seguir ocultando la verdad, que las dos serian echadas de casa, que habrian perdido no solo los bienes, sino tambien la una el hijo, la otra el esposo y Gabriel el padre para siempre.

Pero la gran fé que Encarnacion tenia en Dios y en María, hacia que en medio de estas penas y tribulaciones y especialmente cuando acababa alguna de las plegarias que con frecuencia dirigia al Cielo, pensara que ni Dios, Padre tierno y bondadoso, ni la cariñosa y compasiva María les abandonarian; y no dudando que estos pensamientos se los enviaban nuestros Padres Celestiales, exclamaba: «¡En vosotros confio, ya veo que no me abandonais, y no creo que me abandoneis en lo sucesivo!»

Animada con estos pensamientos, con estas exclamaciones y sobre todo con la fé ciega en Dios y en María, iba á alentar y alegrar á la madre de Fernando y á acariciar á Gabriel.

Al mismo tiempo no descuidaba el hablar á la madre todos los dias que se le presentaba ocasion, acerca las cosas pasajeras de este mundo, inculcándole que solo debia buscarse la estabilidad y el bienestar en el otro; y que así debia ser, toda vez que habiamos sido criados para gozar en él y que este era un mundo transitorio y de prueba:

Haciéndolo con el doble fin de irla preparando para lo que debia acontecer al finir el año, y para demostrarle lo poco que

ella contaba en los goces y placeres de este mundo material.

Mientras Fernando, instigado siempre por el falso y vengativo amigo, iba malgastando en el lujo, en comilonas, en orgías y en otros pasatiempos inmorales la considerable suma que habia de ser el precio de la venta de todo el patrimonio, sin pensar jamás en la madre, ni en la esposa, ni en el hijo;

Y mientras Pablo, participando de las malversaciones y prodigalidades de Fernando se saboreaba en el pensamiento de ver, al finir el año, arruinada á toda la familia, al **rico y afortunado** esposo de Encarnacion acabar sus dias en un hospital ó pidiendo limosna, á la madre y á la **bella, virtuosa y simpática** esposa echadas ignominiosamente de la posesion de los bienes y pordioseando con el hijo á cuestas;

La madre pasaba dias de afliccion y de amargura, y la esposa los pasaba tambien, pero esta mucho mas amargos, porque veia que el tiempo volaba y que se acercaba el dia fatal.

Hubiera indudablemente sucumbido á tan terrible y duradera tribulacion, si no hubiera sido por los consuelos y las fuerzas que continuamente recibia y por la gran fé en Dios y en María de que no las abandonarian, si llegaba, como era de temer, por ser humanamente imposible evitarlo, el funesto término para la devolucion del dinero ó para la entrega y abandono de todos los bienes.

Siempre que se hallaba sola, empezaba por acariciar á su idolatrado Gabriel y acababa por derramar abundantes y amargas lágrimas sobre él, pensando en el negro porvenir del mismo, en la triste y desgarradora situacion de la madre de Fernando, en la criminal conducta, en el fin desgraciado de este que no podia ni queria olvidar, á pesar de los grandes é incomparables males que estaba causando á todos y á sí mismo. ¡Rogaba continuamente por él!

Detrás de aquellas lágrimas y detrás de estos ruegos venia siempre el consuelo: unas veces era el presentimiento de que no llegaria el caso de verse echadas á la calle, otras el recuerdo de los sinceros ofrecimientos de su generoso y bondadoso padre y del refugio que á todo evento tendrian en la casa de este, y siempre la confianza de que María no podia abandonarlas; y por

esto acababa con exclamar: «¡En tí confio, Madre mia, y á tí me abandono!»

Estos y otros desahogos parecidos la tranquilizaban, y le restituian el carácter alegre y festivo de que tanto necesitaba y que solia perder momentáneamente.

9.

Entre tanto se acercaba el fin del año: solo faltaban algunos dias que no pasaban de quince y no habia tiempo que perder. Era preciso estar preparados para el terrible golpe que les amagaba tan de cerca: los momentos eran críticos y comunicar á la madre la triste y desgraciada situacion, era abrirle la sepultura; no comunicárselo era hacer mas fuerte y mas temible el golpe, por lo imprevisto de sus consecuencias.

Agréguese á todo esto la terrible impresion y la profunda y mortal herida que debió causar al tierno corazon de la por tantos conceptos atribulada Encarnacion la lectura del billete que al levantarse y despues de haber perdido casi toda la noche, recibió, concebido en estos términos:

«Acabo de separarme del lado de tu *idolatrado* esposo que ha quedado arruinado, sin salud y próximo á ser admitido en el hospital de N.: dentro de quince dias fine el plazo; he venido para llevarte conmigo ó para presenciar el fatal desenlace, y hacerte sentir todo el peso de mi venganza.—Puedes presumir quien te escribe.»

Acabar la lectura, dejar caer la carta de la mano, y quedar sin sentido, fué obra de un segundo: despues de un buen rato llamaron algo recio á la puerta del cuarto, y como si estos rudos golpes la dispertaran de un sueño, volvió en sí y levantando los ojos al Cielo y con todo el fervor de su espíritu exclamó:

—«¡Oh! ¡Madre mia, no puedo mas!... ¡Será esta la crísis de tan larga enfermedad!..... ¡Ampara, te suplico, á mi hijo, á mi

esposo y á la madre!..... ¡ y haz de mí lo que quieras!. . . . .
. . . . . »

Proferidas estas palabras quedó otra vez sin sentido, pero tres golpes recios á la puerta la hicieron otra vez volver en sí: eleva los ojos al Cielo, los baja al momento, ve la funesta esquela á sus piés, la recoge y hace de ella mil pedazos, para que nadie mas la lea, se dirige á la puerta sin saber que habian llamado ya dos veces, abre, va á salir y tropieza con el criado que le entrega otro billete.

Encarnacion aparenta calma y tiembla á la vista del nuevo billete, sin mirar al sobre siquiera, duda si lo recibirá, y si recibiéndolo, lo rasgará sin leerlo: tómalo por fin para disimular, pero sin saber lo que hará de él; entorna otra vez la puerta: va en busca de una silla, porque le parece que las fuerzas la abandonan: se detiene en medio del cuarto, y con el billete cogido con las dos manos, en ademan de rasgarlo, se pregunta á sí misma: *¿lo rasgo ó lo leo?*

Pareciéndole oir repentinamente una voz que con dulce severidad le dice: **¡qué vas á hacer desdichada!**... vuélve la vista hácia todos lados, no ve persona alguna, y tratándose á sí misma de cobarde y de mujer sin fé, toma una actitud la mas tranquila y sosegada, y lee el nuevo billete que dice así:

«Hija mia idolatrada...» al leer estas tres palabras, cae de rodillas y bajando los ojos, por no osar levantarlos al Cielo, como acostumbraba, exclama:

—«¡Padre mio idolatrado, cuando por inspiracion sin duda de nuestra Madre Celestial vas á llevar el consuelo y el sosiego á tu atribulada hija, yo tan ingrata ó tan cobarde que no queria recibir el billete, y que pensaba en rasgarlo!... ¡Perdon, padre querido, perdon Madre amantísima!...» Despues de estas exclamaciones, vuelve á fijar los ojos en la carta y lee lo siguiente:

«Hija mia idolatrada: está concertado el matrimonio de tu hermana Candelaria: quiero que conozcas á su futuro esposo que no dudo la hará feliz, y quiero otra cosa: te envio mozos y caballerías para que vengas luego con tu esposo y su madre, si puede ser, y sin falta con Gabriel,—tu padre que te ama y te bendice—*Gerónimo.*»

Despues de haber besado repetidas veces el billete y de haber otras tantas pedido perdon á los Padres Celestiales y al padre terrenal, y despues de haber meditado un buen rato sobre lo que debia hacer en tan crítica situacion, se reproducen en su mente el presentimiento y los recuerdos de otras veces, y se decide á partir aquel mismo dia.

Llama al principal de los criados enviados por su padre, que resulta ser el antiguo mayordomo; se presenta este al momento, y antes que Encarnacion le hable, le entrega un bolsillo lleno de monedas, diciéndole que es para gastos del viaje y por si necesita comprar alguna cosa antes de partir; que así se lo encargó el amo junto con la señora, los cuales en union de la señorita Candelaria y el futuro esposo de esta, les aguardan y saldrán á recibirles á dos ó tres leguas de la ciudad.

Enterada de la salud de sus padres y hermana, que era lo que queria preguntar, da las gracias al mayordomo y le dice que va á dar las disposiciones para marchar aquel mismo dia y que él puede dar las suyas.

Va á salir de su cuarto, para enterar á la madre de su esposo, así del contenido de la carta como de la resolucion de partir aquel mismo dia por la noche y de regresar lo mas pronto posible, cuando le ocurre un pensamiento:

Retrocede, se encierra en el gabinete, reconoce la cantidad que contiene el bolsillo, escribe una carta, vuelve á llamar al mayordomo y le pregunta cuanto dinero necesitarán para el viaje, y contestándole este que puede gastar todo el que contiene el bolsillo y mas, si quiere, porque su padre les despachó bien provistos de todo y que todo les sobrará.

Al oir esta manifestacion le dice que necesita de él un favor especial, que si puede hacérselo, se lo agradecerá toda su vida: contesta el mayordomo que él sacrificará la suya para servir á la que ha sido y es aun su ama y señora, que no le pida, sino que le mande lo que le plazca.

Encarnacion le habla secretamente algunos minutos, le entrega la carta, le devuelve el bolsillo, le encarga mucho sigilo, que parta luego, que ella ya se entenderá y pondrá de acuerdo con los demás enviados por su padre.

Mientras el mayordomo cumple, sin pérdida de tiempo, las instrucciones de Encarnacion, esta entera á su madre política de la carta de Gerónimo y de la resolucion que en vista de ella ha tomado de partir aquel mismo dia, para aprovechar el claro de la luna y el fresco de la noche, y le promete que su ausencia será muy corta.

La madre de Fernando en lugar de resentirse ni entristecerse, se alegra y aplaude el pensamiento de marchar aquella misma noche, y la estimula á que aproveche la ocasion, y que pase una buena temporada al lado de sus padres, creyendo que de este modo podrá ocultar por mas tiempo los extravíos de Fernando.

Se hacen á toda prisa los preparativos del viaje, activándolos Encarnacion cuanto puede, porque se ha fijado en su mente el pensamiento que aquel viaje va á sacarles de la apurada situacion en que se hallan, porque nunca se le habia presentado mejor ocasion para aceptar los ofrecimientos del padre, toda vez que este va á quedar solo con su esposa.

10.

Al tercer dia de emprendido el viaje, se encontró Encarnacion con toda la familia que habia salido á recibirla á unas dos leguas de la ciudad: alegre y festiva, sencilla y humilde, tierna y cariñosa como siempre, solo en el rostro habian dejado su huella las inauditas penas, dolores y amarguras que habia experimentado; pero este pequeño cambio exterior pareció que aun le daba mas gracia.

Así es que volvió á llenar el vacío que habia dejado en la casa paterna, no cesando los padres y la hermana de acariciarla, obsequiarla y demostrarle de mil maneras su cariño y su amor y especialmente á Gabriel, que al igual que su madre les correspondia á todos con la mas dulce sonrisa, con una ternura y una gracia inimitable.

Habiendo sido interrogada Encarnacion porque no la habian acompañado su esposo y su madre, les dijo que no habia sido posible debiendo partir con tanta precipitacion, y que habia dado órdenes al mayordomo para ver si podria acompañar á alguno de ellos, ya fuese Fernando ó la madre.

El dia siguiente, estando todo preparado y llevando alguna prisa el futuro esposo de Candelaria para unirse con sus amigos y compañeros de viaje y regresar á la Península española, se celebró el enlace que fué casi tan concurrido como el de Encarnacion y por el cual los padres recibieron mil parabienes, felicitaciones y plácemes.

Luego de verificado el matrimonio el padre hizo entrega al yerno del crecido dote prometido á Candelaria enteramente igual al de Encarnacion, y por la noche llamó á sus dos hijas á solas y les dijo que de toda la restante fortuna habia hecho cuatro partes, una para Joaquin y los pobres, dos para entrambas hermanas, reservándose para sí la cuarta;

Que teniendo él y su esposa de sobras con los réditos de la cuarta parte que retendria durante su vida y la de su esposa, iba á entregar á cada una de ellas lo que les correspondia; y acercándose á dos arcas en forma de cofres y en las que no habian reparado Candelaria ni Encarnacion, les dijo:

—«La cubierta de terciopelo encarnado y con la letra **E** es para Encarnacion, y la cubierta de terciopelo azul con la letra **C** para Candelaria; contiene cada una de ellas la cantidad de diez mil onzas de oro, en paquetes de cincuenta onzas cada uno:

»Dadme un abrazo en señal de aceptacion, dad gracias á Dios y á María, á los que lo debo ó lo debemos todo, y gozad de esta pequeña demostracion largos años con la bendicion de nuestros Padres Celestiales: no os olvideis jamás de Ellos: muchísima devocion y amor á María y no temais, venga lo que viniere.»

Llamó á los criados, hizo trasladar el cofre encarnado al cuarto de Encarnacion, é hizo conducir el azul al de Candelaria entregando á cada una sus respectivas llaves.

Encarnacion inmóvil, sin decir una palabra, sin acordarse siquiera de dar las gracias á su padre, reia y lloraba, tan pronto miraba al Cielo, como á su padre, á su hermana ó al cofre,

parecia que no sabia qué decir, ni qué hacer, ni lo que le pasaba, como si hubiera caido en una verdadera enajenacion mental, lo que no dejó de alarmar á la hermana, y sobre todo al padre, así que aquella se lo hizo observar.

De repente elevó los ojos al Cielo y tuvo que bajarlos, porque se inundaron de lágrimas enviadas por el corazon en señal de gratitud, de ternura, de amor, de alegría y de contento por la gracia tan grande y que con tanta oportunidad le hacia la Dispensadora de ellas, por mano del padre terrenal.

Se arrodilló á los piés del padre, los besó, se levantó enteramente sosegada, le abrazó, le dió las mas expresivas gracias por tanta bondad ocultando la verdadera causa de aquel trastorno momentáneo y dando á entender que era derivado de la sorpresa que le causó el procedimiento imprevisto del padre.

Despues de esta escena alarmante primero, y tierna despues, solo por ella comprendida, que hizo llorar al padre y á la hermana exclamo aquel:—«¡Siempre la misma!... ¡siempre agradecida!... ¡siempre tierna, sensible y cariñosa!...» Encarnacion se retiró encerrándose en su cuarto, no para abrir el cofre, sino para dar gracias á solas á los Padres Celestiales.

Una semana duraron las fiestas y los regocijos hechos en celebridad del satisfactorio enlace de Candelaria, como se habia hecho con el de Encarnacion.

La alegría y la satisfaccion de esta no tenian límites: pensando en el bien incalculable que iba á hacer y en el venturoso porvenir que le sonreia, no sabia como demostrar el contento que inundaba su corazon: tan pronto abrazaba á su padre y le llenaba de besos y de lágrimas de gratitud y de ternura, como lo hacia con la madre ó con la hermana.

Faltaban cinco dias para concluir el año marcado en el ruinoso contrato: Encarnacion abrió el cofre, sacó una cantidad que no llegaba á la tercera parte de la contenida en él y la repartió entre los demás donde llevaba su equipaje.

Llamó á su padre, y estando á solas con él, como quien iba á confiarle un secreto, le dijo que dejaba á su cuidado á Gabriel, que ella queria ir en busca de Fernando y de la madre de este, porque deseaba causar una sorpresa á Candelaria y á su

esposo, y porque no podia permitir que se marchasen sin despedirse de ellos su querido Fernando :

Le pidió seis hombres de confianza y bien armados porque queria viajar de noche, como la otra vez: y así se hizo.

11.

Dos dias bastaron á Encarnacion para trasladarse al lado de la madre de Fernando, que quedó sorprendida al ver que regresaba tan pronto y sin Gabriel; pero Encarnacion la tranquilizó, asegurándole que se volveria dentro de dos ó tres dias, que tenia que reconocer unas fincas para comprarlas con el dinero que acababa de darle su padre; y el mismo dia fué á reconocer las que el padre de Fernando queria comprar con el dinero del dote.

Solo faltaba un dia para concluir el plazo : Pablo que habia hecho cundir la voz por toda la ciudad y que esperaba ver con satisfaccion y saborearse en el desenlance de su maquiavélico y horrible plan, recibió un billete concebido en estos términos:

« Mañana fine el plazo : vos que habeis sido autor de todo, no me negareis el obsequio de servir de testigo para la entrega de los bienes y de los títulos á fin de evitar publicidades: se verificará el acto á las diez de la mañana en el despacho del notario que vos sabeis.—*Encarnacion.*»

Pablo quedó sorprendido con la lectura de este billete, lo leyó una y repetidas veces y le parecia imposible que Encarnacion le invitase á asistir y á servir de testigo para un acto como aquel.

Llegó la hora: Encarnacion fué la primera en comparecer: apenas acababa de sentarse en el despacho y de hacer colocar á su lado un pequeño cofre, cuando recibió un recado para que saliera, y habiéndolo verificado, vió con la mas satisfactoria sorpresa al mayordomo de su padre el cual le dijo algunas palabras al oido, y ella hizo otro tanto.

Volvió al despacho radiante de alegría y dando gracias á Dios y á María con el pensamiento, llegó casi en el mismo instante con dos testigos el que se creia dueño de los bienes, y llegó por fin Pablo vestido lujosamente, provocando á todos con sus desdeñosas miradas y sentándose frente por frente de Encarnacion.

Esta se anticipó á saludarle afectuosamente como dándole las gracias por el obsequio que le hacia de asistir y servir de testigo, y al propio tiempo se manifestó tan alegre y tan festiva como en las tres primeras visitas que recibió de él en los primeros meses de su enlace con Fernando.

Esto empezó á desconcertar á Pablo que todavía estaba perdiéndose en conjeturas acerca el contenido del billete: aumentó extraordinariamente su desconcierto, cuando á la media hora de estar reunidos, esperando la autorizacion que Encarnacion debia presentar para legitimar el acto, compareció Fernando elegantemente vestido, y se sentó al lado de su esposa.

Esta al momento hizo seña al notario para que empezara la lectura, se levantó á abrir el cofre que habia traido y que todos menos el notario creian que contenia los títulos de las varias propiedades, y volvió á sentarse.

¡Cuál no fué el trastorno del prestamista y sobre todo el desconcierto de Pablo que ya no sabia lo que le pasaba, cuando el notario, que miraba con interés las cosas de Encarnacion, leyó en voz clara, alta y muy acentuada, que Encarnacion con parte del dinero que le habia entregado su padre y mediante el consentimiento de su esposo devolvia la cantidad al prestamista y quedaba repuesta en lugar del mismo.

En seguida el notario fué sacando el dinero del cofre y colocándolo encima de la mesa del despacho para que el prestamista lo contase y se encargase de él, despues de haber firmado el acto.

Mientras contaban el dinero, Pablo que, sin repararlo mas que Encarnacion, iba cambiando de color, quedó sin sentido, volvió los ojos en blanco é iba á caer de la silla, si la misma Encarnacion, que como se ha dicho estaba enfrente, no lo hubiese impedido.

Despues de algunos momentos de confusion, Pablo á instancia de la esposa de Fernando fué separado de allí para colocarlo en una cama.

Mientras los de la casa prodigaban sus cuidados á Pablo y este iba volviendo en sí, acabóse de contar el dinero, firmóse la escritura y cada uno se marchó por su lado; pero Encarnacion á pretexto de informarse de Pablo, se acercó á él, que ya habia recobrado el conocimiento, y en voz baja y con tono el mas tierno y compasivo le dijo:

—«¡Que os sirva de experiencia lo que acabais de presenciar y que os ha privado del conocimiento y de los sentidos!... ¡mas que todos los espíritus del mal juntos puede la Reina de Cielos y Tierra!... ¡Ella ha sido mi protectora y mi amparo! ¡quiera Dios que sea el vuestro, como lo será si hay en vos arrepentimiento!»

12.

Al anochecer del mismo dia Encarnacion y Fernando abrazaban á la madre y le participaban que las haciendas que tanto agradaban á Encarnacion y cuya adquisicion le obligó á hacer aquel precipitado viaje, pertenecian ya á la familia.

La madre al ver juntos á Fernando y á Encarnacion, al recibir los abrazos de ambos y al saber que se habian adquirido las haciendas, sin contar para nada con el dinero sustraido del escritorio, experimentó una alegría y una satisfaccion tan grande que jamás habia conocido otra igual, y no cesaba de mirar, admirar y bendecir á la que creia deberlo todo.

Deseosa Encarnacion de volver al lado de sus padres, acompañada á lo menos de Fernando para hacerles partícipes del contento que rebosaba en su corazon y acabar de persuadir al padre de la dicha de que gozaba al lado de su esposo, manifestó sus deseos á este y á su madre; ambos los aplaudieron y

ambos, con gran satisfaccion de ella, ofrecieron acompañarla.

¡Qué no hubiera hecho Fernando al ver que Encarnacion á la que habia tratado tan indignamente, acababa de arrancarle de las espantosas garras del envilecimiento, de la deshonra, del oprobio y de la miseria! ¡Y qué no hubiera hecho la madre al verla tan contenta y en tan íntimas relaciones con Fernando y al sentir levantado por la generosa mano de Encarnacion el enorme peso de las tribulaciones que sobre ella gravitaban, desde la desaparicion del dinero del escritorio!

¡Ah!... ¡y qué no hubiera hecho Fernando, si hubiese tenido el mas ligero conocimiento de las penas, dolores y amarguras que su extraviada conducta habia causado á una esposa que tanto le amaba!

¡Qué no hubiera hecho la madre si se le hubiese dicho que Encarnacion sabia como ella y que como ella ocultaba la extraviada conducta de Fernando y que enterada por Pablo de la tristísima situacion de su esposo, le escribió la carta mas afectuosa que imaginarse podia, y le envió dinero y un hombre de confianza para librarle del oprobio y de la miseria!

¡Y qué no hubiera hecho aquella buena madre, si hubiese sabido que el dia mismo en que Encarnacion levantaba con una mano el enorme peso de las expresadas tribulaciones, detenia con la otra el mortal golpe de verse echada á la calle junto con la virtuosa y opulenta hija de Gerónimo, á causa de la obcecada conducta de Fernando!

No hubiera podido resistir á tanta alegría y á tanta satisfaccion, hubiera muerto de gozo y de contento: supo lo mas necesario para vivir tranquila y descendió al sepulcro, ignorando lo demás.

Los tres acompañados por el mayordomo y por los hombres de confianza de Gerónimo, se trasladaron á la casa de éste, causando gran sorpresa y extraordinaria alegría á todos y especialmente al padre.

Se entregaron durante tres dias á toda clase de regocijos, como si se celebrara otra boda, y mas aun, porque de las ocho personas que figuraban en primer término en aquel cuadro incomparable, no habia mas que una, el niño Gabriel acariciado

por todos, que no tuviera un motivo especial y extraordinario para alegrarse y regocijarse.

Mientras en la casa de Gerónimo, el alfarero, la alegría, el contento y la satisfaccion habian subido y estaban en el mas alto grado posible, en casa de Pablo todo era tristeza, lágrimas y consternacion, porque este estaba postrado en cama sufriendo un delirio espantoso, acompañado de los mas agudos dolores, dando tales gritos que movian á compasion á todos los que los oian, sin que nadie pudiese acercarse á él.

Habiendo Candelaria con su esposo emprendido el viaje para la Península, Encarnacion lo emprendió tambien con el suyo y la madre de este para ir á tomar posesion de las haciendas en nombre de Gabriel y para adquirir otras de igual ó mayor importancia con lo restante de las diez mil onzas.

La Reina de Cielos y Tierra, la tierna, compasiva y generosa María que habia protegido de una manera tan grande como manifiesta á Encarnacion, escuchó sus ruegos y extendió su mano protectora á toda la familia; Fernando fué modelo de buenos esposos y de buenos y cariñosos padres, y la madre de Fernando acabó sus dias rodeada de la ternura, del cariño y del amor de su hijo, de Encarnacion y de Gabriel.

AMOR Á MARÍA,

ó

CANDELARIA LA DESGRACIADA Y LA DICHOSA.

1.

Al hablar de Gerónimo el alfarero y de Encarnacion la bella y la virtuosa, se demostró la obligacion que tenemos de amar á María y al mismo tiempo los bienes incalculables que sacamos del amor que religiosamente la profesemos.

Lo que vamos á decir de Candelaria, hija y esposa tambien de un alfarero, corrobora lo anteriormente demostrado y lo que valen las recomendaciones de los padres hechas á la bondadosa y cariñosa Madre de Dios y del género humano.

Candelaria, lo mismo que su hermana Encarnacion, fué desde su nacimiento y aun antes de que viera la luz por primera vez, ofrecida por sus padres y especialmente por Gerónimo á María y puesta bajo el amparo y proteccion de la Misma.

Candelaria lo propio que Encarnacion fué desde los primeros años educada en el amor de María, á mirar y á tratar á María como una Madre la mas bondadosa, la mas cariñosa y la mas poderosa, á ponerse todos los dias bajo su proteccion y amparo, á implorarla siempre, especialmente en los momentos de apuro, y á darle gracias por todo.

Candelaria lo mismo que Encarnacion amó á María y le tuvo particular devocion, implorándola y acogiéndose á su poderosa

proteccion y amparo, sobre todo, en los momentos de conflicto y de tribulacion.

Candelaria por fin lo mismo que Encarnacion experimentó los grandes, oportunos y evidentes efectos del amor y devocion á la Medianera é Intercesora entre Dios y el hombre.

Nacida Candelaria en el Continente Americano, casó algunos años despues que su hermana, tomando por esposo á Jacinto, nieto del alfarero en cuyo taller hizo Gerónimo el aprendizaje, y lo verificó á entera satisfaccion de los padres.

Pocos dias despues de realizado su enlace y despues de haber recibido los mas estrechos y cariñosos abrazos de sus padres y hermana, y las felicitaciones de todos los amigos y conocidos, y despues de haber derramado y hecho derramar á todos muchas lágrimas de ternura, emprendió el viaje que debia separarles para siempre en la tierra.

Jacinto á instancias de su padre, de oficio alfarero, se estableció en América para recibir y dar salida á los varios artículos de comestibles que su padre le enviaba desde España, y particularmente á los objetos de alfarería que se elaboraban en el obrador y bajo la direccion del padre.

Jacinto fué recomendado por su padre á su amigo y co-aprendiz Gerónimo quien le obsequió y le dió toda la proteccion que le fué posible, porque el padre de Candelaria era agradecido y buen amigo, y no habia olvidado la amistad que le unió con el padre de Jacinto, ni lo que debia al abuelo del mismo.

Uno de los mayores obsequios que le dispensó fué mirarle como hijo, hospedarle en su casa y no permitir que se separase de ella hasta que le hubo procurado punto á propósito, para vender los artículos y los objetos que traia y los que iria recibiendo de su padre.

Con este motivo tuvo ocasion de ver á Candelaria cuando acababa de cumplir los catorce años y de enamorarse de ella á causa de sus buenas calidades así físicas como morales, pero especialmente estas, porque en cuanto á las físicas distaba bastante de parecerse á Encarnacion.

Serian Jacinto y Candelaria las dos medias naranjas, como suele decirse, que aunque nacido el uno en Europa y la otra

en América, habian con el tiempo de formar la naranja entera, por estar así dispuesto por el Eterno; por esto lo mismo fue verse que enamorarse el uno de la otra.

Despues de haber Jacinto permanecido unos dos meses en la casa y compañía de Gerónimo, se marchó al punto de su futuro destino buscado por este y con varias recomendaciones del mismo.

Se abstuvo Jacinto de manifestar su amor á Candelaria por muchas razones, siendo la principal la gran distancia ó diferencia de posiciones sociales que les separaba: lo mismo hizo Candelaria por ser aquel su primer amor y no tener valor para revelarlo, y porque estaba acostumbrada á no hacer cosa alguna sin consultarla antes con sus padres terrenales y sin pedir primero la ayuda y el amparo de María.

En lugar de amortiguarse este amor latente con la distancia que les separaba, fué por el contrario creciendo, hasta que pasados cerca de cuatro años, viéndose Candelaria instada por su padre para que escogiera esposo entre los varios que aspiraban á su mano, tuvo al fin valor, aunque poniéndose colorada como una rosa y con los ojos medio húmedos, de hacer á su padre una ligera indicacion.

Si bien esta no fué comprendida por el padre, sin embargo el cambio de color, los ojos humedecidos y la turbacion en expresarse, fueron indicios bastantes para que el padre presumiera que la hija amaba y no se atrevia á manifestar el nombre de la persona amada, ó que no tenia inclinacion al matrimonio y se la mortificaba hablándosele de él.

Gerónimo como buen padre alentó á Candelaria para que fuese sincera y franca con él, repitiéndole lo que le habia dicho otras veces, esto es, que él solo deseaba y trabajaba para su felicidad: Candelaria implorando con el pensamiento la ayuda de María y haciendo un esfuerzo sobre sí misma le dijo que amaba y no podia amar mas que á Jacinto, del cual se habia enamorado en los primeros dias de haberle visto en su casa.

¡Cuál no fué el contento y la alegría de Candelaria que temia que su amor no mereciera la aprobacion del padre, al ver que este, al oir la revelacion de su hija, corria hácia ella con

los brazos abiertos exclamando: «—Abrázame, hija querida: no podias darme mayor satisfaccion ni mas contento!»

Despues de haber Gerónimo estrechado á Candelaria en sus brazos y despues de haber derramado ambos algunas lágrimas de gozo y de ternura, dijo el padre: «Tenia que escribir á Jacinto sobre negocios, voy á hacerlo ahora mismo, y aprovecharé la ocasion para explorar su ánimo.»

Volvieron á abrazarse y á derramar algunas lágrimas: el padre se fué al gabinete á escribir y Candelaria á sus quehaceres, no olvidando el padre ni la hija el dar gracias á Dios y especialmente á María por la singular é inesperada que acababa de dispensar á los dos.

2.

Diez dias que fueron diez años para Gerónimo y particularmente para su hija, habian pasado desde que Gerónimo escribió á Jacinto, porque el domicilio de este distaba unas cuarenta leguas, cuando oyendo Candelaria que su padre la llamaba con grande interés y con una carta en la mano, voló hácia él y recibió temblando un abrazo y la carta.

Púsose al momento á leerla y decia: «Mi querido amigo y protector: ¡quiera Dios que pueda daros otro nombre!..... no hablemes por hoy de negocios, tiempo nos quedará para ello: para el caso de que la ligera indicacion que me haceis de Candelaria, no sea una broma, y tanto si lo es como no, os diré que desde que la ví por primera vez me enamoré de ella:

»No me atreví á revelarle mi amor y seguí tratándola como hermana y como tratar debia á la hija de mi bienhechor; y jamás pagar con un disgusto ó con una ofensa los favores que me dispensabais: era inmensa la diferencia de posiciones..... ¡Ella rica y yo solamente con el deseo de serlo! ¿Habia de revelarle mis amores?

»La gran proteccion que me habeis dispensado, los frecuentes y considerables envíos de mi buen padre, y sobre todo el ardiente deseo de llegar pronto á una posicion que me diera el valor suficiente para aspirar á la mano de vuestra hija, han hecho que llegara, á Dios gracias, á reunir un capital algo regular.

»Si bien lo considero suficiente para mantener con decencia á una familia, no obstante con la ayuda de Dios, con vuestra proteccion, con los envíos de mi padre, y empleando mi escaso saber y toda mi actividad, tengo ánimo de doblar mi capital en un par de años.

»Entre los muchos favores que os debo, quisiera contar como el mas importante de todos, el que hableis á Candelaria y exploreis su corazon, y si, para mi gran dicha, la veis inclinada á corresponderme, le leais, si os parece bien, la presente, ó á lo menos le hableis de mi antiguo y síncero amor.

»Si aprobado por vos y por ella este amor tan puro como antiguo, os pareciere que no debemos aguardar á que pasen los dos años, renuncio desde ahora y con gusto este plazo y todos los aumentos de fortuna que durante él pudiera obtener: disponed de mí como plazca á los dos: solo quiere el amor de Candelaria y el beneplácito de sus padres vuestro agradecido amigo.—*Jacinto.*»

Hubiera Candelaria deseado leer una y cien veces la carta de Jacinto, pero se privó de este placer, para dar gracias á su padre y para manifestarle que estando, como le parecia debia estar, segura del amor de Jacinto, que era lo que ella deseaba, en lo demás podian determinar lo que bien les pareciere, aunque fuese preciso pasar dos, tres y mas años para llevar á cabo el enlace, bien que le gustaria ver á Jacinto y oir de su boca que la amaba.

Esta manifestacion de Candelaria fué desde luego trasladada á Jacinto que la esperaba, como el que está gravemente enfermo espera la convalecencia: mientras Candelaria estaba contando los dias que debian transcurrir para recibir la contestacion, Jacinto, que deseaba darla de palabra, iba salvando la distancia que les separaba: y un dia antes que vencieran los diez, saludaba á Gerónimo y le abrazaba como abraza un hijo á su padre.

Sabedora Candelaria de la llegada de Jacinto, sintió latir su corazon de una manera extraordinaria y ofuscarse completamente su entendimiento con los vapores del corazon, en términos de no saber pensar lo que debia hacer, si iria luego al encuentro de Jacinto, como quien va á ver á un hermano, ó si aguardaria á que la llamasen ó á que Jacinto fuera á su encuentro; si cambiaria de vestido y se ataviaria un poco, ó si se presentaria de la manera como estaba.

Mientras Candelaria no podia definir lo que por ella pasaba, ni acertaba á resolver lo que debia hacer, vió abrirse la puerta del cuarto y asomar la cabeza de su padre, diciendo: —«Ya podemos entrar:» y al instante entra Gerónimo seguido de Jacinto.

Este que durante cuatro dias continuos, ó desde que recibió la segunda carta, no habia pensado en otra cosa que en sus amores y especialmente en lo que diria á Candelaria en su primera entrevista y que habia pensado decirle muchas cosas para acreditarle su verdadero amor, apenas supo saludarla y decirla cuatro palabras indiferentes é insustanciales;

Porque se presentaba con timidez ó con temor; y de aquí principalmente su turbacion y el no saber qué decir: temia que Candelaria, al verle cuatro años atrás á su llegada de Europa, sintiera en su corazon lo que tal vez ahora no sentia.

Y Candelaria abrigaba iguales temores, mayormente cuando en lo físico no era de las mas favorecidas; sin tener en cuenta que sus bellas calidades morales le daban una expresion y una gracia capaces por sí solas de atraerse las simpatías y la estimacion de cualquiera, y que precisamente estas calidades eran las que habian cautivado el corazon de Jacinto.

Veinte y cuatro horas bastaron para que uno y otro se convencieran de que realmente se amaban y de que el amor que se profesaban era sincero, espontáneo, desinteresado y que nada tenia de material; y algunas horas mas para convenir Gerónimo con Jacinto lo que pensaba hacer para su hija y la época de verificarse el enlace.

Jacinto con la seguridad de poseer el amor de Candelaria y de poseerlo con el beneplácito de los padres, regresó á su domicilio rebosando de contento y de alegría y pensando duplicar y

triplicar su actividad para abreviar el plazo de los dos años.

Candelaria, no pudiendo dudar del amor de Jacinto, solo pensaba en dar gracias todos los dias á Dios y á María, en ponerse bajo el amparo y la proteccion de la Reina de Cielos y Tierra, en solicitar para Jacinto y para ella lo que mas les conviniera, y en hacer cuanto le era dable para complacer y dar gusto á sus padres y para continuar mereciendo su estimacion.

Jacinto, al verse antes de los dos años con un capital algo respetable y que por otra parte su padre deseaba vivamente tenerle á su lado, mayormente desde que tuvo noticia del proyectado enlace con la hija de su íntimo amigo; determinó abreviar el plazo:

A este fin remitió á Gerónimo la carta del padre, que leida á su esposa y á Candelaria, acordaron los tres el que se contestase á Jacinto que podia escoger el dia que bien le pareciese para la celebracion del enlace.

Despues de realizado con algunos conocidos un viaje de un mes, para reunir algunos intereses dispersos, se presentó Jacinto á la casa de Gerónimo; y sin perder mas tiempo que el preciso para reunir á la familia, se verificó el enlace á satisfaccion y con gran placer de todos.

Al ocuparnos de Encarnacion la bella y la virtuosa, se dijo lo que pasó con motivo del enlace de Candelaria, la manera como fué celebrado, y la incomparable generosidad del padre.

Acumuladas las dos considerables sumas que Candelaria recibió de su padre á las que poseia Jacinto, formaron un capital respetable, cual jamás habia éste pensado reunir: pasaba de un millon de pesos ó sea de dos millones de escudos.

Este capital escondido y repartido en varios cajones llenos de géneros del país y muy bien asegurados, fué trasladado á bordo del mismo buque en que se embarcaron Jacinto y Candelaria, sin descuidarse ésta de implorar la ayuda de Dios y el amparo de María.

3.

Durante los primeros quince dias la navegacion fué del todo feliz, especialmente para Candelaria que supo aprovechar bien el tiempo, ocupándolo parte en sus acostumbradas plegarias, parte con Jacinto que cada dia la idolatraba mas, hablando del porvenir que les sonreia, y parte en meditar sobre la Omnipotencia, la Sabiduría y el Amor infinito del Criador, al contemplar de dia la extension de los mares y por la noche el azulado firmamento tachonado de estrellas.

Pasados los primeros quince dias ó al amanecer del décimo sexto, apareció el Cielo cubierto de nubes que iban y venian en todas direcciones, como un formidable ejército que se prepara para entrar en batalla; aquel ir y venir de las nubes, su color en parte negruzco y en parte amarillento, y el movimiento de las aguas, hizo temer al Capitan, al piloto y á la tripulacion entera que tenian suspendida sobre ellos una horrible tempestad.

Estos temores aumentaron al desencadenarse los vientos que, solo á duras penas y con grandes riesgos, les permitieron replegar las velas, y que sin atinar de donde venian, agitaban las aguas en todas direcciones, y azotaban el buque por todos lados.

La tripulacion, y en particular el Capitan, acreditaron en un principio gran serenidad y sangre fria, mucha actividad, práctica y destreza; pero al fin, despues de haber luchado algun tiempo contra la tempestad que en lugar de ceder, iba arreciando, decayó su ánimo, apoderóse de ellos el miedo á la muerte y empezaron las exclamaciones y las invocaciones á Dios y á la Vírgen del Cármen.

Candelaria encerrada junto con Jacinto y los demás pasajeros en la cámara de popa, despues de haber dirigido sus ple-

garias á Dios y en especial á María, no hacia mas que mirar y alentar con sus miradas á su esposo, ostentando calma, serenidad y valor, cuando en aquellos momentos todo le faltaba; así que oyó las exclamaciones y las invocaciones de la tripulacion, acabó de perder la poca calma y el poco valor que le quedaban.

Repentinamente dejaron de oirse las exclamaciones y las invocaciones y solo se oia el silbido de los vientos, el ruido de las olas y sobre todo el de los continuos truenos: Jacinto que habia hecho diferentes viajes por mar y que hasta entonces habia manifestado valor y serenidad, para infundirlos á Candelaria, se sobresaltó, sospechando á causa del silencio que reinaba á cubierta que corrian gran riesgo de naufragar.

Animado por el ardiente deseo de salvarse, de salvar sus cuantiosos intereses que aseguraban su porvenir y sobre todo de salvar á su idolatrada Candelaria, trató de subir á todo trance á cubierta para enterarse por sí mismo de la gravedad y de la proximidad del riesgo, y lo logró forzando uno de los escotillones.

Lo mismo fué asomar la cabeza y ver que parte de los tripulantes estaban tendidos por la cubierta y que los restantes, incluso el Capitan, estaban arrodillados con las manos y los ojos elevados al Cielo pidiendo perdon y esperando verse sumergidos en las olas, que dar un grito de horror, descender precipitadamente, y correr en busca de Candelaria para morir á su lado ó abrazado con ella.

La escena que esto produjo entre los pasajeros, no es posible describirla: gritos por aqui, gritos por allá y acullá; ayes y lamentos por un lado, lágrimas, sollozos y desmayos por otro; confusion, terror y espanto en todas partes.

Candelaria cae de rodillas; todos piensan que es por temor á la muerte; eleva el pensamiento á Dios y á María, y con todo el fervor de su espíritu, sin temer para nada la muerte, hace una breve plegaria.

Jacinto pensando como los demás, que se dispone para morir, va á cogerla entre sus brazos para morir juntos ó abrazados, pero Candelaria le rechaza, y exclamando: —«¡**Madre nuestra, sálvanos!**» pasa por encima de todos, corre, vuela y sale á cubierta.

Al ver la triste y desgarradora escena que dos minutos antes habia aterrado á Jacinto, se arrodilla otra vez, hace una segunda plegaria; se levanta, toma una actitud que parece desafiar á todos los elementos desencadenados, y esforzando la voz cuanto puede, en tono de verdadera reconvencion dirigida al Capitan y demas tripulantes exclama:

«¡Esta es la fé que teneis en Dios y en María que acabais de invocar!..... ¡Ayúdate y te ayudaré dice el Eterno!..... ¡Levantaos y obrad!..... ¡Mirad que sois responsables ante Dios y los hombres del naufragio, si viene por culpa vuestra !..... ¡Trabajad y orad!.....»

Los tripulantes que estaban arrodillados y que, al oir las primeras reconvenciones, volvieron todos la vista hácia Candelaria, se avergonzaron al verse reconvenidos por una débil mujer; y comunicándoles las palabras «**Levantaos y obrad**» una fuerza y un ardor que jamás habian conocido, se levantaron instantáneamente todos, como si fueran movidos por un mismo resorte, é hicieron levantar á los que estaban tendidos.

Candelaria colocada en medio, sin temor á la lluvia, á los rayos y truenos, que no cesaban un momento, y sin miedo á los vientos y á las olas que bramaban á su alrededor, cayó arrodillada por tercera vez y dijo al Capitan que estaba contemplándola y admirándola, como hubiera contemplado y admirado la vision de la Reina de Cielos y Tierra: «**Mandad, mientras yo ruego.**»

Estas palabras, amonestaciones y reconvenciones bastaron para aquellos hombres alentados y entusiasmados por una mujer que en aquellos momentos miraban como una Divinidad, ó como una vision enviada por Dios, se colocaran cada uno en su puesto, al oir la voz del Capitan, y para que todos ambicionaran las maniobras y los puntos de mayor riesgo.

El que temia que le faltasen las fuerzas y la serenidad, no hacia mas que volver la vista hácia Candelaria que permanecia arrodillada y con las manos y los ojos elevados al Cielo, para sentirse con toda la serenidad y con todas las fuerzas necesarias.

A la media hora ya no se veia el resplandor del rayo, ni se percibia el ruido del trueno, ni se oia el silbido de los vientos:

la tempestad iba desapareciendo, dejando en pos de sí una lluvia suave que duró poco y el movimiento de las olas en forma de montañas, que iban tomando una misma direccion y que levantaban el buque, como meciéndole por los aires en son de triunfo.

Los pasajeros que ocupados en consolarse y en darse aliento y socorro los unos á los otros, nada habian visto ni oido de las escenas de arriba; al cesar la tempestad se apresuraron á subir á cubierta y lo hicieron en los momentos en que Candelaria iba á levantarse para dar gracias junto con la tripulacion, despues de haberlas dado ella sola á nombre de todos.

Los pasajeros, y Jacinto el primero, iban acercándose para contemplar y admirar á Candelaria de cerca; pero esta se levantó, causándoles un verdadero sentimiento por no haber podido satisfacer sus deseos.

Candelaria sin reparar en los pasajeros, ni siquiera en Jacinto que era el que tenia mas cerca de sí y pensando que estaba aun sola entre los marineros, entonó con una voz la mas dulce y melodiosa un himno de gracias y de alabanzas á Maria y al Ser Supremo, cuyo himno habia aprendido en la escuela.

Mientras ella se mantenia en pié con las manos y los ojos elevados al Cielo, el Capitan, la tripulacion entera y todos los pasajeros, incluso Jacinto, se arrodillaron á su alrededor, Jacinto empezó á acompañarla en el canto del himno por haberlo oido y cantado otras veces, y los demás siguieron como si les fuese tambien familiar el canto.

Aquel himno, sublime por la letra, por la melodía y por la armonía, cantado con todo el fervor que les inspiraba la gratitud, fué escuchado por nuestros bondadosos Padres Celestiales, los cuales al paso que derramaron sobre todos la alegría y el contento, les fortalecieron y les prepararon para los demás accidentes que pudieran sobrevenir y que no se hicieron aguardar.

4.

Navegaron algunos dias con buen tiempo y los emplearon todos en recordar lo acaecido durante la tempestad y especialmente el valor y la serenidad de Candelaria y sobre todo su gran fé en Dios y en María.

Los unos referian el principio de la tempestad, la manera como se encapotó el Cielo, el extraño curso de las nubes y su color, que por sí solo infundia miedo; los otros recordaban como se desencadenaron los vientos y como principió el chubasco, precedido y acompañado de rayos y truenos; estos la manera como iba arreciando la tempestad, aquellos la gritería, las exclamaciones y las invocaciones de la tripulacion;

El Capitan, la manera como en un principio trabajaron todos los tripulantes, luego el modo como los unos rendidos por el cansancio ó vencidos por la tempestad se tendieron sobre la cubierta, y la prontitud con que los demás se arrodillaron, esperando todos el momento del naufragio y de verse sepultados en las olas.

Jacinto referia el sobresalto, el miedo y el terror que le causó el ver la desgarradora escena, cuando asomó la cabeza por el escotillon y al pensar en su esposa y en su padre:

Todos acababan por recordar y ensalzar hasta las nubes la serenidad, el valor y la intrepidez de Candelaria en los momentos mas críticos, reconociendo desde el primero al último que le eran deudores de la vida, y no cesando de mirarla, admirarla y darle las gracias:

Y Candelaria con el dedo levantado hácia los Cielos no cesaba de decirles que allí y solamente allí debian dirigirse, que solo á Dios y á María debian darse las gracias, que á Ellos debemos acudir en los momentos de apuro ó de peligro, y que ella

no era ni queria ser mas que la humilde servidora de nuestros Padres Celestiales.

Mientras el recuerdo ó la relacion del reciente peligro del cual Dios por intercesion de María les habia librado, preocupaba su animo, se apercibió uno de los tripulantes que el buque, por efecto sin duda del choque de las olas y del crugimiento, durante la tempestad, hacia agua y que esta entraba en bastante cantidad por uno de los costados; sin avisar préviamente al Capitan, como debia, dió el grito de alarma.

En tanto que unos pocos acudian á obstruir la larga hendidura por la cual entraba el agua, los demás, incluso Jacinto y Candelaria gritaban: «**Cargamento al agua, cargamento al agua;**» pero de repente Jacinto, abrazando á Candelaria exclamó:

—«¡Quedamos arruinados para siempre!...» y viendo que el Capitan y la tripulacion se disponian á echar el cargamento al agua para aligerar el buque, reveló que toda su fortuna y la de Candelaria estaban mezcladas en los géneros embarcados y que no habia cajon que no contuviera alguna cantidad de dinero.

El Capitan y la tripulacion que creian deber la vida á Candelaria, quedaron perplejos é indecisos, Candelaria hizo lo mismo: los pasajeros enmudecieron: los momentos eran preciosos: la prontitud en aligerar el buque, les salvaba: todo retardo les sepultaba en las olas.

En medio de este gran conflicto, de este inminente peligro de morir ahogados, Candelaria acude otra vez al remedio único y eficaz, eleva un momento el pensamiento y los ojos á Dios y á María, y luego esforzando la voz cuanto pudo, grita:—«**Cargamento al agua sin contemplacion alguna.**»

Dicho esto, corre seguida de Jacinto, de toda la tripulacion y de los pasajeros á aligerar la nave, ocupándose todos, desde el primero al último en sacar y en arrojar al mar todas las cajas y demas bultos que habia á bordo.

Ocupados todos en esta maniobra que duró bastante tiempo, ninguno de ellos pensó en la heroicidad del acto de Candelaria que les libraba por segunda vez del naufragio, porque solo pensaban en la pronta descarga y en la salvacion de la vida.

Cuando aligerado de la carga el buque, habia dejado de penetrar en él el agua, por no alcanzar el nivel de ella á la hendidura del costado, unos pocos se ocuparon en obstruir dicha hendidura y los demás en extraer de la bodega la mayor parte de la considerable cantidad de agua allí depositada.

Llegó la noche, creyéndose enteramente libres del peligro rendidos por el cansancio y la fatiga de todo el dia, y sin pensar en otra cosa que en descansar, el uno se tendió por un lado, el otro por otro, menos los pocos marineros que quedaron de guardia y Jacinto que preocupado con la pérdida total de la fortuna y con el triste porvenir que le aguardaba, no pudo conciliar el sueño; pero Candelaria fatigada como los demás, dormia al igual que todos ellos.

Habiendo el Capitan dispertado el primero, subió á cubierta, sentóse en uno de los bancos de popa, con un semblante el mas triste y apesadumbrado y sin desplegar los lábios permaneció inmovil como una estatua, hasta que subieron uno tras otro los pasajeros; así que iban subiendo saludaban al Capitan y este conservando la misma posicion á ninguno de ellos contestaba.

Al fin se alarmaron todos inclusa la tripulacion, sin que ninguno atinara que la pesadumbre y la inmovilidad del Capitan proviniera de la pérdida total de la fortuna de Candelaria y de la incomparable heroicidad de la misma: así fué que llegaron á pensar si estarian abocados á algun otro grave peligro, ó si el Capitan estaria privado de conocimiento.

Dirigiéronle alguna pregunta, y el Capitan, pareciendo aun mas triste y apesadumbrado, con un tono el mas sentimental exclamó:—«¡Quién de nosotros puede dejar de entristecerse al recordar lo que todos oimos y presenciamos ayer!

»¡El naufragio era seguro, era inevitable, era próximo!... ¡no habia mas que un medio de salvacion, aligerar el buque!... ¡íbamos á hacerlo, y supimos que con el cargamento estaba mezclada toda la fortuna de nuestra salvadora y la de su esposo!

»¡Yo, responsable de vuestras vidas, fuí el primero en titubear!... ¡los marineros siguieron mi ejemplo!... ¡los pasajeros enmudecisteis!... ¡el naufragio era inevitable!... ¡la muerte de

todos segura y próxima!... ¡los momentos críticos!... y ¿quién nos salva por segunda vez?...»

Todos á la una y sin dejar continuar al Capitan, exclaman: —«¡Es verdad que debemos por segunda vez la vida á Candelaria y que.....»

—«¡Y á qué precio, ó de qué manera nos libra del naufragio!... prosigue el Capitan sus interrumpidas exclamaciones. ¡Ah! ¡no puedo recordarlo!.. ¡nos salva, gritando **cargamento al agua**, siendo la primera en trabajar para arrojar cajas al mar, sabiendo que con ellos lanza su brillante fortuna al abismo de las aguas!...»

Viendo el Capitan que todo el mundo guarda silencio, prosigue y en tono de reconvencion exclama: —«¿Aun no me comprendeis? ¿No debemos sacrificarnos por la que se ha sacrificado por nosotros y por la que nos ha salvado dos veces la vida?

»Por de pronto esta heróica é incomparable mujer puede contar con la mitad de lo que poseo y con todo, si quiere: moriria de vergüenza, si sabia que Candelaria estaba en la indigencia mientras que á mí no me faltaba lo necesario.»

Los demás, que al principio no habian comprendido al Capitan, iban á imitar su ejemplo, cuando Candelaria, colocándose en medio de todos, con la sonrisa en los labios da las gracias al Capitan y en seguida á los demás y dice:

—«Olvidad el recompensarme: demos gracias á Dios y á María por habernos librado segunda vez del peligro: no os acordeis de mi insignificante persona, que no ha sido mas que un pobre instrumento en manos del Señor ó un humilde servidor del Padre y Señor de todos: Dios por la eficaz intercesion de María me amparará y cuidará de mí en lo sucesivo, como lo ha hecho hasta al presente.»

Mas de un dia habia transcurrido sin acordarse de comer; libres del peligro y estando sosegados, dispuso el Capitan que se preparase comida abundante para todos, pero, ¡cuál no fué su pena al decirle el repostero que casi habian quedado sin víveres, por haber arrojado al mar, sin advertirlo todos los que estaban encajonados, y por estar enteramente averiados los pocos que habian quedado.

El Capitan practicó inmediatamente un reconocimiento escrupuloso, acompañado del repostero: convencido de que limitando lo posible la racion á todos y contando con los víveres enteramente averiados, podian tener á lo mas para unos ocho dias cuando á lo menos les faltaban de quince á veinte para llegar al primer puerto.

Reunió á los pasajeros y á la tripulacion, y les enteró de la triste situacion en que se hallaban y del peligro que corrian de perecer de hambre.

Todos quedaron estupefactos, mirándose los unos á los otros, sin valor para desplegar los labios: despues de un breve rato de silencio, volviendo el Capitan á repetir lo que todos habian oido sobradamente, empezó el uno á abismarse en la tristeza, el otro en la desesperacion, este á aparentar que deseaba morir lo mas pronto posible, aquel que sentia no haber sucumbido en alguno de los riesgos que habian atravesado: ninguno pensaba en comer, porque todos pensaban en la muerte y en una muerte tan horrible como la muerte por hambre.

Candelaria en medio de este nuevo conflicto ó peligro de morir y de morir de hambre, era la única que no habia perdido la serenidad y que con la misma fé que siempre imploraba el auxilio de Dios y de María; acabada su breve plegaria, tomó otra vez el tono de reconvencion y la voz de mando:

Dispuso que inmediatamente se preparase comida para todos y que fuese esta servida al momento de estar preparada. Mientras el repostero y el cocinero marchan presurosos á cumplir las disposiciones de Candelaria, en vista de la aquiescencia del Capitan, Candelaria dirigiéndose á este y á los demás, les reconviene severamente á todos diciendo:

—«¿Temeis morir de hambre dentro de ocho dias y quereis morir luego de miedo?... ¿Os espanta una muerte incierta ó dudosa, y no os espanta una muerte cierta y segura, como la que vais á experimentar si dejais de comer?... ¿Quién nos dice si los quince ó veinte dias que nos faltan para llegar á puerto, la haremos en ocho?...¿Quién nos dice que durante los ocho, nueve ó diez dias que á todo mal evento nos quedan de vida, no descubramos alguna ó algunas navesque nos socorran?»

No cesando Candelaria de reconvenirles por su falta de fé en nuestros Padres Celestiales y de alentarles al mismo tiempo, avisaron que la comida estaba preparada, y que iban á servirla allí mismo.

Reanimados todos con las palabras de Candelaria y sintiendo ya la vaciedad de estómago, no hubo uno que no comiera, ni uno siquiera que dejara de satisfacer su apetito.

Candelaria, la infatigable Candelaria convertida en verdadero ángel custodio de toda aquella gente, no cesó de inculcarles la fé en Dios y en María y la seguridad de recibir el oportuno auxilio, ó lo que mas les conviniere, si de veras lo imploraban, poniendo siempre por intercesora á María.

Seis dias pasaron entre las plegarias y las dudas, entre la fé y el miedo, entre el silencio y las exclamaciones; solo habia víveres para dos dias; apenas amaneció, todos salieron á cubierta, segun costumbre de todos los dias para ver si descubrian alguna embarcacion pero como no descubrieran nave ni cosa que lo pareciera, cayeron en el mas completo abatimiento sin sombra de fé en Dios ni en María.

Candelaria, disimulando y haciendo como si no viera aquel abatimiento y aquella falta de fé, les recordó con la mayor dulzura que aun no habian hecho la plegaria acostumbrada; arrodillóse, todos la imitaron y fué tan grande el fervor con que dirigió sus súplicas al Cielo, que entusiasmó á todos y todos parecieron rivalizar en entusiasmo.

Al concluir la plegaria, un grito estentóreo del vigilante anunció la aparicion de una nave; todos lo oyeron, todos lo repitieron; y mientras el Capitan, el piloto y demás de la tripulacion observaban la direccion que llevaba la nave descubierta, para ir á su encuentro y hacer las señas debidas, los pasajeros saltaban de alegría y se felicitaban los unos á los otros, y algunos, á imitacion de Candelaria, daban gracias á Dios.

Fué acercándose aquella embarcacion, y como avanzaban la una hácia la otra, pronto se alcanzaron: la que dirigia el rumbo hácia Ultramar iba con cargamento de vinos, harinas, legumbres y otros comestibles: informado el Capitan de los apuros ó necesidades de la que tenian á la vista, la proveyó de todo lo necesario, que fué religiosamente pagado en el acto.

Mientras se preparaba una comida abundante y con materiales frescos, celebraron el feliz encuentro, elevando ante todas cosas alegres cánticos de gracias y alabanzas á Dios y á María, y entregándose despues á toda clase de regocijos, hasta que llegó la hora de servirse la comida, que todos aguardaban, sino con impaciencia, con vivos deseos de tomar un alimento fresco y no averiado.

Antes que principiaran la comida, Candelaria, sin hacerles reconvenciones directas por lo pasado, les inculcó la fé en Dios y la confianza en María, que nunca abandonaban á los hijos que de veras y con fervor se dirigian á ellos, segun lo habian podido observar durante el viaje.

5.

Terminó la navegacion, sin haber llegado á experimentar los horrores del hambre que todos temieron, menos Candelaria: al separarse los pasajeros, la tripulacion, y especialmente el Capitan, repitieron las mas expresivas gracias á Candelaria, ofreciéndole cada uno su casa y lo suyo y dándole evidentes pruebas de agradecimiento y de estimacion.

En el acto de aligerar el buque, solo fueron respetados los cofres donde iban los equipajes, y aun no todos: en uno de los de Candalaria estaban las joyas y alhajas que si bien al tiempo de su adquisicion costaron algunos miles de duros, teniendo que venderlas por necesidad, no era probable que sacaran ni un tercio de su coste; pero Candelaria para alentar el abatido espíritu de Jacinto, procuró exajerar el valor de ellas.

De modo que los cuantiosos intereses de Jacinto y de Candelaria, que al embarcarse pasaban de un millon de pesos fuertes, quedaron reducidos á unos dos mil pesos que seria lo que producirian las joyas y las halajas puestas en venta.

Jacinto cuyo espíritu sufrió extraordinariamente desde que descargó sobre ellos la tempestad, durante los últimos dias cayó

en la mas profunda tristeza y melancolía lo cual llegó á causar alarma en el espíritu de Candelaria.

Pero como esta, en los momentos de apuro y de grandes tribulaciones, sabia donde debia buscar el remedio, hizo sus plegarias y sus súplicas, y se tranquilizó, pensando que al desembarcar, iria desapareciendo la tristeza y la melancolía de su idolatrado esposo.

Desgraciadamente sucedió lo contrario: establecidos en una de las mejores posadas de Lisboa, donde desembarcaron, Jacinto no se sintió con fuerzas para emprender el corto viaje de algunos dias que le faltaban para reunirse con su padre.

Apenas desembarcaron, Jacinto demostrando el mas profundo pesar, habló de la pérdida total de los intereses y del triste porvenir que les aguardaba á todos, incluso al padre; pero Candelaria, á la que nunca faltaba el amparo y ayuda de María, se mantuvo tranquila y serena como siempre.

Para tranquilizar á Jacinto, para levantar su decaido espíritu y alejar de él la melancolía, contestó á sus exclamaciones y á sus tristes anuncios con la mayor serenidad y dulzura y hasta con la sonrisa en los labios:

—«¿Te espanta, querido esposo, mi porvenir, el de tu padre y el tuyo?... ¿Crees por ventura que Dios y María que nunca me han abandonado, y que durante la navegacion nos han librado una, dos y tres veces de una muerte horrible, de morir ahogados ó de hambre, nos abandonarán?...

» ¿No me habias dicho repetidas veces que por mí darias toda tu fortuna? ¿Por ventura perdiendo tu fortuna, has perdido á Candelaria?... ¿Por ventura no nos hemos salvado los dos, y acaso no te amo como antes?

» Voy á revelarte mis pensamientos, y no dudo que ofreciéndonos, como nos ofrecen un porvenir halagüeño, los aprobarás y te pondrás en disposicion de llevarlos á cabo.

» Con el valor de mis joyas y alhajas que cuestan algunos miles de pesos, tenemos de sobras para ir á visitar á tu padre, para vivir una temporada con él y para regresar á América, dándole á entender que tus intereses están allá.

» Contando, como debemos contar con la proteccion de mis

padres y con la de Encarnacion, tú volverás á emplear tu actividad, tu buena disposicion para el comercio y las antiguas relaciones, y en pocos años reuniremos un capital, aunque no sea como el que hemos perdido, y regresaremos á la Península, para no separarnos jamás del lado de tu padre.»

Pareció que este plan muy racional, y la seguridad con que Candelaria lo daba por realizado en todas sus partes, tranquilizaba algun tanto á Jacinto; pero pronto volvió la melancolía no solo á apoderarse de él como antes, sino á aumentar á tal extremo, que en pocos dias le condujo al sepulcro á pesar de los esmerados cuidados, de los consuelos incesantes y de los esfuerzos increibles que hizo su digna esposa para devolverle la salud.

Candelaria sola en Lisboa, y sola, podia decirse en el mundo, porque no tenia en aquellos momentos quien le dirigiera una palabra de consuelo; perdida toda su fortuna, y sobre todo perdida la persona que mas amaba en la tierra; alejada de los padres á quienes tanto amaba, siendo por ellos idolatrada, no era posible que resistiera un solo dia á tantos y tan terribles golpes, si no hubiese recibido fuerza, ayuda y favor de Dios y de la Purísima Vírgen María.

En los primeros momentos de verse sola y con el cadáver de Jacinto á la vista, le vinieron fuertes y terribles tentaciones, cualquier otra y aun ella misma, á no tener la poderosa ayuda y amparo de María, hubiera sucumbido. Candelaria, siguiendo la costumbre que tenia bien arraigada, se arrodilló junto al lecho donde descansaban los restos de Jacinto, hizo una ferviente plegaria, y se levantó tranquila y sosegada, conformándose con la voluntad de Dios.

Dió las órdenes convenientes para dar sepultura á aquellos frios é inanimados restos, tributó al que habia sido su esposo idolatrado los honores fúnebres, y se encerró en aquel aposento por espacio de tres dias, rogando por el alma de Jacinto, é implorando el amparo de María, la luz y el don de gracia para resolver con acierto sobre lo que debiera hacer en tan apuradas circunstancias.

Regresar á América sin ver y consolar al padre de Jacinto, hubiera sido cometer una crueldad imperdonable con este, un

olvido criminal del amor que profesaba á Jácinto, y al mismo tiempo hubiera sido causar un fuerte sentimiento á sus propios padres y á Encarnacion su hermana.

Visitar al padre de Jacinto y abandonarle luego, hubiera sido hacer mas grande y mas sensible el vacío dejado por el hijo: permanecer indefinidamente al lado del padre era imponerle una carga acaso superior á sus fuerzas.

Resolvió al fin visitar al padre y darle todos los consuelos posibles, sin ocuparse de lo que haria despues, hasta que hubiera permanecido una temporada corta ó larga en compañía del padre.

Como al momento de desembarcar en Lisboa, escribió á los suyos y á Encarnacion, refiriéndole parte de lo acaecido en el viaje y ocultándoles cuidadosamente la pérdida completa de de los intereses; prescindió de escribirles segunda vez, para no tener que revelarles el fallecimiento de Jacinto, pensando hacerlo mas adelante, si convenia.

6.

Al llegar Candelaria al lugar del domicilio de Sebastian, padre de Jacinto, fué á hospedarse en una mala posada, sin darse á conocer de nadie, hasta que por medio de tercera persona creyó haber prevenido el ánimo de Sebastian y que podia presentarse á él sin riesgo.

No obstante de estar este educado en los buenos principios religiosos, al ver que en su vejez lo habia perdido todo, hijo é intereses, pues los del padre estaban embebidos en los del hijo, fué tal el trastorno que experimentó que probablemente no hubiera resistido, á no recibir consuelo, aliento y fuerzas de Candelaria.

Fué preciso que esta no le desamparase un solo momento, que le hablase tan pronto con la ternura y el cariño de una hi-

ja, como con la dulce severidad de un padre que reprende al hijo á causa de sus extravíos.

Por una parte le hacia palpable que el amor que ella profesaba al hijo lo habia convertido en amor al padre; y por otra le recordaba los verdaderos principios y máximas de la Religion del Divino Jesus; primero le inculcaba el deber y la necesidad de observarlos, y luego le reconvenia con dulce severidad de que los infringia.

Con este método y sobre todo con la ayuda de María, que no cesaba de implorar, consiguió derramar sobre el afligido y contristado Sebastian el suave bálsamo de la resignacion y de la conformidad y que la mirase como una verdadera hija que Dios le enviaba y que fundase en ella todas sus esperanzas y hasta el mismo halagüeño porvenir que se habia prometido al lado de Jacinto.

Viendo Candelaria que las dos veces que quiso sondear el ánimo de Sebastian, sobre regresar ella mas temprano ó mas tarde á América, este vertia algunas lágrimas, sin contestar una palabra, determinó hablarle con franqueza y descubrir cuales eran sus verdaderos sentimientos.

Una tarde que Sebastian se paseaba por el obrador, le salió Candelaria á su encuentro y le dijo: —«Quisiera que me hablaseis con la misma franqueza con que yo me propongo hacerlo con vos.

»¿Puede seros gravosa mi permanencia en vuestra casa? ¿es vuestra voluntad que permanezca en ella?»

Saltándole á Sebastian una gruesa lágrima de cada ojo contestó: —«¿Cómo ha de serme gravosa, querida hija, tu permanencia en esta casa, si eres mi único consuelo, mi vida y mi todo, la única capaz de llenar el vacío que en mi corazon ha dejado la muerte de mi hijo en la flor de su juventud?

»En cuanto á la voluntad, bien quisiera que jamás te separases de mi lado; pero ¿cómo pensar en imponerte la mia, cuando seria exigirte el gran sacrificio de abandonar á tus padres que te idolatran, para complacer al de tu marido; cuando seria convertir en una pobre alfarera á la hija de un rico y opulento comerciante, y cuando.....?»

Candelaria sin dejarle continuar, estrechándole la mano, le dijo: —«Basta: mis padres no me necesitan: creerán que soy feliz al lado de mi esposo: tienen á mi hermana y no han perdido como vos el hijo único: prometo no separarme de vuestro lado, mientras Dios nos conserve la vida á los dos.»

Sebastian, al oir estas palabras, experimentó tal contento y tal alegría que acaso no hubiera sido mayor si en aquel momento hubiese recobrado el hijo que habia perdido; y Candelaria sintió un placer y una satisfaccion parecida á la que le causó la primera declaracion de amor que salió de boca de Jacinto.

A los dos dias Candelaria tuvo la feliz ocurrencia de presentarse á Sebastian con igual, ó mas bien con el mismo traje que habia usado la mujer del alfarero, y se encargó desde aquel momento de los quehaceres que habian corrido á cargo de la difunta esposa de Sebastian, y vendiendo al propio tiempo todas las joyas y alhajas que le quedaban, para proporcionarle á este un pequeño capital con que trabajar mas desahogadamente.

Ella barria y limpiaba la casa; ella colocaba y ordenaba en la tienda los objetos de alfarería; ella iba á la plaza, al obrador y á cualquier parte con el cesto en la cabeza ó debajo del brazo; ella cosía, lavaba y guisaba con aquellas blancas y delicadas manos, como si tales faenas las hubiese hecho toda su vida, no obstante que siempre habia tenido dos y tres criadas á su disposicion.

Hacia las cosas con un aire tan alegre y tan placentero que dejaba admirados á todos, demostrando de esta manera que no solo habia espontaneidad en lo que estaba haciendo, sino que se complacia ó hallaba un verdadero placer en hacerlo.

Candelaria, la rica y opulenta cuatro ó seis meses atrás, convertida en alfarera, siguió al lado de Sebastian, mirándole y tratándole como á padre por espacio de veinte años, ó mientras vivió, prestándole hasta los últimos momentos de su vida toda clase de consuelos, sirviéndole en el amor y el cariño de hija y recibiendo de Sebastian y del Cielo todas las bendiciones á que se hizo acreedora.

Los padres de Candelaria bajaron al sepulcro al igual que Encarnacion, sin haber sabido ni la pérdida de la fortuna, ni la

muerte del marido, creyéndola feliz y dichosa al lado de su idolatrado Jacinto porque Candelaria no solo les ocultó todo lo que podia causarles pena, sino que al escribirles les decia que nada le faltaba, que estaba muy bien y que Jacinto estaba mejor.

Cualquiera otra persona que hubiese experimentado las muchas y grandes adversidades, contratiempos y tribulaciones que tuvo que atravesar Candelaria, hubiera indudablemente sucumbido, y tal vez no hubiera resistido á una sola de ellas:

Y cualquiera que, perdida la fortuna y el esposo, hubiera podido reunirse con las personas que la idolatraban y que le hubieran procurado sino una fortuna igual á la perdida, todo lo necesario para vivir con la mayor decencia, habrian sin duda optado por el regreso al lado de las indicadas personas.

Candelaria resistió todas aquellas grandes contrariedades y tribulaciones, y prefirió acabar sus dias al lado del alfarero Sebastian, para no dar la menor pena á los padres y á la hermana, y sobre todo para no abondonar al padre de su idolatrado Jacinto en medio de su profundo pesar, de su espantosa soledad y de su pobre vejez.

Solo puede contar con fuerzas para resistir tan grandes adversidades, con una razon tan clara y con una voluntad tan decidida para hacer el bien, con una resignacion y una abnegacion tan heróicas, el que siguiendo la senda de la virtud, como Candelaria, tiene á su favor el amparo y la poderosa proteccion de María y la ayuda del Omnipotente.

Candelaria, dotada de un verdadero amor á María y de una fé inquebrantable en Dios, no solo tuvo fuerzas bastantes para resistir y hacer frente á las horribles tempestades de la vida, una razon clara y una voluntad decidida para hacer el bien, y una abnegacion y una resignacion heróicas para conformarse con la voluntad de Dios y para acallar el egoismo, sino que lo hizo todo con el mayor placer y contento, como si las penas y amarguras fuesen alegrías y goces verdaderos.

Dios y María que jamás la abandonaron y que derramaron sobre ella cuantos favores y gracias necesitó, la otorgaron la incomparable dicha de acabar sus dias con la calma, la tranquilidad y

el contento del justo, rodeada, admirada y sentida por la poblacion entera que aun hoy dia derrama abundantes lágrimas de ternura al pronunciar el nombre de Candelaria, de aquella angélica criatura que, **desgraciada** en bienes materiales y **dichosa** en los espirituales, que son los mas importantes, supo perpetuar su nombre entre las gentes venideras.

AMOR PATERNAL

ó

DANIEL DE PERSIA.

1.

La paternidad ó la mision de padre en la tierra, es una mision grande, sublime é importante que nos asemeja á Dios, Padre de todos; de manera que es ó debe considerarse como un símbolo ó imágen del Padre Celestial, y por esto no hay, ni puede haber otra mas respetable ni mas honrosa.

Al paso que la paternidad es una mision sublime y la mas honrosa que hay en la tierra, es el cargo mas delicado, mas árduo y mas espinoso que nos obliga á imitar á Dios, haciendo á nuestros hijos el mayor bien posible.

El mayor bien que el padre terrenal puede hacer á sus hijos, es procurarles el bienestar en la tierra y prepararles para la felicidad eterna en los cielos, educándoles y ejercitándoles en el amor á Dios y al prójimo y en las demás virtudes hijas é inseparables del amor, é instruyéndoles en todo lo concerniente á la práctica de las virtudes y especialmente del amor;

Porque este es la base y el fundamento del bienestar mayor posible en la tierra; y al mismo tiempo el camino mas seguro, mas recto, y por lo tanto el mas corto para la eterna y suprema dicha en la gloria.

Cuanto tiene de grande, sublime y honorífico la mision del padre, considerada como símbolo ó imágen del Eterno Padre Ce-

lestial; otro tanto tiene de delicado, de árduo y de espinoso considerado como un cargo que impone el deber grave, difícil é indeclinable de imitar á Dios en todo, ó de hacer para los hijos en este mundo lo que Dios hace por todos en la tierra y en los cielos.

Es tan difícil y espinoso, que puede asegurarse, sin temor de incurrir en equivocaciones, que ningun padre lo cumple cual corresponde en todas sus partes; que los pocos que lo cumplen en alguna de ellas, no lo hacen mas que medianamente, y que el gran numero lo descuida casi por completo, aun despues de haberlo solicitado ó aspirado á ejercerlo.

Dios, que siendo como es sabiduría infinita, vé, conoce y sabe lo arduo y espinoso del cargo, infunde en los padres la ternura, el cariño y el amor que les vemos profesar generalmente á los hijos, para que estos dones ó gracias les aconsejen y les impulsen á hacer en bien y provecho de sus hijos cuanto les sea posible.

Porque profesándoles un verdadero cariño y un amor sincero, hagan por ellos cuanto les sea dable dentro de su respectiva esfera de accion, ó les procuren el mayor desarrollo posible en lo material, en lo moral y en lo intelectual, por medio ó por el camino del amor, que es lo que nos dá el mayor bienestar apetecible en este mundo de prueba, lo que ha de constituir la eterna y suprema dicha en el espiritual, y lo que ha de conducirnos á ella.

Sin infundir Dios en los padres el cariño y el amor hácia los hijos, de seguro que no habria padre que no descuidase ó abandonase enteramente el cumplimiento de un deber tan árduo, tan espinoso y tan duradero.

Aunque son desgraciadamente muchos los padres que dan pequeñas, débiles y escasas pruebas de cariño y de amor á sus hijos, y algunos aunque raros, que no dan ninguna y que hasta les abandonan, por cuyo motivo se les considera como unos mónstruos de la naturaleza; no obstante es indudable que Dios envia ó infunde en el espíritu de todos los padres el cariño y el amor á sus hijos.

Lo envia á todos, sin distincion, y sin haberlo pedido y hasta

á aquellos padres que viven enteramente olvidados de Dios, que le miran con indiferencia ó que no creen en Él.

Pero á los padres les sucede lo que nos acontece á todos con respecto á nuestras haciendas que han sido sembradas por entero, con una misma semilla, sin quedar parte alguna en la que no se haya esparcido el grano correspondiente:

Es claro que la germinacion y la fructificacion guardarán la debida relacion con la calidad, con la preparacion, y con el riego de cada una de las partes de la hacienda; que segun sea la calidad de la tierra, su preparacion, abono y riego, habrá semilla que germinará, nacerá y dará fruto; la habrá que germinará, nacerá y no dará fruto; la habrá que germinará y no nacerá, muriendo en gérmen, y la habrá, por fin, que no llegará á germinar.

Si el espíritu del padre, cuando Dios le infunde ó envia el cariño y el amor, está bien preparado por medio de la práctica de las virtudes, la gracia de Dios germinará y dará su fruto; si está mal dispuesto á causa de sus vicios, el don ó semilla Divina no germinará, ó germinará y no nacerá, ó germinará nacerá y no dará fruto alguno, segun sea mayor ó menor el número de vicios y su arraigo.

Por esto el que aspira á ser padre ó que va á serlo, debe meditar mucho, muchísimo sobre lo sublime y al mismo tiempo árduo y espinoso de este cargo y debe prepararse para recibir el don, gracia ó semilla del amor que Dios derramará sobre él, á fin de que germine, se arraigue, nazca, crezca y dé el mayor y mejor fruto posible.

Como la mejor preparacion consiste en desterrar las faltas, vicios ó malos hábitos, y en cultivar las virtudes y sobre todo el amor á Dios y al prójimo, por ser esta la virtud madre ó la virtud por excelencia; de aquí es que el que aspire á ser padre ó que esté próximo á serlo, debe esforzarse en desterrar los vicios ó malos hábitos, y entregarse á la práctica de la virtud ó á las virtudes, y sobre todo á la del amor á Dios y al prójimo.

Pero no pudiendo dudar, porque la experiencia de todos los instantes nos lo está enseñando, que somos pequeños, débiles é ignorantes, que nada sabemos, podemos ni valemos por nosotros

mismos, y que el desterrar los vicios y adquirir la práctica de la virtud, requiere lo que no tenemos; es indispensable que mientras por nuestra parte hacemos lo poco que podemos, por otra acudamos con fervor al que todo lo puede y todo lo sabe para que nos dé su poderosa ayuda.

Si en todo debemos pedir el auxilio y ayuda Divina, con mucha mas razon debemos hacerlo, cuando se trata del cumplimiento del cargo mas sublime, mas importante y mas árduo, cual es de padre terrenal; así lo hizo, entre otros muchos, un labrador que habia en Persia llamado Daniel, padre de tres hijos, cuya historia en compendio vamos á recordar.

2.

Daniel, propietario de una pequeña hacienda, hombre honrado y educado en los verdaderos principios de la religion evangélica, ó sea en el amor á sus semejantes y á Dios sobre todo, desde el momento en que creyó que iba á ser padre, pensó en lo delicado, sublime y espinoso de esta mision, é hizo lo que debia para desempeñarlo bien y lo mejor que pudiera.

Mientras no descuidaba lo principal, que era implorar á menudo el auxilio y la ayuda de El que todo lo sabe y todo lo puede, procuraba hacer por su parte cuanto conocia útil para cumplir con los deberes de tan delicada y árdua mision.

Lo primero que se propuso y que ejecutó, fué educarlos en el amor á Dios y al prójimo, y en la práctica de las virtudes que nacen del amor y son inseparables del mismo, como la humildad y la sencillez, la resignacion y la paciencia y especialmente en la fé, en la esperanza y en la caridad fijándose particularmente en la última.

Persuadido de que el medio principal, mas eficaz y poderoso para lograrlo era el buen ejemplo, porque las palabras sin el ejemplo valen poco, y si el ejemplo es contrario á las palabras,

estas de nada sirven; creyó que debia hacer los mayores esfuerzos para acostumbrarse á la práctica de las virtudes.

Para enseñar á sus hijos como habian de amar á Dios, además de dirigirle todos los dias sus plegarias, poniendo por intercesora á nuestra Madre, la Reina de Cielos y Tierra, procuraba acreditar por una parte é inculcarles por otra la fé, la esperanza y la caridad, haciendo el bien posible á sus semejantes, hijos todos de un mismo Padre.

Se habituaba y se fortalecia en la humildad y en la sencillez, en la resignacion y en las demas virtudes; y al mismo tiempo iba combatiendo y desterrando aquellos defectos, vicios ó faltas que siendo, como son contrarios á la virtud, la debilitan hasta destruirla; á fin de enseñarles con el ejemplo lo que debia inculcarles de palabra.

Empleaba toda su actividad, economía y buen órden, para que los hijos, imitando su ejemplo, fuesen activos y laboriosos, económicos y hombres de órden, y para que en lugar de faltarles lo necesario, tuvieran algun sobrante, si era posible, con el objeto de auxiliar á sus hermanos, practicando de este modo la virtud mas agradable á Dios y la mas provechosa al que sabe practicarla.

Preparado Daniel para llenar del mejor modo posible la importante y espinosa mision de padre, el amor y el cariño que Dios infundió en él, se arraigó y fructificó de tal manera en su espíritu que no se conocia otro padre que lo acreditase mejor que él.

Así que le nacia á Daniel algun hijo, procuraba que nada le faltase, y evitaba cuidadosamente el que se le inclinase á malos hábitos: era tal la ternura, el cariño y el amor que él sentia por el hijo, que no tenia otro gozo ni otro placer que el de verle, contemplarle y acariciarle.

Fuera de las horas destinadas al cuidado de la hacienda, á rogar á Dios y á hacer bien á sus semejantes; todo el tiempo restante, lo pasaba junto á los hijos, porque en ellos tenia cifrados sus placeres, sus goces y su dicha en la tierra.

Crecian los hijos, y el cariño y el amor del padre parecia crecer y crecia realmente con ellos, al igual que el placer y la

dicha en verles y hablarles, en divertirse con ellos y en fortalecerles con la palabra y mas con el ejemplo en la fé, en la caridad, en el amor á Dios y al prójimo.

Era tal el placer, el contento y la dicha que experimentaba Daniel, estando al lado de sus hijos, que cualquiera que le hubiese observado en aquellos momentos, hubiera creido que todo lo olvidaba, que todo lo posponia y todo lo sacrificaba al placer de estar con sus hijos; siendo así que no habia hombre mas atento ni mas exacto en el cumplimiento de sus deberes:

Pues no habia labrador que cuidase con mas esmero su hacienda, y que la hiciera mas productiva, ni quién fuera mas solícito en servir al que verdaderamente le necesitase; y lo mas particular que no habia quién lo hiciera con mas alegría y con mas placer:

Por manera que el que hubiese visto la alegría y el contento con que se ocupaba en dichas cosas, hubiera creido tambien que todo lo olvidaba, posponia y sacrificaba, hasta los deberes de padre, para ocuparse en los trabajos del cultivo y en servir á sus semejantes.

Pero del mismo modo que se habria equivocado el primero, se habria equivocado el segundo, y ambos por no comprender la fuerza asombrosa y los efectos maravillosos de un verdadero amor.

El que Daniel profesaba á sus hijos, hacia que, estando á la vista de ellos sintiera un verdadero placer y una satisfaccion completa, como si para él no pudiera haber otra mayor ni igual en el mundo;

Porque teniéndolos á la vista, gozaba como goza un artista que contempla su obra, siendo mayor su gozo y su placer, cuanto mas se acerca la obra á la perfeccion; y gozaba tambien por el bien que les hacia con sus buenos consejos y sobre todo con el ejemplo:

Al propio tiempo el mismo amor hacia que cuidase con esmero la hacienda, que la hiciera mas productiva que los demás con su grande y activa laboriosidad y por el acierto con que empleaba estas dotes; y que todo lo hiciera con tal alegría y con tal contento, como si para él no hubiese en el mundo otro mayor ni igual.

En el primer caso gozaba al ver y contemplar su obra y á causa del bien que les hacia ó podia hacerles en aquel acto con la palabra y con el ejemplo; y en el segundo gozaba igualmente pensando en sus hijos y viendo el bien que les estaba haciendo.

Tal es la fuerza y los maravillosos efectos del verdadero amor, que gozamos cuando vemos al objeto amado, y gozamos tambien, sin verle, pensando en él y trabajando en utilidad y provecho suyo.

Mientras los hijos estuvieron en la infancia, no habia otra satisfaccion para Daniel que estar cerca de ellos, pensar en ellos ó trabajar en bien de los mismos; para él no habia paseos, juegos, diversiones ni otra ocupacion que las expresadas.

A proporcion que habia ido aumentando el número de hijos, parecia que habia aumentado tambien la inteligencia, la fuerza y la actividad de Daniel, porque el amor á los hijos no pudiendo permitir que les faltase lo necesario, le comunicaba inteligencia, fuerza y actividad para procurárselo.

3.

Al salir los hijos de la infancia, ó despues de cumplidos los siete años, les enviaba á la escuela, porque si bien él no habia recibido instruccion alguna, sentia continuamente su falta y por lo mismo no queria que á sus hijos les sucediera otro tanto.

En la pequeña aldea donde vivia Daniel no habia escuela alguna y la mas próxima distaba mas de media legua; así fué que se impuso la obligacion de acompañar todos los dias y durante año y medio al hijo mayor á la escuela, yendo á buscarle al caer de la tarde.

Este trabajo diario, y hasta dos veces el dia, que para otros hubiera sido una carga pesada, para Daniel era un verdadero placer, porque gozaba de dos maneras; ya por estar cerca de su hijo, ya pensando en el bien que este reportaba de frecuentar la escuela.

Dios ó el amor, al paso que le hacia sentir este gozo para hacer mas llevadera la obligacion que se impuso en provecho del hijo, le comunicaba mas actividad, mas agilidad y mayor fuerza para el trabajo, y de este modo el padre hacia en seis ó siete horas lo mismo que antes en diez.

Este deber lo cumplió el padre, sin faltar un dia, porque no supo prescindir del placer que en ello experimentaba: solo dejó de hacerlo, al cabo de año y medio, porque el hijo segundo habia llegado á la edad de empezar su instruccion.

Entonces el padre les acompañó algunos dias mas para inculcarles y habituarles á hacer el camino los dos solos, sin perder tiempo y sin molestarse el uno al otro: lo mismo practicó luego de llegar el tercero á la edad competente.

Al mismo tiempo que les enviaba escuela, no descuidaba el ocuparles en las faenas del campo, para instruirles y para habituarles insensiblemente á aquella clase de trabajos.

Lo hacia para ejercitar sus fuerzas, para hacerles tomar el habito del trabajo, porque no se sentia con medios para darles otro oficio, y porque le agradaba que se dedicasen al modesto y humilde de labradores, tan útil y tan bueno para ganar la subsistencia como otro cualquiera, si empleaban la actividad y los conocimientos que Dios les diera.

Creciendo los hijos en edad, debia naturalmente crecer la carga del padre, pero el amor lo suplia todo, comunicándole fuerzas bastantes para sobrellevar la mayor carga; de manera que cuanto mas crecia esta, mas ligera le parecia á Daniel; el amor la aligeraba, ó la hacia parecer menos pesada.

Gracias al amor que Dios infundió en el padre, pudieron los tres hijos frecuentar la escuela hasta la edad de quince á diez y seis años, y aprender lo necesario para el ejercicio del modesto oficio de labradores y para algo mas.

Concluidos los estudios, los tres se dedicaron á la agricultura, y lo hicieron al lado de Daniel, empleando á imitacion del padre sus fuerzas, su actividad é inteligencia: y este que mediante la activa é inteligente cooperacion de los tres hijos sanos y robustos, podia descansar algun tanto, hizo todo lo contrario.

Permitiéndoselo, como se lo permitian sus fuerzas, que ja-

más menguaban, en lugar de procurarse algun descanso, era mas asíduo y mas activo en el trabajo, ya para dar ejemplo á sus hijos, ya por el placer que le causaba el trabajar en provecho de los mismos.

La hacienda era suficiente para mantener á una familia en lo mas necesario, pero dividida en tres partes, la tercera sola no hubiera sufragado lo mas preciso: el padre lo conocia y por esto no cesaba de trabajar, como antes, para aumentar su pequeña fortuna en lo que pudiera.

Mas de tres años trabajaron juntos Daniel y sus hijos en el cultivo de la hacienda, empleando los cuatro todo el tiempo, actividad é inteligencia de que podian disponer: asi fué que triplicaron el producto de la misma y con el sobrante agregaron nuevas propiedades á las adquiridas y se dedicaron á la cria de ganado.

En vista de este aumento de fortuna, se entregaron los cuatro y especialmente el padre á las mas lisongeras esperanzas de asegurar el porvenir de cada uno de ellos; y así hubiera sucedido, si hubiesen podido continuar algunos años mas.

Pero la poca estabilidad de las cosas de este mundo, permitida por Dios para acostumbrarnos á la resignacion, á la paciencia y á las demás virtudes, trastornó por completo el bienestar y el porvenir de aquella familia dichosa.

Estalló, cuando menos se pensaba la guerra entre el Soberano de Persia y uno de sus vecinos, y fué preciso levantar un numeroso ejército que debian componerlo todos los jóvenes desde la edad de veinte á treinta años.

Si en aquellos tiempos hubiese estado en práctica el sorteo y la redencion, el mal hubiera sido menor, pero á Daniel no le quedaba ninguno de estos dos recursos; la ley abrazaba á todos los jóvenes y ninguno de ellos podia eximirse con dinero, ni mediante sustituto.

Si Daniel con dinero ó por medio de sustituto hubiese podido eximir á sus hijos, era tal el amor que les profesaba que no hubiera titubeado un momento en vender el todo ó parte de la hacienda, para no privarse de la compañía de sus hijos, para no exponerles á una muerte prematura, ni á la vida licenciosa de los cuarteles y de los campamentos.

La guerra se consideraba justa por parte del Soberano de Persia, porque se veia provocado á ella, sin motivo racional bastante: el no tomar parte en la misma, se hubiera mirado como un crímen, y el tomar parte exponia á Daniel á la pérdida de todos ó á la de alguno de ellos, y cuando menos á que perdieran el hábito del trabajo, y las virtudes que poseian.

Grande fué la pena y la amargura del padre con motivo de la lucha entre los dos deberes, ó entre los dos amores, entre el amor á la patria y el amor á los hijos: ambos eran sagrados para Daniel, aunque el último parecia llamarle mas su atencion. ¿A cuál de ellas debia dar la preferencia, cuando no podia prescindir del uno ni del otro?

Despues de haber luchado uno, dos y tres dias, sufriendo lo que sufre un verdadero amante que ha perdido ó que corre riesgo de perder el objeto de sus amores; el amor que es nuestro mejor consejero, cuando es puro, lo fué de Daniel en aquellos momentos por serlo verdadero.

4.

Lo que el amor aconsejó á Daniel fué, sacrificarse por la patria y sacrificarse por los hijos; dejar el cuidado de la hacienda encomendado á su esposa; vestirles, armarles y equiparles; equiparse y armarse él mismo, presentarse los cuatro al Soberano y manifestarle los dos deberes que sobre él pesaban; el de servir á la patria y el de mirar por sus hijos.

Que el único medio de cumplir á la vez con estos dos deberes, era ofrecerse á formar parte del ejército junto con sus hijos, esperando que se les haria la gracia de permitirles servir los cuatro en un mismo cuerpo, de manera que jamás se vieran precisados á separarse los unos de los otros.

Que de este modo serian mas valientes; porque al paso que combatirian por la patria como era su deber principal, lo ha-

rian tambien para salvarse la vida los unos á los otros; se prestarian auxilio mútuo y el Soberano contaria con un soldado mas.

El Soberano, no pudo menos de admirar aquel heróico rasgo de amor patrio y de amor paternal, y no solo accedió á la súplica racional y justa del padre, sino que le autorizó para escoger el cuerpo en el cual quisiera ingresar, y además le facultó para cambiar de cuerpo si lo estimaba conveniente.

Daniel, aceptó con accion de gracias la primera de las tres que le hizo el Soberano; pero rehusó decididamente las otras dos, que eran un verdadero privilegio que perjudicariá ó podria perjudicar á tercero como sucede con los privilegios.

Daniel y sus tres hijos fueron destinados á un mismo cuerpo: principió la guerra que duró cerca de tres años: fueron tales y tantas las pruebas de amor, los sacrificios y los actos de abnegacion del padre en utilidad y provecho de los hijos, sin faltar jamás á los deberes de defensor de la patria, que si quisiéramos referirlos todos, nos separariamos demasiado del objeto que llevamos.

Nos limitaremos á recordarlos en globo y á citar alguno que otro caso.

En los dias de marcha procuraba el padre bajo cualquier pretexto aligerar el peso de alguno de sus hijos: en las horas de descanso, limitaba las suyas para que fuese un poco mas duradero el de los hijos: la cama y la comida del padre siempre era la peor, aparentando que escogia la mejor: en los casos de combate ó de peligro, hacia lo posible para escudar ó para librar á alguno de ellos á riesgo de su propia vida.

Tanto de dia, como de noche, y especialmente de noche, se encargaba de parte del servicio que tocaba á alguno de los hijos bajo pretexto de no saber qué hacer, si era de dia, y bajo el de insomnio ó de ser mas práctico y conocedor del terreno, si era de noche.

Si á alguno de los hijos le tocaba ir de vanguardia, de escucha ó de centinela avanzada, nunca faltaban al padre medios ó pretextos para prestar el servicio que correspondia al hijo, por mas que se opusieran á ello.

Omitiendo el denuedo con que se batia el padre para salvar

á cualquiera de los hijos, y otros hechos no menos notables, que demostraban el grande amor de Daniel á sus hijos, diremos solamente que habiendo sido preciso sortear á dos individuos que de noche, al través de los enemigos y con grave riesgo de la vida, llevaran un parte importante, tocó la suerte á uno de aquellos; pero el padre buscó medio para encargarse de este servicio arriesgado.

En otra ocasion, debiendo darse el asalto á una fortaleza ocupada por el enemigo, se sortearon diez individuos de cada cuerpo para prestar semejante servicio, siendo probable que perecieran ó fueran gravemente heridos la mayor parte de los sorteados; tocó tambien la suerte á uno de los hijos y Daniel como si hubiese sido él el designado, se apresuró á presentarse para cubrir dicho servicio.

En otra ocasion por fin, y fué en la que mas acreditó Daniel el entrañable amor que profesaba á sus hijos, ofreciendo su vida para salvar la de uno de ellos, sucedió que al pasar el Jefe de las fuerzas por delante de las filas, salieran de ellas varias voces altamente subversivas: trató el Jefe de averiguar quiénes eran los que las habian proferido, amenazando diezmar el cuerpo, y castigar con la pena de muerte al que designara la suerte, si no lo descubrian, y todos enmudecieron.

Enfurecido el Jefe mandó llevar á efecto la amenaza: desgraciadamente la suerte designó al menor de los hijos de Daniel; el padre, como si la suerte le hubiese tocado á él, se apresuró á salir de la fila para ir á sufrir la pena de muerte en lugar del hijo.

Quiso Dios que siempre habia recompensado con usura los actos de amor del padre, que en lugar de morir él, salvase la vida á todos los sorteados; porque enterado el Jefe del gran rasgo de amor de Daniel, les perdonó á entrambos y conmutó á los demás la pena de muerte en la de azotes y encierro.

Ajustáronse al fin las paces, y cada una de las partes beligerantes debió, segun lo tratado, disolver inmediatamente la mayor parte del ejército; pero el Soberano de Persia que habia firmado la paz con intencion de vengarse de su contrario, disolvió momentáneamente el suyo para volverlo á reunir secreta-

mente y caer de improviso sobre su contrario, bajo pretexto de falta de cumplimiento del tratado.

Daniel y los tres hijos regresaron alegres y contentos á la hacienda; y con el mismo contento y alegría volvieron á las faenas del campo, empleando todos, y en especial el padre, la misma actividad y mas, si cabia, que antes.

Trabajaba y gozaba el padre, gozaban y trabajaban los hijos, experimentando todos el mayor bienestar posible, y se disponian á adquirir una finca con los ahorros hechos por la madre, durante los tres años de guerra, cuando llegó la órden para volver al servicio dentro de quince dias precisos y bajo pena de la vida, designándose á todos el respectivo punto de reunion.

Al mismo tiempo de llegar esta órden, se supo la falta de buena fé de parte del Soberano, ó la injusticia de la nueva guerra que iba á emprender, solo para satisfacer un deseo de venganza y otras miserables pasiones.

Daniel se vió pues en un conflicto mucho mayor que el de la otra vez, en el de contribuir al sosten de una guerra injusta y con riesgo de perder á sus idolatrados hijos, ó de arrostrar la cólera, las tropelías y las vejaciones del Soberano, hasta sufrir la pena de muerte con que se les amenazaba en el caso de no cumplirse sns órdenes.

El término fatal de los quince dias iba corriendo, y al mismo compás corria por el espíritu de Daniel y de sus hijos, y especialmente por el de Daniel el pesar y la amargura, la tristeza y la melancolía, el desasosiego y la exasperacion, efecto todo de la continua lucha de encontrados pensamientos, sentimientos y temores.

Estaba para finir el término, y el padre afligido, exasperado y trastornado, aun no habia tomado resolucion alguna, porque el continuo desasosiego y la terrible lucha de opuestos pensamientos, temores y deseos, no le permitian tomar una resolucion definitiva y acertada.

El conflicto era grave, el tiempo apremiaba, y era forzoso decidirse: el contristado y exasperado padre no comia, ni dormia, ni tenia humor ni fuerza para trabajar, y los hijos hacian otro tanto.

No contando Daniel con otro consejero mas que con el amor á los hijos; pesó uno por uno todos sus pensamientos, sentimientos y temores en la imparcial balanza del amor paternal, y al fin tomó la resolucion que este le aconsejó.

5.

Habiendo sometido á la balanza ó á la piedra de toque infalible del amor, si tomaria parte con sus hijos en aquella guerra, como lo habia hecho con la anterior; resultó que no le era dable tomar parte en ella, porque no debia contribuir á una guerra injusta, exponiendo la vida de sus hijos y la propia, para sostener caprichos ó deseos de venganza.

Sometió en seguida á la misma balanza ó piedra de toque, si arrostraria la cólera y el furor del Soberano, exponiéndose á todo género de opresiones, vejaciones y violencias y hasta á la pérdida de la vida; y se le aconsejó que de ninguna manera debia hacerlo, porque seria ir en busca de los peligros, y hasta atentar contra la vida.

Por último, la misma piedra de toque le dió á conocer que no habia otro camino, para salvar el grave conflicto, que abandonar la hacienda que poseia en Persia ó confiarla al que quisiera utilizarla, y sin volver la vista atrás marcharse á otro país; porque valia mas exponerse á quedar sin hacienda, que exponerse á quedar sin hijos y sin vida, y á contribuir al propio tiempo en una guerra injusta ó hija de la venganza y otras mezquinas pasiones.

Mucho antes del amanecer del penúltimo dia de los quince señalados por el Soberano, llamó Daniel á su esposa y á los tres hijos, y les refirió brevemente el grave conflicto, las penas y la lucha que acababa de atravesar y la resolucion definitiva que habia tomado, obrando siempre por consejo é impulsado por el amor.

Les recordó que solo faltaban dos dias para espirar el plazo señalado; añadió que en dos dias salvarian la frontera y estarian fuera del alcance del Soberano; que no habia tiempo que perder; que habia resuelto sacrificar la hacienda y el porvenir al amor que les profesaba; y que antes que amaneciera debian abandonar la aldea, para que nadie supiera la direccion que hubiesen tomado:

Que mientras ellos reunirian lo mas importante de casa para cargar el jumento y los dos camellos, él hablaria con uno de los vecinos para encargarle la hacienda, mientras durase su ausencia, sin empero revelarle á donde se dirigian.

Todo se hizo como dispuso Daniel, y al concluir el plazo de los quince dias, este, su esposa y los tres hijos con el jumento y los dos camellos, habian salvado ya la frontera de Persia.

Mientras buscaban donde fijar su domicilio, el Soberano que tenia un especial interés en saber si Daniel habia sido de los primeros de presentarse con sus hijos, como la otra vez, porque pensaba confiarle el mando de una pequeña fuerza, de ciento ó doscientos hombres; supo que habia dejado espirar el término, sin haberse presentado ni él ni sus hijos.

En un principio disimuló, pareciéndole imposible que no comparecieran, atendida la exactitud ó mas bien la anticipacion con que lo hicieron la vez anterior, y atendida la conducta irreprensible que observaron, durante los tres años de guerra.

Al saber que habian desaparecido de la aldea donde vivian, sin que nadie supiera dar razon del punto á donde se habian trasladado ó escondido, ni de la direccion que habian tomado; se enfureció de tal manera que además de dar la órden de decapitarles donde se les encontrare, mandó incendiar la casa donde vivian y que las tierras fuesen repartidas entre los vecinos de la aldea.

Sabedor Daniel de estas disposiciones que calificó de salvajes, como el Soberano que las habia dado, trató de alejarse de la frontera de Persia y trasladarse donde no pudieran alcanzarles los tiros del irritado y vengativo Soberano, capaz de todo para satisfacer sus instintos vengativos y sanguinarios.

Despues de muchos dias de viaje, llegaron y se establecieron

en Egipto en una de las poblaciones, cuyo término en parte era regado por las aguas del caudaloso Nilo.

El país era delicioso y fértil y la gente sencilla y hospitalaria, porque la poblacion en su gran parte observaba la verdadera Religion, el amor á Dios y al prójimo.

Despues de sufragar los gastos de tan largo viaje con lo que habia adelantado la esposa de Daniel, durante los tres años de guerra, aun les quedó una cantidad para tomar á su cargo y con condiciones muy ventajosas una extension de terreno casi abandonada, por ser de inferior calidad y no poder regarse con las aguas del Nilo.

El amor de Daniel á sus hijos que le daba fuerzas y tino para sacar de las cosas el mayor provecho posible, el hábito al trabajo que estaba arraigado en todos, el ejemplo del padre y el afan de los hijos en imitarle, y especialmente la ayuda que recibian del Todopoderoso, que se complacia en recompensar el amor paternal y el buen comportamiento de los hijos, hicieron que en poco tiempo sacaran lo que parecia increible de aquel terreno casi erial.

Es verdad que pasaron mas de dos años con mucha escasez ó faltándoles lo mas preciso, en cuyos momentos recordaban los hijos con dolor la pérdida de la hacienda que poseian en Persia y que les daba para vivir con decencia.

Cuando esto sucedia, Daniel, impulsado siempre por el amor, les reconvenia dulcemente diciéndoles: —«¿Os arrepentís acaso de haber obedecido y seguido mi determinacion, sabiendo el motivo y la causa de ella? ¿No gozais mas, trabajando tranquilos y sosegados al lado de un padre que os idolatra de lo que gozariais expuestos á perder la salud y la vida para sostener una injusticia?

»Confiad, hijos mios, en el amor que os profesa vuestro padre, que no ha reparado en sacrificarlo todo, persona, bienes y porvenir en utilidad y provecho vuestro, y confiad sobre todo en Dios que no nos ha abandonado, ni nos abandonará jamás, porque recompensa con usura el amor de los padres á los hijos y particularmente el de los hijos á los padres.»

Se reproducian los momentos de tristeza al recordar y com-

parar el bienestar que gozaban en Persia con la grande escasez y con las privaciones que experimentaban en Egipto.

Pasados los dos primeros años, todo fué cambiando: la parte enteramente erial habia sido reducida á cultivo, otra parte habia sido abonada con una fuerte avenida del Nilo, y parte se regaba: la inteligencia, la actividad y el esmero con que el padre y los hijos cultivaban aquellas tierras, les proporcionaba unos productos fabulosos.

Nada faltaba ya á la familia Daniel: olvidando poco á poco lo que habian abandonado, se consideraban y eran en realidad tan dichosos en las inmediaciones del Nilo, como habian podido serlo en Persia.

Los labradores de aquellas comarcas admiraban la laboriosidad y la inteligencia de aquella familia en el cultivo de las tierras; los propietarios mas importantes les consultaban con frecuencia y la poblacion entera reconocia y celebraba su hombría de bien y su honradez á toda prueba.

Habrian transcurrido unos seis años desde que se establecieron en las cercanías del Nilo, cuando el nombre de Daniel y el de sus hijos, no menos que la laboriosidad, el saber y la honradez de todos ellos, eran conocidos en todas aquellas comarcas, y tanto el padre como los hijos eran consultados por muchos y hasta por las autoridades y los mandarines.

6.

Pasada la mitad del segundo quinquenio, empezó uno de los principales propietarios del país á manifestar á Daniel sus deseos de enlazar á su hija única con el mayor de los tres hijos, otros siguieron su ejemplo, y era mas que probable que si Daniel hubiese tenido mayor número de hijos, se hubieran colocado todos muy ventajosamente.

Los tres que tenia, y por los cuales habia pasado tantas pe-

nas y tribulaciones y hecho tantos sacrificios, quedaron en poco, tiempo muy bien colocados:

Con un porvenir el mas halagüeño que desearse pudiera, el padre se quedó con todas las tierras situadas en las inmediaciones del Nilo, las que le producian de sobras para él y para su esposa, y experimentaba el mayor de los placeres en visitar á sus hijos y pasar largas temporadas en compañía de ellos.

Daniel comprendió lo sublime y lo árduo de la mision paternal: por su parte hizo cuanto pudo para llenarla del modo mejor posible, y nunca descuidó el implorar la ayuda y el auxilio del Todopoderoso, que sienpre le fué dado.

Comprendió que debia educar á sus hijos en el amor á Dios y á sus semejantes, y en la práctica de las virtudes hijas inseparables del amor, y conoció al mismo tiempo que el mejor método ó sistema de educacion en este punto era el ejemplo, mil veces mas útil y provechoso que todas las palabras.

De aquí fué que Daniel hizo cuanto pudo en ejercitarse en el amor á Dios y al prójimo, en la fé y en la esperanza en Dios, en la práctica de la caridad, haciendo á sus semejantes todo el bien que le era dable, en la humildad y en la sencillez, en la abnegacion y en las demás virtudes que deseaba infundir en el espíritu de sus hijos.

De aquí el que los dones ó gracias que Dios derramó sobre él, germinaran, se arraigaran y diesen fruto abundante.

Por esto se le ha visto imponerse toda clase de privaciones, molestias y trabajos y hacer todo género de sacrificios, por costosos que parecieran, en utilidad y provecho de los hijos:

Por esto se le ha visto que no hallaba gozo, placer ni satisfaccion igual á la que experimentaba, cuando podia estar cerca de sus hijos, ó cuando, separado, pensaba en ellos y recordaba que todo lo que hacia era para bien de los mismos.

Si el amor á los hijos que Dios infundió en Daniel, no hubiese germinado, y desarrolládose en su ánimo; no se hubiera impuesto las penosas obligaciones que se impuso para procurarles la instruccion de que él carecia.

No se hubiera descubierto en él la continua actividad, la gran laboriosidad, inclinacion y aficion al trabajo, á fin de dar

ejemplo á sus hijos, y al mismo tiempo procurarles lo necesario para el triple desarrollo físico, moral é intelectual:

No se le hubiera visto abandonar el cuidado de la hacienda y separarse de su esposa para acompañar á sus hijos en la guerra, llenando á un mismo tiempo el deber patrio y el paternal, ni practicar los continuos actos de abnegacion ni los grandes sacrificios durante los tres años de guerra, hasta poner repetidas veces en grave riesgo su vida para salvar la de los hijos:

No se le hubiera visto abandonar la hacienda, tanto tiempo y tantas veces regada con el sudor de su frente, abandonar el país natal y el porvenir halagüeño que en él tenia asegurado para sí y para sus hijos, trasladarse en su vejez á lejanas tierras y arrostrar toda clase de contingencias:

En una palabra; no se le hubiera visto hacer todo lo que hizo en utilidad y provecho de sus hijos, si no le hubiese, impulsado el amor que Dios infundió en él y que echó largas y profundas raíces en su espíritu, preparado debidamente y con tiempo.

Mucho menos se hubiera descubierto en él el hermoso y envidiable fenómeno de que los trabajos y las vigilias, las molestas y las privaciones, los actos de grande abnegacion y los sacrificios que hacia en bien de sus hijos, por extraordinarios que fueran, para él no mereciesen siquiera el nombre de tales;

Porque lejos de experimentar la menor pena, mortificacion, ni molestia, gozaba y se complacia en todo cuanto hacia en pró de sus hijos, en términos de no hallar otro contento, ni otra satisfaccion que la que sentia estando cerca de ellos, trabajando y sacrificándose por los mismos.

El que no comprenda la verdadera causa de este admirable fenómeno, ó no quiera reconocer por causa única el amor á los hijos infundido ó enviado por Dios; no tiene mas que fijar un poco la atencion sobre el poder y la influencia del egoismo humano.

Este vicio se interpone en todas nuestras cosas, así en los pensamientos, como en las palabras y en las obras, é influye extraordinariamente en todo, hasta dominarnos por completo, de manera, que en todos nuestros pensamientos, palabras y obras

se presenta siempre en primer término, nuestra comodidad, nuestro provecho individual, ó nuestro egoismo.

Para ayudarnos á desterrar ó contrarestar este vicio y acercarnos al Padre Celestial que es todo generosidad, todo abnegacion, todo cariño; derrama Dios en el espíritu de los padres terrenales el don ó gracia del amor á sus hijos.

Imiten pues los padres á Daniel de Persia; háganse cargo de lo sublime y de lo espinoso del cargo ó mision que Dios les otorga, y prepárense, como se preparó Daniel, para que el cariño y el amor que sobre todos ellos derramará Dios, germine y se arraigue, crezca y dé el dulce y sabroso fruto que obtuvo Daniel.

AMOR MATERNAL

ó

MERCEDES LA BRASILEÑA, MODELO DE BUENAS MADRES.

1.

Al leer la vida ó la historia en compendio de Daniel de Persia, hemos visto lo importante, lo sublime y honroso, al paso que lo difícil, árduo y espinoso de la mision de **padre** en la tierra:

Hemos visto que para que el hombre débil, pequeño é ignorante pueda llenar en alguna manera una mision de tanta importancia, el Todopoderoso derrama en el espíritu de los padres terrenales el cariño y el amor que profesan ó profesar deben á sus hijos:

Hemos visto tambien que para arraigarse y fructificar semejante gracia en el espíritu de los padres, deben estos hallarse dispuestos y bien preparados, primero para recibir y despues para conservar aquella maravillosa semilla:

Y hemos visto, por fin, de lo que es capaz el cariño y el amor paternal, cuando por efecto de la buena disposicion de los padres, ha germinado y desarrolládo en el ánimo de los mismos.

Algo parecido acontece en la mujer que ha de llenar la mision de **madre**, y decimos **parecido**, porque no siendo enteramente idéntica la mision, sino muy semejante, por dirigirse á un mismo fin, aunque por camino distinto, tampoco debe ser idéntica la gracia que se otorgue á la mujer.

El verdadero fin del hombre es elevarse hácia Dios: para lograrlo, Dios le da dos alas, por decirlo así, el corazon y la cabeza, el sentimiento y el conocimiento, ó el amor y la inteligencia: la principal mision del padre es educar y desarrollar, fortalecer y dirigir la inteligencia del hijo; y la mision principal de la madre es educar, y desarrollar, fortalecer y dirigir el corazon, el sentimiento ó el amor del hijo.

Por esto las gracias ó dones que Dios hace al padre van, por decirlo así, mas directamente á la cabeza que al corazon, y las que otorga á la madre mas al corazon que á la cabeza; y por esto se ve que el padre, generalmente hablando, raciocina mas y siente ó ama menos, y la madre siente ó ama mas y raciocina menos.

Así como la paternidad en la tierra hace al hombre semejante al Padre Celestial, y debe considerarse como un símbolo ó imágen de Él; la maternidad hace á la mujer semejante á la Madre Celestial, y debe considerarse como un símbolo ó imágen de María, Madre de Dios y Madre del género humano.

Así como la paternidad es una mision la mas honrosa, sublime é importante, y al propio tiempo un cargo el mas delicado, árduo y espinoso; lo propio debe decirse ó entenderse de la maternidad.

Así como el padre para llenar su mision, debe imitar á Dios, nuestro Padre Celestial, haciendo á los hijos todo el bien y el mejor bien posible, como Dios nos lo está haciendo constantemente á todos; la mujer para llenarla debidamente, ha de imitar á María, haciéndonos el mayor bien posible, como nos lo está haciendo incesantemente nuestra Madre Celestial.

Esto no quiere decir que el padre no haya de imitar tambien á María ó de tomar por modelo á la Madre de Dios; lo que quiere decir que el padre, debiendo como debe, imitar á Dios y á María, ha de tomar especialmente por modelo á Dios, y la madre, debiendo imitar tambien á Dios y á María, debe tomar especialmente por modelo á María; por considerarse el primero símbolo ó imágen de Dios y la segunda por serlo de María.

Para llenar bien y cumplidamente esta mision, es indispensable comprender y conocer bien la causa, el orígen y la esencia

de ella; la esencia de la mision de la madre es educar el corazon del hijo, tomando especialmente por modelo á María, nuestra Madre Celestial, así como la esencia de la mision del padre, es educar la cabeza del hijo, tomando especialmente por modelo á Dios, nuestro Padre Celestial: y haciendo cada uno de ellos, en su esfera, el mayor y el mejor bien posible á los hijos.

Respecto de que en Dios nada hay de supérfluo, teniendo por el contrario las cosas de Dios muchos y diversos objetos, y todos importantísimos á cual mas, el haberse el Eterno Dios Hijo dado una Madre, insiguiendo la voluntad del Eterno Dios Padre, y el habernos dado á nosotros la misma Madre, tiene altos y diversos designios, y todos ellos de la mayor importancia.

Uno de ellos fué darnos el mejor de los modelos, y al propio tiempo la mejor protectora que apetecer podiamos; por esto nos dió la criatura mas bella, mas pura y mas perfecta de cuantas habian salido de manos del Criador, la que por su pureza y perfeccion sin ejemplar, fué la mas digna Madre del mas digno de todos los hijos, la Madre del mismo Dios, hecho Hombre.

Siendo María la criatura mas pura y mas perfecta, es el modelo mas digno y mas acabado que dársenos podia; y siendo Madre del mismo Dios, es la protectora mas grande, mas importante y mas poderosa que apetecer podia el género humano.

Y así debió ser; atendida nuestra excesiva pequeñez, debilidad é ignorancia, comparable tan solo con la nada.

En vano implorariamos y en vano esperariamos su proteccion y amparo, si no habiamos de imitarla, ó de hacer lo que Ella nos aconseja de palabra y nos enseña con el ejemplo.

La mujer que aspire á la mision de madre y que desee llenar los deberes anejos á una mision tan espinosa y sublime, es preciso que empiece por pedir la gracia de Dios, y especialmente la proteccion de María; y para conseguir lo uno y lo otro, es preciso que procure imitar al modelo que se le ha dado.

Si así lo hace, Dios por intercesion de María le hará la gracia que apetece, y Dios y María, derramarán sobre ella las demás gracias ó dones que necesite para ser buena madre.

Con estos dones puede la débil y delicada mujer desempe-

ñar el cargo mas difícil, mas espinoso, el que exige mayores sacrificios, y ocasiona mayores penas, dolores y sufrimientos; sin estar dotada de los dones ó gracias que Dios y María derraman sobre la mujer que es ó que va á ser madre, seria imposible que llenase este grave cargo:

Auxiliada con estas gracias, la mujer que pasa del estado de doncella al de esposa y madre, sufre ó experimenta una transformacion tan grande que la tendriamos por increible, sino la viéramos; y aun viéndola, no alcanzamos á comprender como ha podido verificarse.

Podriamos recordar varios casos ó historias del cambio radical que aquellos dones producen en la mujer, cuando del estado de doncella pasa al de esposa y madre; pero nos concretaremos á recordar la de Mercedes la Brasileña.

2.

En una de las ciudades mas importantes del Brasil hubo una familia noble y rica hasta la opulencia, que habiendo sido muy numerosa, quedó al fin reducida á dos personas, al padre y á una hija, por haber fallecido la madre y siete hijos.

La hija única que quedó, llamada María de las Mercedes, criada y educada entre las comodidades, al fausto y la opulencia, se distinguia entre las de su edad por el lujo, por la belleza de las formas, por sus maneras finas y delicadas y por la dulzura de su carácter.

Siendo varios los jóvenes, distinguidos por sus títulos y por su riqueza, que aspiraban á su mano, al cumplir los diez y seis años dejó el estado de soltera para pasar al de esposa y madre.

Dios la tendria destinada para madre y para modelo de buenas madres, porque al momento de verse esposa, dió á conocer sus aspiraciones á la maternidad.

Cuando oia hablar de matrimonios, ó mentar los nombres de

marido y de mujer ó los de esposo y esposa, al momento preguntaba si tenian hijos; si se le respondia negativamente, exclamaba con cierto aire de melancolía: ¡qué lástima! ¡qué infortunio! empero si se le contestaba con la afirmativa, decia como envidiándoles: ¡qué dicha! ¡qué felicidad!

Cuando veia á una madre, fuese rica ó pobre, hermosa ó fea, que, teniendo á su tierno hijo en el regazo, lo estaba acariciando, la mirabá, la contemplaba y no sabia apartar la vista de ella, porque gozaba y se complacia en mirarla y contemplarla.

Lo mismo le sucedia al ver á alguna que por la calle ó por el paseo daba la mano á su hijo ó le llevaba en brazos, que jugaba ó conversaba con él, ó que le servia ó era por él servida en la mesa.

Al cumplir el primer año de la celebracion de su enlace, fué por encargo del padre, que estaba imposibilitado de salir de casa, visitada por una prima y amiga íntima de mayor edad, y que tenia tres hijos.

Mercedes, aprovechando la ocasion, le reveló su ardiente deseo de ser madre, la dicha y el contento que experimentaria, si Dios le hacia la gracia de tener algun hijo.

La prima le contestó al momento: —«Toda vez que reconoces que el ser madre ó el tener hijos, es una gracia que Dios nos hace, y es la verdad; pide á Dios con buen fervor el que te la conceda si te conviene, y no te olvides de suplicarle que si te hace esta gracia, te haga tambien la de ser buena madre y la de tener buenos hijos;

»Porque has de saber que la mision de madre tiene dos faces ó aspectos; el uno halagüeño, lisongero y muy agradable, y el otro nada halagüeño, poco agradable y algo penoso, por estar lleno de molestias, de privaciones y de mortificaciones para las que no sienten un verdadero cariño y un amor sincero por sus hijos.

»Por esto te aconsejo que si pides á Dios que te haga esta gracia, en el caso de convenirte, no olvides el pedirle que te haga buena madre y que te dé buenos hijos, ó que infunda en tí y en ellos la ternura, el cariño, el amor y las demás dotes necesarias, en tí, para ser una buena madre, y en los hijos, para que sean tambien buenos.

»Pero al paso que dirijas á Dios estas súplicas, poniendo siempre por intercesora y medianera á nuestra Madre Celestial, debes procurar hacer por tu parte cuanto puedas para ser una buena madre, porque Dios nos dice, **ayúdate y te ayudaré**: y para ser buena madre toma por modelo á María, que es la mejor de ellas.

»Debes procurar ejercitarte, como no dudo que lo estarás haciendo, en la práctica de las virtudes que mas resplandecieron en María, ó en las que te he indicado, que son el cariño y el amor que engendran las demás: sin estar bien ejercitada en la virtud, no llenarias bien los deberes de madre, ni tus hijos los de hijo.»

Mercedes, cuyo bello ideal era el ser madre, no solo escuchó con toda atencion los oportunos y sabios consejos de la prima y amiga, sino que en aquel mismo dia empezó á ponerlos en práctica.

Al paso que dirigió sus fervorosas súplicas á Dios y especialmente á María, á la que tenia particular devocion por ser su patrona, y por lo que le habia enseñado su madre en los primeros años, examinó y meditó sobre las virtudes de María para ejercitarse en ellas.

No cesó Mercedes de dirigir diariamente, desde entonces y por espacio de mas de un año, sus fervientes súplicas á Dios y á María.

Al fin sus ruegos fueron escuchados: María intercedió eficazmente por Mercedes, y Dios le hizo la gracia de ser madre y una buena madre, el modelo de las buenas madres.

Infundió Dios en ella amor y fortaleza de ánimo, paciencia y constancia, abnegacion y otras dotes necesarias para ser buena madre; y María derramó sobre ella la ternura y el cariño maternal, á mas de otras gracias, y en especial la de que pudiera saborear el placer que nace de la práctica de la virtud.

Cerca tres años habian transcurrido desde que fué esposa del rico y noble hacendado Julian del Monte, cuando dió á luz un hermoso y robusto niño, que recibio el nombre de *Jesús María*, para que tuviera en los dos, los mejores patronos ó protectores que darle podia.

A Mercedes, que como era natural, se encargó de la lactancia del hijo, puede decirse que le sucedió al pié de la letra lo que dice Chateaubriand al describir la mujer religiosa, despues de haber hablado de la mujer incrédula.

Aquella mujer poco antes débil y delicada, adquirió repentinamente fuerzas bastantes para suportar insomnios, desvelos y fatigas que no pudiera resistir el hombre mas robusto: disperta-ba en medio de la noche y en cualquier momento que su hijo iba á pedir el alimento acostumbrado, procedia con una exactitud y un tino de que anteriormente carecia:

Tocaba sin romperla aquella delicada flor: sus inteligentes desvelos parecian el fruto de la experiencia de toda la vida, y no obstante aquel era su primogénito: el mas leve rumor asustaba la doncella; y no hubiera habido armas, rayos y peligros capaces de asustar á la madre:

Doncella, necesitaba una alimentacion regalada, un traje exquisito, un blando lecho, y el mas leve aire la incomodaba; madre ahora, un pan mal amasado, un vestido tosco, un puñado de paja le basta: las lluvias y los vientos nada le importan, mientras tenga en su pecho una gota de leche para alimentar á su hijo, y en sus harapos un pedazo que baste á abrigarle.

Mientras Mercedes llenaba debidamente los primeros deberes de su mision alimentando con su propia leche al tierno fruto de sus entrañas; mientras de noche tenia que interrumpir á menudo el sueño, domir de cualquier modo y pasar noches enteras sin cerrar el ojo;

Mientras de dia y de noche estaba al lado de su idolatrado hijo, privándose de bailes, paseos y otras diversiones, y hasta de salir de casa no viviendo mas que para su hijo, ni conociendo otro placer ni gozo que el que experimentaba al ver y acariciar, al contemplar ó hacer algo en bien de su hijo; el esposo desconocia los deberes de su estado, olvidaba el amor conyugal y hasta el paternal.

Siguiendo el ejemplo y los consejos de un mal amigo, solo pensaba en las diversiones, placeres y goces materiales, olvidando enteramente el que tuviera esposa y un hijo, y malversando el vasto patrimonio heredado de sus padres.

3.

Durante la edad de la lactancia y la de la infancia de **Jesusito**, como le llamaba su madre, fué esta verdadera esclava del hijo, ó mas bien del amor maternal que no le permitió separarse de su lado mas que los momentos precisos para satisfacer alguna necesidad, ó llenar otro deber sagrado, ni le permitió apercibirse apenas de la indiferencia y del alejamiento de Julian.

Doncella, tenia un padre que la idolatraba, que la llenaba de caricias, que adivinaba sus pensamientos y sus deseos para anticiparse á satisfacerlos, que nada omitia de cuanto podia agradar y complacer á su hija, la que se ponia triste si el padre le escaseaba las caricias y los obsequios:

Esposa y madre, le faltaban los obsequios y caricias del padre porque vivia lejos y se hallaba imposibilitado de salir de casa, y le faltaban las del esposo que habia aparentado idolatrarla, y no solo le faltaban los de este, sino que hasta le regateaba lo mas necesario.

Sin embargo, absorta por completo en el cuidado del hijo, no pensaba en otra cosa mas que en él: el placer que tenia en acariciarle, en contemplarle y en cuidarle, la compensaban con usura aquellas faltas y privaciones.

Doncella, tenia á su disposicion los criados y las criadas de la casa de su padre y á este mismo; todos la servian con puntualidad, con placer y á porfía, para dar gusto al amo, y hasta habia un criado y una camarera, destinados exclusivamente á su servicio:

Esposa y madre, no disponia de un solo criado, porque su esposo, además de tener un corto número de ellos, los necesitaba todos para sí, y porque la servidumbre, imitando el ejemplo del amo y abusando de la tolerancia de este, la miraba con indiferencia y no tenia el menor interés en servirla.

Sin embargo, Mercedes ocupada en cuidar, servir y educar á **Jesusito**, deseaba llenar ella sola esta tarea, por considerarla de su exclusivo cargo; así es que apenas se apercibia de que nadie la sirviera, porque se habia acostumbrado á hacerlo todo por sí misma por el placer que le daba el ocuparse en las cosas del hijo.

Doncella, sentia una necesidad de cambiar cada dia de traje y hasta del que usaba en casa, de lavarse, peinarse y vestirse á lo menos dos veces al dia, ocupando en ello la mitad de la servidumbre, y consumiendo una buena parte del tiempo:

Esposa y madre, se lavaba y peinaba una sola vez al dia, un traje sencillo que lo cambiaba dos veces á la semana le bastaba y otro no menos sencillo para salir á la calle; todo para no perder tiempo en cosas supérfluas, y para no gastar en cosas innecesarias el poco dinero que recibia de su esposo.

Doncella, eran pocas las diversiones á las que no la llevara su padre; paseaba todos los dias y frecuentaba los paseos, á pié ó en coche, acompañada por su padre ó por alguna amiga íntima; una buena parte del dia la empleaba en visitar y en ser visitada, obsequiada y adulada por conocidos y por desconocidos:

Esposa y madre, no tenia ni necesitaba quien la llevara á las diversiones ó la acompañara á los paseos, ni quien la visitare, y eran muy escasas las visitas que ella hacia; porque para ella no habia otra diversion que la de cuidar y educar á su hijo, ni otro paseo que los que hacia con este en casa ó fuera de ella, y el tiempo que hubiera empleado en recibir y devolver visitas, le hubiera faltado para cuidar y vigilar á su idolatrado hijo.

Doncella, por fin, se le servia la comida con puntualidad, comia los manjares mas esquisitos y mas hábilmente condimentados, descansaba en una de las mas blandas camas, jamás era interrumpida en el sueño por nadie, ni por el mas leve ruido:

Esposa y madre, comia cuando podia, aprovechando por lo comun las horas en que dormia Jesusito, comia lo primero que le venia á mano y hubo ocasiones en que comia lo que dejaba la servidumbre; dormia en cualquiera parte, lo mismo en la cama abrazada con el hijo, como en una silla junto á la cuna, es-

trechándole la mano; el sueño era interrumpido así de dia como de noche, sin que pudiera pasar una siquiera tranquila y sosegada.

No se crea, como lo pensaba la servidumbre, que Mercedes, viéndose despreciada ó mirada con indiferencia por su esposo, se encerraba con su hijo y pasaba todo el tiempo con él, para disimular y por ver que no le quedaba otro arbitrio;

Porque si no hubiera habido completa espontaneidad y verdadero placer en hacer lo que hacia, fácil le hubiera sido imitar á muchas esposas y madres, que van en busca de caricias, obsequios y adulaciones, ó se entregan á las diversiones y goces materiales, sin pensar ni ocuparse del esposo ni del hijo.

Parece increible el cambio radical verificado en Mercedes comparado el estado de doncella con el de madre; y parece aun mas increible y fuera de los límites de toda verosimilitud, el que la madre se convirtiera en una verdadera esclava, sin la menor libertad para nada y que lo hiciera por gusto y sin necesidad.

Lo que se refiere de Mercedes la Brasileña parecerá exajerado, inverosimil y hasta increible á los que no comprendan ó no hayan estudiado á fondo la mision de madre; á los que no tomen en cuenta lo que puede y debe hacer una buena madre al lado del hijo durante la infancia, y á los que no hayan saboreado los goces y los placeres de la maternidad, especialmente durante la infancia de los hijos.

Hemos visto al principio que, la madre en la Tierra es y debe considerarse como un verdadero símbolo de María nuestra Madre Celestial, así como el padre terrenal debe considerarse como la imágen del Eterno Padre; que Dios es el modelo que deben imitar los padres y María el que deben imitar las madres.

Y hemos visto tambien que, tanto la mision de madre como la de padre, al paso que es una mision importante, sublime y altamente honrosa que asemeja á los padres terrenales al Celestial, es tambien un cargo delicado y árduo, difícil y espinoso y poco menos que imposible el desempeñarlo cual corresponde.

Esto y lo demás que se ha dicho al principio, no solo da una idea del carácter, índole ó naturaleza sublime y trascenden-

tal de la mision de madre, sino tambien de los deberes y obligaciones que impone á la misma.

La mujer, á la que Dios haga la gracia de confiarle tan importante y elevada mision, y la de darle á comprender la latitud y extension de la misma, por haberse hecho acreedora á ambas gracias; tiene conocimiento de todo lo que debe hacer, deseo, voluntad y fuerza para ejecutarlo.

Mercedes que se habia hecho acreedora á ambas gracias y que procuraba hacer cuanto podia para que Dios se las conservase, sabia que al paso que debia acariciar al hijo, no debia hacerlo con exceso, y que si debia hacer por él cuanto pudiera serle provechoso, no debia ocuparse en cosas supérfluas é innecesarias.

Sabia lo que ignoran las mas de las madres, que al hacerle Dios semejante gracia, no se la habia hecho para que mirase á su hijo como una muñeca ó un juguete destinado á divertirla ó para complacerse en él, cómo y cuándo bien le pareciere.

Sabia que al otorgarle Dios esta gracia, lo habia hecho para que cultivara bien y esmeradamente aquella tierna planta, hasta ponerla en estado de dar fruto, el mejor y el mas abundante que pudiera, y que por lo mismo debia tener gran cuidado en no marchitarla, manoseándola demasiado, en no regarla ni abonarla con exceso, en no privarla del sol, ni exponerla demasiado á él: sabia que la madre debe buscar los verdaderos goces, no en la planta tierna, sino cuando dé fruto sabroso y abundante.

Sabia que las caricias hechas con moderacion y oportunamente eran necesarias, primero para dispertar y despues para conservar y aumentar en el espíritu del hijo el cariño y el amor á la que le habia dado el sér, á la que le alimentaba y acariciaba, y para que tuviera entera fé y confianza en la que tanto le amaba.

No ignoraba que las caricias excesivas ó se miran con indiferencia ó habitúan al niño á ellas, y á que las exija á la fuerza, cuando le faltan y se le regatean, y nunca producen el efecto deseado.

Sabia, en una palabra, que debia hacer para el hijo cuanto le fuere verdaderamente provechoso, y evitar todo lo supérfluo, perjudicial y nocivo.

4.

Siendo la mision de madre un cargo difícil y espinoso, para Mercedes debia serlo doblemente, teniendo que llenar la suya propia y la tocante á Julian; porque este, ocupado en las cosas y goces materiales, y en malversar sus bienes, habia enteramente olvidado los deberes de esposo y los de padre, tenia la madre que educar el corazon y la cabeza del hijo.

Si la mision de la madre durante la lactancia, consistiera únicamente en criar ella misma al hijo, en darle el alimento con tino en las horas acostumbradas, en limpiarle, vestirle y desnudarle, en ayudarle á conciliar el sueño y en hacerle algunas caricias, ó si la madre pudiera aligerarse confiando la mision en todo ó en parte á otro; es claro que Mercedes no hubiera tenido necesidad de estar continuamente al lado de su hijo:

Pero como la mision de madre abraza algo mas de lo que acaba de expresarse, y no puede confiarse á otro, y Mercedes tuvo que hacerse cargo de la suya y de la del padre, de aquí el no poder separarse del lado del hijo, sino en aquellos pocos casos en que la necesidad la obligaba.

Cuando no es la molestia que suelen causar los hijos en su infancia, ni son los paseos, bailes ú otras diversiones, sino una verdadera necesidad lo que obliga á la madre á separarse del lado de su tierno hijo y á confiarle al cuidado de otro; es claro que en semejante caso no puede decirse que la madre abandone ó descuide su mision.

Y sino, ¿cómo lo harian aquellas pobres madres que tienen al mismo tiempo otros deberes que cumplir, como son, el cuidar de la comida, de la ropa y otros quehaceres domásticos mientras el marido está ganando el alimento de la familia?

¿Y cómo lo haria la madre que, careciendo de lo necesario

para vivir, hubiese perdido al esposo, lo tuviese enfermo ó imposibilitado para el trabajo, ó se viera, abandonada por él?

Es claro que en todos estos casos y otros análogos, aunque muy raros, hay verdadera necesidad, y por lo mismo no hay responsabilidad alguna por parte de la madre en separarse por mas ó menos tiempo del lado y de la vista de su hijo.

Fuera de estos casos ú otros parecidos, ninguno de los cuales concurria en Mercedes, falta la madre y es responsable del mal que ocasiona al hijo, abandonando ó confiando á otro su mision bajo frívolos pretextos ó por motivos injustificados.

Dejando aparte la gravísima falta que cometen y la gran responsabilidad que contraen las madres desnaturalizadas, que, pudiendo hacerlo, dejan de criar al fruto de sus entrañas, para no sufrir las molestias y las mortificaciones que causan los hijos en la edad de la lactancia, ó para no perder algo de sus atractivos;

Para no privarse de las diversiones, ó para no atraerse la crítica de algunos estúpidos ó mal intencionados.

Prescindimos de estas madres, indignas de semejante nombre que, si creen engañar á unos y agradar á otros con semejante conducta, engañan á los tontos y á los imbéciles, y solo agradan á los que debieran alejar de sí, esto es, á los aduladores y á los seductores; pero no engañan ni agradan á los hombres honrados y sensatos, y mucho menos á Dios que les confió una mision tan noble y tan sublime.

No pretendemos hablar de estas desgraciadas mujeres que faltas de educacion, de pudor y de todo principio religioso, abandonan con escarnio su mision, haciéndose indignas del honroso nombre de madres y hasta del traje que visten, por ser traje que indica pudor, amor y religion de que carecen estas desdichadas.

Hablamos de aquellas madres que creen cumplir su mision, con el hecho de criar ó alimentar á sus hijos; con limpiarles, vestirles y desnudarles, y perder algunas noches á su lado.

El hijo, desde que sale del seno materno, es susceptible de

educacion y esta es lo mas esencial de la mision de los padres, quienes deben llenarla por si solos, porque sobre ellos ha derramado el Eterno los dones y gracias necesarias, como la ternura, amor indispensables para la educacion y el cuidado de los hijos; el cariño y el y ninguno de estos dones ó gracias puede traspasarse á otro.

El hijo, al ver la luz por vez primera y aun en el seno materno, tiene como nosotros las tres faces ó principios constitutivos del sér humano, **sensacion, sentimiento, conocimiento**; con la sola diferencia que, estando comprimidos en aquel pequeño cuerpo, como las hojas de la corola dentro de las del caliz, antes de descubrirse la flor, deben desarrollarse poco á poco, con tino y todos á la vez.

Estos tres principios se desarrollan á un mismo tiempo, si bien que, segun la edad, la robustez y otras circunstancias, lo hacen mas el uno que el otro, y á veces el uno en perjuicio de los demás.

Consiste pues la mision de los padres en procurar simultáneamente el cómodo desarrollo de los tres expresados principios, por medio de una buena y esmerada educacion de cada uno de ellos.

Este desarrollo, para que se haga como corresponde, requiere trabajo, tino y asiduidad, una paciencia y una constancia tan particular ó de una índole tan especial, que el menor descuido ú omision, sea por falta ó por exceso, puede causar perjuicios irreparables y de mucha importancia.

Un ser humano, en la infancia y en la edad próxima á ella, es como una planta tierna que si no la regais, se marchitan sus hojas y muere; si la regais demasiado, las raicillas se pudren, pierden las hojas el color y al fin muere la planta:

Si no recibe el alimento ó el abono necesario y con oportunidad, no crece, ó crece poco y dá poco ó ningun fruto; si lo recibe con exceso, la matais en pocos instantes, ó le dais un desarrollo tan precipitado que muere, ó solo dá ramas y hojas en abundancia, pero sin fruto.

Si no dirigis bien el tallo, se arrastra por el suelo, se tuerce y no adquiere el desarrollo debido; y si la manoseais á menudo

la marchitais y la matais: si no le dá el sol, se la perjudica, y si le dá demasiado, ó en ciertas horas, la perjudica tambien; y es por fin tan delicada que á veces el contacto de un cuerpo extraño, el aire y hasta el soplo la marchitan y le ocasionan la muerte.

Lo propio sucede á una criatura en la infancia, desde que sale del seno materno: el desarrollo oportuno y regular de los tres principios requiere un tino, un cuidado y una paciencia tan especiales que, segun se ha dicho, el menor descuido, omision ó error puede causar y causa á veces un perjuicio irreparable y de mucha consideracion.

El tino que requiere la educacion de los hijos en la infancia y en la edad próxima á ella, es de tal naturaleza, que si bien puede contribuir en algo la educacion y la instruccion que han recibido los padres y en particular las madres (que sea dicho de paso, ha sido enteramente olvidada en este particular), poco ó nada haria por sí sola, no estando basada sobre los principios de la verdadera Religion;

Y no dándose á los padres un consejo, que es lo único que puede suplir la falta de reglas, instrucciones, ó métodos, esto es, el consejo de pedir incesantemente la ayuda de El que todo lo puede y todo lo sabe.

Como nuestro objeto no es escribir una obra para la educacion y para la instruccion de los padres, concluiremos este párrafo con decir que, teniendo Mercedes que llenar dos misiones á la vez y teniendo luz bastante para ver y conocer sus principales deberes, porque la buscó donde buscarla debia; consideraba como un deber sagrado é imprescindible emplear en la educacion del hijo todo el tiempo de que podia disponer.

Por otra parte, Dios le hizo como hemos visto ya, la otra gracia especial, que es á lo que deben aspirar todas las madres, de no hallar gozo, placer ni satisfaccion mas que en cuidar al hijo y en hacerle todo el bien posible: por esto no se extrañará que Mercedes prescindiera de todo y solo se ocupara de su idolatrado hijo.

5.

Al llegar Jesus María á la edad de cinco años, era natural que el padre cumpliendo su mision, hubiese pensado en la educacion y en la instruccion del hijo, ya que en los años anteriores la habia enteramente olvidado, como desgraciadamente hacen la mayor parte de los padres en aquella edad, y era natural que lo hiciera cuando podia confiarlo á un buen preceptor.

Pero como no se acordaba de su esposa ni de su hijo, y aun cuando se hubiera acordado, se habia dejado esclavizar de tal manera por los vicios, goces y placeres materiales, que era poco menos que imposible el abdicar, ni diferir siquiera el menor de ellos; de aquí es que no dió ni pensó en dar disposicion alguna para que Jesus María frecuentase la escuela.

Mercedes que era la que debia haber recordado su deber al padre, como por una parte estaba observando la indiferencia de este, y por otra sentia verse separada un solo momento de su hijo; dejó de hacerlo, pensando que ella con su buena voluntad, con la instruccion que habia recibido, y sobre todo con la ayuda de Dios supliria aquella omision.

No solo guardó silencio, sino que se alegró y dió gracias á Dios, al paso que le pidió su ayuda, al ver que se le permitia dirigir algun tiempo mas la educacion y la instruccion de su hijo: pensó y se gozó en el pensamiento de que de allí en adelante podria tal vez hacer en provecho de él, mas de lo que habia hecho hasta entonces.

Así fué que durante los tres años siguientes en que Mercedes pudo continuar educando é instruyendo al mismo tiempo á su idolatrado Jesusito, y como lo hiciera con la mejor voluntad y con el mayor placer; logró que el hijo aprendiera lo que no hubiese aprendido con doble tiempo en la escuela mas acreditada.

Al llegar á la edad de ocho años, sabia el hijo todo lo que

la madre habia aprendido bajo la direccion de los mejores profesores hasta los catorce y algo mas de su edad.

Cumplidos los ocho años, siguiendo el padre con la misma omision y viviendo la mayor parte del tiempo lejos de la familia, para proporcionarse mayores goces materiales y para entregarse mas libremente á ellos; tampoco dió disposicion alguna para la instruccion de Jesus María.

Mercedes que por el contrario no le perdia un momento de vista, conoció que no podia darle mayor instruccion de la que le habia dado y que Jesus María tenia disposicion y voluntad para aprender mas de lo que ella le habia enseñado.

Pensó y meditó lo que debia hacer, y al fin, escogió la mejor escuela que habia en la ciudad; y aunque su esposo la iba mermando la pension cada año, economizó cuanto pudo, y logró reunir la cantidad necesaria para pagar los honorarios algo crecidos del profesor, que además de instruirle debia mantenerle durante el dia.

Ella se tomaba la molestia ó mas bien tenia el placer de acompañar todas las mañanas á su hijo á la escuela, é irle á buscar antes de anochecer, y no omitia por su parte el hacer cuanto sabia para la instruccion del mismo, sin olvidar su educacion.

De este modo prosiguió Mercedes durante unos tres años mas, en cuyo período de tiempo el hijo hizo tales progresos que dejó asombrados á todos, especialmente al profesor, el cual tanto por este motivo, como por las bellas cualidades morales con que Jesus María se distinguia entre los demás alumnos, le profesaba un particular cariño, y lo citaba como modelo de aplicacion, de buena educacion y moralidad.

Pasado este segundo trienio la madre se vió en grave conflicto, porque dejó de pagársele la pension, diciéndole el apoderado de Julian que no tenia en su poder cantidad alguna de dinero, procedente de su principal, por haber este dispuesto de todo lo que tenia recogido.

Mercedes no tenia mas que escribir á su padre y le hubiera enviado todo cuanto necesitase; pero se abstuvo de hacerlo para no explicar su situacion y dar á su padre un grave dis-

gusto, y para no exponerse á que con este motivo se separase de su lado al hijo que tanto amaba.

Sin titubear fué vendiendo las joyas para su propia manutencion y la de una criada antigua que era toda su servidumbre y sobre todo para mantener é instruir á su hijo.

Antes que acabara de vender las joyas, se le comunicó la triste nueva del fallecimiento de su padre, encargándosele que se presentara ó enviara persona de su confianza para posesionarse de la herencia.

Al mismo tiempo ó mas bien antes de llegar á noticia de Mercedes este acontecimiento, llegó á la de Julian, porque este, habiendo malversado enteramente los bienes y los capitales heredados de su padre, por cuyo motivo habia cesado de pagar la pension; esperaba con ansiedad la muerte del padre de su esposa, y tenia tomadas sus medidas para que se le comunicase, luego de haber acaecido.

Sea por el motivo que fuere, lo cierto es que, el mismo dia en que Mercedes recibió la noticia, cuando aun no habia tomado ni pensado en tomar resolucion alguna sobre lo que haria, se le presentó Julian, la saludó y la abrazó, como si le hubiese demostrado siempre el amor y el cariño de un buen esposo, pidió con grande interés por la salud de Jesusito y manifestó vivos deseos de verle.

No le habló una palabra de la muerte del padre, para que no pensara que aquella visita y aquellas demostraciones de cariño eran interesadas ó no reconocian otra causa que la expresada muerte y la esperanza de disponer de la herencia á que venia llamada su esposa.

Mercedes que nunca pensaba el mal, y que por lo mismo no presumió las intenciones aviesas de Julian, ni que tuviera noticia de la muerte del padre; quedó sorprendida y admirada de semejante visita y mas aun de las demostraciones de cariño: ella no tuvo que fingir como Julian para acreditarle el amor que realmente le profesaba y que le profesó siempre, aunque no fuera correspondida.

Le manifestó que Jesus María gozaba de entera salud, que estaba en la escuela, y que enviaria luego por él, que le causa-

ria gran sorpresa en los primeros momentos, y pasados estos mucha alegría y contento.

Sin embargo de que no se quejó ni dió á entender á Julian que estuviese resentida de la extraviada conducta que habia observado, ni de haberle mermado continuamente la pension, hasta privarla enteramente de ella; se anticipó Julian á dar algunas excusas para ponerse en buen lugar y lograr lo que se habia propuesto.

Le dió á entender que la frialdad que habria notado en él, provenia de habérsele asegurado que ella no le amaba y de haberlo en cierto modo visto confirmado al observar que así que tuvo el hijo, solo pensó y se ocupó de este, sin acordarse del esposo; que estando en esta creencia trató de alejarse de ella cuanto pudo, dedicándose, para distraerse, á algunos negocios que le habian salido bastante mal;

Que por efecto de una mala inteligencia, el apoderado habia suspendido el pago de la pension; que al ver por las cuentas de dicho apoderado que no le pagaba, se puso desde luego en camino, para enmendar esta grave falta y dar á ella la mas completa satisfaccion.

Mientras que Mercedes, no creyendo á su esposo capaz de tanta ficcion, daba con mucha candidez y naturalidad sus disculpas á los fingidos cargos que Julian le habia dirigido; llegó Jesus María, abrazó y besó á su madre, como acostumbraba y con el cariño de siempre: en cuanto al padre se limitó á saludarle con todo respeto y atencion como á un simple amigo ó conocido de su madre.

Al momento de oir la queja y reconvencion proferida por Julian en tono muy sentimental, «¡así olvidas Jesusito á tu padre!» se echó en brazos de él, le dió muchos besos, derramando algunas lágrimas de cariño y de ternura; y mientras su padre fingia enjugarse las que no habia derramado, le dijo con la mayor ternura y sentimiento:

—«¡No, querido padre, no te habia olvidado!... ¡no podia olvidarte porque con la madre cada dia hablabamos de tí y rogábamos á Dios por tí, para que si convenia te diera salud y acierto en todo y...» Hizo una pequeña pausa, mirando á su madre,

como si la preguntase, si lo diria todo; en vista de la seña afirmativa de la madre, prosiguió: «y para que volvieses á abrazar á tu esposa y á tu hijo tan pronto como Dios fuese servido!...

»¡Ya ves, padre querido, si podia olvidarte! ¡Cómo hacia tanto tiempo que no te veia, no te he conocido y te he tomado por un amigo ó conocido de la madre, del abuelo ó tuyo!»

No pudiendo Julian resistir mas tiempo las justas, amargas y continuas acusaciones de su propia conciencia, trató de poner término á aquella escena de cariño, de amor y de verdad por parte del hijo y de la esposa, á la par que de fria indiferencia, de miserable egoismo, de mentira y de ficcion por su parte, y dijo, haciéndose traicion con sus mismas palabras:

—«Vamos, vamos, olvidad lo pasado: mientras voy á practicar una diligencia precisa, haced que preparen la comida para los tres.»

—«Sí, sí, Julian, tienes razon, contestó alegremente la cándida esposa: voy á dar las disposiciones necesarias: abrázanos y vete á tus diligencias: antes de una hora todo estará corriente: despues ya hablaremos.»

Fué tal la alegría que causaron á Mercedes aquella visita y aquellas demostraciones de cariño tan imprevistas como desacostumbradas, que olvidó momentáneamente el pesar que le habia causado la noticia de la muerte del padre, la que trató de ocultar á Julian, á fin de no darle en aquellos momentos de alegría, de espansion y de gozo motivo alguno para entristecerse, esperando comunicársela mas tarde.

La madre y el hijo, al momento de quedar solos, corrieron, movidos é impulsados por un mismo resorte, el del agradecimiento, á encerrarse en el pequeño gabinete que la madre habia convertido en oratorio y á dar gracias á Dios y á María, por la especial é incomparable que acababan de hacerles, y las dieron de todo corazon, vertiendo lágrimas de contento y de ternura.

Concluido este acto, fueron ambos, porque no sabian separarse el uno del otro, á dar las disposiciones necesarias para la comida, habiéndose promovido entre los dos este breve pero impertante diálogo que descubre todo el fondo religioso del uno y del otro:

—«¿No ves, Jesusito, como no te engañaba tu madre, cuando te decia que tu padre una vez arregladas sus cosas volveria?»

—«Ya lo veo, madre querida; pero como hacia tanto tiempo que no le veiamos, y como me decias.....» La madre interrumpiéndole, dijo:

—«¿No ves como Dios y María escuchan las súplicas de los hijos, como han escuchado las nuestras y como nos han permitido abrazar, yo á mi esposo y tú á tu padre, cuando menos lo pensábamos?.. ¿No ves cuanto nos quiere á los dos?»

—«¡Siento madre mia, y me arrepiento de haber escuchado lo que me decian contra mi buen padre, y quisiera pedirle perdon!»

—«Ya lo ves; cree solo á tu madre; no escuches lo que te digan contra tu padre; que él no sepa jamás que se haya interpretado mal su ausencia y mucho menos el que tú lo hayas escuchado; le causaria gran pesar, si lo supiera.»

6.

Julian comprendió desde luego que el viaje habia sido muy acertado, acallando las terribles acusaciones de su conciencia, se alegró de hallar á su esposa en tan buena disposicion, para hacer lo que tenia proyectado, y dijo para sí: «la ficcion y la mentira me han valido, para quedar enteramente reconciliado con esta cándida mujer; un poco mas de ficcion me hará dueño de toda la herencia.»

No teniendo, como no tenia, diligencia alguna que practicar, habiéndolo fingido solo para poner fin á una escena que le mortificaba; se ocupó, paseando, en discurrir los medios de que se valdria para alcanzar lo mas pronto posible lo que tanto anhelaba.

Extrañó que su esposa no le hablase de la muerte del padre; pero como la viera tranquila y alegre, pensó que aun no

habria llegado á su noticia: para no perder tiempo, determinó llamarla á solas, al llegar á casa, y manifestarla sin rodeos que, segun acababan de decirle, el padre estaba malo y que tal vez habia fallecido ya.

Lo ejecutó tal como lo habia pensado: Mercedes habia tenido la precaucion y la delicadeza, porque amaba, de diferirlo para mas tarde; pero Julian que solo amaba los goces y los placeres materiales, no reparó en comunicarle tan triste nueva en los momentos precisos en que iban á sentarse á la mesa y en que Mercedes rebosaba de alegría por verle á su lado.

Creyó Julian y dijo para sus adentros: «voy á causar gran sorpresa á la esposa y á provocar una escena de lágrimas y de llanto; no importa: si priva de comer á la madre y al hijo, no me privará á mí: » pero quiso Dios que quedase burlado y que tuviese que oir nuevas y amargas acusaciones de su propia conciencia.

Mercedes contestó: —«Ya lo sabia: no te lo comuniqué para no darte pena en aquellos momentos de alegria y de expansion, pensaba hacerlo mas tarde, siento que lo hayas sabido antes de comer:

»Jesus María aun no lo sabe: hubiera buscado la oportunidad y le hubiera preparado para que el golpe no fuese tan sensible, porque el pobrecito le tenia mucho cariño y el abuelo se lo tenia tambien á él: ¡oh! se escribian unas cartas tan tiernas que parecian dos enamorados!

»Mira, Julian, no debe esto trastornarnos, porque si bien le amábamos todos, como merecia, debemos conformarnos á la voluntad Suprema y hacernos cargo que Dios se ha compadecido de lo mucho que sufria y de lo que habia sufrido durante los últimos años, y ha puesto fin á sus dias, para recompensarlo con los goces de la gloria: ¡mas dichoso es él que nosotros!

»¿No lo crees así, Julian?... pensemos en él, hablemos de él y roguemos á Dios para su eterno descanso, pero sin desesperarnos y sin entristecernos: no hablemos por ahora en presencia de Jesus María, porque es muy sensible, y como le queria tanto, se entristeceria, no comeria y tal vez se pondria enfermo: déjame hacer á mí que conozco el corazon y los sentimientos de nuestro hijo.»

Fué esta otra escena que mortificó como la anterior á Julian al verse frente de una esposa, hija y madre tan buena y tan virtuosa.

Para acallar las reconvenciones de su conciencia en vista de los bellos y nobles sentimientos de su esposa, la dió un beso en la frente, la ofreció el brazo y la condujo al comedor en donde les aguardaba Jesus María, que saltó de alegria al ver el cariño con que el padre trataba á la madre.

Comieron alegre y sosegadamente, haciéndose mil demostraciones de amor y de cariño, verdaderas, sinceras y espontáneas por parte de la esposa y del hijo; fingidas, falsas y forzadas de parte del que se daba, sin merecerlo, los nombres de padre y de esposo.

En el momento de concluir, no pudiendo Julian resistir el ardiente deseo de disponer y de malversar los bienes de la esposa y del hijo, despues de haber malversado los propios, dijo á Jesus María, que podia irse á paseo ó á divertirse, porque él tenia que hablar á solas con la madre.

—«Nunca voy, querido padre, á paseo sin la compañía de mi madre, ni ella tampoco sin la mia; en cuanto á divertirme, la mejor diversion la tengo en la escuela, porque el profesor me quiere mucho y se complace en enseñarme, como yo en aprender: me iré á la escuela y hasta al anochecer podreis hablar.»

Así que hubo salido el hijo, la madre que no tenia otro pensamiento que el de complacerle y darle gusto, dijo: —«Hemos hecho bien en no hablar delante de él de la muerte de su querido abuelo: ahora dime cuanto quieras.»

Julian que no pensaba mas que en la herencia y en su malversacion, dijo sin rodeos á Mercedes: —«Es preciso que el uno ó el otro de los dos vaya á tomar posesion de la herencia de tu padre: si tú vas, yo me quedaré con Jesus María para que pueda continuar sus estudios, y si voy yo, tú te quedarás con él.»

Para ocultar mas sus malas intenciones, no dudando por lo visto, que la madre no consentiria en separarse del hijo, añadio: «lo mas natural seria que fueras tú, tratándose de cosas tuyas; pero en fin haz lo que mejor te parezca.»

—«No, Julian, lo mas natural y lo mas acertado es que vayas

tú, porque estas son cosas mas propias de hombres que de mujeres: tú sabrás mejor que yo lo que debe practicarse: á mas, tanto interés tienes tú como yo, tratándose del porvenir de nuestro hijo.»

—«Veo que no puedes separarte de él, ya lo pensé.»

—«Algo hay de esto, pero ¿no te hacen alguna fuerza mis observaciones, aunque sean de una pobre mujer, sin mundo ni experiencia?»

Julian que interiormente rebosaba de contento y que deseaba salir pronto del paso, para que nadie influyera en el ánimo de su esposa, ó hablase de las malversaciones del marido; le contestó que no tenia inconveniente en ir él; pero que era necesario que ella le autorizase, explicándole en que consistia la autorizacion.

Consintió Mercedes sin titubear, en dar á su esposo la autorizacion pedida, y Julian se apresuró á ponerse de acuerdo con el notario para que la autorizacion fuese la mas amplia posible y prontamente redactada, dándole á entender que irian los dos juntos á fin de predisponerle á su favor.

Antes que Jesus María volviera de la escuela quedó redactada y firmada la autorizacion sin haber querido Mercedes que se le leyera lo que debia firmar, depositando toda la confianza en su esposo.

El dia siguiente, antes del amanecer, Julian acompañado del notario y de dos mozos de confianza salia de la ciudad, no pudiendo disimular la alegría y el contento que inundaban su corazon.

7.

Mientras que Julian, sediento de dinero, iba registrando con notable avidez la casa del padre de Mercedes, esta y el nieto rogaban por todos, daban gracias á Dios, y la madre preparaba

el ánimo del hijo para comunicarle la muerte de su querido abuelo.

Estando Jesus María educado y bien ejercitado en los verdaderos principios religiosos, no le fué difícil á la madre el preparar su ánimo para que no se entristeciera, como realmente no se entristeció, al comunicarle el fallecimiento del abuelo, pues lo miró, como la madre, como una gracia y como una recompensa al mismo tiempo.

En los primeros momentos de haber llegado Julian á la casa del padre de Mercedes, el mayordomo que era la persona de mas confianza, entregó las llaves de todo á Julian y le dijo en voz baja que le siguiese para enseñarle lo mas importante, el cuarto de los secretos, donde el amo tenia custodiado el dinero que no necesitaba de momento.

Enterado de todo y en especial de la manera de abrir los escondrijos y llevando la intencion de abrirlos á solas para que nadie supiera la cantidad del dinero allí custodiado, dijo al mayordomo que estaba algo fatigado y que ya lo reconocerian el dia siguiente.

Volvió á reunirse con el notario quien le manifestó que para no perder tiempo podian empezar á anotar los muebles, ropa, alhajas y demás que habia en la casa y que luego llamarian á uno de los notarios de la poblacion para la formacion del inventario.

Así se hizo, disponiendo aquel por insinuacion de Julian que se empezara por los bajos: mientras el notario acompañado del mayordomo recorria los bajos, Julian se encerró en el cuarto de los secretos y los registró escrupulosamente, cuya operacion le ocupó muy poco, porque el dinero estaba en saquitos de cuero de doscientos cincuenta onzas en oro cada uno, ó cuatro mil pesos.

Al ver la considerable suma que habia en aquellos escondrijos, saltó de alegría, diciendo: —«Nunca habia visto tanto oro» lo cerró otra vez y para disimular, fué á reunirse con el notario y con el mayordomo.

En dos dias quedó registrada toda la casa y anotados los muebles, ropa, alhajas y demás, y entregadas las notas de todo

á uno de los notarios de la poblacion, exceptuando solamente lo contenido en el cuarto de los secretos.

Durante la noche y en hora muy avanzada, Julian con gran sigilo sacó de los escondrijos todos los saquitos y trasladándolos á su cuarto, repartiólos entre los dos cofres que habia traido, volviendo á cerrar los escondrijos y el cuarto como si nada hubiese hecho.

En los dias siguientes, despues de haber encargado á los dos hombres de su confianza que vigilasen y no perdiesen de vista su cuarto, dándoles á entender que tenia reunidos allí todos los papeles de la casa y algunas alhajas; se fué con el mayordomo y los dos notarios á recorrer las haciendas, y á tomar nota de los muebles, de las caballerías y de cuanto existia en cada una de aquellas.

Habiéndose apoderado del dinero, llevaba prisa en todo, tanto porque no le convenia en aquellos momentos estar separado de su esposa, como porque no estaba en su elemento, como suele decirse: hallaba muy á menos los goces y placeres materiales: en menos de dos semanas estuvo otra vez al lado de Mercedes.

A excepcion del mayordomo que era el que colocaba el dinero en los escondrijos, nadie supo la cantidad que Julian habia encontrado en ellos.

Para dar á entender que habia obrado con escrupulosidad y que habia procurado complacer á Mercedes la abrumó con la multitud de cofres y de bultos que le presentó, en los cuales habia los muebles, alhajas y joyas que podian llamar mas su atencion á fin de distraerla de lo principal.

Al mismo tiempo vaciando uno de los saquitos sobre de una mesa, dijo con cierto énfasis:—«Aquí tienes el dinero que se ha encontrado: no me figuraba que hubiese tanta cantidad: hay dos cientos cincuenta onzas en oro, que ascienden á cuatro mil pesos; todo es tuyo, haz de ello lo que te parezca.»

—«¿Qué quieres, que haga de tanto dinero? me quedaré con diez ó doce onzas y lo restante retíralo y servirá para lo que convenga.» Julian que siempre estaba sediento de dinero, no tuvo escrúpulo ni delicadeza en apoderarse otra vez del saquito

dejando á disposicion de su esposa quince onzas, como si ejerciera con ella un acto de generosidad.

Aunque con marcada impaciencia y violentándose, pudo permanecer una semana entera al lado de su esposa y de su hijo, echando siempre á menos el juego, los espectáculos, las orgías, los viajes de placer y otros goces materiales y ruinosos al mismo tiempo.

Mientras que por una parte hacia á su esposa y á su hijo algunas demostraciones de cariño, pero de un cariño notoriamente fingido, las que eran contestadas con otras de verdadero amor; cada dia estaba repitiendo que tendria que marchar luego para no perjudicar los intereses de la familia.

Al fin de la semana no pudo aguantar mas; puso servidumbre nueva para vigilar á su esposa y saber todo lo que ocurriera en casa, pretextando que lo hacia para que estuviese bien servida tanto ella como el hijo; y escudado en el falso supuesto de haber dejado negocios pendientes, partió llevándose uno de los dos cofres y asegurando que no tardaria en regresar.

Mercedes, á la que era muy fácil engañar, á causa de su gran sencillez y de estar acostumbrada á no pensar mal de nadie, y que por otra parte cifraba su bienestar y su dicha en Jesus María, se limitó á suplicar á Julian con la mayor ternura y cariño, que no les olvidase, que escribiese con frecuencia y que volviese lo mas pronto posible.

Pocos minutos despues de haber partido Julian, la madre y el hijo se acordaron de que nada le habian dicho acerca la carrera ó profesion que seguiria Jesus María, sintiendo mucho el haber padecido semejante olvido; pero al fin se tranquilizaron diciendo la madre que Julian no tardaria en regresar.

Mientras la esposa y el hijo pensaban y hablaban todos los dias del esposo y del padre; mientras no pasaba dia sin que dirigiesen al Todopoderoso y á María los mas fervientes votos para que, si así convenia, le dieran salud y acierto en todas sus cosas y que les hicieran la gracia de volver á reunirse para no separarse mas;

Mientras que de este modo acreditaban el amor sincero que profesaban á Julian; este en medio de sus banquetes, juegos,

orgías y viajes de placer, ni pensaba ni se acordaba del hijo y menos de la esposa, al paso que estaba malversando los capitales de ella.

Solo cuando le ocurria el pensamiento de haber dejado el otro cofre con la mitad del dinero en poder de la esposa y que seria forzoso el ir en su busca, solo entonces se acordaba de la familia y á toda prisa les escribia cuatro líneas, diciéndoles que estaba bueno, que adelantaba en sus cosas y que no tardarian en verse.

Una vez lo hacia desde un punto, otra desde otro, y siempre con el igual laconismo, fingiendo continuas y graves ocupaciones.

En vano Mercedes y Jesus María se esmeraban en escribirle extensas cartas llenas de amor y de cariño, mojadas todas con lágrimas de ternura que derramaban al escribirle; y en vano le encarecian que fuese mas extenso y que escribiese mas á menudo:

Julian nunca salia de sus frases acostumbradas ó de sus expresiones rutinarias, que parecian copiadas las unas de las otras, y pasando quince, veinte y hasta trenta dias sin escribir una sola línea, á pretexto de sus ocupaciones y viajes forzosos.

Así continuó por espacio de medio año, que para Mercedes y su hijo fué medio siglo, ó mientras tuvo dinero que malversar.

Pasado este medio año, la escasez de medios para entregarse á los goces materiales y ciertos pensamientos sujeridos por el espíritu del mal, le obligaron á hacer una segunda visita á la familia.

8.

Sin haberlo avisado préviamente, llegó Julian al anochecer y en ocasion en que Mercedes habia ido en busca de Jesus María, y aprovechando los momentos, corrió á reconocer y á registrar el cofre, que halló tal como lo habia dejado; luego examinó á la servidumbre acerca lo que habia visto, oido ú observado durante su ausencia.

La servidumbre compuesta de un criado y dos criadas, escogidos los tres por el mismo Julian, para vigilar cuidadosamente á la esposa y al hijo y para comunicarle con qué personas estos se relacionaban y cuáles eran sus conversaciones, le manifestó que no habia habido necesidad de escribirle, porque aquellos vivian aislados de todo el mundo;

Que el único roce que habian observado, era con el preceptor de Jesus María; pero que las conversaciones que tenian con él, versaban sobre la aplicacion de este, sobre lo que hacia ó dejaba de hacer en la escuela, ó sobre las noticias que tenian de Julian; si estaba bueno y si pensaba regresar pronto:

Que por lo demás, su esposa no pensaba, ni hablaba, ni se ocupaba mas que del hijo ó de cosas del mismo, y este hacia otro tanto con la madre; que los goces y los placeres de los dos consistian en estar juntos; que juntos rezaban y comian, que juntos salian y volvian á casa y que fuera de las horas de estudio, podia asegurarse casi siempre que, en donde estaba el uno, estaba tambien el otro.

Preguntóles Julian si Mercedes tenia correspondencia con algun conocido ó amigo de su padre, y si le habian oido hablar de las haciendas que este dejó; contestaron unánimes que no habian visto ni creian que tuviese correspondencia con otra persona mas que con él, y que una que otra vez, pero muy pocas, Jesus María habia dicho que cuando fuese mayor tal vez su padre le llevaria consigo á ver las haciendas del abuelo:

Que por lo demás, no habian conocido ni tratado una persona mas sencilla, mas humilde y mas virtuosa que su ama; que fuera de Jesus María, no la oian hablar ni creian que pensase en otra cosa que en su esposo; que le amaba de veras; que no molestaba á nadie, al paso que estaba siempre dispuesta á servir al que la necesitaba.

Mientras Julian daba las gracias á los de la servidumbre y les encarecia de nuevo la vigilancia, oyó llamar á la puerta, y corrió á abrirla para dar una sorpresa al hijo y á la esposa y demostrarles un amor que no conocia.

En efecto: fué tal la sorpresa que les causó, que, cual si vieran la sombra de alguno que hubiese pasado al otro mundo,

dieron un paso atrás, como espantados; y si Julian no se hubiese apresurado á detenerles, era probable que saltaran toda la escalera.

Escusado es referir los besos y abrazos que se dieron, y mas escusado aun el advertir que por parte de la esposa y del hijo fueron sinceros, afectuosos y espontáneos, y que por parte de Julian fueron, como siempre, forzados y fingidos.

Aun no habian pasado los momentos de sorpresa y de expansion cuando Julian, insiguiendo el proyecto que tenia formado, se anticipó, por miedo de que su esposa le retirase la confianza, á decirle que estaria allí poco tiempo, porque si bien tenia arreglados sus negocios, habia entablado uno nuevo que era muy importante y exigia su presencia.

El dia siguiente al de la llegada de Julian, Mercedes para no incurrir en el mismo olvido que la otra vez, aprovechando la primera ocasion que tuvo de hablarle á solas, le dijo que era menester pensar en la carrera ó profesion de Jesus María porque esto era lo mas importante.

—«No creas, contestó Julian, que no haya pensado en ello, pero como he visto que de un modo ú otro, ya sea con lo mio ó con lo tuyo, tendrá de sobras para vivir, he creido que no habia motivo para molestarle, haciéndole seguir una carrera ó abrazar alguna profesion que para nada le serviria.»

—«¿Quieres, Julian, que Jesus María esté sin hacer cosa alguna, que se aburra y que sea un ignorante?»

—«Puedes continuar ocupándole en lo mismo que ha hecho hasta ahora: mas adelante le encargaremos el cuidado de las haciendas y el de los negocios.»

—«Yo habia oido decir á mi padre y tambien á otros, que es muy útil tener una profesion ó carrera por lo que pueda acontecer, y hablándote francamente me gustaria que nuestro hijo, con la buena disposicion que se le ve, fuese un jóven bien instruido y bien educado.»

—«Tambien habrás oido decir que hay muchísimos hijos de nobles, de ricos hacendados y de grandes capitalistas que no han seguido carrera alguna, ni tienen otra instruccion que la precisa para cuidar sus intereses; é igualmente habrás oido

decir que muchos han perdido la salud y hasta la vida detrás de los estudios.»

—«Entonces, si te parece, continuará en la misma escuela, hasta que tomemos ó tomes otra resolucion.»

—«Sí, sí, y que no se fatigue mucho en el estudio; veo que ya sabe lo necesario, y aun mas.»

Concluyeron la conversacion, porque entró Jesus María á darles los buenos dias y á abrazarles; la madre, besándole, le dijo en voz baja: —«Ya hemos hablado de tu carrera, ya te lo explicaré.»

Julian desde que tomó posesion de las haciendas de su esposa, no cesó de pensar en la manera de venderlas ó reducirlas á metálico, sin que esta se apercibiese ó sin que nadie pudiese comunicárselo, porque no le retirase la autorizacion.

Ultimamente uno de los que le aparentaban grande amistad, le sugirió el plan que debia seguir, asegurándole que le ayudaria en todo y que si sabia seguirlo, lejos de quejarse ni disgustarse su esposa, lo aprobaria y hasta lo firmaria con gusto.

En la tarde del mismo dia, cuando Jesus María estaba en la escuela, Julian llamó á su esposa y encerrándose los dos en el cuarto, le dijo con gran sigilo y misterio que iba á revelarle un secreto muy importante, pero que no habia de salir de los dos; que ni el hijo debia saberlo por entonces, porque cualquiera indiscrecion, á nadie perjudicaria mas que al mismo Jesus María.

—«Recordarás, añadió, que al llegar, me escapó la manifestacion de que habia orillado todos mis negocios, pero que habia entablado uno de nuevo y acaso el mas importante: es un cambio ó permuta que se me ha propuesto, que seria la felicidad de todos y especialmente de nuestro querido hijo.

»En la capital hay un rico hacendado que habiendo tenido la desgracia de perder en poco tiempo la esposa y dos hijos, trata de abandonar aquel domicilio, y como tiene allí sus haciendas y un palacio, quisiera, aunque fuese perdiendo, hacer una permuta ó cambio con otras haciendas que le gusten y que le alejen lo posible de la capital.

»Un buen amigo nos ha hecho el favor de hablarle de las nuestras, digo, de las tuyas, y si tú consientes en el cambio, va

á llegar el apoderado general, que podria recorrer y enterarse de las que te pertenecen y luego yo haria otro tanto con las de su principal, aunque, por lo poco que se me ha dicho, veo que, estando en los alrededores de una gran ciudad, valen cuando menos, un tercio mas que las tuyas.

»Con este cambio podriamos vivir en la capital, donde posee un buen palacio con sus hermosos jardines; nuestro hijo podria, si le gustaba, dedicarse á la música, á la pintura ó á otra cualquiera cosa, mientras cuidaria las haciendas; yo viviria siempre á vuestro lado, sin separarme mas que los cortos momentos de recorrer aquellas, y aun podriamos hacerlo los tres juntos.

»Te aseguro que no hay país que me guste mas que la capital y sus alrededores y creo que á tí y aun mas á Jesus María os sucederia otro tanto con solo un mes de estar allí.

»Por otra parte, las haciendas que has heredado de tu padre están demasiado lejos para que nuestro hijo pudiera administrarlas sin separarse de nosotros largas y frecuentes temporadas: no siendo bien visto el que las vendiéramos, seria preciso fiarlas al cuidado de otro; y aun así, nuestro hijo tendria que visitarlas con alguna frecuencia, y francamente, no quisiera que se separase de nosotros.»

—«Yo tampoco: de manera, Julian, que ganariamos bajo todos conceptos.»

—«Ahora dime lo que te parezca, toda vez que se trata de lo tuyo; luego de cerrado el trato lo comunicaremos á nuestro hijo, que no dudo se alegrará mucho.»

—«Estraño, Julian, que digas que se trata de lo mio, cuando sabes que es de los tres; yo consentiré todo lo que sea útil y provechoso á nuestro hijo: mira si puedes llevar á cabo el cambio, mientras yo guardaré el mayor sigilo.»

Julian abrazando á Mercedes le dió repetidas veces las gracias por el bien que dijo que haria á toda la familia y en especial al hijo, si la permuta podia llevarse á cabo.

Estando todo preparado de antemano, presentóse el supuesto apoderado general y despues de una larga conferencia, partió en compañía de Julian.

A los pocos dias comparecieron los dos, fingiendo que ha-

bian recorrido y enterádose juntos de las haciendas heredadas por Mercedes y de las que se suponia que radicaban en los alrededores de la capital.

En seguida y en vista de los elogios que Julian hizo de estas últimas, se extendieron dos escrituras; por la una de ellas, Mercedes, con la autorizacion de su esposo, cedió al apoderado general de N. sus haciendas, y con la otra, el apoderado general cedió á Mercedes las de N. situadas en las cercanías de la capital.

A los tres dias, Julian bajo pretexto de ir á tomar posesion de las haciendas nuevamente adquiridas, partió para la capital, llevándose el otro cofre que contenia la mitad de la considerable suma de dinero encontrada en los secretos del padre de Mercedes, y prometió que no tardaria en volver, siendo así que se marchaba para no verla mas.

Mercedes recibió dos cartas fechadas en la capital en las que le decia que su ausencia duraria algo mas de lo que habia pensado, porque tenia que hacer obras en el palacio y en las casas de las haciendas.

Dejó escritas varias cartas á un conocido de la capital; en todas ellas hablaba de obras y de supuestos obstáculos que se le presentaban, y abandonó la capital, encargando al amigo ó conocido que cada mes enviase á la esposa ó al hijo una de aquellas cartas y que guardase todas las que recibiera.

Esta correspondencia, hija del mas criminal engaño por una parte é hija de un verdadero amor por otra, duró hasta que el supuesto apoderado general, de acuerdo con Julian, hubo vendido todas las propiedades que habian sido del padre de Mercedes.

Mientras duró la correspondencia, todas las conversaciones de la madre y del hijo versaban sobre su próxima traslacion á la capital, sobre la satisfaccion de vivir los tres juntos y no separarse mas, sobre lo que harian ó en que emplearian el tiempo.

Un dia hablaban del estudio de la música ó de la pintura, otro dia como ocuparian las noches de verano en los jardines del palacio ó en las haciendas y del contento que experimentarian, hallándose los tres reunidos:

Hoy hablaban del oratorio que Julian les dijo que habia en

el palacio y de los ratos que en él pasarian dando gracias á Dios y á María; mañana de los medios de que se valdrian para acostumbrar á Julian á la plegaria.

Mientras continuó la correspondencia ó la obra del engaño, la madre y el hijo se entregaron á estas placenteras conversaciones, haciéndose mil halagüeñas ilusiones, hasta extasiarse con ellas: verificada la venta de las haciendas y concluidas las cartas que Julian dejó escritas, cesó enteramente la correspondencia.

Mercedes y su hijo escribieron varias cartas y ninguna fué contestada, ni en apariencia siquiera, como antes.

9.

Este largo é inesplicable silencio dió lugar á mil conversaciones entre la madre y el hijo, á otras tantas conjeturas y á mayor número de plegarias que los dos dirigian á Dios y especialmente á María.

Mercedes estaba pasando una de las mayores tribulaciones: desde un principio hubiera tomado el camino de la capital, pero el grande amor al hijo se lo impidió, porque por una parte no podia resolverse á llevar consigo á Jesus María por miedo de causarle algun trastorno, y por otra no se sentia con fuerzas para separarse de él.

Al fin, meditando mucho y rogando mas, el mismo amor á su esposo y principalmente al hijo, la obligó á tomar la resolucion de dirigirse á la capital: dió á entender al hijo que se ausentaba por pocos dias y que esperaba regresar con Julian, si lo encontraba allí.

Despues de haberlo recomendado muy eficazmente al profesor y puesto bajo el amparo y proteccion de María, emprendió el viaje, no cesando en todo el camino de dirigir fervientes súplicas al Cielo para los tres.

Al llegar á la Capital, se hospedó en la primera posada que encontró, y sin parar un instante, practicó durante uno, dos y tres dias, cuantas diligencias le sugirió su buena razon; pero todas fueron inútiles: nadie supo darle razon de Julian, ni de las supuestas haciendas vendidas ó permutadas, ni del palacio imaginario, ni de las obras tan imaginarias como el palacio.

Cuando por la mañana del cuarto dia iba á continuar sus diligencias, dió con un buen tendero que compadecido del gran pesar y de la profunda afliccion de Mercedes, sabiendo algo ó mucho de Julian, le aconsejó que volviera al lado del hijo, y que no contase con palacios, con haciendas, ni con su esposo.

Le dijo sin rodeos, que el palacio, las haciendas, y la permuta y supuesta cesion no habia sido mas que una ficcion, que ella habia sido víctima de un engaño grosero y de una farsa criminal, y que en cuanto á Julian, los tribunales darian cuenta de él tarde ó temprano por el adagio, **quien mal anda, mal acaba.**

Le dió tales razones y tales explicaciones que Mercedes tuvo que creer lo que acababa de oir, á pesar de lo que le repugnaba pensar mal de nadie; y para mayor corroboracion de lo dicho, le entregó el tendero una nota con su nombre y con las señas de su casa, por si queria informarse de él, ó por si entonces ó mas adelante necesitase mas instrucciones y detalles.

Imposible seria describir la triste y desgarradora situacion de aquella virtuosa y apasionada esposa y madre al acabar de oir las revelaciones del tendero, y sobre todo el que los tribunales darian cuenta de Julian, no pudiendo apartar de su imaginacion el adagio, **quien mal anda, mal acaba.**

Fueron tantas, tan agudas y tan penetrantes las heridas que á un tiempo atravesaron aquel corazon angelical, tras de tan placenteras y halagüeñas ilusiones, que era imposible que resistiera un instante á ellas, ó que no cayera yerta á los piés del tendero.

Solo la voluntad de Dios que es Todopoderoso, como inagotable su bondad, y solo la misericordia sin igual de María, pudieron sostener y dar fuerza bastante á áquella contrsiepe y

atribulada mujer: María, la bondadosa, tierna y compasiva Madre Celestial interpuso su poderosa mediacion, y Dios envió á Mercedes toda la fuerza que necesitaba en aquellos momentos en que atravesaba la mayor de las tribulaciones.

Mercedes entró á toda prisa, como perseguida por la tentacion, en el primer templo que encontró, y oculta en el rincon mas obscuro, en lugar de orar, como era su intencion, no hizo mas que llorar, derramando abundantes y amargas lágrimas, porque así convenia para despejar el entendimiento y desahogar el oprimido y contristado corazon.

Serenada aquella negra tempestad y disueltas las densas nubes que ofuscaban el entendimiento y oprimian el corazon, pudo dirigir algunas breves pero fervorosas súplicas á Dios y en particular á la Vírgen de la Soledad, cuya imágen se hallaba en el altar de enfrente.

Estas súplicas, y sobre todo aquellas lágrimas, subieron al Cielo y fueron con tanta prontitud atendidas, que Mercedes, no pensando mas que en el amor de su Jesusito, como antes, se levantó y sin perder un instante emprendió el viaje de regreso.

Jesus María que contaba los dias y las horas de la salida de su madre y que no cesaba un instante de pensar y de desear el regreso de los padres, especialmente el de ella por ser la primera vez que se habian separado, le parecia que no habian de realizarse jamás, cuando al anochecer, el criado fué á participarle que acababa de llegar su madre.

Fué tal la sorpresa que le causó tan inesperado regreso, que ni siquiera se acordó de preguntar al criado si volvia sola ó acompañada.

Mercedes que le aguardaba en casa, sin saber ó sin haber aun podido combinar lo que le diria, á pesar de que no se habia ocupado de otra cosa desde la salida del templo, estaba temblando de miedo por el mal que causaria á su hijo cualquiera revelacion ó palabra indiscreta: el amor y el miedo luchaban en el espíritu de Mercedes y no le dejaban resolver lo que debia decirle.

En estos críticos momentos llegó el hijo: la madre al verle, sin fuerzas para ir hácia él, abre los brazos cuanto puede, y con

una ternura mezclada de arrepentimiento y de compasion, de placer y de dolor, exclama como fuera de sí:

—«¡Ven, hijo de mis entrañas, abrázame, perdóname y déjame morir sin hablarme jamás de palacios, ni de haciendas!»

Despues de haberse abrazado madre é hijo y despues de haberse desahogado llorando y mezclándose las lágrimas de la una con las del otro, prosiguió la madre: «¡Ah! tu padre fué engañado y me engañó..... no quieras saber mas..... yo solo viviré para tí y tú vivirás para mí y recogerás mi último sus....» sin poder acabar la frase cayó en brazos de su hijo.

Este, con la ayuda de la servidumbre, colocó á su madre en la cama y mandó llamar al facultativo: quedando solo con ella, le cogió ambas manos y elevando el pensamiento al Cielo no cesaba de abrazarla y comunicarle su aliento como si hubiese querido darle parte de su vida.

Volviendo poco á poco en sí, iba á decir algo á su hijo, cuando llegó el facultativo: este, despues de haberla examinado con detencion, hizo seña al hijo para que saliera y les dejara un momento solos: dirigió en seguida algunas preguntas á Mercedes: Jesus María pudo oirlas claramente todas, pero ninguna de las contestaciones que daba la madre en voz muy baja.

Salió el facultativo, dió al hijo el recado de la madre para que entrase luego, y en voz baja añadió:--«Tú madre ha tenido un trastorno muy grande, capaz de matarla en el acto.....te llama..... ya hablaremos.»

Acercándose Jesus María á su madre, le cogió la mano y mientras se la besaba, dijo esta: —«Hijo mio, no me abandones..... el momento se acerca..... háblame de Dios y de María..... perdóname y pídeles que me perdonen tambien..... perdona á tú padre, como ye lo he perdonado..... ámale como buen hijo, y como yo lo he amado..... no le abandones..... necesitará tú apoyo..... dáselo..... te lo suplica de corazon tu madre..... Dios nos bendiga á todos.....» ¡cerró los labios para no abrirlos mas!

¡Cuál si Dios le hubiese concedido el tiempo preciso para ver á su hijo y para morir en sus brazos, hablándole como siempre del amor que debia tener á su padre!

Hechos los honores fúnebres para el eterno descanso del es-

píritu de la madre, el hijo estuvo tres dias sin querer tomar alimento: entraba y salia del cuarto donde espiró; se paseaba y se sentaba, se arrodillaba y al momento se levantaba; queria peusar y no podia, deseaba rogar y no acertaba á hacerlo.

Cuando empezó á tranquilizarse su agitado espíritu, se encerró en el gabinete que servia de oratorio, y pareciéndole que realmente estaba al lado de su madre como antes, porque tal vez Dios hizo la gracia á Mercedes de hacerse visible á su hijo, elevó á Dios y á María una larga y ferviente plegaria derramando abundantes lágrimas: y al salir tomó sin repugnancia el alimento que le presentaron.

Habiendo recobrado la calma y con ella la facultad de pensar, que parecia haber perdido, repitió y escribió una por una las últimas palabras salidas de la boca de su madre: leyó y volvió á leer una nota que encontró en el cofrecito de viaje de ella; habló con el facultativo y luego con un desconocido, quien le entregó una cantidad de monedas de oro;

Despidióse del profesor, le hizo algunos encargos y se marchó sin decir á donde, pero pensando que era para no volver.

AMOR FILIAL,

ó

EL HIJO DE MERCEDES LA BRASILEÑA.

1.

No pudiendo Jesus María acabar de comprender las palabras salidas de la boca de su madre al regresar de la capital del Brasil, ni las que pronunció en los últimos momentos de la vida, habló primero con el facultativo, el cual no supo decirle otra cosa, sino que en el viaje que habia hecho tuvo un gran trastorno, cuyos efectos se agravaron con la vista del hijo, y que al momento de verla conoció que para ella no habia remedio en la tierra.

El desconocido era el que sirvió de mayordomo del abuelo, el cual le enteró de todo lo ocurrido despues de la muerte de este y de la cantidad que tenia en los escondrijos, la que importaba la suma de seis mil onzas en oro, colocadas en veinte y cuatro saquitos de cuero de doscientas cincuenta onzas cada uno, que estaban destinadas para la compra de unas haciendas;

Y le entregó una cantidad que era la que recaudó despues de la muerte del abuelo, sin que nadie se la hubiese reclamado.

La nota que encontró en el cofrecito de la madre contenia el nombre, el apellido y las señas de la casa del tendero de la capital, cuya nota fué la que le obligó á abandonar el país natal, tal vez para siempre, y dirigirse á la capital del Brasil.

Jesus María, ocultando que fuese el hijo de Mercedes, se pre-

sentó á la persona designada en la nota, y el tendero repitió al hijo cuanto habia dicho á la madre y algo mas.

Por manera que el hijo al fin supo cuanto saber podia de Julian su padre: supo que, para entregarse á toda clase de goces y placeres, abandonó á la esposa y al hijo y que malversó el considerable capital y los cuantiosos bienes heredados de su padre:

Que cargado de deudas y próximo á ser perseguido por los tribunales esperaba con frenética impaciencia la muerte del padre de su esposa; que al momento de saberla, se presentó á esta fingiendo amor para engañarla, para apoderarse de su herencia y volver en seguida á abandonar á ella y al hijo:

Supo á lo que ascendia la cuantiosa suma hallada en los secretos del abuelo, la ficcion de la permuta ó venta, el precio que sacó de las haciendas, la manera como lo malversó todo, lo mismo que habia hecho con la herencia de su padre:

Supo por fin lo que hubiera querido ignorar para siempre, que la conducta del padre fué la causa del gran trastorno de la madre y lo que la condujo al sepulcro, y supo que Julian formaba parte de una cuadrilla de hombres cargados de vicios y perseguida por la justicia á causa de sus estafas.

Con todos estos datos ciertos y positivos, se creerá cuando menos que el hijo no quiso ver mas á su padre, ni oir hablar de él, ni tenerle por padre, y que en sus adentros le calificaria de mónstruo de la naturaleza.

¡Oh! ¡poder del amor filial!... ¡nada de esto...! ¡todo lo contrario! Jesus María amó entrañablemente á su madre, como esta le amaba á él, y amó sinceramente á su padre, porque la madre supo inculcarle este amor, no obstante la conducta extraviada que Julian observó, durante todo el tiempo del matrimonio.

Nunca salió de la boca de la digna madre y virtuosa esposa una queja, ni una mala calificacion que pudiera infundir en el espíritu del hijo el menor desprecio, indiferencia ni prevencion contra el padre: antes al contrario, juntos rogaban por él y á solas lo hacian tambien.

Por esto las últimas palabras que salieron de los labios de tan digna esposa y madre, cuyos labios jamás se habian manchado con malos consejos á su hijo ni á nadie, fueron: «Perdona á

tu padre, como yo lo he perdonado: ámale como buen hijo, como yo lo he amado como esposa: no le abandones: necesitará tu apoyo, dáselo.»

¿Cómo habia Jesus María de faltar á las hermosas máximas hijas de la Religion de Amor, que tanto le habia inculcado su madre y en las que le habia ejercitado toda su vida? ¿Y cómo habia de olvidar las súplicas de una madre que tanto le idolatraba y hechas en los últimos momentos de su vida?

2.

Hacia poco mas de seis años desde que Jesus María habia quedado huérfano, podia decirse, de padre y de madre; porque esta habia muerto y aquel le habia enteramente abandonado. El trascurso de este tiempo lo pasó en el Brasil, recorriendo varias poblaciones en busca de su padre, y una larga temporada en Chile y en el Perú con igual objeto, procurando al propio tiempo ocuparse en algo para economizar el dinero que habia recibido del mayordomo del abuelo.

Supo al fin, ó se le aseguró, que su padre se hallaba en los Estados-Unidos, donde habia ido á refugiarse con sus compañeros para no caer en poder de la justicia.

Trasladóse sin titubear á Nueva Orleans; recorrió las capitales mas importantes, en especial Wahsington, Baltimore, Boston y Nueva-York; en ninguna pudo hallar lo que buscaba; pero en todas recogió datos en demasía, para venir en conocimiento de que su padre, cambiando con frecuencia de nombre y de domicilio, junto con sus compañeros se escondia para evitar la persecucion de los tribunales.

Despues de haber pasado mas de tres años recorriendo aquellas y otras poblaciones, hallándose en Nueva-York, se le aseguró que la cuadrilla de que formaba parte su padre se habia dispersado y que Julian y algun otro de ella se habian embar-

cado para Europa y se creia que habian ido á parar á Londres ó á París, para donde se decia haberse expedido letras ó súplicas de extradicion desde la Habana y de algun otro punto.

Convencido Jesus María por distintos conductos y especialmente por algunos periódicos de que realmente su padre habia pasado á Europa, y que se habian expedido letras de extradicion, resolvió trasladarse sin titubear á Inglaterra.

Al momento halló buque para Lóndres, pero al ajustar el precio del pasaje, vió que no le quedaba dinero bastante para pagarlo, por haber consumido en tantos viajes el que le entregó el ex-mayordomo del abuelo.

Tuvo gran pesar al ver que no podia llevar á cabo su pensamiento: al manifestarlo al Capitan, las lágrimas le asomaron á los ojos: este sea que se hubiese compadecido de él ó que lo necesitase, ofreció conducirle por la mitad del precio, mediante que prestase algunos servicios en el buque.

Jesus María aceptó muy gustoso este ofrecimiento, dando con el pensamiento gracias á Dios y especialmente á María, á cuya intercesion reconoció deber la gracia que el Capitan del buque le dispensaba.

Breve fué la travesía, aunque á él le pareció muy larga, porque hubiera deseado llegar á Lóndres el dia siguiente al del embarque.

Durante la navegacion, exceptuados los cortos momentos de descanso y los en que dirigia sus fervorosas plegarias al Cielo, no hizo mas que pensar en su padre y en las diligencias que deberia practicar para descubrir su paradero.

Terminado el viaje vió que iba á quedar con una insignificante cantidad, y entonces le llamó la atencion el pensamiento sobre el modo de ganar la subsistencia.

El Capitan satisfecho de su buen comportamiento le manifestó que mientras no tuviese donde colocarse, podria continuar á bordo tanto para comer como para dormir, cuyo ofrecimiento aceptó, dándole expresivas gracias.

Con esta generosidad del Capitan salió Jesus María del primer conflicto y pudo empezar á practicar sus diligencias, buscando al mismo tiempo donde hospedarse y la manera de ganar la subsistencia.

Al anochecer, haciendo mas de hora y media de camino, iba á comer y á dormir á bordo, cenando con la racion que se le reservaba al distribuir el rancho á la tripulacion; por la mañana se desayunaba con cualquiera cosa y haciendo igual camino que al anochecer, volvia á practicar sus diligencias.

Recorrió las embajadas, los ministerios, distintas casas de comercio, especialmente las que tenian relaciones con el Brasil, para adquirir noticias de su padre y procurarse una ocupacion, logrando tan solo colocarse de mozo en el almacen de una de dichas casas.

Recorrió asimismo todas las cárceles y parajes de detencion preventiva, para asegurarse si su padre estaria custodiado en alguna ó alguno de ellos, leyendo todos los dias los diarios en que solia darse cuenta de las prisiones verificadas y de los procesos fallados ó pendientes.

Lo único que durante un año de diligencias pudo averiguar fué, que realmente se habian expedido letras de extradicion contra una cuadrilla de criminales procedentes de América, y esto lo averiguó ya desde los primeros dias.

Al fin vió anunciada la vista de una causa seguida en los tribunales de París, dirigida á descubrir y á castigar á los verdaderos autores de varios delitos de estafa cometidos, por una cuadrilla formada en parte de criminales procedentes de Ultramar, cuya causa llamaba la atencion del público.

El dia señalado para la vista, el primero de entrar en la sala de justicia, apenas se abrió al público, fué Jesus María, que se colocó lo mas inmediato posible al banco de los acusados, para distinguir bien las fisonomaís de cada uno de ellos y oir los cargos que se les hacian.

Como si tuviese un presentimiento de que entre los acusados estaria su padre, empezó á experimentar una fuerte opresion de espíritu y un temblor en todo el cuerpo, por manera que estuvo tentado para salir de la sala; pero elevando á Dios su pensamiento y evocando el recuerdo de las semi-proféticas, palabras de la madre, recobró la serenidad y la fuerza de espíritu necesarias para presenciar aquel acto.

Dios le hizó la gracia de infundirle aquel pensamiento, pa-

ra prevenirle sobre lo que iba á descubrir; porque realmente entre los tratados como reos, el segundo de la fila y el que ocupó el segundo asiento en el banco de los acusados, era Julian, el cual conservaba la misma fisonomía que cuando el hijo lo habia visto la última vez.

Jesus María volvió á experimentar casi la misma opresion de espíritu, hasta que por medio de los debates públicos y sobre todo por lo que dijo su mismo padre, bajo el nombre de Ramon Andrés de Méjico, comprendió que no quedaba justificado que hubiese tomado parte alguna en la perpetracion de los delitos que se perseguian.

Entonces se le ensanchó el corazon creyendo que su padre seria absuelto, sobre todo al ver que quedaba oculto su verdadero nombre.

Al fin el jurado declaró la no culpabilidad del llamado Ramon Andrés de Méjico y de algun otro, y el juez les absolvió.

El hijo que al oir el fallo, se hizo la ilusion de creer que se acercaba el momento tantos años suspirado de abrazar á su padre, aunque fuese bajo el nombre de Ramon Andrés, estaba ya discurriendo sobre las precauciones que deberia tomar para no descubrir el de Julian y el que fuese su padre, cuando vió que otra vez le llevaban preso con los demás.

Siguió hasta saber en que cárcel los dejaban; aguardó algunos momentos para hablar al carcelero é informarse sobre la suerte del padre; pero tuvo que retirarse sin averiguar cosa alguna, porque los dependientes del carcelero le dijeron que no se sabria hasta la noche y que de todos modos no saldria de la cárcel hasta al amanecer del dia siguiente.

Se dirigió á la posada para comer; pero apenas comió de alegría, habiendo renacido en él la ilusion de que pronto abrazaria á su padre para no separarse mas de él: durante la noche durmió poco, porque pensó y rogó mucho.

Al amanecer, antes de abrirse las puertas de la cárcel, Jesus María estaba en la esquina inmediata para observar las personas que saldrian; pero viendo que habia pasado mas de una hora y que no salia su padre, trató de averiguar la causa del retardo.

¡Cuán terrible fué el golpe que experimentó al decirle uno de los empleados en la cárcel que habia contra él y algun otro una enérgica reclamacion de parte de la Embajada española para su extradicion!

Haciendo Jesus María un esfuerzo sobre sí y procurando aparentar entera serenidad, pidió que se le permitiera verle para ofrecerle algun socorro de parte de un amigo de la familia, y se le contestó que no habiendo órden en contrario podria verle todos los dias en las horas en que se permitia hablar á los presos.

Aguardó por aquellas cercanías á que llegase la hora señalada: al abrirse las puertas del patio destinado para ver y hablar á los presos, fué el primero de entrar en él y de suplicar al vigilante que tuviese la bondad de avisar á Ramon Andrés de Méjico.

A los dos minutos salió el llamado Ramon Andrés: Jesus María al verle se acercó á la reja temblando y sin osar alargarle la mano por miedo de comprometerle, le preguntó si se llamaba Ramon Andrés: Julian, sin conocerle, hizo una seña afirmativa, y el hijo añadió que tenia encargo de socorrerle de parte de un conocido ó pariente.

Esta última palabra excitando en él varios recuerdos á la vez, le hizo pensar en la familia, y fijando la vista sobre el que le hablaba, dió á entender que no le conocia: el hijo aproximándose mas, le dijo una palabra en voz muy baja; Julian hizo cierto movimiento de sorpresa, de miedo y de rabia y, dándole una mirada de desprecio, murmuró en voz baja: «Te conozco: no vengas á insultarme; no pido ni quiero limosnas,» y se marchó á toda prisa.

3.

Estando Jesus María perfectamente enterado de los grandes extravíos de su padre, de haberles abandonado á él y á la madre, de haber malversado dos pingües herencias y de haber ocasionado la muerte prematura de la madre, y habiendo por otra parte hecho largos viajes y experimentado todo género de fati-

gas, privaciones y disgustos para ser útil á su padre, ¿qué efecto no habia de producir en él tanta y tan inconcebible ingratitud y tan gran desprecio?

Es cierto que al oir el hijo aquellas palabras y el tono con que fueron pronunciadas, experimentó un trastorno tan grande que no acertaba á separarse de aquel local, ni sabia qué hacerse, ni qué pensar, ni á qué atribuir tan impensado desprecio.

No hacia mas que repetir maquinalmente las palabras salidas de la boca del padre, como si su espíritu no fuera capaz de otra cosa.

«Te conozco... no vengas á insultarme... no pido ni quiero limosnas»... esto lo repetia á cada paso.

A fuerza de andar se halló al fin frente por frente de la posada, entró en ella, se sentó, sin saber ni pensar en lo que iba á hacer.

Llegó la hora de desayunarse, comió no sabiendo lo que se hacia, ni acordándose siquiera de dirigir á Dios la breve súplica que todos los dias, sin faltar uno, elevaba á Dios antes y despues de haber comido.

Semejante estado de agitacion y de completa insensibilidad duró hasta al anochecer: entró maquinalmente en un templo que habia cerca, é instintivamente se sentó en la primera silla que le vino á mano.

Al cabo de un rato, levantando la vista que tenia fija en el suelo, vió una Cruz y la imágen de la Vírgen al pié de ella, y le pareció que en aquel mismo momento le decian al oido: «¡Quién experimentó mas insultos y peores tratamientos que Él!... ¡Quién padeció mas que Ella!.....»

Como si en aquel instante hubiese recobrado la sensibilidad y el uso de la razon, se arrodilló sin apartar la vista de la Cruz y de la Vírgen María, y rezó un buen rato con todo el fervor de su espíritu.

Así que iba rezando le venian diversas ideas y pensamientos, como si hubiera quien se los apuntase al oido y entre ellos los siguientes: «¿Porqué no esperaste á que fuese el primero en hablar?... ¿Porqué le humillaste ofreciéndole un socorro?... ¿No valia mas hablarle de la muerte de la madre?.....»

Al salir del templo, meditando sobre los pensamientos que Dios le habia inculcado por medio del ángel custode, dijo para sí: «Es verdad que valia mas haberle dejado hablar el primero: es verdad que fué humillarle el ofrecerle socorros, sin haberlos pedido: el hablarle de la muerte de la madre, era mas natural y le hubiera conmovido mas.»

Atribuyendo á su poca habilidad ó á su falta de tino el mal recibimiento que le hizo el padre, y teniendo sobre todo fija en la mente la súplica de la madre: «No le abandones: necesitará tu apoyo, dáselo,» resolvió volver el dia siguiente y tratar de enmendar las faltas que habia cometido.

Al dia siguiente procuró, como en el anterior ser de los primeros de entrar en el patio ó locutorio para los presos; hizo avisar á Ramon Andrés: así que le vió venir cabizbajo y pensativo, determinó hablarle de la muerte de la madre, en el caso de que él guardara silencio.

Y así sucedió, porque Julian despues de haber contestado al saludo del hijo, bajó los ojos y guardó silencio: Jesus María, acercándose á la reja cuanto pudo, para que nadie oyera sus palabras dijo:—«Hace cerca diez años que murió mi buena madre y las.....»

—«¡Cómo!..... ¿Tu madre murió?.....»

—«Sí, y las últimas palabras que profirió un instante antes de morir, y quiera Dios que nó se borren jamás de mi memoria, fueron estas: «Perdona á tu padre, como yo lo he perdonado: ámale como buen hijo, como yo le he amado: no le abandones: necesitará tu apoyo, dáselo: te lo suplica de corazon tu madre: Dios nos bendiga á todos..... y espiró.»

Dios accediendo á las frecuentes y fervorosas súplicas del hijo y de la ex-esposa, comunicó á la repeticion ó recuerdo de aquellas palabras un poder tan grande y tan maravilloso que produjeron un cambio radical é increible en Julian.

Levantó este los ojos al Cielo, dió una mirada de cariño y de ternura al hijo, y sin pensar en si se comprometeria ó no con lo que dijera, exclamó:—«¡Pobre mujer!..... ¡Dios te tenga en la Gloria, que bien lo mereces!..... Las lágrimas asoman por mis ojos..... no puedo mas;..... deja que vaya á desahogarme: vuel-

ve, querido hijo, mañana sin falta y tráeme copia de las últimas palabras de tu madre.»

Sin decir otra cosa, ni mirar siquiera, desapareció.

La alegría y el contento inundó de tal manera el corazon del hijo, que aunque habia tomado todas las precauciones para no comprometer á su padre, dió á entender claramente que pasaba en él algo de extraordinario; afortunadamente el vigilante no lo advirtió.

Saliendo de la cárcel y dirigiéndose á la posada, elevó repetidas veces el pensamiento á Dios, dándole con él las mas sinceras y expresivas gracias por la inmensa é inestimable que acababa de dispensar á los dos, especialmente al padre, produciendo en él un cambio tan importante como repentino.

No se cansaba de repetir aquellas exclamaciones: «¡Pobre mujer! ¡Dios te tenga en la Gloria, que bien lo mereces! Vuelve, querido hijo, mañana sin falta; tráeme copia de las últimas palabras de tu madre.» Luego recordaba las siguientes frases: «Las lágrimas asoman por mis ojos: no puedo mas, deja que vaya á desahogarme.»

Alternando en la repeticion de todas estas frases y exclamaciones y elevando con frecuencia el pensamiento á Dios en accion de gracias, llegó á la posada, rebosando de alegría y de contento.

Todo el tiempo que le quedó libre aquel dia, lo pasó en el templo ó distribuyendo limosnas á casas de beneficencia ó á personas sin ocupacion y cuyo aspecto marcaba claramente que se hallaban en necesidad, segun acostumbraba hacerlo cuando creia haber recibido algun don ó gracia particular de Dios ó de María.

En la mañana próxima se apresuró á llevar á su padre la copia de las últimas palabras de la madre y casi todo el dinero que habia economizado; pero terrible fué el efecto que en él produjo la contestacion del carcelero, al decirle, que no era posible ver á Ramon Andrés.

—«¿Cómo imposible? bien lo he visto en los dias anteriores.»

—«Nada se habia resuelto entonces sobre la extradicion.»

—«¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?»

—«Es que al resolverse la extradicion, cediendo el Gobierno á las instancias de la Embajada española y en virtud de reclamaciones de los tribunales de la isla de Cuba, acordó ponerle incomunicado.»

Jesus María al oir estas últimas palabras quedó inmóvil, cual si estuviese clavado en el suelo.

4.

Conocido el grande y sincero amor que el hijo profesaba al padre, puede conjeturarse la pena y el pesar grande que le causó el no poderle ver otra vez.

Afortunadamente el mismo amor hizo que la pena fuese momentánea, porque apenas puso los piés en la calle, le vino un pensamiento el mas halagüeño que le obligó á hacer á toda prisa varias diligencias.

Se propuso, sin perder momento, averiguar cuándo se verificaria la extradicion y donde seria su padre conducido, para seguirle á todas partes.

A fuerza de actividad y con las muchas diligencias que practicó, pudo averiguar que la extradicion se verificaria en el Havre de Gracia, y que su padre seria trasladado á España en un buque mercante.

Pasó inmediatamente al Havre, pero fueron inútiles cuantas diligencias practicó para poder embarcarse en el mismo buque que debia conducir á su padre á Cádiz; se le contestó siempre que aunque pagase doble de lo que se exigia por razon de pasaje, no podria admitírsele, por ser ya excesivo el número de los pasajeros, atendida la capacidad y la disposicion del buque.

Le ocurrió el pensamiento de tantear á todos los pasajeros, para ver si alguno de ellos cederia su puesto, mediante una buena recompensa, vendiendo si era menester cuanto poseia para conseguirlo, hasta dos anillos y una cruz de oro que era lo único

que conservaba como memoria de su querida madre: tambien fué inútil este pensamiento porque ninguno de los pasajeros quiso ceder su puesto.

Estaba para hacerse á la vela el buque y no quedaba al hijo mas recurso que embarcarse en otro.

Cuando se disponia á practicar las diligencias en busca de otro buque, le vino la idea de ofrecer al en que iba el padre, sus servicios sin salario alguno, ya fuese para ayudar al cocinero, para servir á los pasajeros ó para cualquiera otra cosa, contentándose con comer el rancho con los marineros ó lo que de estos quedase.

Para mejor alcanzarlo, dijo que él sabia el inglés, el francés y el español y que estaba ejercitado en toda clase de servicios á bordo de los buques: con esto y elevando continuamente el pensamiento al Cielo, especialmente á María, logró al fin lo que tanto deseaba.

El cocinero y repostero á quien se dirigió, le contestó que aguardase un momento, y á los dos minutos le manifestó que quedaba admitido, pero sin salario alguno y con la obligacion de prestar cuantos servicios se le encargasen á bordo, advirtiéndole que dentro un par de horas la nave debia hacerse á la vela.

Dió al repostero las gracias de palabra, y con el pensamiento las dió á Dios y á María; tomó el primer carruaje que encontró y en menos de media hora estuvo otra vez á bordo con el equipaje, poniéndose desde luego á la disposicion del Capitan.

Estando la nave para hacerse á la vela, todo el mundo le mandaba, y él á todos servia con prontitud y con buena voluntad, dándole alas para todo el pensar que estaba cerca de su padre y tal vez próximo á prestarle algunos servicios, ó por lo menos á verle y á entregarle la nota, que debia haberle entregado en la cárcel.

No hubo servicio por pesado que fuera que no se encargase á Jesus María y que este no lo desempeñara pronto y á entera satisfaccion de los que se lo encomendaban.

Dos dias llevaban de navegacion, cuando aun no habia visto á su padre, ni sabia donde estaba encerrado ó custodiado, no

obstante de haberlo recorrido todo, menos una parte de la bodega; y extrañaba que no se le encargase algo para él.

Al tercer dia, y mientras estaba torturando su imaginacion, é implorando la ayuda de María para venir en conocimiento del paraje donde estaba su padre custodiado, oyó que el sobrestante, algo incomodado, decia al cocinero:—«Te aseguro, que me disgusta el cuidar á ese miserable.»

Al momento Jesus María, como si le hubiesen llamado, dijo al sobrestante:—«¿Me llamabais á mí?»

—«No llamaba á nadie, me quejaba de un encargo que se me ha hecho y que empieza á fastidiarme.»

—«Si puedo ayudaros en algo, con gusto lo haré.»

—«No: es cosa personal, y no puedo confiarla á nadie.»

—«¿Creeis que no sabria desempeñarla?»

—«Mejor que yo, pero..... no obstante oye:» le hizo señal para que le siguiera: lo llevó al sollado y estando los dos en él le dijo: «Si no guardas el mayor sigilo sobre lo que voy á revelarte, soy capaz de echarte al mar.

»Por aquel rincon, y levantando una tabla se baja á una pequeña estancia ó bodega que se ha convertido en calabozo: allí está bien asegurado un preso que debe ser un gran criminal: nadie puede hablar con él: yo le veo dos veces al dia, por la mañana y al anochecer, le doy de comer y hago otra cosa que es lo que me repugna.»

—«Si quereis yo me aguardaré fuera y haré lo que os repugne ó lo que me mandeis.»

—«Tengo confianza en tí, veo que eres buen muchacho y tú podrás encargarte del cuidado de aquel miserable: le visitarás dos veces al dia y en las horas que puedas; pero que nadie sepa que tú lo cuidas, y con la condicion de que nadie comunique con él, y que tú no cumplas cargo alguno de los que él te haga, sin darme antes conocimiento de ello.

»Estas son las instrucciones ú órdenes comunicadas por la Embajada española, cuyo incumplimiento podria costarnos caro á los dos y especialmente á tí: él habla poco, yo le hablo menos y se conoce que es un bribon que no merece consideracion alguna.

»Dentro de una hora ó cuando quieras podrás hacerle la visita de la mañana, y la de la tarde cuando bien te parezca.»

—«¿Cuáles son las precauciones que hay que tomar al bajar á la bodega ó al calabozo?»

—«Ninguna, porque te he dicho ya que está bien asegurado, como lo verás.»

—«Aunque sea demasiado temprano, como este hombre, segun decís, es un solemne pícaro que no merece consideracion alguna, lo mejor seria hacerle luego la visita porque ahora no tengo nada que hacer: despues yo me arreglaré las horas: para el almuerzo de esta mañana le daré un poco del rancho que quedó de los tripulantes.»

—«Haz como quieras: ese lenguaje me gusta: nada de consideraciones y no olvides las órdenes ó instrucciones de la Embajada.»

5.

Fácil es comprender la violencia que tendria que hacerse Jesus María para usar aquel lenguaje, tratándose de una persona para él la mas querida en la tierra; pero á trueque de inspirar entera confianza al sobrestante estaba dispuesto á todo.

Lo que no es fácil comprender y menos explicar, es la alegría y el contento que inundaban el corazon del hijo y la que experimentó el padre al verse frente á frente de su hijo, al recibir los abrazos de este y al saber que era precisamente el encargado de cuidarle.

Jesus María sin pérdida de momento tomó lo que él tenia reservado para su desayuno, y se dirigió hácia el rincon que daba entrada al calabozo.

Levantó la tabla y de un salto se puso al lado del padre, el cual, sin distinguir su semblante á causa de la obscuridad del local, se incomodó por una entrada tan brusca, y le dijo:

—«¡Mirad que por poco me aplastais debajo de vuestros piés!»

—«No será á buen seguro esta la primera vez,» murmuró el hijo vuelto de espaldas.

—«¿Cómo no será la primera vez? yo no permito que nadie me falte: dejad que me vea libre.»

—«Hareis como yo,» dice el hijo, abrazando á su padre, y este no obstante de oir una voz que no le parece nueva, no sabe lo que le sucede: pasa maquinalmente el brazo derecho por el rededor del cuerpo de su hijo, pues el izquierdo lo tenia amarrado al buque, y apartando un poco la cara, pregunta—«¿Quién sois?»

—«¿No conoces á tu hijo?»

—«¡Desgracia fatal!... ¿Tambien estás preso como yo?... ¿Seré yo quien habrá causado tu prision?... ¡Qué desgracia!...»

—«¿Qué estás diciendo?... ¿Sueñas acaso, padre mio?... No estoy preso: ya te lo explicaré todo: abrázame y déjame besar tu frente: come, y luego hablaremos.»

Despues de haber estado abrazados largo rato y de haberse desahogado, derramando dulces y copiosas lágrimas de alegría y de ternura, dijo el padre:

—«No es posible que coma, si antes no me dices algo por poco que sea.»

—«No hay tiempo que perder: sirvo de criado: ya te diré como pude conseguirlo: come algo mientras yo hago la limpieza de la estancia, y observo si hay quien pueda oirnos.»

Al cabo de poco tiempo volvió y dijo:

—«Por la tarde hablaremos despacio.»

—«¿Volverás por la tarde?»

—«Por la tarde, por la mañana y cuando quiera, durante la navegacion.»

—«Vete pues; estas pocas palabras me tranquilizan y me bastan.»

Apenas habia salido Jesus María de aquella estancia cuando deseaba visitar otra vez á su padre y decirle algo mas, y el padre lo deseaba con igual ardor.

Mientras el padre comia y se entregaba á mil ilusiones, el hijo rogaba y se anticipaba á hacer cuanto podia para no retardar la segunda visita al padre.

Llegó por fin la hora de servir la comida á los pasajeros: si de él hubiese dependido, hubiera suprimido la mitad de los platos; cada cumplido que se hacian los de la mesa, era una espina para el corazon del hijo, porque retardaba el momento de abrazar á su padre.

Poco tiempo necesitó para levantar la mesa y para reponer las cosas en su lugar; las camas estaban hechas con anticipacion: comió á toda prisa con el cocinero y otras dos personas, y al momento se escurrió hácia el calabozo, sin traer cosa alguna á su padre para tener ocasion de volver un poco mas tarde.

Julian y Jesus María otra vez se abrazaron y otra vez lloraron, y el padre exigió al hijo que nada le ocultase, que deseaba saber todo lo que habia hecho desde que se vieron en la cárcel de París.

—«Tiempo tendremos para comunicarnos mútuamente cuanto convenga, lo que interesa que te diga, es que Dios nos ha hecho la gracia de que, cansándose el sobrestante de cuidar de tu persona, haya confiado este trabajo al hijo del mismo preso: por hoy te he dicho lo bastante: dentro de poco volveré á servirte la comida y fijaremos las horas para los otros dias.»

—«Dame á lo menos, si la tienes á mano, la copia de las últimas palabras de tu madre; me la prometiste antes de la extradicion y debes cumplir tu palabra.»

—«La tengo hecha desde entonces: te la entregaré, si no puede comprometerte: á Dios.»

La visita que luego le hizo al traerle la comida, fué de corta duracion, solo para fijar las horas de verse, y especialmente la de la mañana que fué la destinada para comunicarse cuanto tuviesen por conveniente.

Desde entonces no faltó el hijo á lo acordado bajo pretexto de la limpieza del pequeño calabozo y de traer el desayuno al preso, pasando todas las mañanas mas de media hora al lado de su padre, y mas de un cuarto de hora por las tardes.

6.

En aquella entrevista el hijo, instado por su padre, le enteró de la época del fallecimiento de la madre, callando cuidadosamente la causa: le refirió lo mucho que amaba á los dos, la frecuencia con que le inculcaba que amase al padre y que rogase á Dios para la salud del mismo, si le convenia.

Le refirió algo de los viajes que hizo por América con el objeto de descubrir su paradero, y de cumplir; con el encargo de su querida madre; las diligencias que practicó en Inglaterra y el modo como adquirió la noticia de que él estaria en París; los pasos que dió para verle, para hablarle y para saber el dia de la extradicion, el de embarque, y la manera como logró ser admitido en el mismo buque en clase de criado.

En todo este relato procuró pasar por alto las tribulaciones, penas y amarguras por las que tuvo que pasar, para lograr el fin que se proponia.

El padre oyó esta relacion casi siempre con las lágrimas en los ojos, penetrado del grande amor que le profesaba su hijo y del que le habia profesado su esposa.

A su vez Julian hizo con toda minuciosidad la historia de su vida desde que tuvo uso de razon; sin ocultar una sola de las muchas y gravísimas faltas, vicios y excesos, como si se confesara ante Dios.

Con este fiel relato pudo convencerse y se convenció Jesus María que Julian mientras vivió su padre, se habia conducido como un jóven honrado y bien educado y que habia amado sinceramente á su esposa; que siendo dueño de una fortuna considerable heredada de su padre, se vió rodeado de varios jóvenes de mala conducta que no le dejaban un momento:

Que estos jóvenes empezaron por adularle y acabaron con hacerle faltar á sus principales deberes, separándole enteramente

del camino de la virtud, y precipitándole en el del vicio: que despues de haberle hecho mirar con indiferencia y hasta con desprecio á la esposa, le indujeron á que hiciera lo mismo con el hijo:

Que mientras poseyó un real de la herencia del padre, no cesaron de aconsejarle y de inducirle á que frecuentase las casas de juego, y que gastase en banquetes, viajes de placer y otras cosas peores;

Que consumida ó malversada por entero la fortuna paterna, le hicieron contraer varias deudas, pretextando los falsos amigos que todo se pagaria al morir el padre de la esposa, que no podia vivir mucho tiempo, atendido el mal estado de salud:

Que entonces pasó una época la mas azarosa para evadirse de los acreedores que le perseguian, le insultaban y le amenazaban en todas partes; que en medio de esta crítica situacion llegó á su noticia la muerte del padre de Mercedes:

Que se trasladó desde luego al lado de ella, para apoderarse á todo trance de la herencia, bien fuese por engaño, bien á la fuerza; que habiendo logrado con su fingido amor engañar á la esposa, se apoderó primero del capital hallado en la casa del padre que ascendió á unos cien mil pesos fuertes:

Que separándose de la compañia de la madre y del hijo bajo falsos pretextos, se llevó cerca la mitad de dicho capital á fin de pagar las muchas deudas que no le dejaban descansar en ninguna parte:

Que pagadas las deudas y malversado en poco tiempo el dinero que le quedaba, volvió otra vez al lado de la esposa, para disponer del restante capital y para obtener de Mercedes, á la fuerza ó por engaño, una venta de todas las haciendas, bajo el fingido pretexto de una permuta:

Que dueño de todo el capital y del precio de las haciendas enajenadas á bajos precios, se entregó otra vez á los mismos vicios, goces y placeres materiales, impulsado y acompañado siempre por los falsos amigos, mientras tuvo un peso que gastar:

Que malversada esta segunda herencia, sus falsos amigos se entregaron á toda clase de excesos y de estafas y hasta al robo; que repugnándole ó no teniendo valor para seguirles en tan mal

camino, le abandonaban en cualquiera poblacion, entregándole alguna cantidad, cuando se hallaban en posibilidad de hacerlo:

Que muchas veces se vió en el caso de servir de criado al primero que lo necesitaba; que entonces le ocurrió distintas veces el pensamiento de reunirse con la familia, pero siempre lo rechazó aconsejado por la vergüenza y por el orgullo:

Que al fin, viéndose sus antiguos compañeros perseguidos por distintos tribunales de América, y teniendo mucho dinero, procedente, segun decian, del juego; determinaron trasladarse á Europa, y le invitaron á que les siguiera, manifestándole que tenian intencion de poner casa de comercio:

Que al cabo de poco tiempo de haber llegado á Europa, se vió detenido por la policía, estando comiendo con ellos, sin saber ni poder atinar el motivo de la detencion, porque sus compañeros, teniéndole por un cobarde, no se valian de él ni le dejaban saber cosa alguna:

Que por este motivo, en la causa formada contra los ocho no pudo acreditarse que él hubiese tenido parte alguna directa ni indirecta en la estafa de unos sesenta mil francos que, segun lo visto, fué la que dió lugar á la prision de todos:

Que podia asegurar con la mano puesta sobre un Crucifijo que ni en Europa ni en América habia tenido parte alguna directa ni indirecta en los excesos ó delitos cometidos por los falsos amigos; que lo único que habia hecho, habia sido aceptar el poco dinero que le dieron suponiendo que era procedente del juego, guardarles la ropa y á veces recoger su correspondencia:

Que las faltas y excesos graves é incalificables por él cometidos consistian en el criminal abandono y desprecio de la esposa y del hijo, en la malversacion de la pingüe herencia paterna, en la infame ficcion de la permuta y en la imperdonable malversacion de los bienes y capitales de la esposa y del hijo.

Al llegar aquí prorumpió en el mas amargo llanto, sin poderlo contener, por mas que el hijo le advirtiera que iba á comprometerle: fué preciso que el hijo, para evitarlo, se saliera á toda prisa del calabozo.

Al cabo de algun tiempo, cuando creyó que su padre se habria desahogado, volvió á verle, y en pocas pero tiernas y enér-

gicas palabras, le suplicó que no comprometiera su situacion, que las faltas que tanta pena le daban, eran las cometidas contra él y su madre, que ambos le habian perdonado de todo corazon y que Dios le habia perdonado tambien; que se sosegase para hablar en adelante con mas calma.

7.

Jesus María oyó decir al Capitan que al llegar á Cádiz, el preso Ramon Andrés debia ser trasladado á un buque de guerra para conducirle á Cuba y hacer entrega de él al Capitan General de aquellas islas.

Este descubrimiento le contristó sobre manera en los primeros momentos; pero, elevando el pensamiento á Dios, le ocurrió lo que haria al verificarse dicha traslacion.

Viendo que seria poco menos que imposible embarcarse en el mismo buque, sin perjuicio de practicar las diligencias necesarias para lograrlo, trató de prevenir á su padre, de ponerse de acuerdo con él, y de asegurarle que no le abandonaria jamás.

Ante todas cosas averiguó si el padre habia estado en la isla de Cuba junto con los falsos amigos y si sabia que estos hubiesen cometido en ella algun exceso; al oir que realmente habian estado, pero que ignoraba que hubiesen cometido algun exceso, le manifestó que probablemente seria conducido á dicha isla, ocltnáudole por el momento el que fuese trasladado á un buque de guerra.

Así que estuvieron á la vista de Cádiz, le aseguró que realmente seria conducido á la isla de Cuba, que él haria cuanto pudiera para embarcarse en el mismo buque, que para el caso de no poderlo alcanzar, ó que alcanzándolo, no pudiese cuidar de él, estuviese seguro que llegaria antes ó al mismo tiempo que él:

Que confiase en Dios y en la Vírgen, que no cesase de implorar su ayuda y de ponerse bajo su amparo y proteccion, que él haria otro tanto, y que no dudase que al fin serian escuchados sus ruegos, que seria reconocida su inocencia y que quedaria enteramente libre de unirse con él para no separarse jamás.

Habiendo el buque fondeado en las aguas de Cádiz, bajó Jesus al calabozo, abrazó al padre, le alentó cuanto pudo, pensando que acaso seria la última entrevista hasta llegar á Cuba: le dejó algunas provisiones y le inculcó de nuevo que confiase en Dios y en María y que estuviese seguro de que no le faltaria su ayuda.

A las pocas horas de haber fondeado el buque, dos agentes de la Autoridad pasaron á hacerse cargo de Ramon Andrés y lo condujeron á la cárcel pública, sin que se apercibiera el hijo por estar ocupado en el camarote del Capitan.

Aprovechando los momentos, corrió al sollado para abrazar por última vez á su padre y para alentarle de nuevo; pero vió con gran sorpresa y con el mas vivo pesar que el calabozo estaba vacío, y supo luego que el preso habia sido conducido á la cárcel pública.

Jesus María, fué al momento á despedirse del Capitan, y de todos los demás de la tripulacion y abandonó sin pérdida de tiempo la nave, para practicar las diligencias necesarias, dirigidas á ver y á hablar con su padre, si era posible, y á investigar cual era el buque de guerra encargado de la conduccion del preso.

Diez dias, que para Julian y su hijo fueron diez años, estuvo el primero detenido é incomunicado en la cárcel, no pudiendo el hijo lograr otra cosa que averiguar el nombre de la nave de la Real Armada que debia encargarse del preso, y la imposibilidad de embarcarse en la misma.

Desde luego practicó las mas activas diligencias para embarcarse, bajo cualquier concepto en el primer buque mercante que saliera para la isla de Cuba, á fin de llegar al mismo tiempo ó antes que su padre.

Con los buenos informes que de él dieron el Capitan y el sobrestante, y sobre todo con la ayuda de Dios, debidamente implorada, logró embarcarse como criado de una familia numerosa pero muy acomodada que regresaba á aquella isla.

Fácil es adivinar lo mucho que debieron sufrir así el padre como el hijo durante la travesía y hasta que pudieron volver á verse.

Felizmente el viaje no fué de larga duracion: el hijo llegó á la Habana dias antes que el padre, pudiendo de este modo anticiparse en averiguar algo de la naturaleza de la causa formada contra el mismo.

La familia á la que sirvió de criado durante la navegacion de Cadiz á Cuba, quedó tan contenta y tan satisfecha de la actividad y de la lealtad de Jesus María que le ofreció un salario doble, si queria continuar sirviéndoles.

Jesus María aceptó, pero con la condicion precisa de que se le habia de conceder el tiempo necesario para hacer cuanto conviniera por un desgraciado, que habia conocido y cuidado en la travesía del Havre de Gracia á Cádiz, y que debia llegar de un momento á otro para ser juzgado por aquellos tribunales, ignorando qué clase de delito ó crímen se le imputaba.

El amo, que era hombre de corazon, no solo le prometió concederle el tiempo necesario para trabajar é interesarse por aquel desgraciado, sino que le envió al letrado consultor de la casa para que este se encargase de la defensa del supuesto reo, valiéndose del procurador de la misma y anotando por cuenta de ella los honorarios y demás gastos.

Jesus María dando repetidas gracias al amo, le manifestó que era tanto el interés que tenia por aquel preso, y tanto lo que agradecia aquel rasgo de generosidad y de humanidad, que ofrecia continuar prestándoles sus servicios por la mitad del salario, mientras permaneciese en la Habana.

8.

Pasó Jesus María á avistarse con el letrado, le enteró de cuanto convenia relativamente á Ramon Andrés, y de la manera como él lo habia conocido en la travesía desde el Havre á Cádiz.

En pocos dias supo el letrado defensor, y así lo comunicó á

Jesus María, que por una cuadrilla de foragidos se habian robado cuantiosos capitales y cometido tres asesinatos alevosos y horribles en una casa de comercio, y que se habia procedido contra Ramon Andrés y pedídose la extradicion por creerle cómplice en los expresados crímenes, formando parte de la cuadrilla.

Jesus María contestó que creia y hasta se atrevia á asegurar que Ramon Andrés era incapaz de cometer ni de tomar la mas mínima parte en la perpetracion de tan grandes crímenes, atendido el carácter dulce, sensible y amable que habia descubierto en él, durante aquella navegacion; las muchas lágrimas que le habia visto derramar, y las repetidas afirmaciones de no poder atinar porqué se le perseguia, y porqué se le trataba con tanto rigor.

Grande fué el interés que tomó el letrado defensor por Ramon Andrés; convencido de que este no habia estado en paraje donde se hubiese perpetrado algun crímen, ni pertenecido á cuadrilla alguna de malhechores, instó vivamente y consiguió, luego que Ramon Andrés estuvo en poder del tribunal, el que fuese reconocido por los dependientes de la casa robada.

Todos los dependientes el uno despues del otro, vieron á Ramon Andrés formando lo que se llama rueda de presos; lo vieron especialmente y con mucha detencion los dos criados que habian dado las mas detalladas señas de la fisonomía y del traje de los criminales, y ninguno designó á Ramon Andrés como formando parte de la cuadrilla;

Antes al contrario; los dos criados declararon que creian y que casi podian asegurar que Ramon Andrés no estaba entre los asesinos y ladrones.

Estas declaraciones y el resultado satisfactorio de las varias que prestó el procesado fueron mas que suficientes para que el defensor convenciese plenamente al tribunal acerca de la inocencia de Ramon Andrés, y para que este fuera puesto en libertad, pareciéndole un sueño todo lo que acababa de pasar.

Porque apenas llegó á la cárcel, aunque estuvo incomunicado, fué sin embargo tratado con toda consideracion y nada le faltó; porque luego de ponérsele en comunicacion se le presentaron, sin haberlas llamado ni conocerlas dos personas que di-

jeron ser los encargados de su defensa, y que nada le exigirian por sus trabajos, asegurándole que no tardaria en alcanzar la libertad.

Y porque fué muy grande el interés que se tomaron por él, no menos que las consideraciones que le guardaron, durante el tiempo que permaneció en la cárcel.

No pudo creer, como lo habia pensado en los primeros momentos, que aquello fuese obra de su hijo, porque no le habia visto ni sabido cosa alguna de él desde que se le separó del buque, y porque tenia por imposible que no se hubiese dejado ver si hubiese estado en la Ciudad, ó que á lo menos no se hubiese valido de los defensores para comunicarle algo.

No debiendo atribuir á su hijo cosa alguna de cuantas le acontecieron desde que entró en la cárcel hasta que se declaró su inocencia, lo consideró todo como una gracia especial que Dios le hizo por haber seguido los buenos consejos de aquel, é implorado incesantemente la ayuda de Dios y el amparo de María.

Así que iba á salir de la cárcel recibió aviso, para que pasase á la casa N. donde hallaria á sus defensores que deseaban abrazarle y despedirse de él.

Parece natural que su corazon rebosara de alegría y de contento al verse libre, pero no fué así; porque le atormentó continuamente el pensamiento relativo al paradero del hijo, mayormente recordando el amor que le profesaba y las promesas que le habia hecho.

En tanto le preocupaba y atormentaba este pensamiento, que habia resuelto regresar á Europa y hacer cualquier sacrificio, hasta haber averiguado el paradero de Jesus María y reunirse con él donde quiera que le encontrase.

Estos pensamientos se reprodujeron con mayor viveza en el espíritu de Ramon Andrés, mientras se dirigia al encuentro de sus defensores; de manera, que pensaba pedirles con todo el interés imaginable, que le facilitasen los medios para volver á Cádiz con el espresado objeto.

¡Cuál seria su sorpresa cuando rodeado de los defensores y de otras varias personas vió á Jesus María que sin darle tiempo para desplegar los labios corrió á abrazarle, diciéndole en voz baja:—«¡Silencio, déjame hablar!»

Despues de haberse abrazado y derramado las mas dulces lágrimas de cariño y de ternura, capaces por sí solas, sin otro dato, de descubrir los estrechos vínculos que les unian, Jesus María exclamó:

—«¡Gracias, Dios mio, por haber al fin podido abrazar á este buen hombre, y sobre todo por verle enteramente libre!

»Me movisteis á compasion desde el primer dia que os ví: prometí no abandonaros y creo haberlo cumplido.

»No siendo posible el embarcarme en el mismo buque que os condujo, lo hice en otro como criado de la noble y generosa familia que nos rodea, la que me dispensó el inestimable favor de dirigirme á estos dos señores para que se encargaran de vuestra defensa.

»Estos mismos me prohibieron el veros, porque nuestra entrevista podia retardar el término de la causa, mayormente si llegase á descubrirse lo que hice por vos desde el Havre á Cádiz, ó que os habia seguido hasta esta Ciudad: tal ha sido el motivo de no dejarme ver ni una sola vez en la cárcel con harto sentimiento y pesar de mi corazon.

»Demos pues gracias á todos estos buenos, nobles y generosos señores, á mis amos que me procuraron el conocimiento de los defensores, y á los defensores por el extraordinario celo que han tomado en el triunfo de vuestra inocencia.»

A no haber Jesus María prevenido al padre, era mas que probable que al verse libre, y en presencia de su hijo, y presumiendo que todo se lo debia á él, no descubriera los vínculos que les unian, impulsado por el agradecimiento y por el amor, lo que deseaba aquel evitar para que, al volver el padre á tomar el nombre de Julian, lo tomara sin mancha alguna, ni sombra de ella.

Padre é hijo se echaron á los piés de sus bienhechores, besaron sus manos y les dieron repetidas gracias por el bien inmenso que les habian hecho: Jesus María dejó admirados y sorprendidos á todos en vista de tan noble y generoso comportamiento.

6.

Tan pronto como el padre y el hijo se vieron solos, se echaron el uno en brazos del otro, derramaron otra vez las mas dulces lágrimas de ternura y de cariño, sin poder ni el uno ni el otro articular palabra alguna, hasta que pasados los primeros momentos de aquella grande expansion, el padre con voz sumamente conmovida dijo:

—«¡Hijo de mis entrañas! ¡hijo incomparable! te suplico por Dios y por María que no me abandones un instante para que pueda exhalar el último suspiro en tus brazos: las grandes penas y trabajos que he pasado y sobre todo la fuerte emocion que me ha causado la última sorpresa, la mas agradable de mi vida, no sé lo que en mí ha producido, que el corazon ó una voz interior me dicen que mi existencia toca á su término.

»No temo la muerte como antes..... Dios me ha hecho la gracia de ver á un hijo que abandoné y que reduje á la miseria..... que me perdona y que ha hecho lo que apenas seria creible del mejor de los hijos para el mejor de los padres..... moriré, rogando á Dios y á María que te bendigan, como te bendice tu padre y. . . . . .»

No pudo concluir la frase ni articular otra palabra mas, y cambiando repentinamente de color se dejó caer en los brazos de su hijo: este al ver la figura casi cadavérica de su padre, se sobresaltó de tal manera que ni aliento tuvo para llamar, ni fuerzas para mantenerse en pié, viniendo ambos al suelo estrechamente abrazados el uno con el otro.

Al cabo de un largo rato el hijo volvió en sí para ver y contemplar en sus brazos la figura verdaderamente cadavérica de su padre: sin soltarle, esforzó cuanto pudo la voz en demanda de auxilio.

Uno tras otro comparecieron todos los de la familia, y al ver

aquella triste y desgarradora escena, mientras los unos trataban de separar el hijo de aquel aposento y otros iban en busca de facultativo, los demás, cayendo de rodillas, rogaban por el padre de Jesus María.

Inútiles fueron todos los esfuerzos empleados para separar al hijo del lado de su padre, hasta que oyó de boca del facultativo, que era por demás cuanto se hiciera por aquel hombre que lo consideraba y no dudaba que era ya cadáver.

Entonces el hijo se arrodilló á su lado, hizo una breve pero fervorosa súplica, besó por última vez el rostro del que fué su padre y elevando los ojos al Cielo exclamó:—«¡El Señor te tenga en su santa morada y quiera Dios que el hijo haya cumplido con sus deberes!» y salió de aquella estancia para no entrar mas en ella.

Dada sepultura al cadáver de Julian, Jesus María descubrió á sus amos, que el que habia espirado en sus brazos era el autor de los dias; que ahora quedaba en completa libertad de ofrecerles, como les ofrecia, sus servicios, durante su vida.

Sin embargo; fué muy corto el tiempo que continuó sirviéndoles, porque habiendo pedido permiso para ir al Brasil á fin de vender la casa que allí poseia, y distribuir á los pobres el precio, despues de pagados los gastos de ida y vuelta, no regresó: Dios no quiso dejar sin recompensa aun en este mundo visible, el amor filial.

Estando para vender la casa, se le presentó una señora, pidiéndole una breve conferencia: Jesus María accedió al momento; llevóla á su pequeño despacho y la invitó á que se explicara.

Esta buena señora breve y sencillamente, sin rodeos ni ambajes, le dijo, que entre los bienes heredados de su padre habia cuatro hermosas haciendas en el territorio de N., las cuales habian sido vendidas por menos de la mitad de su justo valor.

Que sus principios, sus sentimientos religiosos y el respeto á la memoria de su difunto padre la precisaban á cumplir lo que este habia pensando hacer y no pudo ejecutarlo, que era enmendar el perjuicio, devolviendo al heredero de Mercedes dos de las cuatro haciendas que habian pertenecido á su abuelo; por-

que solo con esta; devolucion poseeria y disfrutaria tranquilamente y sin remordimientos de las dos restantes.

Jesus María despues de una breve meditacion contestó: —«Dios es justo, bueno y sabio: Dios lo dispone así; cúmplase su voluntad.»

A los cuatro dias de celebrada esta breve conferencia la buena señora y Jesus María llegaron á la poblacion donde murió el padre de Mercedes, y Jesus María tomó posesion de dos hermosas haciendas.

Instálose en la misma casa donde murió el abuelo materno, no vendió la otra casa, como tenia resuelto, para distribuir el precio entre los pobres, pero destinó para ellos la mitad del producto de todo lo que poseia.

Escribió á sus amos en Cuba, explicándoles todo lo acaecido y la resolucion que acababa de tomar de establecer una casa de beneficencia ó asilo de pobres que él deseaba dirigir en persona con el objeto de mantener, educar é instruir el número mayor posible de niños necesitados.

Véase como Dios recompensa ya en la tierra el amor filial, hasta que llegue el caso de recompensarlo de una manera incomparablemente mayor en el mundo espiritual y eterno; y véase como Dios premia con usura nuestras buenas obras y especialmente el amor de los hijos á sus padres.

LA PLEGARIA,

ó

JOAQUIN EL AFORTUNADO.

1.

A principios de este siglo vivia en Nueva-Orleans, capital de la Luisiana en los Estados Unidos, una familia cuyo jefe, dedicándose al comercio, atesoró una fortuna mas que regular, en términos que siendo padre de cinco hijos dejó á cada uno de ellos doscientos cincuenta mil dollars equivalentes á cerca medio millon de escudos.

Poco tiempo antes de morir y estando solo en su gabinete llamó á los cinco hijos Miguel, Tomás, Remigio, Samuel y Joaquin y una vez reunidos, les dijo:

—«Voy á revelaros, hijos mios, un secreto y á daros un consejo: espero que no olvidareis el primero y que, suceda lo que sucediere, seguireis el segundo.

»Soy poseedor de una fortuna regular, mayor de la que el vulgo cree: basta que os diga que cada uno de vosotros podrá contar con medio millon de escudos.

»Para aumentar ó conservar por lo menos el capital que os dejo, debeis saber como yo lo adquirí, para que, siguiendo igual camino, halleis lo que halló vuestro padre, y algo mas, si conviene.

»Quedé huérfano de padres á la edad de diez y ocho años, sin poseer ni heredar bienes algunos de fortuna, y me fué pre-

ciso procurarme oficio, carrera ó medio con que subsistir: me coloqué primero de dependiente en una tienda, y mas adelante en el escritorio de un comerciante.

»Esto dió lugar á que me dedicase á la carrera del comercio, del mismo modo que me habria dedicado á otra cualquiera, porque todas pueden dar provecho, empleando nuestra actividad y haciendo lo que yo hice.

»Con el salario que ganaba y con mis economías llegué á reunir mil dollars: con estos empecé mis operaciones de comercio: con estos, con mi actividad y otra cosa llegué en menos de tres años á quintuplicar mi capital.

»Con este, con mi actividad y sobre todo con la otra cosa, en menos de diez años me ví poseedor de una suma algo respetable, que no bajaba de cincuenta mil dollars.

»Seguí de la misma manera, y al través de todo género de obstáculos y contrariedades y de algunos reveses, he llegado al fin á reunir la fortuna que, repartida entre los cinco, cada uno podrá contar con el capital que ya os he dicho.

»Me preguntareis ó desearéis saber ¿cuál es la otra cosa que además del capital y de la actividad empleé en todas ocasiones? Esta otra cosa, hijos mios, es la mas natural, la mas sencilla, la menos costosa; está en manos de todos y es la principal para salir bien en nuestras empresas.

»Sabeis, segun os lo he manifestado varias veces, que no soy de aquellos que se figuran ó creen que el hombre viene ó sale en este mundo como los hongos en el bosque, ó que viene sin saber jamás ni el cómo, ni la semilla de que procede, y que desaparece sin dejar rastro alguno de su pasada existencia:

»Que tampoco soy de aquellos que creen deber su existencia á una primera causa, á un Ser Supremo ó á Dios que nos crea ó nos saca de la nada, y luego nos abandona á nuestra suerte, sin ocuparse de nosotros, dejando que vegetemos segun las leyes ó reglas por Él establecidas.

»Sabeis por el contrario que pienso, creo y estoy convencido, segun os lo he manifestado repetidas veces, porque deseo que se arraigue en vuestro espíritu, que no solo debemos nuestra existencia á Dios, que nos creó sacándonos de la nada, sino

que Él es el que nos conserva, que jamás nos pierde de vista y que se ocupa incesantemente de nosotros:

»Que en tanto se ocupa de nosotros, como que tiene contados nuestros cabellos y no nace ni cae uno solo de ellos sin su voluntad omnipotente, del mismo modo que no cae ni se mueve una sola hoja del árbol sin su voluntad;

»Porque si así no fuere, este globo de la tierra que marcha y funciona con tanta regularidad, con tanta exactitud y precision y con tanta armonía por espacio de siglos ó miles de años, vendria con el tiempo á perderse en el caos y en la confusion, al igual que los miles de millones de astros que lucen y giran por los espacios con la misma regularidad, precision y armonía.

»Sabeis tambien, porque os lo he dicho varias veces y os lo repito acaso por la última, que pienso y creo que todo depende de la voluntad omnipotente, buena, justa y sabia del Criador;

»Que nuestra salud, nuestro talento, nuestra actividad, nuestra riqueza, y en una palabra, todo cuanto acontece en nosotros y fuera de nosotros, sin la mas mínima excepcion, depende de la voluntad todopoderosa del Criador.

»Estas creencias que en mí son otras tantas convicciones, deben revelaros cuál sea la otra cosa que he empleado, además del capital y de la actividad para llegar á reunir la fortuna que os he manifestado.

»Fácil es adivinar que esta otra cosa sencilla, natural, la mas importante y que nada cuesta, es la **plegaria** de la que os he hablado en otras ocasiones, presentándoosla como otra de las llaves maestras para alcanzar lo que apetecemos.

»Sí, hijos mios: á la **plegaria** mas que á mi actividad y á mi pequeño capital creo deber mi riqueza, mi buena salud y la de todos vosotros.

»Debeis saber que desde muy jóven, siguiendo el consejo de mis padres, me dirigia á Dios para que me diera salud y trabajo para vivir, si me convenia.

»Desde que empecé á dedicarme al comercio, no he hecho ni proyectado operacion ni empresa alguna, sin pedir antes á Dios una, dos, tres y mas veces que me diera acierto en la ope-

racion que emprendia en su nombre y para mayor honra y gloria suya.

»Aunque sufrí no pocas contrariedades, que tuve que superar varios obstáculos y que experimenté algunos reveses á causa de la mala fé de los hombres; puedo asegurar que todas las operaciones ó empresas que proyecté, ó no se realizaron, ó las realicé con mas ó menos utilidad ó provecho y ninguna con pérdida.»

2.

Al cabo de poco tiempo murió el padre y murió como muere el justo, con la mayor tranquilidad de espíritu, rodeado de todos sus hijos, dándoles su bendicion, implorando á su favor la de nuestros Padres Celestiales, y poniéndoles bajo el amparo y proteccion de la bondadosa y cariñosa María.

Despues de haberle tributado sus hijos todos los honores fúnebres, procedieron al reconocimiento, inventario y sucesiva reparticion de cuanto formaba la hereneia paterna, y realmente correspondió aproximadamente á cada uno de ellos, medio millon de escudos, ó sea doscientos cincuenta mil dollars.

De los cinco hermanos, los cuatro mayores se establecieron en la misma ciudad de Nueva-Orleans; solo Joaquin abandonó aquella capital, y fijó su domicilio en otra de las poblaciones subalternas del mismo estado de la Luisiana, sin dejar de dirigir préviamente sus plegarias al Todopoderoso.

En los primeros años se veian los cinco hermanos con alguna frecuencia; pero al cabo de tres, los dos mayores Miguel y Tomás que estaban asociados tuvieron que abandonar la capital, porque así lo exigia la considerable disminucion de sus intereses.

Poco tiempo despues hicieron lo mismo por iguales motivos los otros dos Remigio y Samuel; mientras que Joaquin, con

motivo de ensancharse cada dia mas sus relaciones, se trasladó á Nueva-Orleans.

Desde entonces quedaron, si no del todo interrumpidas, bastante raras las ocasiones para verse y hablarse; sin embargo, los cuatro hermanos parecian tener algun interés en averiguar cada uno los progresos y la situacion de los demás.

Tales averiguaciones daban siempre por resultado que el hermano menor, Joaquin, era el único que prosperaba, no pudiendo darse razon los otros cuatro de los progresos de éste, que algunos de ellos ponian en duda, por considerarle de menor capacidad y de menos experiencia.

No habian pasado doce años desde la muerte del padre, cuando los cinco hermanos estaban separados y á largas distancias los unos de los otros.

Los cuatro mayores perdieron, unos mas pronto que otros, el capital heredado de su padre, pasando del estado de opulencia al de la mayor indigencia.

Al llegar á esta triste situacion, parece que, avergonzados de ella, procuraron ocultársela los unos á los otros, á cuyo fin se alejaron mas y tuvieron un cuidado particular en que fuese enteramente ignorado el lugar de su residencia.

La situacion de estos cuatro hermanos, ricos al morir el padre, fué tan desgraciada, que Miguel, ó el mayor, no tuvo otro arbitrio, para no morir de hambre que colocarse de mozo de almacen.

Tomás logró que un antiguo compañero de su padre le hiciera colocar de ayudante de maestro con el corto salario de medio dollar al dia; teniendo que mantener con esta suma á una numerosa familia.

Los otros dos, Remigio y Samuel, fueron aun mas desgraciados: el primero falto de salud se vió precisado á pedir limosna en la puerta de la iglesia y el otro casi ciego tuvo que encerrarse en una casa de Beneficencia.

Ninguno de ellos tenia el menor conocimiento de la triste situacion de los demás, ni el uno sabia cuál era el domicilio del otro.

3.

La fortuna de Joaquin fué desde la muerte del padre, mejorando cada dia y de la manera mas notable: antes de instalarse en Nueva-Orleans, habia aumentado en mas de una quinta parte su capital.

Una vez establecido en dicha ciudad tuvo este un incremento tan extraordinario, que su casa, en menos de diez años, fué reputada por otra de las mas respetables de la Luisiana.

Se le suponia á Joaquin un millon de dollars, y en realidad no solo reunia esta considerable suma, sino algo mas.

Con este hermoso capital bien saneado podia mejorar fácilmente la triste situacion de sus hermanos, y lo hubiera hecho porque tenia buen corazon y los estimaba; pero á pesar de las diligencias que practicó no pudo descubrir su paradero.

Parecia increible que Joaquin con menos edad, menos práctico en los negocios y hasta menos inteligencia, hubiese prosperado de una manera tan extraordinaria, mientras que los demás hermanos en mejores condiciones, habian llegado al tristísimo estado en que se hallaban.

Los pocos que, conociendo á fondo á aquella familia, tenian alguna noticia de la completa ruina de los cuatro hermanos mayores y estaban observando la opulencia de Joaquin, no sabian cómo darse razon de la causa.

En semejante estado de cosas, á Joaquin se le habló y hasta se le brindó con el casamiento de la rica y hermosa huérfana María del Rosario, hija y heredera de uno de los primeros capitalistas de la Luisiana, la que acababa de entrar en la mayor edad y salir por lo mismo del poder de sus curadores.

Joaquin pareció recibir y mirar con frialdad semejante proyecto que triplicaba su fortuna: esta frialdad aparente hizo presumir en los primeros momentos que Joaquin tenia una fortuna mucho mayor ó que ignoraba la de Rosario.

Mas adelante, así que la indiferencia y la frialdad fué conocida del público, se habló mucho de ella y se comentó de mil maneras, sin que nadie atinase con la verdadera causa, porque nadie conocia á fondo á Joaquin.

Unos decian que éste debia tener comprometida su palabra, otros aseguraban que Rosario no consentia en semejante enlace, y no faltaba quien lo atribuia todo á las intrigas de los excuradores.

Mientras que en todas partes se hablaba de este proyectado, pero frustrado enlace, Joaquin recibió un billete firmado por una persona para él desconocida en el que se le pedia con premura y con grande interés una entrevista de noche, ya fuese en casa del mismo ó en la que se le indicaba, ó donde á él mejor le pareciese.

Joaquin, que no sabia negar lo que se le pedia con algun interés, despues de haber reflexionado unos momentos, accedió á la entrevista y propuso las nueve de la noche de aquel mismo dia, delante el Palacio de Justicia.

Al dar las nueve, Joaquin se apeó del coche frente la Catedral, mientras que á unos cincuenta pasos de distancia ó delante el Palacio de Justicia se detenia otro coche y se apeaba una mujer de modesto traje, con el rostro cubierto y con una cartera en la mano.

Joaquin se acercó á ella, y despues de haber cambiado un saludo y algunas cortesías y pronunciado unas pocas palabras, se dirigieron hácia el café-restaurant mas cercano al Palacio de Justicia.

Habiendo entrado en aquel establecimiento público, penetraron en un reducido aposento; tomaron asiento, pidieron un te con leche y que se les dejara solos allí; y así se ejecutó.

—«Señorita, dijo Joaquin, cuando os plazca podrais explicar el objeto de esta entrevista.»

—«El objeto no es otro que el poner término, si es posible, á las conversaciones y á los comentarios á que da lugar vuestra negativa indirecta ó vuestra fria indiferencia al proyectado enlace con la rica huérfana: vuestra conducta perjudica la buena

reputacion de esta jóven: siendo yo su amiga íntima desearia saber si vuestro corazon está libre.....¿me comprendeis?»

—«Con la misma franqueza que me hablais os diré que realmente no está libre, que amo á una persona por simples informes de verdaderos amigos, pero no puedo declarar este amor.»

—«Así lo han presumido algunos, pero otros han interpretado de distinto modo vuestra indiferencia: si retardais en tomar una resolucion ó en hacer públicos vuestros amores secretos, perjudicaréis á mi amiga Rosario, cuya reputacion se resiente de las habladurías indiscretas y atrevidas de los hombres.»

Levantando en seguida el tupido velo que cubria su rostro, descubrió Joaquin la figura mas bella que hubiese visto en su vida: acto continuo la desconocida puso una cartera de terciopelo encarnado en manos de Joaquin, suplicándole que le hiciera el favor de abrirla y de enterarse de lo que contenia.

Joaquin, que no sabia apartar la vista de aquella hermosa figura, obedeció maquinalmente, y tomó la cartera sin perder de vista á la que se la entregaba.

—«Parece, dijo la desconocida, que no me habeis comprendido: os suplico que abrais la cartera y deis una ojeada sobre el contenido de la misma.»

—«Creo haberos comprendido, pero.....» y sin concluir la frase, abrió la cartera, vió billetes de banco por muchos miles de dollars, y sin fijar la atencion en el número y su cuantía, la cerró y devolviéndosela á su dueña le dijo:

—«¿Podreis decirme, señorita, con qué objeto habeis puesto la cartera en mis manos?»

—«Queria con esto y con levantar el velo daros una idea de que si no soy mas rica que Rosario, tal vez la iguale, y que si no soy tan hermosa como la suponen á ella, acaso con exajeracion, tampoco soy de las mas feas, para que en vista de todo pudiéramos hablar con franqueza.

»Vos habeis dicho que no está libre vuestro corazon, ó que amais y que no podeis manifestar vuestro amor.»

—«Es cierto, y si así no fuere, vuestra bella é interesante figura hubiera bastado para cautivarme sin la mas mínima necesidad de tener idea alguna de vuestros intereses.»

—«Si es verdad, como no lo dudo, que amais á otra persona, podemos dar por terminadas nuestras cortas relaciones y poner fin á la entrevista; pero no me separaré sin suplicaros encarecidamente que hagais cuanto de vos dependa, para evitar lo mas pronto posible las habladurías que perjudican la reputacion de mi amiga Rosario: si yo puedo seros útil en algo, contad con mi buena voluntad.»

—«No quiero perjudicar la reputacion de nadie y mucho menos la de la señorita Rosario, Dios lo sabe y Dios me libre de ello: supuesto que nadie nos oye y que no dudo guardareis el secreto, voy á revelaros el motivo único que retarda la declaracion de mis amores:

»Tengo cuatro hermanos que, pudiendo poseer una fortuna igual á la mia, porque nuestro padre dejó un respetable capital que se repartió con entera igualdad entre los cinco, lo han perdido (segun he sabido hace poco tiempo) todo y están sumidos en la miseria; y lo mas sensible es, que no se me ha manifestado, ni puedo saber su paradero para aliviarles en su infortunio.

»Este es el verdadero y único motivo que me tiene apesadumbrado y que me impide el tomar una resolucion acerca la revelacion de mi amor y el futuro enlace.

»¿Cómo quereis que pueda consentir que en las calles, en los cafés, en los teatros y hasta en los periódicos que se ocupan de todo, menos de lo mas importante, y que penetran hasta la choza del bracero, se hable y se comente mi enlace con la bella y rica huérfana, y que luego se describa la suntuosidad de la fiesta, mientras mis pobres hermanos viven en la indigencia?

»¿No seria esto insultar á la miseria y añadir afliccion al afligido? ¿Cómo podria yo gozarme en la celebracion de un enlace, que en realidad me haria feliz, no pudiendo apartar de mi espíritu la idea de la miseria de mis hermanos y sus padecimientos?»

—«¿Luego vos amais á la rica, no sé si bella, huérfana Rosario, amiga mia, y rehusais darle la mano por el mal efecto que esto produciria en el ánimo de vuestros pobres hermanos, y porque vuestro hermoso y tierno corazon no os permite alegraros,

cuando sabeis que estos sufren? ¿Luego vos amais á Rosario sin haberla visto?»

—«No he hablado con ella ni la he visto, y la amo; no por sus riquezas, que (á Dios gracias) no las necesito, sino por sus bellas cualidades físicas y especialmente por las morales que me han referido mis mejores amigos; y porque creo que es la esposa que me convendria y que me haria dichoso.»

—«No podeis figuraros, dijo la desconocida, el placer que me habeis causado con estas revelaciones, porque amo á Rosario como á mí misma; pedí la entrevista á fin de cortar los cuchicheos que perjudicaban su reputacion: habeis sido franco conmigo, yo espero corresponder á vuestra franqueza.

»Os he ofrecido mis servicios y que contaseis en todo con mi buena voluntad; tengo relaciones en los puntos mas importantes de la Luisiana y de los demás estados de la Union, y tampoco me faltan fuera de la Union Norte-Americana.

»Yo pondré en juego todas las mias, vos hareis lo propio con las vuestras: procuraremos hacerlo de la manera mas delicada que se pueda, para no lastimar la delicadeza de vuestros hermanos: una vez descubierto el paradero de ellos, cosa que no miro difícil, yo me arreglaré para que estén á vuestro lado ó en el mio el dia de la celebracion de vuestro enlace con Rosario.»

—«Acepto vuestro ofrecimiento; os doy las gracias desde el fondo de mi corazon; os suplico que todo quede reservado entre nosotros, y espero que sondeareis el ánimo de vuestra amiga Rosario y la tranquilizareis al mismo tiempo.»

Joaquin escribió con lápiz varias notas que puso en manos de la desconocida para facilitar el descubrimiento del paradero de los cuatro hermanos.

4.

Al salir Joaquin y la desconocida del café-restaurant, cada uno fué en busca de su carruaje, desapareciendo inmediatamente el de ésta sin haber Joaquin advertido la direccion que tomó.

La desconocida redactó aquella misma noche la minuta de una carta-circular muy sencilla, reducida á decir á los corresponsales de su casa que hicieran insertar en todos los periódicos el siguiente anuncio:

«Los Sres. Miguel, Tomás, Remigio y Samuel N. hermanos, juntos ó cada uno de por sí y por medio de la misma redaccion de este periódico, se servirán dar conocimiento de su paradero á fin de poder percibir á la mayor brevedad posible parte de la herencia de un amigo.»

Por el correo interior remitió copia de este anuncio á Joaquin para que emplease igual medio, si no le ocurria otro mas acertado.

En menos de quince dias todos los periódicos que se publicaban en los Estados de la Union habian insertado tres dias consecutivos el expresado anuncio que, pocos dias despues, fué publicado en los diarios mas importantes de las demás repúblicas del continente americano.

Luego apareció otro ofreciendo cincuenta dollars, (cerca de cien escudos) á la persona que manifestase el paradero de cada uno de los cuatro hermanos.

Estos anuncios, repetidos varias veces, dieron al fin el resultado apetecido.

La desconocida tuvo avisos sucesivos de los corresponsales de su casa, acerca la residencia de cada uno de los hermanos de Joaquin; y á proporcion que iba recibiendo estos avisos, prevenia al corresponsal que, bien cerciorado de la identidad de las personas, segun las notas remitidas, les facilitase todo el

dinero necesario para vestirse decentemente ellos y sus familias;

Y que en seguida les acompañase ó hiciese acompañar á la ciudad N., casa n.° 80, de la calle del Mercado, donde hallarian quien los recibiria.

Con estas disposiciones logró la desconocida reunir en menos de tres meses en Washington, á los cuatro hermanos Miguel, Tomás, Remigio y Samuel.

Reunidos en dicha capital, salió la desconocida en busca de ellos, y al verles por primera vez, les enteró de lo que sabian ya, les encargó el mayor sigilo á fin de evitar, segun dijo, ciertas contingencias, y les invitó á que la siguieran.

Los cuatro hermanos obedecieron dócilmente á la desconocida, la cual les condujo á las cercanías de Nueva-Orleans, en una espaciosa y pintoresca casa de campo que poseia en las inmediaciones del Mississipí.

Dió las órdenes convenientes para que fuesen servidos y tratados al igual que la dueña: despidióse de los cuatro hermanos, prometiéndoles que antes de poco volverian á verse y que entre tanto dispusieran de todo lo de aquella casa como de lo suyo propio.

El poner, decian los hermanos entre sí, luego de verse solos, esta hermosa casa de campo á nuestra disposicion, los obsequios que se nos han hecho en todas partes y el dinero que se nos ha adelantado, y sobre todo el comportamiento de la que acaba de acompañarnos; todo indica que debe ser de alguna importancia la parte de herencia que debe repartírsenos.

Cada uno de ellos referia el triste estado en que se hallaba al recibir la primera noticia, la sorpresa que le habia causado la manera generosa y espléndida como habian sido cubiertas sus primeras necesidades, y los obsequios que en todas partes se les habian dispensado.

Y los cuatro á la vez no cesaban de admirar, elogiar y enaltecer el delicado comportamiento de aquella noble y hermosa desconocida que, tomándose la molestia de ir á buscarles hasta Washington, les habia conducido á aquella deliciosa casa de campo.

Esta circunstancia acababa de aumentar el cúmulo de conjeturas, de presunciones y de comentarios, sin llegar jamás á ponerse de acuerdo, como no fuera en esta exclamacion: «¡Tan singular criatura no pertenece á la corrompida raza humana, preciso es que sea un ángel bajado del cielo!»

Aunque tuvieron que pasar algunos dias en la casa de campo, sin ver ni recibir recado alguno de aquella angelical criatura, ninguno de ellos se quejó ni impacientó, porque nada les faltaba allí, porque tenian muchas cosas que referirse y muchos comentarios que hacer, y porque aquellos dilatados jardines con sus bosquecillos y riachuelos, con sus surtidores y sus pequeñas cascadas, llamaban toda su atencion; así es que el tiempo pasaba, sin casi apercibirse.

Mientras dejamos á los cuatro hermanos en aquella dilatada y deliciosa casa de campo, que parecia un verdadero sitio real; veamos como la desconocida, por medio de citas nocturnas, vá poniendo á Joaquin al corriente de una parte de lo que pasaba, y como va sondeando al propio tiempo las afecciones de su corazon.

5.

Al dia siguiente de haber la bella desconocida instalado á los cuatro hermanos en su casa de campo, dió una cita á Joaquin en el mismo retrete del café-restaurant, donde se habian visto por primera vez.

¡Júzguese de la sorpresa de Joaquin, cuando, manifestando con la tristeza pintada en el rostro que nada habia averiguado por su parte, la desconocida le interrumpió diciendo: —«Yo he sido mas feliz: vuestros hermanos están libres de la miseria y á estas horas deben haber entrado en territorio de la Luisiana.»

Joaquin, sin saber lo que se hacia, se precipita á los piés de la bella desconocida y cogiéndole la mano, quiere besársela

en demostracion de lo agradecido que está; no pudiendo lograrlo, exclama:—«¡Cómo pagaré un favor tan singular!... ¡Ah! qué no sea libre de unir eternamente mi suerte á la vuestra!»

—«De vos depende, interrumpe la graciosa desconocida....»

—«No, no depende de mí..... pero dejemos de ocuparnos de esto: decidme por Dios ¿dónde y cuándo tendré la dicha de ver y de abrazar á mis hermanos, de postrarnos juntos á vuestros piés y de asegurar yo su porvenir?»

—«Poco á poco, amigo, no nos precipitemos; mañana en este mismo sitio y en la misma hora podré deciros algo mas: contentaos por hoy con saber que á vuestros hermanos nada les falta y que está próximo el momento por vos y por mí tan deseado.

»Porque si hace vuestra dicha y vuestra felicidad, hará igualmente la mia, haciendo la de mi mejor amiga, la de Rosario, mas enamorada que hermosa.»

Sin decir una palabra mas, se despidió de Joaquin, no dándole tiempo para hacer la menor pregunta, ni observacion alguna.

No es posible describir ni concebir siquiera lo que pasó en el espíritu de Joaquin, durante las veinte y cuatro horas que debian transcurrir, antes de verse otra vez con la desconocida.

Por una parte sentia latir en su corazon el afecto por sus hermanos y el ardiente deseo de verles, de abrazarles y de asegurar su porvenir; por otra no sabia apartar de su mente el comportamiento y el bien que les habia hecho la hermosa desconocida; y era por fin imposible que dejara de experimentar cierta impaciencia, á causa del retardo en la realizacion de su enlace con Rosario.

Las veinte y cuatro horas discurrian para Joaquin con una lentitud tan grande que cada una de ellas le parecia un dia, y continuamente estaba consultando el reloj.

Tan pronto queria salir de casa para distraerse, como temia poner los piés en la calle para no oir hablar de negocios: iba de un extremo de casa á otro, sin saber lo que se hacia, dando á entender á la servidumbre que pasaba en él algo de extraordinario.

Como aun no habia visto á Rosario y se habia enamorado de ella por solos los informes de los amigos, deseaba que fuese

tan bella de cuerpo y de espíritu, como bella le parecia la desconocida.

Con estos y otros mil pensamientos que se sucedian en el espíritu de Joaquin con una rapidez asombrosa, pasaron las veinte y cuatro horas y llegó la de la segunda cita en el café-restaurant.

Fueron los dos tan puntuales á ella que, el uno entraba por una puerta mientras el otro lo verificaba por otra, dirigiéndose ambos al retrete consabido.

Sin tiempo apenas para tomar asiento, exclamó Joaquin:

—«¡A Dios gracias que al fin ha llegado el tan suspirado momento de vernos otra vez!»

—«Gracias le sean dadas: si vos lo deseabais con ardor, no era inferior el que experimentaba vuestra amiga y servidora: antes que me lo pregunteis, os diré que vuestros hermanos están buenos, alegres y contentos en mi casa de campo, distante unas dos leguas de esta capital: fáltame recordaros mi primer ofrecimiento aceptado por vos:

»Os prometí que el dia de la celebracion de vuestro enlace con Rosario, veriais á vuestros hermanos al lado de mi amiga ó al vuestro.

»De vos depende la pronta realizacion de esta promesa: vuestros hermanos están, como acabo de deciros, en mi casa de campo: trasladémonos allí Rosario, vos, vuestra amiga y los amigos que os plazca invitar, y celébrese el enlace en presencia de todos.

»Supuesto que, segun me habeis dicho, jamás habeis visto á Rosario, y que por otra parte no podeis tener seguridad completa de que vuestros hermanos estén en mi casa de campo, el enlace no se efectuará si no veis á vuestros hermanos antes de dar el sí, y si Rosario no os gusta para esposa.»

—«Recuerdo bien el primer ofrecimiento: acepto sin condiciones lo que acabais de proponer, porque fio en vuestra palabra y no tengo la menor duda de que veré á mis hermanos y porque, descansando en los informes de mis mejores amigos, amo sinceramente y de corazon á Rosario, no por sus riquezas que no necesito, sino por sus calidades físicas y morales.

»Falta solo que fijeis el dia y la hora para trasladarnos á

vuestra casa de campo, siendo inútil el deciros que cuanto mas pronto mejor.»

—«Teneis lo que falta de esta noche y todo el dia de mañana domingo para avisar á vuestros amigos, y al amanecer del lunes encontrareis un carruaje en la puerta de vuestra casa que os conducirá á la mia de campo, y habrá otro á disposicion de Rosario y de sus amigos:

»En mi casa de campo todo estará preparado: antes del medio dia habreis visto y abrazado á vuestros hermanos y á la que será vuestra esposa; ¿quereis mas?»

—«Nunca podré, buena amiga, pagaros lo que haceis por mí con tanto desinterés: mi agradecimiento será eterno, y todo lo mio estará siempre á vuestra disposicion: entre tanto Dios os lo pague y Dios os bendiga, mujer singular.»

—«Os engañais, amigo: sois muy cándido: no creais que todo sea abnegacion y desinterés: recordad que os dije que trabajaba por cuenta y en provecho de mi amiga Rosario y el que trabaja en bien de un amigo, trabaja para sí: con la realizacion del enlace quedarán pagados con usura mis pequeños servicios..... á Dios y hasta el lunes, si Dios quiere.»

6.

Al salir Joaquin del café-restaurant se fué, sin perder un minuto, á prevenir á tres de sus amigos para acompañarle el dia señalado, no retirándose á descansar hasta haberles avisado.

Por mas que durante aquella noche y el dia siguiente estuviese pensando en las sorpresas agradables que debia experimentar, no era posible que atinase en la principal, ni que pudiera remotamente sospecharla.

Inútil es decir que todo estuvo preparado para el amanecer del lunes, habiendo tenido buen cuidado Joaquin de enviar, po-

co antes de amanecer, su propio coche á los amigos para que ninguno de ellos faltase en la hora acordada.

Reunidos en la casa de Joaquin, compareció el coche prometido por la desconocida, y les condujo á la casa de campo, á la que llegaron en menos de hora y media, sin haber visto en todo el camino el coche de Rosario.

Luego de haberse apeado, se les invitó á que pasaran á un hermoso pabellon algo apartado de la casa principal, y allí se les sirvió un ligero desayuno.

Al cabo de una hora compareció en el pabellon la desconocida en traje de camino y acompañada de tres respetables ancianos, y dijo á Joaquin que la siguiese junto con sus amigos hasta la capilla donde debia celebrarse el enlace.

Al llegar á la puerta de la capilla la desconocida se separó de ellos diciéndoles:—«Mientras vosotros rogais á Dios para la felicidad de los futuros esposos, voy á cambiar de traje para acompañar á Rosario.»

Joaquin, sus amigos y los tres respetables ancianos entraron en la capilla para dirigir sus preces al Criador, no viendo en ella persona alguna: no dejó esto de sorprender á Joaquin que habia creido encontrar allí á sus hermanos por lo menos.

Pero se tranquilizó pensando, como era natural, que se le llamaria un poco antes de la celebracion del matrimonio, para ver y hablar á su futura esposa, lo mismo que para ver y abrazar á sus hermanos: se puso á orar con todo el fervor de su espíritu, repitiendo la plegaria que le habia enseñado su padre.

Al cabo de una media hora salieron los tres ancianos, y luego volvieron á entrar acompañados de varias personas y entre ellas una señorita vestida de blanco y detrás de ella cuatro caballeros vestidos de negro.

Aquí fué la gran sorpresa de Joaquin al observar que la vestida de blanco que se colocaba á su lado para darle la mano de esposa, y que se la designaba con el nombre de María del Rosario, era ni mas ni menos que la bella y misteriosa desconocida, y que los cuatro caballeros vestidos de negro eran los cuatro hermanos.

Fué tal la sorpresa que recibió Joaquin en aquel acto que

durante algunos segundos pareció haber perdido sus cinco sentidos y que hasta la sangre se habia paralizado en sus venas.

Fué preciso que poniéndose á su lado uno de los tres amigos fuese apuntándole lo que debia decir y hacer, porque él en realidad no sabia lo que decia ni lo que se hacia.

Al recibir las enhorabuenas y los abrazos de los hermanos y de los amigos, le faltaron las fuerzas para resistir á tantas y tan extraordinarias emociones y cayó en brazos de su hermano Miguel, permaneciendo algunos minutos sin color y sin movimiento.

Vuelto en sí, salieron todos de la capilla y se trasladaron á un espacioso salon donde estaba preparado un abundante refresco: Joaquin en lugar de probar cosa alguna, no hacia mas que dirigir preguntas á la bella desconocida, convertida en María del Rosario y á los cuatro hermanos sentados al lado de ésta, llenos tambien de admiracion y de agradables sorpresas;

Porque hasta aquellos momentos habian ignorado que iban á ver á su hermano y que la dueña de la casa que tanto admiraban y ensalzaban por su generoso y delicado comportamiento, era la que habia de ser esposa de él.

Cerciorado Joaquin de una parte de lo mucho que hizo Rosario, y no pudiendo dudar que todo lo hizo con el mayor desinterés é impulsada tan solo por el amor, se consideró el hombre mas feliz de la tierra al verse unido en matrimonio con una mujer tan bella y que tanto le amaba.

¡Cuál no fué su amor y su admiracion, por tan singular mujer, cuando ésta le presentó para su aprobacion cuatro escrituras por medio de las cuales cedia cuatro fértiles haciendas á los cuatro hermanos, una para cada uno de ellos!

Arrebatado de gozo, de alegría y de admiracion y con la pluma en la mano para firmar, exclamó:—¡Bendigamos, hermanos, á este ángel bajado del Cielo! «¡Bendigámosle ahora y todos los instantes de la vida y bendigamos y demos gracias á Dios, Autor único de todo lo bueno!»

Estando Joaquin un momento á solas con sus hermanos, despues de tantas y tan agradables emociones, oyó de cada uno de ellos el triste estado en que se encontraban, cuando llega-

ron á su noticia los anuncios publicados por disposicion de Rosario.

Se miraban y se abrazaban, lloraban de gozo y no cesaban todos de admirar y elogiar al ángel tutelar de la familia, y en medio de aquellos transportes, Remigio preguntó á Joaquin:— «¿Sabrias decirnos cómo y de dónde te ha venido tanta dicha?»

—«Creo, hermanos, ó mas bien, estoy convencido, de que lo debo todo á mi actividad y especialmente á la **plegaria**. ¿No recordais el consejo que nos dió nuestro buen padre poco antes de morir y la plegaria que él hacia? Yo no lo he olvidado jamás, y me ha sucedido lo mismo que á él: á ella pues debo mi riqueza y á este ángel que vale mas que todas las riquezas de la tierra.»

Los cuatro hermanos que habian tenido la desgracia de olvidar el consejo de su buen padre y la plegaria que les enseñó, advirtieron, aunque tarde, la causa de sus infortunios, bajaron los ojos para ocultar algunas lágrimas de vergüenza y de arrepentimiento:

Luego levantándolos, en ademan de pedir perdon á Dios, exclamaron unánimemente: «¡Dichoso el hijo que no olvida los buenos consejos de sus padres, y mil veces dichoso el que sabe acudir para todo á la **plegaria**!.... ella es la principal llave para alcanzar lo que mas nos conviene. ¡Desgraciado el que olvide la plegaria!»

LA ORACION DOMINICAL,

ó

LA ALBARDA Y EL MONTAÑÉS.

1.

Otra de las anécdotas ó historias que preceden, demuestra la grande utilidad y provecho de la Plegaria, mayormente de aquellas que nuestros buenos padres nos recomiendan en las horas postreras de la vida.

La plegaria ó sea las súplicas y ruegos dirigidos á nuestros bondadosos Padres Celestiales, además de sernos útiles y provechosas, son absolutamente necesarias é imprescindibles.

Cuando no sirvieran mas que para practicar la Caridad, deberiamos dirigirnos con frecuencia al Omnipotente y Eterno, intercediendo para el alivio de los hermanos que están en el horrible sufrimiento de la obscuridad, y de los hermanos terrenales abrumados por contratiempos, adversidades ó tribulaciones, y llenos de penas, dolores y amarguras.

Pero hay mas: con la oracion reconocemos el Poder, el Amor y la Sabiduría inagotable del Criador, una vez que nos dirigimos á Él para todo cuanto nos conviene á nosotros ó á nuestros semejantes.

Con la oracion reconocemos que valemos muy poco ó casi nada por nosotros solos, cuando para todo tenemos que implorar el auxilio de los semejantes y especialmente el de nuestros Padres Celestiales; y reconocemos que Dios lo es todo y que todo depende de la voluntad Omnipotente del Eterno.

El que ruega á Dios y no se cansa de rogar, haciéndolo con fervor, prueba que tiene fé y esperanza en Dios y que ama á Dios.

El que se dedica á la oracion y lo hace con buen fervor alcanza lo que desea, y mas aun, si le conviene; y si no le conviene, logra otra cosa que vale mas que lo que él apetecia.

El que se dedica á la oracion ó plegaria aclara las dudas, vence las dificultades y allana los obstáculos; sobrelleva con facilidad las penas y dolores físicos, y atraviesa las amarguras y los sufrimientos morales, sin sucumbir á ellos.

Pero es preciso que la plegaria sea hecha con toda atencion y con el fervor posible; cuando oramos debemos pensar que hablamos ó nos dirigimos al Rey y á la Reina de Cielos y Tierra; si estamos atentos al hablar á una autoridad terrenal cualquiera, sobre todo, cuando le pedimos alguna gracia ¿cuánto mas debemos estarlo, dirigiendo nuestras súplicas á los Reyes de Cielos y Tierra?

Pero el poder rogar ú orar con atencion y con fervor, es otra de las gracias que Dios nos hace, por intercesion de nuestra bondadosa y cariñosa Madre: sin la gracia de Dios cualquiera cosa, hasta la mas insignificante, nos distrae, en términos de no saber lo que nos decimos, ni recordar á quien nos dirigimos.

Por esto vemos con tanta frecuencia que en la iglesia misma y en los actos mas religiosos, el menor ruido excita nuestra curiosidad y volvemos la vista y el pensamiento hácia el punto de donde viene el ruido.

Por esto cuando rezamos en familia, en mitad del Padre Nuestro, del Ave María ó Gloria, el uno dice si está cerrada la puerta ó ventana, si se ha avisado al leñador ó si vendrá la lavandera; el otro si se ha dado de comer á los tocinos, á la burra ó al pollino; si se ha entrado la paja ó recogido las aceitunas, distracciones que nadie se permitiria á buen seguro, al hablar á una autoridad terrenal, mayormente si se le pedia alguna gracia ó acto de justicia.

Por esto se dice de un cura flamenco que se dedicaba al comercio y en especial á la compra y venta de granos, que preocupado con este pensamiento en el acto de la celebracion de la

misa, cuando se volvia de cara al pueblo para pronunciar el **orate fratres**, creyendo que los que oian la misa eran mercaderes que pedian el precio del trigo, en lugar de encargar el **orate fratres**, dijo: «á tres la fanega.»

No obstante el poco fervor de nuestras plegarias y no obstante nuestras continuas distracciones, habia á principios del siglo pasado, no lejos de las montañas de Nuria en los Pirineos un labrador llamado el tio Liborio, el cual precindiendo de la gracia que Dios nos hace pensaba y decia que oraba con atencion y con fervor, siempre que queria hacerlo.

Su vecino el tio Pascual que tambien era trabajador de la tierra, pero menos acomodado y menos presuntuoso, no solo dudaba de la habilidad ó seguridad del tio Liborio, sino que á veces se la negaba, y con este motivo se suscitaban pendencias entre ellos.

El dia de la Asuncion que era precisamente la fiesta principal de aquel pueblo y que habia por lo tanto muchos forasteros, se promovió la misma pendencia, con motivo de haber un forastero tenido muy poca atencion en el acto de la celebracion de la misa.

Fué grande el calor con que siguieron aquella cuestion, sosteniendo el tio Liborio que al dirigir sus plegarias al Cielo, lo hacia con toda atencion y fervor, si queria, y pretendiendo el tio Pascual que no siempre sucederia así y que muchas veces se distraeria, aunque no quisiera.

Como el tio Liborio con su arrogancia acostumbrada hijo de la posesion de mayor fortuna, excitare la fibra bastante delicada de Pascual, le intimó éste un reto, diciéndole: —«Quieres apostar cualquiera cosa que no rezarás siempre con atencion por mas que lo quieras?»

—«Admitido: lo que tú gustes, aunque sea todo lo que tengo y poseo: el campo, la vaca y la cabra y lo demás.»

—«Sin intentar arruinarte, ó sin querer poner en riesgo tus bienes, espero convencerte del error en que estás; pero ha de ser con la condicion de dejarme hacer y no interrumpirme para nada.»

2.

Admitida la condicion, el tio Pascual señaló para la prueba las cuatro de la tarde de aquel mismo dia, en medio de la plaza y en presencia de todo el pueblo y de los forasteros.

Levantó dos tablados en el centro mismo de la plaza, el uno mas alto que el otro: luego á son de trompeta llamó á los convecinos y á los forasteros para que asistieran á un espectáculo nunca visto que se daria en el sitio y hora señalados.

El tio Liborio al ver estos preparativos, dijo al vecino que todo le caia bien menos lo de los dos tablados que no atinaba para qué habian de servir, ni qué motivo hubo para que el uno fuese mas elevado que el otro.

—«Sin embargo de haberte comprometido á dejarme hacer y de no ser tú el que costeas los dos tablados te diré que, el mas elevado será para los músicos y el otro para nosotros dos y para otro viviente, si no mas importante, mas trabajador á lo menos.

—»El público estará algo mas bajo que nosotros para observar y dar razon de lo que haya visto y para que de este modo quede, á juicio de todos, decidida nuestra sempiterna cuestion.

»Los músicos estarán mucho mas elevados que el público y un poco mas que nosotros, porque quiero que ellos sean los que decidan la cuestion entre nosotros y publiquen cuál de los dos habrá triunfado.

»Ya ves, Liborio, si obro con entera imparcialidad, pues no quiero ser yo el juez de nuestra contienda, sino que lo sean los hombres mas serios, formales y amantes de la justicia.»

—«No tengo, Pascual, el menor inconveniente en que así se haga: á las cuatro en punto ó un poquito antes y con el vestido de fiesta, estaré al pié del tablado, seguro de que el triunfo y la gloria serán para mí, y para tí la derrota y la pena.»

3.

Llegada la hora con tanta impaciencia aguardada, comparecieron los músicos y ocuparon el tablado superior, acudió en seguida el tio Liborio vestido de fiesta y se colocó al pié del tablado mas bajo, y la plaza se llenó de vecinos y forasteros impacientes para ver el espectáculo.

Para calmar y entretener la impaciencia de los espectadores los músicos tocaban aires alegres: mientras se les escuchaba con mucho gusto, pararon de repente al divisar á Pascual montado en una jóven y linda burra ricamente aparejada y enjaezada.

Mientras éste se dirigia al tablado y hacia con mucha pena subir á él la burra, el tio Liborio se mantenia tranquilo al lado de la escalera, aguardando que Pascual hiciera la seña para la prueba.

Dada la seña y colocados los dos en el tablado inferior, Pascual apareció otra vez montado en la burra, y con voz muy alta, clara é inteligible explicó al público la cuestion suscitada entre el tio Liborio y él, y previno á los músicos que no volvieran á tocar sin estar plenamente convencidos de haber sido derrotado en la lucha el tio Liborio.

Luego, dirigiéndose á éste, le dijo: —«Va á verificarse la prueba ó la demostracion de la verdad,» y esforzando mas la voz para que todos los espectadores le entendieran, añadió:

«Amigo Liborio, ¿ves á esta jóven y linda burra, tan bien aparejada y enjaezada, capaz de dar celos á mi mujer, si todos los dias la adornaba con tanto lujo?... pues bien; esta jóven y linda burra será tuya en plena propiedad, si obtienes victoria, rezando algunos minutos con atencion y sin distraerte: si no lo haces contraes la obligacion de mantener á doce pobres, durante los tres dias de fiesta: apelo á tu buena fé, si te distraes y yo no lo advierto, debes avisármelo.»

—«Admitido; pero dime lo que quieres que rece ó cuál sea la plegaria que mas te gusta, con tal que yo la sepa.»

—«Para mí todas son buenas; pero la mas sencilla, la mas importante y la de todos sabida es la Oracion Dominical ó el Padre Nuestro: reza pues el Padre Nuestro, pero de buena fé, advirtiéndome tú mismo la primera distraccion que padecieres, si yo no la observo, ni los músicos tampoco.»

El tio Liborio empezó cruzando las manos, levantándolas junto con la cabeza hácia el Cielo y cerrando fuertemente los ojos para no distraerse, y en apariencia rezó con toda la atencion posible, sin desplegar las manos, sin menear ni bajar la cabeza, sin abrir los ojos, ni dar otra señal alguna de distraccion; y en esta posicion parecida á la de una estátua de mármol, rezó casi todo el Padre Nuestro en alta voz.

Al llegar á las últimas palabras ó á la séptima peticion, **líbranos de todo mal**, así que iba á empezarla, baja repentinamente las manos y la cabeza, abre los ojos y dirigiéndose á Pascual, le pregunta: —«En la apuesta, **¿Va tambien la albarda?**»

—«Ni burra ni albarda, le dijo Pascual en voz baja, porque te has distraido pensando mas en la albarda que en Dios y en María.»

Aunque nadie pudo oir esta contestacion de Pascual, sin embargo los músicos que, al ver al tio Liborio bajar las manos y la cabeza y abrir los ojos, habian fijado toda su atencion, así que oyeron las palabras **va tambien la albarda**, convencidos de que habia dejado de pensar en Dios, para pensar en la albarda, atronaron aquellos alrededores con el sonido de sus instrumentos, llevando á todas partes la fatal noticia de la derrota del tio Liborio.

Este con la vista baja, sin mirar hácia delante, ni hácia atrás ni por los lados, fué á esconderse de vergüenza, sin salir de casa durante los tres dias de fiesta, dando de comer á doce pobres y mucho que hablar á todos los vecinos y á los forasteros, que precisamente era lo que mas le mortificaba.

Pasados los tres dias de fiesta, principió sus plegarias, suplicando á Dios por intercesion de María que le hiciera la gracia de que pudiese rezar con fervor y con toda atencion.

Pero no alcanzándolo con las plegarias ordinarias ó acostumbradas, Dios le hizo la gracia de permitirle comentar el Padre Nuestro, para que de este modo no hubiese tantas distracciones, y sin embargo, tambien habia las suyas.

Visto el gran provecho que el tio Liborio sacó del Padre Nuestro, creemos hacer un bien poniéndolo á continuacion:

ORACION DOMINICAL

ó

PADRE NUESTRO.

Padre Nuestro, Padre de bondad y de misericordia inagotable **que estás** en todas, absolutamente en todas partes, **en los cielos** infinitos é inconmensurables donde tienes tu hermosísimo y radiante Trono de Gloria; y en la tierra hasta lo mas profundo, lo mas recóndito y lo mas impenetrable;

Eternamente contemplando, eternamente admirando y eternamente gozándote en la contemplacion y en la admiracion de tu Poder infinito y de sus infinitas y asombrosas obras, de tu Amor infinito y de sus infinitos y maravillosos actos, de tu Sabiduría infinita y de sus infinitos y sorprendentes efectos;

Haciendo partícipes de tan inmensa é inefable dicha á todas las almas, luego que por sus singulares merecimientos, y sobre todo por tu bondad siempre infinita, han alcanzado la eterna y suprema dicha de verte y de amarte de todo corazon, de bendecirte y alabarte con santo entusiasmo, de contemplarte y admirarte hasta el éxtasis:

Aunque invisible á nuestros débiles y mas que débiles impurísimos ojos, tu bondad y misericordia inagotables nos están revelando incesantemente en todas y en cada una de las infinitas y maravillosas obras de la creacion, desde el hombre al grano de arena, Tu poder, Tu amor y Tu sabiduría infinita,

que es como revelarte á Tí mismo, sabiendo que por Tus obras ha de reconocerse á un Ser omnipotente, infinitamente bueno, justo y sabio:

¡Respetado, bendecido y alabado sea para siempre tu Santísimo **Nombre**! ¡Reverenciado, venerado y adorado sea por todos los siglos de los siglos! ¡Ensalzado, **santificado** y glorificado por toda la eternidad!

Para que así sea, como deseamos, y para mejor alcanzar la eterna Gloria, **venga** Señor, **á nosotros** lo mas pronto posible **el tu Reino**, Reino de poder, de amor y de sabiduría infinita, Reino de justicia, de paz y de armonía, Reino de abundancia, de alegria y satisfaccion cumplida en todo y para todos;

Debiendo necesariamente ser todo esto y muchísimo mas que esto, porque si el reino de un gran poder, de un grande amor ó de una gran sabiduría es capaz por sí solo de hacer cosas grandes y admirables; ¡qué no hará, Dios mio, tu Santo Reino, siendo á la vez el del poder, del amor y de la sabiduría infinita!

O mas claro: ¡siendo el Reinado de la Santísima Trinidad, del eterno Dios Padre Omnipotente, Criador de Cielos y Tierra, del eterno Dios Hijo, Amor infinito, Redentor y Salvador nuestro, del eterno Dios Espíritu Santo, Sabiduría infinita, Luz y Guia para la eterna y Celestial Morada!

¡Tres personas enteramente distintas, una sola voluntad omnipotente y siempre bienhechora, un solo Dios Todopoderoso, Trino en la forma y Uno verdadero en esencia, infinitamente y siempre bueno, justo y sabio! ¡Reino dichoso, Reino suspirado y prometido desde la encarnacion del Divino Verbo!

Para que venga lo mas pronto posible este dichoso, suspirado y prometido Reino, **Hágase**, Señor, **tu voluntad así en la Tierra como se hace en los Cielos**, en donde la mas mínima señal de tu Santa voluntad, es instantáneamente observada, respetuosamente acatada, cumplida y ejecutada con grandísimo júbilo, muchísimo mejor que si fuera el mas imperioso de los mandatos;

Por ser tu voluntad infinitamente y siempre poderosa, infinitamente y siempre buena, justa y sabia, constantemente diri-

gida á nuestro bien y á tu mayor honra y gloria que al fin será nuestro bien supremo.

Para que se haga tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo, **danos Señor, en el dia de hoy**, y siempre, **el pan cotidiano**, el aliento corporal y el espiritual, la luz y el don de Gracia necesarios para ayudarnos á pasar y á salir bien de esta triste y arriesgadísima prueba á que estamos sometidos;

Expuestos á sucumbir á las contínuas y temibles tentaciones y asechanzas de nuestros capitales enemigos y á tener que ir á los horribles sufrimientos de la obscuridad, el mayor de ellos, vernos alejados de tu Divina Gloria.

Para que seamos dignos del pan cotidiano, ten, Señor, piedad de nosotros pecadores, de nuestra pequeñez, debilidad é ignorancia, de nuestra nada, verdadera nada, y **perdónanos nuestras culpas y pecados**, que hemos cometido sin saber lo que nos haciamos, y perdónanos, **así como nosotros perdonamos á nuestros deudores**, y de veras nos arrepentimos de haberte ofendido, tan solo por ser quien eres bondad infinita;

Y nos arrepentimos de las penas, dolores y amarguras ocasionadas á nuestra Santísima Madre, tambien por ser la que es, la mejor de todas y que todas las madres.

Para no ofender mas á tan bondadosísimos Padres, haznos, Dios mio, la caridad de recordarnos siempre nuestras culpas y pecados, y que este amargo recuerdo sea motivo del mas sincero arrepentimiento, del mas constante horror al pecado y del mas vivo deseo de reparar el mal que hemos ocasionado;

Y haznos asimismo la caridad de concedernos el tiempo y los medios para repararlo cumplidamente en este mundo y no tener que hacerlo en el otro entre los horribles sufrimientos de la obscuridad, alejados de tu Divina Presencia.

Para alcanzar tan importantes é inmerecidas gracias, para no incurrir en la negra ingratitud y en la loca contradiccion de continuar ofendiéndote al mismo tiempo que imploramos tu Divina misericordia, **no permitas**, Dios mio, **que caigamos en la tentacion**;

Porque somos débiles, excesivamente débiles y no podria-

mos levantarnos sin tu Divina y poderosa ayuda; porque seriamos ingratos á tus infinitas bondades y á las de nuestra buena y excelsa Madre; y porque no quisiéramos, Dios mio, ofenderte mas, ni lastimar mas el corazon harto lastimado de la mejor de las madres, María.

No, no permitas que caigamos en la tentacion, **antes bien líbranos de todo mal** ahora y siempre.

AMEN—ASÍ SEA.

Y así creemos y esperamos que será; pero deseamos que sea lo mas pronto posible, para convertir la salutacion del ángel á María en continuas felicitaciones, alabanzas y glorias, y entre tanto te saludamos, Vírgen Santísima, con el ángel:

AVE MARIA.

Dios te salve, Dios te guarde, **María,** de los terribles efectos del primer pecado, librándonos á nosotros de pecar; para librarnos á nosotros de pecar; para conducirnos á todos á la unidad en Dios por medio del amor, á que formemos una sola familia con la Divinidad, mediante la Divina Gracia; para sacar Dios todo el fruto que en su sabiduría infinita se propuso, al permitir el primer pecado;

Y siendo tú, María, la mas hermosa y la mas bella, la mas cándida y la mas inocente, la mas tierna y la mas dulce, á la par que la mas pura y la mas angelical, la mas admirable y la mas encantadora, en una palabra, la mas perfecta y la mas digna de todas las criaturas del Cielo y de Tierra;

Te llenó Dios de su Divina é infinita Gracia; Te llenó el Eterno Padre al destinarte nada menos que para Madre del Hijo Predilecto, el Divino Verbo; Te llenó el Divino Verbo al encarnarse en tus purísimas y virginales entrañas; Te llenó el Espíritu Santo al fecundar tu inmaculado seno, sin mancha ni por sombra de pecado.

Lo merecias, María, por tu fé incomparable en Dios, por tu esperanza sin igual en Dios, por tu caridad, por tu amor á Dios y al próijmo sin ejemplar;

Lo merecias por Tu santa abnegacion, resignacion y perfecta conformidad á la voluntad del Eterno Padre;

Lo merecias y lo necesitabas para llenar, como estás llenando, dignísima y cumplidamente, á entera satisfaccion de las Tres Sagradas Personas, la mision mas grande y mas sublime, mas importante y necesaria, mas delicada y trascendental que Dios pudo conferir á una criatura;

La de Madre del mismo Dios Omnipotente, Madre y co-Redentora del género humano, Reina de Cielos y Tierra, Intercesora y Medianera entre Dios y el hombre, y dispensadora de las Divinas gracias:

Por manera, María, que Dios usando de su poder, amor y sabiduría infinita te llenó de su Divina gracia.

¡**Bendita**, eternamente bendita **seas**, María, **entre todas las mujeres** y entre todas las criaturas del Cielo y de la Tierra; Tú, por cuya mediacion Dios se acercó al hombre y el hombre se acerca á Dios, quedando como suprimida la inmensísima distancia entre el Criador y la criatura, entre Dios y el hombre!

¡Bendita, eternamente bendita **seas**, María, Tú, que siendo la Dispensadora de las Divinas gracias, la Intercesora y Medianera entre Dios y el hombre, la Reina de Cielos y Tierra, la Madre y co-Redentora del género humano y la Madre del mismo Dios Omnipotente;

Eres la mas humilde y la mas leal, la mas constante y la mas complaciente, la mas activa y la mas incansable, Servidora de Dios y de los hombres, hasta del mas ingrato, del mas desgraciado y miserable de nosotros!

¡Bendita, eternamente bendita seas, María, Tú, que sintiendo todos los dias y todos los instantes herido y traspasado por nuestras culpas y pecados tu hermosísimo, tierno y delicadísimo corazon, destinado á los inefables gozos y dulzuras de Madre de Dios,

Tú, siempre misericordiosísima, siempre clementísima y siempre caritativa sin igual, estás continuamente dispuesta á escucharnos con santa benevolencia, para acogernos con tu bondad inagotable, para abrazarnos con maternal cariño, y para hacernos partícipes de las Divinas Gracias!

¡Bendita, eternamente seas, María, Madre de Dios, Madre y co-Redentora nuestra, Intercesora y Medianera entre Dios y el hombre, dispensadora de las Divinas gracias!

¡**Y bendito**, y eternamente bendito **sea**, María, **el fruto de tu vientre**, Dulcísimo **Jesus**, Dios y Hombre verdadero, Redentor y Salvador nuestro,

Que, para redimirnos y salvarnos, llegó á tal extremo de amor, de bondad y misericordia, que descendió de su inmenso, elevadísimo y brillante Trono de Gloria á encerrarse en el pequeño, reducidísimo y obscuro seno de una pobre y obscura mujer, aunque purísima, hacerse hombre y pasar treinta y tres años en este miserable valle de lágrimas!

¡Que llegó á tal extremo de amor, de bondad y misericordia que, siendo un Dios Omnipotente, permitió, cual si fuera el mas débil y manso cordero, el ser vendido á sus mismos implacables enemigos, preso á traicion y de noche, y atado como el peor de los malhechores!

¡Que llegó á tal extremo de amor, de bondad y misericordia que, viniendo para redimirnos y salvarnos, permitió el ser tratado de impostor y de loco, escarnecido y burlado, insultado y maltratado, escupido en el rostro y abofeteado, bárbaramente coronado de agudísimas y penetrantes espinas, é inhumanamente azotado, recibiendo mas de cinco mil azotes, hasta que se fatigaron los verdugos!

¡Que llegó á tal extremo de amor, de bondad y misericordia que, siendo la misma Inocencia, la Inocencia personificada, incapaz de hacer mal á nadie, haciendo por el contrario bien al mundo entero, permitió el ser condenado y condenado á la pena mas cruel, mas bárbara é inhumana, mas ignominiosa, afrentosa y degradante que se ha conocido, á la de ser y morir clavado de piés y manos con gruesos clavos en el madero de la Cruz, derramando en ella gota á gota hasta la última de su preciosísima sangre!

¡Que llegó á tal extremo de amor, de bondad y misericordia que, siendo enviado por el Eterno Padre y viniendo gustosísimo para servirnos de guia y de modelo, permitió el ser levantado al aire y expuesto al público entre dos famosos ladrones para escarmiento de los que le siguieran ó imitasen!

¡Santo Dios, y qué contraste!..... ¡Por una parte, todo nobleza, todo grandeza, todo sublimidad; y por la otra, todo miseria, todo bajeza, todo degradacion!.....

¡Dios noble, grande y sublime, con su sencillez, su humildad y mansedumbre infinita; el hombre miserable, vil y bajo con su vanidad, su orgullo y su soberbia!

¡Dios noble, grande y sublime con su amor, su bondad y su misericordia inagotables; el hombre miserable, vil y bajo con sus enemistades, ódios y venganzas inextinguibles!

¡Dios noble, grande y sublime, con su abnegacion, resignacion y paciencia sin límites en toda su vida y especialmente en su horrible pasion y muerte; el hombre miserable, vil y bajo con su egoismo y su impaciencia, con su frenesí, su rabia y su desesperacion!

Y con todo esto, ¿qué hace el Eterno Padre, qué hace la Madre y qué hace el Hijo?

El Eterno Padre, que con solo un pensamiento puede anonadar al hombre y al mundo entero, no se cansa de enviar fuerzas y mas fuerzas á la Madre y al Hijo, en cuanto hombre, para sufrir aquella horrible pasion y muerte.

La Madre no se cansa de conformarse á la voluntad del Eterno Padre, exclamando siempre: «Tú lo quieres, hágase tu santa voluntad, pero ya que muere el Hijo, permite, si es tu voluntad, que muera tambien la Madre.»

Y el Hijo.....¡Ah!.....¡El Hijo estando pendiente de la Cruz y sufriendo horriblemente en todo su macerado y descoyuntado cuerpo, se queja amorosamente al Padre porque le ha abandonado, porque no le envia nuevas penas y trabajos, nuevos dolores y sufrimientos, una nueva pasion, si es menester, para asegurar la Redencion del género humano!

¡El Hijo pide perdon al Eterno Padre para los mismos que acaban de crucificarle, llegando al extremo de disculparles con que no sabian lo que se hacian!

¡El Hijo eleva al Eterno Padre sus mas fervorosos votos, su ardiente sed de la salvacion de los pecadores, para que no mueran en pecado, sino que se conviertan y vivan eternamente en gracia!

¡El Hijo nos revela que su propia Madre es tambien y será la nuestra, cual si con las palabras dirigidas á Juan desde la Cruz, nos dijera á todos: «Esta pobre, afligidísima y desconsolada mujer que veis al pié de la Cruz, que es mi Madre, es y será tambien la vuestra!

¡Amadla como ella os ama, amadme como yo es amo y amaos los unos á los otros, y por este hermosísimo y deliciosísimo camino del Amor, alumbrando el Espíritu Santo os conducirá á la eterna y Celestial morada para la cual fuisteis criados!

¡Bendito, eternamente bendito sea María, el fruto de tu vientre dulcísimo Jesus, Dios y Hombre verdadero, Redentor y Salvador nuestro! ¡Bendita la Cruz en que murió y en la que fuimos redimidos todos!

¡Bendita, eternamente bendita sea, María, tu heróica, tu incomparable, tu santa abnegacion, resignacion y perfecta conformidad á la voluntad del eterno Padre, al verte arrebatar á tu Divino, inocentísimo é idolatrado Hijo dulcísimo Jesus!

¡Al ver y presenciar su horrible pasion y muerte, sin dar una sola queja, sin poder derramar ni una lágrima para desahogo, cayendo todas ellas encendidas y devorando tu hermosísimo, tierno y delicadísimo corazon, porque solo á este elevadísimo é inestimable precio podiais ser nuestra Madre y co-Redentora y la mas digna Madre del mas digno de todos los Hijos!

Para que no sean estériles é infructuosos tan inmensos sacrificios, tan inmensos dolores y sufrimientos de la Madre y del Hijo,

SANTA MARÍA.

Vírgen María, **Madre de Dios**, Madre nuestra misericordiosísima, clementísima, caritativa sin igual, **ruega á Dios para nosotros pecadores ahora y en la hora de la muerte**, que Dios nos perdone nuestras culpas y pecados;

Que nos conceda la luz y el don de gracia para no pecar mas, para amar á Dios en todo y sobre todas las cosas, lealmente y de todo corazon, como merece, y al prójimo á lo menos

como á nosotros mismos por el amor de Dios; y para que venga lo mas pronto posible su santo Reino:

Ruega, Vírgen Santísima, ahora y siempre hasta que nos veamos todos en la eterna y Celestial morada, contemplando y adorando á la Santísima Trinidad, al Eterno Dios Padre Omnipotente, Criador de Cielos y Tierra, al Eterno Dios Hijo, Amor infinito, Redentor y Salvador nuestro, y al Eterno Dios Espíritu Santo, Sabiduría infinita, Luz y Guia para la Celestial morada.

Para alcanzar tan inmensa é inmerecida dicha, te suplicamos, Vírgen María, que ruegues al Eterno Padre que nos perdone y que fortalezca nuestro debilísimo espíritu, á tu idolatrado Hijo, el Divino Verbo que nos perdone tambien y que inflame nuestro helado corazon, y á tu Divino Esposo, el Espíritu Santo que igualmente nos perdone é ilumine nuestro obscurísimo entendimiento;

Tan solo para conocer, para amar y para servir á Dios en todo y sobre todas las cosas y al prójimo á lo menos como á nosotros mismos por el amor de Dios, porque Dios lo desea, lo quiere y hasta lo manda, y es lo único que nos manda;

Por ser lo único que puede darnos el mayor bienestar posible en este mundo, lo único que ha de procurarnos la felicidad eterna en el otro, y lo único que ha de conducirnos á ella, **amadme y amaos los unos á los otros;**

Por esto te lo suplicamos, Vírgen María, por lo que hay mas grande, mas santo y sagrado en los Cielos y en la tierra, en nombre y á mayor honra y gloria de la Santísima Trinidad, Tres Personas distintas ✠ Padre, ✠ Hijo, ✠ Espíritu Santo, un solo Dios Todopoderoso, Trino en la forma, y Uno verdadero en esencia.

AMEN-ASÍ SEA Y ASÍ SERÁ.

Convencidos de que así será, Te damos, Padre nuestro, las mas sinceras y espresivas gracias y vamos á celebrar tus Santas Glorias y las de nuestra Santísima Madre María.

GLORIA.

¡¡¡ Gloria, eternamente Gloria á la Santísima Trinidad!!!

¡Gloria, para siempre Gloria al Eterno Dios Padre Omnipotente, Criador del Cielo, de la Tierra, de todo lo visible infinitamente grande maravilloso y sorprendente, y de todo lo invisible infinitamente, si cabe, mas grande, mas maravilloso y mas sorprendente!

¡Gloria, para siempre Gloria, por los siglos de los siglos Gloria, y eternamente Gloria al Eterno Dios Padre Omnipotente, Criador de Cielos y Tierra!

¡Gloria, para siempre Gloria al Eterno Dios Hijo, Divino Verbo, Amor infinito, por la voluntad omnipotente del Eterno Padre, por el amor infinito del mismo Divino Verbo, por obra de la infinita sabiduría del Espíritu Santo encarnado en el purísimo y virginal seno de la purísima Vírgen María y hecho Hombre;

Para redimirnos del pecado con las preciosísimas armas de su amor, bondad y misericordia inagotables, de su sencillez, humildad y mansedumbre sin límites, de su abnegacion, resignacion y paciencia sin fin, de sus sacrificios, dolores y sufrimientos infinitos, inmensos é incomparables;

Hasta sudar sangre y agua en el huerto, hasta pedir al Eterno Padre que pasase de Él aquel cáliz de amargura, si era posible, hasta derramar gota á gota toda su preciosísima sangre en el pretorio de Pilatos, por el camino del Calvario y en el madero de la Cruz!

¡Gloria, para siempre Gloria, para los siglos de los siglos Gloria, y eternamente Gloria al Eterno Dios Hijo, amor infinito, Redentor y Salvador nuestro!

¡Gloria, para siempre Gloria al Eterno Dios Espíritu Santo, Inteligencia Divina, Sabiduría infinita, Luz que todo lo penetra, lo aclara y lo ilumina; Inteligencia que todo lo vé, lo conoce y lo distingue; Sabiduría que todo lo sabe, lo entiende y lo comprende hasta la última perfeccion!

¡Gloria, para siempre Gloria, por los siglos de los siglos Gloria, y eternamente Gloria al Eterno Dios Espíritu Santo, Sabiduría infinita, Luz y Guia para la eterna y Celestial Morada!

¡Tres personas enteramente distintas ✠ Padre, ✠ Hijo y ✠ Espíritu Santo: una sola voluntad Omnipotente y siempre bienhechora, Un solo Dios Todopoderoso, Trino en las personas y Uno verdadero en esencia, infinitamente bueno, justo y sabio!

¡Gloria, para siempre Gloria á la Santísima y Humilde Vírgen María, Madre de Dios, la mas digna Madre del mas digno de todos los Hijos, Madre y co-Redentora nuestra misericordiosísima, clementísima y caritativa sin igual, Reina de Cielos y Tierra, Intercesora y Medianera entre Dios y el hombre, Dispensadora de las Divinas gracias!

¡Gloria, para siempre Gloria, por los siglos de los siglos Gloria, y eternamente Gloria á la Santísima Vírgen María, Madre de Dios y de los hombres, Reina de Cielos y Tierra!

✠ ¡Gloria al Eterno Dios Padre Omnipotente, ✠ Gloria al Eterno Dios Hijo, Amor infinito, ✠ Gloria al Eterno Dios Espíritu Santo, Sabiduría infinita y ✠ Gloria á la siempre Humilde y Excelsa María!

AMEN—ASÍ SEA Y ASÍ SERÁ.

CINCO BESOS Y CINCO ABRAZOS

DE

AGRADECIMIENTO Y DE AMOR.

El Eterno Dios Padre que por un acto de su amor infinito nos creó, sacándonos de la nada, y que por efecto de este mismo amor inagotable nos conserva y nos destina para la Celestial

Morada, donde viviremos eternamente felices en su compañía y en la de nuestra bondadosísima Madre, María;

¡Amor tan grande, solo con Amor pagarse puede! yo te lo agradezco, Eterno Dios Padre, yo te amo, te adoro y deseo amarte de todo corazon; recibe de este hijo el mas ingrato, de este pecador arrepentido un beso de agradecimiento y de amor, y un abrazo de amor y de agradecimiento.

Al Eterno Dios Hijo que asimismo por efecto de su amor infinito, inmenso é inagotable nos redimió á todos, derramando gota á gota su preciosísima sangre para nosotros;

¡Amor tan grande, solo con Amor pagarse puede! yo te lo agradezco, eterno Dios Hijo, yo te amo, te adoro y deseo amarte de todo corazon; recibe de este hijo el mas ingrato, de este pecador arrepentido un beso de agradecimiento y de amor y un abrazo de amor y de agradecimiento.

Al Eterno Dios Espíritu Santo que igualmente por efecto de su amor infinito, inmenso é inagotable nos está alumbrando y enseñando incesantemente á todos el camino de la eterna felicidad;

¡Amor tan grande, solo con Amor pagarse puede! yo te lo agradezco, Eterno Dios Espíritu Santo, yo te amo, te adoro y deseo amarte de todo corazon; recibe de este hijo el mas ingrato, de este pecador arrepentido un beso de agradecimiento y de amor y un abrazo de amor y de arrepentimiento.

A nuestra Santísima Madre que con su amor, bondad y misericordia inagotable nos está conduciendo y no cesará hasta habernos conducido á la Celestial Morada, donde viviremos eternamente dichosos en su compañía y en la de nuestro bondadosísimo Padre;

¡Amor tan grande, solo con Amor pagarse puede! yo te lo agradezco, Madre mia, yo te amo, te adoro y deseo amarte de todo corazon: recibe de este hijo el mas ingrato, de este pecador arrepentido un beso de agradecimiento y de amor y un abrazo de amor y de agradecimiento:

A nuestros hermanos que por efecto del Amor que nos profesan, se interesan por nosotros, ruegan, suplican, trabajan y no cesarán de hacerlo hasta que nos veamos reunidos en la Glo-

ria, viviendo eternamente dichosos en compañía de nuestros bondadosísimos Padres Celestiales;

¡Amor tan grande, solo con Amor pagarse puede! yo os lo agradezco, queridos hermanos, yo os amo y deseo amaros de todo corazon; recibid del último y mas ingrato de ellos, de este pecador arrepentido un beso de agradecimiento y de amor, y un abrazo de amor y de agradecimiento.

AUXILIO DIVINO,

ó

AQUILES Y EL MÓNSTRUO DE LOS ALPES.

1.

¡Dichoso el que no piensa, dice ni hace, cosa alguna sin implorar ó haber implorado antes el auxilio Divino, y desgraciado el que no cuenta con este auxilio.

Dios lo es todo; es Omnipotente é infinitamente bueno, justo y sabio: el hombre es pequeño, débil é ignorante; es poco menos que la nada.

De aquí la necesidad de implorar para todo la ayuda de Dios, aun para las cosas que nos parezcan pequeñas ó insignificantes, y de aquí el no deber el hombre esperar obtener por sí solo cosa alguna buena sin contar con esta ayuda.

Nada cuesta el implorarla; puede hacerse con el simple pensamiento; y Dios nunca deja de escuchar nuestras súplicas: si deja de concedernos lo que de corazon pedimos, es porque no nos conviene; acordémonos de acudir á Él siempre y especialmente en los momentos de apuro: la breve historia de Aquiles nos dice lo que vale implorar el auxilio Divino.

A mediados del siglo décimo apareció en los Alpes un horrible mónstruo que fué durante algunos años el terror no solo de aquellos elevados y escarpados montes, sino tambien de las cercanías hasta la distancia de cuatro y mas leguas.

No se sabia si era mónstruo aéreo, terrestre ó acuático, por-

que tan pronto corria por la superficie de la tierra, como se elevaba algunos piés por los aires, y como se echaba y se zambullia en los rios y en las lagunas.

Su figura era horriblemente espantosa, su vista amenazadora y su sola mirada helaba la sangre y aterraba al hombre mas forzado, hasta á las mismas fieras, que al oir su penetrante rugido, silbido ó graznido, que de todo esto participaba, corrian á ocultarse en lo mas recóndito de las selvas.

¡Desgraciado el sér humano ó el irracional sobre el cual fijaba el mónstruo sus grandes y centelleantes ojos!..... ninguno escapaba de sus afiladas y encorvadas garras, de la triple hilera de agudos dientes y de las aceradas plumas de sus alas.

Lo mas temible de tan horrendo mónstruo era el feroz instinto del encarnizamiento y del destrozo, porque parecia complacerse en ver correr la sangre y en despedazar el cuerpo de las víctimas.

Fué tal el espanto y el terror que sembró por aquellos montes y sus inmediaciones, que en poco tiempo quedaron despoblados de séres humanos y de séres irracionales.

Como hiciera sentir la horrible ferocidad de su instinto, hasta dentro de las poblaciones mas cercanas á aquellos montes, se proyectaron é intentaron diversos medios para acabar con semejante mónstruo.

Atalayas con gente armada dentro, lazos, trampas de toda clase, flechas las mas aceradas y llenas de veneno el mas activo, reses envenenadas, bueyes, caballos y otras bestias sueltas ó atadas en despoblado, con vejiguitas de veneno en diversas partes del cuerpo; todo, en fin, lo que podia sugerir la imaginacion fué empleado, pero en vano, para la desaparicion del mónstruo.

Todos los dias y en todas partes se descubrian víctimas destrozadas por aquel feroz y horrendo mónstruo; por esto el espanto y el terror se habian apoderado del ánimo de aquellos moradores.

Fué preciso destinar partidas algo considerables de jóvenes los mas esforzados, provistos de toda clase de armas que recorrieron la falda de aquellas montañas y una parte del llano; ¡desgraciado el que se separase ó quedase rezagado!

En una palabra: todos los medios que la imaginacion excitada por el terror y el miedo y por el deseo de la conservacion sugirió á los habitantes de la comarca, fueron puestos en ejecucion; pero sin resultado alguno.

2.

Tres años hacia que el mónstruo recorria los expresados montes y sus cercanías, esparciendo el terror y la muerte por todas partes, cuando llegó á noticia de sus moradores que en la Sicilia habia un jóven que tenia fama del mas osado y diestro cazador de fieras y del cual se referian cosas que parecian fabulosas é increibles, particularmente sus luchas con tigres, leones y leopardos buscados y acometidos en el interior del Africa.

Este jóven, conocido por Aquiles, cuyo verdadero nombre y patria era ignorada hasta del mismo, habia sido reducido al cautiverio á la edad de cuatro años, junto con sus padres y conducido al interior de Africa.

Hasta la edad de siete años estuvo en compañía de sus padres destinados á la guarda del ganado y al cultivo de la tierra: cumplida dicha edad, fué separado de ellos, pasando al dominio de un rico propietario, poseedor de muchos esclavos que solia destinar los mejores de ellos para la caza de las fieras de que abundaba el país.

Luego que Aquiles cumplió los diez años, fué destinado al servicio de otro esclavo enteramente ciego que habia sido el mejor cazador de fieras, por cuyo motivo su amo en recompensa de los servicios prestados y especialmente el de haberle librado de las garras de una fiera, queria que fuese cuidado con todo esmero.

Aquiles estuvo al servicio del esclavo ciego llamado Belo hasta la edad de quince años; y fué tal el esmero con que le cuidó que llegó á merecer su estimacion y toda su confianza, mirándole y tratándole como á hijo.

Cuando Belo consideró á Aquiles capaz de guardar un secreto, le reveló el mas importante que tenia, que era el de seguir la religion cristiana, haciendo el bien posible á sus semejantes, mirándoles como á hermanos, y dirigiendo todos los dias y varias veces al dia sus plegarias á Dios y á la Vírgen para que le protegiesen y amparasen y le librasen de la esclavitud, teniendo particular cuidado en acudir á ellos en los momentos de apuro.

Al revelarle este secreto, le encargó se guardase de comunicarlo á otro, porque si llegaba á descubrirse, serian ambos tratados con gran dureza y acaso les costaria la vida.

Le enseñó los principios de la religion evangélica reducidos á amar á Dios y al prójimo, y á hacer todo el bien posible, inculcándole todos los dias la práctica de ellos; y cuando estaban solos le enseñaba á rogar, haciendo sus plegarias junto con él.

Temiendo que Aquiles fuese de un momento á otro separado de su lado, porque rayando á los quince años y teniendo mucha robustez, era regular que se le destinara á un servicio ó trabajo mas pesado, le reveló otro secreto importante, á saber, el medio de que él se habia valido para luchar y acabar con las fieras.

Los temores de Belo no fueron infundados, porque á los pocos dias de haberlos manifestado á Aquiles, fué éste llamado por el amo, el cual le dijo que enviaria otro en su lugar para cuidar del ciego y que él se preparase para seguir á la cuadrilla de esclavos destinados á la persecucion ó caza de fieras y que Belo, aunque ciego, podria darle algunas lecciones.

Aquiles con la afliccion en el corazon y con las lágrimas en los ojos se fué á comunicar á Belo las disposiciones del amo, y éste despues de haberle manifestado que ya lo temia, procuró alentarle cuanto pudo, y le instruyó acerca el modo con que solia acometer á cada una de las fieras, la manera cómo debia librarse de la primera embestida y cómo debia sostener la lucha;

Le inculcó la necesidad de ejercitarse, durante todo el plazo que le concediera el amo, en montar y manejar los mejores caballos, y sobre todo le encargó repetidas veces muy encarecidamente que al descubrir la fiera, fuese la que fuese, leon, tigre,

pantera, leopardo ú otra, que no olvidase emplear principalmente el medio que le habia enseñado antes.

Al despedirse le suplicó, abrazándole, que no le olvidase, que le visitara todas las veces que pudiese, que aun tenia otros secretos importantes que revelarle y que podrian aprovechar á los dos.

Treinta dias hacia que Aquiles se dedicaba á los ejercicios de montar los mejores caballos y de manejar la lanza, la flecha y el pesado mazo cubierto de afiladas puntas de acero, cuando el jefe de la cuadrilla le mandó escoger caballo y armas y de seguirles en el paseo que iban á dar por la selva el dia siguiente.

Puesta la cuadrilla en marcha poco antes del amanecer del dia siguiente, así que iban á entrar en la selva, el jefe advirtió á Aquiles que, siendo novicio en aquellos paseos, se colocase á su lado, ó mejor, detrás de él, si queria librarse de las caricias de las fieras.

Dichas estas palabras mandó á los demás que se adelantasen señalando á cada uno la direccion que debia tomar, siguiendo él y Aquiles por el centro y á unos sesenta pasos de la segunda línea de cazadores:

No habrian dado mil quinientos, cuando Aquiles oyó el grito de alerta y á los dos minutos vió á uno de la cuadrilla entre las garras de una enorme pantera; no olvidando el consejo del ciego, lo puso luego en práctica, mientras el jefe de la cuadrilla corria en defensa del jóven atacado por aquella.

Armóse una sangrienta lucha entre la fiera, el jefe y dos individuos de la cuadrilla que hizo temblar mas de dos veces á Aquiles.

Pero al notar éste que la fiera se disponia á dar un salto para echarse sobre el jefe, púsose casi delante de él, y asestó un golpe tan rápido, tan certero y con tanta violencia al fiero animal, que hundió mas de medio palmo la lanza en el pecho del mismo, dejando á todos estupefactos al ver tanto arrojo, destreza y fuerza en un jóven que por primera vez luchaba.

La fiera, sin fuerza para levantarse, se sentó sobre su trasera, pero cayó luego de lado, dando roncos y espantosos aullidos, mientra que otro de la cuadrilla le introducia la lanza por entre las costillas.

Concluyóse la batida sin encontrar otra fiera, volviendo Aquiles á colocarse detrás del jefe de la cuadrilla, conforme éste lo habia ordenado, y como se habia ejecutado hasta el momento de principiar la lucha.

3.

En la segunda batida que se dió, el jefe, que habia hecho grandes elogios de las buenas cualidades de Aquiles, dispuso que se colocara en la línea de los demás de la cuadrilla, previniéndole que el amo asistiria tambien, y que era preciso que vigilaran todos para su defensa, por mas diestro y hábil que fuese.

Despues de haber descubierto un tigre jóven que no quiso aceptar la lucha corriendo á esconderse por entre las palmeras y matorrales de la selva, divisaron una diforme leona tendida en el suelo, como si estuviese dormida.

El amo, que seguia al lado del jefe, así que se le indicó por señas el descubrimiento de la fiera, tomó el mando de la cuadrilla, y dispuso que el jefe se adelantase con los mas hábiles y osados: como no contara con Aquiles, éste se colocó detrás del amo y á sus inmediatas órdenes.

Dada por el jefe la señal de ataque, él y los demás que habia escogido, colocados en línea y á alguna distancia el uno del otro, avanzaron á un mismo paso hácia el fiero animal, quedando los demás formando una segunda línea, para reemplazar á los de la primera.

Así que estuvieron á poca distancia de la leona, esta se levantó y paseando primero por todas partes sus ojos de fuego, avanzó con paso lento hácia el costado izquierdo de la cuadrilla:

Estando á unos pocos pasos del segundo ginete, se tendió y agachó cuanto pudo, para dar el salto, y en un abrir y cerrar de ojos se vió al cazador entre las garras de la leona, con el

cuello y parte del hombro derecho metido en la ancha boca de la fiera, pero con la lanza clavada en el pecho de ella.

Aquiles, observando que el amo pasaba delante de la segunda línea y que iba á tomar parte en la terrible lucha, le siguió de cerca, sin perder jamás de vista á la leona.

A la primera flecha que el amo disparó y que fué á clavarse en la espalda de la leona, esta, abandonando la presa, iba á lanzarse sobre el mismo; pero Aquiles, que lo observaba todo y que estaba ya preparado para la lucha, así que la leona daba el salto con grande ímpetu, le hundió por el costado izquierdo toda la lanza en el cuerpo, haciéndola caer de espalda y librando á su amo de una muerte casi segura.

Con las tres heridas que llevaba la leona, solo tuvo fuerza para alargar la garra derecha y coger el caballo de Aquiles, el cual, saltando por el lado opuesto, abandonó el caballo á la fiera.

Los mas adelantados de la cuadrilla, sin intimidarse con los cavernosos rugidos de la leona, acabaron con ella y el amo dió la señal de quedar terminada la batida, retirándose todos con el mismo órden y con las mismas precauciones con que habian principiado.

Ninguno de los de la comitiva sabia darse razon del arrojo, destreza y fuerza de Aquiles y mucho menos sabian esplicárselo el amo y el jefe que habian asistido en muchas batidas y tomado parte varias veces en tan sangrientas y arriesgadísimas luchas.

El amo al referirle el lance de la pantera, lo habia atribuido á la suerte y á la inexperiencia de Aquiles; pero al ver la manera como se le habia adelantado, la sangre fria, la destreza y la fuerza con que habia derribado á la leona dijo para sí:

«Cuando este jóven ha manifestado al empezar y por dos distintas veces tanta serenidad, osadía, fuerza y destreza, es indudable que superará á los mejores cazadores que he tenido.»

Durante los dias que descansó la cuadrilla, Aquiles visitó en cada uno de ellos al ciego, el cual enterado minuciosamente de lo ocurrido en las dos batidas, le dijo:—«Mereces, hijo, que te revele otro secreto que interesa mucho á los dos.

»Desde el momento de haber caido esclavo, pensé cómo podria recobrar la libertad y regresar á mi país: poco antes de perder la vista lo tenia todo dispuesto de manera que podia casi dar por acabada la esclavitud.

»Mientras tú te ocupas en cazar fieras por el medio seguro que sabes, yo procuraré reanudar las relaciones para poder los dos escaparnos lo mas pronto posible.»

Aquiles asistió á otras diferentes batidas y en cada una de ellas dió nuevas y evidentes pruebas de su habilidad, sangre fria, destreza y valor, y cada vez parecia que una mano ó cosa oculta le libraba de las garras de las fieras.

El amo, que hacia algun tiempo que le permitia escoger los mejores caballos de que disponia, puso al fin la cuadrilla á sus órdenes, que era lo que deseaba el ciego.

Despues de haber éste conferenciado distintas veces con Aquiles, y dádole las instrucciones convenientes, Aquiles con conocimiento del amo ordenó una batida que debia durar una semana, con facultad de escoger los mejores caballos y llevar algunos camellos para la conduccion de víveres y para el transporte de las fieras que rindieren.

Estando todo preparado, la famosa batida consistió en dirigir la cuadrilla hácia la playa del mar, á pretexto de que por allí llegarian un dia antes al punto donde debia principiar la batida.

El ciego acompañado del muchacho que le servia, siguió á la comitiva, y Aquiles hizo correr la voz de que el ciego debia bañarse en las aguas del mar.

Un dia y una noche anduvieron por despoblado, pero al siguiente llegaron á la playa, esperando allí el barco para trasladarles al punto mas inmediato al en que debia principiar la batida.

Sobre el medio dia llegó el barco: dispuso Aquiles que el ciego, el criado de éste, dos caballos y una parte de los víveres, fueran conducidos á bordo; en seguida llamó aparte á los esclavos de la comitiva que habian manifestado deseo de recobrar la libertad, hizo que se apoderasen de algunas armas y juntos pasaron á bordo.

Al momento el barco se hizo á la vela hácia el Norte: á los

cuatro dias descubrieron la costa de las Baleares, de donde procedia el barco, y sin descansar en aquella isla, hicieron rumbo hácia Italia y llegaron por fin á las costas de Sicilia y allí desembarcaron todos.

Como el ciego era natural de la isla y muy conocido en ella, al momento corrió la voz de su llegada y de la de los demás esclavos, hablándose especialmente de Aquiles, á quien se designaba como el mas osado y afortunado cazador de fieras, contándose de él las cosas mas raras, mas asombrosas y mas sorprendentes que jamás se hubiesen oido.

4.

Seis meses hacia que Aquiles y Belo habian pisado el suelo siciliano cuando fueron visitados por tres enviados de las poblaciones inmediatas á los Alpes.

Estos, despues de haber manifestado todo cuanto habia llegado á sus oidos con respecto á la habilidad, valor y destreza de Aquiles para el exterminio de las fieras, y á las cosas raras que de él se decian, le comunicaron la aparicion del feroz mónstruo, los estragos que habia hecho y estaba haciendo, el terror que habia sembrado por todo el país, los medios empleados para su exterminio y la inutilidad de ellos;

Y que el motivo de dirigirse á él, era para suplicarle, como encarecidamente le suplicaban, que lo mas pronto posible pasase á aquel desgraciado país para ver si tendria la buena suerte de acabar con aquel horrible mónstruo, así como la habia tenido en tantas luchas que habia sostenido con las mas temibles fieras de Africa;

Que ellos no querian fijar precio al inestimable servicio que les prextaria exterminando al mónstruo, que él mismo lo señalase, aunque fuese una parte de todos los frutos que de allí en adelante y para siempre se cogieran en los Alpes y territorios vecinos;

Que si él no prestaba este servicio, no les quedaba mas recurso que abandonar el país para no ser víctimas del horrible mónstruo, ó para no morir de miedo y de espanto.

Aquiles, enternecido y horrorizado al mismo tiempo con semejante relato, manifestó á los comisionados el vivo deseo que le animaba de hacer bien á sus semejantes y de hacerles el mayor bien posible; pero que antes de tomar una resolucion, queria consultar con su amigo y bienhechor Belo, al cual debia lo poco que sabia y lo poco que valia.

Habiendo quedado solos Belo y Aquiles, antes que éste manifestara lo que deseaba consultar, le dijo aquel:—«¿Puedes titubear en acceder á la súplica de estos desgraciados, cuando ves pintado en su semblante lo que han sufrido y cuando debes figurarte lo que sufren y lo que sufrirán con los demás habitantes de aquellas comarcas?

»¿Puedes dudar que el mismo medio que has empleado en Africa para luchar con tanta ventaja con las fieras, deje de valerte para exterminar el mónstruo de los Alpes?... ¿seria Dios menos poderoso contra él ó dejaria de ser omnipotente?

» Llama al momento á los enviados y sácales luego de dudas y conflictos, diciéndoles que los dos (no quiero que vayas solo) estamos dispuestos á trasladarnos allí y á hacer cuanto de nosotros dependa para exterminar al mónstruo.»

Los comisionados, que temian que Aquiles se excusara, al oir que él y Belo estaban dispuestos á trasladarse á aquellas comarcas, cayeron de rodillas á sus piés para besarlos y darles las gracias, lo que no permitieron Belo ni Aquiles, diciéndoles que solo Dios les libraria del mónstruo, si convenia, y que á Dios solo debian darse las gracias.

Hechos á toda prisa los preparativos, los cinco emprendieron el viaje hácia los Alpes, admirando los comisionados que Belo estando completamente ciego, tuviese valor para acompañar á Aquiles.

Si bien, decian entre ellos: —«Belo ha sido gran cazador de fieras y el que instruyó á Aquiles en tan arriesgada tarea, ¿qué puede hacer hoy dia privado como está de la vista? ¡Dios le libre de las garras y hasta de la vista del mónstruo, si es que intenta seguir á Aquiles hasta el monte!»

5.

Despues de un viaje algo penoso llegaron los cinco á una gran villa distante tres leguas de los Alpes: los habitantes de ella, que estaban aguardándoles con la mayor impaciencia, así que corrió la voz de la llegada de los enviados, salieron todos á la calle para saber el resultado favorable ó adverso de la mision.

Al ver que iban acompañados de un jóven y de un viejo, al momento creyeron que el jóven seria el tan celebrado cazador de fieras; pero en cuanto á la persona del ciego hicieron mil conjeturas y mil comentarios, sin atinar con el motivo de semejante acompañamiento.

El dia siguiente al de la llegada de los comisionados, los moradores de aquella villa dispertaron al sonido de las campanas que les llamaban al templo.

Antes de media hora se llenó el templo, porque, á excepcion de los impedidos, acudieron á él todos los habitantes, creyendo ver allí al jóven solo ó acompañado del ciego y que reunidos con ellos harian sus plegarias antes de acometer tan árdua empresa.

Lleno el templo, subió al púlpito un anciano sacerdote, y anunció que Aquiles y Belo habian pasado la noche en el templo, que al amanecer habian partido solos en busca del mónstruo y le habian encargado que reuniera á todos los habitantes y que juntos se dirigiesen al Todopoderoso, implorando su Divina ayuda, y que no cesaran de rogar hasta que ellos regresaran con la nueva de la muerte del mónstruo ó su huida.

Toda aquella mañana estuvo el templo lleno, porque siempre habia en él la mayor parte de los habitantes, por cuanto no salian mas que á tomar algun alimento, volviendo luego á con-

tinuar sus plegarias, á fin de que Dios les librase del horrible mónstruo.

Mientras los habitantes oraban en el templo, Aquiles y Belo solos, montando dos ligeros caballos, los mismos que habian traido de Africa, se dirigian hácia las montañas de los Alpes; pero les seguia, sin advertirlo ellos, el mas jóven de los tres comisionados, el cual lleno de fé en el diestro brazo de Aquiles, deseaba presenciar el combate.

Aun no habian llegado á la falda del monte, cuando oyeron el rugido, silbido ó graznido del mónstruo que por entre la espesura de los árboles y arbustos se dirigia á ellos: al momento y sin aguardar que se dejara ver, el ciego se apeó, se arrodilló y levantando la cabeza y las manos hácia el Cielo, dirigió al Todopoderoso las mas fervientes súplicas.

El comisionado temblando de piés á cabeza, se apeó con gran pena, y sin soltar las riendas del caballo, se arrodilló, imitando al ciego, pero sin poder ó sin saber articular una palabra.

Aquiles dió tres pasos adelante y sin apearse elevó los ojos y las manos al Cielo: y estando los tres en la expresada posicion salió de la selva el horrendo mónstruo, dando espantosos rugidos, bramidos ó graznidos y volando hácia ellos, sin que Aquiles ni Belo bajaran la cabeza ni abandonasen la posicion que habian tomado, hasta que el mónstruo estuvo á unos cien pasos.

Entonces Aquiles, bajando la cabeza y dirigiendo la vista al mónstruo, cogió la lanza con la mano derecha y con la izquierda empuñó el pesado mazo cubierto de aceradas puntas, y en esta posicion aguardó la embestida del mónstruo, sin inmutarse para nada.

Al llegar la diforme y horrible fiera á diez pasos de Aquiles, escarbó la tierra con las encorvadas uñas, rechinó los dientes, abrió su ancha boca, enseñando la triple hilera de afilados dientes, y estendió sus largas alas, que parecian de aceradas plumas, segun el ruido que hacian.

Así que con estas iba á envolver á Aquiles y á arrastrarle hácia su horriblemente dentada boca, Aquiles, con la serenidad de siempre, adelantó algunos pasos, y sin darle tiempo de dejar caer las alas sobre él, le hundió toda la lanza en el pecho.

El mónstruo, dando un ronco y espantoso rugido y arrojando la sangre á borbotones, iba á caer sobre Aquiles, pero éste, retrocediendo tres pasos, preparó otra vez la lanza: el mónstruo replegó las alas, se agachó y arrastrándose hácia Aquiles, se preparaba para dar un salto y echarse sobre él.

Aquiles, sin inmutarse, puso la brillante y afilada lanza delante de los centellantes ojos del mónstruo; éste, como si fuese arrastrado hácia atrás por una fuerza invisible, se retiró algunos pasos y Aquiles apartó la lanza: otra vez arrastrándose el mónstruo hácia éste, iba á dar el salto, Aquiles puso delante de sus ojos la punta de la lanza, y otra vez se retiró el mónstruo, como si fuese arrastrado por una mano ó fuerza invisible.

Intentaba por tercera vez acercarse á Aquiles, pero á causa de la sangre que habia arrojado por la herida y por la boca, le faltaban las fuerzas: al paso que se arrastraba con lentitud y con pena, sus ojos de fuego parecia que iban cubriéndose con un velo.

Entonces Aquiles, levantando los ojos al Cielo y agarrando el mazo con ambas manos, descargó con la presteza del rayo y con toda su fuerza un terrible golpe sobre la cabeza del mónstruo, el cual arrojó dos grandes bocanadas de sangre, quedando tendido á los piés del caballo de Aquiles.

Este, apeándose casi instantáneamente, se arrodilló y con las manos y los ojos elevados al Cielo dió en alta voz gracias á Dios por haber escuchado sus súplicas y haberle auxiliado de una manera tan visible; permaneció largo rato en la misma posicion, al igual que el ciego que iba repitiendo, palabra por palabra, las que Aquiles dirigia al Todopoderoso en accion de gracias.

El jóven comisionado que habia permanecido arrodillado, temblando de piés á cabeza y arrepintiéndose de su curiosidad, sin acertar á dirigir una súplica al Cielo, así que vió terminada la lucha y tendido el mónstruo á los piés del caballo de Aquiles, cogió el suyo y sin ser visto ni sentido, se marchó á todo escape á llevar tan fausta nueva á la villa.

Llegó un poco antes del medio dia, cuando todas las puertas estaban cerradas y solo las del templo se hallaban abiertas: dirigióse á este y apeándose delante del mismo, entró y anunció

en alta voz que el mónstruo estaba muerto ya, y tendido á los piés del caballo de Aquiles.

Hubo unos momentos de gritería, de confusion y desórden; los unos preguntaban una cosa, los otros otra, los de un lado daban gracias á Dios, los del otro pedian silencio esforzando su voz; en medio de esta gritería y de esta confusion, oyóse la misma voz del que habia traido la noticia, que pedia silencio: todos obedecieron.

Entonces el comisionado, elevándose sobre los hombros de los que tenia mas cerca, explicó brevemente cómo él siguió á Aquiles y á Belo, sin ser visto ni sentido, el punto hasta donde llegaron; la manera cómo el mónstruo señaló su aparicion;

Lo que hizo el ciego, lo que hizo él, imitando al ciego, pero temblando de piés á cabeza y arrepintiéndose de su curiosidad, y lo que hizo por fin Aquiles, sobre todo la posicion que tomó, y la serenidad con que aguardó al mónstruo, sin bajar los ojos que tenia elevados al Cielo hasta que el mónstruo estuvo á unos cien pasos;

La manera espantosa con que la fiera se acercó y se preparó para envolver y destrozar á Aquiles; la serenidad, destreza y fuerza con que éste le hundió la lanza en el pecho y la sangre que arrojó por la boca y por la herida:

La manera como este se preparó por tres veces para embestir de nuevo á Aquiles, la serenidad y la sangre fria con que Aquiles la rechazó, como quien rechaza á un débil ó á un cobarde, hasta que por fin le aplastó la cabeza con el mazo, haciéndole arrojar por la boca y por las narices toda la sangre que le quedaba en el cuerpo:

Que entonces Aquiles se apeó, y se arrodilló junto á Belo que lo habia estado siempre, elevando los dos sus ruegos al Todopoderoso, y que él sin ser visto ni sentido, para no retardar un minuto, si podia ser, el comunicar tan fausta nueva, montó á caballo y se dirigió á escape á la poblacion.

Suplicó que no le pidieran mas explicaciones, porque Aquiles las daria mas ámplias y mas exactas, que dieran gracias al Ser Supremo y Omnipotente, que hicieran circular este grande acontecimiento y que la poblacion entera debia dirigirse en bus-

ca de Aquiles para darle las gracias y para ver al mónstruo tendido en el suelo.

6.

Mientras los habitantes salian del templo y se colocaban en órden de procesion para ir al encuentro de Aquiles, se echaron á vuelo las campanas, y confundidas con el sonido de estas, se elevaban por los aires miles de voces de alegría y de contento.

Pusiéronse en marcha; y como la gratitud, la curiosidad y la impaciencia parecia que les daban alas, en poco tiempo llegaron á la vista del punto donde yacia el mónstruo, en ocasion en que Aquiles y el ciego se disponian á montar á caballo para ir á comunicar el exterminio de la fiera.

Así que estos oyeron la gritería confusa, Aquiles miró hácia atrás y descubrió la considerable multitud de gente que se acercaba, no pudiendo atinar con la causa de la reunion de tanta gente y menos con el motivo de la algazara.

Adelantáronse á la muchedumbre los tres comisionados, y el mas jóven sacó á Aquiles y á Belo de dudas y conjeturas, revelándoles que él lo habia presenciado todo y que se habia apresurado á comunicarlo á la poblacion.

Así que la multitud llegó al lugar del combate, unos querian acercarse hasta tocar al mónstruo, otros le temian aun muerto y se apartaban; estos deseaban estrechar la mano á Aquiles, aquellos postrarse á sus piés para darle las gracias.

Al cabo de mas de una hora empleada en ver una, dos y tres veces al mónstruo, en dar y estrechar la mano á Aquiles y al ciego, á instancia de los comisionados, se colocaron todos en el mismo órden de procesion, siguiendo Aquiles, Belo y los tres comisionados detrás de la comitiva, y delante de ellos el horrible mónstruo colocado sobre un carro tirado por dos caballos.

Llegó la numerosa comitiva á la poblacion, siendo de noche; hizo un pequeño alto en la entrada de ella y al momento aparecieron iluminadas todas las calles con grandes fogatas encendidas en cada esquina y con multitud de luces en las puertas y ventanas.

Hasta cerca de media noche estuvieron las plazas y calles atestadas de gentes de todos sexos y edades que no cesaban de victorear á Aquiles y de dar gracias á Dios por haberles librado del horrible mónstruo.

Cansados de andar, de hablar y de gritar, se retiraron á sus casas, quedando unos veinte jóvenes que se ofrecieron á custodiar el cadáver del mónstruo y á arreglar el tablado para colocarlo encima de él, á fin de que pudiera ser visto y reconocido por los habitantes de toda la comarca que indudablemente acudirian allí.

Apenas amaneció, acudió tanta gente, que antes del medio dia no podia transitarse por las calles, ni aproximarse siquiera á la plaza.

Subiendo Aquiles y el ciego Belo al tablado, á instancia de la poblacion, se colocaron al lado del mónstruo, y Aquiles refirió minuciosamente lo que el comisionado habia comunicado mas brevemente dentro del templo.

Cogiendo Aquiles la mano del ciego y esforzando la voz cuanto pudo, dijo: —«El secreto ó medio importante que en Africa me comunicó Belo para triunfar en los combates contra las fieras, consistió en implorar siempre la ayuda del Todopoderoso, especialmente en los momentos de grandes apuros.

»A este medio debió Belo el ser antes que yo el primer cazador de fieras, á este medio debí yo el imitarle, y al mismo medio ó secreto debemos todos la gracia que el Cielo nos ha dispensado, de exterminar el mónstruo que habia llenado de terror y cubierto de víctimas estas hermosas comarcas.

»Sin contar con la ayuda del Todopoderoso, hubiera Belo perecido entre las garras y los dientes del tigre, del leon ó del leopardo; otro tanto hubiera hecho su sucesor, y el mónstruo correria aun por estos llanos y por aquellos montes.

»Demos, pues, gracias á Dios: no olvidemos que con su

ayuda todo se alcanza y que sin ella nada podemos, ni nada valemos.»

Descendiendo Aquiles y Belo del tablado en medio de las continuas y repetidas aclamaciones, procuraron perderse entre la multitud, recoger á toda prisa sus caballos y sus armas y desaparecer, para no oir mas elogios y para no aceptar gratificacion alguna, teniendo como tenian asegurada la subsistencia en casa de un rico hermano del ciego.

Con todo, no pudieron evitar que durante su vida pasase una comision todos los años á Sicilia á repetirles las gracias y á presentarles dádivas de lo mejor que habia en el país.

AMOR PATRIO,

ó

FEDERIK EL ISLEÑO.

1.

Muchos son los que escriben y muchos mas los que hablan de Amor patrio; pero pocos los que comprenden en qué consiste, y raros los que lo poseen ó practican cual corresponde.

Es indudable que hay muchos que aparentan estar dispuestos á sacrificar el reposo, los bienes y hasta la vida para servir á la patria; esto podria inducirnos á creer que no es tan corto como se ha dicho el número de los que poseen un verdadero Amor patrio;

Porque, ¿qué prueba mas convincente puede darse del amor que se profesa al país, que la de sacrificar en aras del mismo el reposo, los bienes y hasta la vida?

Sin embargo, preciso es observar la gran diferencia que hay entre las palabras y las obras, que si bien son muchos los que en momentos dados manifiestan estar dispuestos á hacer semejante sacrificio, cuando llega el caso de verificarlo, olvidan completamente lo que han prometido y hasta lo que han jurado;

Que si bien algunos arriesgan en realidad su fortuna y hasta su vida, los mas de estos lo hacen para mejorar su posicion y para disfrutar mejor de la vida;

Que los hay tambien que lo ejecutan impulsados tan solo por el amor propio, por la vanidad ó el orgullo, sin pensar siquiera en el bien que han de reportar sus compatricios;

Que no faltan quienes lo ejecutan movidos únicamente por la envidia, por el ódio, por el deseo de venganza ú otra pasion rastrera, ó bien obcecados por el fanatismo que todo lo exagera y que ofuscando completamente nuestro espíritu, nos precipita en los mas trascendentales errores, capaces de ocasionar la ruina del país.

El Amor patrio, para ser verdadero, debe ser enteramente desinteresado, racional y exento de todo vicio ó pasion mezquina, é ir acompañado de las demás virtudes que nacen del mismo amor.

Es preciso confesar que es muy raro el número de los que poseen este amor puro; porque desgraciadamente para nuestra época, es muy reducido el de los que, teniendo verdadera fé en la doctrina predicada y practicada por el Divino Maestro, arreglan á ella su conducta;

Y es preciso confesar tambien, que no hay que esperar Amor patrio, si falta la fé en la expresada doctrina, ó si esta no es practicada leal y sínceramente.

Para que se comprenda en lo que consiste el verdadero Amor patrio, y se conozca la base ú orígen del mismo, recordaremos la vida ó los principales hechos de Federik el Isleño.

En el interior del Asia, mas allá del Ganges, vivia en los primeros siglos de la Era Cristiana un jóven llamado Federik el Isleño, por haber permanecido largo tiempo en una de las islas del Mar Interior, hoy Mediterráneo.

Allí tuvo ocasion de oir hablar de la doctrina enseñada y practicada por el Mártir del Calvario, y de penetrarse que la base ó el espíritu de la misma era el amor y solamente el amor.

Allí empezó á mirar con prevencion la dominacion romana como fundada solamente en la fuerza material y contraria por lo mismo á la hermosa y benéfica ley evangélica ó del amor:

Allí empezó á concebir el ideal de un gobierno cuya base fuese el amor entre gobernantes y gobernados, y allí empezó á sentir el deseo de ver el gobierno de su país natal cimentado sobre dicha base.

Movido y fuertemente estimulado por este deseo, influyó cuanto pudo en el ánimo de sus padres, para que activaran como

realmente activaron el regreso á su país, que era un extenso valle que formaba parte de la India mas allá del Ganges.

Constituidos en dicho valle, tuvo Federik gran pesar al ver que el gobierno de su patria en nada se diferenciaba del de los romanos; porque el Príncipe ó Jefe del Estado llamado Saleucio no pensaba mas que en la organizacion de grandes ejércitos, y no conocia otra base de gobierno que la de la fuerza material.

Sin embargo no decayó el ánimo de Federik; lejos de decaer, se recreaba en el recuerdo del ideal que habia formado en la isla, y le parecia que cada dia se le presentaba mas claro, mas luminoso y mas satisfactorio.

Conocia y apreciaba en su buen juicio los graves y al parecer insuperables obstáculos que habia que vencer para cambiar la base del gobierno, substituyendo el Amor á la fuerza material.

Los súbditos estaban gravemente disgustados al ver que se les arrebataba la mayor parte del fruto de su trabajo y del producto de sus bienes é industria; y este disgusto llegó á la desesperacion al pensar que con el considerable aumento de la fuerza armada que iba á realizarse, se verian privados del apoyo de sus hijos y hasta de lo necesario para vivir.

Mientras unos pensaban en abandonar para siempre el país, y otros en sublevarse para defender el fruto de sus sudores, Federik no se ocupaba mas que de su bello ideal y de la manera de realizarlo.

En lugar de fomentar la emigracion ni la sublevacion, empleaba la infatigable actividad de que estaba dotado para la realizacion de su ideal, infundiendo en el ánimo de todos la doctrina del Amor, que esplicaba y comentaba de mil maneras.

Para llevar á cabo con mas ventaja su pensamiento, abrió una escuela gratuita en Beta, ciudad algo populosa, admitiendo en ella á todos los que se presentaban, fuesen jóvenes ó ancianos, y gastando para el sosten de la misma todo cuanto le daban sus padres.

En ella esplicaba todos los dias y á todas horas la doctrina del Amor y los maravillosos resultados de esta doctrina puesta en práctica y tomada como base de gobierno.

Demostraba hasta la evidencia que el dia en que esto se verificase, cesarian las divergencias, las divisiones y las enemistades, los ódios, las venganzas y los choques, y reinaria la mas perfecta union y concordia entre todos los súbditos, entre estos y los gobernantes.

Demostraba que el dia en que reinara esta union y conformidad, no deberian temerse los disturbios interiores, por ser incompatibles con aquellas;

Y que tampoco deberia temerse la guerra con otros países, porque el amor que ellos profesarian á todos, impediria el que diesen el menor motivo para la provocacion de la guerra;

Y porque si esta era injustamente provocada por otros, en cada uno de los súbditos habria un soldado ó defensor dispuesto á rechazar con valor y con entusiasmo cualesquiera enemigos esteriores, y á hacerles entrar en el camino de la razon y de la amistad;

Y que no podia dudarse que cesarian los continuos y ruinosos sacrificios que se les exigia para la organizacion y el sosten de la fuerza pública ó armada.

2.

No obstante la grande actividad que empleaba Federik en inculcar y propagar la doctrina del Amor, y no obstante las numerosas conquistas que hacia, no estaba del todo satisfecho.

Deseaba ardientemente que aquella doctrina llegase á oidos y penetrase en el ánimo de los que tenian en su mano el remediar los graves males que aquejaban al país, deseaba que llegase á oidos del Jefe del Estado y que fuese aceptada por el mismo, por sus consejeros y por las personas de mas influencia.

Mientras estaba preocupado con este deseo y pedia todos los dias á Dios que le facilitase los medios para realizarlo, otros procuraban indisponerle con el Príncipe y con los consejeros

del mismo, valiéndose para ello de la mentira y de la calumnia.

Suponian unos que Federik sembraba la division y la discordia entre los súbditos; propalaban otros que fomentaba el ódio contra el Jefe del Estado, y aseguraban algunos que ambicionaba el poder supremo.

Estas falsas imputaciones, diametralmente opuestas á la doctrina que enseñaba y esplicaba públicamente todos los dias, eran difundidas por los que estaban mas embrutecidos en el vicio, porque Federik anatematizaba con grande insistencia todos los vicios, como incompatibles con el Amor.

Al fin, estas pérfidas calumnias llegaron á oidos de los consejeros del Príncipe, quienes comunicándolas á éste, suscitaron contra Federik un profundo ódio y la mas injusta persecucion.

Además de haberse comunicado á los jefes de la fuerza armada las órdenes mas apremiantes para vigilar de cerca á Federik, salieron algunos emisarios para acabar con él lo mas pronto posible y de la manera mas secreta que pudieran, á fin de evitar la sublevacion de sus numerosos amigos y adictos.

Al mismo tiempo que los jefes de la fuerza armada recibieron la órden para vigilar á Federik, los emisarios llegaron á Beta, donde éste enseñaba y esplicaba públicamente y sin la menor reserva la doctrina del Amor y su orígen verdaderamente Divino.

Los emisarios, en lugar de informarse de la conducta de Federik y de enterarse por sí mismos de lo que éste enseñaba públicamente todos los dias, solo trataron de ejecutar las órdenes que traian, menos uno de ellos llamado Beleazar.

Este era un jóven dotado de las prendas mas recomendables, de un espíritu de rectitud poco comun en aquellos tiempos, de un claro entendimiento, de una circunspeccion y prudencia propias de la edad madura y de un valor personal á toda prueba y acreditado en circunstancias las mas difíciles y arriesgadas.

Estas cualidades, y mas que todo el valor personal, hacian que se le considerase como uno de los principales guerreros, y que por este motivo ejerciese grande influencia en el ánimo del Príncipe.

Beleazar, mientras sus compañeros espiaban la ocasion para

acabar secretamente con Federik, se informó de la conducta del mismo y se mezcló entre sus oyentes para cerciorarse de las doctrinas que enseñaba.

Además de que los informes fueron del todo favorables á Federik, quedó Beleazar tan embelesado por las hermosas doctrinas que aquel difundia, que resolvió librarle á todo trance del grave riesgo que corria.

El dia mismo en que los compañeros de éste iban á ejecutar las órdenes del Príncipe y que solo esperaban la noche para hacerlo con el mayor sigilo, corrió la voz de haber Federik suspendido el dar leccion por algunos dias, con motivo de haber ido á visitar á sus padres, que vivian en una hermosa quinta bañada y casi circuida por las aguas del Ganges.

El caso fué, que Federik, aprovechando un aviso secreto que recibió al anochecer del dia anterior, en lugar de dirigirse á la quinta de sus padres, tomó el camino opuesto, y cambiando de nombre, se trasladó á la capital, donde residia el Soberano.

Mientras los emisarios aguardaban con impaciencia el regreso de Federik, éste bajo el nombre de Kiredefo solicitó y obtuvo del Príncipe Saleucio, una, dos y tres audiencias reservadas.

Díjole en la primera de ellas:—«Ha llegado á oidos de este vuestro fiel y humilde servidor el rumor que circula por la capital de que uno de vuestros súbditos, conocido por Federik, el Isleño, estaria enseñando una doctrina que no conviene á vuestro gobierno: si os place, yo me trasladaré al lado de este Federik y enseñaré gratuitamente una doctrina la mejor de todas y la única capaz de labrar la dicha del país y de inmortalizar vuestro nombre.»

Instado por el Príncipe para que manifestase lo mas principal de tan importante doctrina, Federik cedió con gusto y trató de satisfacer los deseos del Príncipe.

Fué sumamente feliz en el modo de desenvolver la doctrina del Amor y en demostrar el bien inmenso que reportaria al país que la adoptase y practicase, en términos que el Soberano, no solo aceptó el ofrecimiento, sino que dijo á Federik:

—«Cuenta con mi proteccion y dime desde ahora lo que nece-

sitas de mí, porque estoy dispuesto á otorgarte cuanto me pidas, para llevar á cabo la propagacion de tan hermosa é importante doctrina.»

—«No necesito, Señor, mas que un breve escrito en el que autoriceis al poseedor del mismo para enseñar en todos vuestros dominios la doctrina del Amor, el orígen de la misma y el bien que de ello ha de reportar la patria.»

—«Aunque no hay necesidad de semejante autorizacion, voy sin embargo á dártela plena junto con la órden para que en todos mis dominios se te dé la ayuda y la proteccion que pidas, en el concepto de que será severamente castigado el que dejare de dártela.»

Federik, luego de recibido el escrito de autorizacion, regresó á Beta, donde le aguardaban con marcada impaciencia y con miras diversas Beleazar y demás emisarios, y al momento volvió á abrir su escuela con aplauso de casi toda la poblacion.

Al anochecer del dia siguiente al de la llegada y en el acto de entrar en su casa fué detenido por unos desconocidos, quienes, hablando en nombre del Príncipe y sacando dos afilados aceros, le intimaron que les siguiese.

Federik, sin inmutarse y sin hacer la menor oposicion, siguió á aquellos desconocidos, pero á los pocos pasos se detuvo, y presentándoles un papel, les dijo:

—«Mirad lo que haceis: en nombre del que acabais de invocar reclamo vuestra proteccion: leed este escrito y guardaos de negármela.»

Uno de aquellos desconocidos cogió el escrito y acercándose á la luz que salia de una de las casas del tránsito, se enteró de su contenido; al momento, dejando caer á sus piés el acero, devolvió el escrito á Federik, le pidió mil perdones y le ofreció su proteccion.

Habló en seguida á sus compañeros y todos juntos ofrecieron su proteccion á Federik, el cual se limitó á contestarles que le dejasen libre y que se retirasen.

Los emisarios, sin poder adivinar el motivo de un cambio tan radical y tan repentino de parte del Soberano, y temiendo incurrir en su desagrado, se pusieron aquella misma noche en

camino para sincerarse con él y para demostrarle el respeto y la sumision con que acataban sus órdenes.

Presentáronse á dar cuenta de su mision: al referir Beleazar cuanto habia ocurrido poco despues de haberse apoderado de la persona de Federik, pensó el Príncipe que el que bajo el nombre de Kiredefo habia obtenido la autorizacion firmada de su propia mano, habria cometido el criminal abuso de facilitarla á Federik.

Lleno de cólera y de ira, prorumpió en las mas terribles amenazas contra éste y especialmente contra el que le habia entregado el escrito de autorizacion, y dió órden á dos de los mismos emisarios para que saliesen imediatamente y le presentasen con la brevedad posible á aquellos criminales, á fin de castigarles de la manera mas ejemplar.

Habiendo Saleucio despedido á los demás emisarios, menos á Beleazar, y al verse á solas con éste le refirió la manera como se le habia presentado Kiredefo, las explicaciones que le habia dado sobre la doctrina del Amor, y la proteccion que él le habia ofrecido, entregándole el escrito de autorizacion, del que acababa de hacer un abuso tan criminal.

Beleazar aprovechó esta ocasion para manifestar al Príncipe que él habia asistido á las lecciones que daba Federik, que éste realmente no se ocupaba de otra cosa que de la explicacion y propagacion de la hermosa doctrina del Amor, y que segun los informes que habia tomado, su conducta estaba en un todo de acuerdo con la espresada doctrina.

—«No hablo, dijo el Príncipe, de lo que explicaba Federik, ni de la conducta por él observada: quiero castigar ejemplarmente en él y en su cómplice el abuso criminal que han hecho de la autorizacion escrita y firmada por mí y sellada con mi anillo.»

Sin atreverse Beleazar en aquellos momentos á insistir en la defensa de Federik, para no hacerse sospechoso al Soberano, pidió y obtuvo permiso para retirarse.

Mientras el Soberano esperaba con impaciencia el regreso de los emisarios y meditaba sobre el ejemplar castigo que impondria á los dos criminales, Beleazar pensaba en los medios de

librar á Federik del castigo, y esperaba tambien con impaciencia el oir las explicaciones ó la defensa del mismo.

3.

Llamado Beleazar por Saleucio para encargarle el mando del ejército organizado con el objeto de auxiliar á uno de sus vecinos y aliados llamado Eldeon, que estaba en guerra con los romanos, acudió Beleazar apresuradamente al llamamiento, y mientras estaba en amistosa y secreta conversacion con el Soberano, recibió éste el aviso de la llegada de los emisarios.

Llenóse de indignacion al ver que estos solo traian preso á Federik, y les preguntó con marcado enojo por el cómplice ó mas bien por el principal delincuente.

Pareció calmarse al oir que Federik no solo revelaria á su cómplice, sino que lo haria presentar, cuando se le exigiese, y dispuso que aquel fuese conducido á su presencia.

Grande fué la sorpresa y la indignacion que experimentó el Príncipe al ver que Federik era precisamente el mismo que bajo diverso nombre ó con el de Kiredefo habia explicado en su presencia la doctrina de Amor y el mismo á quien él habia entregado el escrito de autorizacion para propagar esta doctrina.

Trocada la sorpresa en cólera, dirigióse á Federik y con voz amenazadora le dijo:—«¿Cómo te atreviste, miserable, á engañarme presentándote con nombre fingido ó diferente del tuyo? Esto solo te hace culpable y digno del mas severo castigo, que hoy mismo te será aplicado.»

—«Con resignacion lo recibiré, si realmente se me impone, pero os suplico que no me condeneis sin oirme primero:» y sin esperar que le permitiese hacer su defensa, prosiguió con la mayor serenidad y dijo:

—«Lejos, Señor, de haberos engañado ni intentado engañar,

solo me propuse destruir el engaño con que otros habian procedido, sacaros del error en que estabais respecto de mi conducta y de la doctrina que enseñaba, y destruir las pérfidas calumnias que contra mí se habian propalado.

»Lo que tuve el gran placer de explicar en vuestra presencia era lo mismo que he explicado en la escuela de Beta y en todas partes; es la doctrina del Amor y solo la doctrina del Amor, procurando ajustar á ella mi conducta; y no hallareis una sola persona que pueda con verdad acreditar lo contrario.

»Si tal ha sido mi comportamiento hasta hoy, ¿seria justo el castigo con que me amenazais? No me espanta el castigo, sea el que fuere; lo que siento es que pudiendo procurar la dicha ó el bienestar de vuestros súbditos y el que vos seais el primero entre todos los Príncipes, desprecieis é intenteis castigar al que os enseña el camino único para alcanzar un bien tan inmenso.

»El único cargo que me haceis es el de haberos engañado tomando otro nombre ó un nombre que no era el mio. Si no me hubiese valido de este ardid inocente, de seguro que con la prevencion que habia contra mí, no me hubiera sido posible penetrar en este alcázar, explicar la doctrina ante mi Soberano y hacerle el bien que me proponia.

»Para que no os quede la menor prevencion contra vuestro sumiso y leal súbdito, os diré que el nombre que entonces usé, es tambien el mio; si lo leeis de izquierda á derecha dice *Kiredefo*, y si de derecha á izquierda dirá *ó Federik*.»

Beleazar, que estaba escuchando con grande atencion y placer la defensa que hacia Federik, al oir la esplicacion sobre el cambio ingenioso de nombre, no pudo contener la risa y excitó la que asomaba en los labios del Príncipe, el cual para disimularla, dió bruscamente la órden de salir todos de su presencia menos Beleazar.

Apenas se vieron los dos solos, aplaudieron, sonriéndose, la astucia ó medio ingenioso de que se valió Federik para obtener la audiencia y la proteccion del Soberano, y al mismo tiempo admiraron el valor y la serenidad en haberse presentado cuando se le perseguia de muerte.

De aquí tomó ocasion Beleazar de salir otra vez á la defensa

de Federik, diciendo que él habia asistido á la escuela de éste, que las doctrinas que esplicaba le habian gustado sobremanera, que por los datos que habia adquirido sobre su conducta, se habia convencido que sus obras estaban en un todo conformes con la doctrina que enseñaba y que merecia la estimacion de todas las personas que le trataban de cerca.

Esta defensa dió motivo á que entre el Príncipe y Beleazar se suscitase el siguiente diálogo:

—«No tienes, Beleazar, que esforzarte en hacer el elogio de este jóven, fundado en lo que oiste de boca del mismo, porque yo le oí tambien y no me cansaba de escucharle, en tanto que á veces me hacia olvidar el dar evasion á negocios los mas importantes.

» En cuanto á su conducta, aunque nada sé directamente de ella, con todo, la conviccion y el entusiasmo con que esplicaba la doctrina del Amor, me hacen creer que sus obras están de acuerdo con lo mismo que enseña.»

—«Y así es realmente, segun los informes que adquirí: humilde y sencillo en el trato; franco, veraz é ingénuo en todas sus cosas; activo, diligente é incansable cuando se trata de hacer algun bien y dotado en particular de un amor patrio que parece dispuesto á sacrificarlo todo en provecho de su país.

»Estas bellas cualidades y otras que omito, son indudablemente hijas del Amor síncero que profesa á todos y especialmente á los compatricios: si fueren muchos los que pensaran y obraran como Federik, no habria país que pudiese compararse al nuestro.»

—«No hay duda, amigo, que si la doctrina del Amor fuese comprendida y practicada por la generalidad de mis súbditos de la manera que la comprende y practica Federik, no habria país igual al nuestro, ni Soberano que no envidiase mi dicha.

»La dificultad grande, y puede decirse insuperable, está en que ni nosotros ni nuestros descendientes podremos verlo realizado: habria que cambiar radicalmente las inclinaciones y los hábitos de los hombres, y esto es poco menos que imposible: temo pues que el tiempo que en ello se emplee será tiempo perdido.»

—«No me hago, Señor, la ilusion de creer que esto pueda alcanzarse en el corto plazo de algunos años, ni tal vez durante vuestro gobierno, por mas duradero que sea; pero no por esto debe dejar de abrazarse la doctrina enseñada por Federik, y de protegerse su propagacion.

»Lo cierto es que en los pocos años trascurridos desde que la enseña en Beta, ha producido los efectos mas portentosos y sorprendentes, ¿y qué no hubiera sucedido si hubiese contado con vuestra poderosa proteccion?

»De todos modos, sea corto ó largo el plazo para poner al alcance de la generalidad de vuestros súbditos semejante doctrina, ¿dejará de ser una verdad la mas evidente y la mas fecunda en buenos resultados?»

—«Tienes razon, amigo, tarde el tiempo que quiera, no puede dejar de hacer un gran bien á los que la abracen y practiquen: así pues, habla con Federik y dile que cuente con mi proteccion y que deseo que establezca su escuela en esta misma capital por las muchas y conocidas ventajas que reportará el país.

»Será mayor el número de discípulos, le oirán las personas mas notables y mas influyentes, y podrá dársele una proteccion mas directa y mas eficaz.»

Bastó que los deseos de Saleucio fuesen por Beleazar indicados á Federik, para que éste se apresurase á satisfacerlos, no tanto por gratitud, como por el ardiente deseo de propagar con mayor ventaja la hermosa doctrina del Amor.

Dentro de muy pocos dias tuvo Federik abierta la escuela en la capital, viéndose favorecido por un numeroso auditorio; pero como su amor á la patria era muy grande, no se contentó con esta escuela, sino que procuró sostener al mismo tiempo la primitiva abierta en Beta.

Puso al frente de ella á uno de los mas aventajados oyentes, el cual continuó explicando con la mayor sencillez y claridad la misma doctrina, y Federik se trasladaba allá con frecuencia para fomentar los progresos de la escuela y para complacerse en ellos.

No solo hacia con gusto este sacrificio, sino que aprovechan-

do la buena disposicion de otros discípulos penetrados y convencidos de la bondad y de la verdad de la doctrina, abrió otras escuelas que visitaba con la frecuencia que podia, dejando oir su voz en todas partes, y admirando á todos por su singular conducta.

4.

Federik contaba con varias escuelas; sentia el mayor placer en dirigirlas y en alentarlas á todas; su prodigiosa actividad unida á una conducta irreprensible, enteramente conforme á la doctrina del Amor, produjo los mas asombrosos resultados.

A los que se hallaban bien penetrados de la bondad y de la verdad de la doctrina, les daba á conocer el verdadero orígen de ella, demostrándoles con toda evidencia que no era ni podia ser obra de hombres, y sí tan solo del Eterno y Supremo Criador.

De este modo les hacia abrazar con el mayor entusiasmo la verdadera religion ó sea la religion del Crucificado.

Federik se entregaba á las mas lisonjeras esperanzas acerca la transformacion que iba á experimentar aquel país, al ver la buena acogida que la doctrina del Amor hallaba en todas partes y la manera como iba fructificando en el ánimo del Soberano.

Las desastrosas y repètidas derrotas sufridas por los romanos les obligaron á retirarse y á suspender la guerra con Eldeon, vecino y aliado de Saleucio, y de aquí tomó ocasion Federik, auxiliado por Beleazar, para influir en el ánimo del Soberano acerca de la disminucion de la fuerza pública.

Fué en un principio séria y tenaz la resistencia del Príncipe, dirigido por malos consejeros; pero al fin Federik y Beleazar triunfaron de todas las oposiciones: el ejército fué notablemente

disminuido y muy aligerados los gravámenes y vejaciones de los súbditos.

Mas, habiéndose creido los romanos con fuerzas bastantes para empezar de nuevo la guerra contra Eldeon, lo hicieron repentinamente y con un ejército mas numeroso que la otra vez.

Apoderáronse de extensos territorios del vecino y se dirigian á atacar la capital: era de crer que no solo se harian dueños de aquel país, sino que invadirian los estados de Saleucio, para vengarse de éste á causa del auxilio que en la anterior guerra habia prestado á su aliado Eldeon.

Este no se descuidó de reclamar vivamente y con grande insistencia el auxilio que se le habia prestado en la guerra pasada y que no podia negársele, subsistiendo la misma alianza.

Federik y Beleazar hicieron cuanto estuvo de su parte á fin de persuadir á Saleucio, que si bien debia prestarse el auxilio al vecino, porque subsistia la alianza y porque habia que temer las consecuencias de la derrota de éste, debian no obstante emplearse todos los medios para inclinar á los romanos á una paz aceptable por una y otra parte.

Mientras aquellos trabajaban en este sentido, que era el que aconsejaba la religion del Amor, no faltaban otros que se esforzaban en indisponerles con el Soberano, atribuyéndoles el conflicto en que se habia colocado al país con la disminucion de la fuerza armada y de los impuestos, por ellos con tanta insistencia aconsejada.

Siendo repetidas y apremiantes las instancias de Eldeon, era urgente la necesidad de tomar una resolucion y Saleucio titubeaba acerca la que debia acordar;

Porque por una parte consideraba muy difícil reunir con la prontitud necesaria la misma fuerza armada de que antes disponia y hacerse al propio tiempo con los medios mas precisos para sostener la guerra; y por otra, temia separarse de la doctrina del Amor que habia abrazado con el mayor entusiasmo.

Federik y Beleazar, para desvanecer las dudas del Soberano y tranquilizar su ánimo, al paso que le ofrecieron ir á ponerse de acuerdo con el vecino y aliado Eldeon y negociar juntos la

paz, le aconsejaron que entre tanto reuniera é hiciera marchar hácia la frontera toda la fuerza disponible, fuese la que fuese :

Que esto lo ejecutase desde luego y con la mayor actividad, porque al paso que cumpliria con un deber sagrado, daria aliento á su aliado y mayor importancia para negociar con los romanos; y si estos rehusaban aceptar la paz, no faltarian medios para rechazar la fuerza con la fuerza y obtener al fin lo que deseaba.

Aceptado el ofrecimiento y el consejo, mientras Federik y Beleazar partian para ponerse de acuerdo con el Soberano vecino, Saleucio daba y hacia ejecutar con puntualidad las órdenes para reunir la fuerza armada y para dirigirla hácia la frontera.

Pocos dias bastaron para convencerse Federik y Beleazar de que nada debia esperarse de los romanos, porque, orgullosos y enteramente obcecados con los primeros triunfos, despreciaban toda proposicion de paz, hasta amenazar con la detencion y con la esclavitud al que de nuevo se presentase proponiendo la cesacion de hostilidades.

Despues de haber Federik y Beleazar alentado cuanto pudieron á los vecinos y especialmente al Jefe supremo con la promesa de una pronta y eficaz ayuda y con la halagüeña esperanza de un completo triunfo, regresaron á su patria, dieron cuenta de la mision que acababan de desempañar y aconsejaron al Soberano que hiciera desde luego un llamamiento al país;

Que no solo llamase á las armas á cuantos fueran aptos para ellas, sino que invitase á todos á que satisfaciesen con la mayor puntualidad los impuestos para los gastos de la guerra;

Y que para producir el llamamiento los efectos deseados, se manifestase á los súbditos la injusticia de la guerra provocada por los romanos, el desprecio con que estos habian desechado las proposiciones de paz, el deber sagrado de auxiliar á su aliado y la necesidad de hacerlo pronta y eficazmente para preservar al país de las tristes y funestas consecuencias de una invasion extranjera.

Mientras el Soberano daba las órdenes necesarias para llevar á cabo los consejos expresados, Federik iba recorriendo las

diversas escuelas, y así en ellas como en todas partes hacia penetrar en el ánimo de los súbditos la necesidad de escuchar los consejos del Amor y especialmente del Amor patrio y de acreditar esta maravillosa virtud, haciendo voluntariamente y hasta con placer cuantos sacrificios exigiera el Soberano.

Al ver los numerosos oyentes y adictos á Federik que éste era el primero en ofrecer su persona é intereses, no pudieron dejar de imitar su ejemplo al momento de publicarse el llamamiento de Saleucio, y así fué que todos lo acogieron con grande entusiasmo;

Y en pocos dias se vió éste rodeado de un ejército cual nunca hubiera podido imaginar, imponente por el número y por el ardor de los que lo componian, recibiendo continuos avisos de la prontitud con que eran satisfechos los impuestos en dinero ó en frutos.

Los enemigos y detractores de Federik y de Beleazar quedaron confundidos y tuvieron que entregarse al mas vergonzoso silencio, al ver los portentosos resultados de la doctrina del Amor.

Poniéndose Saleucio al frente de aquel numeroso ejército, se dirigió, sin pérdida de tiempo y acompañado por Federik y Beleazar, hácia los estados de su vecino y aliado.

Hallábase éste sumamente abatido al observar las rápidas victorias de los romanos, y al pensar que, sucumbiendo como habia de sucumbir en una lucha tan desigual, no le quedaba otro arbitrio que morir en la pelea, ó caer en la mas ignominiosa esclavitud, mil veces peor que la misma muerte.

El mayor de sus dos hijos habia perecido en los primeros combates con los romanos y el segundo permanecia al lado del padre, el cual estuvo algunos dias perplejo acerca el partido que habia de tomar cuando el enemigo se aproximase á la capital.

Al fin tomó la resolucion de encargar á su hijo la defensa de la capital, mientras él saldria al encuentro de los romanos, prefiriendo morir en el campo de batalla que exponerse á la esclavitud.

Habia dado las instrucciones necesarias á su hijo y revestídole del poder supremo, é iba á partir para ponerse al frente

de la fuerza armada, cuando llegó á su noticia la aproximacion del ejército de su aliado.

Si fué grande la sorpresa que le causó esta noticia, fué incomparablemente mayor la que experimentó al saber el considerable número de combatientes de que se componia este ejército, que el mismo Saleucio en persona lo mandaba, y que habia jurado no retirarse hasta haber humillado á los romanos y obligádoles á firmar la paz.

Dió al momento las disposiciones convenientes para que el ejército de Saleucio fuese alojado del mejor modo posible en las inmediaciones de la Capital, y para que se dejara á disposicion de su aliado la parte principal del palacio, esperando que descansasen á lo menos dos ó tres dias.

Saleucio al frente de sus entusiastas y numerosas legiones llegó mas pronto de lo que se esperaba; solo les dió un dia de descanso, porque no deseaban mas y ardiendo como ardian en deseos de hallarse frente á frente de los orgullosos romanos;

Y porque Federik y Beleazar le aconsejaban no perder un momento á fin de sorprender al enemigo, darle una severa leccion en el primer encuentro y obligarle á firmar desde luego una paz duradera.

5.

El Príncipe Eldeon, resuelto como estaba á tomar el mando del ejército que combatia con los romanos, siguió á Saleucio, no cesando de admirar el buen órden, la alegría y el ardor de las numerosas legiones que éste conducia, y no sabiendo cómo manifestarle el agradecimiento por tan poderoso como oportuno auxilio.

Sabedores los romanos de la aproximacion de nuevas fuerzas enemigas, resolvieron antes que estas llegasen, dar un golpe

decisivo y destrozar completamente el ejército de Eldeon, muy desalentado ya á causa de las derrotas sufridas:

Pero la incansable actividad de Saleucio hizo que la reunion de los dos ejércitos se verificase de noche y algunos dias antes de lo que habian calculado los romanos.

Al amanecer del dia siguiente de haberse aquella realizado, atacaron los romanos con grande ímpetu al ejército de Eldeon, con el propósito de destruirlo por completo, antes que se le reuniera el de Saleucio.

Fingió Eldeon una retirada, al verse atacado: los romanos, engreidos y obcecados con los primeros triunfos y convencidos de que iban á añadir otro á los obtenidos, se arrojaron sobre el enemigo con tal frenesí, que al cabo de poco tiempo quedaron, sin apercibirse, circuidos por las numerosas legiones de Saleucio.

Principióse el combate: alentado el ejército de Eldeon con el ejemplo de su Soberano y especialmente con el gran refuerzo que acababan de recibir, entró en lucha con un valor y con un denuedo que no esperaban ni podian presumir los romanos:

Arrojáronse al mismo tiempo sobre estos las numerosas legiones de Saleucio, y lo hicieron con un órden y un ardor que dejó sorprendido y admirado al mismo Soberano y completamente desconcertados á los romanos, los cuales, despues de haber luchado con desesperacion por espacio de medio dia y sufrido pérdidas de consideracion, emprendieron repentinamente la retirada.

Las fuerzas de Eldeon perseguian con encarnizamiento á los romanos, sin dar cuartel á ninguno de los que caian en sus manos, como si trataran de vengar las derrotas sufridas.

Saleucio, aconsejado siempre por Federik y Beleazar, en lugar de secundar las miras de los aliados, que no eran otras que las de destruir completamente al enemigo, dió órden á sus legiones para hacer alto, é inclinó á Eldeon á que mandara lo mismo.

Apenas cesó la persecucion, los romanos propusieron la paz, la que fué aceptada por Eldeon y Saleucio, mediante una crecida indemnizacion que aquellos pagaron.

Los dos Soberanos no solo estrecharon mas su alianza, sino

que hicieron entrar en ella á otros estados vecinos, á fin de rechazar mas fácilmente cualquiera agresion y de procurar una paz duradera á sus respectivos súbditos.

No hubo ciudad, pueblo ni aldea que no celebrase la paz y la ratificacion de la alianza, y que no se esmerase en obsequiar de la manera mejor posible á los dos ejércitos, los cuales, al llegar á la capital, se separaron despues de tres dias de descanso y de regocijos públicos y de haberse dado mútuamente las mas evidentes pruebas de amistad.

Llegó Saleucio á sus estados, donde se le estaba aguardando con impaciencia para felicitarle y darle á él y al ejército pruebas inequívocas de gratitud y de amor, y para celebrar juntos la pronta terminacion de la guerra y los brillantes triunfos obtenidos contra los romanos.

Seria imposible describir la satisfaccion, la alegría y el contento que inundaba el corazon de todos, desde el Soberano hasta al último súbdito: parecia que todos rivalizaban en darse mútuas pruebas de gratitud y de amor.

El Soberano las daba, no pudiendo olvidar la prontitud y el entusiasmo con que habian acudido al primer llamamiento, el órden y el valor con que habian peleado y la grande altura á que habian elevado su nombre y su prestigio:

Y las daban los súbditos pensando en el valor, en el acierto, en el tino y la prudencia como el Soberano habia llevado á término aquella guerra con tanta prontitud y con un éxito tan feliz.

Saleucio, sin aguardar á que se lo aconsejaran Federik y Beleazar, se apresuró á disminuir en mas de tres cuartas partes sus legiones, dándoles las mas evidentes pruebas de cariño, y manifestándoles la íntima conviccion en que estaba de que todos acudirian al primer llamamiento, cuando se les necesitara.

Esta manifestacion fué acogida con grande entusiasmo á los gritos de: «Dios proteja á Saleucio, nuestro idolatrado Soberano.»

6.

Al momento volvió Federik á su habitual y agradable tarea, y sin dejar de hacer, en union con Beleazar, cuanto le era dable para dirigir á Saleucio por el hermoso camino del amor, no perdia un momento de vista las diversas escuelas que tenia abiertas, procurando aumentar el número de ellas, haciendo sentir su voz en todas y complaciéndose al ver que el país recogia los mas sabrosos y abundantes frutos de la doctrina del Amor.

Esta notable tarea le ocupaba exclusivamente en términos de no quedarle siquiera tiempo para visitar á sus queridos padres, los cuales se veian precisados á verificarlo con él; y lo hacian con el mayor contento, al ver que todos sus compatricios le querian como á un padre, y que el Soberano le estaba dando continuas pruebas de amistad y de cariño.

Cada vez que le visitaban ponian á su disposicion los considerables ahorros que habian hecho, para que su hijo pudiese desempeñar mas desahogadamente la tarea que se habia impuesto.

Con estos ahorros y con lo que espontáneamente le facilitaban varios de sus adictos ó discípulos, tenia lo bastante para sostener las escuelas y auxiliar á los oyentes mas necesitados, por cuyo motivo rehusó constantemente el admitir subvencion alguna de cuantas le ofreció el Soberano.

Apenas llegó á la edad de cuarenta años, cuando por fallecimiento de sus padres se vió dueño de cuantiosos bienes, cuyas rentas aplicó casi por entero al sostenimiento de las escuelas y al auxilio de los compatricios mas necesitados.

Los enemigos que la roedora envidia habia suscitado contra Federik y que desgraciadamente ejercian alguna influencia en el ánimo de Saleucio, lograron el que éste sospechara de las sanas y rectas intenciones del mejor de sus súbditos.

Atribuyeron á miras altamente ambiciosas todo lo que Federik estaba haciendo con el mayor desinterés, con entera abnegacion, é impulsado solamente por el Amor patrio.

Apoyaron esta vil calumnia en los públicos, continuos y nunca vistos elogios y felicitaciones que de todas partes recibia Federik, suponiendo que él era el que los provocaba, valiéndose de algunos de sus discípulos á los que recompensaba con mano generosa.

Algunos falsos testigos confirmaron esta calumniosa imputacion, y de aquí tomaron ocasion los enemigos de Federik para persuadir al Soberano que semejantes manejos no tenian ni podian tener otra mira que la de preparar al país para usurpar el poder supremo, cuando creyese llegada la ocasion.

Siendo un hecho cierto é indudable los elogios y las felicitaciones que de todas partes se prodigaban á Federik, siendo no menos cierto que éste distribuia varias cantidades entre los mas necesitados, y declarando algunos falsos testigos que aquellos eran promovidos y pagados por Federik, no fué difícil persuadir á Saleucio de que podria verse de un momento á otro arrojado del poder.

Sabedor Beleazar de que iba á atentarse contra la libertad y tal vez contra la vida de Federik, pasó á enterarle de todo lo que contra él maquinaban sus enemigos, y despues de haberse los dos puesto de acuerdo sobre lo que convenia hacer, dirigióse á la morada del Soberano, mientras Federik seguia con su acostumbrada tarea.

Sin hacer Beleazar la menor queja al Príncipe, ni darle remotamente á entender que sabia lo que se tramaba contra Federik, limitóse á pedir permiso para trasladarse, acompañado de éste, á los dominios del soberano Eldeon y para permanecer allí todo el tiempo que fuese de su agrado concederle.

Quedó sorprendido y confuso Saleúcio al oir semejante súplica, y no supo qué contestar, á causa de ocurrirle en aquellos momentos varios y los mas encontrados pensamientos.

El primero que le ocurrió fué que se habria descubierto su intencion y que Beleazar trataria de salvar á su amigo Federik; luego pensó que no podia haber semejante proyecto, porque le

hubiera sido fácil valerse de otros medios para la fuga del amigo, sin hacerse cómplice en ella y sin exponerse á que una disposicion repentina frustrase el plan.

Para no tomar una resolucion desacertada, dijo Saleucio que debia pensarlo, porque tal vez dentro de poco le necesitaria, que volviera por la noche y le diria si podria otorgarle el permiso.

Apenas se vió libre de la presencia de Beleazar, llamó á uno de sus consejeros precisamente el enemigo mas obstinado de Federik; le refirió lo que acababa de ocurrir y le pidió consejo acerca la concesion del permiso.

Este mal consejero se esforzó cuanto pudo en persuadir al Soberano que Federik, auxiliado por Beleazar, trataria sin duda de ponerse á salvo, mientras sus partidarios llevarian á cabo sus planes; que en lugar de otorgar el permiso, debia sin pérdida de tiempo mandar la detencion del mismo y de su cómplice Beleazar.

Saleucio, recordando lo mucho que debia el país al uno y al otro de estos dos súbditos, le repugnaba tomar semejante disposicion, á pesar de la tenaz insistencia del mal consejero.

Despues de una larga discusion dijo el Soberano con tono resuelto:—«Nada vamos á perder el que salgan y permanezcan fuera de mis estados por el tiempo que yo quiera; de este modo no tendré que tomar una disposicion que me repugna, será mas fácil vencer la sublevacion, si la hubiere, y estará en mi mano el tenerles alejados de mis dominios.»

Sin aguardar á que llegase la hora señalada á Beleazar, le envió el permiso para verificar el viaje proyectado en union con Federik.

Aquel comunicó inmediatamente á éste la concesion del permiso y los dos pasaron aquella misma noche á dar las gracias al Soberano y á ofrecerle de nuevo sus servicios en todo cuanto pudieran serle útiles; y el Soberano, lleno de confusion y combatido por diversos pensamientos opuestos, limitóse á alargarles la mano y á decirles que les deseaba feliz viaje.

Al amanecer abandonaron la capital, despues de haber Federik dado sus instrucciones á los amigos de mas confianza en-

cargándoles que las trasmitiesen á los que mejor les pareciera.

Consistian estas instrucciones en que durante su ausencia no cesasen un dia las lecciones basadas en la doctrina del Amor y que la práctica de esta doctrina fuese su regla de conducta.

Saleucio, engañado por los falsos consejeros, al paso que tomó varias medidas para defenderse contra cualesquiera ataque, hizo vigilar de cerca á los mas adictos ó relacionados con Federik.

7.

Mas de un año habia trascurrido desde que se ausentaron Federik y Beleazar sin que se hubiese descubierto el menor síntoma de sublevacion; antes al contrario, recibia el Soberano todos los dias pruebas inequívocas de amor, de respeto y de sumision.

Dios, cual si quisiera dar una severa leccion á Saleucio á causa de su injusto proceder y apartarle al mismo tiempo de los malos consejeros, permitió que la mayor parte del país experimentase los terribles efectos del hambre y que al cabo de poco tiempo se declarase la peste en la capital y en algunas otras poblaciones de importancia.

Los falsos consejeros del Soberano, unos bajo un pretexto y otros bajo otro, fueron los primeros en abandonar la capital apenas fué invadida por la peste, y Saleucio se vió precisado á luchar casi solo con estos dos terribles azotes.

Al principio tuvo la debida serenidad para dar las disposiciones necesarias, á fin de atenuar los efectos del hambre y de la peste; pero recibiendo repetidos avisos de los estragos que estaban haciendo tan crueles azotes, el pesar y la afliccion, la duda y el temor se apoderaron de su ánimo en términos de no abandonarle un momento ni de permitirle tomar resolucion alguna.

El hambre ó la peste se hacian sentir en casi todas las familias: unos pedian pan y otros demandaban auxilio, y parecia que nadie hacia caso de sus quejas y clamores, porque los demás se hallaban en el mismo y tal vez peor estado.

La mortandad era grande y era de temer que aun fuese mayor si no se tomaban prontas y enérgicas medidas y si estas no eran acertadas.

Semejante situacion, la mas angustiosa y la mas horrible, llevó la desesperacion en el ánimo de todos, y muchos se lanzaron á la calle para procurarse á viva fuerza lo que no se les otorgaba voluntariamente.

El Soberano, aunque con repugnancia, iba á emplear la fuerza á agravar aquella triste y desgarradora situacion y á provocar un conflicto que acaso le costase la pérdida del poder supremo.

En tan aciagos y críticos momentos entran en la capital tres ginetes que se dirigen á toda prisa hácia la morada de Saleucio: antes de llegar á ella les detiene la fuerza armada: uno de los tres habla con el jefe de la misma y al momento parte hácia el interior de la ciudad, mientras los otros dos son conducidos á la presencia del Soberano.

Aun no habian trascurrido dos horas, cuando éste recibe repetidos avisos de haber enteramente cesado la conmocion popular y de reinar en todas partes el órden y el mas profundo silencio.

En seguida regresa el ginete que se habia dirigido hácia el interior de la ciudad, y que comprenderá el lector no ser otro que Federik, y al momento es presentado á Saleucio, que estaba conferenciando con Beleazar.

Al ver el Soberano á Federik, le tendió la mano y le abrazó afectuosamente como lo habia hecho con Beleazar: así como éste le habia enterado del objeto de la inesperada presentacion de los dos, Federik le refirió la manera casi repentina como habia cesado la conmocion popular.

Uno y otro, impulsados por el Amor patrio que ardia en su pecho, le pidieron con toda sumision y respeto y como la mayor de las gracias que otorgarles podia, el que les permitiera

permanecer entre sus compatricios hasta la completa desaparicion de la peste y del hambre.

El Soberano, que no sabia qué hacerse en aquellos momentos de confusion, de vergüenza y de arrepentimiento por haber escuchado á los malos consejeros, se limitó á decirles:—«Conozco el mal que hice y quiero repararlo: deseo teneros á mi lado mientras viva: el Amor patrio que arde en vuestro corazon hará que olvideis lo pasado y no me abandoneis jamás.»

Despues de haber acordado y mandado que se retirase toda la fuerza armada reunida en los alrededores del palacio, pidió consejo á Federik y á Beleazar acerca las medidas que convenia tomar con mas urgencia.

—«Dos son las medidas, dijeron estos, que hay que tomar con urgencia; auxiliar desde luego á los enfermos y dar pan á los necesitados.»

—«Aquí tropezamos con la imposibilidad de hacer lo uno ni lo otro: ¿cómo prestar auxilio á los enfermos si acaso no hay familia que no tenga el suyo? ¿cómo dar pan á los necesitados si se carece de él en todas partes?»

—«Esta última necesidad, que será indudablemente la que habrá ocasionado la peste, será muy en breve remediada, y en cuanto á la primera no hay mas que destinar ahora mismo la fuerza armada para auxiliar á los enfermos.»

—«Puede contarse desde luego con la fuerza armada para el auxilio de los enfermos; pero en cuanto á suministrar alimento á los necesitados, no atino cómo podremos hacerlo.»

—«Esto queda á nuestro cargo: dad vos las órdenes para el auxilio de los enfermos.»

Dadas las órdenes que Federik y Beleazar aconsejaron, estos con una actividad sin igual recorrieron la ciudad, y al paso que alentaron á todos con la promesa de que pronto serian atendidas las necesidades, dejaron de trecho en trecho un piquete mas ó menos numeroso de soldados para prestar auxilio á los enfermos, acudiendo alguno de ellos al primer llamamiento que se les dirigiera.

Si la sola presencia de Federik habia restablecido el órden, las promesas formales de éste y de Beleazar, que empezaban á

realizarse, y la confianza ciega que en ellos se tenia, tranquilizaron el ánimo de todos y dieron lugar á que se recibiera lo que con tanta impaciencia aguardaban aquellos dos patricios.

Tres dias habian transcurrido desde la llegada de los tres ginetes, cuando al amanecer del cuarto, con indecible sorpresa del Soberano, empezaron á llegar carros, camellos y otras acémilas con grande acopio de trigo y otros granos que guiados por el tercero de los tres ginetes, el criado de Federik y de Beleazar, se dirigian hácia la plaza contigua al palacio y depositaban en ella los expresados víveres.

Así que cundió por la ciudad tan halagüeña é inesperada nueva, la mayor parte de los moradores y hasta muchos de los enfermos salieron á la calle para demostrar la alegría, la satisfaccion y el agradecimiento que inundaba el corazon de todos.

Se abrazaban y se felicitaban mútuamente, unos victoreaban al Soberano, otros á Federik y á Beleazar, especialmente al primero de los dos, y los mas daban gracias á Dios por tan inesperados auxilios.

Mientras iban repartiéndose con el mayor tino y órden aquellos víveres entre las familias necesitadas, empezaron á llegar á la misma plaza ganados de todas clases y en crecido número, lo que acabó de llenar el corazon de todos de la mas grande alegría y contento en términos de no saber cómo demostrarlo.

Desde entonces y durante muchos dias no pasó uno en que no llegaran nuevos acopios, hoy de trigos y otros granos, mañana de ganado de una ú otra especie.

Satisfechas las necesidades mas apremiantes de la capital, se enviaron víveres á todas partes con tal actividad que en poco tiempo cesó uno de aquellos crueles azotes, el hambre, y fué disminuyendo la peste, hasta desaparecer por completo en poco tiempo.